## SAN AGUSTÍN

# La ciudad de Dios

### Tomo II (libros XIII al XXII)



San Agustín

# *La Ciudad de Dios*

EDICIÓN PREPARADA POR EL PADRE
FR. JOSÉ MORÁN, O. S. A.

TOMO II

MADRID
1958

# INDICE

# LA CIUDAD DE DIOS

(CONTRA LOS PACANOS)

## Libro XIII

*En él se prueba que la muerte de los hombres es penal y que fue originada por el pecado de Adán.*

### CAPÍTULO I

### La caída del primer hombre es la causa de la muerte

Desembarazados ya de estas difíciles cuestiones sobre el origen del mundo y sobre el principio del género humano, el plan de la obra nos exige abordar el problema de la caída del primer hombre, mejor, de los primeros hombres, y del origen y propagación de la muerte. Dios, en efecto, no había creado a los hombres en las mismas condiciones que a los ángeles, es decir, de forma que, si pecaran, no pudieran morir. Los creó de tal suerte, que a los cumplidores fieles de su obediencia, sin mediar la muerte, seguiría una inmortalidad angélica y una eternidad feliz, y, para los desobedientes, la muerte sería su justo castigo y su más justa condenación. Esto ya lo hemos notado en el libro anterior[1].

---

[1] En el libro anterior, capítulo 21.

## CAPÍTULO II

# La muerte del alma y la del cuerpo

Poro creo que debe profundizarse con más detenimiento y esmero en la naturaleza de la muerte. El alma humana, aunque en realidad aparezca inmortal, tiene, con todo, también cierta muerte, que le es propia. Se llama inmortal justamente porque, en cierta manera, no deja nunca de vivir y de sentir, mientras que el cuerpo se dice mortal porque puede ser privado de toda vida y por sí mismo carece de ella. La muerte del alma tiene lugar cuando la abandona Dios, como la del cuerpo cuando el alma se aleja[2]. Luego la muerte de los dos, es decir, del hombre entero, acaece cuando el alma, abandonada de Dios, abandona el cuerpo. Entonces ni ella vive de Dios ni el cuerpo de ella. A esta muerte del hombre total sigue la llamada por la autoridad de la Palabra divina muerte segunda. De ésta habla el Salvador cuando dice: *Temed a Aquel que tiene poder para arrojar el cuerpo y el alma al infierno.* Como esta amenaza no surte su efecto antes de que el alma se una al cuerpo, sin que desgarramiento alguno pueda separarlos, parecerá extraño el decir que el cuerpo perece por una muerte que no consiste en ser abandonado por el alma, sino en ser atormentado estando animado y siendo senciente. Porque es razonable decir que el alma muere en ese último y eterno suplicio, del que hablaremos con más detenimiento en su lugar debido, ya que no vive de Dios; pero ¿cómo decir que muere el cuerpo, viviendo el alma? Es cierto que no puede sentir de otro modo los dolores corporales que seguirán a la resurrección. ¿O es que, siendo la vida, cualquiera que sea, un bien, y el dolor un mal, no debe decirse que vive el cuerpo, porque el alma no es la causa de su vida, sino de su dolor? Vive, pues, el alma de Dios cuando vive bien, y no puede vivir bien sino obrando Dios en ella lo que es bueno[3]. El cuerpo todo vive del alma cuando el alma

---

[2] El alma es la vida del cuerpo, como Dios es la vida del alma. Cuando el alma abandona al cuerpo, tenemos la muerte corporal, y cuando Dios abandona al alma, estamos ante la muerte del alma.

[3] El hombre es limitado, y no puede hacer nada bueno sin la ayuda de Dios. Ni principiar, ni proseguir, ni concluir cosa conducente para la vida eterna. En un principio, Agustín pareció ceder un poco al semipelagianismo, concediendo que el hombre puede comenzar las obras; pero luego se retractó. Es terminante en este sentido, y ésta es una expresión plenamente antipelagiana. Estas palabras zanjan la cuestión en términos precisos, claros y admirables: *Quia quod fit a te, ipse facit in te. Numquam fit a te, quod non ipse facit in te. Sed aliquando facit in te, quod non fit a te; num-*

vive en el cuerpo, viva ella de Dios o no. La vida de los impíos en los cuerpos es vida, no de las almas, sino de los cuerpos; vida que les comunican las almas aun muertas, es decir, abandonadas por Dios, sin perder su vida propia, sea cual sea, por la que son inmortales. Sin embargo, en la última condenación, aunque es verdad que el hombre no dejará de sentir, como esta sensación ni será suave por el placer ni saludable por la quietud, sino penal por el dolor, no carece de razón darle el nombre de muerte y no de vida. Y el de muerte además segunda, porque es después de la primera, que consiste en el desgarramiento de la unión existente entre dos naturalezas, la de Dios y la del alma, o la del alma y la del cuerpo[4]. Sobre la primera muerte del cuerpo puede decirse que para los buenos es buena, y mala para los malos. Pero la segunda, como no es para los buenos, está fuera de duda que no es buena para nadie[5].

## CAPÍTULO III

### ¿Es la muerte, transmitida a toda la humanidad por el pecado de los primeros hombres, pena aun para los justos?

Aquí se presenta una nueva cuestión que no debe soslayarse: ¿Es realmente buena para los buenos la muerte, que cosiste en la separación del cuerpo y del alma? Y, si esto es así, ¿cómo es posible llegar a la conclusión de que es pena del pecado? Porque es cierto que los primeros hombres, de no haber premio, no la hubieran sufrido. ¿Cómo puede ser buena para los buenos, si no puede suceder más que a los malos? Por otra parte, si no pudiera sobrevenir más que a los malos, no debería ser buena para los buenos, sino que no debía existir para ellos. ¿Por qué iba a haber pena donde no había males que castigar?[6] Por eso es preciso admitir que

---

*quam autem aliquid fit a te, si non facit in te (Serm.* 56,7). La razón humana se rebela, pero la fe se impone.

4 Tal vez de este texto y de otros que se citan a favor pudiera causarse la unión substancial del cuerpo y del alma. El problema ha sido muy discutido y hoy está prácticamente sin valor.

5 La segunda muerte es mala para todos, porque es pena del pecado y del pecado personal y es castigo de la culpa. Por eso, no siendo para los buenos, es mala para todos.

6 La objeción es fuerte, y procede, sin duda, del maniqueismo. Los males existentes en el mundo llevaban a ésta y a otras conclusiones más desastrosas todavía. La muerte es una pena, y como pena, sólo debía suceder a los malos. Tal vez estuvieran

los primeros hombres fueron creados en tal estado, que, de no pecar, no sufrirían género alguno de muerte, porque, en habiendo pecado, fueron castigados con una muerte que por eso mismo se haría extensiva a todos sus descendientes[7]. La razón es que de ellos no nacería otra cosa que lo que ellos fueran. La enormidad de la culpa y la condenación consiguiente corrompió la naturaleza, y lo que en los primeros hombres pecadores precedió como pena, en los descendientes vino a ser natural. En efecto, el hombre no procede del hombre, como el hombre procedió del polvo. El polvo en la creación del hombre fue la materia, y el hombre en la generación del hombre es el padre. Por eso la carne no es de la misma naturaleza que la tierra, aunque haya sido hecha de la tierra; en cambio, el hijo es hombre igual que lo es el padre. Todo el género humano, que había de pasar a la posteridad por medio de la mujer, estaba en el primer hombre cuando la unión de los cónyuges recibió de Dios la sentencia de su condena. Y, por lo que hace al origen del pecado y de la muerte, el hombre engendró lo que se hizo de propia cosecha, no al ser creado, sino al pecar y ser castigado, sólo que el primero no fue reducido por el pecado o la pena del mismo a la rudeza infantil y a esa endeblez de alma y de cuerpo que vemos en los niños. Dios ha querido que la entrada en el mundo de éstos, cuyos padres fueron arrojados por El a una vida bestial y a la muerte, fuera como la de los cachorrillos. Así está escrito: *El hombre, constituido en honor, no ha tenido discernimiento. Se ha igualado a los brutos, carentes de entendimiento, y se ha hecho como uno de ellos.* Observemos además que los niños, en el uso y movimiento de sus miembros y en su sentido de apetecer y evitar, son más delicados que los animalitos más tiernos, como si la virtualidad del hombre se lanzara hacia arriba sobre los demás animales tanto más cuanto más se encogiera su impulso, como la flecha cuando se tensa el arco[8]. No fue, pues, despeñado o impulsado el primer hombre, por su in-

también implicados en esta cuestión los pelagianos, quienes, para no verse obligados a admitir que la muerte es pena del pecado, puesto que el hombre para ellos es recto, la atribuyan a su naturaleza.

[7] Dada en este sentido universal la respuesta, no temería ya ataque de ninguna clase. O negaban la autoridad a las Escrituras, cosa que no solían hacer, dado que también ellos se fundaban en su autoridad, o debían dar fe a sus palabras claras y terminantes, en las cuales se expresa que la muerte es la pena conminada al pecado.

[8] Agustín supone que, consideradas las cosas materialmente, el hombre es inferior en muchas a los mismos animales. La debilidad y endeblez de los párvulos e infantes y los grandes y esmerados cuidados que precisan, superan a los de los animales en mucho. Sin embargo, la razón les da la primacía sobre todos los seres de la naturaleza. Por eso dirá en otras partes que, en agudeza de sentidos, nos sobrepujan muchos animales, y es verdad.

justa presunción y por justa condenación, a esa rudeza infantil[9], sino que en él la naturaleza humana quedó tan viciada y cambiada, que sentía luchar en sus miembros la desobediencia concupiscencial, y se vio constreñida a morir necesariamente. Y así, por haberse hecho tal por vicio y por pena, engendró seres sujetos al pecado y a la muerte. Si los niños son desligados del vínculo del pecado por la gracia del Mediador[10], solo pueden sufrir esta muerte que separa el alma del cuerpo y, libres de la obligación del pecado, no pasan a la muerte segunda, penal, sin fin.

## CAPÍTULO IV

### ¿Por qué los que han sido absueltos del pecado por la gracia de la regeneración están sujetos a la muerte, es decir, a la pena del pecado?

Si a alguien le inquietara este problema, por qué padecen la muerte, que es pena del pecado, aquellos cuyo reato ha sido perdonado por la gracia, le remito a una obra mía que lleva por título *Del bautismo de los párvulos*[11], en la que se traía y se resuelve este punto. En ella se dice que se dejaba al alma el experimentar la separación del cuerpo, perdonado ya el pecado, precisamente porque, si al sacramento de la regeneración siguiera inmediatamente la inmortalidad del cuerpo, se enervaría la fe, que es fe cabalmente cuando se espera en esperanza lo que aún no se ve en realidad[12]. Con el robustecimiento y la lucha por la fe, en la edad madura había, además, de ser esperado el temor a la muerte, cosa que apareció grandemente en los santos mártires. Es innegable que no sería victoria ni gloria

---

[9] En el 1.1 c.38 n.67-68 *De peccatorum mentis et remissione* suscita esta duda: Cómo serían los recién nacidos de no haber pecado Adán y pregunta si tendrían la fuerza suficiente para mover sus miembros. Santo Tomás en la *Suma Teológica* (1 q.96 a.l) concluye que los recién nacidos no tendrían la fuerza suficiente para mover sus miembros a cualesquiera actos, sino solamente a actos convenientes con su edad, como, por ejemplo, a pedir el pecho y a rehuirlo.

[10] Alusión evidente al bautismo, como puede verse por los efectos que luego enumera.

[11] Con este título se designan los tres libros *De peccatorum mefitis et remissione.* En sus *Retractationes* (II 33) añade al título estas palabras: *Ubi máxime disputatur de baptismate parvulorum propter originóle peccatum.* Esto confirma el título que aquí le asigna.

[12] Cf. *De peccat. merit. et remiss.* II 30-31ss.,49-55.

del combate, pues que no podría haber combate siquiera si, después del lavacro de la regeneración, ya santos, no pudieran sufrir la muerte corporal[13]. ¿Quién no se daría prisa a llevar a sus pequeñuelos a bautizar justamente para que no fueran desligados del cuerpo?[14] De esta suerte no se probaría la fe con el premio invisible, sino que ya no sería ni fe, porque se buscaría y se cobraría al instante la recompensa de la obra. En la nueva economía, sin embargo, por una gracia del Salvador mayor y más admirable, el castigo del pecado se ha trocado en instrumento de justicia. Entonces se dijo al hombre: Si pecas, morirás; y ahora se dice al mártir: Muere para no pecar. Entonces se les dijo: Si traspasáis el mandamiento, moriréis de muerte; y ahora se les dice: Si rehusáis la muerte, traspasaréis el mandamiento. Lo que entonces debía temerse para no pecar, ahora debe aceptarse por miedo a pecar. Así, por la misericordia inefable de Dios, la pena de los vicios viene a ser instrumento de virtud y el suplicio del pecado se torna en mérito del justo. Entonces se adquirió la muerte pecando y ahora se perfecciona la justicia muriendo[15]. Pero esto tiene aplicación para los santos mártires, a quienes el perseguidor ponía la disyuntiva: o desertar de la fe o sufrir la muerte, porque los justos aman más padecer creyendo lo que los primeros prevaricadores padecieron por no creer. Aquéllos, de no haber pecado, no habrían muerto, y éstos, si no mueren, pecarán. Aquéllos murieron, porque pecaron, y éstos no pecan, porque mueren. La culpa de aquéllos acarreó la pena, y la pena de éstos previene la culpa. Y esto, no porque la muerte, que antes fue un mal, se haya tornado en bien, sino porque Dios concedió esta gracia a la fe: que la muerte, que es contraria a la vida, haya pasado a ser el puente que lleva a la vida[16].

---

[13] Agustín ha concebido la vida del cristiano como un certamen, como una lucha, como un combate perpetuo. La vida, sin ese sentido agónico, es muerta e inservible. La ascética exige la lucha. Por eso gritaba desde su tribuna con espíritu guerrero: *Necesse est ut espera sint témpora (Serm. Ma. Caillau et S. Ives* II 19).

[14] San Agustín se muestra tan humano y tan profundo conocedor del corazón del hombre, que concibe y acierta que el egoísmo se inmiscuye hasta en las obras más santas. ¿Quién no bautiza a su hijo para que no muera eternamente? Esta es la gran sabiduría psicológica de Agustín. Esto es humano, y muy humano.

[15] En toda esta bella exposición comparativa y antitética se manifiesta la gran preocupación de Agustín por asignar a los males aparentes el fin recto a que deben conducir, y al que de hecho tienden por su misma naturaleza. Uno de esos males es la muerte, cuyo fin es librarnos de las miserias de esta vida, bien que siempre la esperemos como un enemigo que nos arrebata de las cosas de nuestro amor.

[16] La muerte es una pena, pero ¡bendita pena, que nos merece tal premio! Desde Cristo, la muerte es la puerta de acceso a la eternidad. Es un instrumento necesario y un vehículo sin el cual no podremos realizar nuestro viaje a la eternidad y además no

## CAPÍTULO V

## Como los pecadores usan mal de la ley, que es buena, así los justos usan bien de la muerte, que es mala

El Apóstol, queriendo poner de relieve el gran poder nocivo del pecado en ausencia de la gracia, no dudó en llamar fuente del pecado a la ley que lo prohíbe. *El aguijón de la muerte* —dice— *es el pecado, y la fuerza del pecado es la ley.* Y con muchísima verdad, porque la prohibición aumenta el deseo de obrar mal cuando el amor a la justicia no es tanto que su Hiciere la codicia de pecar[17]. Mas sólo la gracia de Dios puede dar el amor y el gusto de la verdadera justicia. Pero, a fin de que el apelativo *fuerza del pecado* dado a la ley no haga pensar que la ley es mala, dice en otro lugar tratando del mismo asunto: *La ley es santa, y el mandamiento, santo y bueno. ¿Pero que lo que es bueno me ha causado a mí la muerte? Ni mucho menos. Sino que el pecado es el que, habiéndome causado la muerte por medio de una cosa buena, ha manifestado lo que él es, de manera que, por ocasión del mismo mandamiento, se ha hecho el pecador o el pecado sobremanera maligno.* Dijo *sobremanera* porque, cuando aumenta la líbido de pecar y es despreciada la ley, se añade, además, la prevaricación. ¿Por qué hemos creído esto digno de ser citado? Porque, como la ley no es un mal cuando acrece la concupiscencia del pecado, así la muerte no es un bien cuando aumenta la gloria de los que la sufren, bien se dé de mano a aquélla por la iniquidad, y haga prevaricadores, bien se acepte ésta por la verdad, y haga mártires. La ley es buena justamente porque es prohibición del pecado, y la muerte es mala porque es estipendio del mismo. Pero, así como los pecadores usan mal no sólo de los males, sino también de los bienes, así los justos usan bien no sólo de los bienes, sino también de los

---

conseguiremos ésta. Los *Sermones* son un índice de estas verdades tan trágicas y tan consoladoras. Tan trágicas, porque nos priva de las cosas y de los seres queridos, y tan consoladoras porque nos acerca a Dios, objeto único de nuestras aspiraciones.

[17] ¡Qué gran conocimiento del corazón encierra esta apreciación psicológica! Esa es nuestra inclinación más natural, ir contra lo mandado, y sólo porque está mandado. ¡Cuántas lágrimas nos han arrancado aquellos pasajes de las *Confessiones* en que Agustín relata el robo de unas peras por el prurito tonto y malévolo de hacer mal, porque estaba prohibido solamente! Es maravilloso el comentario que de ella hace M. F. Sciacca. Cf. *San Agustín*, trad. del P. Ulpiano Alvarez (Barcelona 1955) t.l p.17-22.

males[18]. He aquí el porqué de que los malos usen mal de la ley, aunque la ley es un bien, y de que los buenos usen bien de la muerte, a pesar de que la muerte es un mal.

## CAPÍTULO VI

### El mal de la muerte consiste en la ruptura de la unión existente entre el alma y el cuerpo

La muerte del cuerpo y lo que la constituye en tal, es decir, la separación del alma y del cuerpo, cuando la sufren los llamados moribundos, no es bien para nadie, porque ese desgarramiento de lo unido y entretejido en el viviente es duro para la sensibilidad y contrario a la naturaleza mientras el alma mora en el cuerpo, hasta que se pierde todo el sentido que procedía del abrazo entre el alma y la carne. A veces, un golpe del cuerpo o un rapto del alma ataja toda esa agonía y no permite sentirla anticipándose la hora. Sin embargo, cuanto hay en los moribundos de esa crisis, que con sensación de dolor pierden la sensibilidad, tolerado resignada y fielmente, aumenta el mérito de la paciencia, pero no excluye la palabra *pena*. Así, siendo la muerte pena del que nace, como rama de aquel primer tronco, si se mide por la piedad y por la justicia, se torna en gloria del que renace, y, siendo retribución del pecado, obtiene a veces que al pecado no se retribuya nada[19].

---

18 La perfección consiste en el recto uso de las cosas. Las cosas nos han sido dadas para que usemos de ellas, *uti*, no para que gocemos de las mismas, *non frui*. Los justos usan bien hasta de los males.

19 El martirio es un segundo bautismo, según el antiguo sentir de Ig Iglesia, que nunca envejece. La tradición está acorde en concederle los mismos efectos que al bautismo de agua, menos el carácter. En caso de que el martirizado muera sin otro bautismo, recibe todo el cúmulo de gracias que recibiría de haber recibido el bautismo de agua. Y también para Agustín el martirio es semilla de nuevos cristianos, como para Tertuliano. *Sparsum est semen sanguinis*—dice—*surrexit seges Ecclesiae (Serm.* 22,4).

## CAPÍTULO VII

## La muerte aceptada por los no bautizados por confesar a Cristo

En efecto, cuantos mueren por confesar a Cristo, aun sin haber recibido el baño de la regeneración, tienen una muerte que produce en ellos tantos efectos, en cuanto a la remisión de los pecados, cuantos produciría el baño en la fuente sagrada del bautismo[20]. El que dijo: *Quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos.* en otro lugar, hablando de un modo no menos general, hizo esta honrosa excepción: *Al que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos;* y en otro pasaje: *Quien perdiere, su vida por amor de mí, la encontrara.* He aquí el porqué de aquellas palabras: *De gran precio es, a los ojos del Señor, la muerte de sus santos.* Pues ¿qué hay de más valor que una muerte que causa la remisión de todos los pecados y un aumento más colmado de méritos? No cabe parangonar los méritos de aquellos que, no pudiendo diferir la muerte, son bautizados y salen de esta vida después de haber sido borrados todos sus pecados, con los de quienes, pudiendo, no difirieron la muerte, porque quisieron más terminar la vida confesando a Cristo que llegar al bautismo negándole[21]. Es cierto que, de haberlo hecho, se les remitiría también en ese lavacro esto, el haber negado a Cristo por miedo a la muerte, porque es verdad que a los que dieron muerte a Cristo se les remitió crimen tan horrendo. Pero ¿cómo, sin una gracia torrencial de ese Espíritu que sopla donde quiere, podrían amar a Cristo hasta el extremo de no poder negarlo en tal riesgo de su vida y con una esperanza tan grande de perdón?[22] La va-

---

[20] Este principio, luego admitido por la Escuela y transmitido a la teología, es ya clásico. El bautismo de fuego causa los mismos efectos en los no bautizados, en cuanto a la remisión de los pecados, que el bautismo *re susceptum.* San Agustín distingue ya perfectamente los efectos del bautismo, la remisión de los pecados, original y personales, y el carácter.

[21] Y la razón de esto es la siguiente: es muy conveniente ese modo de remitir los pecados, porque el así martirizado prefiere la confesión de Cristo a la conservación de la propia vida, aun sabiendo que negando a Cristo podría bautizarse. Y añade aún más. Parece conceder más mérito a éstos, que, pudiendo, no han querido diferir su muerte, que a los bautizados realmente.

[22] El mártir por sí, consideradas las cosas humanamente, no podría dar la vida por Cristo. Le bastaba negarle, y aun este pecado se le perdonaría por el bautismo posterior. Y el mártir que, a pesar de esto, da su vida por Cristo, tiene un mérito muy

liosa muerte de los santos, a quienes precedió y pagó anticipadamente con tanta gracia la muerte de Cristo para que no vacilaran en entregar la suya por conseguirle a El, probó que lo constituido antes como pena del pecador fue reducido ahora a estos usos con el fin de que de allí dimanara un fruto más abundante de justicia. La muerte, por tanto, no debe considerarse como un bien en sí por haber sido destinada a tamaña utilidad, no por propia virtud, sino por la gracia de Dios. Antes se propuso como objeto de temor para que no se cometiera el pecado, y ahora debe ser aceptada para no cometer pecado, o para borrar el cometido, o para dar la palma de justicia debida a victoria tan gloriosa.

## CAPÍTULO VIII

## **Los justos, aceptando la muerte primera por la verdad, se ven libres de la segunda**

Si consideramos esto con más detenimiento, aun en el caso de que uno muera fiel y loablemente por la verdad, rehúye la muerte. Acepta una parte de ella por temor a que le sobrevenga toda y se le añada la segunda, que no tendrá fin. Acepta la separación del alma y del cuerpo por miedo a que, alejado Dios del alma, se aleje el alma del cuerpo, y así, finalizada la muerte primera de todo el hombre, se vea en la garra de la segunda, que es eterna. Así, la muerte, como he dicho cuando la sufren los moribundos y obra en ellos el morir, no es un bien para nadie, pero el tolerarla es loable por conservar o conseguir el bien. Sin embargo, cuando son los muertos los que están ya bajo su dominio, se dice, y no absurdamente, que es mala para los malos y buena para los buenos, porque las almas de los buenos, separadas de los cuerpos, están en el descanso, y las de los impíos están en penas. Y estarán así hasta que los cuerpos de unos resuciten para la vida eterna, y los de los otros, para la muerte eterna, llamada segunda.

---

superior. Este es el fundamento de la razón de congruencia para conceder al bautismo de sangre los mismos efectos que al bautismo de agua.

## CAPÍTULO IX

## ¿Cuál es el momento preciso de la muerte o de la pérdida del sentido de la vida?

¿Cómo debe llamarse el tiempo en que las almas, separadas del cuerpo, están ya gozando o padeciendo: Después de la muerte o en la muerte?[23] Si es después de la muerte, ya no es buena o mala la muerte, porque ya ha pasado y dejado de ser, sino la vida presente del alma después de ella. La muerte era mala para ellos justamente cuando existía, es decir, en el momento de padecerla, en el momento de morir, porque entonces sentían la sensación de malestar y de molestia. De este mal precisamente usan bien los buenos. Una vez pasada la muerte, ¿cómo es buena o mala, si ya no existe? Por eso, si nos fijamos un poco más, ni la sensación de malestar y de molestia que se da en los moribundos es la muerte. Mientras tienen sensibilidad, viven, y, si viven, es más propio decir que están antes de la muerte que en la muerte, porque, cuando ésta llegue, priva al cuerpo de toda sensación, que es de molestia al acercarse ella. Por este motivo es difícil de explicar el modo y el porqué de llamar moribundos a los que aún no han muerto, sino que, a la vista de la muerte, se agitan en una agonía mortal y extrema, aunque en realidad reciben propiamente el nombre de moribundos, porque, cuando la muerte que amenaza llegare, no se llamarán ya moribundos, sino muertos. Nadie es moribundo si no vive, porque, cuando su vida se halla en las últimas, en que se hallan los que decimos que están dando las bocanadas, si aún no está privada de alma, aún vive[24]. Luego uno y el mismo es a la vez moribundo y viviente, pero acercándose a la muerte y alejándose de la vida. Sin embargo, aún está en vida, ya que el cuerpo tiene alma y aún no está en la muerte, porque aún no se ha separado del cuerpo. Mas si, una vez que se separare de él, ni aun entonces estará en la muerte, sino después de la muerte, ¿quién podrá decir cuándo está en la

---

[23] Como puede verse, la cuestión presentada es puramente bizantina y un desahogo mental, sutil y nialalmríslico del Santo. Con todo, las apreciaciones que aquí linee son aprovechables para la filosofía actual.

[24] Es innegable que sólo puede morir el que vive y que la vida es la posibilidad de la muerte. Concuerda esto con la visión de ese poeta de nuestros días que escribía:

*Y nosotros seguimos en la terrea insolencia*
*de mineralidad, sed de cadáver yerto,*
*sin sentir que la vida de nuestra humana esencia*
*es el morir. Quien no muere es porque ya está muerto.*

muerte? Porque, si nadie puede ser a la vez moribundo y viviente, no existirá moribundo alguno, puesto que, mientras está el alma en el cuerpo, no podemos negar que es un viviente. Por otra parte, debe llamarse moribundo a aquel en cuyo cuerpo se está obrando ya la muerte, y, mí nadie puede ser a la vez moribundo y viviente, no sé cuándo se es viviente[25].

## CAPÍTULO X

## A la vida de los mortales le cuadra mejor el nombre de muerte que el de vida

Desde el instante en que comenzamos a existir en este cuerpo mortal, nunca dejamos de tender hacia la muerte[26]. Esta es la obra de la mutabilidad durante todo el tiempo de la vida (si es que vida debe llamarse): el tender hacia la muerte[27]. No existe nadie que no esté más cercano a la muerte después de un año que antes de él, y mañana más que hoy, y hoy más que ayer, y poco después, más que ahora, y ahora, poco más que antes. Porque el tiempo vivido es un pellizco dado a la vida, y diariamente disminuye lo que resta; de tal forma, que esta vida no es más que una carrera hacia la muerte. No permite a nadie detenerse o caminar más despacio, sino que todos siguen el mismo compás y se mueven con igual presteza. Efectivamente, el que tuvo una vida más corta no cruzó el tiempo con más celeridad que el que la tuvo más larga, sino que, arrancados sus momentos de igual modo a ambos, uno tuvo la meta más cercana, y el otro,

---

[25] Esta idea de la temporalidad y de la íinitud ha sido recogida por la filosofía moderna, existencialista sobre todo. Tenemos a Heidegger hablándonos en *Sein und Zeit* de las relaciones del *Dassein* con la temporalidad. La vida del hombre es una muerte continuada, y por eso es preciso y posible admitir que el hombre es moribundo y viviente a la vez.

[26] Esta concepción de la vida, que, a primera vista, parece un tanto pesimista, está enraizada en la más sublime humildad. La vida es correr a la muerte. Sólo así entendida puede vivirse con la intensidad que se merece. En la filosofía existencialista esta concepción ha pasado ya a ser acervo común. Es, por otra parte, un pensamiento este muy fecundo para la vida espiritual y que ha sido muy explotado por los místicos de todos los tiempos.

[27] La vida es un correr precipitado de años que chocan con la eternidad, es verdad, pero no lo es menos que choca también con un muro —como diría Sartre— que es la muerte. Cf. Alonso Eukyo, Sabino, *Exietencialismo y existencialistas* (Valencia 1949) p.161-185.

más alejada, meta a la que uno y otro corrían con idéntica velocidad[28]. Una cosa es haber andado más camino, y otra, haber caminado más despacio. En consecuencia, el que hasta llegar a la muerte apura espacios más largos de tiempo, no corre más despacio, sino que anda más camino.

Por tanto, si cada uno comienza a morir, o sea, a estar en la muerte, desde el instante en que empieza a obrarse en él la muerte, es decir, la substracción de la vida, pues que, terminada la substracción, estará ya después de la muerte, no en la muerte, es indudable que, desde el momento en que comenzamos a existir en este cuerpo, estamos en la muerte[29]. ¿Qué otra cosa se hace en cada día, en cada hora y en cada momento hasta que, apurada la última gota de la vida, se completa la muerte, que iba obrándose y comienza a existir ya el tiempo posterior a la muerte que en el *fieri* de la substracción de la vida estaba en la muerte? Si, pues, el hombre no puede estar a la vez en vida y en muerte, nunca jamás, desde que mora en este cuerpo moribundo más bien que viviente, está en vida. ¿O diremos que está a la vez en vida y en muerte, es decir, en la vida, en que vive hasta que le sea substraída toda, y en la muerte, con que ya muere cuando le es substraída la vida?

Porque, si no está en vida, ¿qué es lo que se substrae hasta que se realice su perfecta consunción? Y si no está en. muerte, ¿qué es la substracción de la vida? No en vano so dice que, una vez substraída al cuerpo toda la vida, está ya después de la muerte, sino porque existía la muerte cuando se le substraía la vida. Y si, substraída la vida, no está el hombre en la muerte sino después de la muerte, ¿cuándo estará en la muerte sino cuando le es substraída?[30]

---

28 La carrera hacia la muerte es igual para todos, con la única particularidad de que unos llegan antes a su meta, porque la tienen más cerca, y otros más tarde. Un año más vivido es un año menos de vida. Todos caminamos hacia la muerte con igual velocidad; el que antes llega, es que su meta estaba más cercana. Estas páginas de Agustín pueden competir con las más brillantes de los existencialistas modernos. Gf. Iturrioz, J., *El hombre y su metafísica* (Oña [Burgos] 1943).

29 ¿En qué se diferencia de esta otra de Heidegger: «Tan pronto como el hombre entra en la vida, ya es viejo para morir»?

30 Este análisis de la existencia coloca a San Agustín a la cabeza de los existencialistas modernos. Ya Alonso Fueyo lo ha hecho notar, y con él otros pensadores. Pero es preciso evitar en esto el escollo con que se ha topado siempre al interpretar a San Agustín en conformidad con una filosofía determinada. Las coincidencias pueden darse, pero siempre tienen un fondo distinto. Y es lo que ocurre en este caso. San Agustín presenta los problemas de la existencia desde el punto de vista cristiano, bien definido y concreto; no es ateo, como son la mayor parte de los filósofos actuales.

## CAPÍTULO XI

## ¿Puede alguien ser al mismo tiempo viviente y muerto?

1. Si es absurdo decir que el hombre antes de encararse con la muerte está ya en la muerte (¿a qué meta acerca el caminar de su vida, si está ya en ella?), y como, además, es demasiado atrevimiento afirmar que es a un tiempo viviente y moribundo, pues que no se puede estar a la vez velando y durmiendo, es preciso preguntar cuándo será moribundo. Antes de que la muerte llegue, no es moribundo, sino viviente, y, una vez llegada la muerte, será ya muerto, no moribundo. Aquello está aún antes de la muerte y esto ya pasó su frontera. ¿Cuándo está en la muerte, pues entonces es realmente moribundo?

Estas tres cosas distintas: antes de la muerte, en la muerte y después de la muerte, tiene cada una su nombre propio: viviente, moribundo y muerto. Es, pues, muy difícil determinar cuándo un hombre es moribundo, es decir, cuándo está en la muerte; cuándo ni es viviente, que es antes de la muerte, ni muerto, que es después de la muerte, sino moribundo, o sea, en la muerte. Mientras el alma está en el cuerpo, máxime si aún siente, el hombre, que consta de alma y de cuerpo, vive, y, por tanto, no debe decirse en la muerte, sino antes de la muerte. Con todo, cuando el alma se separa y priva al cuerpo de toda sensación, aparece ya después de la muerte, y se llama muerto. Luego fina en ese comedio en que es moribundo o está en la muerte, porque, si aún vive, está antes de la muerte, y, si dejó de vivir, está ya después de la muerte. En conclusión: no es posible comprender cuándo es moribundo o cuándo está en la muerte. Lo mismo ocurre con el tiempo. Se busca el presente y no se da con él, porque el cruzar del futuro al pasado es un espacio inapreciable. ¿No será lógico concluir de aquí que la muerte del cuerpo no existe? Pues, si existe, ¿cuándo existe, si no puede estar en ninguno y ninguno puede estar en ella? En efecto, si se vive, aún no existe la muerte, porque esto es antes de la muerte, no en la muerte, y, si se dejó de vivir, ya no existe, porque esto es después de la muerte, no en la muerte. Si la muerte no existe antes o después de ella misma, ¿qué significa decir antes de la muerte o después de la muerte? La verdad es que de-

---

Emmanuel Mounier ponía ya a San Agustín en la raíz del árbol existencialista. Y el P. Boyer escribió en 1947 un artículo en «Sapientia» (2 p.149-152) con el título de *San Agustín y el existenciálismo.* Y desde esta fecha, los trabajos sobre el tema se han multiplicado considerablemente.

cir esto carece de sentido, si no existe la muerte. ¡Ojalá hubiéramos conseguido, viviendo bien en el pasado, que no existiera muerte alguna! Sin embargo, ahora es tan esquiva, que ni puede explicarse con palabras ni evitarse con razones[31].

2. Hablemos, pues, según el uso corriente, pues que así lo exigen nuestras maneras, y digamos: Antes de la muerte igual a antes de que la muerte suceda, como está escrito: *Antes de la muerte no alabes a hombre alguno*. Digamos también una vez que haya sobrevenido: Después de la muerte de éste o de aquél sucedió tal o cual cosa. Digamos también de presente, como nos sea posible: Aquel moribundo hizo testamento y dejó al morir esto o lo otro a éste o a aquél, aunque en realidad, si no viviera, no hubiera podido hacerlo, y lo haya hecho más bien antes de la muerte que en la muerte[32]. Hablemos también como habla la divina Escritura, que no duda en llamar muertos no a los que han muerto ya, sino a los que están en la muerte. Así en aquel pasaje: *Porque no hay en la muerte quien se acuerde de ti*. Dice, y con razón, que están en la muerte hasta que resuciten, como se dice que uno está en sueño hasta que despierta, aunque a los que están en sueño los llamamos durmientes, y no podamos, sin embargo, de igual modo, llamar moribundos a los que han muerto. Porque no mueren aún quienes, por lo que hace a la muerte corporal, de la que ahora tratamos, ya están separados de los cuerpos. Precisamente a esto me refería al decir que no puede explicarse con palabras cómo llamamos moribundos a los que aún viven, o decimos de los ya muertos, aun después de la muerte, que están todavía en la muerte. ¿Cómo después de la muerte, si aún están en la muerte, sabiendo además que no les llamamos moribundos, como llamamos durmientes a los que están en sueño, y enfermos a los que están en enfermedad, y dolientes a los que están en dolor, y vivientes a los que están en vida? Con todo, los muertos antes de resucitar se dice que están en la muerte, y, sin embargo, no podemos llamarlos moribundos[33].

---

[31] Todo este análisis detallado de los momentos de la muerte no tiene más razón de ser que un desahogo literario y filosófico del Santo. Además lleva una segunda intención, y es poner de relieve la impropiedad del lenguaje en múltiples ocasiones. Es tema corriente en Séneca, por ejemplo, y en Gelio.

[32] La apreciación sirve también para los testamentos que se hacen antes de morir. De lo contrario, es un testamento informe y el testador se dice que muere *ab intestato*.

[33] San Agustín busca la esencia misma de la muerte, la objetividad. La muerte no se tiene como puede tenerse un paquete de víveres; la muerte es algo que actúa y que extingue y consume, algo que aniquila la vida. Es constitutiva; no simplemente un mero tener, sino un ser, o, mejor, un estar.

De aquí deduzco que no carece de oportunidad y de sentido mi opinión de que, quizá no por industria humana, pero sí por dispensación divina, este verbo *moritur* (muere) en latín no haya podido ser conjugado por los gramáticos por la misma regla con que se conjugan los demás. De *oritur* (nace), por ejemplo, se forma el pretérito *ortus est* (nació), y así los demás tiempos que se conjugan con los participios de pretérito. Mas, si preguntamos por el pretérito del verbo *moritur*, se nos responderá, como de costumbre, *mortuus est* (murió), duplicada la letra *u*. Se dice *mortuus* (muerto), como *fatuus* (fatuo), *arduus* (difícil), *conspicuus* (conspicuo), y otros por el estilo que no son participios, sino que por ser nombres se declinan sin tiempo. Sin embargo, en aquél, simulando declinar lo indeclinable, se pone el nombre en lugar del participio de pasado. Esto lleva en sí un sentido, y es que, así como lo significado por el verbo no puede ser declinado, así el verbo que lo significa no puede declinarse hablando[34]. Pero al menos podemos, con la ayuda de la gracia de nuestro Redentor, declinar la muerte segunda. Esta es la más grave y el peor de todos los males, porque no consiste en la separación del alma y del cuerpo, sino en el abrazo de uno y de otro para penar eternamente. Allí es donde estarán los hombres siempre en la muerte, no antes ni después de la muerte, y por eso nunca más serán vivientes y nunca más serán muertos, sino eternamente moribundo. Nunca irá peor al hombre en la muerte que cuando la muerte sea inmortal.

## CAPÍTULO XII

## ¿Qué muerte había conminado Dios a los primeros hombres si quebrantaban su mandamiento?

Cuando se pregunta qué muerte había conminado Dios a los primeros hombres en caso de quebrantar el mandamiento recibido y de no obedecerlo, si era la muerte del alma, la del cuerpo, la de todo el hombre o la llamada segunda, debe contestarse que todas. La primera comprende dos de ellas, y la segunda, todas. Como la tierra universal consta de muchas regiones, y la Iglesia universal de muchas iglesias, así la muerte total consta de todas las muertes. Porque la primera comprende dos, una del alma y

[34] Juega aquí a maravilla con la palabra *declinari*. Es decir, la muerte no puede ser declinada, o sea evitada, y el término que la designa no puede ser declinado, o sea, no puede ser conjugado en sus casos gramaticales.

otra del cuerpo, de forma que la primera muerte de todo el hombre tiene lugar cuando el alma sin Dios y sin cuerpo sufre temporalmente el castigo, y la segunda, cuando el alma sin Dios y con el cuerpo sufre las penas eternas[35]. Cuando Dios dijo al primer hombre que colocó en el paraíso, hablando del fruto prohibido: *En cualquier día que comiereis de él, moriréis de muerte,* no hizo extensiva esta conminación sólo a la primera parte de la muerte primera, en que el alma se ve privada de Dios; ni solamente a la segunda parte, en la que el cuerpo se ve privado del alma; ni sólo a la primera muerte total, en que el alma, separada de Dios y del cuerpo, es castigada, sino a cuantas muertes hay, hasta la última, llamada segunda y que no tiene siguiente.

## CAPÍTULO XIII

## ¿Cuál fue el primer castigo de la prevaricación de los primeros padres?

Tan pronto como se llevó a efecto la transgresión del precepto, desamparados de la gracia de Dios, se ruborizaron de la desnudez de sus cuerpos. De aquí que cubrieran sus vergüenzas con hojas de higuera, las primeras tal vez que les vinieron a mano en medio de su turbación. Estos miembros los tenían ya antes, pero no eran vergonzosos. Sintieron, pues, un nuevo movimiento en su carne desobediente como castigo debido a su desobediencia[36]. El alma, complacida en el uso desordenado de su propia libertad, y desdeñando servir a Dios, se vio privada de la primera sujeción de su cuerpo, y, por haber abandonado libremente al Señor superior, no mantenía sometido al siervo inferior, ni tenía sometida a sí misma la carne, como la hubiera podido tener siempre, de haber permanecido ella sometida a Dios[37]. Entonces comenzó la carne a desear contra el espíritu. En este

---

35 El pasaje es difícil de interpretar. No es fácil saber a qué muertes alude, si solamente al infierno o también al purgatorio, del que hablará más tarde explícitamente.

36 En este y en otros textos se han apoyado algunos para ver en Agustín la admisión de un pecado sexual en el paraíso. Pero, como es notorio, aquí mismo se dice que el pecado de concupiscencia es pena de la desobediencia. Cf. Aseñsio, F., *¿Tradición sobre un pecado sexual en el Paraíso?:* «Gregorianum» vol.31 1 (1950); II p.35-62.

37 El orden y la justicia exige esto: que lo inferior se someta a lo superior. Y ésta es la ley que ha establecido Agustín para toda la vida ascética.

combate hemos nacido, arrastrando un germen de muerte y llevando en nuestros miembros y en nuestra viciada naturaleza la disyuntiva de lucha y de victoria de la primera prevaricación.

## CAPÍTULO XIV

## El hombre, creado por Dios, y su libre caída

Dios, Autor de las naturalezas, no de los vicios, creó al hombre recto; pero él, depravado por propia voluntad y justamente condenado, engendró seres desordenados y condenados. Todos estuvimos en aquel uno cuando fuimos todos aquel uno, que cayó en pecado por la mujer, hecha de él antes del pecado. Aún no había sido creada y difundida nuestra forma individual, forma que cada uno habíamos de tener, pero ya existía la naturaleza germinal, de la que nos habíamos de propagar todos[38]. De ésta, viciada por el pecado y ligada con el vínculo de la muerte y justamente condenada, el hombre, naciendo del hombre, no nacería de otra condición. Por eso, del mal uso del libre albedrío se originó una serie de desventuras que, desde un principio viciado, como corrompido de raíz el género humano, arrastraría a todos en concatenación de miserias hasta el abismo de la muerte segunda, que no tiene fin, si la gracia de Dios no librara a algunos.

## CAPÍTULO XV

## Adán, pecando, abandonó a Dios antes que Dios le abandonara a él. La primera muerte del alma consistió en su apartamiento de Dios

Por este motivo, como en estas palabras: *Moriréis de muerte,* no se dijo: de muertes, debe entenderse sólo aquella que tiene lugar cuando el alma es abandonada por su vida, que es Dios[39]. (Porque no fue abandonado para que abandonase, sino que abandonó para ser abandonado, ya que, pa-

---

[38] El hombre mismo no ha quedado excluido de la teoría de las razones seminales.

[39] Ya hemos apuntado en una nota del libro XII la trascendencia y alcance que da Agustín a esta idea.

ra su mal, es primero la propia voluntad, y, para su bien, es primero la voluntad del Creador, sea para hacerla cuando aún no existía, sea para rehacerla cuando pereció en su caída.) Con todo, aunque entendamos que Dios quiso significar esta muerte en esas palabras: *El día que comiereis de él, moriréis de muerte*, como si dijera: El día que me abandonéis por la desobediencia, os abandonaré yo por justicia, es indudable que en esa muerte se anunciaron también las demás que habían de suceder. Al originarse en la carne del alma desobediente un movimiento desobediente, por el cual cubrieron sus vergüenzas, se sintió la muerte, en la que Dios abandonó al alma. Esta quedó significada en aquellas palabras que Dios dirigió al hombre cuando se escondía en su loco temor: *Adán, ¿dónde estás?* Y lo dijo, no preguntando, como si lo ignorase, sino advirtiéndole con reproche que se percatase dónde estaba, porque Dios ya no estaba con él. Luego, al abandonar el alma al cuerpo, arrugado por la edad y encogido por la vejez, llegó a experimentar la otra muerte, de la que Dios había dicho cuando imponía sus castigos al hombre: *Eres tierra, y a la tierra irás.* Así, estas dos muertes completarían la primera, que es de todo el hombre, y a ella seguiría, al fin, la segunda, si el hombre no es librado por la gracia. El cuerpo, que procede de la tierra, no tornaría a ella sino por la muerte, que le sobreviene cuando se ve privado de su vida, o sea, del alma.

De aquí que los cristianos, fieles y veraces custodios de la fe católica, den constancia de que la muerte del cuerpo nos es infligida no por ley de naturaleza, pues que Dios no dio al hombre muerte alguna, sino por merecido del pecado. Dios, al vengar el pecado, dijo al hombre, en quien entonces estábamos todos: *Eres tierra, y a la tierra irás*[40].

[40] La concepción de la muerte como pena del pecado es desconocida por los filósofos de la antigüedad. La razón es fácil. En primer lugar desconocían el pecado y su existencia, y en segundo, no se allanaban a esta creencia, y para ellos la muerte era el fin, pero natural, y, a veces, el medio mejor para librarse de los males de la vida.

## CAPÍTULO XVI

# Hay filósofos que piensan que la separación del cuerpo y del alma no es una pena, y se basan en que Platón introduce al Dios supremo prometiendo a los dioses inferiores el no ser nunca destituidos de sus cuerpos

1. Pero hay filósofos, contra cuyas calumnias defendemos la Ciudad de Dios, es decir, la Iglesia, que se mofan, según ellos, sabiamente de lo que acabamos de decir: de que la separación del alma y del cuerpo debe numerarse entre las penas, y se fundan en que —es opinión suya— el alma alcanzada perfecta felicidad cuando, desligada en absoluto de todo cuerpo, torna a Dios simple y sola y en cierto modo desnuda. Si en sus mismos escritos no hallara nada con que refutar esta opinión, debería alargarme un tanto en demostrar que el cuerpo no es oneroso al alma sino por ser corruptible. Aquí viene a pelo aquel pasaje de nuestras Escrituras citado en el libro anterior: *El cuerpo corruptible apesga al alma.* Al añadir *corruptible* da a entender que apesga al alma no cualquier cuerpo, sino el hecho por el castigo consiguiente al pecado. Y, aunque no lo hubiera añadido, no debiéramos entender otra cosa.

Sin embargo, pregonando Platón a todos los vientos que los dioses hechos por el Dios soberano tienen cuerpos inmortales, e introduciendo a Dios, Hacedor de ellos, prometiéndoles, como singular beneficio, una estancia eterna en sus cuerpos y el no ser desligados de ellos por muerte alguna, ¿a qué viene el que éstos, para perseguir la fe cristiana, finjan desconocer lo que conocen? ¿Por qué, en pugna consigo mismos, prefieren decir eso con tal de no cejar en su empeño de contradecirnos? Voy a citar las propias palabras de Platón, traducidas al latín por Cicerón[41], en las que introduce al Dios soberano perorando y diciendo a los dioses que hizo: «Vosotros, hijos de los dioses, considerad de qué obras soy yo padre y hacedor. Sois indisolubles contra mi voluntad[42], aunque todo lo compuesto pueda disolverse, pero no es propio del bien querer separar lo que la razón ha unido. Mas, por haber nacido, no podéis ser inmortales, indisolubles. Sin

---

41 Se refiere al librito *De universo,* que es una parte del *Timeo,* de Platón. De ese librito habla también en el libro XXII, capítulo 26, y en el *Serm.* 241,8.

42 Rozas, siguiendo otra lección tanto de la *Ciudad de Dios* como del *Timeo,* traduce son *indisolubles a mi albedrío,* pero creemos que el pensamiento es el puesto, según puede colegirse de la cita que ha hecho en libros anteriores.

embargo, no os disolveréis ni hado alguno de muerte os quitará la vida, porque no será más poderoso que mi voluntad, que es un vínculo más fuerte para vuestra perpetuidad que el hado a que quedasteis ligados al comenzar vuestra existencia». Cata que Platón dice que los dioses, por la ligadura del cuerpo y del alma, son mortales, y que, con todo, por voluntad y decisión del Dios que los hizo son inmortales. Si, pues, es una pena para el alma estar ligada a un cuerpo, ¿qué significa que, hablándoles Dios como a temerosos de que la muerte se asome a sus puertas, o sea, de separarse de sus cuerpos, les asegura su inmortalidad? Y esto no por la naturaleza de esos dioses, que es compuesta, no simple, sino por la insuperable voluntad de Dios, que puede hacer que ni lo nacido muera ni lo ligado se desligue, sino que persevere incorruptiblemente.

2. Saber si en realidad este sentir de Platón, aplicado a los astros, es verdadero, es otra cuestión. No debe concederse a la ligera que esos globos de luz o pequeños círculos que iluminan con su luz corpórea la tierra de día o de noche, tengan ánimos propios inteligentes y dichosos que los vivifiquen. Esto lo afirma él con insistencia del mundo universo, como de un gran animal que contiene todos los demás animales[43]. Pero, como queda dicho, ésta es otra cuestión, y al presente no me he comprometido a discutirla. Sencillamente, yo he creído un deber citar ese texto contra aquellos que se glorían de llamarse o ser platónicos, orgulloso título que les ruboriza de ser cristianos, porque este nombre sería común a ellos y al vulgo, y el suyo de paliados[44], cuyo número es tanto más fastuoso cuanto más exiguo, se haría despreciable. Estos, buscando puntos en que reprender la doctrina cristiana, apelan a la eternidad de los cuerpos, como si fueran contrarios entre sí buscar la felicidad del alma y querer que viva siempre en el cuerpo como ligada a un vínculo penoso. Y lo hacen a pesar de que Platón, su autor y maestro, dice que el Dios soberano concedió a los dioses hechos por El este don, el no morir nunca, es decir, el no ser separados de los cuerpos a que los había ligado.

---

[43] Este es el pensamiento de Platón en el *Timeo* y en el *Epinómides*. En el *Timeo* dice así: «Dios, queriendo hacer el mundo semejante a lo que tiene de más bello y perfecto entre las cosas inteligibles, hizo un animal visible, y con él debían conformarse todos los demás animales, como siendo de la misma naturaleza que él».

[44] Bajo el nombre de *paliados* entiende a los filósofos. El palio era la túnica larga que solían llevar los filósofos. De tal manera que Gelio en cierta ocasión, viendo a un joven bien apuesto y bien cultivado en su cuerpo, dijo: *Video barbam et pallium, philosophum nondum video.*

## CAPÍTULO XVII

## Contra los que afirman que los cuerpos terrenos no pueden tornarse incorruptibles y eternos

1. Defienden además estos filósofos que los cuerpos terrestres no pueden ser eternos, bien que no dudan que la misma tierra es miembro de un dios, no ciertamente del supremo, pero sí de uno grande, del mundo, intermedio y eterno. En efecto, el Dios supremo creó otro dios pretendido, esto es, el mundo[45], superior a los demás dioses inferiores y considerado como un animal, o sea, como un ser con alma, según ellos racional o intelectual, en una masa corporal tan enorme. Además, le dotó de una especie de miembros, colocados en sus lugares y dispuestos en el cuerpo, de cuatro elementos, cuya unión quieren que sea indisoluble y eterna para que ese dios no muera. Y, si esto es así, ¿qué razón hay para que la tierra, como el miembro central en el cuerpo de ese gran animal, sea eterna, y los cuerpos de los demás animales, terrestres, si Dios lo quiere, como quiso lo otro, no puedan ser eternos?

Pero la tierra —replican— ha de tornar a la tierra, de donde fueron sacados los cuerpos de los animales terrestres. De donde se deduce— añaden— que necesariamente han de disolverse y morir, y de este modo ser reintegrados a la tierra estable y eterna, de que habían sido sacados. Si alguien afirma otro tanto del fuego y dice eme han de tornar al fuego universal los cuernos sacados de él para hacer los animales celestes, ¿no vendrá a echar por tierra, como huracán de esta contienda, la inmortalidad, que prometió Platón a tales dioses en aquel discursito que puso en boca del Dios supremo? ¿O es que eso allí no sucede justamente porque Dios no quiere, cuya voluntad, como dice Platón, no es vencida por fuerza alguna? ¿Qué impide al poder de Dios hacer esto con los cuerpos terrenos, si Platón admite que Dios puede hacer que ni muera lo que ha nacido, ni se desligue lo ligado, ni se torne a los elementos lo tomado de ellos y que las almas ligadas a los cuerpos nunca los abandonen y gocen con ellos de inmortalidad y de eterna dicha? ¿Por qué, pues, no puede hacer que no mueran tampoco los cuerpos terrenos? ¿O es que el poder de Dios no se extiende hasta donde creen los cristianos, sino hasta donde quieren los plató-

[45] Es el pensamiento ya citado del *Timeo*. Hemos de hacer notar que Agustín lee el *Diálogo* de Platón a través de Cicerón, y por eso en más de una ocasión no se da cuenta de que Cicerón ha insertado creencias propias y ha sido poco fiel al texto.

nicos? ¿Es verdad que los filósofos platónicos han podido conocer el consejo de Dios y no lo han podido conocer los profetas? Al contrario, el Espíritu de Dios enseñó a los profetas a anunciar la voluntad de Dios, cuanto El se dignó mostrarles, v, en cambio, los filósofos, al conocerla, sufrieron el engaño de las humanas conjeturas[46].

2. Sin embargo, no debían haber llevado su error, no por ignorancia, sino por obstinación, hasta el extremo de contradecirse manifiestamente entre sí, afirmando, por una parte, con todas sus fuerzas dialécticas que el alma, para poder ser feliz, debe huir no solamente el cuerpo terreno, sino todo cuerpo, e insistiendo, por otra, en que los dioses tienen almas muy felices, ligadas, con todo, a cuerpos eternos, y las celestes, a cuerpos ígneos. Insisten también en que el alma de Júpiter, que pretenden que sea este mundo, se halla repartida en todos los elementos corpóreos de que se compone toda esta mole que se eleva desde la tierra al cielo. Platón opina que esta alma, desde el medio íntimo de la tierra, llamado por los geómetras centro, hasta la sumidad más suma del cielo, está difundida y extendida por todas sus partes según los números musicales. De esta suerte, el mundo es, para él, el animal mayor y más feliz y eterno, y su alma goza de la perfecta felicidad de la sabiduría y no abandona su cuerpo propio. Su cuerpo vive por ella eternamente, y, aunque no es simple, sino compuesto de tantos y tan enormes cuerpos, no pueden embotarlo ni retrasar su ascensión. Dando esta libertad a sus sospechas, ¿por qué no quieren creer que pueden llegar a ser inmortales, por voluntad y por el poder de Dios, los cuerpos terrenos, en que vivan eterna y felizmente[47] las almas no separadas de ellos por muerte alguna, ni apesgadas por sus pesos, cosa que, según ellos, pueden sus dioses en los cuerpos ígneos, y Júpiter, rey de los mismos, en todos los elementos corpóreos?

Si el alma para ser feliz debe huir todo cuerpo, huyan los dioses de los globos siderales, huya Júpiter del cielo y de la tierra. Y, si no son capaces de ello, téngaseles por miserables.

---

[46] Agustín rebate la opinión con una lógica humana y humanitaria. Se funda en sus mismos autores para hacerles ver lo ilógico de sus palabras. Si es poderoso para hacer cosas grandes, ¿por qué no ha hecho las pequeñas? ¿O es que le falta poder para éstas y lo tiene para aquéllas?

[47] Sólo deben huirse, pues, los cuerpos mortales, los corruptibles, los que apesgan al alma. Y estos cuerpos son así por el pecado. Antes del pecado podía llamarse mortal e inmortal; mortal, porque podía morir, e inmortal, porque podía no morir. Y el tornarse mortal fue ya condena, no naturaleza, o, por mejor decir, según la expresión del Apóstol, fue muerto por el pecado. Cf. *De Gen. ad litt.* VI 25,36-37.

Pero no se allanan ni a una cosa ni a otra. No se atreven a atribuir a sus dioses la separación de los cuerpos, por temor a parecer que dan culto a seres mortales, ni a atribuirles la privación de la beatitud, para no tener que confesar que son infelices[48]. En conclusión: para conseguir la felicidad no deben huirse todos los cuerpos, sino los corruptibles, los pesados, los mortales, los molestos; no tales cuales fueron los que dio la bondad de Dios a los primeros hombres, sino cuales les obligó a ser la pena del pecado[49].

## CAPÍTULO XVIII

## Los filósofos afirman que los cuerpos terrenos no pueden convenir a seres celestiales, porque su peso natural los inclina a la tierra

Pero necesariamente —dicen— el peso natural retiene a los cuerpos terrenos en la tierra, o al menos los inclina con violencia a ella, y por eso no pueden estar en el cielo[50]. Es verdad que los primeros hombres habitaban una tierra nemorosa y fructífera, que recibió el nombre de paraíso. Mas, como esta objeción no debe quedar sin respuesta, bien por mor del cuerpo con que Cristo ascendió al cielo, bien por el que han de tener los

---

[48] Este argumento *ad hominem,* tan corriente en toda esta obra, surte efectos maravillosos. O salen de su materialismo deístico o tienen que admitir la posibilidad de la resurrección. O dejan el culto de los seres muertos o han de confesar que esos seres han resucitado para recibir el culto de ellos.

[49] El problema que suele presentarse aquí es el siguiente: el cuerpo de los primeros padres fue creado incorruptible y espiritual, o corruptible y animal, tal cual fue después del pecado. Aquí parece enseñar que fueron creados incorruptibles y espirituales al decir que la bondad de Dios no los creó corruptibles, pesados y moribundos, sino que esto es pena del pecado. Esta misma cuestión la presenta en *De Gen. ad litt.* VI 19,30; 20,31ss. Y en el c.25 n.36-37 da la respuesta que hemos ya visto en la nota anterior. Es mortal e inmortal, pero bajo diversos aspectos. Podemos decir, en conclusión, con Santo Tomás, que los cuerpos de nuestros primeros padres no eran tales cuales serán los cuerpos resucitados, sino que difiere la inmortalidad de la gloria de la inmortalidad dada a estos cuerpos.

[50] En *De fide el symbolo* (4,13) dice a este propósito: *Solet quosdam offendere vel impios gentiles vel haereticos, quod credamus assumptum terrenum corpus in caelum. Sed gentiles plerumque Philosophorum argumentis nobiscum agere student, ut dicant terrenum aliquid in caelo esse non posse. Nostras enim Scripturas non noverunt, nec sciunt quomodo dictum sit:* «Seminatur corpus animale, surgit corpus spiritale». En el libro XXII trata más detenidamente este punto.

santos en la resurrección, consideren en primer lugar con un poquito más de atención la naturaleza de los pesos terrenos. Si el arte humano es capaz de hacer que floten sobre el agua vasos fabricados de metales, que, puestos sobre ella, se van al fondo al instante, ¡cuánto más creíble y poderoso es Dios, por cuya omnipotentísima voluntad, según Platón, no puede ni perecer lo nacido ni ser desligado lo ligado, para, por modos ocultos, dar a los cuerpos terrenos el no ser atraídos por peso alguno hacia abajo, siendo mucho más admirable la unión entre lo corpóreo y lo incorpóreo que entre lo corpóreo y lo corporal! Y concede además a los ánimos perfectamente bienaventurados que sitúen sus cuerpos, terrenos, es verdad, pero incorruptibles, donde quieran y que obren donde les plazca con una posición y un movimiento facilísimo. ¿O es que debe creerse que, si los ángeles realizan obras como éstas, arrebatar a ciertos animales terrestres de donde se hallan y constituirlos donde les place, no puedan hacerlo sin trabajo o sentir las cargas? ¿Por qué hemos de creer que los espíritus de los santos, perfectos y felices por gracia divina, pueden sin ninguna dificultad llevar sus cuerpos donde les agrade y no hemos de creer que puedan colocarlos donde les parezca? Aunque es cierto que, como solemos apreciar cuando pujamos algo, cuanto es mayor la masa de los cuerpos terrenos, tanto mayor es también su pesadez, de forma que oprime más lo que más pesa, sin embargo, el alma lleva los miembros de su carne con más ligereza cuando gozan de robustez y de salud que cuando están debiluchos por la enfermedad. Y aunque, cuando lo puja otro, es más pesado el sano y robusto que el flaco y enfermizo, con todo, uno mismo es más ágil para mover y llevar su cuerpo cuando con buena salud tiene más masa que cuando en enfermedad o hambre tiene el mínimo de robustez. ¡Tanto vale en los cuerpos terrenos, corruptibles aún y mortales, no el peso de la cantidad, sino el modo del temperamento! Y ¿quién explicará con palabras la distancia que media entre la llamada salud presente y la inmortalidad futura? No redarguyan, pues, nuestra fe los filósofos basados en los pesos de los cuerpos[51]. Además, no quiero preguntar por qué no creen que el cuerpo terreno pueda estar en el cielo, siendo así que la tierra toda estriba sobre la nada[52]. Quizá

[51] La antigüedad no podía desligarse de su materialismo. La solución a este enigma de la resurrección de los muertos la había dado ya Cristo cuando respondió a los saduceos que le preguntaban de quién sería la mujer que había tenido siete maridos y se le habían muerto todos: *In resurrectione* —dice Cristo— *neque nubent, neque nubentur*. Con lo cual desbarata la opinión materialista de la resurrección.

[52] Esta idea está en consonancia con toda la tradición escriturística. La tierra no tiene punto alguno de apoyo, según esa tradición, y está fundada sobre la nada, sobre su estabilidad. Así, en el libro de Job. capítulo 16, se dice: *Qui extendit Aquilonem*

sea un argumento de no menor probabilidad el tomado del centro del mundo, en el sentido de que en él se dan cita las cosas más pesadas. Me limito únicamente a decir: Si los dioses inferiores, a quienes comisionó Platón el hacer al hombre entre los demás animales terrestres, pudieron, como él dice, remover del fuego la cualidad de quemar y dejarle la de lucir que se percibe por los ojos[53], ¿dudaremos conceder esto al Dios soberano, a cuya voluntad y poder concedió él que no muriera lo nacido: que cosas tan diversas y tan desemejantes como son las corpóreas y las incorpóreas, unidas entre sí, no pudieran ser separadas? De este modo quita a la carne del hombre la corrupción y le da la inmortalidad, le deja la naturaleza, le conserva la congruencia de su figura y de sus miembros y le suprime la retardación del peso. Mas sobre la fe en la resurrección de los muertos y sobre sus cuerpos inmortales se tratará con más detención, si Dios quiere, al final de esta obra.

## CAPÍTULO XIX

### Contra aquellos que no creen que los primeros hombres, de no haber pecado, habían de ser inmortales

Ahora expliquemos el punto propuesto sobre los cuerpos de los primeros hombres. A éstos, ni la muerte, que es buena para los buenos, conocida no sólo por unos pocos que la entienden o creen, sino por todos, que consiste en la separación del cuerpo y del alma, por la que el cuerpo del animal, que evidentemente vivía, muere, les hubiera podido sobrevenir de no haberla merecido por el pecado. Bien que no está permitido dudar que las almas de los justos y piadosos después de la muerte no vivan en el des-

---

*super vacuum, et appendit terram super nihilum,* es decir, hace que la tierra esté estable en su lugar. Así leemos también en el salmo 103: *Qui fundasti terram super stabilitatem suam, non inclinabitur in saeculum saeculi.*

53 Con este último argumento enseña que Dios con su omnipotencia puede separar el peso natural o la gravedad del cuerpo mismo. Y arguye así: Si los dioses inferiores pudieron —según Platón— remover del fuego la cualidad de quemar y dejarle la de lucir, siendo ambas cosas naturales al fuego, este poder debe concederse con mucha más razón al Dios supremo. Y así El puede quitar de la carne humana, a la que da la inmortalidad, la corrupción, dejándole su naturaleza; privarle de su gravedad sin quitarle su esencia.

canso; sin embargo, les fuera mejor vivir con sus cuerpos sanos[54], hasta el punto de que, aun quienes piensan que el summum de la beatitud es estar sin cuerpo, aprueban esta opinión contra su propio sentir. Ninguno de ellos se atreve a anteponer los hombres, por más sabios que sean, o los que han de morir, o los ya muertos, es decir, los que carecen ya de cuerpos, o los que han de abandonarlos, a los dioses inmortales, a quienes el Dios supremo, en Platón, promete un don singular, a saber, una vida indisoluble, o sea, un eterno consorcio con sus cuerpos. El mismo Platón piensa que dice muy bien con los hombres, si han vivido piadosa y justamente, el que, separados de sus cuerpos, sean recibidos en el seno de los dioses, que nunca abandonaron sus cuerpos[55].

> Perdido ya todo recuerdo, pueden ver otra vez la bóveda celeste y disponerse a entrar en cárceles humanas.

Celebran también que Virgilio dijo esto en conformidad con la doctrina platónica. A este tenor, afirma que las almas de los mortales no pueden ni existir siempre en sus propios cuerpos, sino que la muerte los ha de disolver necesariamente; ni permanecer perpetuamente sin cuerpos, sino que, según él, en alternativa continua, se hacen constantemente, de los muertos, vivos, y de los vivos, muertos. De tal suerte es esto así, que creen que los sabios difieren de los demás hombres en que, después de la muerte, serán llevados a los astros con el fin de que gocen de un descanso más largo en su astro propio, y que allí, olvidados de nuevo de la primitiva miseria y vencidos por el deseo de tener cuerpo, tornan a los trabajos y a las molestias de los mortales. En cambio, aquellos que hubieren llevado una vida sin control, vuelven luego a los cuerpos debidos a sus merecimientos, cuerpos de hombres o de bestias[56]. A esta condición tan dura sometió a las almas buenas y sabias, a las que no se dieron tales cuerpos, con que vivieran siempre e inmortalmente, de forma que ni pudieran seguir en los cuerpos ni subsistir sin ellos en eterna pureza. En los libros anteriores[57] hemos

---

54 Esto mismo de la necesidad de los cuerpos para la felicidad perpetua en la resurrección lo analiza y lo expone maravillosamente en *De Genesi atl litteram* (XII 35,68). Una aclaración más precisa a ciertas concesiones hechas en el libro *De utilitate credendi* puede verse en *Retractationes* (I 14,2).

55 En el *Fedón* dice que el ánimo impuro y mancillado con algún crimen no puede ir a aquel lugar en que están los demás ánimos limpios y puros. Estas almas purificadas habitarán ese lugar. *Quae moderate et pure vitam traduxerit* —dice él— *Deos comites et duces consecuta, eum locum, et qui sibi proprie et peculiariter attributus fuerit, inhabitat.*

56 Así discurre, o, mejor, se imagina y fantasea. Platón en el *Fedro.*

57 Principalmente en el libro X, capítulo 30.

mencionado ya el rubor de Porfirio sobre este sentir platónico en tiempos cristianos, y hemos dicho que no solamente removió de las almas humanas los cuerpos de las bestias, sino que además quiso que las almas de los sabios se vieran libres de los lazos corporales, de modo que, huyendo todo cuerpo, se mantengan felices sin fin cabe el Padre. Así, para no verse vencido por Cristo, que promete a los santos una vida eterna, también él determinó una felicidad eterna para las almas purificadas, sin tener que retornar a las miserias primeras. Y para oponerse a Cristo, negando la resurrección de los cuerpos incorruptibles, afirmó que habían de vivir eternamente no sólo sin cuerpos terrenos, sino sin cuerpo alguno en absoluto[58].

Sin embargo, con esta deslavazada opinión no ordenó que no rindieran culto religioso a los dioses corporales. ¿Por qué sino porque creyó que las almas, aunque no estuvieran unidas a cuerpo alguno, no eran mejores que los dioses? Por eso, si no se atreverán éstos, como pienso yo que no han de atreverse, a anteponer las almas humanas a los dioses felicísimos, y, con todo, ligados a cuerpos eternos, ¿por qué les parece absurdo lo que la fe cristiana enseña, a saber: que los primeros hombres fueron creados en tal condición que, si no pecaban, no serían desligados de sus cuerpos por la muerte, sino que, dotados de inmortalidad, en conformidad con los méritos de su obediencia, vivirían con ellos eternamente, y que los santos en la resurrección han de tener los mismos cuerpos en que se santificaron en la tierra, de tal manera que ni a su carne pueda venir corrupción u óbice alguno, ni a su beatitud, dolor o infelicidad?

## Capítulo XX

## La carne de los santos resucitados será más perfecta que la de los primeros hombres antes del pecado

Por eso, la muerte ahora carece de dureza para las almas de los fieles difuntos, esa muerte que los separó de sus cuerpos, porque su carne reposa en esperanza, sean cualesquiera los ultrajes recibidos después de perdida la sensibilidad. Porque no suspiran, como pensó Platón, por los cuerpos por haberse olvidado de ellos, sino más bien porque recordaron la promesa de

---

58 Siendo consecuente con su sentido de que el alma para ser feliz debe huir todo cuerpo, la conclusión debía ser ésta. Cf. libro XXII, capítulo 27, donde expone Agustín ampliamente este sentir.

Aquel que no engaña a nadie y que les garantizó la integridad de sus cabellos. Esta es la razón de que esperen con ansia y con paciencia la resurrección de los cuerpos, en que sufrieron tantas durezas y en los que no sentirán en adelante nada similar. Si, pues, no odiaban su carne, al reprimirla por derecho espiritual, cuando se revolvía por su flaqueza contra la mente, ¿cuánto más la amarán al hacerse espiritual?

Como el espíritu, esclavo de la carne, se llama, y no impropiamente, carnal, así la carne, sometida al espíritu, recibirá el nombre de espiritual. Y esto no porque se convierta en espíritu, como algunos se imaginan, movidos por estas palabras: *Es puesto en la tierra un cuerpo animal y resucitará un cuerpo espiritual*[59], sino porque se someterá al espíritu, con suma y admirable facilidad obediencial, hasta la misma voluntad segurísima de su inmortalidad indisoluble, y libre ya de toda sensación de molestia, de toda corruptibilidad y de toda pesadez. No solamente no será tal cual es ahora en el más robusto y sano, sino que no será tampoco cual fue en los primeros hombres antes del pecado. Estos, aunque no habían de morir si no pecaran, con todo, como hombres, portadores, por tanto, de cuerpos, no espirituales, sino materiales, usaban de alimentos. Y, aunque la vejez no les atacase, de modo que caminaran a la muerte necesariamente (era el árbol de la vida, colocado en medio del paraíso con el árbol prohibido, el que, por gracia maravillosa de Dios, les brindaba ese estado), sin embargo, tomaban los alimentos al margen del árbol que estaba en entredicho, no porque era malo, sino para encarecer el bien de la obediencia pura y sencilla, que es la virtud cumbre de la criatura racional sujeta a Dios, su Creador. La razón es que donde no andaba por medio mal alguno, es indudable que, si se acercaban a lo prohibido, pecaban por sola la desobediencia[60]. Se alimentaban de otras cosas, y las tomaban para que sus cuerpos animales no sintieran la molestia del hambre y de la sed. Sin embargo, del árbol de la vida gustaban con el fin de que la muerte no se enroscara a su vida o murieran consumidos por la vejez, corriendo aprisa los espacios de la vida, como si lo demás fuera alimento, y esto entrañara un sacramento. Así se daba a entender que el árbol de la vida fue en el paraíso corporal como la

---

59 Así pensaba Orígenes, que, en su obra περὶ Ἀρχῶν dice que toda criatura corporal se convertirá en espiritual y la substancia total de ella se trocará en un cuerpo purísimo y resplandeciente y tal cual la mente ahora es incapaz de concebirlo. Y después —añade— será Dios todo en todas las cosas, a fin de que toda la substancia corpórea se reduzca a la naturaleza superior, a toda otra naturaleza, a la divina. Agustín rechaza aquí esta opinión, y también en *De fide et symbolo* (4,13).

60 Testimonio más claro y definitivo contra la afirmación de un pecado sexual en él paraíso en las obras del Santo, no puede darse.

Sabiduría de Dios en el paraíso espiritual, es decir, en el paraíso inteligible, de la cual Sabiduría está escrito: *Es árbol de la vida para los que echan mano de él.*

## CAPÍTULO XXI

### El paraíso en que estaban los primeros hombres puede muy bien entenderse como algo espiritual, dejando siempre a salvo la verdad de la narración histórica sobre el lugar corporal

Fundados en esto, algunos refieren el paraíso, donde, según la verídica narración de la santa Escritura, estuvieron los primeros hombres, padres del género humano, a cosas espirituales, y convierten los árboles y plantas frutales en virtudes y costumbres de vida[61], como si no hubieran existido aquellas cosas corporales y visibles, sino que son un modo de expresión para significar las cosas inteligibles. Como si no pudiera existir el paraíso corporal, porque pueda entenderse también el espiritual; o como si no hubieran sido dos mujeres, Agar y Sara, y de ellas dos los hijos de Abrahán, uno de la esclava y otro de a libre, porque dice el Apóstol que están figurados en ellos los dos Testamentos; o como si no hubiera brotado el agua de la piedra herida por la vara de Moisés, porque puede entenderse también allí en significación figurada Cristo, según las palabras del Apóstol: *La piedra era Cristo*[62].

Así, pues, nadie prohíbe entender por paraíso la vida de los bienaventurados; por sus cuatro ríos, las cuatro virtudes cardinales, prudencia, fortaleza, templanza y justicia; por sus árboles, todas las disciplinas útiles; por los frutos de estos árboles, las costumbres de los piadosos; por el árbol

[61] Esta interpretación alegórica del paraíso se debe en gran parte a Filón en su obra *De opificio mundi* y en el libro primero de las *Alegorías de la Ley*. Luego Orígenes siguió, al parecer, esta misma interpretación en sus comentarios al Génesis y el libro IV, capítulo 2, del περὶ Ἀρχῶν.

[62] El concordismo de Agustín entre la interpretación alegórica, la histórica y la literal es patente al menos en este pasaje, aunque de muchos otros pueda dudarse. En el pensamiento escriturístico general agustiniano hay que decir que sigue el sentido que más le acomoda al caso de que trata sin escrúpulo, pero en sus escritos siempre reconoce un gran valor al sentido literal y al histórico. Su tendencia a hacer filosofía en la exegesis es clara. Por eso se ha dicho —y no sin razón— que sus exegesis escriturísticamente son de muy escaso valor, pero filosóficamente son riquísimas.

de la vida, la sabiduría, madre de todos los bienes, y por el árbol de la ciencia del bien y del mal, la experiencia del mandamiento transgredido[63]. Dios decretó una pena para los pecados, y está bien, porque lo hizo justamente, pero el hombre la experimentó no por su bien.

Sin embargo, todo esto podría entenderse mejor de la Iglesia, y lo interpretaríamos como signos proféticos que preceden a lo venidero. El paraíso sería la misma Iglesia, como se lee de ella en el Cantar de los Cantares; los cuatro ríos del paraíso serían los cuatro evangelios; los árboles frutales, los santos; sus frutos, sus obras; el árbol de la vida, el Santo de los santos, Cristo; el árbol de la ciencia del bien y del mal, el libre albedrío de la voluntad humana. El hombre, despreciando la voluntad de Dios, no puede hacer de la suya más que un uso pernicioso, y así cae en la cuenta de qué es lo que le importa adherirse al bien común a todos o deleitarse en el propio. Amándose a sí se entrega a sí mismo, y por eso, abrumado de temores y de tristezas, canta con el salmista, si es que siente sus males: *Turbada está interiormente mi alma,* y, enmendado, dice: *En ti he depositado mi fortaleza.* Si se permite decir estas y otras cosas sobre una interpretación espiritualista del paraíso, díganse sin prohibición alguna, con tal que se crea la verdad fidelísima de la historia presentada en la narración de los acontecimientos allí realizados.

## Capítulo XXII

## Los cuerpos de los santos, después de la resurrección, serán espirituales, sin que por eso se torne la carne espíritu

Los cuerpos de los justos, después de la resurrección, ni necesitarán de árbol alguno que les dé el no morir por enfermedad o por una vejez vieja, ni de otros alimentos corporales con los que se evita toda esa molestia procedente del hambre y de la sed. La razón es que serán revestidos del don inviolable, cierto y omnímodo de la inmortalidad, de forma que, si les

[63] Sin embargo, en ésta y en la exegesis siguiente se atiene a un sentido simbólico. Es cierto que ha hecho notar que el sentido histórico ha de conservarse, pero ahora este otro sentido le viene muy bien para probar la tesis que intenta y lo usa, a pesar de sus apreciaciones teóricas sobre el particular. Al fin del capítulo vuelve de nuevo a insistir sobre la historicidad y su valor en este caso. Hoy nosotros ya sabemos cómo se ha de entender esa historia semita y cómo debemos interpretar —al menos tenemos la norma directiva de la Comisión Bíblica— esos primeros capítulos del Génesis.

place, comerán por posibilidad, no por necesidad[64]. Esto hicieron también los ángeles cuando se aparecieron visible y tangiblemente, no porque lo necesitaban, sino porque querían y podían para no diferenciarse de los hombres en esta humanidad ministerial suya [66]. Y no se debe creer que los ángeles comieron sólo en apariencia cuando los hombres les brindaron hospitalidad, aunque a ellos les pareciera que comían, como nosotros, por necesidad, porque ignoraban que eran ángeles. De aquí aquellas palabras del ángel en el libro de Tobías: *Me veíais comer, pero me veíais con vuestra vista*, es decir, pensabais que yo tomaba el alimento por necesidad, para reparar las fuerzas, como hacéis vosotros.

Mas, aunque sea posible defender otra opinión más probable sobre los ángeles, la fe cristiana no duda que el Salvador, después de la resurrección, ya en carne espiritual, sí, pero real, comió y bebió con sus discípulos. Y es que a tales cuerpos no se les despoja de la posibilidad, sino de la necesidad de comer y beber. Precisamente por eso serán espirituales, no porque dejarán de ser cuerpos, sino porque subsistirán merced al espíritu que los vivifica.

## Capítulo XXIII

### ¿Qué debe entenderse por cuerpo animal y por cuerpo espiritual, o qué es morir en Adán y ser vivificados en Cristo?

1. Así como llamamos cuerpos animales a esos que tienen un alma viviente, aún no un espíritu vivificante, sin que sean almas, sino cuerpos, así a aquéllos les damos el nombre de cuerpos espirituales. Pero ¡Dios nos libre de creer que serán espíritus! Serán cuerpos y conservarán la substancia de carne, y ésta, gracias al espíritu vivificante, no ha de aguantar ni la pesadez ni la corrupción de la carne. Entonces no existirá ya el hombre terreno, sino el celestial, y esto no porque el cuerpo, hecho de la tierra, deje de ser cuerpo, sino porque por un don celestial será susceptible de morar en el cielo, no perdiendo su naturaleza, sino cambiando su cualidad.

El primer hombre, formado de la tierra y terreno, fue creado con alma viviente, no con espíritu vivificante, que se le reservaba como premio a su

[64] El texto, un poco difícil por la construcción latina y por faltar equivalencia en caslellano, parece claro Los cuerpos en la resurrección tendrán capacidad para comer, es decir, podrán comer, pero no tendrán necesidad de ello, y por eso no lo harán.

obediencia. Por eso, su cuerpo, que necesitaba de comida y de bebida, para no verse presa de sed y de hambre, y no era ajeno a la muerte por una inmortalidad absoluta e indisoluble, sino gracias al árbol de la vida, que le conservaba en la flor de la juventud, no hay duda que fue animal, no espiritual. Con todo, nunca hubiera muerto de no haber incurrido, pecando, en la sentencia con que Dios le había prevenido y amenazado. Sin verse privado, fuera del paraíso, de los alimentos, le quedaba prohibido el árbol de la vida, y fue entregado al tiempo y a la vejez para finir sus días en aquella vida, que pudiera haber sido para él perpetua en el paraíso y en su cuerpo animal de no haber pecado, hasta que, en premio de su obediencia, se tornara espiritual. De aquí que, si entendemos significada esta muerte sensible, que realiza la separación del cuerpo y del alma, en aquellas palabras de Dios: *El día que comiereis de él, moriréis de muerte*, no debe parecer absurdo. que no fueran desligados del cuerpo el mismo día en que tomaron del fruto prohibido y mortífero. Ese mismo día fue empeorada y viciada la naturaleza, y, por una separación justísima del árbol de la vida, se apoderó de ellos la necesidad de la muerte corporal. Con esta necesidad nacemos todos. Por eso no dice el Apóstol: El cuerpo ha de morir por el pecado, sino: *El cuerpo está muerto por razón del pecado, y el espíritu es vida en virtud de la justificación.* Y a renglón seguido añade: *Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Cristo de la muerte habita en nosotros, el mismo que resucitó a Cristo de la muerte da vida también a vuestros cuerpos mortales en virtud del Espíritu que habita en vosotros.* Entonces, el cuerpo, que ahora tiene alma viviente, tendrá espíritu vivificante, y, sin embargo, el Apóstol dice que es ya muerte, porque está sometido a la necesidad de la muerte. Entonces tenía un alma viviente, no un espíritu vivificante, pero de forma tal, que no podía llamarse con razón muerte, porque sin la comisión del pecado no hubiera podido estar sujeto a la necesidad de la muerte. Sin embargo, Dios, cuando significó la muerte del alma, que consiste en ser abandonada por El, en estas palabras: *Adán, ¿dónde estás?,* y cuando en estas otras: *Eres tierra, y a la tierra irás,* figuró la muerte del cuerpo, que consiste en apartarse de él el alma, se debe creer que no dijo nada de la muerte segunda justamente porque su intención era que quedara oculta por mor del Nuevo Testamento, donde se declara con luz fluorescente. El fin de todo esto era manifestar que la muerte primera, común a todos, trae su origen de aquel pecado de que todos fuimos solidarios en Adán. En cambio, la muerte segunda no es común a todos, por *amor a aquellos que según el decreto de Dios han sido llamados, los que antes había previsto y predestinado,* como dice el Apóstol, *para que se hiciesen conformes con la imagen de su Hijo, de manera que sea el primogénito entre muchos her-*

*manos,* librados de la muerte segunda merced a la gracia de Dios por el Mediador.

2. El primer hombre, según la expresión del Apóstol, fue creado en cuerpo animal. Su intención era distinguir este que ahora es animal del que será espiritual en la resurrección. *Es puesto en la tierra, como una semilla, en estado de corrupción, y resucitará incorruptible. Es puesto en la tierra disforme, y resucitará glorioso. Es puesto en la tierra sin movimiento, y resucitará lleno de vigor. Es puesto en la tierra como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo espiritual.* Y luego, en prueba de esto, añade: *Porque, así como hay cuerpo animal, hay también cuerpo espiritual.* De este modo quiso manifestar qué es el cuerpo animal, aunque la Escritura no haya dicho del primer hombre, llamado Adán, cuándo le fue creada el alma por el soplo de Dios. No dice: Y fue hecho el hombre en cuerpo animal, sino: Fue *formado el hombre en alma viviente.* La intención del Apóstol fue dar a entender en esta perícopa: Fue *formado el hombre en alma viviente,* el cuerpo animal del hombre. Cómo debía entenderse el espiritual, lo muestra al agregar: *El postrer Adán fue llenado de espíritu vivificante,* significando indudablemente a Cristo, que resucitó ya de la muerte, de manera que no puede morir nunca más. Por fin, remata diciendo: *Pero no es el cuerpo espiritual el que ha sido formado el primero, sino el animal, y en seguida, el espiritual.* Este pasaje arroja más luz sobre la anterior insinuación al hombre animal en lo que está escrito que fue formado el primer hombre en alma viviente, y el espiritual en lo que se lee: *El postrer Adán fue llenado de espíritu vivificante.*

El cuerpo animal es el primero, cual lo tuvo el primer Adán, que no había de morir si no pecaba; cual lo tenemos nosotros ahora, procedente de su naturaleza, transformada y viciada por el pecado, que le ha sometido a la necesidad de la muerte; cual se dignó tener Cristo por nosotros, no por necesidad, sino por posibilidad. Luego seguirá a éste el cuerpo espiritual, cual precedió ya en Cristo, como en cabeza nuestra, y tendrán sus miembros en la resurrección de los muertos.

3. A continuación, el Apóstol señala una diferencia manifiesta entre estos dos hombres, diciendo: *El primer hombre es el terreno, formado de la tierra, y el segundo es el celestial, que viene del cielo. Así como el primer hombre ha sido terreno, han sido también terrenos sus hijos, y así como es celestial el segundo, son también celestiales sus hijos. Según esto, así como hemos vestido la imagen del hombre terreno, vistamos también la imagen del hombre celestial.* Con estas palabras, el Apóstol pretende que se realice esto ahora en nosotros por sacramento, según este otro pasa-

je: *Todos los que habéis sido bautizados en Cristo estáis revestidos de Cristo.* Pero la realidad se colmará cuando lo que hay en nosotros de animal por nacimiento se haya tornado en espiritual por la resurrección, o para usar su misma expresión: *Hemos sido salvados en su esperanza.* Vestimos la imagen del hombre terreno por el pecado y por la muerte, que la generación nos inyectó; pero vestimos la imagen del hombre celestial por la gracia del perdón y de la vida eterna, que nos da la regeneración sólo por el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. En la intención del Apóstol, éste es el hombre celestial que hay que entender aquí, porque vino del cielo para vestir el cuerpo de la mortalidad terrena y revestirlo de la inmortalidad celestial[65]. Da también el nombre de celestiales a otros justamente porque por la gracia se hacen miembros suyos, formando con El un solo Cristo, la cabeza y el cuerpo[66]. Esto lo expresa con luz meridiana esa carta en los términos siguientes: *Porque, así como por un hombre vino la muerte, por un hombre debe venir la resurrección. Que, así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos son vivificados.* Si esto sucederá en el cuerpo espiritual, ¿qué será en espíritu vivificante? Se dijo *todos* y *todos,* no porque todos los que mueren en Adán hayan de ser miembros de Cristo (pues de ellos muchos serán castigados eternamente con la muerte segunda), sino porque, así como nadie muere en cuerpo animal, sino en Adán, así nadie es vivificado en cuerpo espiritual, sino en Cristo.

En conclusión: no debe imaginarse que tendremos en la resurrección un cuerpo igual al que tuvo el primer hombre antes del pecado. Y estas palabras: *Así como el primer hombre ha sido terreno, así han sido también terrenos sus hijos,* no deben entenderse según el cuerpo que siguió a la admisión del pecado. La razón es que no debe pensarse que antes del pecado su cuerpo fuera espiritual y que haya sido trocado en animal en mere-

---

65 «En efecto —dice Agustín en la *Epist.* 102 q.1,6—, leemos que los ángeles comieron esos alimentos en la misma forma; no en una apariencia fingida y aérea, sino en una realidad aparente, y, sin embargo, no fue por necesidad, sino por potestad. De distinto modo absorben el agua la tierra sedienta y el rayo ardiente del sol: aquélla, por necesidad; éste, por potencia. El cuerpo que resucitará tendría una bienaventuranza imperfecta si no pudiese tomar alimentos o si tuviese necesidad de tomarlos».

66 Busca el tipo y el antitipo, y ambos le vendrán muy bien para él fin que persigue en la obra. El fin terreno, la inserción en el cuerpo místico, y el fin sobrenatural, la patria eterna. Parece pensar aquí, en la herejía de los valentinianos, que pretendía que el cuerpo de Jesucristo no era un cuerpo humano, sino un cuerpo espiritual y celeste. Cf. *De haeresibus* haer.ll.

cimiento del pecado. Los que así piensan, reparan muy poco en las palabras del gran Doctor, que escribe: *Si hay un cuerpo animal, hay también el espiritual, como está escrito: El primer hombre,* Adán, fue *formado en alma viviente.* ¿Fue acaso esto hecho después del pecado, siendo ésa la primera creación del hombre, de la que el mismo Apóstol tomó este texto de la Ley para hacer ver lo que es el cuerpo animal?

## CAPÍTULO XXIV

¿Cómo debe entenderse *el* soplo con que fue hecho el primer hombre en alma viviente, o aquel otro que espiró el Señor al decir: «Recibid el Espíritu Santo»?

1. De aquí algunos, con poca precaución, han pensado que en este versillo: *Inspiró Dios en su rostro espíritu de vida, y fue hecho el hombre en alma viviente,* no se pretende decir que se comunicó entonces el alma al primer hombre, sino que el alma que ya tenía fue vivificada entonces por el Espíritu Santo. Les induce a esta interpretación el leer que Jesús, después de la resurrección, sopló sobre sus discípulos, diciendo: *Recibid el Espíritu Santo.* Luego allí —deducen ellos— se hizo algo semejante, como si el evangelista, prosiguiendo, añadiera: Y fueron hechos en alma viviente. Si hubiera dicho esto, deberíamos entender que el Espíritu de Dios es una especie de vida de las almas. Sin El las almas racionales deben estimarse muertas, aunque los cuerpos parezcan vivir por su presencia. Pero que en la creación del hombre no sucedió así, lo atestiguan suficientemente las palabras del Génesis, que suenan: Y *creó* (formavit) *Dios al hombre polvo de la tierra.* Algunos, buscando una interpretación más clara, han dicho: *Y formó* (finxit) *Dios al hombre del barro de la tierra.* Porque más arriba había dicho: *Una fuente subía de la tierra y regaba toda la haz de la tierra,* y, según ellos, el barro aquí debía entenderse como un compuesto de agua y de tierra. A renglón seguido añade: *Y creó Dios al hombre polvo de la tierra,* como traen los códices griegos, de los que ha sido traducida al latín la Escritura[67]. Que a uno le dé por decir *creó* (formavit) o *formó* (finxit), traduciendo la palabra griega ἔπλασεν, no tiene importancia; sin embargo, es más propio, al parecer, *formó* (finxit). Pero a los que prefirieron decir *creó* (formavit), les pareció esquivar de este modo la ambigüedad,

---

[67] El sentido del cuerpo místico es muy expresivo en San Agustín. Su gran, profundidad es escondida para muchos espíritus y sólo su metafísica de la unidad lo explica suficientemente. Los *Tractatus in Ioannem,* sobre todo, son el hontanar de donde mana esta doctrina.

porque en latín es más corriente usar la palabra *fingere* para denominar a quienes componen algo con una mentira larvada. Este hombre, hecho del polvo de la tierra o del barro (pues era polvo humedecido), éste, digo, para expresarlo con más viveza, usando la expresión de la Escritura, *polvo de la tierra,* enseña el Apóstol que fue hecho cuerpo animal cuando recibió el alma. *Y fue creado* este *hombre en alma viviente,* es decir, una vez formado este polvo, fue hecho en alma viviente.

2. Y replican ellos: Ya tenía alma, porque de otro modo no se llamaría hombre, ya que el hombre no es ni el alma sola ni el cuerpo solo, sino el compuesto de alma y de cuerpo.

Es una gran verdad que el alma del hombre no es todo el hombre, sino la parte superior del mismo, y que su cuerpo no es todo el hombre, sino su parte inferior. Y también lo es que a la unión simultánea de ambos elementos se da el nombre de hombre, término que no pierde cada uno de los elementos cuando hablamos de ellos por separado[68]. ¿No se dice a cada paso, sin que lo prohíba ley lingüística alguna: Aquel hombre murió, y ahora está gozando o penando, siendo así que esto sólo puede decirse del alma? ¿A quién se prohíbe decir: Aquel hombre está enterrado en tal o cual lugar, siendo así que esto sólo puede entenderse del cuerpo? ¿Dirán acaso que la divina Escritura no suele expresarse así? Más aún, ella nos da testimonio de esto, hasta el punto de que, aun estando unidos estos dos elementos y en vida del hombre, llama hombre a cada uno de ellos, a saber, llama hombre interior al alma, y exterior al cuerpo, como si fueran dos hombres, cuando en realidad ambos a la vez son un solo hombre. Ni que decir tiene que es preciso entender en qué sentido se dice que el hombre fue hecho a imagen de Dios y que el hombre es tierra y ha de tornar a la tierra. Lo primero se dice del alma racional, cual la inyectó Dios soplando, o, si es más propia la expresión, inspirando en el hombre, es decir, en el cuerpo del hombre. Y lo segundo, del cuerpo, tal cual fue formado por Dios del polvo, y al que dio el alma para hacerle cuerpo animal, es decir, hombre en alma viviente.

3. Por eso, el Señor, al soplar sobre sus discípulos, diciendo: *Recibid el Espíritu Santo,* quiso darnos a entender que el Espíritu Santo no es solamente Espíritu del Padre, sino que es también Espíritu del Unigénito. Uno mismo es el Espíritu del Padre y del Hijo, y con El forman la Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo, que no es criatura, sino Creador. El soplo corpóreo, procedente de la boca carnal, no era la substancia y la naturaleza

[68] Esto muestra que antes las iglesias empleaban la versión de los Setenta y que luego fue substituida por la versión de San Jerónimo.

del Espíritu Santo, sino más bien una figura, que nos manifestaba, como he indicado, que el Espíritu Santo es común al Padre y al Hijo, que no tiene cada uno el suyo, sino que es uno mismo el de los dos. En las sagradas Escrituras este Espíritu se expresa siempre con la palabra griega πνεῦμα, como, como le denomina en este lugar el Señor cuando lo dio a sus discípulos, significándolo con el soplo de su boca corporal. No recuerdo pasaje alguno de la divina Palabra en que se nombre de otro modo. En este versículo: *Y formó Dios al hombre polvo de la tierra, y sopló o inspiró en su rostro espíritu de vida,* no dice el griego πνεῦμα, que suele traducirse por Espíritu Santo, sino πνοήν, nombre aplicado más corrientemente a la criatura que al Creador.

Basados en esto, algunos traductores, para diferenciarlos, prefirieron traducir esta palabra por soplo y no por espíritu. Esta misma expresión se emplea en aquel pasaje de Isaías que dice: *Yo hice todo soplo,* significando, sin duda, toda alma. La palabra griega πνοήν, los latinos la han interpretado a veces por soplo, a veces por espíritu, a veces por inspiración o aspiración cuando se aplica también a Dios. Pero πνεῦμα siempre la han traducido por espíritu, sea del hombre, del que dice el Apóstol: *¿Qué hombre sabe lo que es del hombre, sino el espíritu del hombre que hay en él mismo?;* sea de la bestia, como está escrito en el libro de Salomón: *¿Quién sabe si el espíritu del hombre se remontará hasta el cielo y el espíritu de la bestia se abatirá hasta la tierra?;* sea éste corpóreo, llamado por otro nombre viento, término usado en el Salmo, que canta: *El fuego, el granizo, la nieve, el hielo* y *el viento tempestuoso;* sea no ya el espíritu creado, sino el Creador, como es éste, del que dice el Señor en el Evangelio: *Recibid el Espíritu Santo,* figurándolo por el soplo de su boca corporal. Y también donde dice: *Id, bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* Aquí de un modo muy expresivo y muy claro se encarece la Trinidad. Y donde se lee: *Dios es espíritu,* y en otros muchísimos pasajes de las sagradas Letras se da a entender lo mismo. En todos estos lugares de las Escrituras, los códices griegos escriben no πνοήν, sino πνεῦμα, y los latinos *espíritu,* no *soplo.* Por eso, si en este versillo: *Inspiró,* o, si es más propia la expresión, *sopló en su rostro espíritu de vida,* el griego hubiera escrito πνεῦμα en lugar de πνοήν, aun en este caso no nos veríamos precisados a entender el Espíritu Creador, llamado propiamente en la Trinidad Espíritu Santo, puesto que πνεῦμα, como queda apuntado, suele aplicarse no sólo al Creador, sino también a la criatura.

4. Pero —replicarán—, al decir *espíritu,* no hubiera añadido *de vida* si no quisiera dar a entender el Espíritu Santo, y al decir: Fue *creado el*

*hombre en alma,* no hubiera añadido *viviente* si no significara la vida del alma, que le comunicó, como don, el Espíritu de Dios.

Viviendo el alma —prosiguen— esa vida que le es propia, ¿qué necesidad había de añadir *viviente,* sino sólo la de dar a entender la vida que le infunde el Espíritu Santo?

Y esto, ¿qué es sino asirse con interés a hipótesis humanas y atender con desinterés a las Escrituras santas? Porque ¿era gran cosa no ir lejos, sino leer poco más arriba en el mismo libro: *Produzca la tierra alma viviente,* cuando fueron creados todos los animales terrestres? Y luego, pasados algunos capítulos, ¿significaba gran cosa caer en la cuenta de que está escrito: *Y todo lo que tiene espíritu de vida y todo lo que estaba sobre la árida fue destruido,* cuando, tratando del diluvio, decía que pereció cuanto vivía sobre la tierra? Si, pues, hallamos también en las bestias alma viviente y espíritu de vida, según el estilo de la divina Escritura, y diciendo el griego en este pasaje, que suena: *Todo cuanto tiene espíritu de vida,* no πνεῦμα, sino πνοήν, ¿por qué no hemos de decir: Qué necesidad había de añadir *viviente,* si el alma que no vive no puede existir? O ¿qué necesidad había de añadir *de vida,* habiendo dicho antes *espíritu?* Pero comprendemos que cuando la Escritura decía *espíritu de vida* y *alma viviente,* según su estilo, quería dar a entender los animales, es decir, los cuerpos animados, que tienen, gracias al alma, el sentido corporal. Sin embargo, en la creación del hombre olvidamos el estilo de la Escritura, siendo así que allí habla también según ese estilo. En este sentido insinúa que el hombre, una vez recibida el alma racional, que intentó presentarla creada no como efecto del agua o de la tierra, sino del soplo de Dios, fue formado para vivir en un cuerpo animal, obra del alma viviente, como los animales, de los que dijo: *Produzca la tierra alma viviente.* De ellos dice también que tienen espíritu de vida. Aquí el griego no dijo πνεῦμα, sino πνεῦμα, expresando con este término no el Espíritu Santo, sino el alma de los animales.

5. Aún añaden: Con esto se pone de manifiesto que el soplo de Dios salió de su boca, y, si creemos que es el alma, será lógico concluir que es de la misma substancia que Dios e igual a su Sabiduría, que dice: *Yo salí de la boca del Altísimo*[69].

Hay que hacer notar que la Sabiduría no ha dicho que es un soplo de la boca de Dios, sino que procede de su boca. Así como nosotros podemos hacer un soplo, no de la naturaleza que nos constituye en hombres, sino del

---

[69] Este testimonio es definitivo contra aquellos que impugnan la unión substancial. La cuestión ha perdido actualidad, pero Agustín en esto es explícito.

aire que nos rodea, que traemos y llevamos respirando y aspirando, así Dios, que es omnipotente, pudo formar no de su naturaleza, ni de criatura alguna sometida a su dominio, sino de la nada, un soplo, que con mucha propiedad está escrito inspiró o sopló para inyectarlo en el cuerpo del hombre. El es incorpóreo, y el soplo, incorpóreo, pero El es inmutable, y el soplo, mudable, porque el Dios increado infundió algo creado.

Sin embargo, para que sepan estos que se precian de hablar de las Escrituras y no estudian su estilo literario que no solamente se dice salir de la boca de Dios lo que es igual o de la misma naturaleza que El, oigan o lean lo escrito por dicción de Dios: *Por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, estoy para vomitarle de mi boca.*

6. No hay, pues, motivo alguno para oponernos al Apóstol, que habla con tanta claridad, distinguiendo el cuerpo animal del cuerpo espiritual, es decir, de aquel en que hemos de estar de este en que actualmente estamos. *Es puesto en tierra un cuerpo animal, y resucitará un cuerpo espiritual. Porque, así como hay cuerpo animal, lo hay también espiritual, según está escrito: El primer hombre, Adán, que formado en alma viviente; el postrer Adán, llenado de espíritu vivificante. Pero no es el cuerpo espiritual el que ha sido formado el primero, sino el animal, y en seguida el espiritual. El primer hombre es el terreno, formado de la tierra, y el segundo es el celestial, que viene del cielo. Así como el primer hombre ha sido terreno, han sido también terrenos sus hijos; y así como es celestial el segundo, también son celestiales sus hijos. Según esto, como hemos vestido la imagen del hombre terreno, vistamos también la imagen del hombre celestial.* Estas palabras del Apóstol ya las hemos mentado más arriba. El cuerpo animal, en que, según él, fue formado el primer hombre, Adán, fue creado de tal modo, que podía morir, es verdad, pero que no moriría de no haber pecado. Y es que lo que ha de ser espiritual e inmortal por el espíritu vivificante, no puede morir. Así, el alma, que fue creada inmortal, aunque aparentemente esté muerta por el pecado, pues carece de esa vida suya que es el Espíritu de Dios, merced al cual podía vivir sabia y felizmente, no deja de vivir con una especie de vida que le es también propia, aunque sea miserable, y no deja, porque fue creada inmortal. Lo mismo sucede en los ángeles desertores, que, aun cuando de alguna manera hayan muerto pecando, porque abandonaron la fuente de la vida, que es Dios, con el cual podían vivir sabia y felizmente, no pudieron morir, dejando en absoluto de vivir y de sentir, ya que fueron creados inmortales. Y a tenor de esto, después del juicio, serán precipitados en la segunda muerte, de forma que ni aun allí carecerán de vida, ya que no se verán privados de sensibilidad cuando vivan en dolores.

Los hombres, sin embargo, que se acogen a la gracia de Dios y que serán conciudadanos de los santos ángeles, estables en su beatitud, serán revestidos de cuerpos espirituales tales, que ni pecarán más ni morirán. Su inmortalidad será como la de los ángeles, que ni el pecado les podrá privar de ella, con la diferencia de que conservarán la naturaleza de la carne y no perdurará corruptibilidad alguna carnal ni pesadez.

7. Esta cuestión trae como de la mano otras que necesariamente deben tratarse y resolverse con la ayuda de Dios Señor de la verdad. La primera es ésta: ¿Se originó la libido en los miembros desobedientes de los primeros hombres del pecado de desobediencia al abandonarlos la gracia de Dios? Así se explicaría que en su desnudez abrieran los ojos, esto es, repararan con más curiosidad en ella, y, porque el movimiento impudente resistía al albedrío de la voluntad, cubrieran sus vergüenzas. Y segunda: ¿Cómo se habrían de propagar los hijos si, como habían sido creados, permanecieran sin prevaricación? Pero, puesto que este libro exige ya un fin y ésta no es cuestión para limitarla a unas páginas estrechas, me parece determinación más acertada dejarla para el libro siguiente.

# Libro XIV[70]

*Vuelve a hablar del pecado original como fuente de la vida carnal y de las afecciones viciosas. Se detiene sobre todo en hacer ver que la libido vergonzosa es pena fusta de la desobediencia e investiga el modo de pro-*

70 En el libro *Contra adversarium Legis et Prophetarum* (I 14,18) se cita ya como escrito. Por consiguiente, se concluyó hacia el año 420 este libro XIV.

*pagarse la especie humana sin libido, de no haber pecado el primer hombre.*

## CAPÍTULO I

## La desobediencia del primer hombre sometería a todos a una muerte segunda perpetua si la gracia de Dios no librara a muchos

Ya hemos apuntado en los libros anteriores que Dios, para unificar al género humano, no sólo por la semejanza de naturaleza, sino también por lazos de consanguinidad; para ligarlos, digo, con el vínculo de la paz en unidad concorde, quiso que todos los hombres procedieran de uno solo. Además, fue también voluntad suya que el género humano no estuviera sujeto a la muerte individual, si los dos primeros hombres, de los cuales uno fue creado de la nada y otro del primero, no se hubieran hecho acreedores de ella por la desobediencia. El pecado en que ellos consintieron fue tan enorme, que, en virtud de él, la naturaleza humana empeoró y se transmite a los descendientes el pecado mismo y la necesidad de la muerte. El imperio de la muerte se enseñoreó tanto de los hombres, que diera con todos en la muerte segunda —como pena debida— si una gracia indebida de Dios no librara a algunos de ellos de la misma.

De aquí que, siendo tantos y tan grandes los pueblos diseminados por todo el orbe de la tierra, tan diversos en ritos y en costumbres y tan variados en lengua, en armas y en vestidos, no formen más que dos géneros de sociedad humana, que podemos llamar, conformándonos con nuestras Escrituras, dos ciudades. Una es la de los hombres que quieren vivir según la carne, y otra la de los que quieren vivir según el espíritu, cada una en su paz propia. Y la paz de cada una de ellas consiste en ver colmados todos sus anhelos[71].

---

[71] He aquí sentados ya los fundamentos radicales de las dos ciudades. Aquí se expresa el origen de las mismas: de la terrena, el pecado, y de la celestial, la liberalidad generosa de Dios. Y también sus fines: la condenación eterna y la paz sempiterna. Todo el resto de la obra será una prueba de esta tesis a base de la Escritura y de la historia profana.

## CAPÍTULO II

## ¿Qué debe entenderse por vivir según la carne?

1. Primeramente, es preciso considerar qué es vivir según la carne y qué según el espíritu. Cualquiera que de golpe tope con esta expresión, no recordando o no reparando en el lenguaje de las Santas Escrituras, puede pensar que los filósofos epicúreos viven según la carne, porque hacen radicar el bien sumo del hombre en el placer del cuerpo. A éstos añadirían otros, si existen, que de algún modo opinen que el bien sumo del hombre consiste en el bien del cuerpo, y toda esa canalla que, sin profesar dogma ni filosofía alguna, es propensa a la libido y que no conoce otros goces y placeres que los corporales y sensibles. En cambio, los estoicos, para éste, vivirían según el espíritu, porque, según ellos, el bien sumo del hombre radica en el ánimo. Y ¿qué es el ánimo humano más que el espíritu?

Pero, según el sentido de la Escritura, unos y otros viven según la carne. En efecto, no llama carne solamente al cuerpo del animal, mortal y terrestre, como cuando dice: *No toda carne es la misma carne, sino que una es la carne del hombre, otra la de la bestia, otra la de las aves, y otra la de los peces,* sino que da a esta palabra otras muchas acepciones. Unas veces llama carne al hombre, es decir, a la naturaleza humana, tomando el todo por la parte. Así: *Ninguna carne será justificada por las obras de la ley*. ¿Qué quiso dar a entender aquí sino todo hombre? Más claramente lo expresa poco después: *Nadie se justifica por la ley;* y a los Gálatas: *Sabiendo que no se justifica el hombre por las obras de la ley.* En este sentido se entiende también: *Y el Verbo se hizo carne,* esto es, hombre. Algunos[72], no entendiendo bien este pasaje, opinaron que Cristo careció de naturaleza humana. Así como en aquel lugar del Evangelio en que se leen estas palabras de María Magdalena: *Llevaron a mi Señor y no sé dónde lo han colocado,* se toma la parte por el todo, pues hablaba solamente de la carne de Cristo, que creía que había sido robada del sepulcro, así al decir carne se toma el todo por la parte y se entiende el hombre, como sucede en lo antes citado.

2. Siendo, pues, tantas las acepciones que da la divina Escritura a la palabra carne, cuya investigación y relación sería prolijo hacer, para poder inquirir qué es vivir según la carne (cosa, sin duda, mala, puesto que la naturaleza de la carne no es un mal), examinemos con detenimiento aquel

[72] Entre éstos, los apolinaristas.

pasaje de la Carta del apóstol San Pablo a los Gálatas, que dice: Las *obras de la carne son bien manifiestas; ellas son adulterio, fornicaciones, deshonestidad, lujuria, culto de ídolos, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, enojos, disensiones, herejías, envidias, embriagueces, glotonerías y cosas semejantes. Sobre ellas os prevengo, como ya tengo dicho, que los que tales hacen no poseerán el reino de los cielos.* Todo este pasaje de la Carta apostólica, considerado desde este punto de vista, puede resolver qué es vivir según la carne.

Entre las obras de la carne que dijo ser manifiestas, y que, una vez enumeradas, condenó, hallamos no sólo las relativas al placer carnal, como son las fornicaciones, la deshonestidad, la lujuria, las embriagueces, las glotonerías, sino también otras que descubren los vicios del ánimo, ajenos al placer de la carne. ¿Quién no comprende que la idolatría, las hechicerías, las enemistades, los pleitos, los celos, los enojos, las disensiones, las herejías y las envidias son vicios del ánimo más bien que de la carne? Bien puede suceder que alguien se abstenga de los placeres carnales por mor de la idolatría o de algún error herético, y, sin embargo, aun en tal caso, la autoridad del Apóstol intima a ese hombre que parece refrenar y reprimir la libido carnal, que vive según la carne. El mismo abstenerse de los placeres carnales está diciendo que practica obras condenables de la carne. ¿Quién no abriga las enemistades en el ánimo? O ¿quién dice a su enemigo o a quien se lo imagina tal: «Tienes mala carne contra mí», y no más bien: «Tienes mal ánimo contra mí»? En fin, como nadie, oyendo carnalidades, por decirlo así, vacilaría en atribuirlas a la carne, así nadie duda que las animosidades[73] pertenecen al ánimo. ¿Por qué, pues, todas estas y otras semejantes reciben del Doctor de las Gentes, en fe y en verdad, el apelativo de obras de la carne sino porque, según la figura literaria por la que se significa el todo por la parte, su intención es dar a entender todo el hombre con el nombre de carne?[74]

---

[73] Hemos querido conservar en castellano la palabra latina para seguir el paralelismo de la frase. En realidad, el término lo recoge también el Diccionario de la Academia y lo define: «Valor, esfuerzo, energía»; y en una segunda acepción: «Aversión, ojeriza».

[74] Esta figura de exegesis bíblica, que está trasladada de la literatura ordinaria, es ya recibida, y muy corriente, en todos los manuales. Se llama en retórica sinécdoque.

## CAPÍTULO III

## La causa del pecado tiene su origen en el alma, no en la carne, y la corrupción contraída por el pecado no es pecado, sino pena del mismo

1. Si alguien dijere que la carne es la causa de todos los vicios en las malas costumbres, justamente porque el alma, tarada con la carne, vive así, indudablemente no se ha fijado en toda la naturaleza del hombre. Es verdad que *el cuerpo corruptible apesga al alma;* y por eso el Apóstol, cuando trata de este cuerpo corruptible, del que poco antes había dicho: *Aunque nuestro hombre exterior se corrompa,* escribe: *Sabemos que, si nuestra casa y morada terrena se destruye, nos dará Dios otra casa, una casa no hecha por mano de hombres, que durará eternamente. Que por eso suspiramos aquí deseando la sobrevestidura de la habitación nuestra del cielo, si es que fuéremos hallados vestidos, no desnudos. Así, los que estamos en esta morada gemimos agobiados, pues no queríamos vernos despojados, sino ser revestidos de manera que la vida absorba lo mortal.* Somos agobiados por el cuerpo corruptible, y, sabiendo que la causa de ese apesgamiento no es la naturaleza y la substancia del cuerpo, sino su corrupción, no queremos ser despojados del cuerpo, sino ser revestidos de su inmortalidad. Entonces existirá también el cuerpo; pero, como no será corruptible, no apesgará. Luego *apesga* ahora *el cuerpo corruptible al alma y la morada terrena deprime el sentido, que imagina muchas* cosas. Quienes piensan que todos los males del alma proceden del cuerpo están en un error.

2. Aunque Virgilio parezca cantar en versos sublimes la sentencia de Platón, cuando dice:

> Tienen estos gérmenes de vida un vigor ígneo que deben a su origen celeste, mientras las impurezas del cuerpo no los contaminan, ni los embotan nuestros móviles terrenales o nuestros miembros, ya destinados a la muerte,

y aunque pretenda dar a entender que aquellas cuatro tan conocidas perturbaciones del ánimo, el deseo y el temor, la alegría y la tristeza, como fuentes de todo pecado y de todo vicio, se deben al cuerpo, al escribir:

Pero, cuando eso sucede, las almas conocen el temor y el deseo, la alegría y el dolor, y no ven la claridad de los cielos, presas en sus tinieblas y en su cárcel sin ojos; con todo, nuestra fe se ha de otra manera. La razón es que la corrupción, que apesga al alma, no es la causa del primer pecado,

sino la pena, ni la carne corruptible hizo ser al alma pecadoriza, sino que el alma pecadoriza hizo ser corruptible a la carne. Aunque es verdad que existen algunos incentivos y algunos deseos viciosos procedentes de la corrupción de la carne, sin embargo, no deben atribuirse a la carne todos los vicios del alma inicua, no sea que justifiquemos al diablo, que no tiene carne. No se puede decir tal vez que el diablo es fornicario o borracho, o que esté sujeto a algún otro mal pertinente al placer carnal, aunque sea el consejero y el oculto instigador de tales pecados; pero sí que es el soberbio y el envidioso por antonomasia. Esta viciosidad le prendió de tal suerte, que por ella fue precipitado con suplicio eterno a las obscuras prisiones de este aire[75]. Los vicios, que han establecido su imperio en el diablo, el Apóstol los atribuye a la carne, aunque es cierto que el diablo carece de ella.

Dice, por ejemplo, que las enemistades, los pleitos, los celos, las animosidades y las envidias son obras de la carne. El hontanar y el principio de todos estos males es la soberbia, que reina sin carne en el diablo[76]. ¿Quién más enemigo que él de los santos? ¿Se encuentra alguno más contencioso, más animoso, más émulo y más envidioso de ellos que él? Señoreando en él todos estos vicios sin la carne, ¿por qué son obras de la carne sino porque son obras del hombre, a quien, como he dicho, da el nombre de carne? En efecto, no se hizo semejante al diablo el hombre por tener carne de que carece el diablo, sino por vivir según él mismo, es decir, según el hombre. También el diablo quiso vivir según él mismo, cuando no se mantuvo en la verdad. Y de este modo habló mentira, no de Dios, sino de sí propio, que no sólo es mendaz, sino el padre de la mentira. El fue el

---

[75] En *De agone christiano* (3,3-5) explica qué entiende por aire. Y allí dice que el aire es esa capa inferior a los astros y superior a la tierra. A veces, dice él, le llamamos también cielo, pero impropiamente. Esto —añade— lo dije para que nadie piense que los malos demonios habitan en el lugar en que Dios ordenó el sol, la luna y las estrellas. Lo mismo puede verse en *De natura boni* 33.

[76] La soberbia es el principio de todos los pecados, se ha repetido ya una y mil veces. Agustín no pierde ocasión de criticar y censurar la soberbia. Ese orgullo, ese ser como Dios, esa vana celsitud que busca la ostentación es lo más despreciable que se halla en las cosas mortales y perecederas. Las diatribas que Agustín le dirige son innumerables, y los textos no es necesario aducirlos. Baste decir que su vida espiritual la fundamenta sobre la humildad, que es la virtud que refrena la soberbia. «Lo primero, la humildad; lo segundo, la humildad, y cuantas veces me lo preguntes te responderé lo mismo», le decía en una carta a su amigo. Y en uno de sus sermones proponía: «Si quieres levantar alto tu edificio, hinca bien profundos los fundamentos».

primero que mintió, y el principio del pecado es el mismo que el de la mentira.

## CAPÍTULO IV

## ¿Qué es vivir según el hombre y qué según Dios?

1. En consecuencia, cuando el hombre vive según el hombre y no según Dios, es semejante al diablo. Porque ni el ángel debe vivir según el ángel, sino según Dios, para mantenerse en la verdad y hablar la verdad, que viene de Dios; no la mentira, que nace de sí mismo. Del hombre dice el Apóstol en otro lugar: *Si es que se manifestó la verdad de Dios en mi mentira*, llamando a la mentira mía, y a la verdad, de Dios. Por tanto, cuando el hombre vive según la verdad, no vive según él mismo, sino según Dios, pues Dios es el que dijo: *Yo soy la verdad*. Cuando vive según él mismo, es decir, según el hombre, no según Dios, indudablemente vive según la mentira. Y esto no porque el hombre sea mentira, siendo Dios su autor y creador, Dios que no es autor ni creador de la mentira, sino porque el hombre no fue creado recto para vivir según él mismo, sino según su Hacedor, esto es, para hacer la voluntad de Dios antes que la suya. No vivir como su condición exigía que viviera, eso es la mentira[77]. Quiere ser feliz, pero sin vivir de manera que pueda serlo, y ¿qué hay más mentiroso que este querer?

De donde se sigue que muy bien puede decirse que todo pecado es una mentira, porque el pecado no se hace sino por la voluntad con que queremos que nos vaya bien o con que no queremos que nos vaya mal. Luego la mentira radica en que, cuando procuramos que nos vaya bien, de esa acción nos va mal, o en que, cuando pretendemos que nos vaya mejor, de ese mismo acto nos va peor. ¿De dónde procede esto sino de que el hombre puede vivir bien de Dios, a quien abandona pecando, no de sí mismo, porque peca, viviendo así?

2. Como hemos apuntado, de que hay unos que viven según la carne y otros según el espíritu, se han originado dos ciudades diversas y contrarias entre sí. La misma idea puede expresarse de este modo: unos viven se-

[77] Esta es una profunda revelación del pensamiento antropológico agustiniano. El *hombre*, después del pecado, es mendaz, porque *no* vive como debe, como su creación pide de él. Y ésta es su mayor mentira ontológica.

gún el hombre y otros según Dios. Con claridad meridiana escribe San Pablo a los de Corinto: *Habiendo entre vosotros celos y discordias, ¿no es claro que sois carnales y procedéis según el hombre?* Luego proceder según el hombre es igual a ser carnal, porque por la carne, es decir, por esta parte del hombre, se entiende a todo el hombre. Poco antes había llamado animales a los mismos que ahora llamó carnales. Dice así: *Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre sino el espíritu del hombre, que está dentro de él? Como las cosas de Dios nadie las sabe sino el Espíritu de Dios. Nosotros, pues,* dice, *no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios, a fin de que conozcamos las cosas que Dios nos ha comunicado; las cuales por eso tratamos no con palabras estudiadas de humana ciencia, sino conforme nos enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Porque el hombre animal no puede hacerse capaz de las cosas que son del Espíritu de Dios, pues para todos son necedad.* A tales hombres animales dice poco después: *Y así es, hermanos, que yo no he podido hablaros como a hombres espirituales, sino como a carnales.* Esto debe entenderse también por esa figura retórica en que se toma el todo por la parte. Así, por la carne y por el alma, que son partes del hombre, puede designarse el todo, que es el hombre.

Según esto, no es distinto el hombre animal del carnal, sino que ambos son uno mismo, es decir, el hombre que vive según el hombre. Así se dan a entender los hombres, bien en este pasaje: *Ninguna carne será justificada por las obras de la ley;* bien en este otro: *Bajaron con Jacob a Egipto setenta y cinco almas*[78]. Allí se entiende por toda carne todo hombre, y aquí, por setenta y cinco almas, setenta y cinco hombres. La cláusula *no con palabras estudiadas de ciencia humana,* pudo expresarla así: «no con palabras estudiadas de ciencia carnal»; y en esta oirá: *procedéis según el hombre,* pudo decir «según la carne». Esto aparece más claro en lo que sigue: *Porque diciendo uno: Yo soy de Pablo: y el otro: Yo de Apolo, ¿no sois hombres?* Aquella expresión: *sois animales,* y *sois carnales,* es más plástica ahora: *sois hombres,* que se traduce: Vivís según el hombre, no según Dios. Si vivierais según El, seríais dioses[79].

---

[78] Sigue en esta citación la versión de los Setenta. La Vulgata no menciona más que setenta almas, si bien en los Hechos de los Apóstoles (7,14) se dan también setenta y cinco.

[79] Todas estas apreciaciones del vivir según Dios y vivir según la carne son el fundamento de la concepción de las dos ciudades. Si todos los amores terrenos se reducen al amor propio, a la soberbia, resulta ya fácil la conclusión: *Amores duo fecerunt civitates duas* (c.28).

## CAPÍTULO V

## Opinión de los platónicos y de los maniqueos sobre la naturaleza del alma

Así, pues, no hay necesidad de colgar ese sambenito de nuestros vicios y pecados, injuriando a su vez al Creador, a la naturaleza de la carne, que en su género y orden es buena. Lo que no es bueno es abandonar al bien Creador y vivir según El el bien creado, ora se elija vivir según la carne, ora según el alma, ora según el hombre total, que consta de alma y de carne (de donde le viene el poder ser significado por sola el alma o por sola la carne). Quien alaba la naturaleza del alma como bien sumo y acusa la naturaleza de la carne como mal, es indudable que apetece el alma carnalmente y que huye carnalmente la carne, porque se funda en la vanidad humana, no en la verdad divina.

Es cierto que los platónicos no desbarran como los maniqueos, hasta el punto de detestar los cuerpos terrenos como la naturaleza del mal[80], puesto que todos los elementos que componen este mundo visible y tangible y sus cualidades los atribuyen al Dios Hacedor. Sin embargo, opinan que los órganos terrenos y los miembros mortales causan tales impresiones en las almas, que de ellas provienen los morbos de los deseos y de los temores, de las alegrías y de las tristezas. En estas cuatro perturbaciones, como las llama Cicerón, o pasiones, como muchos traducen literalmente del griego[81], radica toda la viciosidad de las costumbres humanas. Si esto es así, ¿qué significa que Eneas, en Virgilio, en habiendo oído del padre, cabe los infiernos, que las almas tornarán de nuevo a los cuerpos, se admira de esta opinión y exclama:

> ¡Oh padre mío!, ¿cómo es posible que haya almas que quieran otra vez remontarse al aire de los cielos y que aspiren a entrar nuevamente en la estrecha cárcel de la carne? ¿De dónde les viene a esos desgraciados tan insensato deseo de luz?

¿Puede acaso venir este insensato deseo a la tan celebrada pureza de las almas de los órganos terrenos y de los miembros mortales? ¿No afirma el poeta que están purificadas de todas estas pestes corpóreas, como él dice, cuando nace en ellas el deseo de retornar otra vez a los cuerpos? De

---

80 Agustín vuelve una y otra vez contra los maniqueos. Este doble principio es herencia del gnosticismo, y de él lo recoge el maniqueísmo. Cf. *De haer.* haer.46.

81 Véase 1.8 c.17 n.l.

donde se colige que, aunque así fuera—sería el colmo de la vanidad—, alternando alternativa e incesantemente la purificación y la mancilla de las almas que van y vienen, no puede decirse con verdad que todos los movimientos culpables y viciosos de las almas procedan de los cuerpos terrenos. La razón es que, según la expresión del famoso literato, ese tan necio deseo no procede del cuerpo, de tal forma que obligue al alma, purificada de toda peste corpórea y libre de todo cuerpo, a estar en un cuerpo. De donde se sigue, conforme a su propia confesión, que no es solamente la carne la que excita en el alma el deseo y el temor, la alegría y la tristeza, sino que también el alma puede excitar por sí misma tales movimientos.

## CAPÍTULO VI

## La rectitud o malicia de las afecciones anímicas depende de la voluntad humana

Es de gran importancia saber cómo es el querer del hombre, porque, si es desordenado, sus movimientos serán desordenados, y si es recto, no sólo serán inculpables, sino hasta loables. En todos ellos hay querer; mejor diría, todos ellos no son más qué quereres[82]. Pues ¿qué es el deseo y la alegría sino un querer en consonancia con las cosas que queremos? Y ¿qué es el temor y la tristeza sino un querer en disonancia con lo que no queremos? Cuando concordamos, apeteciendo lo que queremos, tenemos el deseo, y cuando concordamos, gozando de lo que queremos, tenemos la alegría. Asimismo, cuando discordamos de lo que no queremos que suceda, tal querer se llama temor, y cuando discordamos de aquello que sucede a quienes no lo quieren, tenemos el querer llamado tristeza[83]. En una pala-

[82] Extrañará a primera vista que traduzcamos *quereres en* lugar de *voluntades.* Todos los movimientos del hombre no son más que quereres; no son voluntades, que sería decir son facultades, sino son quereres, es decir, actos de esa voluntad. Esta acepción es muy corriente en el Santo, y se explica de esta manera la gran confusión que ha suscitado entre los intérpretes. Santo Tomás, con su agudeza, ha sido el primero que se dio cuenta de esto, y así, comentando un pasaje del *De Trinilate* escribe: *Hic ponitur voluntas pro actu voluntatis.* Esta frase, que se ha hecho ya tiplea: *Homines sunt volúntales,* quizá no esté del todo acorde con el sentido que aquí se da. Más bien el *omnes,* no *homines,* alude a los movimientos de] hombre, no a los hombres mismos, en cuyo caso el pensamiento es el traducido y no el de la frase ya de moda.

[83] Esta es la expresión más auténtica de la *teología* ascética agustiníana. Nótese que he subrayado teología. Con ello he querido indicar que en San Agustín lo defini-

bra, como se encandila u ofende la voluntad del hombre según los diferentes objetos que apetece o rehúsa, así vira y se torna a estos o a aquellos afectos.

Por eso el hombre que vive según Dios, y no según el hombre, precisa ser amador del bien y, en consecuencia, odiador del mal. Y como nadie es malo por naturaleza, sino que todo el que es malo lo es por vicio, el que vive según Dios debe un odio perfecto a los malos. Su odio ha de mantenerse en esta línea: que ni odie al hombre por el vicio ni ame el vicio por el hombre, sino que odie al vicio y ame al hombre[84]. Sanado el vicio, quedará únicamente lo que debe amar y nada de lo que debe odiar.

## CAPÍTULO VII

## Las palabras «amor» y «dilección» se usan indistintamente en las sagradas letras para el bien y para el mal

1. De aquel que tiene propósito de amar a Dios y al prójimo como a sí mismo, no según el hombre, sino según Dios, se dice que es de buena voluntad por ese amor. El nombre más corriente de ese afecto en las sagradas Letras es el de caridad, pero lo llaman también amor[85]. El Apóstol dice que el elegido para regir el pueblo, según su voluntad, debe ser amador del bien. El Señor preguntó al apóstol Pedro: *¿Tu dilección es superior a la de estos?*, y él le respondió: *Señor, tú sabes que te amo.* El Señor volvió u preguntarle no si lo amaba, sino si le tenía dilección, y él tornó a respon-

---

tivo es la teología, no una ordenación o una disposición de artillería ascética. Los movimientos, las pasiones, se definen en función del querer. Por eso, todo el problema individual y social pende del querer, del amor.

[84] El hombre es la obra de Dios, y en cuanto criatura de Dios debe amarse, aunque sea un canalla. Pero el pecado es obra del hombre, y, como obra del hombre, pecaminosa y mendaz, y, por tanto, en este sentido es digna de odio, porque le roba a Dios algo que le es propio. Es muy repetido este pensamiento en el Santo: *Diligite homines, Ínterficite errores: sine superbia de veritate praesumite, sine saevitia pro veritate certate (Contra litt. Petil.* I 29,31).

[85] Como puede verse, toda la ética y la moral agustiniana radican en el amor. Pero este amor requiere un fundamento metafísico en que apoyarse. Exige sencillamente algo anterior que le muestre el camino a que debe dirigirse y el objeto a que debe flecharse. Ese fundamento es la *memoria Dei,* que a su vez es descubierta, o mejor, probada por el amor, inconsciente a los valores intemporales, a la verdad-unidad-felicidadbondad.

der: *Señor, tú sabes que te amo.* Sin embargo, a la tercera pregunta no dice ya el Señor: ¿Me tienes dilección?, sino: *¿Me amas?* Y el evangelista añade a renglón seguido: *Pedro se contristó de que por tercera vez le preguntase: ¿Me amas?,* siendo así que el Señor había dicho, no tres veces, sino una sola: *¿Me amas?,* y dos: *¿Me tienes dilección?* De esto deducimos que cuando decía el Señor: *¿Me tienes dilección?,* quería decir simplemente: *¿Me amas?* Pedro, sin embargo, no cambió el término de esa única realidad, sino que dijo por tercera vez: *Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo.*

2. Me he creído en el deber de recordar esto precisamente porque algunos piensan que una cosa es la dilección o caridad y otra el amor. Dicen que la dilección debe tomarse en buen sentido, y el amor en malo. Que ni aun los autores de las letras profanas han hablado con estas acepciones, es certísimo. Mas discutan los filósofos sobre si se distinguen y por qué razón. Yo notaré solamente que en sus libros se habla del gran valor del amor que tiene por objeto el bien y Dios mismo. La insinuación de que las Escrituras de nuestra religión, cuya autoridad anteponemos a cualesquiera otros escritos, no llama a una cosa amor y a otra dilección, era obligada. Ya hemos mostrado que el amor se usa también en buen sentido. Pero con el fin de que no se imagine alguien que el amor se toma en buen sentido y en malo y que la dilección sólo se toma en el bueno, repare en lo que está escrito en el Salmo: *El que tiene dilección a la iniquidad, odia su alma.* Y en este otro pasaje de San Juan el Apóstol: *Si alguno tiene dilección al mundo, no habita en él la dilección de Dios.* He aquí usada en un mismo pasaje la dilección en buen sentido y en malo. Y para que no se impaciente alguno queriendo ver empleado el amor en mal sentido (en el bueno ya lo hemos mostrado), lea lo que está escrito: *Se levantarán hombres amantes de sí mismos, amadores del dinero.*

En conclusión, el querer recto es el amor bueno, y el querer perverso, el amor malo. Y así, el amor ávido de poseer el objeto amado es el deseo; la posesión y el disfrute de ese objeto es la alegría; el huir lo que es adverso es el temor, y el sentir lo adverso, si sucediere, es la tristeza. Estas pasiones, pues, son malas, si es malo el amor, y buenas, si es bueno.

Probemos lo dicho con la Escritura en la mano. El Apóstol desea disolverse y estar con Cristo, y: *Ardió mi alma en ansias de desear tus juicios;* o si es más propia la expresión: *Deseó mi alma arder en ansias de tus juicios;* y: *La concupiscencia de la sabiduría conduce al reino.* En cambio, la usanza del lenguaje ha conseguido tal auge, que, si se dice apetito o concupiscencia a secas, no puede entenderse más que en mal sentido. La

alegría, sin embargo, se entiende en el bueno: *Alegraos, ¡oh justos!, y regocijaos en el Señor;* y: *Tú has infundido la alegría a mi corazón;* y: *Me colmarás de alegría ron tu presencia.* El temor lo emplea también en el buen sentido el Apóstol, cuando dice: *Trabajad con temor y temblor en la obra de vuestra salvación;* y: *No le engrías, antes bien vive con temor;* y: *Mas temo que, así como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así sean maleados vuestros espíritus con la castidad que hay en Cristo.* En fin, sobre la tristeza, llamada por Cicerón egritud y por Virgilio dolor, donde dice: «Duelen y gozan» (que yo preferí traducir por tristeza, porque la enfermedad o el dolor son de uso más corriente en los cuerpos), se suscita una cuestión muy delicada, a saber, si es posible emplearla para significar algo bueno.

## CAPÍTULO VIII

### Los estoicos han opinado que en el ánimo del sabio se dan tres perturbaciones, y excluyen de él el dolor o la tristeza, porque es incompatible, según ellos, con la virtud anímica

1. Los estoicos han opinado que son tres las llamadas por los griegos εὐπαθείας, traducidas al latín por Cicerón con el nombre de constancias, que responden en el ánimo del sabio a sus tres perturbaciones, al deseo la voluntad, a la alegría el gozo, y al miedo la precaución. Y negaron que a la egritud o al dolor, que para evitar la ambigüedad hemos preferido denominar tristeza, pueda responder alguna en el ánimo del sabio. La voluntad —dicen ellos— apetece el bien, que lo hace sabio; el gozo es efecto del bien alcanzado, que el sabio logra totalmente, y la precaución previene el mal, que el sabio debe evitar. La tristeza, como producto de un mal ya sucedido, piensan que no puede causar ningún daño al sabio y que, por tanto, en su ánimo no puede responder nada a ella.

Por consiguiente, en su concepción, sólo el sabio es susceptible de voluntad, de gozo y de precaución, y sólo el necio es capaz de deseo y de alegría, de temor y de tristeza. Las tres primeras son las constancias, y las otras cuatro, según Cicerón, las perturbaciones, y según otros muchos, las pasiones. En griego, como queda dicho, aquellas tres se llaman εὐπαθείαι, y estas cuatro πάθη. Investigando con toda diligencia y con todas mis posibilidades si esa manera de hablar está acorde con nuestras Escrituras, hallé que el profeta escribe: *No hay gozo para los impíos, dice el Señor,* co-

mo si los impíos pudieran alegrarse de los males y no gozar de ellos, porque el gozo es privativo de los buenos y de los piadosos. Asimismo, en el Evangelio se lee: *Haced vosotros con los demás hombres todo le qué queráis que hagan ellos con vosotros,* como si fuera imposible querer algo mal o torpemente, pero no desearlo. Es verdad que algunos intérpretes, siguiendo el uso corriente, añadieron *bienes,* y leyeron así: *Todo el bien que queréis que os hagan los hombres.* Lo creyeron así para precaver la torcida interpretación de alguno que se imaginara que, porque hay hombres que hacen cosas deshonestas, por ejemplo, para silenciar otras más torpes, convites lujuriosos, debe él cumplir en eso este precepto correspondiendo en la misma moneda. Mas en el Evangelio griego, fuente original de esta versión, no se lee *bienes,* sino: *Todo lo que queréis que hagan los demás con vosotros, hacedlo vosotros con ellos.* Y, según mi humilde sentir, lo expresó así porque, al decir *queréis,* intentó ya dar a entender *bienes,* pues que no dice: deseáis.

2. Sin embargo, no siempre deben ponerse estos diques a nuestro lenguaje. Entre tanto, se impone hacer uso de esa propiedad. Y cuando leemos estos autores cuya autoridad no nos es permitido rechazar, los pasajes en que el recto sentir no encuentre otra salida, como son los aducidos, parte del profeta y parte del Evangelio, es preciso entenderlos así[86]. ¿Quién ignora que los impíos rebosan de alegría? Y, sin embargo, *no hay gozar para los impíos, dice el Señor.* ¿Por qué esto sino porque el gozar tiene una significación concreta cuando se emplea la palabra en un sentido propio y estricto? Asimismo, ¿quién negará que es muy bueno mandar a los hombres que hagan con los demás todo lo que desean que los demás hagan con ellos, para que no sean halagados a la vez por la torpeza del placer ilícito? Y, sin embargo, el salubérrimo y verdaderísimo precepto reza: *Todo lo que queréis que hagan los hombres con vosotros, hacedlo vosotros con los demás.* ¿Por qué sino porque en este lugar usó la palabra *querer,* cuya acepción no puede ser peyorativa, en su sentido propio? Es cierto que no usara esta expresión más corriente, frecuentada sobre todo en el lenguaje ordinario: *No queráis proferir mentira alguna*, si no hubiera también un querer malo, de cuya malicia se distingue aquella voluntad que predicaron los ángeles en estos términos: *Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.* Si el querer no puede ser más que bueno, *de buena* fue añadido por redundancia. ¿Sería algo del otro jueves el dicho del Apóstol en alabanza

[86] Esta no es más que una norma directiva. No obsta esto para que, en la práctica, él dé un sentido diverso a las palabras. Puede verse, por ejemplo, en las palabras *amor, caritas* y a veces *dilectio.*

de la caridad, de que la caridad no se goza en la iniquidad, si no se reduce a eso el gozo de la malicia?

Aun entre los autores de las letras profanas se hallan usados indistintamente estos términos. Cicerón, ese orador tan afamado, dice: «Deseo ser clemente, senadores». Es evidente que usa aquí esa palabra en buen sentido. Y ¿quién habrá tan poco instruido que no sostenga que debió decir *quiero* y no, *deseo?* En Terencio, un mancebo desvergonzado, ardiendo en deseo torpe, dice: «No quiero más que a Filomena». Que este querer fue libido, lo indica suficientemente la respuesta de un viejo esclavo a su señor. Dijo así:

> ¡Cuánto mejor sería buscar el modo de arrojar de tu pecho ese amor que decir esto, que enciende más tu libido!

Testigo es de que el gozo lo han usado también en acepción peyorativa aquel verso de Virgilio en que se expresan brevemente estas cuatro perturbaciones:

> Por eso temen y desean, se duelen y gozan.

Y el mismo autor dice en otra parte: «Los malos gozos del espíritu».

3. Por tanto, quieren, se precaven y gozan los buenos y los malos, o, para decir lo mismo con otras palabras, desean, temen y se alegran los buenos y los malos; pero los unos bien y los otros mal, según que su voluntad sea recta o torcida. La tristeza misma, a la que los estoicos pensaron que no es posible hallar un correlato en el ánimo del sabio, se presenta empleada en buena acepción sobre todo en nuestros autores. El Apóstol alaba a los Corintios porque se contristaron según Dios. Pero quizá habrá alguno que diga que el Apóstol se congratuló con ellos porque se contristaron arrepintiéndose, y esta tristeza no pueden tenerla sino los que pecaron. Oigamos sus palabras: *Veo que aquella carta os contristó por un poco de tiempo; pero al presente me alegro, no de la tristeza que tuvisteis, sino de que vuestra tristeza os ha conducido a penitencia. De modo que la tristeza que habéis tenido ha sido según Dios, y así ningún daño os hemos causado. Puesto que la tristeza que es según Dios produce una penitencia para la salud, que no debe penitenciarse, cuando la tristeza del siglo causa la muerte. Y así ved cuánta solicitud ha producido en vosotros esa tristeza según Dios que habéis sentido.* Los estoicos pueden salir así en defensa de su postura diciendo que la tristeza es útil, al parecer, para arrepentirse del pecado, pero que es imposible que se dé en el ánimo del sabio, ni el pecado para contristarse arrepintiéndose de él, ni ningún otro mal, que, sintiéndolo y sufriéndolo, lo haga triste.

Cuentan que Alcibíades (si no me es infiel la memoria sobre el nombre), que se creía dichoso, lloró porque, disputando en cierta ocasión con Sócrates, éste le demostró que era miserable, pues era necio[87]. Luego para éste fue la estulticia la causa de su tristeza útil y optable, que hace que el hombre se duela de ser lo que no debe. Sin embargo, los estoicos afirman que es el necio el que puede estar triste, no el sabio.

## CAPÍTULO IX

## **Las perturbaciones anímicas. La vida de los justos goza de rectitud de afectos**

1. A estos filósofos, más ávidos de contienda que de verdad, por lo que hace a las perturbaciones anímicas, ya les hemos respondido en el libro IX de esta obra poniendo en evidencia que es una cuestión no tanto de realidades cuanto de palabras[88]. Entre nosotros, según las sagradas Escrituras y la sana doctrina, los ciudadanos de la Ciudad santa de Dios, que viven según El en la peregrinación de esta vida, temen y desean, se duelen y gozan. Y, como su amor es recto, tienen rectas estas afecciones. Temen la pena eterna y desean la vida eterna. Se duelen en realidad, porque aún gimen en sí mismos en espera de la adopción y de la redención de su cuerpo, y se gozan en esperanza, porque se cumplirá la *palabra escrita: La muerte ha sido absorbida por la victoria*. Más aún, temen pecar y desean perseverar; se duelen de sus pecados y se gozan en sus buenas obras. Temen pecar, oyendo esto: *Por la inundación de los vicios se resfriará la caridad de muchos*. Desean perseverar, prestando oídos a lo que está escrito: *Quien perseverare hasta el fin, éste se salvará*. Se duelen de sus pecados, porque atienden a esto: *Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos y no hay verdad en nosotros*. Finalmente, se gozan de sus buenas obras, escuchando estas palabras: *Dios ama al que da con alegría*. Además, según sean fuertes o débiles, temen ser tentados y desean ser tentados, se duelen de las tentaciones y se gozan en las mismas. Para que teman ser tentados, oyen lo siguiente: *Si alguien anduviere preocupado en algún delito, vosotros, que sois espirituales, instruidle de este modo en espíritu de mansedumbre, atendiéndote a ti mismo, no seas tú también tenta-*

[87] Así lo expresa Cicerón en *Quaestiones Tusculanae* 1.3 c.32.
[88] Cf. c.4 y 5.

*do.* Para que deseen ser tentados, escuchan las palabras de cierto varón fuerte de la Ciudad de Dios, que suenan: *Pruébame, Señor, y tiéntame; quema mis riñones y mi corazón.* Para que se duelan en sus tentaciones, ven a Pedro llorando, y para que se gocen en las mismas, oyen a Santiago, que dice: *Tened, hermanos míos, por objeto de sumo gozo el ser puestos en varias tentaciones,*

2. Estos ciudadanos se inquietan por esas afecciones no sólo por sí mismos, sino también por aquellos que desean verse libres de ellas, y temen perecer y se duelen si perecen, y se gozan si se ven libres. Y para hacer honor al más sobresaliente de cuantos hemos venido a la Iglesia de la gentilidad, citemos a ese varón, el mejor y el más fuerte, que se glоría en sus enfermedades, al Doctor de las Gentes en fe y en verdad, que trabajó más que todos sus coapóstoles e instruyó con muchas cartas a los pueblos de Dios, no sólo a los presentes, sino también a los venideros. Citemos, digo, a aquel varón, atleta de Cristo, adoctrinado por El y por El ungido, crucificado con El y glorioso en El, librando un gran combate en el escenario de este mundo, del que es espectáculo, y de los ángeles y de los hombres, y avanzando a pasos de gigante hacia la palma de su vocación soberana. El espera de muy buena gana, con los ojos de la fe, gozar con los que gozan y llorar con los que lloran, librando fuera luchas y dentro temores, deseando disolverse y estar con Cristo, ardiendo en deseos de ver a los romanos para hacer algún fruto entre ellos, como entre los demás gentiles. Citemos, sí, a éste, que emula a los corintios y teme la misma emulación por miedo a que sean seducidas sus mentes por la castidad que hay en Cristo; a éste, que lleva en el corazón una gran tristeza y un continuo dolor por los israelitas. Y es porque éstos, ignorando la justicia de Dios y queriendo poner en vigor la propia, no se someten a la justicia de Dios, y él descubre su dolor y también su luto ante algunos que antes pecaron y no hicieron penitencia sobre sus impurezas y sus fornicaciones[89].

3. Si estos movimientos, si estos afectos, que proceden del amor al bien y de la caridad santa, deben llamarse vicios, permítasenos llamar vir-

---

89 Agustín fue un entusiasta de San Pablo. Desde aquel día, dichoso y triste, en que cayeron en sus manos, bañado de una luz divina, las Epístolas del Apóstol, no se le cayó de sus labios. Era el mejor modelo para su imitación, pródigo como él y también llamado por Dios a la gracia del apostolado. En sus *Sermones* habla cuantas veces se le presenta ocasión de la humildad de su nombre y del gran escalón a que subió entre los apóstoles. En este capítulo nos da la imagen más acabada y el retrato más auténtico de lo humano y de lo divino del Apóstol de las Gentes, todo en conformidad con los escritos del mismo, que conocía a maravilla. Lástima que la muerte no le permitiera terminar los comentarios a sus Epístolas.

tudes a los auténticos vicios. Pero, dirigidas y enderezadas por la recta razón estas afecciones hacía su fin propio, ¿quién osará llamarlas enfermedades del alma o pasiones viciosas? Por este motivo, el Señor, que se dignó llevar una vida humana en forma de siervo, pero que carecía en absoluto de pecado, hizo uso de ellas cuando juzgó que debía hacerlo.

Porque la verdad es que en El, que tenía verdadero cuerpo y verdadero ánimo de hombre, no era falso ese afecto. Luego, cuando en su Evangelio se cuenta que se contristó con ira sobre la dureza de corazón de los judíos; que dijo: *Me gozo por vosotros, a fin de que creáis;* que derramó lágrimas cuando iba a resucitar a Lázaro; que deseó celebrar la Pascua con sus discípulos; que, al acercarse la pasión, su alma estuvo triste, se cuentan cosas verdaderas. Sin embargo, El, por gracia y dispensación suya, tuvo estos movimientos en su ánimo humano cuando quiso, como cuando quiso se hizo hombre.

4. Por tanto, es preciso admitir que, aunque nuestras afecciones sean rectas, son privativas de esta vida, no de aquella que esperamos ha de venir, y que con frecuencia cedemos a ellas aun contra nuestra voluntad. Así, a veces lloramos, bien a nuestro pesar, aunque no seamos movidos a ello por apetito alguno, sino con loable caridad. Luego nosotros las tenemos como tara de la condición humana; pero Cristo no las tuvo así, porque su flaqueza fue *ex potestate.* Si careciéramos de ellas mientras pujamos la pesada carga de nuestra vida, nuestro vivir no sería recto. El Apóstol censuraba y detestaba a ciertas personas y las acusa de no tener afección alguna. También el salmo sagrado culpó a aquellos de quienes dice: *Busqué quien compartiera mi tristeza y no lo hallé.* Porque es una gran verdad que carecer de dolor mientras peregrinamos en este valle de miserias, es un estado, como ha dicho y sentido un literato de este mundo, que no se da sino a costa de inhumanidad en el corazón y de estupor en el cuerpo.

De aquí que lo llamado en griego ἀπάθεια, que, si se me permitiera, lo traduciría por impasibilidad, debe entenderse (pues se toma en el ánimo, no en el cuerpo) como una vida carente de estas afecciones, que surgen contra la razón y perturban la mente. Es ciertamente una cosa buena y optable en sumo grado, pero no es propia de esta vida. Y ésta no es voz de hombres vulgares, sino, sobre todo, de los piadosos y de los muy perfectos y santos: *Si dijéramos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos y no hay verdad en nosotros.* Así, pues, esta ἀπάθεια sólo se realizará cuando no haya en el hombre pecado alguno. Al presente ya está bien vivir sin crimen, y el que piense que vive sin pecado no aleja de sí el pecado, sino el perdón. Por consiguiente, si el nombre de ἀπάθεια debe reser-

varse para cuando no pueda suscitarse en el ánimo afecto alguno, ¿quién no estimará que este estupor es peor que todos los vicios? Luego cabe decir sin absurdo que la perfecta beatitud que esperamos, carecerá de temor y de tristeza; pero ¿quién dirá que no habrá allí amor y gozo sino el que no reza con la verdad? Y si por ἀπάθεια se entiende ese estado en que el miedo no aterra y el dolor no angustia, debe ser esquivada en esta vida si queremos vivir rectamente, es decir, según Dios. Sin embargo, debe esperarse para la vida bienaventurada, que se nos promete eterna.

5. El temor del que dice el apóstol San Juan: *En la caridad no hay temor; antes la perfecta caridad echa fuera al temor, porque el temor es pena, y el que teme no es consumado en la caridad,* no es del género de aquel que hacía recelar a San Pablo de que los corintios fueran seducidos por la astucia de la serpiente. Este temor lo disfruta la caridad, mejor diría, únicamente lo disfruta la caridad. Aquél, en cambio, es del que no se da en la caridad, y del que habla el apóstol San Pablo en estos términos: *No habéis recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía por temor.* Sin embargo, *el temor casto, que ha de permanecer por todos los siglos,* si ha de existir también en el siglo futuro (pues ¿de qué otro modo debe entenderse permanecer por todos los siglos?), no será un temor que nos apee del mal que puede sobrevenirnos, sino un temor que nos afianzará en el bien que no puede perderse. Porque, donde el amor del bien logrado es inmutable, se está asegurado, si vale la expresión, contra el mal, que debe precaverse.

Con el nombre de temor casto se significa aquella voluntad que nos lleva necesariamente a oponernos al pecado y a huirlo con la tranquilidad de la caridad, no con las inquietudes de la fragilidad por miedo a un posible pecado[90]. Y si es incompatible toda clase de temor con la seguridad cierta de los goces eternos y felices, se dijo esto: *El temor casto del Señor, que permanece por todos los siglos,* en el mismo sentido que esto otro: *Ni quedará frustrada para siempre la paciencia de los infelices.* La paciencia, que sólo es necesaria donde es preciso aguantar males, no será eterna; pero sí será eterno el término a que se llega por la paciencia. Quizá se dijo en el mismo sentido que el temor casto permanecerá por todos los siglos, es decir, que permanecerá la meta a que el temor conduce.

6. Siendo ello así, ya que debe llevarse una vida recta que nos arribe a la feliz, concluiremos que la vida recta tiene rectos todos esos afectos, y la vida desordenada los tiene desordenados. La vida, bienaventurada y eterna

90 El temor y el amor ponen manos en toda su obra.

a la vez, tendrá un amor y un gozo no solamente rectos, sino también ciertos, y estará exenta de temor y de dolor. De aquí aparece ya por todos sus flancos cuáles deben ser en esta peregrinación los ciudadanos de la Ciudad de Dios que viven según el espíritu, no según la carne, es decir, según Dios, no según el hombre, y cuáles serán en la inmortalidad a que aspiran. Y, de rechazo, la ciudad de los impíos, o sea, la sociedad de los que viven no según Dios, sino según el hombre, y que siguen las enseñanzas de los hombres o de los demonios en el culto de la divinidad falsa y en el desprecio de la verdadera, sufre las sacudidas de estos afectos y como los latigazos de enfermedades y perturbaciones[91]. Si ésta aloja en su seno algunos ciudadanos que parecen atemperar y moderar tales movimientos, son soberbios e hinchados con tal impiedad, que tanto mayores son sus temores, cuanto menores son sus dolores. Y si algunos tienen a gala eso con vanidad tanto más inhumana, cuanto más rara, para no verse exaltados y excitados ni allanados y doblegados por afecto alguno, pierden toda humanidad en lugar de alcanzar una serenidad verdadera. Porque no se es recto por ser duro, ni se está sano por ser insensible[92].

## CAPÍTULO X

### ¿Estuvieron los primeros hombres en el paraíso, antes de pecar, exentos de perturbaciones?

Se cuestiona, y no sin razón, si el primer hombre, o los primeros hombres (pues el matrimonio era de dos), antes del pecado, estaban sujetos en este cuerpo animal a esos afectos, de los que nos veremos libres en el cuerpo espiritual una vez purgado y finido todo pecado. Si estaban sujetos a ellos, ¿cómo eran felices en aquel celebrado lugar de beatitud, es decir,

---

[91] Los médicos —comenta Vives—, cuando no encuentran remedio a una dolencia, anestesian el miembro, no para curarlo, sino para dejarlo insensible y que no sienta el dolor. Por nuestra parte, diremos que en este capítulo sienta Agustín los fundamentos de toda la obra. La rectitud de una acción depende no de su dureza, sino de la mayor o menor dosis de amor con que vaya impregnada.

[92] *Omnis autem natura* —dice a este propósito en *De natura boni* 1— *in quantum natura est, bonum est; omnis natura non potest esse, nisi a summo et vero Deo: quia omnia etiam non summa bona, sed propinqua summo bono, et rursus omnia etiam novissima bona, quae longe sunt a summo bono, non possunt esse nisi ab ipso summo bono.*

en el paraíso? ¿Quién puede llamarse absolutamente feliz estando afectado de temor o de dolor? Por otra parte, ¿qué podían temer o de qué se podían doler aquellos hombres, que nadaban en tanta afluencia de bienes, en un estado en que no temían la muerte ni enfermedad corporal alguna, en un lugar en que no faltaba nada a su buena voluntad y en que no había cosa que ofendiera la carne o el ánimo del hombre que vivía en felicidad? Reinaba allí un amor imperturbable a Dios, y los cónyuges entre sí vivían en una familiaridad fiel y sincera, y de este amor fluía un grande gozo, sin faltar un objeto de amor digno de disfrute. Evitaban el pecado sin inquietud alguna, y al esquivarlo no irrumpía en ellos otro mal que les angustiara. ¿O es que ardían en deseos de acercarse al árbol prohibido para comer de él y temían morir, y por eso el deseo y el miedo turbaban a aquellos hombres ya en el paraíso? Lejos de nosotros pensar que sucediera esto cuando no existía el pecado, ya que no carece de pecado desear lo que la ley de Dios prohíbe y abstenerse de ello por temor a la pena, no por amor a la justicia. Lejos de nosotros —repito— pensar que antes de todo pecado existiera ya allí ese pecado, el admitir, aplicando al árbol lo que el Señor dice de la mujer: *Si alguien mirare a una mujer con mal deseo, ya adulteró en su corazón.*

Así, pues, toda la humanidad sería tan feliz como lo eran los primeros hombres, cuando ni las perturbaciones anímicas les inquietaban ni las incomodidades corporales les hacían mella, si ni ellos hubieran hecho el mal que transmitieron a sus descendientes, *ni sus* descendientes la iniquidad, merecedora de condenación. Y esta felicidad perduraría hasta que, en virtud de la bendición: *Creced y multiplicaos*, se colmara el número de los santos predestinados y se concediera otra felicidad mayor, cual se da a los muy bienaventurados ángeles. En ese estado sería ya cierta la seguridad de que nadie ha de pecar y nadie ha de morir, y la vida de los santos, sin haber probado el dolor, el trabajo y la muerte, sería tal cual será después de todo esto, en la incorrupción de los cuerpos, llegada la resurrección de los muertos.

## CAPÍTULO XI

# La caída del primer hombre. En él, la naturaleza fue creada tan perfecta, que solo puede ser reparada por su autor

1. Porque Dios lo presupo todo y no pudo ignorar el pecado del hombre, debemos asentar la Ciudad santa según lo que El presupo y dispuso, no según lo que ha podido venir en conocimiento nuestro, al que escapan los planes divinos. El hombre, con su pecado, fue incapaz de alterar el decreto divino, como si obligara a Dios a cambiar de decisión. Dios previo en su presencialidad ambas cosas, a saber, lo malo que había de ser el hombre, creado por El bueno, y el bien que El había de obrar con el hombre. En efecto, aunque es verdad que se dice que Dios cambia de decisión (de aquí que en las santas Escrituras se lea que Dios se arrepintió, pero expresado trópicamente), se habla así en relación con lo que el hombre esperaba, o encerraba en sí el orden de las causas naturales, no en relación con la presciencia efectiva del Omnipotente. Dios, como está escrito, creó al hombre recto, y, por consiguiente, con una voluntad buena, porque sin voluntad buena no sería recto. La buena voluntad es, pues, obra de Dios, ya que el hombre fue creado por Dios con ella. La mala voluntad primera, que precedió en el hombre a todas las demás obras malas, fue, más bien que una obra, un declinar de las obras de Dios a las propias. Y estas obras son malas, porque son según el propio canon, no según Dios, de forma que la mala voluntad o el hombre, en cuanto de mala voluntad, es como el árbol malo, del que proceden las obras como malos frutos.

De aquí que la mala voluntad, aun cuando no sea según la naturaleza, sino contra la naturaleza, porque es vicio, sea de la misma naturaleza que el vicio, que no puede existir sino en una naturaleza. Y sólo en la naturaleza creada de la nada, no en la que engendró el Creador de sí mismo, como el Verbo, por el que fueron hechas todas las cosas. Porque, aunque es verdad que Dios formó al hombre del polvo, la tierra y toda materia terrena procede de la nada absoluta, igual que el alma infundida al cuerpo cuando creó Dios al hombre. Los males son superados por los bienes, hasta tal punto que los bienes pueden existir sin los males, bien que se permita existir a éstos para hacer resaltar el buen uso que puede hacer de ellos la justicia providentísima del Creador. Así el Dios verdadero y sumo, así todas las criaturas, celestiales, invisibles y visibles, que están sobre este aire caliginoso. En cambio, los males no pueden existir sin los bienes, porque las na-

turalezas en que subsisten, en cuanto naturalezas, son buenas[93]. Se substrae, pues, el mal sin substraer naturaleza extraña alguna o parte de ella, sino la que había sido viciada y corrompida, sanada y corregida. El albedrío de la voluntad es verdaderamente libre cuando no es esclavo de vicios y de pecados. En esa condición fue dado por Dios, y, una vez perdido por vicio propio, no puede ser devuelto sino por El, que pudo darlo[94]. Por eso dice la Verdad: *Si el Hijo os da la libertad, entonces seréis verdaderamente libres.* Esto equivale a decir: Si el Hijo os da la salvación, entonces seréis verdaderamente salvos. Es, pues, Libertador por el hecho de ser Salvador.

2. El hombre vivía según Dios en el paraíso corporal y espiritual a la vez. No es que hubiera un paraíso corporal por los bienes del cuerpo y no fuera espiritual por los de la mente; o un paraíso espiritual, hontanar de goces para los sentidos interiores del hombre, y no uno corporal, fuente de gozo para los sentidos exteriores. Es cierto que uno y otro existían por estos dos fines[95]. Luego el ángel soberbio y envidioso, alejado de Dios por su orgullo y encastillado en sí mismo, prefiriendo gozar de los sujetos a él por su altivez tiránica, más que estar él sujeto, cayó del paraíso espiritual. (De su caída y de la de sus compañeros, que de ángeles de Dios se tornaron en ángeles malos, ya he hablado, según mis posibilidades, en los libros XI y XII de esta obra.) En su caída, afectando serpentear en los sentidos del hombre con cautelosa astucia —es que le envidiaba porque él había caído y el hombre se mantenía en pie—, escogió en el paraíso corporal, donde vivían en compañía de los demás animales mansos e inofensivos, dos hombres, el varón y la mujer; escogió, digo, la culebra, un animal lúbrico y que se mueve con tortuosos meneos, apto para el propósito de ha-

---

[93] La verdadera libertad es para el bien. Elegir el mal es carencia, privación de libertad. La razón de esto es fácil. La voluntad humana es libre. Pero resulta que el objeto propio de la voluntad es el bien. Luego, si es libre, es libre para elegir el bien, que es su objeto, o para rechazarlo, pero no para elegir el mal. El libre albedrío ha sido dado para amar el bien. Y ésta es la verdad más auténtica, aunque es muy poco creída.

[94] Cf. 1.13 c.21.

[95] San Agustín atenúa nim-lio el pecado de Adán, que lo cometió impelido por el amor n su esposa y por no romper los lazos matrimoniales. Es cierto que tuvo gran parte en ello ese motivo. Pero no lo es menos que Adán pecó también libremente, cosa que Agustín no niega, antes le imputa también a él el pecado. Esto nos haría pensar en el gran valor que ha significado siempre la mujer para el diablo al tentar a los hombres. Y por eso Cristo elevó la dignidad de la mujer y quiso nacer de una virgen. Así lo expone en varios sermones.

blar por su boca. Y, abusando de él como de instrumento gracias a su presencia angélica y a su naturaleza superior, con perversidad espiritual, habló con falacia a la mujer. Comenzó por la parte inferior de la sociedad humana, para ascender gradualmente al todo, en la conciencia de que el varón no sería tan fácilmente crédulo y que no podría ser engañado por error de no ser accediendo al error ajeno. Así como Aarón no dio su consentimiento al pueblo para la construcción del ídolo inducido por error, sino que cedió obligado; ni es creíble que *Salomón* pensara erróneamente que debía sacrificarse a los ídolos, sino que fue forzado por la coquetería de sus concubinas a cometer tales sacrilegios; así estamos en nuestro derecho al suponer que aquel varón violó la ley de Dios, no porque creyera en la verdad aparente que le dijera su mujer y seducido por ella, uno a una, hombre a hombre, cónyuge a cónyuge, sino porque condescendió con ella por el amor que les unía[96]. No en vano dijo el Apóstol: *Adán no fue engañado; en cambio, la mujer sí.* Ella tomó por verdaderas las palabras de la serpiente, y él no quiso desgajar aquel único enlace ni aun en la comunión de pecado. No por eso es menos culpable, pues pecó a ciencia y conciencia. A este tenor no dice el Apóstol: «No pecó», sino: *No fue engañado.* Su pecado lo deja al descubierto al decir: *Por un hombre entró el pecado en el mundo;* y poco después más claramente: *Con una transgresión semejante a la prevaricación de Adán.* Entiende, pues, por engañados aquellos que creen que lo que hacen no es pecado; pero Adán supo que lo era. De otra forma, ¿cómo será verdadero: *Adán no fue engañado?* Mas, sin experiencia de la severidad divina, pudo quizá engañarse en la apreciación, juzgando que lo cometido era venial. Y por esto él no fue seducido en lo que lo fue la mujer, pero se engañó en el modo con que había de juzgar Dios la excusa: *La mujer que me distes, me ofreció y comí,* ¿Para qué más? Aunque no fueron ambos engañados creyendo, con todo, ambos fueron cogidos en pecado e implicarlos en las redes del demonio.

[96] Al hacer el comentario al robo de sus primeros años, expresa con una hondura digna de su genio ese atractivo que nos ofrecen las cosas prohibidas, doblemente tentadoras por ser acciones heroicas y por estar prohibidas. Ya lo hemos apuntado en una nota anterior y hemos remitido al lector al panegírico estupendo que dedica Sciacca a esta apreciación psicológica.

## CAPÍTULO XII

# El pecado del primer hombre

Si a alguien sorprende por qué no se cambia la naturaleza humana con otros pecados como se cambió con la prevaricación de los dos primeros padres, causa originaria de corrupción tan grande cual es la que vemos y sentimos; y de estar sometidos a la muerte y padecer perturbaciones y oscilaciones procedentes de afectos tan contrarios entre sí, cosas que ciertamente no existieron en el paraíso antes del pecado, a pesar de que vivían también en cuerpo animal; si a alguien le sorprende esto, repito, no debe estimar que lo cometido fue leve y de poca monta, porque se redujo a un bocado no malo ni nocivo, sino prohibido[97]. Dios no creó ni plantó nada malo en aquel lugar de delicias. En el mandato se encareció la obediencia, virtud que es, en cierto modo, la madre y la tutora de todas las demás virtudes de la criatura racional[98], cuya creación se acomodó a esta norma: Le es útil estar sometida, y nocivo hacer su voluntad y no la de su Creador[99]. Y, puesto que no comer de ciertos árboles, donde había tanta abundancia, era un precepto tan sencillo de observar y tan breve para retener en la memoria, máxime cuando la cupididad aún no ofrecía resistencia a la voluntad, que es consecuencia de la pena de la transgresión, su violación fue tanto más injusta cuanto más fácil era su observancia[100].

---

97 La humildad implica necesariamente la obediencia, y viceversa. Son dos virtudes que van siempre del brazo. El hombre necesitaba de ese estímulo para poner a prueba su obediencia, porque es su soberbia la que le pierde siempre. Por eso el primer precepto que se le impone es el de la obediencia, y transgredir éste es dejarse llevar de su soberbia y del orgullo, que le impele a engallarse hasta el trono de Dios.

98 Es que «el primer vicio de la criatura racional es la voluntad de ir contra lo que exige la suma e íntima verdad. Así, el hombre fue expulsado del paraíso a este siglo, esto es, de los bienes eternos a los temporales, de los abundantes a los escasos, de la firmeza a la flaqueza; no fue arrojado, pues, del bien substancial al mal substancial, porque ninguna substancia es mal; sino del bien eterno al bien temporal, del bien espiritual al bien carnal, del bien inteligible al bien sensible, del sumo Bien al ínfimo» *(De ver. relig.* 20,38). Este es el proceso de descenso hacia la propia voluntad.

99 Insistimos una vez más en lo falta de fundamento que es la opinión de que para Agustín el primer pecado fue de sexualidad. Este mismo pasaje es una prueba en contra.

100 La soberbia imita la celsitud de Dios. Así la presentó el demonio en la tentación a nuestros primeros padres y así se sigue presentando a los hijos de Adán.

## CAPÍTULO XIII

# En Adán la mala voluntad precedió a la obra mala

1. Sin embargo, comenzaron a ser malos en lo interior para despeñarse luego a una desobediencia formal, porque no se hubiera consumado la obra mala de no haber precedido la mala voluntad. Ahora bien, ¿cuál pudo ser el principio de la mala voluntad sino la soberbia? *El principio de todo pecado es la soberbia*, leemos. Y ¿qué es la soberbia sino un apetito de celsitud perversa? La celsitud perversa consiste en abandonar el principio a que el ánimo debe estar unido y hacerse en cierta manera principio para sí y serlo. Esto sucede cuando el espíritu se agrada demasiado a sí mismo, y se agrada demasiado a sí mismo cuando declina del bien inmutable, que debe agradarle más que él a sí mismo[101]. Este declinar es espontáneo, pues si la voluntad hubiera permanecido estable en el amor del bien superior e inmutable, que la iluminaba para ver y la encendía para amar, no se hubiera apartado de él para agradarse a sí misma y entenebrecerse y enfriarse por este apartamiento. Esto llevó consigo que ella creyera que la serpiente había dicho verdad y que él antepusiera el querer de su esposa al mándalo de Dios y pensara que su transgresión era venial si no se separaba de la compañera de su vida ni aun en la comisión del pecado. Luego la obra mala, es decir, la transgresión, el comer del fruto prohibido, la hicieron quienes eran ya malos, porque el mal fruto, como es esa acción, no lo produce sino el árbol malo. Y esto de que el árbol fuera malo procede de algo contrario a la naturaleza, pues tiene su origen en el vicio de la voluntad, que es contrario a la naturaleza. El vicio, sin embargo, no puede malear toda naturaleza, sino sólo la hecha de la nada. De donde se sigue que su ser, el ser naturaleza, lo debe a Dios, que es su Hacedor, y la caída de su ser a haber sido hecha de la nada. El hombre en su caída no fue reducido a la nada absoluta, sino que, doblado hacia sí mismo, su ser vino a ser menos que cuando estaba unido al que es en sumo grado[102]. Ser en sí mismo, o mejor, complacerse en sí mismo, abandonando a Dios, no es ser nada, sino acer-

---

[101] Es espontáneo, porque es natural a toda naturaleza amarse a sí misma. Este es el fruto del amor propio, del egoísmo, del orgullo, el desprecio de las cosas interiores y el amor a las exteriores.

[102] El pecado nos aleja del ser y nos conduce a la nada. Ontológicamente, ésta es la realidad, y místicamente, ésta es la experiencia. Alejados de Dios, nos vemos imposibilitados para realizar cualquier obra.

carse a la nada[103]. Por eso a los soberbios, en las sagradas Escrituras, se les denomina, también diciendo que son *los que se complacen en sí mismos.* Es bueno tener en alto el corazón, pero no hacia sí mismo, que es privativo de la soberbia, sino hacia el Señor, que es propio de la obediencia, coto cerrado de los humildes[104].

Conclusión: Es propio de la humildad —¡cosa maravillosa!— el elevar el corazón, y exclusivo de la soberbia el abajarlo. Al parecer, es una paradoja que la soberbia vaya hacia abajo y la humildad hacia arriba. Pero resulta que la humildad piadosa nos somete a lo superior, y nada hay superior a Dios, y por eso la humildad que nos somete a Dios nos exalta. En cambio, la soberbia, que radica en un vicio, a la vez que desdeña el estar sometida, se desprende del ser superior al cual no hay nada, y se torna inferior, cumpliéndose así lo que está escrito: *Los derribaste cuando más se elevaban*[105]. Nótese que no dice: «Una vez que se hayan elevado», como si primero se engallaran y luego fueran aplastados, sino: *cuando más se elevan,* entonces precisamente son allanados. Es decir, que el mismo exaltarse es ya ser allanado. Por este motivo se encarece la humildad ahora en esta Ciudad de Dios a la Ciudad de Dios que peregrina en este siglo, y el ejemplo cumbre lo tiene en su Rey, Cristo. Las sagradas Letras enseñan que la elación domina sobre todo en el enemigo de esta Ciudad, que es el demo-

---

[103] *Ser en sí mismo,* aplicado al hombre, es una expresión que subrayarían la mayor parte de los filósofos modernos actuales. Sartre, por ejemplo, usa la misma expresión, y dice: «El *ser en sí* es una inmanencia que no se puede realizar, una afirmación que no se puede afirmar, una actitud que no puede obrar, porque el *ser en sí* está cebado de sí mismo». Y en otra parte: «El *ser en sí* no es posible ni imposible: de él sólo puede decirse lisa y llanamente que es. Es lo que la conciencia podría expresar con términos antropomórficos, diciendo que el *ser en sí* está *de sobra*». Como se ve, aunque parece aplicar la expresión a un supuesto Dios contra el que lucha, en realidad está divinizando a ese hombre que se enmascara en sí mismo y vive para sí mismo, y este ser está de sobra en la sociedad. Dios —como es sabido—, para Sartre, está también de sobra, y por eso puede muy bien convenirle esta expresión.

[104] La humildad es la postura más conveniente al hombre. Allanarse, rebajarse, andar por el suelo con la cabeza en alto, porque arriba está la patria, es lo que debemos mirar en nuestra peregrinación.

[105] La paradoja de la humildad y de la soberbia es una de las más fecundas y de las menos entendidas del mensaje de Cristo. Esta explicación del texto evangélico: *El que se humilla, será ensalzado, y el que se ensalza, será humillado,* es de lo más perfecto que puede hacerse. El que más alto se levanta, más golpe recibe al caer. Por eso, si quieres subir muy alto, hinca hondos tus fundamentos. Es difícil para el mundo entender estas paradojas, pero son las más auténticamente cristianas y las que encierran todo el pensamiento del Evangelio y del Nuevo Testamento.

nio. En esto radica la diferencia profunda que distingue las dos ciudades de que hablamos. Una es la sociedad de los hombres piadosos y otra la de los hombres impíos, cada cual con los ángeles de su gremio, en los cuales precedió, allí el amor a Dios y aquí el amor a sí mismo[106].

2. No hubiera, pues, el diablo sorprendido al hombre en un pecado tan claro y manifiesto, que consistió en hacer lo que Dios había prohibido, si él no hubiese comenzado a agradarse ya a sí mismo. Por eso le encantó la idea: *Seréis como dioses*. Y hubieran podido serlo mejor manteniéndose obedientes a su verdadero y soberano principio que constituyéndose ellos mismos principio para sí por la soberbia. En efecto, los dioses creados no son dioses por su verdad, sino por participación del Dios verdadero[107]. Con todo, cuando más apetece, es menos, y mientras ama ser autosuficiente, pierde a Aquel que verdaderamente le basta. El mal, que mueve al hombre a agradarse a sí mismo, como si fuera él luz, y a apartarse de aquella luz, que, si le agrada, le hace a él también luz, precedió primero en secreto y siguió luego en público. Porque es verdad lo que está escrito: *Antes de la caída, el corazón se exalta, y antes de la gloria se humilla.* Es cierto que la caída que tiene lugar en secreto precede a la caída que se realiza a la luz, aunque no se piensa que aquélla es caída. ¿Quién estima exaltación a la caída? Y, sin embargo, allí existe ya un desfallecimiento, el abandonar al Excelso[108]. ¿Quién no ve que hay caída cuando se da la transgresión de un mandato cierto e incontrastable? Dios lo prohibió para que, una vez consentido, no pudiera ser soslayado ni por imaginación siquiera. Y aun me atrevo a decir que a los soberbios es útil la caída en algún pecado claro y patente, a fin de que se desplazcan ellos, que habían caído ya, complaciéndose en sí mismos[109]. El desplacerse de Pedro cuando lloró, fue más salu-

[106] He aquí esbozado otra vez el tema central de la obra. Después de largas digresiones, vuelve de nuevo sobre el mismo y lo va exponiendo poco a poco. Las digresiones no le desvían del plan general ni alteran el orden de su pensamiento.

[107] Alude a la opinión de Platón, tantas veces consignada, sobre los dioses inferiores, creados por el Dios supremo. El nombre de dioses sólo les conviene impropiamente. Como ha dicho ya anteriormente, el nombre de dioses se da también en las Escrituras a los hombres: *Ego dixi dii estis et filii Excelsi omnes.*

[108] El pasaje es de difícil traducción. *Quis enim exaltationem ruinam putat,* puede traducirse: *¿Quién estima exaltación la caída?* O también: ¿Quién estima caída la exaltación? El contexto parece exigir la traducción dada. En este caso quería decir: En la caída oculta hay exaltación, puesto que no ha aparecido aún en público; pero ¿quién estima exaltación esa caída que en realidad ya existe? Y ¿quién no ve que hay caída cuando hay transgresión formal, como en el pecado oculto?

[109] Es un atrevimiento digno de Agustín. La providencia de Dios puede sacar bienes de los mismos males. Esta verdad permite hacer la afirmación hecha. San Agustín

dable que su complacerse cuando presumió de sí. Este es también el pensamiento del salmo sagrado: *Llena su rostro de ignominia y buscarán tu nombre, Señor;* es decir, para que tú agrades a los que buscan tu nombre, que se agradaron buscando el propio.

## CAPÍTULO XIV

### La soberbia de la transgresión fue peor que la transgresión

La soberbia es peor y más condenable, porque busca el recurso de la excusa aun para los pecados más evidentes. Así hicieron los primeros hombres. Ella dijo: *La serpiente me engañó y comí,* y él a su vez: *La mujer que me distes por compañera me dio del fruto y comí.* Nunca suena la petición del perdón, nunca la impetración del remedio. Aunque, como Caín, no nieguen que lo han cometido, con todo la soberbia busca descargar sobre otro la responsabilidad de sus malas obras. La soberbia de la mujer culpa a la serpiente, y la del varón, a la mujer. Mas, cuando se da una transgresión formal del mandato divino, hay una auténtica acusación, más bien que una excusación. Y no se vieron libres de pecado, porque la mujer lo cometió aconsejada por la serpiente, y el varón a instancias de la mujer, como si hubiera de creerse o de ceder a algo antes que a Dios.

## CAPÍTULO XV

### Justicia del castigo impuesto a la desobediencia de los primeros padres

I. Tan pronto como el hombre despreció el mandato de Dios, de ese Dios que lo había creado, que lo había hecho a su imagen y antepuesto a los demás animales, que lo había constituido en el paraíso y le había dado

---

no podía consentir que un hombre, complaciéndose en sí, bajo capa de virtud, estuviera cometiendo pecados a más y mejor. No, decía él; es preferible que Dios permita que caiga en un pecado, aunque sea grave, para que corrija su soberbia y se vuelva a la humildad. Porque es otro principio también salido de su pluma que *melior est peccator humilis quam iustus superbus (Serm.* 170,7). Sobre ese bien que puede extraerse del pecado, véase también *De nat. et grat.* 24,26-27; 25,28.

abundancia de todas las cosas y de salud, que, lejos de imponerle muchos preceptos graves y difíciles, le había provisto, para encarecer la obediencia, de uno muy ligero y breve, con el que advertía a la criatura que El era su Señor y que lo convenía servirle libremente, siguió una justa condenación. Y esta condenación fue tal, que el hombre, que, guardando el mandamiento, había de ser espiritual aun en la carne, se trocó en carnal aun en la mente.

Como él, por su soberbia, se complació en sí mismo, la justicia de Dios le entregó a sí mismo, y no para vivir en su pura independencia, sino para arrastrar, luchando contra sí mismo, en lugar de la libertad que deseó, una servidumbre dura y miserable bajo el poder de aquel a quien dio su consentimiento pecando. Muerto voluntariamente en espíritu, había de morir contra su voluntad en el cuerpo, y, desertor de la vida eterna, quedaba condenado también a una muerte eterna si la gracia no le librara[110]. Quien estime esta condenación excesiva o injusta, no sabe ciertamente pesar cuál fue la injusticia de un pecado cometido en circunstancias en que era tan fácil no pecar... Así como la obediencia de Abrahán se encomia merecidamente, porque el matar a su hijo era un mandato muy duro y difícil, así la desobediencia del paraíso se acrece tanto más cuanto que el mandato carecía en absoluto de dificultad. Y como la obediencia del segundo Adán es más admirable, por haberse hecho obediente hasta la muerte, así la desobediencia del primero es más detestable, porque se hizo desobediente hasta morir. Y siendo tan grande la pena impuesta a la desobediencia, y el mandamiento del Creador tan fácil, ¿quién explicará sobradamente el mal que entraña no obedecer en cosa tan fácil y a un precepto de tan grande poder y que aterra con tamaño suplicio?

2. En puridad, y para decirlo en pocas palabras, ¿qué se retribuyó como pena al pecado de desobediencia sino la desobediencia? Y ¿qué miseria hay más propia del hombre que la desobediencia de sí mismo contra sí mismo[111], de forma que, por no haber querido lo que pudo, quiera ahora

---

[110] Estas son las duras y crueles consecuencias del pecado, esas dos voluntades que entablaban una lucha desgarradora en el corazón de Agustín—de la que él nos habla—, y de la que no está libre ningún mortal. Esta idea paulina es de un alcance extraordinario. No hay que desfallecer en el tiempo del combate. Mientras estemos en el campo de batalla, es preciso luchar y no amedrentarnos, porque esa dualidad nos seguirá hasta la tumba.

[111] El sentido agónico de la vida es la señal del cristiano. La lucha se libra en el interior del hombre. El hombre carnal lucha contra el espiritual, y el combate es *de meipso adversas meipsum (Confess.* VTI1 11,27). Lucha de mí mismo contra mí mismo: de mí, que busco la interioridad, contra mí, que salto a lo exterior, que me di-

lo que no puede? Aunque es verdad que en el paraíso antes del pecado no lo podía todo, sin embargo, sólo quería lo que podía, y, por tanto, podía todo lo que quería. Sin embargo, ahora, como vemos en su descendencia y nos atestigua la divina Escritura, *el hombre se ha hecho semejante a la vanidad.* ¿Quién podrá contar las cosas que quiere y no puede, en tanto que el ánimo es contrario a sí mismo, y la carne, inferior a él, no obedece a su voluntad?[112] Verdad es que el ánimo se turba frecuentemente aun contra su voluntad y que la carne se duele, envejece y muere, y ¡ay, cuánto padecemos que no padeciéramos si nuestra naturaleza obedeciera en todo y sin medida a nuestra voluntad! Mas la carne está sujeta a una enfermedad que no le permite obedecer. ¿Qué importa el porqué de que, mientras nuestra carne, que nos había estado sujeta, nos es una carga al no obedecernos, por la justicia del Dios dominador, a quien no hemos querido rendir nuestro servicio, nos hayamos convertido en una carga para nosotros, no para El? El no necesita de nuestro servicio, como nosotros necesitamos del servicio del cuerpo, y por eso es pena nuestra lo que recibimos y no es pena de El lo que hicimos. Además, los dolores que se dicen de la carne son propios del alma que los sufre en la carne y por medio de ella. Pues ¿qué? ¿Puede sentir dolor o deseo la carne por sí misma sin el alma? Cuando se dice que la carne siente dolor o deseo, o es el mismo hombre, como hemos ya apuntado, o alguna parte del alma, en que la carne imprime su pasión, pasión que, si es molesta, causa dolor, y si agradable, placer. Así, el dolor de la carne no es más que un pinchazo del alma debido a la carne y una especie de resistencia que ofrece a su pasión, como el dolor del alma, llamado tristeza, es un no conformarse con las cosas que nos han sucedido sin quererlas. A la tristeza con frecuencia precede el miedo, que radica también en el alma, no en la carne. Sin embargo, al dolor de la carne no precede miedo alguno carnal que se sienta en la carne antes del dolor. Al placer precede un cierto apetito que se siente en la carne y es una especie de deseo suyo. Así el hambre y la sed y la libido[113] —término empleado con más propie-

sipo fuera. Están en este combate frente a frente la interioridad y el atractivo de las cosas externas y hay que saber mantener el equilibrio a base de esfuerzos continuados y de guerras sin cuento.

112 Todo esto recuerda aquellas magistrales páginas, en que vibra todo el Agustín, fuego y sangre, de las *Confessiones*, con una experiencia vivencial, trágica y pasional, nunca igualada.

113 Agustín reconoce que la palabra *libido* propiamente debe aplicarse a lo sexual. Sin embargo, es muy general el usarla como término genérico. Por eso, para librarnos de traducirla de diferentes maneras, hemos optado por traducirla por *libido*, término hoy ya admitido.

dad para los órganos de la generación, aunque sea término general para toda pasión—. Los antiguos han definido la ira como libido de venganza, aunque a veces el hombre, aun sin haberse sentido capaz de percibir la venganza, se irrita contra los seres inanimados, como cuando tira de rabia el estilete que escribe mal o rompe la pluma. Por eso, aunque este deseo sea más irracional que los otros, sin embargo, no deja de ser una libido de venganza y de estar fundada sobre no sé qué especie umbrosa de justicia, por decirlo así, que quiere que los que obran mal sufran males. Hay, pues, una libido de venganza, que se llama ira; hay una libido de adineramiento, que se llama avaricia; hay una libido de victoria, llamada pertinacia, y hay una libido de gloria, llamada jactancia. Hay otras muchas y variadas libidos, unas con nombres propios y otras sin ellos. Por ejemplo, ¿quién dará un nombre fácil y apropiado a la libido de dominio, de cuyo enorme peso en el alma de los tiranos dan fe las guerras civiles?

## CAPÍTULO XVI

### Sentido propio de la palabra líbido

Es verdad que hay muchas clases de libido; pero, cuando se dice libido a secas, sin más, suele casi siempre entenderse la que excita las partes sexuales del cuerpo. Y es tan fuerte, que no sólo señorea al cuerpo entero ni sólo fuera y dentro, sino que pone en juego a todo el hombre, aunando y mezclando entre sí el afecto del ánimo con el apetito carnal, produciendo de este modo la voluptuosidad, que es el mayor de los placeres corporales. Tanto es así, que, en el preciso momento en que ésta toca su colmo, se ofusca casi por completo la razón y surge la tiniebla del pensamiento. ¿Quién, amigo de la sabiduría y de los goces santos, llevando vida matrimonial, pero consciente, según el consejo del Apóstol, *de que posee su vaso en santificación y honor, no en la enfermedad del deseo, como los gentiles, que desconocen a Dios,* no preferiría, si le fuera posible, engendrar hijos sin esta libido? Así, en la acción generativa, los miembros destinados a la generación servirían a la mente, como los demás, cada uno en sus funciones respectivas, se mueven bajo la acción del albedrío de la voluntad, no bajo la excitación del luego libidinoso[114]. Es queaun los buscadores de

[114] Desde este punto hasta el final falta en la traducción de Roys y Rozas y también en la de Díaz Bayral. En realidad, no vemos motivo para omitirla, y por eso no lo hacemos, prefiriendo dar el texto íntegro.

este placer en los goces matrimoniales o en las impurezas vergonzosas no sienten a su antojo esas conmociones. A veces ese movimiento les importuna sin quererlo y a veces les deja con el caramelo en la boca. El alma chirría por el calor de la concupiscencia, y el cuerpo tirita de frío. Y así, ¡cosa extraña!, la libido no sólo rehúsa obedecer al deseo legítimo de engendrar, sino también al apetito lascivo. Ella, que de ordinario se opone al espíritu que la enfrena, a veces se revuelve contra sí misma, y, excitado el ánimo, se niega a excitar el cuerpo.

## CAPÍTULO XVII

## Desnudez y rubor de los primeros padres

Con razón nos avergonzamos de esta libido; con razón son llamados vergonzosos —cosa que antes del pecado no lo eran— los miembros que ella mueve o no mueve en fuerza de cierto derecho propio, por decirlo así, no del todo sujeto a nuestro arbitrio. Así lo dice la Escritura: *Estaban desnudos y no se avergonzaban.* No es que su desnudez les fuera desconocida, no; sino que la desnudez no era aún vergonzosa, porque la libido todavía no activaba los miembros contra la voluntad, ni la desobediencia de la carne testificaba aún contra la desobediencia del hombre. En efecto, no habían sido creados ciegos, como el vulgo ignorante se imagina, puesto que Adán vio a los animales y les impuso nombres, y de la mujer se lee que vio *que el árbol era bueno para comer y agradable a la vista.* Sus ojos estaban, pues, abiertos, pero no lo estaban para esto; es decir, no reparaban en que les cubría el vestido de la gracia, desconociendo por eso la repugnancia de sus miembros a la voluntad. Retirada esta gracia, para hacerles pagar con desobediencia la desobediencia propia, se dejó sentir en los movimientos del cuerpo una desvergonzada novedad. Por eso la desnudez se tornó indecente, los hizo conscientes y los cubrió de confusión. Esto dio origen a que, una vez violado el mandato de Dios con una transgresión tan manifiesta, se escribiera: *Y se abrieron sus ojos y conocieron que estaban desnudos, y tejieron hojas de higuera y se hicieron unos taparrabos.* Dice que *se abrieron sus ojos*, no para ver (pues antes también veían), sino para discernir entre el bien que habían perdido y el mal en que habían incurrido. El árbol que brindaba este conocimiento, si probaban su fruto contra lo vedado, tomó de aquí su nombre y se llamó árbol de la ciencia del bien y del mal. ¡Qué verdad es que la experiencia de la enfermedad hace sentir más

caro el precio de la salud! Conocieron que *estaban desnudos*, es decir, despojados de la gracia, que les aseguraba contra el rubor por la desnudez corporal, porque la ley del pecado aún no resistía a la mente. Conocieron esto, cuya ignorancia fuera más feliz para ellos si, creyendo y obedeciendo a Dios, no hubieran cometido el pecado que les obligó a probar los frutos nocivos de la infidelidad y de la desobediencia. Por eso, avergonzados por la desobediencia de su carne, como testigo y pena de su propia desobediencia, *tejieron hojas de higuera y se hicieron unos taparrabos*, es decir, unos ceñidores (=*succinctoria*), como han traducido algunos intérpretes. *Campestria* (= taparrabos) es una palabra latina que tomó su significación de las telas con que los jóvenes cubrían sus vergüenzas en el campo de Marte. Los así ceñidos eran llamados por el vulgo *campestrati* (= los que llevan taparrabos)[115]. El pudor les hacía cubrir los miembros que la libido movía desobedientemente contra la voluntad, condenada por su desobediencia. De aquí nace el que todos los pueblos, como descendientes de ese tronco común, tengan por natural el velar las vergüenzas, hasta el punto de que algunos bárbaros no descubren esas partes ni en los baños y las lavan con sus trajes[116]. Y en las obscuras selvas de la India, donde algunos filosofan desnudos —por eso han sido llamados gimnosofista[117]—, cubren sus genitales, mientras los demás miembros los traen al aire[118].

## CAPÍTULO XVIII

## **Pudor que acompaña al acto de la generación**

En el acto mismo de la generación —y no hablo sólo de ciertas uniones carnales que buscan la obscuridad para escapar a la justicia humana, sino también del uso de prostitutas, que la ciudad terrena, al dar su aproba-

---

[115] Esos jóvenes a que se refieren eran los que tomaban parte en los juegos del campo de Marte, desnudos, pero con esos taparrabos a que alude.

[116] El rubor natural es el freno ordinario de la concupiscencia. Esta aserción de Agustín está afirmada en Herodoto (1.1 c.10) y en el mismo Platón, en *De República* (1.5 c.7).

[117] Los gimnosofistaa eran ciertos filósofos de la India y Egipto que vivían desnudos en las selvas y se consideraban en posesión de la sabiduría.

[118] Esperamos que los lectores sabrán condescender con esta benevolencia nuestra al traducir estos pasajes que otros traductores omiten casi siempre.

ción, lo ha hecho lícito[119]—, aun en este caso permitido e impune, la libido huye la luz y las miradas. Los mismos lupanares tienen por rubor natural una cámara obscura, y así vemos que ha sido más fácil a la impureza eximirse de la prohibición de la ley que a la desvergüenza cerrar el paso al pudor. Los deshonestos llaman deshonestas a sus acciones, y, siendo amadores de ellas, no se atreven a ser ostensores. Y ¿qué diré del concúbito conyugal, que, según la ley de las Tablas matrimoniales, tiene por objeto la procreación de los hijos? ¿No se busca también para él, aunque es lícito y honesto, un lugar secreto y retirado? Y antes de que el esposo comience su juego de caricias, ¿no echa fuera a todos cuantos alguna necesidad permitía su presencia, a los sirvientes y a los mismos paraninfos? Es verdad que *el mayor maestro de la elocuencia romana* —como alguien le llama[120] — dice que las cosas bien hechas buscan la luz, es decir, aman ser conocidas; pero esta acción recta apetece ser conocida de una manera muy rara, avergonzándose de ser vista. ¿Quién ignora lo que hacen los esposos entre sí con vistas a la procreación de los hijos y cuál es el objeto de celebrar las bodas con tanta pomposidad? Y, sin embargo, en el acto mismo de la generación no permiten que sean testigos ni los hijos, si tienen ya algunos. El conocimiento de esta acción recta ama de tal manera la luz de los ánimos, que rehúye la de los ojos. Y ¿de dónde nace esto sino de que lo naturalmente honesto va del brazo, aunque por pena, con lo vergonzoso?

## Capítulo XIX

## La sabiduría como freno y dique de la ira y de la libido

He aquí el motivo que indujo a los filósofos más rayanos a la verdad a admitir que la ira y la libido son partes viciosas del ánimo, porque se lanzan en torbellino y en desorden aun a las cosas que no prohíbe la sabiduría. Por eso, según ellos, es necesario el moderamen de la razón y de la mente. La razón tiene su sede —es doctrina de ellos— en la parte superior del alma, en una especie de atalaya, desde donde gobierna con el fin de que,

[119] He aquí las palabras de San Jerónimo en el Epitafio de Fabiola, dirigido a Océano: *Aliae sunt leges Caesarum, aliae Christi; aliud Papinianus, aliad Paulus noster praecipit. Apud illos viris impudicitiae frena laxantur, et solo stupro atque adulterio condemnato, passim per lupanaria et ancillulas libido permittitur: quasi culpam. dignitas faciat, non voluntas*.

[120] Este título lo da Lucano a Cicerón.

mandando ella y sirviendo éstas, se actúe en el hombre una justicia perfecta. Estas partes tan viciosas, según ellos, aun en el hombre sabio y moderado, que la mente con su freno y espuela ha de refrenarlas y de revocarlas de las cosas injustamente logradas y permitirles las concedidas por la ley de la sabiduría; estas partes, digo, en el paraíso, antes del pecado, no eran viciosas. Allí sus movimientos no iban contra el recto querer, y por eso no había necesidad de tenerlas a raya, como gobernadas por los frenos de la razón. El que ahora sus movimientos sean así y sus mudanzas sean en unas más fáciles y en otras más difíciles, mudanzas que intentan obrar la espuela y el freno de quienes viven sobria, justa y piadosamente, no es sanidad natural, sino enfermedad culpable.

¿Cuál es la causa de que los movimientos de ira y de otras afecciones no los cubra el manto del rubor, como hace con los movimientos de la libido, que se manifiestan en los órganos de la generación? Sencillamente, que la voluntad tiene señorío absoluto sobre el uso de los demás miembros del cuerpo y, cuando consiente en ellos, los mueve ella, no sus afectos. Así, quien, airado, injuria a otro de palabra o le golpea, no pudiera hacerlo si la lengua y las manos no se movieran bajo el impulso de la voluntad. La voluntad lleva el gobernalle de estos miembros, aunque no exista la ira. En cambio, la libido sometió de tal manera las partes genitales del cuerpo a su aparente dominio, que no pueden moverse sin ella y sin su presencia espontánea o provocada. He aquí el objeto de la vergüenza; he aquí lo que esquivan con rubor los ojos de los que miran. El hombre tolera más fácilmente una multitud de espectadores, cuando se irrita injustamente contra otro, que la mirada de uno solo cuando se ayunta justamente con la mujer.

## CAPÍTULO XX

## La torpeza de los cínicos

Esto pasó inadvertido a los filósofos caninos, o sea, a los cínicos, y lanzaron contra el rubor humano una opinión inmunda y. desvergonzada, digna de su nombre. Decían que, siendo legítima la unión carnal de los esposos, no debe causar vergüenza tenerla en público ni debe evitarse el realizar ese acto en cualquier calle o plaza. No obstante, el pudor natural ha prevalecido esta vez sobre el error. Aunque cuentan que Diógenes puso en práctica alguna vez su sistema, pensando que así haría más célebre su escuela, grabando en la memoria de los mortales la más ruidosa desvergüen-

za, con todo, después los cínicos no imitaron su ejemplo. Fue más poderoso en ellos el pudor, que les inducía a guardar respetos humanos, que el error, que les inspiraba hacerse semejantes a los perros. Y me permito opinar que aquel o aquellos que refieren haber consumado el acto en público, representaron esta escena carnal ante hombres que desconocían lo que se ocultaba bajo el palio, pues tal vez no les fuera posible sentir tal voluptuosidad bajo la impresión de miradas humanas. No se avergonzaban los filósofos de mostrar su intención lujuriosa donde la misma libido se avergonzaba de surgir.

Y vemos que aún hoy existen filósofos cínicos. Son los hombres que van cubiertos con palio y llevan clava[121], pero ninguno de ellos se atreve a esos desmanes. Si algunos se atrevieran a hacerlo, apuesto que les faltarían pedradas, pero no salivazos. No hay duda que la naturaleza humana se avergüenza de esta libido, y con razón. Porque en su desobediencia, que dejó sometidos los órganos sexuales a sus propios movimientos y los desligó de la voluntad, se muestra Bien a las claras la paga que recibió el hombre de su propia desobediencia. Y fue conveniente que su huella apareciera sobre todo en los miembros que sirven a la generación de la naturaleza, empeorada por el primer enorme pecado. Y nadie se ve libre de esa cruz si la gracia de Dios no expía en cada uno el pecado cometido en común, cuando todos éramos uno, y vengado por la justicia divina.

## Capítulo XXI

## Bendición, prevaricación y libido. Sus relaciones

Lejos de nosotros pensar que los dos primeros esposos, en el paraíso, cumplirían con esta libido, de la que se avergonzaron, cubriendo en seguida su desnudez, aquella bendición de Dios: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra*. La libido surgió después del pecado, y después del pecado, nuestra naturaleza, ruborosa, privada del señorío que tenía sobre el cuerpo, sintió ese desorden, lo advirtió, se avergonzó de él y lo cubrió. Sin embargo, la bendición dada al matrimonio para que creciesen, se multiplicasen y llenaran la tierra, aunque es verdad que subsistió en los delincuentes, con to-

[121] Era un báculo o bastón con un nudo a manera de clavo en el puño. De aquí viene clava. Fue el distintivo de los filósofos en la antigüedad. Cf. *Contra Acad.* III 8,17.

do, se dio antes de delinquir, dándonos a entender con ello que la procreación de los hijos es gloria del matrimonio, no pena del pecado. Mas, en la actual economía, los hombres, desconocedores de la felicidad del paraíso, piensan que fue imposible engendrar hijos sin experimentar esta libido, de la que se avergüenza hasta la honestidad del matrimonio. Y, para opinar así, unos rechazan con insolente desdén las divinas Escrituras, y sobre todo el pasaje en que se lee que, después del pecado, se avergonzaron de su desnudez y cubrieron sus vergüenzas[122]; y otros, admitiéndolas y apreciándolas con grandes honores, no quieren que se entienda este pasaje: *Creced y multiplicaos,* según la fecundidad carnal[123]. Y se fundan en que también del alma se dice, algo semejante en un salmo: *Multiplicarás en mi alma tu virtud.* Según esto, en el contexto del Génesis: *Y llenad la tierra y dominadla,* entienden por tierra la carne, que llena el alma con su presencia, y sobre la que domina cuando su virtud se multiplica. Sin embargo, afirman que los fetos carnales no pueden nacer, ni entonces ni ahora, sin esa libido, que se originó, fue advertida, confundió y fue cubierta después del pecado. Y añaden que no engendraron en el paraíso, sino fuera. Y así fue en realidad, puesto que cohabitaron y engendraron sus hijos después de ser arrojados de él.

## Capítulo XXII

### Institución y bendición divinas de la unión conyugal

No nos cabe la menor duda que el crecer, multiplicarse y llenar la tierra, según la bendición de Dios, es un don del matrimonio, instituido por Dios desde el principio antes del pecado, al crear un hombre y una mujer. El sexo, evidentemente, supone algo carnal. Y a esta obra de Dios siguió inmediatamente su bendición. En habiendo dicho la Escritura: *Los hizo varón y mujer,* añadió luego: *Y los bendijo Dios, diciendo: Creced y multiplicaos y llenad la tierra y dominadla,* etc. Aunque a todo esto pueda darse una interpretación espiritual no incongruente, con todo, las palabras *macho* y *hembra* no pueden entenderse como algo existente en un solo sujeto, pre-

---

[122] Así pensaban los maniqueos, que rechazaban el Antiguo Testamento. Cf. *De utilitate credendi* 2,4.

[123] Censura a aquellos que interpretan estas palabras espiritualmente. Lo mismo parece decir en *Confess.* XIII 24,37; pero en este lugar da también las dos interpretaciones y el doble sentido.

textando que en él una cosa es la que gobierna y otra la gobernada. Como aparece clarísimamente en los cuerpos de seres de diverso sexo, el hombre y la mujer fueron creados con el fin de que, por la generación de la prole, crecieran, se multiplicaran y llenaran la tierra. Ser refractario a esto, sería un absurdo notable. No pueden tampoco entenderse del espíritu, que manda, y de la carne, que obedece; ni del ánimo racional, que rige, y de la cupididad irracional, que es regida; ni de la virtud contemplativa, que impera, y de la activa, que sirve; ni del entendimiento mental y del sentido corporal. Deben, sí, entenderse del lazo conyugal, que une entre sí los dos sexos. A este propósito, preguntado el Señor si estaba permitido repudiar por cualquier causa la mujer, pues que Moisés había permitido dar libelo de repudio por la dureza de corazón de los judíos, respondió: *¿No habéis leído que aquel que al principio los creó los hizo macho y hembra y dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su esposa, y serán dos en una sola carne? Así que ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios ha unido no lo desuna, pues, el hombre.* Es, por consiguiente, cierto que los dos sexos fueron creados desde el principio en diversas personas, como ahora lo vemos y palpamos, y que se les llama una sola cosa, o por su unión o por el origen de la mujer, formada del costado del varón. El mismo Apóstol, fundado en este primer ejemplo que precedió en la creación divina, exhorta a los maridos en concreto a que amen a sus esposas.

## CAPÍTULO XXIII

## ¿Se daría libido en el paraíso en el acto de la generación?

1. En el fondo, los que dicen que, de no haber pecado, no hubieran ni cohabitado ni engendrado, afirman que el pecado del hombre fue necesario para completar el catálogo de los santos. Y se fundan en que, si, no pecando, sólo existirían ellos, ya que, por supuesto, si no hubieran pecado, no habrían podido engendrar, es indudable que fue necesario el pecado para que no existieran sólo dos hombres justos, sino muchos. Como creer esto es un absurdo, debe creerse más bien que los santos suficientes para cubrir las plazas de la Ciudad bienaventurada se reducirían, aunque no hubiera pecado nadie, a los que ahora va reclutando la gracia de Dios entre la multitud de los pecadores, mientras los hijos de este siglo engendran y son engendrados.

2. Por consiguiente, sin el pecado, estos matrimonios dignos de la felicidad del paraíso serían fecundos en amables frutos y estarían exentos de toda libido vergonzosa[124]. ¿Cómo sería esto posible? A la verdad que actualmente no hay ejemplo capaz de ilustrarlo. Sin embargo, no por eso debe parecer increíble que aquel miembro pudiera obedecer sin libido a la voluntad, pues son tantos los que ahora le están sometidos. Si movemos las manos y los pies, cuando queremos, a sus actos propios sin renitencia alguna y con una facilidad asombrosa, como observamos en nosotros y en los demás, sobre todo en los artífices, en los que una habilidad más suelta viene a elevar el tono de la naturaleza, floja y lenta, ¿por qué no creemos que los órganos de la generación, en el acto de la misma, pudieran obedecer dócilmente a la voluntad humana, como los demás, de no existir la libido, justo castigo de la desobediencia? Cicerón mismo, al hablar en su obra *Sobre la República* de las diferentes clases de gobierno, toma pie de este dato de la naturaleza humana y dice que a los miembros del cuerpo se les manda como a hijos, porque están prontos a obedecer, y que las partes viciosas del alma son como esclavos, que es preciso poner en regla con un mandato más duro.

Es verdad que el orden natural antepone el espíritu al cuerpo, y, sin embargo, el espíritu domina con más facilidad al cuerpo que a sí mismo. Mas esta libido de que tratamos es tanto más vergonzosa cuanto que el ánimo ni tiene un poder absoluto sobre sí mismo, para que no le agrade, ni sobre el cuerpo, para que sea la voluntad la que mueva esos miembros vergonzosos y no la libido. Si así fuera, no serían vergonzosos. El rubor radica ahora en que el cuerpo ofrece resistencia al ánimo, debiendo estarle sujeto por ser naturaleza inferior. En otras afecciones, cuando se enfrenta el ánimo consigo mismo, es él mismo el vencedor, aunque desordenado y vicioso, puesto que es vencido por estas partes que deben estar sometidas a la razón; pero a la postre son partes suyas, y por eso, como queda dicho, es vencido por sí mismo. El ánimo que se vence ordenadamente, haciendo que sus movimientos irracionales obedezcan a la mente, a la razón (si, además, ésta se somete a su vez a Dios), es digno de loa y virtuoso. Y es menos el rubor cuando el ánimo no se obedece a sí mismo en sus partes viciosas que cuando el cuerpo, distinto e inferior a él y que sin él no vive, no se rinde a su querer y mandatos.

3. Pero, cuando la voluntad imperiosa tiene a raya los miembros, sin los cuales no pueden saciar su apetito los excitados por la libido contra la voluntad, se conserva la castidad, no perdida, sino suspendida por el delei-

[124] Así discurre también en *De grat. Christi et de pee. orig.* II 36,41; 37,42; 38,44.

te pecaminoso. Esta renitencia, esta repugnancia, este combate librado entre la voluntad y la libido, por suficiencia de voluntad e indigencia de libido, no lo sufriera en el paraíso el matrimonio si la desobediencia culpable no hubiera sido castigada con la desobediencia penal. Aquellos miembros estarían sometidos a la voluntad como todos los demás. Así, el campo de la generación sería sembrado por los miembros creados para este fin, como la tierra recibe la simiente de manos del hombre. Al presente, el pudor no me permite extenderme más sobre esta materia, y me obliga a pedir perdón y a no herir los oídos castos; entonces, sin embargo, no había motivo para esto. Las palabras sobre este punto se deslizarían libres ante los oídos del pensador, sin peligro de obscenidad, porque no habría palabras con el mote de obscenas, sino que las charlas sobre estos miembros serían tan honestas como hablar de otras partes del cuerpo.

Quien se acerque a estas páginas con sentimientos poco castos, achákuelo a su culpa, no a la naturaleza; condene el hecho de su torpeza, no mis obligadas palabras. Yo sé que, ante estas páginas, el lector u oidor casto y piadoso me perdona con facilidad, hasta que allane la infidelidad, no argumentando sin fundamento, sino con experiencia vivida[125]. Lee también esto sin ofenderse el que no se escandaliza de la represión que hace el Apóstol a los horrendos pecados de las mujeres que *mudaron el uso natural en el uso que es contra la naturaleza.* Y me dispensarán, sobre todo, si tienen en cuenta que no hablo y censuro ahora, como el Apóstol, la obscenidad condenable, sino que, para explicar, según mis posibilidades, los efectos de la generación humana, esquivo, a ejemplo suyo, las palabras obscenas.

## CAPÍTULO XXIV

## La voluntad y los órganos de la generación en el paraíso

1. Allí el hombre seminaría y la mujer recibiría el semen cuando y cuanto fuere necesario, siendo los órganos de la generación movidos por la

---

[125] Agustín comprende la situación en que escribe y el círculo de lectores que han de tener sus páginas. Es consciente de que tal vez escandalicen a alguno, pero no quiere pasar en silencio esos argumentos, que son los más fuertes y convincentes, basados en la experiencia. El pecado nace del corazón, no se injerta de fuera en el alma. La experiencia a que alude aquí Agustín es la de sus años mozos, en los que, aunque noble, se dejó arrastrar por la corriente del vicio.

voluntad, no excitados por la libido. Porque no movemos solamente a nuestro antojo los miembros articulados con huesos, como los pies, las manos y los dedos, sino también movemos los compuestos de nervios flácidos agitándolos, los alargamos estirándolos, los doblamos retorciéndolos y los enderezamos encogiéndolos a nuestro capricho. Así hacemos con los miembros de la boca y de la cara, que los mueve la voluntad como le place. Los pulmones, que son las vísceras más blandas, exceptuadas las medulas, y por eso resguardadas por la caja torácica para respirar y aspirar y para emitir o modificar la voz, sirven, como fuelles de órgano, a la voluntad del que sopla, respira, habla, grita o canta. Y no me detengo a decir que a algunos animales les es natural e innato mover, cuando sienten alguna molestia sobre el cuerpo, solamente la piel que cubre el lugar en que la sienten, y espantan con el temblor de su piel no sólo las moscas que se les posan encima, sino también los aguijones que les clavan[126]. Y porque el hombre no pueda hacer esto, ¿hemos de decir que el Creador no pudo dar esa facultad a los vivientes que quiso? Luego al hombre le fue también posible tener sujetos los miembros inferiores, facultad que perdió por su desobediencia, ya que para Dios fue fácil crearlo de manera que los miembros de su carne, que ahora únicamente son movidos por la libido, los moviera sólo la voluntad.

2. Conocidas nos son las naturalezas de algunos hombres, distintas de los demás y admirables por lo raras, que hacen con su cuerpo a placer cosas que otros no pueden hacer y que, oídas, apenas las creen. Hay quienes mueven las dos orejas a la vez o por separado; y otros que, sin mover la cabeza, echan sobre su frente la cabellera y la retiran cuando les place. Hay otros que, comprimiendo un poco los diafragmas, sacan como de una bolsa lo que quieren de la infinidad y variedad de cosas que han engullido. Otros hay que imitan y expresan tan a la perfección el canto de las aves y las voces de las bestias y de otros hombres, que, si no se les ve, es imposible distinguirlos. No faltan algunos que, sin fetidez, emiten por el fondo sonidos tan armoniosos, que se diría que cantan por esa boca. Yo mismo he visto sudar a un hombre cuando quería, y a nadie se le oculta que hay algunos que lloran cuando quieren y se anegan en un mar de lágrimas. Pero es mucho más increíble un hecho sucedido hace poco y del que fueron testigos muchos hermanos nuestros. En una parroquia de la iglesia de Ca-

[126] El talento observador del Santo se para hasta en los más mínimos detalles. En todo ve esa mano amorosa y ordenadora que ha dispuesto que el cuerpo sirva al espíritu.

lama[127] había un presbítero llamado Restituto, que, cuando le placía (solían pedir que hiciera esto quienes deseaban ser testigos presenciales de la maravilla), al oír voces que imitaban el lamento de un hombre, se enajenaba de sus sentidos y yacía tendido en tierra tan semejante a un muerto, que no sólo no sentía los toques y los pinchazos, sino que a veces era quemado con fuego sin sentir dolor, hasta más tarde y por efecto de la herida. Y prueba de que su cuerpo no se movía, no porque él lo aguantaba, sino porque no sentía, era que no daba señal alguna de respiración, como un muerto. Sin embargo, contaba después que, cuando hablaban más alto los concurrentes, oía voces como a lo lejos.

Si, pues, en la presente vida, grávida de pesares por la carne corruptible, hay personas a las que obedece el cuerpo de modo maravilloso y extraordinario en muchas mociones y afecciones, ¿por qué no creemos que, antes de la desobediencia y de la corrupción, los miembros del hombre pudieron servir a la voluntad sin ninguna libido en lo relativo a la generación? El hombre fue abandonado a sí mismo porque abandonó a Dios, complaciéndose en sí mismo, y, no obedeciendo a Dios, no pudo obedecerse a sí mismo. Su más palmaria miseria procede de allí, y consiste en no vivir como quiere. Es cierto que, si viviera a su capricho, se juzgaría feliz; pero en realidad no lo sería si viviera torpemente.

## Capítulo XXV

## En la vida presente no se logra la felicidad verdadera

La verdad es que, si nos fijamos un poco, vemos que no vive como quiere sino el que es feliz[128], y que sólo el justo es feliz. Pero, a su vez, el justo no vive como quiere si no arriba a un estado en que no pueda morir ni ser engañado ni ofendido, y esto con la certeza de que será así siempre. Tal es el estado que desea la naturaleza, que no será plena y perfectamente feliz si no logra colmar sus deseos. Ahora bien, ¿qué hombre puede vivir como quiere, si el mismo vivir no está en su mano? Quiere vivir y se ve constreñido a morir. ¿Cómo, pues, vivirá como quiere quien no vive hasta

[127] Habla en muchas ocasiones de esta villa. En uno de sus escritos *(Contra litt. Petil.* II n.323) nos indica los límites fijos y la posición de esta ciudad en pequeño. Estaba situada entre Constantina e Hipona. Hoy se puede reconocer esta villa en las ruinas de Ghelma.

[128] Esta es concepción favorita del Santo en sus primeros escritos.

que quiere? Y si quisiere morir, ¿cómo puede vivir como quiere el que no quiere vivir? Y si quiere morir, no porque no quiere vivir, sino para vivir mejor después de la muerte, todavía no vive como quiere. Vivirá así cuando arribe, muriendo, a lo que quiere. Está bien. Supongamos que vive como quiere, porque se violentó y se obligó a no querer lo que no puede y a querer lo que puede, siguiendo el consejo de Terencio:

Porque no puedes hacer lo que quieres, quiere lo que puedes,

pregunto: ¿Es acaso feliz por ser pacientemente miserable? Si realmente no se ama la vida feliz, no se la posee[129]. Por tanto, si se ama y se posee, necesariamente se ama más que todas las demás cosas, puesto que cuanto se ama, debe *amarse por ella*. Por tanto, si se la ama cuanto merece (y no es dichoso quien no ama la vida feliz cuanto merece), es imposible que el que la ama no desee que sea eterna. Luego será feliz cuando sea eterna.

## CAPÍTULO XXVI

### ¿Qué debe creerse, basados en la felicidad, sobre la generación en el paraíso?

Según esto, el hombre en el paraíso vivía como quería, porque sólo quería lo que Dios había mandado. Vivía gozando de Dios y era bueno por su bondad; vivía sin ninguna indigencia y tenía en su mano vivir siempre así. La abundancia de alimentos le mataban el hambre, y la de bebidas, la sed, y el árbol de la vida 1c defendía contra la vejez. Ni la corrupción al cuerpo ni el cuerpo a sus sentidos causaban allí dolor alguno. En lo interior no temía enfermedad, ni en lo exterior heridas. Su carne gozaba de perfecta salud, y su alma, de tranquilidad absoluta. Como en el paraíso era desconocido el frío y el calor, así en su morador era desconocido el pinchazo dado a su buena *voluntad por el deseo o por* el *temor*. No había allí ni tristezas ni vanas alegrías. Un gozo eterno, procedente de Dios, se perpetuaba, y en él ardía la caridad del corazón puro, de la buena conciencia y de la fe no fingida. La sociedad conyugal estaba acompañada de un amor honesto.

---

[129] Precisamente el amor es como una mano, dice Agustín. Para coger otra cosa tienes que dejar la que tienes en ella. Y por eso amar es poseer la cosa que se ama, no sólo es gravitar en torno al objeto amado, sino es atraer el objeto hacia sí mismo, hacia el sujeto. *Quam bonum est amare!* —dice el enamorado del amor—. *Hoc enim est habere (Serm.* 357,2).

La mente y el cuerpo iban acordes y el mandato era fácil y hacedero. La lasitud no sorprendía al ocioso, ni el sueño le rendía contra su querer.

Dios nos libre de creer que en tal facilidad de mandatos y en tamaña felicidad los hombres no podrían engendrar sin el morbo de la libido. Esos miembros, como los demás, se moverían al arbitrio de la voluntad, y el marido se hundiría en el regazo de la esposa con tranquilidad de ánimo, sin el estímulo del ardor libidinoso y sin la corrupción de la integridad corporal. Y no porque la experiencia no pueda probar este hecho es menos digno de fe, puesto que, a exigencias del momento, esas partes las dominaba la voluntad, no el ardor tempestuoso. Entonces el semen viril pudo ser inyectado en la esposa sin romper su integridad, al igual que ahora la virgen puede tener la menstruación sin violarla. Aquél podía inyectarse por el mismo conducto por donde pueden ser arrojados los menstruos. Así como para el parto relaja las vísceras maternas, no el gemido del dolor, sino la madurez del feto, así para la fecundación y la concepción uniría las dos naturalezas, no el apetito libidinoso, sino el uso voluntario.

Estamos hablando de cosas que, en la actual economía, son vergonzosas, y por eso, aunque tratamos de conjeturar, según nuestras posibilidades, cómo y cuáles serían antes de ser vergonzosas, con todo, es preciso poner freno al discurso y ceder al pudor, que nos retrae antes que dar rienda suelta a nuestra pobre elocuencia. Y, dado que esto que digo no lo experimentaron ni quienes pudieron experimentarlo (porque, una vez metidos en el pecado, merecieron el ser desterrados del paraíso antes de cohabitar con voluntad tranquila), ¿cómo ahora, al reseñarlo, no evocará el hombre la experiencia de la libido túrbida y no el atisbo de una voluntad plácida? Por eso el pudor no permite hablar con soltura, aunque no falten razones al pensador. Con todo, al Dios omnipotente, Creador sumo y sumamente bueno de todas las naturalezas, que ayuda y premia a las buenas, abandona y condena a las malas y las ordena a todas, no le faltaron medios en su sabiduría para completar el número de predestinados a su ciudad, sacándolos de la corrupción del género humano. Y los discierne no por sus méritos, puesto que la masa total estaba dañada como de raíz[130], sino por su gracia,

---

[130] Repetidas veces habla de la *massa damnata* y de la *massa perditionis*. La doctrina de San Agustín sobre la *massa damnata* está inspirada en las palabras de San Pablo: *An non habet potestatem figulus ex eadem massa facere aliad quidem vas in honorem, aliad vero in contumeliam?* (Rom.2,21). La idea capital de la *massa* es la solidaridad de todos los hombres en Adán, en su pecado. Todos pecamos en Adán, como dice el Apóstol, y desde entonces está la humanidad dañada como de raíz, y de esa raíz procede dañada toda la *massa*. Cristo viene a redimir y a sanar esa *massa*, y, como es un todo, la sana y la salva toda.

y muestra no sólo en los que libra, sino también en los que no libra, que le son deudores. Cada cual reconoce que debe su liberación a una bondad indebida, a una bondad gratuita, cuando se ve libre de la compañía de aquellos con quienes debía en justicia ser castigado. ¿Por qué, pues, no había de crear Dios a quienes presabía que habían de pecar, si en ellos y por ellos podría mostrar qué merecía su culpa y qué les dio su gracia, y que, bajo tal Creador y Ordenador, la torcida desordenación de los pecadores no pervertiría el recto orden de las cosas?

## CAPÍTULO XXVII

## La perversidad de los pecadores, sean ángeles u hombres, no hace mella en la Providencia divina

Los pecadores, sean ángeles u hombres, no hacen nada que pueda turbar *las obras grandes de Dios, pendientes de sola su voluntad.* Porque el que distribuye a cada ser su esencia providente y omnipotentemente, sabe usar no sólo de los buenos, sino también de los malos[131]. Y así, usando Dios bien del ángel malo, condenado y endurecido en premio a su mala voluntad, con el fin de que en adelante no la tuviera ya buena, ¿por qué no había de permitir que tentara al primer hombre, creado por El recto, esto es, con buena voluntad? En efecto, había sido creado de tal manera, que vencería al ángel malo si confiara en la ayuda de Dios, y sería vencido por él complaciéndose soberbiamente en sí mismo y abandonando a Dios, su Ayudador y Creador. El mérito bueno radicaría en su voluntad recta divinamente ayudada, y el malo en su voluntad perversa, que abandona a Dios. No podía confiar en Dios sin la ayuda de Dios; en cambio, estaba en su mano apartarse de la gracia divina complaciéndose en sí mismo. Como no podemos vivir en la carne sin el subsidio de los alimentos y podemos no vivir en ella, cual hacen los suicidas, así, en el paraíso no podían vivir sin la ayuda de Dios, pero podían vivir mal, aunque desaparecería la felicidad y seguiría un castigo justo.

[131] Este gran principio resuelve el tremendo problema que ya se habían planteado los israelitas, y cuya solución se ensayó en el libro de Job y luego en Isaías. Era éste: ¿Por qué triunfan los malos en el mundo y los buenos son abatidos? Los maniqueos lo suscitan también ahora, y Agustín lo resuelve con este principio: Dios sabe usar bien y sacar provecho tanto de los buenos como de los malos. Y él siempre consigue su intento.

Si, pues, no se ocultaba a Dios esta futura caída, ¿qué razón hay para que no permitiera que el hombre fuera tentado por el ángel envidioso? Es cierto que su certeza de que sería vencido era cierta; pero, a la vez, era presciente de que la descendencia del hombre, ayudada de la gracia, había de vencer al demonio, redundando tal victoria en gloria de los santos. De este modo, ni el futuro se ocultaba a Dios, ni su presciencia constreñía a alguno a pecar[132], Y la experiencia que siguió, descubrió a la criatura racional, angélica y humana, la diferencia que existe entre la propia presunción y la ayuda divina. ¿Quién osará creer o decir que Dios no pudo evitar ni la caída del ángel ni la del hombre? Mas prefirió dejarles esa facultad y probar así de cuánto mal es capaz el orgullo y de cuánto bien su gracia.

## CAPÍTULO XXVIII

### Las dos ciudades. Origen y cualidades

Dos amores fundaron, pues, dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial[133]. La primera se gloría en sí misma, y la segunda en Dios, porque aquélla busca la gloria de los hombres, y ésta tiene por máxima gloria a Dios, testigo de su conciencia. Aquélla se engríe en su gloria, y ésta dice a su Dios: *Vos sois mi gloria y el que me hace ir con la cabeza en alto.* En aquélla, sus príncipes y las naciones avasalladas se ven bajo el yugo de la concupiscencia de dominio[134], y en ésta sirven en mutua

[132] El sentido providencialista y semita de Agustín es admirablemente profundo. Dios lo previo todo, y, sin embargo, su previsión no es la causa del pecado, porque su conocimiento es suyo, no de la criatura. Su conocimiento no quita la libertad a la criatura racional. En este lugar queda armonizado una vez más el enigma entre la presciencia divina y la libertad humana.

[133] En todo este libro ha venido preparando la conclusión, que ha dado a la historia un sesgo interiorista y psicológico. Psicológico e interiorista, porque ha plasmado su vida en la historia. En este sentido se podría decir con Muñoz Alonso que «la *Ciudad de Dios* son las *Confessiones* del mundo antiguo». El fundamento de los dos amores se halla muy extendido en las obras del Obispo de Hipona. Para no acumular los textos, remitimos a los lectores a los grandes estudios sobre el particular.

[134] Contra el sentir de la mayoría de los traductores, que dicen aquí: «Aquella reina en sus príncipes o en las naciones a quienes sujetó la ambición de reinar». Así Roys y Rozas y Díaz Bayral. Creemos más acorde con el texto de Migne la traducción dada.

caridad, los gobernantes aconsejando y los súbditos obedeciendo. Aquella ama su propia fuerza en sus potentados, y ésta dice a su Dios: *A ti he de amarte, Señor, que eres mi fortaleza.* Por eso, en aquélla, sus sabios, que viven según el hombre, no han buscado más que o los bienes del cuerpo, o los del alma, o los de ambos, y los que llegaron a conocer a Dios, *no le honraron ni dieron gracias como a Dios, sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su necio corazón se obscureció. Creyéndose sabios,* es decir, engallados en su propia sabiduría a exigencias de su soberbia, *se hicieron necios y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de serpientes.* Porque o llevaron a los pueblos a adorar tales simulacros, yendo ellos al frente, o los siguieron, *y rindieron culto y sirvieron a la criatura antes que al Creador, que es bendito por siempre.* En ésta, en cambio, no hay sabiduría humana, sino piedad, que funda el culto legítimo al Dios verdadero, en espera de un premio en la sociedad de los santos, de hombres y de ángeles, *con el fin de que Dios sea todo en todas las cosas.*

# Libro XV

*Los cuatro libros siguientes están dedicados al desarrollo de las dos ciudades. Basa su argumentación en los principales capítulos de la historia sagrada relacionados con este punto. En el presente libro recoge y comenta los pasajes del Génesis que narran la historia que va desde Caín y Abel hasta el diluvio.*

## CAPÍTULO I

## Dos viajeros de dos ciudades caminan a dos metas distintas

1. Sobre la felicidad del paraíso o sobre el paraíso mismo, y sobre la vida de los dos primeros hombres en él y sobre su pecado y castigo, se han emitido ya muchos pareceres, se ha pensado mucho y se ha gastado mucha tinta en ello. También yo, en los libros anteriores, he dicho algo sobre el particular, según lo que he leído o podido comprender de las santas Escrituras, procurando no apartarme de su autoridad. Un examen más detallado de estos puntos nos enredaría en muchas y muy espinosas cuestiones, que exigirían una serie de volúmenes que excederían en mucho los límites de esta obra y del tiempo de que dispongo. Ando, por cierto, tan escaso de él, que no puedo detenerme a responder a las objeciones que puedan presentar los escrupulosos y ociosos, más listos para preguntar que capacitados para entender[135]. Sin embargo, estimo que ya he esclarecido algo las difíciles y escabrosas cuestiones del origen del mundo, del alma y del género humano.

He dividido la humanidad en dos grandes grupos: uno, el de aquellos que viven según el hombre, y otro, el de los que viven según Dios. Místicamente damos a estos grupos el nombre de ciudades, que es decir sociedades de hombres. Una de ellas está predestinada a reinar eternamente con Dios, y la otra, a sufrir un suplicio eterno con el diablo. Tal es el fin de ellas, del que luego nos ocuparemos. Ahora, puesto que ya hemos escrito bastante sobre el origen de las dos ciudades, sea en los ángeles, cuyo número nos es desconocido; sea en los dos primeros hombres, estoy en que debemos tratar ya de su desarrollo. Comenzaremos desde la primera concepción humana hasta que los hombres dejen de engendrar. El desarrollo de estas dos ciudades comprende todo el lapso de tiempo en que ceden los que mueren y suceden los que nacen. A esto nos referimos.

2. El primer hijo de los dos primeros padres del género humano fue Caín, que pertenece a la ciudad de los hombres, y el segundo Abel, que forma parte de la Ciudad de Dios.

En cada hombre comprobamos la verdad de estas palabras del Apóstol: *No es primero lo espiritual, sino lo animal y luego lo espiritual.* De

---

[135] Agustín tenía sus horas contadas. Sus múltiples actividades literarias, apostólicas y monacales no le permitían detenerse en sutilezas fácilmente inteligibles. Por eso pide disculpa y comprensión.

donde se sigue que cada cual, por descender de un tronco dañado, necesariamente es primero malo y carnal, y será luego bueno y espiritual si, renaciendo en Cristo, adelantare en la virtud. Y esto mismo sucede en la humanidad entera. Cuando las dos ciudades emprendieron su curso evolutivo, por nacimientos y muertes sucesivas, nació primero el ciudadano de este mundo y luego el peregrino del siglo, que pertenece a la Ciudad de Dios. A éste le predestinó la gracia, la gracia le eligió; ella le hizo peregrino del suelo y ciudadano del cielo. La verdad es que, por lo que a él toca, nace de la misma nada, originariamente dañada, que los demás; pero Dios, como buen alfarero (es semejanza, no insensata, sino sensata, del Apóstol), formó de esa masa un vaso en honor y otro en ignominia. Formó primero el vaso en ignominia y luego el vaso en honor, porque en cada hombre, como queda dicho, es primero el réprobo —paso indispensable para todos nosotros—, y en el que es necesario detenernos, y luego el probo, al que llegaremos por el progreso en la virtud y en el que, en llegando, permaneceremos. De donde se sigue que no es cierto que todo hombre malo ha de ser bueno, pero sí lo es que nadie ha de ser bueno sin antes haber sido malo. Y cuanto más presto se trueque en mejor, tanto más pronto cambiará su nombre y sustituirá por el segundo el primero.

La Escritura dice que Caín fundó una ciudad y que Abel, como peregrino, no la fundó. Porque la Ciudad de los santos trae su origen de arriba, aunque engendra aquí ciudadanos, en los que peregrina hasta que llegue el tiempo de su reinado.

Entonces congregará a todos los resucitados con sus cuerpos y les dará el reino prometido, y reinarán eternamente en él con su príncipe, el Rey de los siglos.

## Capítulo II

## **Los hijos de la carne y los hijos de la promesa**

Ha habido realmente en la tierra una sombra e imagen profética de esta ciudad, que es más bien signo que representación. Apareció cuando convenía. Se la llamó también Ciudad santa, haciendo honor a su ser de imagen, no a la realidad que expresaba, al cómo debe ser. De esta imagen y de lo significado por ella, de la ciudad libre, habla el Apóstol a los gálatas en los siguientes términos: *Decidme, los que queréis estar bajo la ley, ¿no habéis oído la ley? Porque escrito está que Abrahán tuvo dos hijos:*

*uno de la esclava y otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne, y el hijo de la libre, en virtud de una promesa. Todo esto se dijo en alegoría*[136]*. Estas dos mujeres son los dos testamentos. El uno, dado en el monte Sinaí, que engendra esclavos y está figurado en Agar. Porque el Sinaí es un monte de la Arabia, que está enlazado con la Jerusalén actual, que es esclava con sus hijos. En cambio, la Jerusalén de arriba es libre y es nuestra madre. Pues está escrito: Alégrate, estéril, que no pares; prorrumpe en gritos de júbilo tú que no eres fecunda, porque son muchos más los hijos de la abandonada que los de la que tiene marido. Nosotros, hermanos, somos los hijos de la promesa, figurados en Isaac. Mas, como entonces, el que había nacido según la carne perseguía al nacido según el espíritu, así sucede también ahora. Pero ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, que no ha de ser heredero el hijo de la esclava con el hijo dé la libre. Sin embargo, hermanos, nosotros no somos hijos de la esclava, sino de la libre, y es Cristo el que nos ha adquirido esta libertad.* Esta interpretación, emanada de la autoridad del Apóstol, nos descubre cómo debemos entender los escritos del Nuevo y del Viejo Testamentó.

Una parte de la ciudad terrena ha venido a ser imagen de la Ciudad celestial, y no se simboliza a sí misma, sino a la otra, y, por tanto, la sirve. Esta no fue fundada para ser figura de sí misma, sino de la otra, y la ciudad que prefigura fue a su vez prefigurada por otra figura anterior. En efecto, Agar, esclava de Sara, y su hijo, han sido en cierta manera una imagen de esta imagen. Y porque las sombras, en llegando la luz, deben desvanecerse, por eso Sarra, que era la libre y significa a la ciudad libre, de la que era una imagen nueva y distinta aquella sombra, dijo: *Echa fuera a la esclava y a su hijo, que no ha de ser heredero el hijo de la esclava con mi hijo, Isaac*, o como dice el Apóstol, *con el hijo de la libre*. Hallamos, pues, en la ciudad terrena dos formas: una que ostenta su presencia, y otra que es, con su presencia, imagen de la Ciudad celestial.

La naturaleza, maleada por el pecado, engendra los ciudadanos de la ciudad terrena, y la gracia, que libera del pecado, engendra los ciudadanos

---

136 Como sería muy difícil y desusado en latín expresar todos los tropos retóricos, por eso algunos intérpretes han dado un significado a la palabra alegoría. *Unde quídam interpretes nostri, quod ait Apostolus, quae sunt in allegaría, nolentes graecum vocabulum ponere, circundoquendo interpretan sunt dicentes: «quae sunt aliad ex alio significantia» (De Trin.* XV 9,15). Y en este mismo lugar nos da la definición de alegoría: *Quid ergo est allegoria, nisi tropus ubi ex alio aliud intelligitur?*

de la Ciudad celestial. Por eso aquéllos son llamados vasos de ira, y éstos, vasos de misericordia.

Esto mismo fue figurado también en los dos hijos de Abrahán. Ismael, uno de ellos, nació, según la carne, de Agar, la esclava, y el otro, Isaac, nació, según la promesa, de Sara, la libre. Ciertamente los dos descienden de Ábrahán; pero aquél fue engendrado según el curso ordinario de la naturaleza, y éste fue dado en virtud de una promesa que figuraba la gracia. Allí aparece la usanza humana, y aquí se manifiesta el beneficio divino[137].

## CAPÍTULO III

## Esterilidad de Sara y fecundidad recibida

En realidad, Sara era estéril. Y sin esperanza de descendencia, deseando tener al menos de su esclava lo que no podía de sí misma, la entregó al abrazo de su marido, de quien ella había querido engendrar sin conseguirlo. Exigió, pues, el débito conyugal, usando de su derecho en persona de otro. Ismael nació, como nacen todos los hombres, de la unión de los dos sexos, según la ley ordinaria de la naturaleza. Por eso dice la Escritura que nació *según la carne*, no porque estos beneficios no procedan de Dios o no sean obras suyas, de El, cuya sabiduría operativa *alcanza del uno al otro confín y lo dispone todo con suavidad,* sino que, para dar a entender el don indebido y gratuito de la gracia que Dios dio a los hombres, fue conveniente que regalara un hijo contra el curso ordinario de la naturaleza. La naturaleza niega hijos a una unión carnal, tal cual podía ser la de Abrahán y Sara en edad tan avanzada, a lo que se añadía la esterilidad de Sara, que no pudo concebir ni cuando la edad era aún susceptible de fecundidad, pero ésta no acompañaba a la edad. Que a una naturaleza en tales condiciones no se le debía el fruto de la posteridad, significa que la naturaleza humana, averiada por el pecado, y por eso justamente condenada, en adelante no sería acreedora a la felicidad verdadera. Merecidamente, pues, Isaac, nacido en virtud de la promesa, figura a los hijos de la gracia, ciudadanos de la ciudad libre, socios de la paz eterna. En ella no

---

[137] Sobre esta concepción de las dos ciudades le es ya fácil acomodar e interpretar la Escritura a su propósito. El principio originario, pues, y distintivo de las dos ciudades, son: de la ciudad terrena, la naturaleza, y de la celestial, la gracia.

reina el amor a la voluntad propia y privada, sino un gozo del bien común e inmutable y la obediencia de la caridad, que hace de muchos un solo corazón, una concordia perfecta[138].

## CAPÍTULO IV

## La paz y la guerra en la ciudad terrena

La ciudad terrena, que no será eterna (pues, una vez condenada al último suplicio, no será ya ciudad), tiene aquí abajo su bien y se goza en su posesión con ese gozo que pueden brindar tales cosas. Y porque ese bien no es tal que excluya de sus amadores las angustias, por eso esta ciudad con frecuencia se divide contra sí misma, pleiteando, batallando, luchando y buscando victorias mortíferas o al menos mortales[139]. Porque, sea cualquiera la parte de ella que se levante en guerra contra otra, pretende ser vencedora, siendo ella cautiva de los vicios. Si vence y se engalla más soberbiamente, su victoria es mortífera; pero si, pesando la condición y las consecuencias comunes, es mayor su aflicción por las desgracias que pueden sobrevenir que su hinchazón por las ventajas que reporte, la victoria es solamente mortal. Porque no siempre puede señorear, subsistiendo, a quienes pudo someter venciendo.

No es acertado decir que los bienes que desea esta ciudad no son bienes, puesto que ella misma es un bien, y el mejor en su género. Por causa de estos bienes ínfimos, desea cierta paz terrena y anhela llegar a ella por la guerra. Si vence y no hay quien resista, nace la paz de que carecían los partidos contrarios entre sí, que luchaban con infeliz miseria por cosas que no podían poseer a la vez. Esta es la paz que persiguen las penosas guerras,

---

[138] Esta es la imagen de sus monasterios. En el plan agustiniano del monacato, el monasterio es un paraíso en la tierra. En él se deben cumplir a la perfección los elementos ingredientes y constitutivos de la Ciudad de Dios. Esto que aquí se figura en Isaac, la concordia, un solo corazón, es el *cor unum et anima una* de la *Regula ad servos Dei*.

[139] Sobre los dos amores, el montaje de la teoría de las guerras no ofrece dificultad alguna. Estas proceden de la limitación, de los bienes que ama la ciudad terrena. Los bienes temporales son pocos y finitos, y, siendo muchos los que los apetecen, no pueden saciar a todos, y al perseguirlos todos y no poderlos conseguir todos, nace indefectiblemente una lucha entre los pretendientes. Este es el origen más adecuado de las disensiones y de las luchas entre los hombres y entre las naciones.

ésta es la paz que logran las victorias pretendidamente gloriosas. Cuando vencen los que lucharon por la causa más justa, ¿quién duda que la victoria debe acogerse con aplauso, y la paz con gozo? Son bienes, y los bienes son dones de Dios. Mas si, abandonados los bienes supremos, posesión de la Ciudad soberana, donde habrá una victoria seguida de una paz eterna y suma, se ansían estos bienes de manera que o se crea que son únicos o se amen más que los superiores, inevitablemente sigue la miseria y se acrece la existente.

## CAPÍTULO V

## Dos emperadores: el de la ciudad terrena y el de Roma

El fundador de la ciudad terrena fue fratricida. Llevado de la envidia, mató a su hermano, que era ciudadano de la ciudad eterna y peregrino en la tierra. Por eso no es de maravillar que este ejemplo, o, como dirían los griegos, este arquetipo (ἀρχετύπῳ), haya sido imitado, después de tanto tiempo, por el fundador de la ciudad que con el tiempo había de ser cabeza de la ciudad terrena de que hablamos y señora de multitud de pueblos. También allí, como dice uno de sus poetas,

Se regaron con la sangre fraterna los primeros muros.

Lo mismo acaeció en la fundación de Roma, en la que, según la historia, Rómulo mató a su hermano Remo, con la diferencia de que aquí ambos eran ciudadanos de la ciudad terrena. Los dos pretendían la gloria de ser fundadores de la república romana; pero no podían tener los dos la gloria que tendría uno solo de no existir más que él, porque los dominios que quería su gloria dominando serían más reducidos si menguaba su poder por vivir su compañero en el mando. Y para que el mando pasara íntegro a uno solo, se quitó de en medio al compañero, aumentando con el crimen un imperio que con la inocencia fuera menor y mejor.

Sin embargo, Caín y Abel no estaban tocados los dos de una ambición semejante, ni el fratricida envidió al otro por temer que su poderío se limitara más mandando los dos (porque Abel no buscaba el señorío en la ciudad que fundaba su hermano). Le envidió simplemente con esa envidia diabólica con que envidian los malos a los buenos, sin motivo alguno, sólo porque unos son buenos y otros malos. La bondad no se disminuye por admitir a participarla a un compañero; al contrario, se acrece tanto más cuanto más concordemente la posee la caridad individual de los consocios.

En realidad, el que se niega a tenerla común, no goza de esta posesión, siendo su gozo más cumplido cuanto más generosamente ame en ella al compañero.

Lo acontecido entre Rómulo y Remo muestra cómo la ciudad terrena se divide contra sí misma, y lo sucedido entre Caín y Abel es el trasluz de las enemistades que existen entre las dos ciudades, entre la Ciudad de Dios y la de los hombres. En suma, que los malos luchan unos contra otros y, a su vez, contra los buenos. Pero los buenos, si son perfectos, no pueden tener ningún altercado entre sí. Pueden si son proficientes y aún no perfectos. En este caso, uno bueno lucha contra otro por el mismo flanco por donde lucha contra sí mismo. Y en cada hombre, *la carne apetece contra el espíritu, y el espíritu contra la carne.* Por eso la concupiscencia espiritual de uno puede luchar contra la carnal de otro, como luchan entre sí los buenos y los malos. Además, es cierto también que pueden luchar entre si las concupiscencias carnales de dos buenos, aún no perfectos, como luchan entre sí los malos, hasta que la sanidad de los proficientes logre la última victoria.

## CAPÍTULO VI

### Achaques de los ciudadanos de la Ciudad de Dios en su peregrinaje hacia la patria. De ellos solo les sana la medicina de Dios

La desobediencia, pena de la primera, y, por tanto, vicio, no naturaleza, es precisamente el achaque de que hemos hablado en el libro XIV. Por eso se dice a los proficientes buenos que en su peregrinar viven de la fe: *Llevad mutuamente vuestras cargas y así cumpliréis la ley de Cristo*[140]. Y en otra parte: *Corregid a los inquietos, consolad a los pusilánimes, alentad a los débiles y sed pacientes con todos. Cuidad, pues, y que nadie vuelva mal por mal.* Y en otro lugar: *Si alguien anduviere preocupado con un delito, vosotros, que sois espirituales, instruidle con espíritu de mansedum-*

[140] *Quia veteris Testamenti* —dice en *De div. quaest. 83* q.71,1—*custodia timorem habebat, non potuit apertius significari novi Testamenti donum esse caritatem, quam hoc loco ubi Apostolus dicit: «Invicem onera veslra pórtate, et sic adimplebitis legem Christi». Hanc enim Christi legem dicere intelligitur, qua ipse Dominas praecepit ut nos invicem diligamus, tantum in ea sententia praecepti pondas constituens, ut diceret: «In hoc cognoscetur, quoniam discipuli mei estis, si vos invicem diligatis».*

*bre, pensando que también vosotros podéis ser tentados.* Y, asimismo*: No se ponga el sol estando vosotros airados.* Y en el Evangelio: *Si tu hermano pecare contra ti, corrígelo a solas entre tú y él.* El Apóstol dice, a su vez, de los pecados de que se teme se siga escándalo: *A los pecadores públicos repréndelos delante de todos para que los demás teman.* Por este motivo son muchos los mandatos sobre el perdón mutuo, y se exige un cuidado muy esmerado, con el fin de que se mantenga la paz, sin la cual nadie puede ver a Dios.

En la Escritura se presenta un terrible juicio contra el siervo a quien se le obliga a pagar la deuda de diez mil talentos que le habían sido condonados, por no haber perdonado él una deuda mínima de cien denarios a un siervo suyo. Una vez propuesta la parábola, añadió Cristo: *Así se portará mi Padre celestial con vosotros si cada uno no perdonare de corazón a su hermano.* Cata ahora el remedio curativo de los ciudadanos de la Ciudad de Dios que peregrinan por este valle de lágrimas y suspiran por la paz de la patria soberana. El Espíritu Santo obra interiormente para que la medicina aplicada al exterior surta su efecto.

Aunque Dios se sirva de las criaturas a El sujetas para hablar a los sentidos humanos, a los corpóreos en especie humana y a los otros en sueños, es inútil para el hombre la predicación de las verdades si El no mueve y obra interiormente con su gracia. Mas Dios hace esto con un juicio muy secreto, pero justo, y discierne los vasos de ira de los vasos de misericordia. Si, con la ayuda que El nos presta de modos maravillosos y ocultos, el pecado —más bien la pena del pecado—, que habita en nuestros miembros, no reina en nuestro cuerpo mortal, según el precepto del Apóstol, de manera que obedezcamos a sus deseos, y si no abandonamos nuestros miembros para servir de instrumentos de iniquidad, el espíritu adquiere la fuerza de no consentir, entregando su gobernalle a Dios. Así, ahora el hombre tendrá un gobierno más tranquilo, y después, perfectamente sano y revestido de inmortalidad, reinará sin pecado en una paz eterna.

## CAPÍTULO VII

## **Causa del crimen de Caín y su obstinación en él**

1. Pero ¿de qué le sirvió a Caín que Dios le recordara lo que acabamos de exponer a nuestro modo, cuando le habló como solía hacerlo a los primeros hombres, como amigo y en forma congruente, mediante una cria-

tura sujeta a El?[141] ¿No perpetró acaso el crimen concebido, el fratricidio, aun después de la advertencia divina? Cuando Dios discernió los sacrificios de los dos, mirando con agrado los de uno y con desplacer los del otro —cosa que manifestó, sin duda, con alguna señal visible—, y lo hizo porque las obras de éste eran malas, y las de su hermano buenas, Caín se entristeció en extremo y su rostro palideció. Dice así el texto sagrado: *Y dijo Dios a Caín: ¿Por qué estás triste y por qué ha palidecido tu rostro? ¿No es verdad que, si ofreces bien y no divides bien, pecas? ¡Cálmate! El se convertirá a ti y tú le dominarás.* No es fácil comprender esta reconvención de Dios a Caín: *¿No es verdad que, si ofreces bien y no divides bien, pecas?;* pues no se expresa el porqué o el fin de ella. Su obscuridad ha dado origen a muchas interpretaciones entre los expositores de las divinas Escrituras, que se afanan por entenderlo en conformidad con la regla de fe.

El sacrificio se ofrece bien cuando se ofrece al Dios verdadero, único al que debe ofrecerse. Pero no se divide bien cuando no se disciernen bien, o los lugares, o los tiempos, o las cosas que se ofrecen, o quien ofrece, o a quien se ofrece, o a quienes se distribuye la ofrenda para consumirla. Según esto, por división entendemos aquí discriminación. Así, cuando se ofrece donde no conviene o lo que no conviene en ese lugar, sino en otro; o cuando se ofrece cuando no conviene o lo que no conviene entonces, sino en otro tiempo. Y, asimismo, cuando se ofrece una cosa que nunca jamás debió ofrecerse, o cuando el hombre se reserva para sí una ofrenda más selecta que la que ofrece a Dios, o cuando se hace partícipe profano de la cosa ofrecida a quien no debe hacerse. En cuál de estos puntos desplaciera Caín a Dios no es fácil determinarlo. En las palabras del apóstol San Juan, que, hablando de estos dos hermanos, dice: *No imitéis a Caín, que procedía del espíritu maligno y mató a su hermano. ¿Por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano, justas,* se deja entrever que no agradó a Dios su don, justamente porque dividió mal, dando a Dios algo suyo y reservándose para sí a sí mismo. Esto mismo hacen todos aquellos que, siguiendo su propia voluntad, es decir, no viviendo con corazón recto, sino perverso, ofrecen a Dios dones, pensando que con ellos le obligan no a ayudarles a sanar sus cupididades, sino a saciarlas.

Y esto es lo típico de la ciudad terrena, rendir culto a Dios o a los dioses para conseguir con su ayuda victorias y gozar así de una paz terrena, no por amor al bien, sino por ansia de dominio. Los buenos usan del mundo para gozar de Dios, y los malos, al contrario, quieren usar de Dios

141 Cf. también *De Gen. ad litt.* VIII 18,37; IX 2,3-4.

para gozar del mundo[142]. Hablo de los que al menos creen que existe Dios y que cuida de las cosas. humanas, pues hay otros mucho peores, que no creen ni esto.

Por consiguiente, Caín, al caer en la cuenta de que Dios se había complacido en el sacrificio de su hermano y no en el suyo, debió, convirtiéndose, imitar a su buen hermano y no, ensoberbeciéndose, hacerse émulo suyo. Pero se entristeció y, palideció su rostro. Dios reprende sobre todo este pecado, el entristecerse por la bondad de otro, máxime siendo su hermano. Y éste fue el objeto de la reprimenda al preguntarle: *¿Por qué estás triste y por qué ha palidecido tu rostro?* Dios miró su corazón y, al ver en él la envidia a su hermano, le reprendió. Los hombres, a quienes se oculta el corazón del prójimo, pueden dudar y no saber si la tristeza, al conocer que desplacía a Dios, nació de su malignidad o de la bondad de su hermano, que agradó a Dios con su sacrificio. Mas Dios, al declarar el porqué de su no aceptación diciendo que era culpa suya, no de su hermano, porque había sido injusto no dividiendo bien, es decir, no viviendo rectamente, y se había hecho indigno de que su oblación fuera aceptada, pone de manifiesto que fue mucho más injusto Caín odiando sin motivo a su justo hermano.

2. Con todo, no le deja sin un consejo saludable, justo y bueno, y así le dice: *¡Cálmate! El se convertirá a ti* y *tú le dominarás.* ¿A quién? ¿A su hermano acaso? De ninguna maneja. Entonces, ¿a quién sino al pecado? Primero le dijo: *Pecaste;* y luego añadió: *¡Cálmate! El se convertirá a ti y tú le dominarás.* Cierto que puede también entenderse que la conversión del pecado se revierte sobre el hombre, de forma que tome conciencia de que el pecado debe imputárselo a sí mismo, no a otro. En esto radica la salubilidad de la penitencia y del pedimiento de perdón. De esta forma, la frase: *El se convertirá a ti*, no ha de sobrentenderse en futuro, sino en imperativo, a modo de mandato y no de predicción. Cada cual dominará el pecado si no le da la primacía sobre sí mismo, excusándolo, sino que lo somete a sí, arrepintiéndose de él. De lo contrario, si, cuando surge, le da acogida, servirá también al que domina. Por pecado aquí se entiende la concupiscencia carnal, de la que dice el Apóstol: *La carne apetece contra el espíritu.* Enumeraba entre los frutos de la carne la envidia, que aguijaba a Caín y le encendía contra su hermano. Ahora es fácil ya entender esto: *El*

[142] Esta larga enumeración de las cualidades de que debe ir adornado el sacrificio nos muestra la gran profundización escriturística de Agustín. Los tiempos, los lugares, los oferentes, son otras tantas circunstancias que han de tenerse en cuenta en la oblación hecha a Dios para que le sea agradable.

*se convertirá a ti y tú le dominarás.* En efecto, cuando la parte carnal, que el Apóstol llama pecado en este pasaje: *No soy yo el que obra aquello, sino el pecado que habita en mí;* cuando esta parte, digo, que los mismos filósofos dicen que es viciosa y que no debe arrastrar tras sí a la mente, sino que debe ser señoreada por ella y retraída por la razón de las acciones ilícitas, se mueve a cometer algún desafuero, si se calma y obedece al Apóstol en esto: *No abandonéis vuestros miembros al pecado para servir de instrumentos a la iniquidad,* domeñada y vencida, se convertirá al espíritu, a fin de que la razón impere sobre ella humillada.

A eso se redujo el imperativo de Dios al que ardía en haces de envidia contra su hermano y deseaba quitarle de delante, debiendo más bien imitarle. *¡Cálmate!* —le dice—. Detén tu mano criminal, no reine el pecado en tu cuerpo mortal para obedecer a sus deseos, ni abandones tus miembros al pecado para que sirvan de instrumentos a la iniquidad. *El se convertirá a ti,* en tanto que no es secundado en sus propósitos, sino frenado con calma. *Y tú le dominarás,* con el fin de que, no permitiéndole obrar exteriormente, se acostumbre a no rebelarse interiormente, sujetándose al imperio de la mente, rectora y guía maestra.

En el mismo libro se dijo algo semejante también de la mujer, cuando, después del pecado, recibieron del juicio de Dios las sentencias de condenación, el diablo en la serpiente, y la mujer y el marido en sus propias personas. En habiéndole dicho: *Multiplicaré tus trabajos y tus gemidos y parirás los hijos con dolor,* añadió en seguida: *Y te convertirás a tu marido y él le dominará.* Como se ve, lo mismo que se dijo a Caín del pecado o de la concupiscencia carnal viciosa, eso mismo se dijo en este pasaje a la mujer pecatriz. En esto se aprecia también lo propio que es decir que el varón, para regir a la mujer, ha de asemejarse al ánimo, que gobierna la carne[143]. Por eso dice el Apóstol: *Quien ama a su mujer, se ama a sí mismo, pues es cierto que nadie aborreció jamás su propia carne.*

Estos males deben, pues, ser sanados como nuestros, no condenados como ajenos. Caín recibió el mandamiento divino de Dios, como prevaricador, y, acreciéndose en él la envidia, mató pérfidamente a su hermano. Así era el fundador de la ciudad terrena. Cómo éste era figura de los judíos, que dieron muerte a. Cristo, pastor de la grey humana, prefigurado en Abel, pastor de un rebaño real, ya que todo esto es una realidad profética y

---

[143] Invierten el orden de valores, puesto que el *uti* es de aquello *quod in usum venerit ad id quod amas obtinendum referre, si tomen amandum est;* y *fruí est amore alicui rei inhaerere propter seipsam (De doctr. christ.* I 4,4).

alegórica, me abstengo de decirlo por ahora. Con todo, recuerdo haberlo tocado ya en la obra *Contra Fausto Maniqueo*[144].

## CAPÍTULO VIII

## ¿Cuál fue la razón de que Caín en los albores del género humano fundara una ciudad?

1. Al presente, me creo en la obligación de defender la historia, con el fin de que no se tenga por increíble la Escritura cuando dice que un solo hombre edificó una ciudad, en un tiempo en que, al parecer, no había en la tierra más que cuatro hombres, o, por mejor decir, tres después del fratricidio de Caín; a saber: el primer hombre, padre de todos; Caín y su hijo Henoc, de quien tomó nombre la ciudad.

Los que así razonan, reparan poco en que el autor de la historia sagrada no tenía necesidad de nombrar todos los hombres que existían en aquel entonces, sino sólo aquellos que le exigía el plan de su obra. La intención del escritor, instrumento en manos del Espíritu Santo, era llegar, a través de ciertas generaciones venidas de un solo hombre, hasta Abrahán, y luego, a través de la descendencia de éste, hasta el pueblo de Dios. En este pueblo, distinto de todos los demás, se prefigurarían y se prenunciarían las cosas futuras, previstas en espíritu y relacionadas con la ciudad cuyo reino será eterno y con Cristo, su Rey y Fundador. Y haría esto de tal forma, que, de la otra sociedad de hombres, que llamamos ciudad terrena, no callaría cuanto le fuera suficiente narrar para que la Ciudad de Dios, parangonada con su contraria, se hiciera focos de luz[145].

¿Hemos de creer acaso que, cuando la divina Escritura, al reseñar el número de años que vivieron los hombres y concluir de cada uno de ellos con estas palabras: *Y tuvo hijos e hijas y fueron todos los días*, de éste o de aquél, tantos, *y murió*, como no nombra los hijos y las hijas, durante tantos años como vivían en la primera época del mundo, no nacieron muchos hombres, de cuyos clanes se fundaran diversas ciudades? Mas fue incum-

[144] Cf. 1.12 c.9ss.

[145] Admite un sentido y una intención mesiánica en el autor. La realidad para él latente es ésa, desde el primer hombre a Abrahán y de Abrahán al pueblo de Dios. Pero la solución más fácil a la objeción sería decir que no se refiere a ningún individuo concreto, sino a un clan o tribu.

bencia de Dios, bajo cuya inspiración se escribió esto[146], ordenar y discernir en un principio estas dos sociedades en las diferentes generaciones. Así, se tramaron por separado las generaciones de los hombres, o sea, de los que vivían según el hombre y de los hijos de Dios, es decir, de los que vivían según Dios, hasta el diluvio, en que se narra ya la discriminación y concreción de ambas ciudades. La discriminación sin duda alguna, porque se refieren por separado las generaciones de las dos, la de Caín el fratricida y la de Set. Este nació también de Adán y vino a ocupar el lugar de su fallecido *hermano.* Y la concreción, porque los buenos, inclinándose al mal, se habían hecho acreedores a la devastación del diluvio, excepción hecha de un justo, llamado Noé, y de su esposa y sus tres hijos, con sus respectivas nueras (ocho personas que merecieron escapar, en el arca, a esta catástrofe universal).

2. No es lógico concluir de este pasaje: *Y conoció Caín a su mujer, la cual concibió y parió a Henoc. Y se puso a edificar una ciudad en nombre de su hijo Henoc,* que Henoc fue su primer hijo. No debe pensarse esto tampoco basados en que se dice que conoció a su mujer, como si fuera esta vez la primera que cohabitaba maritalmente con ella. De Adán se dijo lo mismo no sólo cuando fue concebido Caín, su primogénito al parecer, sino también después. Y así dice la Escritura: *Adán conoció a su mujer Eva y concibió y parió un hijo, a quien puso por nombre Set.* De donde se sigue que este lenguaje es corriente en la Escritura y que, si bien es cierto que no se emplea siempre que se refiere algo relativo a la concepción humana, también es cierto que no sólo se emplea cuando cohabitan por primera vez los dos esposos. Y no es tampoco argumento contundente para concluir que Henoc fue el primogénito decir que la ciudad llevó su nombre, porque no es utopía pensar que el padre, por cualquier motivo, aun teniendo más hijos, lo amara más que a los demás. Tampoco Judá fue primogénito, y, sin embargo, de él tomó su nombre la Judea y los judíos.

Mas, concediendo que fuera el primogénito el fundador de aquella ciudad, no por eso debe creerse que le impuso su nombre a la ciudad fundada, cuando nació. En este lance era imposible constituir con un solo sujeto una ciudad, que en realidad no es más que una multitud de hombres

[146] He aquí el argumento más convincente para probar la verdad de una tradición sobre la inspiración de la Sagrada Escritura. La inspiración es norma directiva y excluye el error, pero no infunde ideas en el hagiógrafo. Aunque el sentido de la inspiración es aún bastante confuso, sin embargo, se da como un hecho.

unidos entre sí por algún lazo social[147]. Parece más acertado decir que, una vez aumentada prodigiosamente la familia de ese hijo, llegando a formar él solo un pueblo, constituyó entonces la ciudad y le impuso el nombre del primogénito. Tan larga era la vida de aquellos hombres, que, de los mencionados, el que menos vivió antes del diluvio fue setecientos cincuenta y tres años[148].

Muchos pasaron de los novecientos, pero nadie llegó a los mil[149]. Según esto, ¿quién dudará que, durante la vida de un solo hombre, el género humano pudo multiplicarse tanto que bastara para constituir no una, sino muchas ciudades?[150] Esta conjetura no es nada difícil hacerla. Sabemos, por ejemplo, que la descendencia de Abrahán en el pueblo hebreo, en poco más de cuatrocientos años, fue tal, que a la salida de Egipto hay ya seiscientos mil mozos aptos para las armas. Y esto sin contar los idumeos, que no pertenecían al pueblo de Israel y descendían de Esaú, descendiente de Abrahán, y otras ciudades procedentes del mismo Abrahán, pero no de su mujer Sara.

## CAPÍTULO IX

## ¿Qué decir de la longevidad de los hombres antediluvianos y de su mayor corpulencia?

Por tanto, nadie que pondere con cordura lo dicho pondrá en duda que Caín pudo fundar no sólo una ciudad, sino una ciudad grande en un tiempo en que la vida de los mortales era tan larga. Mas quizá no falte algún incrédulo que nos presente cuestión sobre el número de años que vi-

---

[147] *Quid enim est respublica* —dice en otra parte— *nisi res populi? Res ergo communis, res utique civitatis. Quid est autem civitas, nisi multitudo hominum in quodam vinculo redacto concordiae? Apud eos enim ita legitur: «Brevis multitudo dispersa atque vaga, concordia civitas facta eral» (Epist.* 138,2,10).

[148] Según, los Setenta, éste es Lamec (Gen. 5,31).

[149] Hoy, dados los adelantos de la ciencia bíblica, nos es fácil explicar esto. Se trataba de una familia o tribu, no de un individuo concreto. Así ya es viable la aplicación de tantos años a una persona determinada.

[150] Y una vez admitida la hipótesis anterior, hoy la más común, están ya de más las explicaciones que quieran darse de estos pasajes. Lo que recuerda Vives que en España había cien familias todas descendientes de un anciano que todavía vivía, no hace al caso, porque no dice nada a favor de esta prueba.

vieron entonces los hombres, según nuestros códices, y niegue que se les debe fe en esto. A este tenor se niegan también a creer que los cuerpos entonces eran mucho mayores que ahora. No obstante, el más célebre de sus poetas, Virgilio, a propósito de una enorme piedra que servía de mojón de campos, y que un hombre forzudo de aquellos tiempos la tomó sobre sus hombros, corrió con ella, la dobló y la lanzó, dice:

Apenas doce hombres de los más robustos, como los que la tierra ahora produce, hubieran podido llevar tal masa sobre sus espaldas.

Con esto da a entender que la tierra entonces solía producir cuerpos mayores. ¡Cuánto mayores serían, por tanto, en los tiempos más antiguos del mundo, antes del celebrado y afamado diluvio! Sobre el grandor de los cuerpos, con frecuencia los incrédulos se rinden ante los sepulcros descubiertos por la impetuosidad de los ríos, por la vetustez o por otros accidentes, en los que aparecen huesos de muertos de un grandor increíble: Yo mismo he visto en la playa de Utica, y no sólo yo, sino algunos otros conmigo, un diente molar de un hombre, tan enorme, que, cortado en trozos pequeños, creo yo que se podrían hacer ciento de los nuestros. Supongo, sin embargo, que aquél sería de algún gigante, porque, si bien es verdad que entonces eran mucho mayores los cuerpos todos que los nuestros, los gigantes daban ciento y raya a los demás[151]. En épocas posteriores, y aun en las nuestras, aunque son raros, casi nunca han faltado cuerpos que sobrepasan en mucho el tamaño corriente. Plinio Segundo[152], hombre muy sabio, asegura que, a medida que avanzan los siglos, la naturaleza produce cuerpos más pequeños. Cuenta, además, que Homero se queja de este hecho con frecuencia, no burlándose de él como de ficciones poéticas, sino tomándolo como escritor de esa especie de milagros naturales y como historiador fidedigno. Con todo, los huesos que se van descubriendo nos ponen ante los ojos muchas veces, pues resisten bien los elementos, el tamaño de los cuerpos antiguos.

Pero el número de años que vivía un hombre de aquellas calendas no puede ahora averiguarse por documentos de esta índole[153]. Por lo demás,

---

[151] Esta apreciación experimental carece de valor a la luz de la ciencia. Ese diente era probablemente de un elefante fosilizado. Véase, sobre este punto y sobre la talla y longevidad de los hombres antiguos, la carta de M. Isidoro Oeoffroy Saint-Hilaire a M. Poujoulat, autor de *llistoire de saint Augitstin* 1.3 pp.339ss.

[152] Segundo afecta a Plinio, no a hombre, como traduce Roys y Rozas. *Y* es el famoso naturalista Cayo Plinio Segundo. Es llamado también el Mayor y el Antiguo,

[153] La ciencia bíblica, sobre todo en sus estudios científicos, es de reciente aparición, de finales del siglo XIX y principios del XX y en adelante. No es, pues, extraño

esto no debe impedir el dar fe a la historia sagrada, cuyas narraciones sería tanto más imprudente no creerlas cuanto más certeramente vemos cumplidas sus predicciones. El mismo Plinio dice que hay todavía una región donde viven hasta doscientos años. Si, pues, algunos países que nos son desconocidos conservan todavía restos de esa vida larga de la que nosotros no tenemos experiencia, ¿por qué no se ha de creer que esa vida tuvo también su período áureo? ¿Es acaso creíble que existe en alguna parte lo que no existe aquí, y es increíble que existió en algún tiempo lo que ahora no existe?

## CAPÍTULO X

### Diferencias en el número de años entre nuestros códices y los hebreos

Así, aunque entre los códices nuestros y los hebreos[154] hay, al parecer, alguna diversidad en el número de años, e ignoro por qué, sin embargo, no es tanta que no estén acordes en afirmar la vida larga de los hombres de entonces. En efecto, según nuestros códices, el primer hombre, Adán, antes de engendrar a Set, vivió doscientos treinta años, y, según los hebreos, ciento treinta. Pero, según los nuestros, vivió después setecientos años, y, según los otros, ochocientos. Y así convienen los dos en la suma total. En las generaciones siguientes, el padre, antes de engendrar al hijo que se cita, vive, según los códices hebreos, cien años menos que según los nuestros, y después de engendrado, esos cien años faltan en los nuestros. De este modo, en uno y otro caso están acordes en la suma total.

En la sexta generación no hay ni una sola variante en los dos códices. En la séptima, en que se cuenta que Henoc no murió, sino que, por haber agradado a Dios, fue trasladado, se da la misma discrepancia que en las cinco primeras, de los cien años antes de engendrado, y en la suma total la misma consonancia. Según los dos códices, vivió, antes de ser trasladado, trescientos sesenta y cinco años. La octava generación presenta una diver-

---

que en tiempo de Agustín no se pudiera probar eso. Además, no era tampoco Agustín muy aficionado a esta clase de estudios.

[154] Llama códices *nuestros* a los que usaba la Iglesia, que era la traducción latina de los Setenta, y *hebreos,* a los traducidos directamente del hebreo. Cf. *De doctr. christ.* II 11,16; 25,22.

sidad menor, pero distinta de las demás. Matusalén, hijo de Henoc[155], antes de engendrar al que sigue en la lista, según los códices hebreos, vivió no cien años menos, sino veinte más. Estos años se hallan añadidos una vez más en los nuestros después de haberlo engendrado, y en ambos coincide otra vez la suma total.

Solamente en la novena generación, o sea, en los años de Lamec, hijo de Matusalén y padre de Noé, discrepan en la suma total, pero no mucho. Según los códices hebreos, vivió veinticuatro años más que según los nuestros. Antes de engendrar a Noé, los hebreos le ponen seis años menos que los nuestros, y después de engendrado, treinta más. Y así, como queda dicho, restados esos seis, son veinticuatro[156].

## CAPÍTULO XI

## Edad de Matusalén y época del diluvio

Esta variante entre los códices hebreos y los nuestros ha dado origen a una cuestión muy debatida. Y es ésta: que, según el cómputo, Matusalén vivió catorce años después del diluvio, contra el sentir de la Escritura, que dice que, de todos los hombres existentes en aquel entonces sobre la tierra, sólo ocho escaparon en el arca al azote del diluvio. Y entre ellos no se cuenta Matusalén.

Según nuestros códices, Matusalén, antes de engendrar a Lamec, vivió ciento sesenta y siete años, y Lamec, antes del nacimiento de Noé, ciento ochenta y ocho. Sumados, dan trescientos cincuenta y cinco. Si a éstos añadimos seiscientos de Noé, año en que tuvo lugar el diluvio, nos encontramos con novecientos cincuenta y cinco desde que Matusalén nació hasta el año del diluvio. Ahora bien, según el cómputo, Matusalén vivió novecientos sesenta y nueve, pues antes de engendrar a Lamec vivió ciento sesenta y siete años, y después de engendrado, ochocientos dos. Y en total, como he dicho, son novecientos sesenta y nueve años. Por tanto, restados novecientos cincuenta y cinco, transcurridos desde el nacimiento de Matu-

---

[155] Roys y Rozas traduce; *Porque Matusalén cuando engendró a Enoc.* Creemos, y la historia sagrada lo confirma, que la verdadera traducción es la dada. Matusalén es hijo de Henoc, *quem genuit Enoch* —dice Agustín—, a quien engendró.

[156] Para nosotros, estas discrepancias son fácilmente explicables. Sabemos el simbolismo de los números entre los semitas y, además, la gran facilidad con que podían cambiarse las letras, con poner solamente un punto o varios.

salén hasta el diluvio, quedan catorce, que, al parecer, vivió después del diluvio. Por este motivo, algunos han pensado que vivió, no en la tierra, donde toda carne, cuya naturaleza no le permite vivir en las aguas, fue destruida, sino con su padre, que había sido trasladado al cielo y que vivió allí hasta pasado el diluvio.

Y es que no se allanan a negar la fe a los códices que la Iglesia ha recibido como más auténticos, y creen que es más fácil que yerren los de los judíos que éstos. No admiten que fuera más fácil que se introdujera en éstos error de los intérpretes que en aquella lengua la falsedad; lengua original, de la que ha sido traducida, pasando por el griego, la Escritura a la nuestra. No es creíble —añaden— que los Setenta, que interpretaron simultáneamente en un solo sentido[157], se equivocaran o quisieran mentir en cosas que no les interesaban. Y afirman que los judíos, que nos envidian, porque la Ley y los Profetas han pasado a nosotros a través de esta traducción, variaron sus códices[158] para menoscabar la autoridad de los nuestros.

Cada cual puede pensar de esta opinión o conjetura lo que le plazca. Con todo, una cosa es cierta: que Matusalén no vivió después del diluvio, sino que murió el mismo año si es verdad lo que traen los códices hebreos sobre este particular.

Mi parecer sobre los Setenta lo insertaré con más detalle, con la ayuda de Dios y en cuanto lo exija esta obra, en lugar más propio[159]. Al presente baste decir que, según ambos códices, los hombres de entonces vivían tanto tiempo, que el primogénito de los dos primeros padres, únicos sobre la tierra, pudo engendrar durante su vida un número capaz de constituir una ciudad.

---

157 Recoge la tradición y la confirma. En realidad, la historia confirma que la verdad no es ésta. Es cierto que Ptolomeo pidió a Eleazar las Escrituras y que éste se las mandó juntamente con setenta y dos intérpretes, hombres versados en el griego y en el hebreo. Todo lo demás es un cuento inventado por el Pseudo-Aristeas, que luego ha sido recogido y ampliado, y muchos autores, entre ellos San Agustín, han recibido como bueno.

158 Creemos que en este caso Mígne trae una errata. Lee: *Cordibus suis*, cuando debiera decir, según el contexto, *codicibus suis*. Traducimos esto último, haciendo notar la errata.

159 Cf. 1.18 c.42-40.

## Capítulo XII

## Crítica sobre otra opinión del cómputo de aquellos años

1. No debemos tampoco prestar oídos a los que piensan que entonces se computaban los años de otra manera, es decir, que los años eran tan cortos, que uno nuestro equivale a diez de aquéllos. Por consiguiente —añaden—, cuando alguien oyere o leyere que un hombre vivió novecientos años, debe entender noventa, porque diez años de aquéllos son igual a uno nuestro, y uno nuestro igual a diez de aquéllos. Así, según ellos, Adán tenía veintitrés años cuando engendró a Set, y Set, veintiséis meses cuando nació Enós, que, según la Escritura, son doscientos cinco. Según esta opinión, un año corriente nuestro, ellos lo dividían en diez partes, y a cada parte daban el nombre de año. Cada parte de éstas consta de un senario cuadrado, porque Dios concluyó sus obras en seis días y el séptimo descansó. Sobre este punto ya he hablado, según mis posibilidades, en el libro' XI. Y un senario cuadrado, es decir, seis por seis, es igual a treinta y seis días, que, multiplicados por diez, dan trescientos sesenta, esto es, doce meses lunares. Los cinco días restantes, que completan el año solar, y las seis horas que, multiplicadas por cuatro, dan un día, que origina el año bisiesto, eran añadidos de cuando en cuando por los antiguos para redondear el número de años. A esos días, los romanos los llamaban intercalares.

Por tanto, Enós, hijo de Set, tenía diecinueve años cuando engendró a Cainán, años que corresponden a los ciento noventa de la Escritura. El mismo procedimiento se sigue en todas las generaciones en que se dan los años de los hombres antes del diluvio. En nuestros códices no se halla casi ninguno que engendrara a los cien años o a los ciento veinte, más o menos, sino que los más jóvenes que engendraron contaban ya ciento sesenta y lo que no se dice. Porque —dicen ellos— nadie puede engendrar a los diez años, y a este número correspondía el cien de ellos. Pero a los dieciséis años está ya en marcha la pubertad y está madura y apta para la generación, y a esta edad equivalían los ciento sesenta años de entonces. Y, en apoyo de la no incredibilidad de su opinión, añaden que muchos historiadores cuentan que el año de los egipcios constaba de cuatro meses; el de los acarnanos[160], de seis, y el de los lavinios, de trece. Plinio Segundo atestigua que vio en ciertos escritos que uno había vivido ciento cincuenta y dos años; otro, diez más; otros, trescientos; otros, quinientos, seiscientos, y

[160] Acarnania era una región de Grecia. Y de ella proceden los acarnanos.

hasta ochocientos algunos, y pensó que todo esto se debía a la ignorancia de los tiempos. «Para unos —dice él— el año lo determinaba el verano, y para otros, el invierno. Para otros, en cambio, las cuatro estaciones. Así los arcadios, cuyos años constaban de tres meses». Añade, además, que los egipcios, cuyos años reducidos tenían cuatro meses, como hemos hecho notar, regulaban a veces el año por el curso de la luna. «Y así —agrega— entre ellos se cuenta que alguno vivió hasta mil años».

2. Algunos, fundados en estas razones aparentemente probables, sin negar fe a la historia sagrada, sino deseosos de afianzarla, con el fin de que no resulte increíble su narración sobre edades tan avanzadas, piensan que no es imprudencia decir que entonces daban el nombre de año a un espacio tan reducido de tiempo, que diez de aquéllos equivalen a uno nuestro, y diez nuestros, a cien de aquéllos. Hay testimonios irrefutables para probar la falsedad de esta opinión; pero, antes de ensayar la prueba, voy a exponer otra conjetura tal vez más aceptable. Podríamos refutar esta afirmación y demostrar lo contrario, basándonos en los códices hebreos. En éstos se lee que Adán tenía, no doscientos treinta años, sino ciento treinta, cuando engendró el tercero de sus hijos. Ahora bien, si estos años equivalen a trece nuestros, es indudable que el primero lo tuvo que engendrar cuando tenía once años o no muchos más. Y ¿quién puede engendrar a esta edad, según la ley corriente y ordinaria de la naturaleza?

Con todo, dejemos a un lado éste, que quizá, cuando fue creado, era ya apto para la generación, porque no es creíble que haya sido creado tan pequeño como nuestros infantes. Su hijo tenía, cuando engendró a Enós, no doscientos cinco años, como nosotros leemos, sino ciento cinco. Por tanto—según esta opinión—, aún no tenía once años. Y ¿qué diré de su hijo Cainán, que, según nuestros códices, tenía ciento sesenta años, y, según los hebreos, sólo setenta, cuando engendró a Malalehel? Si es que entonces setenta equivalían a siete nuestros, pregunto: ¿Quién engendra a los siete años?[161]

[161] Esta cuestión sobre la edad y el número de años, hoy, con los adelantos de los estudios bíblicos, carece ya de interés. Por una parte es un punto difícil, y por otra no ofrece dificultad mayor, justamente por la numeración y el simbolismo de los números usados por los semitas. Por consiguiente, estas exposiciones carecen de importancia, y valga esta nota para prevenir contra todas las imaginaciones que puedan surgir al amparo de estos comentarios de San Agustín.

## CAPÍTULO XIII

# Autoridad de los códices hebreos y de los Setenta en el cómputo de los años

1. Pero, al decir yo esto, en seguida se me replicará que es una mentira de los judíos —como ya he dicho arriba— y que los Setenta —hombres de tan loable nombradía— no han podido mentir. Si yo preguntara aquí: ¿Qué es más creíble: que los judíos, diseminados por todo el mundo, hayan conspirado de común acuerdo para escribir esta patraña y que se hayan privado de la verdad por envidiar la autoridad de los otros; o que los Setenta, judíos también, porque lo eran, reunidos en un mismo lugar por Plolomeo, rey de Egipto, para llevar a cabo esta obra, hayan envidiado la misma verdad a los gentiles y concernido de consuno esa impostura? ¿Quién no ve qué es más fácil y más digno de fe? Líbrenos Dios de pensar que un hombre cuerdo se imagine que los judíos, por perversos y malos que se los suponga, hayan podido colar esta falsedad en tantos códices y tan diseminados por doquier, o que los Setenta, hombres de tan merecida reputación, se hayan conchabado para arrebatar la verdad a los gentiles. Cualquiera diría, pues, que es más creíble que, cuando comenzaron a copiarse de la biblioteca de Ptolomeo, entonces se introdujo una errata en un códice, en el primero copiado, por ejemplo, transmitiéndose así más y más, sin excluir la posibilidad de un error del copista también en este segundo. Suponer esto en la cuestión sobre los años de Matusalén no es un absurdo, lo mismo que el otro caso, donde se excedían en veintinueve años y no concordaban en la suma. Sin embargo, en los demás casos en que se continúa esta aparente mentira de sobrar antes de engendrado el hijo, puesto en lista en uno cien años y faltar en el otro, y después de engendrado sobrar en el que faltaban y faltar en el que sobraban, coincidiendo así en la suma total, repitiéndose esto en la primera, en la segunda, en la tercera, en la cuarta, en la quinta y en la séptima generación, parece que el error conserva cierta constancia, si cabe hablar así, y no huele a casualidad, sino a artificio.

2. Por consiguiente, la numeración, que se ha de una manera en los códices griegos y latinos y de otra en los hebreos, cuando no se da esta continuidad a través de tantas generaciones sobre los cien años añadidos primero y restados después, no debe atribuirse ni a la maldad de los judíos ni a la diligencia o cordura de los Setenta, sino a error del primer copista que recibió el códice de la biblioteca de Ptolomeo para copiarlo. Aun hoy

vemos que, cuando los números no llevan alguna intencionalidad especial, fácilmente inteligible, o el saberlo reporta alguna utilidad, se copian con descuido y se corrigen con más descuido todavía[162]. Un ejemplo: ¿quién se creerá obligado a aprender los miles de hombres que tuvo cada tribu de Israel en particular, no importándole nada? Y, además, ¿cuántos hay que comprendan la profundidad y la utilidad de esto?

En realidad, la intención del autor, cuando a través de la serie de las generaciones catalogadas pone en un códice cien años que faltan en el otro, faltando luego de engendrado en el que se hallaban y hallándose en el que faltaban, coincidiendo así la suma total, era intimarnos que los antiguos vivieron muchos años, porque sus años eran muy breves. Y pretende aclarar esto basado en la madurez de la pubertad, apta ya para la generación, pensando por eso que aquellos años insinúan a los incrédulos diez nuestros. Y para que no rehúsen creer esto que los hombres vivieron tan largo tiempo, añade cien años cuando no encuentra edad apta para la generación, y los quita después de engendrados los hijos, para que concuerde la suma total. Tan a la letra fue su intención poner de relieve la edad apta para la generación, que con el número de años no defrauda la vida de cada cual. Y el que en la sexta generación no siguiera este procedimiento es una razón fuerte para decir que lo siguió cuando la realidad a que aludimos lo exigía, justamente porque no lo siguió cuando no lo exigía.

De hecho, vemos que, en la misma generación, los códices hebreos dicen que Jared vivió, antes de engendrar a Henoc, ciento sesenta y dos años, que, según el cómputo de los años breves, son dieciséis y aleo menos de dos meses, edad ya apta para la generación. Por eso no tuvo necesidad de añadir cien años breves para llegar a veintiséis, ni de substraerlos después de nacido Henoc, porque no los había añadido antes. Y ésta sería la razón de que en este pasaje estén acordes los dos códices.

3. Pero ahora surge una nueva dificultad: ¿Por qué en la octava generación, antes de nacer Lamec de Matusalén, se lee en los códices hebreos que éste vivió ciento ochenta y dos años, y en los nuestros veinte menos, acostumbrando a añadir aquí cien, y después de engendrado Lamec se reintegran a la suma, no discrepando los códices en el total? Si, pues, por ser ya madura la pubertad en los ciento setenta años, quería dar a entender diecisiete, como no debía añadir nada, tampoco debía substraerlo. Y se

[162] Parte en este capítulo de esa regla de la hermenéutica de la Escritura que dice: *Non codex sine mendo,* y también de esa otra que dice que, una vez introducida una errata, se perpetúa en los demás códices. Esto pudo suceder también con nuestros códices, dice Agustín.

comprende, porque había llegado ya a una edad apta para la generación, motivo por el cual añadía cien años en los que no la hallaba. Si no procurara reintegrarlos para concordar la suma, pues los había quitado antes, podríamos pensar, y con cierto derecho, que estos veinte años fueran debidos a un error eventual. ¿O es que, pensando mal, hemos de creer que esto se hizo con malicia, para ocultar el artificio consistente en añadir primero cien años y substraerlos luego, haciendo aun sin necesidad algo semejante, no en los cien años, sino en un número cualquiera, quitado antes y añadido después? Tómese esto como quiera, créase o no, sea o no sea así, a mí no me cabe la menor duda que esto se hizo rectamente y con el fin de que, cuando haya variantes en los códices, puesto que históricamente ambos no pueden ser verdaderos, se dé más fe a la lengua original, de la que arrancan las traducciones[163].

Además, tres códices griegos, uno latino y otro sirio, están acordes entre sí, y en ellos se lee que Matusalén murió seis años antes del diluvio[164].

## CAPÍTULO XIV

### **Los años han sido siempre iguales**

1. Pasemos ahora a ensayar el modo de evidenciar que aquellos años no eran tan breves que diez de ellos completen uno nuestro, sino que los años de la larga vida de aquellos hombres eran tan largos como los actuales (regulados también por el curso del sol). En primer lugar, está escrito que el año seiscientos de la vida de Noé tuvo lugar el diluvio. ¿Por qué, si aquel año tan reducido, diez de los cuales hacen uno nuestro, tenía treinta

[163] Todas estas reglas las ha recogido luego la hermenéutica, tanto histórica como escriturística. Y he aquí otra apuntada también en el texto: el códice más antiguo es el mejor, porque es el que menos erratas puede contener, pues ha tenido menos copistas y es más difícil en pocas copias cometer muchas erratas.

[164] En *Quaestiones in Heptateucum* (I q.2) presenta así esta cuestión: *Quaeri solet, quomodo Mathusalam secundum annorum computationem vivere post diluvium potuerit, cum omnes, praeter eos qui in arcam ingressi sunt, periisse dicantur. Sed hanc quaestionem plurium codicum mendositas peperit. Non solum quippe in hebraeis aliter invenitur; nerum etiam in Septuaginta interpretatione, Mathusalam in codicibus paucioribus, sed veracioribus, sex annos ante diluvium reperitur fuisse defunctus.*

y seis días, se lee en este lugar: *Y el agua del diluvio vino sobre la tierra en el año seiscientos de la vida de Noé, el mes segundo, el día veintisiete del mes?* Si ese año tan breve tomó nombre de la antigua usanza, o no tiene meses, o su mes es de tres días, para tener doce meses. ¿Cómo o por qué se dijo *el año seiscientos del mes segundo, el día veintisiete del mes,* sino porque los meses entonces eran tales cuales son ahora?

De otra suerte, ¿a qué viene el decir que el diluvio comenzó el día veintisiete del mes segundo? De igual modo, al fin del diluvio se lee: *Y el arca el mes séptimo, el día veintisiete del mes, enquilló sobre los montes de Ararat. Y el agua iba descendiendo hasta el mes undécimo, y en el mes undécimo, el primer día del mes, aparecieron las cumbres de los montes.* Luego, si los meses eran iguales que los nuestros, también lo eran, sin duda, los años, puesto que meses de tres días no pueden tener veintisiete días. Y si se llamaba día a la trigésima parte de tres días, disminuyendo así todo proporcional mente, síguese que aquel enorme diluvio que, según la Escritura, duró cuarenta días y cuarenta noches, se redujo a cuatro días no completos de los nuestros. ¿Quién aguantará tal absurdo y disparate?

En consecuencia, deséchese este error, que de tal forma pretende construir sobre una conjetura falsa el edificio de la fe en nuestras Escrituras, que lo destruye. El día era evidentemente entonces igual que ahora, constaba de veinticuatro horas, y el mes lo mismo que el actual, y se contaba por el principio y el fin de la luna; y el año era también igual, y se componía de doce meses lunares, a los que había que añadir cinco días y seis horas para ajustarse al curso solar. Según esto, es cierto también que el diluvio comenzó el mes segundo del año seiscientos de la vida de Noé, el día veintisiete de ese mismo mes. Además, el diluvio se prolongó durante cuarenta días con inmensas lluvias, y estos días no tenían dos horas o poco más, sino veinticuatro.

Como conclusión, diremos que los antiguos vivieron más de novecientos años y que los años eran todos iguales, tanto los ciento setenta y cinco que vivió Abrahán, como los ciento cincuenta que vivió Jacob, como los ciento veinte que vivió Moisés, como los setenta u ochenta o no muchos más que viven los hombres, de quienes está escrito: *Y lo que pasa de eso, trabajo y dolor.*

2. Sin embargo, la diferencia numérica que se registra entre los códices hebreos y los nuestros está acorde en afirmar la longevidad de los antiguos. Y cuando haya una diversidad incompatible con la verdad en ambos, debe creerse, como más fiel, la lengua original, de la que procede nuestra versión. Mas no carece de misterio que, pudiendo cualquiera de cualquier

nacionalidad poner sus manos en los Setenta en los casos en que varían de los otros, no se haya atrevido nadie a corregirlos, fundado en los códices hebreos. Esto prueba que la variante no se tiene por mentira, y yo mismo pienso que no debe tenerse por tal. Donde no haya error del copista y el sentido esté a tono con la verdad, debe creerse que quisieron decir algo nuevo movidos por el Espíritu divino y anunciar la verdad, no a modo de intérpretes, sino con libertad de profetas.

Por eso, cuando los apóstoles aducen testimonios de las Escrituras, usan no sólo los textos hebreos, sino también los Setenta[165]. Sobre esto he prometido hablar más detenidamente, con la ayuda de Dios, en lugar más oportuno, y ahora voy a concluir lo que hace al caso. Y digo que nadie debe poner en duda que el primogénito del primer hombre pudo constituir una ciudad en una época en que los hombres vivían tan largo tiempo. Y esta ciudad es la terrena, bien diferente de la Ciudad de Dios, para escribir de la cual me he impuesto la ruda tarea de obra tan enorme.

## Capítulo XV

## ¿Cuándo cohabitaron por primera vez los hombres de los primeros tiempos?

1. ¿Es creíble —dirá alguno— que un hombre apto para la generación y sin propósito de guardar continencia se abstuviera de la cohabitación carnal ciento y pico de años, o no mucho menos, según los hebreos, ochenta, setenta o sesenta, o que, si no se abstuvo, no pudo engendrar hijos? A esta cuestión se pueden dar dos soluciones: o la pubertad fue proporcional, siendo tanto más tardía cuanto mayor fue la añosidad de la vida, o —y esto me parece más aceptable— no se mencionan aquí los primogénitos, sino los que pedía el orden de sucesión para llegar a Noé, del cual se retornó a Abrahán. Y después se hizo esto hasta cierto tiempo, cuanto convenía señalar con las generaciones mencionadas el curso de la gloriosísima Ciudad de Dios, que peregrina en este mundo en busca de la patria soberana.

---

[165] Agustín parece admitir inspiración también en los traductores, concretamente en los Setenta. Sabido nos es ya el aprecio que de ellos hace, pero es exagerado. Que alguna traducción haya sido canonizada por la Iglesia, no implica tampoco que esté inspirada, sino que el que está inspirado es el hagiógrafo auténtico y verdadero, no el traductor o el intérprete.

Es innegable que Caín fue el primer hijo nacido de la unión carnal entre el hombre y la mujer, porque, si no hubiera sido asociado a ellos, no hubiera dicho Adán, al nacerle, lo que dijo: *He adquirido un hombre por gracia de Dios.* A éste siguió Abel, víctima de su hermano. El es, en cierta manera, figura de la peregrina Ciudad de Dios, y muestra que ella ha de padecer inicuas persecuciones, debidas a los impíos y terrígenas hasta cierto punto, es decir, a los amadores del origen terreno, que gozan de la efímera felicidad de la ciudad terrena. Lo que no aparece tan claro es a qué edad los engendró Adán. A partir de aquí se van entreverando las generaciones de Caín y las del otro hijo de Adán que vino a llenar el vacío de su hermano, a quien llamó Set, diciendo estas palabras: *Dios me ha suscitado otro hijo en lugar de Abel, a quien mató Caín.*

Así, insinuando en órdenes inversos estas dos generaciones, una de Set y otra de Caín, las dos ciudades de que tratamos, la celestial, que peregrina en la tierra, y la terrena, anhelosa y apegada a los goces terrenos, como si fueran los únicos existentes, la Escritura, al hacer la recensión desde Adán hasta la octava generación, en la rama de Caín no expresa en ninguno los años que tenía cuando engendró al siguiente hijo que se pone en lista. Porque el Espíritu de Dios no quiso resaltar en las generaciones de la ciudad terrena los años anteriores al diluvio. Prefirió, en cambio, ponerlos de relieve en las generaciones de la ciudad celestial, como más dignos de recordación. Por eso, cuando nació Set, no silenció la Escritura los años que tenía su padre, que ya había engendrado otros hijos; pero ¿quién osará afirmar que sólo a Caín y a Abel? Porque, de que sean los únicos puestos en la lista de las generaciones, no se sigue necesariamente que fueran los únicos engendrados hasta entonces por Adán. ¿Quién que esquive la nota de temerario se atreverá a decir cuántos fueron sus hijos, leyendo en la Escritura que engendró hijos e hijas, cubriendo los nombres de los demás con el manto del silencio? Muy bien pudo decir, por tanto, Adán, después del nacimiento de Set, por inspiración divina: *Dios me ha suscitado otro hijo en lugar de Abel*, porque éste iba a conformarse y a completar la santidad del otro, no porque naciera inmediatamente después de él. Asimismo, cuando está escrito: *Y vivió Set doscientos cinco años,* o, según el hebreo, *ciento cinco años y engendró a Enós,* ¿quién afirmará, sino el temerario, que éste fue el primogénito? Con un gesto de admiración en nuestros rostros, preguntaríamos, y con razón, si es creíble que, sin propósito de guardar continencia, no hubiera hecho uso del matrimonio durante tantos años, o que, casado, no engendrara, siendo así que también de él se lee: *Y engendró hijos e hijas, y fueron todos los días de Set novecientos doce años, y murió.* Lo mismo hace en los demás que cita, no omitiendo que engen-

draron hijos e hijas. Por eso no está claro si el hijo que menciona en cada caso es el primogénito, amén de que no es creíble que los padres en edad tan avanzada fueran impúberes o no tuvieran mujer e hijos ni que los citados fueran los primeros nacidos. Simplemente hay que decir que, como la intención del autor de la historia sagrada era llegar, notando los tiempos, a través de las generaciones, hasta el nacimiento y la vida de Noé —época del diluvio—, no mencionó las primeras generaciones inmediatas a sus padres, sino las que exigía el orden de la narración genealógica.

2. A modo de ejemplo, voy a hacer un paréntesis para aclarar esta idea y para que nadie dude de la posibilidad de la misma. El evangelista San Mateo, recorriendo la genealogía carnal de Cristo a través de sus padres y comenzando por Abrahán, con intención de llegar a David, dice: *Abrahán engendró a Isaac.* ¿Por qué no dijo Ismael, que fue su primer hijo? *Isaac* —prosigue el evangelista— *engendró a Jacob.* ¿Por qué no dice Esaú, que fue su primogénito? La razón es que por ellos no podía llegar a David. He aquí, pues, el motivo. Luego añade: *Jacob engendró a Judá y a sus hermanos.* ¿Fue acaso Judá el primogénito? *Judá* —agrega— *engendró a Fares y a Zarán; y* ninguno de éstos fue su primogénito, pues ya había engendrado antes otros tres.

En conclusión, en la lista de las generaciones se hace mención sólo de aquellos a través de los cuales arribará a David y desde éste al término de su propósito. Y esto nos permite sospechar que los antiguos, antes del diluvio, mencionaron no a los primogénitos, sino a aquellos cuyas ordenadas y sucesivas generaciones llevaran al patriarca Noé. De este modo no nos devanará los sesos la cuestión obscura y superflua de una pubertad tardía en los hombres de entonces.

## Capítulo XVI

## El derecho conyugal en los primeros matrimonios

1. La necesidad que el género humano tenía del enlace entre hombres y mujeres para multiplicarse por generación después de la primera unión entre el varón, hecho del polvo, y la mujer, formada de su costilla, y la falta de hombres, pues sólo existían los hijos de estos dos, dieron margen a que los hombres tomaran por esposas a sus hermanas. Y esto, cuanto más antiguamente se hizo a exigencias de la necesidad, tanto más condenable

se trocó después con el veto de la religión[166]. En todo lo cual se tuvo muy en cuenta la caridad. De esta suerte, los hombres, cuya concordia es provechosa y buena, se ligan entre sí con diferentes lazos de sangre y no se dan cita muchos en uno solo, sino que cada uno va difundiéndose en otros, teniendo así las personas muchos lazos comunes y amistándose más y más la vida social. Padre y suegro son nombres que designan dos parentescos. Teniendo, pues, cada cual a uno por padre y a otro por suegro, se hace más extensiva y numerosa la caridad. Adán se vio obligado a ser las dos cosas para sus hijos e hijas, cuando hermanos y hermanas se casaban entre sí. De igual modo, Eva, su mujer, fue para sus hijos e hijas suegra y madre. Si hubieran existido entonces dos mujeres, y una fuera la madre y otra la suegra, la amistad social se habría extendido más. Asimismo, la hermana, al hacerse esposa, se tornaba sujeto de dos parentescos. Estos, distribuidos de forma que fuera una la hermana y otra la esposa, aumentarían con el número de hombres la unión social. Mas entonces, cuando sólo existían los hijos de los dos primeros padres, no podía ser realidad esto.

En consecuencia, cuando, por ser ya numerosos los seres humanos, fue posible esto, debieron tomar por mujeres a personas que no fueran hermanas, y la necesidad ya no excusaría de hacer esto, sino que el hacerlo sería un crimen horrendo[167]. Porque, si los nietos de los dos primeros padres, que podían ya tomar por esposas a sus primas, se unieran en matrimonio con sus hermanas, contraerían no dos, sino tres parentescos, debiendo, por tanto, ir separándose cada uno del tronc0 común para prender la caridad en más gente. En este caso, un mismo hombre sería para sus hijos, es decir, para los esposos que eran hermano y hermana, padre, suegro y tío, y, asimismo, su mujer, para los hijos comunes, sería madre, suegra y tía, y los hijos entre sí serían no sólo hermanos y cónyuges, sino además primos, porque son hijos de hermanos. En cambio, estos parentescos, que unían tres hombres a uno solo, unirían nueve si estuvieran repartidos en distintos sujetos. Así, un solo hombre tendría a una por hermana, a otra por

[166] Confiesa que el incesto es uno de los pecados más horrendos contra el sexto mandamiento. Pero la necesidad obligó a que se permitiera en los primeros tiempos; mas la piedad lo execra como crimen horrendo y digno de reproche.

[167] Funda la malicia del incesto, primero, como antes ha dicho, en la piedad cristiana de la familia, y segundo, en la difusión de la caridad y concordia social. Al principio fue necesidad, pero ahora la caridad exige lo contrario. Y obrar contra esta ley de caridad es un crimen. Si de hecho —parece decir— se permitieran esos casamientos entre familiares, la concordia social se desharía y quedaría reducida a unos pocos, sin mirar para nada por los demás. Y en esto ve San Agustín un fundamento muy adecuado para reprobar el pecado de incesto.

esposa y a otra por prima; a uno por padre, a otro por tío y a otro por suegro; y a otra por madre, a otra por tía y a otra por suegra, extendiéndose de esta forma los vínculos sociales, no coartados a una poquedad, sino alargados a afinidades amplias y numerosas.

2. Una vez acrecido y multiplicado el género humano, vemos observada esta ley aun entre los idólatras. Aunque no faltan leyes subversivas que permiten los matrimonios entre hermanos, con todo, una costumbre más loable ha proscrito esta licencia, y, a pesar de haber sido lícito en los orígenes del género humano casarse hermano con hermana, se aparta de esto, como si nunca hubiera sido practicado. Es indudable que la costumbre causa una honda impresión en el sentido humano, y tergiversarla o ir contra ella, que en este caso frena los excesos de la concupiscencia, se considera como una injusticia suma. Porque, si es injusto meterse en campo ajeno llevado de la avidez de poseer, ¿cuánto más lo será traspasar las fronteras de las costumbres en brazos de la libido carnal? Sabemos por propia experiencia que, debido a la costumbre, aun en nuestros días son muy raros los casamientos entre primos, por ser un grado de parentesco rayano en el fraterno, aunque las leyes lo permiten, pues que la ley divina no lo prohibió y la humana aún no lo había prohibido[168]. Sin embargo, una acción aún lícita se condenaba por frisar en lo ilícito, porque les parecía que hacer eso con una prima era casi hacerlo con una hermana, ya que también los primos se llaman hermanos de sangre y son casi hermanos carnales.

Así vemos que los antiguos patriarcas pusieron gran empeño en no dejar alejarse y desaparecer el parentesco, perdiéndose poco a poco en los grados genealógicos, y en aproximarlo con un nuevo matrimonio si se había separado, dando estado otra vez, en cierto modo, al parentesco que se esfumaba. Por eso, una vez poblado ya de hombres el mundo, gustaban de desposarse no con hermanas por parte de padre, de madre o de los dos, sino con personas de su estirpe. Mas ¿quién dudará que en nuestros días es más honesta la prohibición de los casamientos entre primos? Y esto no sólo por las razones aducidas, por multiplicar los parentescos y porque no se

[168] Aun hoy se conserva esta costumbre, y sólo en raros casos se permiten con dispensa estos matrimonios. La ley que prohibía esos casamientos fue promulgada, y la alaba Aurelio Víctor, en Teodosio y San Ambrosio también. Quizá esté expresada por Agustín en las palabras siguientes: *Verum quis dubitet honestius hoc tempore etiam consobrinorum prohibita esse coniugia?* Esta ley se atribuye a Teodosio, pero en el Código de Teodosio parece imputarse a Constancio. Más tarde fue dispensada por algunos césares.

den dos en una misma persona, pudiendo ser dos los sujetos y aumentar así el número de vínculos sociales, sino también porque el pudor tiene un no sé qué natural y loable, que no permite unirse a aquella que merece un honor respetuoso por el parentesco, pues de la libido, aunque generadora, vemos que se avergüenza hasta la misma honestidad conyugal.

3. En efecto, la cópula carnal entre el hombre y la mujer, desde el punto de vista social, es, diríamos, una especie de semillero de la ciudad [169]. La ciudad terrena precisa únicamente de la generación; en cambio, la celestial requiere, además, la regeneración, para subsanar la dentellada de la generación.

La historia sagrada no dice una palabra sobre la existencia de algún signo corporal y sensible de la regeneración antes del diluvio[170], y, de haberlo, sobre cuál fue, como la circuncisión, que se prescribió más tarde a Abrahán. Sin embargo, no calla que los patriarcas más antiguos ofrecieron sacrificios a Dios, cosa que hicieron también los dos primeros hermanos. De Noé mismo se lee que, después de salir del arca, ofreció sacrificio a Dios. Sobre este punto ya hemos hablado en los libros precedentes, y hemos dicho que por este medio se arrogaron la divinidad los demonios y se creyeron dioses, anhelosos de exigir el sacrificio y gozar de estos honores, sabiendo que el verdadero sacrificio se debe al Dios verdadero.

## CAPÍTULO XVII

## Un tronco con dos ramas príncipes

Como Adán era el padre de estas dos clases de hombres, a saber, de aquel cuya serie compone la ciudad terrena, y del otro, cuya línea integra la ciudad celestial, al morir Abel y encarecer en su muerte un gran misterio, quedaron constituidos dos padres de cada rama, Caín y Set. En la descendencia de éstos, que precisaba ser mencionada, se fueron descubriendo en el linaje humano indicios más evidentes de las dos ciudades. En efecto, Caín engendró a Henoc y fundó en su nombre una ciudad, la terrena, no

[169] Esta idea es de un alcance incomprensible. Sublima la dignidad del matrimonio hasta el cenit de la gloria. La acción de los padres como instrumentos en manos de Dios para colmar su Ciudad de ciudadanos santos es necesaria en la presente economía. ¡De cuántos disgustos y sinsabores privaría el matrimonio a los casados, y aún a los que no lo están, de entenderlo en esta significación tan cristiana!

[170] El mismo pensamiento puede verse en *Contra Iulianum* V 45.

peregrina en este mundo, sino apoltronada en su paz y felicidad temporales. Caín significa Posesión. Por eso, cuando nació, dijo su padre o su madre: *He adquirido un hombre por la gracia de Dios.* Y Henoc significa Dedicación, pues que la ciudad terrena está dedicada en este mundo, donde fue fundada y donde tiene el fin que pretende y apetece.

Set significa, en cambio, Resurrección, y Enós, su hijo, Hombre; pero hombre no en el mismo sentido que Adán (pues también este nombre significa hombre). Al parecer, es el nombre común usado por el hebreo para designar al varón y a la mujer. Así está escrito de él: *Los hizo varón y mujer y los bendijo y les puso por nombre Adán.* De donde se sigue que Eva fue, sin duda, el nombre propio de la mujer, siendo Adán, que significa Hombre; nombre común a ambos. Enós, sin embargo, significa Hombre, pero, según los peritos en esa lengua, no puede aplicarse a la mujer, pues es hijo de la Resurrección, y en ella ni se casan ni toman esposas, porque a donde lleva la regeneración no habrá generación. Yo creo que no estará de más hacer notar que, en las generaciones descendientes de Set, cuando se dice que engendró hijos e hijas, no se expresa por su nombre ninguna mujer justamente por esa razón, mientras que en las descendientes de Caín al final da la última mujer engendrada. Así se lee: *Matusael engendró a Lamec, y Lamec tomó dos mujeres, la una llamada Ada y la otra Sella. Ada parió a Jobel. Este es el padre de los que habitan en las cabañas de los pastores. Y tuvo un hermano llamado Jubal, que fue el inventor del salterio y de la cítara. Sella parió a Tobel, que era un artista en hierro y cobre. Noema fue hermana de Tobel.* Esta cierra las generaciones de Caín. Desde Adán inclusive son ocho, a saber, siete hasta Lamec, que tuvo dos mujeres, y la octava es la generación que se prolonga en sus hijos, entre los cuales se enumera una mujer. En esto se deja insinuar con elegancia que la ciudad terrena ha de tener hasta el fin generaciones carnales, provenientes de la unión sexual entre hombres y mujeres. Por este motivo se expresan con sus nombres propios las mujeres del último padre de la serie en lista, cosa no usada antes del diluvio, a excepción de Eva. Así como Caín, que significa Posesión, fundador de la ciudad terrena, y su hijo Henoc, en cuyo honor fue fundada, que significa Dedicación, evidencian que esa ciudad tiene un principio y un fin terrenos y que limita sus esperanzas a este mundo visible, así del hijo de Set, que significa Resurrección y que es el padre de las generaciones mencionadas por separado, debe considerarse lo que dice la historia sagrada.

## Capítulo XVIII

## Relaciones figurativas de Abel, Set y Enós con Cristo y con su Cuerpo, es decir, con la Iglesia

*También a Set* —dice la Escritura— *le nació un hijo, al que puso por nombre Enós. Ese puso su esperanza en invocar el nombre del Señor.* He aquí la voz y el testimonio de la verdad. El hombre, hijo de la resurrección, vive en esperanza, mientras la Ciudad de Dios, que nace de la fe en la resurrección de Cristo, peregrina en este mundo. Así, pues, la muerte y la resurrección de Cristo están figuradas en aquellos dos hombres, en Abel, que significa Duelo, y en Set, su hermano, que es igual a Resurrección. De esta fe nace la Ciudad de Dios, es decir, el hombre que puso su esperanza en invocar el nombre del Señor. *Porque* —como dice el Apóstol —*somos salvos por la esperanza. Y no se dice que uno tenga esperanza de lo que ya se ve, pues lo que uno ve, ¿cómo lo podrá esperar? Por tanto, si esperamos lo que no vemos todavía, lo aguardamos gracias a la paciencia.* En efecto, ¿quién no pensará que aquí hay un profundo misterio? ¿No es verdad que Abel puso su esperanza en invocar el nombre del Señor, pues, según la Escritura, su sacrificio fue acepto a Dios? ¿No es verdad que Set puso también su esperanza en invocar el nombre del Señor, pues de él se dijo: *Me ha suscitado Dios otro hijo en lugar de Abel?* ¿Por qué, pues, se atribuye de un modo especial a éste lo que es común a todos los buenos sino porque convenía que, en el primer hijo nacido, según la narración, del padre de los predestinados a la mejor parte, es decir, a la Ciudad soberana, se prefigurase el hombre, o sea, la sociedad de hombres que viven en la realidad de la felicidad terrena, no según el hombre, sino según Dios, en espera de la felicidad eterna?

Así, no se dijo: Este esperó en el Señor, o: Este invocó el nombre del Señor, sino: *Este puso su esperanza en invocar el nombre del Señor.* ¿Qué es *puso su esperanza en invocar* sino una profecía según la cual el pueblo que había de proceder de él invocaría el nombre del Señor, en conformidad con la elección de la gracia? Esto mismo lo dijo otro profeta, y el Apóstol lo entiende de este pueblo que pertenece a la gracia de Dios: *Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo.* Este pasaje: *Y le dio por nombre Enós, que significa hombre,* y el siguiente: *Este puso su esperanza en invocar el nombre del Señor,* muestran bien a las claras que el hombre no debe fijar en sí su esperanza. *Maldito todo aquel que pone su esperanza en el hombre,* se lee en otra parte. Por consiguiente, no debe tampoco po-

nerla en sí mismo, con el fin de ser ciudadano de otra ciudad que no está dedicada en el tiempo según los hijos de Caín, es decir, no lo está en el curso torrentoso de este siglo mortal, sino en la inmortalidad de la felicidad eterna.

## CAPÍTULO XIX

### ¿De qué es figura la traslación de Henoc?

Esta línea, cuyo padre es Set, tiene también en una de sus generaciones, en la séptima, contado Adán, un nombre que significa Dedicación. Henoc es el séptimo nacido de Set y significa Dedicación[171]. Pero éste, tan grato a Dios, fue trasladado al cielo, y en el orden de las generaciones goza de un rango notable por ser el séptimo desde Adán, día en que se consagró el sábado. Y es a la vez el sexto, día en que fue hecho el hombre y remató Dios todas sus obras, a contar desde Set, es decir, después del padre de las generaciones separadas de la línea de Caín.

La traslación de Henoc figura el aplazamiento de nuestra dedicación, hecha ya en Cristo, nuestra Cabeza, que ha resucitado para no morir más y ha sido también trasladado. Aún queda, sin embargo, otra dedicación, la de toda la casa que tiene por fundamento a Cristo, que se difiere hasta el fin, en que se efectuará la resurrección de todos los que no han de morir más. Importa poco para nuestro caso decir casa de Dios, templo de Dios o ciudad de Dios, pues que todos los términos son corrientes en nuestra lengua. El mismo Virgilio llama ciudad muy imperiosa a la casa de Asáraco, designando con este nombre a los romanos, que traen su origen de Asáraco a través de los troyanos. La llama también casa de Eneas, porque los troyanos, que fundaron Roma, arribaron a Italia con Eneas al frente. El poeta ha imitado en esto a las sagradas Letras, que llaman al numeroso pueblo de los hebreos casa de Jacob[172].

---

[171] Valga de una vez para siempre. La interpretación que da de los nombres está tomada de las expresiones de la misma Biblia. Sabemos, por nuestra parte, que los nombres que solían dar eran precisamente correspondientes a las cosas significadas, y por eso ahora Agustín puede, usando de interpretación simbólica y figurada, aplicarlos en un sentido mesiánico.

[172] No es creíble que el poeta, para emplear esta imagen, imitara o recurriera a las Sagradas Letras, siendo tan corriente en el lenguaje ordinario. Se explica que quiera

## CAPÍTULO XX

## Una dificultad en las generaciones

1. Alguien dirá: Si la intención del historiador en la enumeración de las generaciones de Adán por la línea de Set era llegar a Noé, en vida del cual tuvo lugar el diluvio, y desde él tornar a tejer la lista de generaciones hasta Abrahán, por el que comienza el evangelista San Mateo las generaciones que rematan en Cristo, Rey eterno de la Ciudad de Dios, ¿qué intentaba en las generaciones de Caín y hasta dónde pretendía llevarlas?

Contestación: Hasta el diluvio, en que fue destruida toda la raza de la ciudad terrena, restaurada luego por los hijos de Noé. Esta ciudad terrena y esta sociedad de hombres que viven según el hombre subsistirán hasta el fin del mundo, y de ella dice el Señor: *Los hijos de este siglo engendran y son engendrados.* Pero la regeneración conduce a la Ciudad de Dios, peregrina en este mundo a otro, en el que sus hijos ni engendran ni son engendrados. Luego aquí es común a las dos ciudades el engendrar y el ser engendrado, si bien la Ciudad de Dios tiene en este mundo muchos miles de ciudadanos que se abstienen de la generación, y la otra tiene también algunos que la imitan en esto, aunque van errados.

A la ciudad terrena pertenecen además quienes, desviándose de la fe, han planteado e implantado diversas herejías y viven, por tanto, según el hombre, no según Dios. Los gimnosofistas indios, que, según cuentan, filosofan desnudos en las selvas de la India, son también ciudadanos suyos y, con todo, se abstienen de la generación[173]. Porque la continencia no es un bien sino cuando se guarda en conformidad con la fe en el sumo bien, que es Dios[174]. Sin embargo, nadie practicó esto antes del diluvio, pues se lee que el mismo Henoc, séptimo. desde Adán, arrebatado del mundo, no muerto, engendró hijos e hijas antes de ser trasladado. Entre éstos se cuenta Matusalén, que es el eslabón de enlace de las generaciones a recordar.

---

llevar el agua a su molino, pero hemos de hacer notar que en este pasaje no hay motivo para ello.

173 De ellos habla en el 1.14 c.17, aunque de paso. Allí hemos anotado ya qué son esos filósofos.

174 Parece reprobar el abstenerse de la generación si no es por una entrega total a Dios, por amor del Sumo Bien. El orden natural así lo exige. El Apóstol mismo cree que, al que no lo haga por amor de Dios, le será muy difícil mantenerse sin cometer pecado, y por eso dice que es mejor casarse que abrasarse. Pero San Agustín no alude para nada aquí a esa cuestión tan debatida de las virtudes de los paganos.

2. ¿Por qué, pues, se citan tan pocos sucesores en las generaciones de Caín, si era preciso prolongarlas hasta el diluvio y se daba un tiempo muy largo, anterior a la pubertad, en el que se abstenían de la generación cien años o más? Si el autor de este libro no tenía en cartera alguno al cual pretendiera arribar por la serie de generaciones, como en los descendientes de Set quiso llegar a Noé para desde éste acelerar de nuevo la marcha en su lista, ¿qué necesidad tenía, habiendo sido destruida toda la descendencia de Caín, de pasar en silencio los primogénitos para llegar a Lamec, que cierra esta textura con sus hijos? Es decir, se cierra en la octava generación desde Adán y séptima desde Caín, como si a éste hubiera de unir algo después para arribar, o al pueblo de Israel, en el que la Jerusalén terrena brindó una figura profética de la Ciudad celestial, o a Cristo según la carne, que es Dios eternamente bendito sobre todas las cosas, Fundador y Rey *de la Jerusalén* soberana.

Esto podría hacer creer que en esa lista genealógica se nombran los primogénitos. Pero ¿por qué son tan pocos? Pues no pudieron ser solamente ésos hasta el diluvio no absteniéndose los padres de la generación hasta una pubertad centenaria, si es que entonces la pubertad tardía no estaba en proporción directa con la longevidad.

Supuesto que tuvieran todos treinta años cuando comenzaron a engendrar, ocho por treinta (pues son ocho las generaciones, contados Adán y los hijos de Lamec) son doscientos cuarenta años. Y ¿es posible que no hayan engendrado todo el tiempo que media hasta el diluvio? En una palabra, ¿por qué el autor no quiso mencionar las generaciones siguientes? Desde Adán hasta el diluvio se computan, según nuestros códices, dos mil doscientos sesenta y dos años, y según los hebreos, mil seiscientos cincuenta y seis. Y, por pensar que el número menor es más verdadero, restemos de mil seiscientos cincuenta y seis años doscientos cuarenta; pregunto: ¿Es creíble que, durante mil cuatrocientos años y pico, que faltan hasta el diluvio, los descendientes de Caín no engendraran hijo alguno?

3. A quien esto le inquiete, recuerde que, cuando pregunté si es creíble que los primeros hombres se abstuvieran durante tantos años de la generación, propuse dos soluciones: una, que lo explicaba por una pubertad tardía en proporción con la larga vida de ellos; y otra, que suponía que los hijos mencionados en las listas no son los primogénitos, sino los que venían bien al autor para conseguir su intento.

Según esto, si en las generaciones de Caín no se da esta intención de llegar a uno concreto a través de los referidos, silenciados los primogénitos, aún nos queda el asidero de la pubertad tardía. Esto equivaldría a decir

que hubo un tiempo en que llegaban a ser púberes y aptos para la generación después de los cien años, de forma que la lista genealógica apunta los primogénitos, y así hasta el diluvio se completó ese número tan desorbitado de años. Sin embargo, pudo también suceder que, por otra causa más profunda que se me oculta, se encareciera la ciudad terrena, finalizando sus generaciones en Lamec y sus hijos, dejando el autor de comentar las demás que posiblemente existieron hasta el diluvio[175].

Independientemente de esto, que nos hace pensar en una pubertad tardía en aquellos hombres, y para excluirlo, puede ser también causa de que la lista de las generaciones no siga la línea de los primogénitos el que la ciudad fundada por Caín en nombre de su hijo Henoc dilatara sus dominios y tuviera muchos reyes, no a la vez, sino uno tras otro, sucesores que se iban engendrando los mismos reyes. Caín pudo ser el primero de estos reyes, y su hijo Henoc, en cuyo nombre fundó esta ciudad, el segundo. El tercero, Gaidad, hijo de Henoc; el cuarto, Manihel, hijo de Gaidad; el quinto, Matusael, hijo de Manihel, y el sexto, Lamec, hijo de Matusael, que hace el número siete desde Adán por la línea de Caín. Además, no era necesario que sucedieran en el trono los primogénitos de los reyes a sus padres, sino aquellos a quienes el mérito por alguna virtud útil a la ciudad terrena, o la buena suerte, les hiciera acreedores a la corona; o mejor todavía, que sucediera con cierto derecho hereditario el hijo más amado del padre.

Con todo, pudo muy bien tener lugar el diluvio en vida y durante el reinado de Lamec, pereciendo con él todos los hombres, exceptuados los que se acogieron al arca. Ni es de maravillar que en un comedio de tantos años y durante tanto tiempo transcurrido desde Adán hasta el diluvio, no fueran numéricamente iguales las generaciones de las dos ramas, siendo por la línea de Caín siete, y por la de Set, diez. Como he dicho ya, Lamec hace el número séptimo a contar desde Adán, y Noé, el décimo. Y no se cita un solo hijo de Lamec, como en las generaciones precedentes, sino muchos, justamente porque era incierto quién había de sucederle si entre su muerte y el diluvio hubiera aún tiempo útil para reinar.

4. Sin embargo, sea cualquiera el modo como se cuenten las generaciones de Caín, por los primogénitos o por los reyes, paréceme que por ningún motivo debo pasar en silencio que, haciendo Lamec el número siete

---

[175] Cree que se enumeran solamente las generaciones de Caín que debían ser castigadas por el fratricidio. Así escribe Josefo en *Ant. Iud.* I 2,1: *Cain sacrificium celebranti ac poscenti ne ob hoc iram susciperet, saeviorem poenarn homicida relaxavit; maledictumque esse constituit, et eius sobolem usque ad septimam generationem interminatus est esse puniendam.* Caín vivió también hasta este tiempo.

desde Adán, se añaden cuatro hijos suyos para completar el número once, que es el símbolo del pecado. Se añaden tres hijos y una hija. Con todo, las mujeres pueden significar otra cosa, no ésta, que al presente parece se debía encarecer. Ahora hablamos de las generaciones, y de las mujeres se calla su origen.

En efecto, como la ley se encierra en el número diez —de aquí decálogo—, es indudable que el número once denota transgresión de la Ley, porque trasciende el diez, y, por tanto, pecado[176]. Por esta razón mandó Dios hacer once velas de pelo de cabra en el tabernáculo del testimonio, que era como el templo portátil de su pueblo durante el viaje. En el cilicio se recuerdan los pecados por causa de los corderos que han de estar a la izquierda. Así, haciendo penitencia, nos postramos cubiertos de cilicio, como para decir con el Salmista: *Mi pecado está siempre ante mis ojos.*

En conclusión: la descendencia de Adán por la línea del criminal Caín termina con el número once y tiene por remate una mujer, de cuyo sexo trae principio el pecado, que nos ligó a todos a la muerte. Además, a este pecado ha seguido la voluptuosidad de la carne, que resiste al espíritu, pues Noema —nombre de la hija de Lamec— significa voluptuosidad. En cambio, por la línea de Set aparece legítimo el número diez desde Adán a Noé. A este número se añaden los tres hijos de Noé, de los cuales sólo dos fueron bendecidos, porque, al pecar uno, fue excluido como réprobo, y los otros, bendecidos, fueron agregados, intimando de esta manera el número doce. Este número está acreditado también por los patriarcas y por los apóstoles, que son doce, es decir, las partes constitutivas del siete multiplicadas una por otra. Es el resultado de cuatro por tres o de tres por cuatro. Ante esta perspectiva, creo que debemos abordar ya el problema de cómo estas dos líneas, que con distintas generaciones insinúan dos ciudades, una de terrígenas y otra de regenerados, se han ido entremezclando y se han confundido, hasta el extremo de que la humanidad entera se hizo acreedora a perecer por el diluvio, exceptuados sólo ocho hombres.

---

[176] Acude aquí, como en otras muchas ocasiones, al simbolismo de los números. Ya hemos hecho notar esto. Cf. Vélez, *El número en San Agustín* (Madrid).

## CAPÍTULO XXI

### Dos diferentes narraciones, una continua desde Henoc y otra retrospectiva desde Enós

En primer lugar, es preciso presentar el problema: en la lista de las generaciones de Caín se antepone en la narración a Henoc, en cuyo nombre fue fundada la ciudad, a los demás descendientes, y a partir de él se van trabando las otras hasta el final, es decir, hasta que el diluvio hizo desaparecer toda esta rama. En cambio, en la otra, citado Enós, hijo de Set, y sin consignar las siguientes hasta el diluvio, se hace un paréntesis y se dice: *Este es el libro del origen de los hombres. Cuando Dios hizo a Adán, lo hizo a su imagen. Los hizo varón y hembra y los bendijo, y el día que los hizo les dio por nombre Adán.* Tengo para mí que este paréntesis se debe a la intención de comenzar de nuevo desde Adán la recordación de los tiempos, cosa que el autor no quiso hacer en la ciudad terrena, como si Dios la mencionara sin tenerla en cuenta.

Mas ¿por qué se vuelven a esta recapitulación después de haber mencionado al hijo de Set, hombre que puso su esperanza en invocar el nombre del Señor, sino porque era una ocasión propicia para proponer las dos ciudades, una que parte de un homicida y llega hasta otro, pues Lamec también cometió homicidio en sus dos mujeres, y otra que parte de aquel que puso su esperanza en invocar el nombre del Señor? He aquí la única y soberana ocupación que debe tener en esta mortalidad la Ciudad de Dios, peregrina en este mundo, y que ha sido encarecida por un hombre engendrado de aquel en quien revivió el asesinado. Este hombre denota la unidad de la Ciudad soberana, aún no completa, es verdad, pero que recibirá un día su complemento con el precedente de esta prefiguración profética.

¡El hijo de Caín, es decir, el hijo de la Posesión (¿de qué sino de la ciudad terrena?), tomó, pues, nombre de esta ciudad, fundada en su nombre! De éstos es de quienes canta el Salmo: *Invocarán sus nombres en sus mismas tierras.* Y, como consecuencia, lo de otro Salmo: *Señor, en tu ciudad aniquilarás su imagen.* En cambio, ¡el hijo de Set, o sea, el hijo de la Resurrección, ponga su esperanza en invocar el nombre del Señor! De esta sociedad de hombres es figura el que dice: *Yo seré como una oliva fructífera en la casa de Dios, pues que esperé en su misericordia.* No aspire, pues, a la gloria vana de adquirir un nombre famoso sobre la tierra, porque es *bienaventurado aquel que pone su esperanza en el nombre del Señor, y no torna su vista a las vanidades y falaces desatinos del mundo.*

En efecto, después de propuestas las dos ciudades, una en la mortalidad de este siglo y otra en la esperanza de Dios, como salidas ambas de una puerta común, la mortalidad abierta en Adán, para que corran y avancen a su fin específico y debido, comienza la recordación de los tiempos. En esta reseña añade otras generaciones, tornando a comenzar su narración desde Adán, de cuya posteridad condenada, como de masa entregada a justa condenación, ha hecho Dios unos vasos de ira en ignominia y otros vasos de misericordia en honor. Y dio a aquéllos en pena lo merecido, y a éstos en gracia lo indebido, a fin de que la Ciudad soberana aprenda de los vasos de ira a no confiar en su libre albedrío, sino a poner su esperanza en invocar el nombre del Señor. La voluntad fue creada naturalmente buena por la bondad de Dios, pero mudable por el Inmutable, pues fue creada de la nada, y no sólo puede declinar del bien para obrar con su libre albedrío el mal, sino también del mal para obrar el bien, aunque es incapaz de ello sin la ayuda de Dios[177].

## CAPÍTULO XXII

## El pecado de los hijos de Dios. La red del amor a las mujeres extranjeras. el diluvio

Al aumentar y crecer los hombres en posesión de este libre albedrío se obró una mezcolanza y una especie de confusión de las dos ciudades por comunicación de iniquidad. Y este mal, una vez más, tuvo como piedra de toque el sexo débil, aunque no del mismo modo que al principio del mundo. En realidad, en este caso las mujeres no indujeron a los hombres al pecado, seducidas por la falacia de otro, sino que los hijos de Dios, es decir, los ciudadanos de la ciudad peregrina en el mundo, comenzaron a amar por su belleza corporal a estas mujeres, que desde el principio tenían malas costumbres en la ciudad terrena, en la sociedad de los terrígenas. Es cierto que la belleza es un bien y un don de Dios; pero Dios lo da también a los malos precisamente para que los buenos no lo estimen como un gran bien. Así, abandonado el bien supremo, propio de los buenos, llegó Inevitablemente el declinar al bien mínimo, no privativo de los buenos, sino común a buenos y a malos. Los hijos de Dios quedaron prendidos por el amor de las

[177] La ayuda de Dios nos es necesaria para toda obra. Su libro *De natura et gratia* es un comentario a esta idea. En general, todos sus escritos antipelagianos están impregnados de este pensamiento.

hijas de los hombres, y para desposarse con ellas se allanaron a las costumbres de la sociedad terrena y dejaron la piedad que guardaban en la sociedad santa.

La belleza del cuerpo, bien creado por Dios, pero temporal, ínfimo y carnal, es mal amado cuando su amor se antepone al de Dios, bien eterno, interno y sempiterno. Así, cuando un avaro ama el oro abandonando la justicia, el pecado no es del oro, sino del hombre. Y así se ha toda criatura, pues, siendo buena, puede ser amada bien y mal. Es amada bien cuando se guarda el orden, y mal cuando se perturba. He expresado brevemente esta idea en verso en un elogio del Cirio[178]:

> Estas cosas son tuyas y son buenas, porque tú, que eres bueno, las creaste. Nada nuestro hay en ellas sino nuestro pecado, al amar en tu lugar lo creado por ti, invirtiendo el orden.

El Creador, si es verdaderamente amado, es decir, si es amado El, no otra cosa en su lugar, no puede ser amado mal. El amor, que hace que se ame bien lo que debe amarse, debe ser amado también con orden, y así existirá en nosotros la virtud, que trae consigo el vivir bien. Por eso me parece que la definición más breve y acertada de virtud es ésta: la virtud es el orden del amor[179]. A este tenor, la esposa de Cristo, la Ciudad de Dios, canta en el Cantar de los Cantares: *Ordenad en mí la caridad.* Turbado, pues, el orden de esta caridad, es decir, de la dilección y del amor[180], los hijos de Dios se olvidaron de Dios y amaron las hijas de los hombres.

---

[178] Sin duda San Agustín había compuesto estos versos para alguna ceremonia en honor del cirio pascual. Entre los sermones inéditos publicados por Michael Denis en 1792 se halla uno que el editor lo titula *De Cereo Paschali,* en lugar de las palabras *In sabbato sancto* que lleva el manuscrito. Pero este pequeño escrito está sembrado de, comparaciones pueriles, lo cual puede ser una prueba de que no sea del Santo.

[179] La definición ha obtenido ya el rango de lo clásico. Sus aplicaciones en mística y en axiología son innumerables. Con. esta manera de reducir toda la vida espiritual al amor, San Agustín ha logrado el puesto que le corresponde en la mística cristiana. El amor es el fin de todas las obras, y la virtud no es más que el orden del amor. El equilibrio es una de las mayores verdades propaladas por San Agustín. Y el equilibrio exige el orden, pues sin el orden de elementos no puede mantenerse el equilibrio. Cuando luego defina la paz como la tranquilidad del orden, nos viene a especificar algo más la definición de virtud. Max Scheler ha aprovechado también esta idea en su axiología, en su «teoría de valores», montada toda ella sobre esta base.

[180] El orden fue siempre una idea muy cultivada por el Santo. Cf. *De ordine:* esos sondeos en el interior de las cosas por buscar ese algo divino que es el orden, que lleva a Dios. Véase, además, *De doctr. christ.* I 27,28, donde da el orden que debe seguirse en el amor.

Estos dos nombres distinguen suficientemente las dos ciudades. No es que aquéllos no fueran hijos de los hombres por naturaleza, sino que habían comenzado a tener otro nombre por gracia. La misma Escritura, en el pasaje en que dice que los hijos de Dios amaron las hijas de los hombres, llama a los hijos de Dios ángeles de Dios. Esto ha dado pie a muchos para pensar que aquéllos no fueron hombres, sino ángeles.

## CAPÍTULO XXIII

### ¿Qué decir de esta opinión de que fueron ángeles y no hombres?

1. Este punto sobre si pueden los ángeles, siendo espíritus, unirse carnalmente con las mujeres, ya lo he tocado, aunque de paso y sin darle solución, en el libro III de esta obra. La Escritura dice: *Hace a los espíritus sus ángeles;* es decir, de aquellos que son espíritus por naturaleza, hace ángeles suyos, encomendándoles el oficio de anunciar. En griego se dice ἄγγελος —nombre que en latín suena *ángelus* y que se traduce por nuncio—. Pero no es fácil decir si habla de sus cuerpos, cuando añade: *Y sus ministros, fuego abrasador;* o si quiere dar a entender que sus ministros deben arder en la caridad como en fuego espiritual[181]. Con todo, la misma Escritura atestigua que los ángeles se han aparecido a los hombres en cuerpos tales, que no solamente podían ser vistos, sino también tocados. Y aún hay más: es un hecho del dominio público, y que muchos aseguran haberlo experimentado u oído de personas autorizadas que tenían experiencia de ello, que los Silvanos[182] y los Faunos[183], llamados vulgarmente íncubos, han atormentado con frecuencia a las mujeres y saciado con ellas sus pasiones[184]. Además, son tantos y de tal calibre los que afirman que ciertos demonios, llamados por los galos Dusios. han intentado y ejecutado esa

[181] Sabida es, como ya hemos apuntado, lo deficiente que era la angelología en tiempo del Santo. San Agustín aún duda si son espíritus puros, y aun parece atribuirles un cierto cuerpo, aéreo, es verdad, y muy sutil, pero al fin cuerpo. Hasta la gran Escolástica, los ángeles son deficientemente conocidos en su esencia.

[182] Los silvanos eran los dioses tutelares de las selvas.

[183] Y los faunos recibieron su nombre de su rey Fauno. Este reinó en el Lacio antes de la llegada de Eneas y civilizó a sus súbditos, que vivían como fieras. Después de muerto fue considerado como dios y, como a tal, se le concedieron honores divinos.

[184] Cf. 1.6 c.9,2.

torpeza, que negarlo parece descaro. Por eso no me atrevo a zanjar la cuestión de si hay espíritus con cuerpos aéreos (pues también el aire, al ser agitado con un abanico, excita la sensibilidad del tacto y de los demás sentidos) capaces de esta libido, es decir, de tener comercio carnal a su modo con las mujeres.

Con todo, no me allano en modo alguno a creer que los ángeles santos de Dios se despeñaran entonces de esta suerte, ni que habla de ellos el apóstol San Pedro cuando dice: *Porque Dios no perdonó a los ángeles delincuentes, sino que los precipitó en las cárceles obscuras del infierno, reservando su castigo para el juicio.* Me inclino a creer que habla de aquellos que. después de apartarse de Dios, se despeñaron con el diablo, su príncipe, cuya astucia serpentina y envidiosa hizo caer al primer hombre. La Santa Escritura es un testigo abundante en pruebas de que los hombres de Dios son llamados también ángeles. Así, de San Juan está escrito: *He aquí que yo despacho mi ángel ante tu presencia, el cual irá delante de ti preparándote el camino.* Y el profeta Malaquías, por una gracia peculiar suya, o sea, comunicada a él personalmente, se llamó ángel a sí mismo.

2. Sin embargo, algunos no entran por este sentir, porque leemos en la Escritura que de los llamados ángeles de Dios y de las mujeres que amaron, nacieron, al parecer, no hombres de nuestra raza, sino gigantes, como si en nuestros días no nacieran hombres cuyos cuerpos sobrepujan en mucho el módulo ordinario, como poco ha insinué. ¿No es cierto que hace un puñado de años, cuando Roma vio acercarse a sus puertas la devastadora mano de los godos, había allí una mujer, que vivía con sus padres, cuya estatura, en cierto modo gigantesca, sobrepujaba en mucho a los demás? Era admirable el gentío que venía a verla de todas partes. Y lo más maravilloso era que sus dos padres no eran siquiera tipos ordinarios, de la estatura corriente ahora. Pudieron, por tanto, nacer gigantes aun antes de que los hijos de Dios, por otro nombre ángeles de Dios, se mezclaran con las hijas de los hombres, o sea, de los que vivían según la carne, o en otros términos, los hijos de Set con las hijas de Caín[185]. La misma Escritura canónica supone esto en el libro que comentamos. He aquí sus palabras: *Resulta que, después de haberse multiplicado los hombres sobre la tierra y de haberles nacido hijas, viendo los ángeles de Dios que las hijas de los hombres eran*

[185] El problema es ya viejo en la exegesis bíblica; no ha carecido nunca de misterio, y aun hoy está envuelto en los velos del mismo. Esta interpretación dada por Agustín fue promulgada por Junillo Africano, y él la recoge como muy conforme con su tesis general. Pero no es probable siquiera. El punto de los gigantes lo tenemos hoy ya resuelto.

*bellas, tomaron de entre ellas por esposas las que más les agradaron. Y dijo el Señor: Haré desaparecer mi espíritu de estos hombres, porqué son carne. Vivirán sólo ciento veinte años. En aquel tiempo había gigantes sobre la tierra. Y después los hijos de Dios entraron a las hijas de los hombres y les engendraron hijos para ellos, siendo éstos los jayanes de nombradla de aquel tiempo.* Estas palabras del sagrado texto indican con luz meridiana que, cuando los hijos de Dios tomaron por mujeres a las hijas de los hombres, porque eran buenas, es decir, hermosas, ya había gigantes sobre la tierra. La Escritura suele llamar buenos también a los hermosos de cuerpo. Lo cierto es que después de esa acción nacieron gigantes, pues dice así: *En aquel tiempo había ya gigantes sobre la tierra. Y después, los hijos de Dios entraron a las hijas de los hombres.* Luego antes y después de aquel hecho. Lo que añade: *Y les engendraron para ellos,* muestra con suficiencia que primero, es decir, antes de que los hijos de Dios se despeñaran en esos desmanes, engendraban hijos para Dios, no para sí; en otras palabras, no dominados por la libido, sino con miras a la propagación. Y engendraban no hijos para su vanidad, sino ciudadanos para la Ciudad de Dios, a quienes anunciaron, como ángeles de Dios, que pusieran en Dios su esperanza, asemejándose a aquel que nació de Set, que era hijo de la Resurrección y puso su esperanza en invocar el nombre del Señor. En esta esperanza serían, con su posteridad, coherederos de los bienes eternos, y bajo la paternidad de Dios, hermanos de sus hijos.

3. Pero no se ha de pensar que fueron ángeles de Dios tales que no eran hombres, pues la misma Escritura declara abiertamente que fueron hombres. Después de haber dicho que *los ángeles de Dios, prendados de la belleza de las hijas de los hombres, tomaron de entre ellas por esposas las que más les agradaron,* añadió en seguida: *Y dijo Dios: Haré desaparecer mi espíritu de estos hombres, porque son carne.* El espíritu de Dios les había hecho ángeles de Dios e hijos de Dios; pero ellos, por declinar a las cosas inferiores, son llamados hombres, que es nombre de naturaleza y no de gracia, y además son llamados también carne, espíritus desertores y desiertos, por desertar. Los Setenta los llaman ángeles de Dios e hijos de Dios; pero estos nombres no se hallan en todos los códices. Algunos traen solamente hijos de Dios. Aquila, en cambio, el intérprete preferido de los judíos, no traduce ni ángeles de Dios ni hijos de Dios, sino hijos de los dioses[186]. Las dos versiones, creo yo, son verdaderas. Eran hijos de Dios y

[186] Aquila vivió bajo el imperio de Adriano. En un principio dio el nombre al cristianismo, pero luego lo abandonó, dejándose arrastrar por los estudios matemáticos y astrológicos. La Iglesia se vio precisada a separarlo de su cuerpo. Entonces él pasó al

hermanos de sus padres; que tenían, como ellos, a Dios por padre; y eran hijos de los dioses, porque habían sido engendrados por los dioses, con los cuales eran también dioses, según aquello del Salmo: *Yo dije: Sois dioses e hijos todos del Altísimo.*

Es, pues, razonable creer que los Setenta recibieron espíritu profético y que, si en su versión cambiaron algo por propia autoridad y lo expresaron de modo diferente que el original, lo hicieron, sin duda, por inspiración divina. Además, hay que reconocer que en hebreo ese término es ambiguo y que admite, por tanto, las dos traducciones, de hijos de Dios e hijos de los dioses.

4. Omitamos las fábulas de los escritos apócrifos, así llamados porque su origen fue desconocido aun para los Padres, a través de los cuales ha llegado hasta nosotros en sucesión cierta y notoria la autoridad de las veraces Escrituras. Aunque, en realidad, en esos escritos apócrifos se halla alguna que otra verdad, sin embargo, por sus abundantes falsedades carecen de autoridad canónica[187]. No podemos negar que Henoc, séptimo a contar desde Adán, escribió algunas cosas divinas, puesto que el apóstol San Judas lo dice en su Epístola canónica. Mas, no sin razón, no se encuentra en el canon de las Escrituras, que se conservaba en el templo del pueblo hebreo merced al cuidado de los sacerdotes que se iban sucediendo. Su antigüedad dio pie para pensar que eran sospechosos y era imposible saber si eran ésos los escritos del autor que firma, porque no los publicaban personas cuya fidelidad y confianza estuviera garantizada por el orden de sucesión[188].

Por este motivo, a los escritos publicados con su nombre, que contienen fábulas de gigantes cuyos padres no fueron hombres, los prudentes piensan, y con fundamento, que no se les debe fe, así como a muchos otros publicados por herejes con nombres de profetas y más recientemente con

judaismo y comenzó una traducción de la Escritura. Su versión es un poco arbitraria y lleva la oculta intención, según San Epifanio, de restar autoridad a la de los Setenta y extirpar de ella el mesianismo.

187 En este punto y en el anterior, juntamente nos da un criterio de inspiración y también de canonicidad. La tradición es criterio de inspiración y de canonicidad. Antes nos ha dado el criterio para admitir la inspiración en el traductor y ahora nos lo da para admitirla en los hagiógrafos.

188 Este argumento, tan traído y llevado, constituye la prueba más irrefragable de que en su tiempo estaba ya formado el canon de la sagrada Escritura. Y aduce dos razones principales que indujeron a los hebreos a admitir un libro en el canon: 1.ª, la tradición; 2.ª, una fe no sospechosa, una doctrina conforme con la doctrina general y en conformidad con la *regula fidei*, de la que habla con tanta frecuencia.

nombres de apóstoles. Tanto unos como otros han sido privados de autoridad canónica, y después de un esmerado examen, incluidos en el número de los apócrifos.

Es cierto, según las Escrituras canónicas, hebreas y cristianas, que hubo muchos gigantes antes del diluvio y que fueron ciudadanos de la ciudad terrena, y que los hijos de Dios, nacidos de Set según la carne, se volcaron en esta sociedad, abandonando la justicia. No es de maravillar, por tanto, que de ellos pudieran nacer también gigantes, porque, aunque es verdad que no todos eran gigantes, sin embargo, había muchos más entonces que en los tiempos que siguieron al diluvio. Y plugo crearlos ni Hacedor para hacer ver al sabio *que no debe* sobrestimarse ni la belleza, ni el grandor, ni la fortaleza corporal, y que los bienes espirituales e inmortales, que le beatifican, privativos de los buenos, no comunes a buenos y a malos, son muy superiores y estables. Otro profeta, encareciendo esto mismo, dice: *Allí vivieron aquellos famosos gigantes que hubo al principio, hombres de grande estatura* y *diestros en la guerra. Dios no los escogió ni les dio la senda de la ciencia, y perecieron, porque carecieron de la sabiduría, y perecieron por su necedad.*

## Capítulo XXIV

## **¿Cómo debe entenderse «vivirán sólo ciento veinte años?»**

Estas palabras de Dios: *Vivirán sólo ciento veinte años,* no deben entenderse como prenuncio de que en adelante los hombres no habían de vivir más de ciento veinte años, puesto que después del diluvio vivió alguno hasta quinientos. Debe más bien entenderse que Dios dijo esto cuando Noé frisaba en los quinientos años, es decir, hacia el cuatrocientos ochenta de su vida, que, según el estilo de la Escritura, serían, en números redondos, quinientos. Con frecuencia se expresa la parte superior con de todo. Ahora bien, el diluvio tuvo lugar el año seiscientos de la vida de Noé, el mes segundo. Y así, esos ciento veinte años serían los años que restaban de vida a los hombres, que habían de ser aniquilados por el diluvio, terminado ese plazo. No es vano creer que el diluvio arribó cuando no había sobre la tierra más que hombres dignos de ser arrasados con tal muerte vengadora de impíos, y esto no porque tal género de muerte cause en los buenos, que algún día han de rendir también tributo a la muerte, algún mal que pueda dañarles después de la muerte.

Es de notar, a este propósito, que en el diluvio no pereció ninguno de los que la Escritura santa menciona como descendientes de Set. He aquí la causa del diluvio según la narración divina: *Viendo el Señor que los hombres habían acrecido su malicia sobre la tierra y que cada cual pensaba interiormente en hacer mal a diario, se acordó de que había hecho al hombre sobre la tierra, recapacitó y dijo: Raeré de sobre la faz de la tierra al hombre que hice, y desde el hombre hasta la bestia, desde los reptiles hasta las aves del cielo, porque estoy airado de haberlos hecho.*

## CAPÍTULO XXV

## La ira de Dios

La ira de Dios no es en La una turbación del ánimo, sino el juicio por el que castiga el pecado. Su pensamiento y su reflexión es la razón inmutable de las cosas mudables. Porque Dios, que tiene sobre todos los seres un sentir tan estable como cierta es su presciencia, no se arrepiente de sus obras como el hombre. Si la Escritura no usara estas expresiones, su forma no sería familiar hasta cierto punto y a tono con toda clase de hombres, cuyo aprovechamiento pretende. De esta suerte aterra a los soberbios y despierta a los negligentes, ejercita a los investigadores y alienta a los inteligentes, cosa que no hiciera de no inclinarse y abajarse primero a dar su mano a los tendidos. El anunciar la muerte de todos los animales terrenos y volátiles es una imagen de la grandeza de la catástrofe venidera, no una amenaza de muerte hecha a los animales privados de razón, como si también ellos hubieran pecado.

## CAPÍTULO XXVI

## El arca de Noé, símbolo de Cristo y de la Iglesia

1. El mandar Dios a Noé, hombre justo y, según la certera expresión de la Escritura, perfecto en su generación (no con la perfección con que los ciudadanos de la Ciudad de Dios han de igualar en la inmortalidad a los ángeles de Dios, es verdad, pero sí con la perfección de que en esta peregrinación son capaces), que construya un arca para escapar en ella a la devastación del diluvio con los suyos, con su mujer, sus hijos y sus nueras y

con los animales que por mandato de Dios hizo entrar también en el arca, es, sin duda, figura de la Ciudad de Dios que peregrina en este mundo, es decir, de la Iglesia, que se salva por el leño en que pendió el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. Las medidas de su longitud, altura y anchura son un símbolo del cuerpo humano, en cuya realidad vino a los hombres, como había sido predicho. En efecto, la longitud del cuerpo humano desde la coronilla a los pies es seis veces tanta como la anchura que hay desde un costado al otro, y diez veces tanta como la altura, que se mide en el costado desde la espalda al vientre. Así, si mides a un hombre tendido boca abajo o boca arriba, es seis veces más largo desde la cabeza a los pies que ancho de derecha a izquierda o de izquierda a derecha y diez veces más que alto desde el suelo. Por eso el arca se hizo de trescientos codos de larga, cincuenta de ancha y treinta de alta.

La puerta abierta en un costado del arca significa, indudablemente, la herida que la lanza abrió al atravesar el costado del Crucificado. Los que vienen a El entran por ella, porque de ella manaron los sacramentos, con los que son iniciados los creyentes. El mandar construirla de maderos cuadrados significa la vida plenamente estable de los santos, porque lo cuadrado, a cualquier parte que lo vuelvas, siempre queda firme. En una palabra, todas las cosas que se hacen notar en la estructura del arca son signos de realidades futuras en la Iglesia.

2. Explicitarlos ahora sería largo, y, además, ya lo hemos hecho en la obra titulada *Contra Fausto Maniqueo*[189]. Este negaba que hubiera alguna profecía sobre Cristo en los libros de los hebreos. Puede ocurrir que alguien exponga esto con más competencia que yo, y otro con más que ése; pero todo cuanto se diga debe relacionarse con la Ciudad de Dios de que hablamos, viajera en medio de este mundo corrompido como en medio del diluvio, si el tal expositor no quiere apartarse del sentido del autor. Por ejemplo, si uno no quisiera entender estas palabras: *Las partes inferiores las harás de dos y de tres pisos,* como yo dije en la obra citada, es decir, que los dos pisos significan que la Iglesia se congrega de todas las naciones, o sea, de dos géneros de hombres, la circuncisión y el prepucio, o, según la expresión del Apóstol, de judíos y de griegos, y que los tres pisos figuran la restauración de los pueblos todos después del diluvio merced a los tres hijos de Noé, dé otra interpretación no ajena a la regla de fe. Porque no quiso que el arca fuera habitable solamente en las partes inferiores, sino también en las superiores, la llamó de dos pisos, y como también en las de encima de las superiores había de serlo, la llamó de tres pisos, de

[189] Cf. 1.12 c.14.

forma que del entresuelo al techo había una tercera habitación. Otro podría entender por los tres pisos las tres virtudes que recomienda el Apóstol, la fe, la esperanza y la caridad. Puede también entenderse —y esto parece más conforme— las tres abundantes cosechas del Evangelio, en que uno rinde treinta; otro, sesenta, y otro, ciento. En esta gradación, el último puesto tocaría a la castidad conyugal; el segundo, a la viudal, y el superior, a la virginal. Y así diríamos de cualquiera otra interpretación que pueda darse en conformidad con la fe de esta Ciudad. Quede, pues, por dicho lo que debía exponer aquí, porque, aunque la exposición no sea idéntica, con todo, no debe discordar de la fe católica.

## Capítulo XXVII

## Postura media en la interpretación, ni exclusivamente histórica ni exclusivamente alegórica

1. Sin embargo, nadie debe pensar que estas cosas fueron escritas en vano, o que aquí se debe buscar únicamente la verdad histórica, sin significación alguna alegórica, o que, por el contrario, negando la historicidad, se diga que son puras alegorías, que, sea lo que fuere, no contienen profecía alguna de la Iglesia[190]. ¿Quién, estando en sus cabales, defenderá que fueron escritos sin un fin concreto unos libros conservados durante miles de años con tanta religiosidad y con un orden tan esmerado en la sucesión o que debe considerarse solamente en ellos lo histórico? En esto de lo histórico, por omitir otros puntos, digo que, si el número de animales obligó a dar esas dimensiones al arca, ¿qué necesidad había de hacer entrar una pareja de animales inmundos y una septena de los puros, bastando para la conservación de ambas especies igual número de ambas clases?[191] ¿O es que Dios, que mandó recogerlos para rehacer su género, no podía recrearlos del mismo modo que los había creado?

---

[190] Si es verdad que a veces el gran Doctor se acoge a la diversidad de sentido en la interpretación de la Biblia, cosa que aquí no rechaza, es también cierto que en general pretende seguir una vía media, aunque no lo consiga en la mayoría de los casos. La historia sola, no, porque toda historia encierra un sentido mesiánico y profético; la alegoría sola, tampoco, porque la alegoría va montada sobre la historia. Luego una y otra deben ir del brazo.

[191] Así lo expresa también en *Contra Faustum Manichaeum* XII 38 y 65.

2. Quienes sostienen que no son hechos, sino meras figuras representativas de realidades, piensan en primer lugar que no fue posible un diluvio tan enorme, cuyas aguas subieron en su crecida quince codos sobre los montes más altos. Y, al decir esto, están pensando en la cumbre del Olimpo[192], sobre el cual, según ellos, no pueden montar las nubes, porque es tan alto como el cielo, y en esa altura no existe este aire tan pesado, donde se originan los vientos, las nubes y las lluvias. Pero no reparan en que a esa altura puede existir la tierra, que es el más pesado de todos los elementos. ¿O es que van a negarme ahora que es tierra la cumbre del monte? ¿Por qué, pues, se empeñan en que la tierra ha podido elevarse a esas regiones del éter y en que no ha podido el agua, siendo así que los medidores y ponderadores de los elementos afirman que el agua es superior y más ligera que la tierra? ¿Qué razón hay de que la tierra, siendo más pesada e inferior, haya ocupado durante tantos miles de años el lugar más sereno del aire, y al agua, más ligera y superior, no se le permita hacer esto siquiera por breve tiempo?

3. Añaden que la capacidad del arca no daba de sí para tantos animales de uno y otro sexo, un par de los impuros y una septena de los puros. Pero me da la impresión de que no cuentan más que treinta codos de longitud y cincuenta de anchura, y no reparan en que hay otro tanto en las partes superiores y otro tanto en las de encima de las superiores, y que, en consecuencia, aquellos codos se triplican y dan noventa y ciento cincuenta. Y si ahora pensamos en la ingeniosa observación de Orígenes, según el cual Moisés, hombre de Dios, versado, como está escrito, en toda la sabiduría de los egipcios, muy amantes de la geometría, pudo tomar los codos por codos geométricos, que equivalen a seis de los nuestros cada uno, ¿quién no ve para cuántos animales pudo tener cabida tamaña dimensión? Decir, por tanto, que no fue posible construir un arca de tal magnitud, es una calumnia sin sentido, dado que sabemos que se construyeron ciudades inmensas, amén de que su construcción duró cien años. Y este argumento es fuerte, a no ser que pueda unirse sólo con cal piedra con piedra para construir una muralla que rodee muchas millas y no sea posible juntar tabla con tabla por medio de tarugos[193], tachuelas[194], clavos y brea para construir un

---

[192] Habla del monte Olimpo, en Tesalia. Su altura ha sido grandemente exagerada por los poetas y por los historiadores. En realidad debe ser de 2.373 metros sobre el nivel del mar.

[193] La palabra latina *subscus* propiamente significa pieza de madera o de metal hecha en forma de cola dé golondrina por ambos extremos, y que sirve para unir dos tablas o maderos. En castellano podríamos llamarlo palometa, pero no es propia la palabra para el caso.

arca de grandes dimensiones y líneas rectas. Además, que ésta no sería lanzada al mar a fuerza de brazos, sino que las mismas olas, al venir, la levantarían a exigencias del orden natural de los pesos, y su gobernalle estaría más en manos de la Providencia divina que de la destreza humana, a fin de que no se hundiera por ninguno de sus flancos.

4. Suelen hacerse aquí algunas preguntas curiosas sobre si hubo en el arca mayor número del prefijado por Dios de los más pequeños animalitos, como son los ratones y saurios, las langostas y los escarabajos y, en fin, las moscas y las pulgas. A los que las hacen hay que advertirles, ante todo, que estas palabras: *Que reptan sobre la tierra,* deben entenderse de tal manera que no impliquen necesidad de guardar en el arca los animales que pueden vivir en el agua, tanto en el fondo, así los peces, como en la superficie, así muchas aves. Por tanto, al decir: *Serán macho y hembra,* se da a entender el fin, es decir, el reparar el género animal. Y, por consiguiente, no había necesidad de que estuvieran en el arca los animales que pueden nacer sin unión carnal, que proceden de las cosas o de la corrupción de las mismas[195], o que, si estuvieron, como están ordinariamente en las casas, pudieron hallarse en número indefinido.

Si, sin embargo, se pretende que el más sagrado de los misterios, como era el tratado, y la figura de realidad tan excelsa no puede expresarse con exactitud en la verdad histórica sin que ese número limitado de animales que naturalmente no puede vivir en el agua, estuviese allí, respondo que esto fue incumbencia divina, no de estos o de aquellos hombres. La verdad es que no los introducía Noé cogiéndolos, sino que, viniendo y entrando ellos, él permitía su entrada. Viene muy a pelo aquí aquello de *entrarán a ti,* es decir, no por obra del hombre, sino por voluntad de Dios, de forma que no debe creerse que estuvieran allí los que carecen de sexo. Y a esto mismo inducen estas palabras concretas y determinadas: *Serán macho y hembra*.

Hay bichos que nacen de cualesquiera cosas sin unión carnal, uniéndose luego carnalmente y engendrando, como las moscas, y otros entre los

---

[194] El término latino *epigrus* significa clavo de madera o clavija. Y en una segunda acepción, es el clavo de hierro, plata u oro que se clavaba en el calzado llamado *soccus*. La palabra *epiros* que usa el texto no se encuentra en los diccionarios. La traducción que hemos dado es exacta, dada la segunda acepción de la palabra *epigrus* en latín.

[195] San Agustín fue un hombre de su tiempo, y en la ciencia comulgaba con las ideas de entonces. Como ya hemos hecho notar, acoge aún la sentencia de la generación espontánea de algunos animalitos.

que no hay ni macho ni hembra, como las abejas[196]. Sin embargo, los animales que tienen sexo y no engendran, como son los mulos y las mulas, no sé si estarían dentro y no bastara que estuvieran solamente sus padres, es decir, el género caballar y el asnal, y así de los demás animales híbridos, si es que los hay. Pero, si esto lo exigía también el misterio, digo que también se hallaban allí, pues en esta clase de animales hay asimismo macho y hembra.

5. Con frecuencia inquieta a algunos qué clase de alimentos podrían tener en el arca los animales que, al parecer, no viven más que de carne. Y a este propósito preguntan si, además del número determinado, había, sin violar lo mandado, otros que Noé se había visto obligado a introducir para alimentar a los demás, o —y esto es más creíble— si había algunos alimentos comunes y aptos para todos los animales[197]. Lo cierto es que conocemos muchos animales que se alimentan de carne, y comen también legumbres y frutas v, sobre todo, higos y castañas. ¿Qué tiene, pues, de particular que aquel hombre, sabio y justo, instruido por Dios sobre lo conveniente a cada animal, preparara un pienso apropiado para cada género? Además, ¿qué no comerían acosados por el hambre? Y ¿qué alimento no podría hacer Dios suave y saludable, El, que puede hacer con facilidad divina que vivan sin comer, si el alimentarse no lo exige el cumplimiento alegórico de tal misterio?

Nadie, pues, que no sea un porfiador, se permite el lujo de opinar que esa serie de signos de hechos concretos no son figura de la Iglesia. Los pueblos todos han llenado ya la Iglesia hasta los topes, y en ella están unidos entre sí hasta el fin los puros y los impuros con tales vínculos de unidad, que este hecho tan evidente basta para disipar toda duda sobre otros quizá más obscuros y más difíciles de conocer. Siendo esto así, nadie, por obstinado y terco que sea, osará pensar que esto se escribió inútilmente, o que, habiendo sucedido de hecho, no tiene significación alguna, o que son simples dichos representativos, no hechos. Y no puede decirse tampoco con probabilidad que sean ajenos a una significación eclesiológica, sino más bien debe creerse que se transmitieron y se escribieron con mucha sa-

[196] La ciencia naturalista no había progresado todavía y estaba aún en mantillas. El Santo, confiando en la ciencia, no se paró a probar experimentalmente esta aserción, que en realidad es un error.

[197] Así explica esto mismo del arca en *Quaestiones in Heptateuchuru* (I q.6): *In prima quippe habitatione, id est in inferioribus, semel camerata eral, in secunda vero habitatione supra inferiorem iam bicamerata erat, ac per hoc in tertia supra secundam sine dubio tricamerata erat.*

biduría, que realmente sucedieron, que significan algo y que este algo es una prefiguración de la Iglesia.

Pero, llegados a este punto, es hora ya de poner fin a este libro para continuar nuestra búsqueda en la marcha de las dos ciudades, de la terrena, que vive según el hombre, y de la celestial, que vive según Dios, desde el diluvio en adelante.

# Libro XVI

*En la primera parte, capítulos 1 al 12, expone el desarrollo de las dos ciudades, de la celestial y de la terrena, según la historia sagrada, desde Noé hasta Abrahán. Y en la segunda trata sólo del desarrollo de la ciudad celestial desde Abrahán hasta los reyes de Israel.*

## Capítulo I

### ¿Hubo después del diluvio, desde Noé hasta Abrahán, algunas familias que vivieran según Dios?

Es difícil saber por la Escritura, hasta dejarlo en claro, si, después del diluvio, se continuaron las huellas de la Ciudad santa en su marcha, o si se eclipsaron por intercalarse los tiempos de la impiedad de forma que no existiera ni un hombre que adorara al único Dios verdadero. Y es difícil justamente porque en los libros canónicos a partir de Noé, que mereció verse libre en el arca de la catástrofe diluvial con su esposa, sus tres hijos y sus respectivas nueras, no hallamos hasta Abrahán encomiada la piedad de nadie con un testimonio manifiesto y divino. Únicamente se refiere que Noé, viendo y anteviendo los sucesos futuros, bendice con bendición profética a sus dos hijos Sem y Jafet. De este tono profético está impregnada también la maldición echada a su hijo intermedio, es decir, menor que el primogénito y mayor que el último, que había pecado contra su padre, no en su propia persona, sino en persona de su hijo, y, por tanto, nieto suyo, con estas palabras: *¡Maldito sea el niño Canaán! Será esclavo de sus hermanos.* Canaán era hijo de Cam, que no había cubierto, sino descubierto, la desnudez de su padre cuando dormía. Por eso añadió en seguida la bendición de los otros dos hijos, del mayor y del menor, diciendo: *¡Bendito el Señor Dios de Sem! Canaán será su esclavo. Alegre Dios a Jafet y habite en las tiendas de Sem.* Esta bendición, como el plantar Noé la viña, y su

embriaguez, y su desnudez, y los demás hechos realizados allí y aquí consignados, están henchidos de sentidos proféticos y ocultos bajo velo[198].

## CAPÍTULO II

## **Figuración profética en los hijos de Noé**

1. Pero ahora esos sucesos que habían estado encubiertos, cumplidos ya efectivamente en los descendientes, son sobradamente descubiertos. ¿Quién, reparando en esto con esmero y diligencia, no lo echa de ver en Cristo? Sem, de cuya estirpe nació Cristo según la carne, significa el Nombrado. Y ¿qué más nombrado que Cristo, cuyo nombre exhala ya su fragancia por doquier; tanto, que en el Cantar de los Cantares, en un pregón profético, es comparado al ungüento derramado, y en cuyas casas, es decir, en sus iglesias, habita una multitud de naciones? Porque Jafet significa eso, Extensión[199]. Cam, en cambio, que se traduce por Astuto, que es el hijo intermedio de Noé, como distinguiéndose de ambos y permaneciendo entre ellos, no formando parte ni de las primicias de los israelitas ni de la plenitud de los gentiles, ¿qué figura sino a los herejes, hombres ardientes y animados no del espíritu de sabiduría, sino del de impaciencia, que suele poner en ebullición sus intimidades y perturbar la paz de los santos? Mas esto redunda en provecho de los proficientes, según aquello del Apóstol: *Es necesario que haya herejías, para que se descubran entre nosotros los que tienen una virtud probada.* Por eso está también escrito: *El hijo ejercitado será sabio y usará útilmente del necio.* Hay muchos puntos tocantes a la fe católica que, al ser puestos sobre el tapete por la astuta inquietud de los herejes, para poder hacerles frente son considerados con más detenimiento, entendidos con más claridad y predicados con más insistencia. Y así, la cuestión suscitada por el adversario brinda ocasión para aprender. Bien es verdad que pueden parecer representados en el segundo hijo de Noé no sólo quienes están públicamente separados, sino también

---

[198] Este pensamiento lo vemos desarrollado en *Contra Faustum Manichaeum* (XII 22.ss.), donde contesta a sus objeciones.

[199] No puede desligarse del sentido cristocéntrico de la historia. Cristo lo es todo antes y después de su encarnación. Antes, todos los hechos se relacionaban con él como algo venidero, y las hazañas se reducían a ser meras profecías de su presencia carnal; después, en mirada retrospectiva, se mide todo por su influencia avasalladora en el mundo. Y Cristo sigue actuando en la historia y siendo el eje de la misma.

todos aquellos que, gloriándose del nombre de cristianos, llevan una vida rota, pues que anuncian con su fe la pasión de Cristo, figurada por la desnudez de aquel hombre, y con su mala vida la deshonran. De estos tales está dicho: *Por sus frutos los conoceréis.* Precisamente por eso, Cam fue maldecido en sus hijos, como en su fruto, esto es, en su obra, y por eso es muy propio decir que Canaán significa sus Movimientos. Y esto, ¿qué es más que la obra de ellos? Sem y Jafet, sin embargo, como la circuncisión y el prepucio, o, según la terminología del Apóstol, como los judíos y los griegos, pero llamados y justificados, habiendo conocido de algún modo la desnudez de su padre, que figuraba la pasión del Salvador, tomando una manta, la pusieron sobre sus hombros y, entrando de espaldas, cubrieron la desnudez de su padre y no vieron lo que taparon con respeto. En la pasión de Cristo honramos, en cierto modo, lo hecho por nosotros y nos horrorizamos del crimen de los judíos. El manto figura el sacramento; y sus espaldas, la memoria de lo pasado, porque la Iglesia celebra la pasión de Cristo como ya pasada, no la espera como futura en el tiempo mismo en que Jafet mora en las tiendas de Sem y el mal hermano habita entre ellos.

2. Pero este mal hermano es muchacho, es decir, siervo de los hermanos buenos, en su hijo, o sea, en su obra, cuando los buenos usan conscientemente de los malos o para ejercitación de su paciencia o para aprovechamiento de su sabiduría. Hay —testigo de ello el Apóstol— quienes anuncian a Cristo con intención no recta: *Con tal que sea Cristo anunciado* —dice—, *sea por algún pretexto, sea por un verdadero celo, en esto me gozo y me gozaré siempre.* El plantó la viña de la que dice el profeta: *La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel.* Y bebió de su vino, bien se entienda aquí el cáliz del que se dice: *¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber?;* y: *¡Padre, si es posible, pase de mí este cáliz!,* que indudablemente significa su pasión; bien se quiera dar a entender que, como el vino es fruto de la viña, de esa misma viña, es decir, del linaje de los israelitas, tomó por nosotros su carne y su sangre para poder padecer. *Y se embriagó*, es decir, padeció, *y se quedó desnudo.* En efecto, allí quedó desnudo, esto es, apareció su flaqueza, de la que dice el Apóstol: *La flaqueza de Dios es más fuerte que los hombres y la locura de Dios es más sabia que los hombres.* Cuando la Escritura después de haber dicho: *Y se quedó desnudo,* añadió: *en su casa,* muestra con elegancia que había de padecer la cruz y la muerte de manos de los hombres de su misma estirpe, los judíos. Los réprobos anuncian esta pasión de Cristo sólo de boca y exteriormente, porque no comprenden lo que anuncian. Los probos, en cambio, tienen en el hombre interior tan gran misterio y honran interiormente en el corazón la debilidad y la locura de Dios, que es más fuerte y más sabia que los

hombres. Figura de esta realidad es que Cam, saliendo, anunció esto al exterior, mientras que Sem y Jafet para velar, es decir, para honrarlo, entraron, o sea, lo hicieron interiormente[200].

3. Vamos rastreando como podemos estos secretos de la divina Escritura, unos con más exactitud que otros. Pero siempre manifestando fielmente cómo es cierto que estos hechos no han sido realizados y consignados sin alguna prefiguración de lo por venir y que deben referirse a Cristo y a su Iglesia, que es la Ciudad de Dios. Desde los albores del género humano no ha faltado predicación de ella y las predicciones las vemos totalmente cumplidas. Después de la bendición dada a los hijos de Noé y de la maldición del segundo, durante más de mil años, hasta Abrahán, no hacen mención de los justos que dieron culto piadoso a Dios. Realmente, yo no creo que faltaran, sino que el recordarles a todos sería demasiado largo, más propio de la exactitud de un historiador que de la providencia de un profeta. El escritor de las sagradas Letras, o, mejor, el Espíritu de Dios por medio de él, escribe hechos que recuerdan lo pasado, pero que a la vez prenuncian lo futuro. Esto atañe a la Ciudad de Dios. Porque cuanto en estos libros se dice de los hombres que no son ciudadanos de esta ciudad, lleva el fin de que o ella adelante o campee al ser comparada con la contraria. Cierto que no debe imaginarse que todos los sucesos narrados entrañan alguna significación, pero es de notar que los que no la entrañan se añadieron con miras a los otros. Es verdad que sólo con la reja se ara la tierra, pero para que esto pueda hacerse son necesarias también las demás partes del arado. Y es verdad también que en las cítaras y demás instrumentos músicos de esta clase sólo se tocan las cuerdas, mas para acomodar éstas se precisa de las demás partes en unidad armónica, partes que no son tocadas, pero a las cuales van unidas las otras que producen el sonido. Así, en la historia profética se expresan también algunos hechos que no son figura de nada, pero a ellos van unidos los que son figura de algo y se religan, por así decirlo, a ellos[201].

[200] La exégesis de Agustín, en general, carece de valor exegético, pero tiene un gran valor filosófico para la comprensión intencional del cristianismo.

[201] La Escritura, para el propósito presente, no es más que un canto a la obra que el Santo trae entre manos. Todo se enfoca a esa visión gigantesca de las dos ciudades. El término atrevido de *historia profética* encierra un contenido irrebasable.

## CAPÍTULO III

## Generaciones de los tres hijos de Noé

1. Es preciso considerar luego las generaciones de los hijos de Noé e insertar en esta obra, que intenta mostrar el desarrollo de las dos ciudades, de la terrena y de la celestial, cuanto parezca digno de mención sobre las mismas. Comenzaron a ser recordadas por el hijo menor, por Jafet. De él se citan ocho. hijos[202] y siete nietos de dos de sus hijos, tres de uno y cuatro de otro. Total, quince. Los hijos de Cam, o sea. del segundo hijo de Noé, son cuatro, amén de cinco nietos de un hijo y dos biznietos de un solo nieto. Total, once. Una vez enumerados éstos, torna al principio, y dice: *Cus engendró a Nebrot, el cual comenzó a ser gigante sobre la tierra. Este era un gigante cazador contra el Señor. De aquí el proverbio: Gigante cazador contra el Señor como Nebrot. El principio de su reino fue Babilonia. Oree, Arcad y Calanne, en tierra de Senaar. De su país salió Asur, y fundó a Nínive, y la ciudad de Roboot, y a Halac, y a Dase, entre Nínive y Halac. Esta es ciudad grande.* Cus, pues, el padre del gigante Nebrot, es el primero nombrado entre los hijos de Cam. Cinco hijos suyos y dos nietos ya habían sido mencionados. Engendró, pues, a este gigante, o después de nacidos sus nietos, o, lo que es más creíble, la Escritura habló de él en particular por su preeminencia, pues que al mismo tiempo nos habla de su reino y de otras ciudades o regiones ya citadas. En cuanto a lo que dice de Asur, que salió de aquella tierra, es decir, de la tierra de Senaar, que pertenecía al reino de Nebrot, y fundó a Nínive y a las otras ciudades agregadas, hay que afirmar que esto sucedió mucho después. Y, tomando pie de aquí, toca esto de paso, haciendo honor a la nobleza del reino asirio, dilatado prodigiosamente por Nino, hijo de Belo y fundador de la gran ciudad de Nínive. El nombre de esta ciudad deriva del suyo. De Nino viene Nínive. Asur —de aquí asirios— no se cuenta entre los hijos de Cam, segundo hijo de Noé, sino entre los hijos de Sem, hijo mayor de Noé. De donde se sigue claramente que de la estirpe de Sem procedieron los que luego habían de poseer el reino de aquel gigante y, alejándose de allí, fundarían otras ciudades, la principal de las cuales se llamó Nínive, de Nino.

---

[202] Sigue en esta enumeración los códices griegos, que añaden un octavo hijo de Jafet, que llaman Elisá. Así, los descendientes ascienden a quince. Pero este tal Elisá no se encuentra ni en la Escritura hebrea, ni en la paráfrasis caldea, ni en la versión griega complutense, según anota Coquacus. Finalmente, los mismos códices griegos que ha usado San Jerónimo tampoco lo traen.

Al llegar aquí retrocede a otro hijo de Cam, por nombre Mesraín, y habla de sus hijos, no como de hombres concretos, sino como de siete naciones. Añade que, de la sexta, como del sexto hijo, se originó la nación de los llamados filisteos. Así suman ocho. De aquí torna de nuevo a Canaán, hijo de Cam, en quien fue él maldecido, y hace mención de once hijos. Luego, apuntadas algunas ciudades, dice hasta dónde llegaron sus fronteras. Y así, contados los hijos y los nietos, la descendencia de Cam asciende, según esto, a treinta y una personas[203].

2. Resta hablar de los hijos de Sem, el hijo mayor de Noé. A él lleva gradualmente la narración genealógica iniciada desde el hijo menor. Pero al comenzar el relato de los hijos de Sem hay cierta obscuridad, que es preciso aclarar con una explicación, porque es de gran importancia para nuestra búsqueda. He aquí el texto: *Y a Sem, padre de todos los hijos y hermano mayor de Jafet, le nació también Héber.* El orden verbal es el siguiente: Y a Sem le nació Héber, o sea, también a él mismo, es decir, al mismo Sem, le nació Héber, y este Sem es el padre de todos sus hijos. Quiso, pues, dar a entender que Sem era el patriarca de todos los nacidos de su estirpe, que él va a referir en seguida, bien sean hijos, nietos, biznietos o demás descendientes. No es verdad que Sem engendrara a Héber, sino que Héber hace el número quinto en la serie de sus descendientes. Sem engendró, entre otros, a Arfaxat, a Cainán; Cainán a Sala, y Sala a Héber. No en vano fue nombrado éste el primero en la línea que viene de Sem, y antepuesto aún a los hijos, siendo el quinto nieto. La razón es justificar la tradición de que de él tomaron su nombre los hebreos, como hebreos, aunque pueda haber otra opinión, según la cual ese nombre procedería de Abrahán, como abraheos[204]. Mas ésta es la verdad; de Héber fueron llamados hebereos, y luego, perdida una letra, hebreos. El hebreo sólo el pueblo de Israel pudo lograrlo, y en este pueblo la Ciudad de Dios ha sido peregrina y figurada misteriosamente en los santos y en todos.

---

[203] Un descubrimiento hecho por Agustín, que la ciencia ha venido a comprobar, es el siguiente: muchos de los nombres de los descendientes que da la Escritura no son de una persona concreta, sino de un pueblo, de una tribu o de un clan, al que ha dado nombre un personaje determinado. Las excavaciones hoy lo prueban así. San Agustín, con su mirada de águila, ya lo vio, y lo expresó a veces con mucha claridad.

[204] En sus *Relractationes* (II 16), hablando de la obra titulada *De consensu Evangelistarum*, dice: *In quo libro quod dixi:* ex Abraham coepisse gentem hebraeorum, *est quidem et hoc credibile, ut* Hebraei *velut* Abrahaei *dicti esse videantur: sed ex illo veríus intelliguntur appellati, qui vorabatur Heber, tanquam Heberaei, de qua re in libro sexto decimo «De civitate Dei» satis disserui.*

Primeramente, se nombran seis hijos de Sem, y luego, cuatro nietos nacidos de un solo hijo. Después se menciona otro hijo de Sem, que engendró un nieto, y a éste, a su vez, le nació un biznieto, y a éste, un tataranieto, que es Héber. Héber engendró dos hijos, y a uno de ellos le llamó Fálec, que significa Disidente. A renglón seguido, la Escritura da la razón de este nombre, diciendo: *Pues por aquel entonces se hizo la división de la tierra.* Qué signifique esto, lo aclararemos después. El otro hijo de Héber engendró doce hijos, y así todos los descendientes de Sem suman veintisiete. En total, los descendientes de los tres hijos de Noé, que son; quince de Jafet, treinta y uno de Cam, más veintisiete de Sem, suman setenta y tres. A continuación, prosigue la Escritura: *Estos son los hijos de Sem en sus tribus según sus lenguas, en sus países y en sus naciones.* Y hablando de todos a la vez: *Estas son las tribus de los hijos de Noé según sus generaciones y sus naciones. La avalancha de gente procedente de éstas pobló la tierra después del diluvio.* De donde se colige que entonces había setenta y tres naciones o, por mejor decir, setenta y dos naciones, no hombres. Esto se probará luego. Después de referidos los hijos de Jafet, se concluyó así la narración: *La avalancha de gente procedente de éstos se separó a su tierra, y cada cual, según su propia lengua, a sus tribus y a sus naciones.*

3. En un pasaje, al hablar de los hijos de Cam, se alude más claramente a las naciones, como ya he demostrado más arriba. *Mesraín engendró a los llamados Ludín,* y así las demás naciones hasta siete. Y, una vez enumeradas todas, concluye diciendo: *Estos son los hijos de Cam en sus tribus según sus propias lenguas, en sus países y en sus naciones.* En conclusión: los hijos de muchos quedaron en el silencio, porque, en naciendo, se fueron agregando a otras naciones y formaron naciones aparte. ¿Por qué otra causa, enumerando ocho hijos de Jafet, añade que son sólo de dos de sus hijos, y, alistando cuatro hijos de Cam, agrega que son nacidos de tres de sus hijos, y, nombrando seis hijos de Sem, anota sólo la descendencia de dos de ellos? ¿Acaso quedaron los demás sin descendencia? ¡Dios nos libre de creerlo! Lo que pasó fue que no fundaron pueblos que les hicieran dignos de mención, porque al nacer se iban adicionando a otros pueblos.

## CAPÍTULO IV

# La diversidad de lenguas y el principio de Babilonia

Una vez contado que estas naciones tenían cada una su lengua, el historiador torna al tiempo en que todos hablaban una misma lengua, y expone, basado en eso, el accidente causa de la diversidad de lenguas. *Toda la tierra* —dice —*tenía una sola lengua, y todos, una misma voz. Pero sucedió que los hombres, alejándose de oriente, hallaron una vega en la tierra de Senaar, y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: Venid, hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego. Los ladrillos les sirvieron de piedra, y el betún, de lodo. Y añadieron: ¡Ea!, edifiquémonos una ciudad y una torre cuya cumbre llegue al cielo, y hagámonos famosos antes de dispersarnos sobre la haz de la tierra. Mas he aquí que descendió el Señor a ver la ciudad y la torre que habían edificado los hijos de los hombres. Y dijo Dios: He aquí un solo pueblo y una misma lengua, han comenzado esta fábrica y no se apearán ahora de cuanto han intentado hacer. ¡Ea!, pues, descendamos, confundamos allí mismo su lengua, de suerte que el uno no entienda el habla del otro. Y el Señor los dispersó de allí sobre la haz de la tierra, y dejaron de edificar la ciudad y la torre. Y se le dio el nombre de Confusión por eso, porque allí confundió Dios el lenguaje de los hombres. Y desde allí les esparció el Señor por toda la tierra.* Esta ciudad que fue llamada Confusión es Babilonia, cuya maravillosa construcción la celebra hasta la historia de los gentiles. Babilonia quiere decir Confusión. De donde se sigue que el gigante Nebrot fue su fundador, lo cual se intimó más arriba al decir, hablando de él la Escritura, que el principio de su reino fue Babilonia, es decir, la ciudad que iba a la cabeza de las demás ciudades, y en la que estaba como la metrópoli o la corte del reino, si bien es cierto que no fue perfeccionada hasta el extremo que se imaginaba la impiedad soberbia. Porque en los planos estaba hacerla extraordinariamente alta; según su expresión, hasta el cielo, sea que este deseo se limitara a una torre entre las demás, sea que se extendiera a todas. En este caso estarían significados por el caso singular, como se dice *soldado* para significar miles de soldados; *rana* y *langosta*, para expresar la multitud de ranas y de langostas, que fueron dos plagas mandadas por medio de Moisés a los egipcios. Mas ¿qué iba a hacer la vana presunción de los hombres? Por más al cielo y contra Dios que levantaran esa mole de piedra, ¿cuándo trascendería los montes? ¿Cuándo escaparía al espacio de este aire humoso? ¿En qué puede dañar a Dios cualquiera elevación de cuerpo o de espí-

ritu por grande que sea? El camino verdadero y seguro para llegar al cielo es la humildad. Ella levanta en alto el corazón al Señor, no contra el Señor, como se dijo de ese gigante que era *un cazador contra el Señor*. Algunos, no entendiendo esto, tradujeron *ante el Señor, no contra el Señor*, engañados por la ambigüedad de la palabra griega ἐναντίον, que significa *ante* y *contra*. Esta palabra se emplea en el Salmo: *Lloremos ante el Señor, que nos ha creado*. Y también en el libro de Job, en el que se lee: *Montaste en cólera contra el Señor*. En este último sentido debe entenderse al decir gigante *cazador contra el Señor*. Y ¿qué quiere decir aquí *cazador* sino engañador, opresor y asesino de los animales de la tierra? Levantaba, pues, una torre con sus pueblos contra el Señor, torre que significó la soberbia impía. Y es justo el castigo del mal afecto, aun de aquel que no consigue su efecto. ¿Qué clase de castigo fue éste? Como la lengua es el instrumento de dominio del que manda, en ella fue condenada la soberbia, de tal suerte que quien mandaba al hombre, que no quiso entender los mandamientos de Dios para obedecerlos, no era entendido. Así, aquella conspiración quedó disuelta, separándose cada uno de aquel a quien no entendía y juntándose a quien podía hablar con él. Y por las lenguas se dividieron las naciones y se dispersaron por la tierra como plugo a Dios, que obró esto por medios ocultos e incomprensibles para nosotros.

## Capítulo V

## ¿Cómo descendió el Señor a confundir las lenguas?

*Y descendió el Señor* —está escrito— *a ver la ciudad y la torre que habían edificado los hijos de los hombres*, es decir, no los hijos de Dios, sino la sociedad que vive según el hombre, y que llamamos ciudad terrena. Dios, que está todo en todas partes, no se mueve con movimiento local. Se dice que desciende cuando hace algo en la tierra. Y como hecho maravilloso y ajeno al curso ordinario de la naturaleza, muestra, en cierto modo, su presencia. Del mismo modo, Dios, que nunca y nada puede ignorar, no aprende con ver, sino que se dice que ve y conoce temporalmente porque hace ver y conocer[205]. No se veía, pues, aquella ciudad como Dios hizo

[205] Dios es inmutable. Esta es una verdad del acervo común de la doctrina cristiana. En consecuencia, no puede sobrevenirle nada. Las expresiones de la Escritura que se opongan aparentemente a esta verdad han de tener otro sentido. Y es el que aquí

que se viera después, cuando mostró cuánto le desagradaba. No obstante, puede entenderse también que Dios descendió a aquella ciudad, porque descendieron sus ángeles, en quienes habita, de forma que estas palabras: *Y dijo el Señor Dios: Ve aquí un solo pueblo y una misma lengua,* etc., y las agregadas luego: *Venid y descendiendo confundamos allí sus lenguas,* no sean más que una recapitulación para explicar cómo sucedió lo que había dicho: *Descendió el Señor.* Porque, si ya había descendido, ¿qué quiere decir: *Venid y descendiendo confundamos* (lo cual se entiende dicho a los ángeles), sino que descendía, por ministerio de los ángeles, el que estaba en los ángeles que descendían? Es de notar que no dice: Venid y descendiendo confundid, sino: *Confundamos allí su lenguaje,* mostrando que Dios obra por sus ministros, de forma que son sus cooperadores, según las palabras del Apóstol: *Pues somos los cooperadores de Dios*[206].

## CAPÍTULO VI

## ¿Cómo se debe entender que Dios habla a los ángeles?

1. Se podrían entender también de los ángeles estas palabras, dichas cuando iba a ser creado el hombre: *Hagamos al hombre,* pues que no dijo: Haga yo. Pero como añadió: *a nuestra imagen,* y no es permitido creer que el hombre fue hecho a imagen de los ángeles, o que es una misma la imagen de los ángeles y la de Dios, por eso es ortodoxo entender allí la pluralidad de la Trinidad. Y esta Trinidad, como es un solo Dios, después de haber dicho: *Hagamos,* añade: *E hizo Dios al hombre a imagen de Dios,* y no: Hicieron los dioses; o: A imagen de los dioses. También en el pasaje en cuestión podía entenderse la Trinidad si hubiera algo que no permitiera aplicar el plural a los ángeles, como si el Padre dijera al Hijo y al Espíritu Santo: *Venid y descendiendo confundamos allí su lenguaje.* A los ángeles

---

apunta. Significa sencillamente que Dios hace que conozca la criatura, no que conoce El, puesto que él lo conoce todo. Cf. *Confess.* I 3,3; 4,4; 5,5, etc.

[206] A nosotros hoy no nos ofrece dificultad ninguna esta manera de narrar del autor del Génesis. Sabemos su estilo y su manera de pensar en cuanto a las operaciones de Dios. Dios para los semitas es el dueño de todas las cosas y obra directamente en los seres. El hombre no es más que un operario que trabaja en nombre del Dueño; pero todas las operaciones de las causas segundas, los semitas las atribuyen a Dios directamente. Por eso, ese modo de narrar tan al vivo y tan antropomórficamente a veces, lo achacamos al estilo oriental, y está solucionado el asunto.

les conviene más bien llegarse a Dios con movimientos santos, es decir, con piadosos pensamientos, y consultar la Verdad inmutable como a ley eterna en esa su corte soberana. Pues ellos no son la verdad para sí mismos, sino que, siendo particioneros de la Verdad creadora, se lanzan a ella como a la fuente de la vida, con el fin de tomar de ella lo que no tienen de sí propios. Y este movimiento que acerca a los que no se apartan es estable en ellos[207]. Dios no habla a los ángeles como hablamos nosotros unos a otros, o como hablamos a Dios o a los ángeles, o como nos hablan los ángeles, o Dios por medio de ellos, sino de un modo inefable. Esto a nosotros se nos indica acomodado a nuestro ser. La palabra más sublime de Dios y anterior a todas sus obras es la razón inmutable de estas obras. Es verdad que carece de sonido estruendoso o fugaz, pero tiene una fuerza permanente en la eternidad, y operante en el tiempo. Con esta palabra habla a los santos ángeles, y también a nosotros, desterrados lejos, aunque de distinto modo. Y, cuando nosotros percibimos con el oído interior algo de tal locución, entonces nos asemejamos a los ángeles. Por tanto, no tengo obligación de ir dando a cada paso razón de las locuciones de Dios, pues la Verdad inmutable habla de modo inefable, directamente y por sí misma, a la criatura racional, o habla por medio de otra criatura mudable, sea con imágenes espirituales a nuestro espíritu, o con voces corporales a nuestro oído[208].

2. Estas palabras: *Y ahora no se apearán ellos de cuanto han intentado hacer*, no las añadió como confirmación, sino como pregunta. Así suelen decir los que amenazan, como alguien escribe:

¿No llamé yo a las armas ni le perseguí por la ciudad?

Deben, pues, entenderse así: ¿Acaso no les faltará ahora todo cuanto han intentado hacer? Pero, claro, dicho así, no expresa la amenaza. Mas, en gracia a los un poco tardos, hemos añadido la partícula *ne* (acaso), y hemos dicho *nonne* (acaso no), porque no podemos escribir la entonación del que habla.

---

207 Ya hemos advertido que la angelología se ha ido desarrollando poco a poco. San Agustín le dio un gran avance, pero aun no espiritualizó del todo a los ángeles. A pesar de eso, toda la Edad Media beberá en esta fuente.

208 De una vez para siempre se deshace de esta embarazosa cuestión. Dios habla a la mente, al espíritu, o por sí mismo, pero, claro está, la cuestión queda envuelta en el misterio al añadir *inefablemente*, o por medio de otra criatura. Estas son las locuciones de que nos hablan los místicos. Puede hacerse un parangón entre estas locuciones y las visiones de que habla en *De Genesi ad litteram* (libro XII, desde el capítulo 18 hasta el fin de la obra).

De los tres hijos de Noé comenzaron a extenderse por el mundo setenta y tres, o, mejor, como luego probaremos, setenta y dos naciones y otras tantas lenguas[209], que creciendo poblaron también las islas. Pero el número de naciones creció mucho más que el de lenguas. En Africa mismo conocemos muchas naciones bárbaras con una sola lengua, y ¿quién duda que los hombres, una vez multiplicado el género humano, pudieron pasar con navíos a habitar las islas?

## CAPÍTULO VII

## Una cuestión sobre el origen de las bestias después del diluvio

Ahora se plantea una cuestión relativa a las bestias que no están bajo el dominio del hombre ni nacen de la tierra, como las ranas[210], sino que se propagan por la unión de macho y hembra, como son los lobos y demás de su género. Y se pregunta: ¿Es posible que después del diluvio, que aniquiló todos los animales que no entraron en el arca, existieran en las islas, si únicamente fueron reparados de las parejas salvadas en el arca? Cierto que para las islas próximas puede creerse que pasaron a nado, pero hay islas tan distantes y alejadas de los continentes, que parece imposible que haya arribado a ellas bestia alguna nadando. Es también creíble que los hombres, llevados de su afición a la caza, las trasladaran a donde ellos habitaban, restaurando así las diversas especies. Además, no debe negarse que también los ángeles pudieron transportarlas por mandato o permisión de Dios[211]. Y, si nacieron de la tierra, como en su primera creación, cuando Dios dijo: *Produzca la tierra alma viva*, aparece mucho más claro que hubo en el arca animales de todo género, no tanto para reparar su especie animal cuanto para figurar las diversas naciones por causa del sacramento de la Iglesia, si en las islas, adonde no podrían pasar, produjo la tierra muchos animales.

---

[209] Así se expresan también San Ambrosio *(In Psalmum* 104) y Euquerio *(ln Genesim* 1.2 c.7).

[210] Sigue en la creencia de la existencia de la generación espontánea

[211] Hoy se nos hacen un poco rídiculas estas hipótesis, que se forjaban para explicar estos hechos, por otra parte erróneos. El error radicaba en creer primeramente en que el diluvio fue totalmente universal, y segundo, en un escaso conocimiento de la zoología.

## CAPÍTULO VIII

## **Los monstruos humanos y su procedencia**

1. Se pregunta, además, si es creíble que se hayan propagado de los hijos de Noé, o, mejor, de Adán, de quien proceden también éstos, ciertas razas de hombres monstruosos, de los que da fe la historia de los pueblos. Se asegura, en efecto, que algunos tienen un ojo en medio de la frente; que otros tienen los pies vueltos hacia atrás; que otros poseen los dos sexos, la mamila derecha de varón y la izquierda de mujer, y que, sirviéndose carnalmente de ellos, alternativamente engendran y dan a luz. Cuentan también que algunos no tienen boca y que viven exclusivamente del aire que respiran por la nariz. Afirman que otros no levantan más que un codo, y por eso los griegos los llaman pigmeos[212], y que, en algunas regiones, las mujeres conciben a los cinco años y que su vida no excede a los ocho. Asimismo, cuentan que hay hombres de una velocidad pasmosa, que sólo tienen una pierna en los pies y que al andar no doblan la corva. Los llaman esciopodos[213], porque en el verano, tumbados boca arriba, se defienden del sol con la sombra de los pies. Dicen que otros carecen de cerviz y tienen los ojos en los hombros. Y así de otra infinidad de hombres, o cuasi hombres, que se hallan pintados en mosaico en el puerto de Cartago, tomados de los libros como de historia más curiosa. ¿Qué diré de los cinocéfalos, cuyas cabezas de perro y sus mismos ladridos muestran que son más bestias que hombres? Mas no es obligado creer que existen esa serie de hombres que dicen existir. Con todo, cualquiera que nazca hombre, es decir, animal racional y mortal, por más rara y extraña que nos parezca su forma, color, movimiento o voz, o por cualquiera otra virtud, parte o cualidad natural, ningún fiel dudará que trae su origen del primer hombre. Siempre queda margen para ver qué ha obrado en muchos la naturaleza y qué es admirable por su misma rareza.

2. La razón que se da entre nosotros de los partos monstruosos, esa misma puede servir para pueblos enteros. Dios, que es el Creador de todas las cosas, conoce dónde, cuándo y qué es o ha sido oportuno crear, y ade-

---

212 Procede esta palabra del término griego *pygmé*, que significa acodado, reducido, pequeño. Y ésta es su significación actual.

213 Los esciópodas eran una raza monstruosa de hombres que no tenían más que una pierna sin articulación alguna, y pies tan grandes, que, al tenderse al sol en verano, se hacían sombra con ellos. Se les suponía dotados de prodigiosa agilidad. Y fueron también llamados con el nomine latino *monocoli*.

más conoce la belleza del universo y la semejanza o diversidad de las partes que la componen. A quien es incapaz de contemplar el conjunto, le choca cierta desproporción en una parte, porque ignora a cuál se adapta y a qué dice relación[214].

Nosotros sabemos que nacen hombres con más de cinco dedos en las manos y en los pies. Esta diferencia es más ligera que aquélla, cierto; pero, aunque el porqué nos es desconocido, líbrenos Dios de desatinar hasta el extremo de creer que el Creador se equivocó en el número de dedos en el hombre. Y así es, aunque surja una diferencia mayor, pues sabe qué hace Aquel cuyas obras nadie puede censurar con justicia. En Hipona-Diarrito[215] hay un hombre que tiene la planta de los pies en forma de media luna, con dos dedos solamente en las extremidades, y lo mismo en las manos. Si hubiera alguna nación con esta tara, se añadiría a aquella historia curiosa y sorprendente. ¿Negaremos por eso que este hombre trae su origen del primero creado? Los andróginos, llamados también hermafroditos, aunque son muy raros, con todo, es fácil hallarlos de cuando en cuando, en cuyo caso aparecen los dos sexos, y no se sabe de cuál deben tomar el nombre. Sin embargo, ha prevalecido la costumbre de ponerles el nombre del sexo superior, es decir, del masculino, pues nadie los ha llamado jamás andróginas o hermafroditas. Hace algunos años, recientemente, por cierto, nació en Oriente un hombre doble en los miembros superiores y simple en los inferiores. Tenía dos cabezas, dos pechos y cuatro manos, un solo vientre y dos piernas, como un hombre ordinario, y vivió tantos años, que su fama le convirtió en sitio de turismo. ¿Quién será capaz de recordar todos los seres humanos que nacen desemejantes en extremo a los que les engendran? Y como no se puede negar que estos individuos traen su origen de aquel único padre, así es preciso confesar que pueblos cuyo cuerpo, según la historia, sea como desorbitado y alejado del curso ordinario de la naturaleza, de que gozan todos o casi todos, si puede aplicárseles la definición de animales racionales y mortales, proceden también del tronco único del primer hombre. Suponemos, claro está, que son verdaderas las cosas que se cuentan de la disparidad de esas naciones y de la diversidad entre sí y con nosotros. Si ignorásemos, por ejemplo, que los monos, los micos y

---

214 Si es verdad que la explicación es insuficiente, la concepción es maravillosa. Ya lo ha repetido varias veces, y ahora lo repite una más: el mundo tiene un orden, aunque el hombre miope no lo descubra.

215 En Africa había dos Hiponas: una Hipona la Real, la actual Bona, de la que fue obispo San Agustín, y otra Hipona-Diarrito, en árabe *Ben-Zert,* de donde le viene el nombre actual de Bizerta. Diarrito significa regada. Y es que era muy abundante en aguas.

esfinges no son hombres, sino bestias, estos historiadores podrían, gloriándose de su curiosidad, hacernos creer con impune vanidad que son naciones de hombres[216]. Mas, si son hombres esos seres de los que se han escrito cosas tan maravillosas, ¿quién sabe si Dios ha querido también algunos pueblos así, con el fin de que no pensáramos que se equivocó su sabiduría, que da forma a la naturaleza humana, como el arte de un artista menos perfecto, al crear esos monstruos, que para nosotros es claro que nacen de los hombres? Por consiguiente, no debe parecemos absurdo que haya en el género humano ciertas razas monstruosas, pues es igual que el caso de que haya individuos monstruos en una nación. Así, para concluir esta cuestión con tiento y circunspección, diré que, o las cosas escritas sobre algunas naciones son pura novela, o que, si son realidad, no son hombres, o que, si son hombres, descienden de Adán[217].

## CAPÍTULO IX

## Existencia de los antípodas

En cuanto a la fábula de los antípodas, es decir, de hombres cuyos pies pisan el revés de nuestras huellas en la parte opuesta de la tierra, donde sale el sol cuando se oculta a nuestros ojos, no hay razón que nos obligue a creerla. Y esto no lo avalan con testimonios históricos, sino con meras conjeturas y razonamientos aparentes, basados en que la tierra está suspendida en la redondez del cielo, y el mundo ocupa el mismo lugar, ínfimo y medio. De aquí deducen que la otra parte de la tierra que está debajo no puede carecer de habitantes. Y no reparan que, aun creyendo o demostrando con alguna razón que el mundo es redondo y esférico, no es lógico decir que la tierra no está cubierta de agua por esa parte. Además, aun en el caso de que no esté cubierta, no es lógico concluir que tenga hombres. La Escritura, que da fe de las cosas pasadas precisamente porque se cumplen sus predicciones, no miente. Amén de que parece un absurdo enorme decir

[216] La esfinge a que alude era un animal especie de mona de cuerpo peludo, menos el pecho, donde tiene mamas, y con cara redonda muy parecida a la de la mujer.

[217] Más explícito no ha podido ser, y tampoco era posible dar una solución más acertada, en armonía con la ciencia de entonces. Los hechos eran claros. ¿Cómo explicarlos? La solución dada resuelve el problema planteado sobre el origen de toda la humanidad de un tronco común. La frase anterior es clara: lo que un hombre es a una nación, eso es una nación al mundo.

que algunos hombres, atravesada la inmensidad del océano, han podido navegar y arribar a esa parte con el fin exclusivo de salvar la continuidad unitaria del género humano en su origen[218].

Veamos, pues, si podemos encontrar la Ciudad de Dios, viajera en el mundo, que llegó hasta el diluvio y el arca, entre esos pueblos que, según la Escritura, se dividieron en setenta y dos naciones y otras tantas lenguas. Porque la verdad es que se demuestra que ha perseverado en los hijos de *Noé* debido a sus bendiciones, sobre todo en el mayor, que es Sem, puesto que la bendición de Jafet llevaba consigo el habitar en las tierras de su hermano.

## CAPÍTULO X

## **Sem y su descendencia, flechada hacia Abrahán**

1. Debe, pues, iniciarse la serie de generaciones desde Sem para que enarbole la Ciudad de Dios después del diluvio, al igual que la serie de las generaciones de Set la ponía a nuestra vista antes de él. Por esta razón, la divina Escritura, después de haber presentado la ciudad terrena en Babilonia, es decir, en la confusión, retorna, como recapitulando, al patriarca Sem, y desde él emprende la marcha de las generaciones hasta Abrahán, haciendo notar en qué año de su vida engendró al hijo que continúa la serie y cuántos años vivió. Aquí debo recordar mi promesa y dejar en claro por qué dijo que el nombre de uno de los hijos de Héber *fue Fálec, porque en sus días se hizo la división de la tierra.* ¿Qué debe entenderse por esta división sino la diversidad de lenguas? Dejando a un lado los hijos de Sem, que no hacen al caso en la lista de las generaciones, pone solamente a aquellos a través de los cuales puede llegarse hasta Abrahán. El mismo proceso había seguido antes del diluvio en las generaciones descendientes de Set, hijo de Adán, hasta llegar a Noé. Así comienza la lista de las generaciones *Estas son las generaciones de Sem. Sem tenía cien años cuando engendró a Arfaxat, el segundo año después del diluvio. Vivió Sem des-*

[218] Se echará de ver que San Agustín, sin negar de una manera absoluta la posibilidad física de los antípodas, se limita a proponer una dificultad muy seria y particularmente delicada para un cristiano: la de conciliar los datos de la geografía con la unidad de la raza humana. Lactancio, en cambio, se muestra mucho menos reservado cuando trata de necia e inepta la concepción de una tierra redonda y de hombres que tengan la cabeza bajo los pies *(Inst.* 1.3 c.24).

*pués de engendrar a Arfaxat quinientos años, y engendró hijos e hijas.* El mismo estilo emplea en los otros, con el cuidado de indicar los años en que cada cual ha engendrado al hijo que va a enrolar en la lista genealógica, que se estira hasta Abrahán, y los años que vivió después, intimando además que engendró hijos e hijas. El fin de esta última recomendación es darnos una idea del posible origen del crecimiento de los pueblos, para que no nos entren dudas, atentos puerilmente a los pocos nombres mencionados, sobre cómo pudo el linaje de Sem poblar tantas regiones y fundar tantos reinos. La mira está puesta sobre todo en el reino de los asirios, donde Nino, el domador de los pueblos orientales, tuvo un reinado inmensamente venturoso, y dejó a su posteridad un imperio muy extenso y fundamentado, que se mantuvo durante mucho tiempo.

2. Para no alargarnos más de lo debido, anotamos como digno de consideración en esta lista no cuántos años vivió cada uno según esta genealogía, sino solamente en qué año ha engendrado cada cual el hijo que sigue en ella, con el fin de deducir el número de años transcurridos desde terminado el diluvio hasta Abrahán. Y, en gracia a los puntos en que la necesidad nos obliga a demorarnos, vamos a tocar otros brevemente y de paso. Dos años después del diluvio, Sein, a la edad de cien años, engendró a Arfaxat; Arfaxat engendró a Cainán a los ciento treinta y cinco años, quien a su vez engendró a Sala cuando tenía ciento treinta años. Sala contaba otros tantos cuando engendró a Héber. Este contaba ciento treinta y cuatro años cuando engendró a Fálec. En tiempo de éste se hizo la división de la tierra. Fálec vivió ciento treinta años, y engendró a Ragán, y Ragán a la edad de ciento treinta y dos engendró a Séruc. Séruc a los ciento treinta engendró a Nacor, y Nacor a los setenta y nueve engendró a Taré. Y Taré a los setenta años engendró a Abrán, a quien Dios cambió más tarde el nombre y le llamó Abrahán. Así, pues, desde el diluvio hasta Abrahán son unos mil setenta y dos años según la edición Vulgata, es decir, de los Setenta[219]. En los códices hebreos, al parecer, se dan muchos años menos, y, o no los prueban, o con mucha dificultad.

3. Cuando buscamos, pues, la Ciudad de Dios en aquellas setenta y dos naciones, no podemos afirmar que, en aquel tiempo en que hablaban una misma lengua, ya había abandonado el género humano el culto del

---

[219] Hay que advertir que la edición que nosotros conocemos hoy con el nombre de Vulgata no es la de los Setenta, sino la versión de San Jerónimo. La Vulgata de que habla San Agust’n es la traducción de la Escritura hecha directamente del griego al latín, no del hebreo, como será luego la de San Jerónimo. No sabemos si esa Vulgata es la misma Itala de que habla en *De doctr. christ.* (II 11,16).

verdadero Dios. De tal suerte sería esto así, que la verdadera piedad no se había conservado más que en las generaciones que descienden de Sem por Arfaxat y tienden a Abrahán. Debemos afirmar, sí, que la ciudad o sociedad de los impíos apareció a partir de la soberbia construcción de aquella torre hasta el cielo, que es imagen del engreimiento impío. Si no existió antes, o si estaba oculta, o mejor si ambas subsistieron, a saber, la piadosa, en los hijos de Noé bendecidos y en sus descendientes, y la impía, en el que fue maldecido y en su descendencia, de la que nació el gigante cazador contra Dios, no es fácil decirlo. Quizá —y es, sin duda, lo más creíble— aun antes de la fundación de Babilonia existieron despreciadores de Dios en los hijos de aquellos dos, y adoradores de Dios en los de Cam. Con todo, es obligado creer que nunca faltaron en el mundo hombres de uno y otro género. Esto parecen manifestar estas palabras: *Todos se han extraviado; todos a una se han hecho inútiles; no hay quien obre el bien, no hay siquiera uno,* y otro salmo, del que son las siguientes: *¿No caerán en la cuenta de una vez todos aquellos que cometen la iniquidad y que devoran a mi pueblo como un pedazo de pan?* Luego ya existía entonces el pueblo de Dios. De donde se sigue que esta cláusula: *No hay quien obre el bien, no hay siquiera uno,* se refiere a los hijos de los hombres, no a los hijos de Dios. Porque primero dijo: *Dios echó desde el cielo una mirada sobre los hijos de los hombres para ver si había uno que tuviese juicio,* o que buscase a Dios, y luego añadió las palabras que prueban que son réprobos todos los hijos de los hombres, es decir, los que pertenecen a la ciudad que vive según los hombres, no según Dios.

## CAPÍTULO XI

## La lengua primitiva fue la llamada más tarde hebrea, de Héber

I. Así como la existencia de una única lengua común no obstó a la existencia de hijos malvados, ya que antes del diluvio era única la lengua, y, sin embargo, merecieron ser borrados del mapa todos, a excepción de una familia, la del justo Noé, así, cuando las naciones soberbias e impías fueron justamente castigadas y divididas con la diversidad de lenguas, y la ciudad de los impíos recibió el nombre de Confusión, es decir, se llamó Babilonia, no faltó una familia, la de Héber, en la que se conservara la lengua que antes fue común a todos. De aquí que, como arriba he recordado, en la enumeración de los hijos de Sem, cada uno de los cuales dio origen a

naciones concretas, se mencione en primer lugar a Héber, siendo su tataranieto, es decir, el quinto de sus descendientes. Y como esta lengua[220], que no sin fundamento se cree que fue la primitiva común al género humano, se conservó en su familia, al dividirse las naciones por sus lenguas, por eso se llamó luego hebrea[221]. La razón es que entonces era preciso distinguirla con su nombre propio de las otras lenguas, ya que éstas tenían también su nombre propio, mientras que, cuando era única, se llamaba simplemente lengua o lenguaje humano, pues era el usado por todos los hombres.

2. Tal vez diga alguno: Si la división de la tierra, es decir, de los hombres existentes en la tierra, tuvo lugar en tiempo de Fálec, hijo de Héber, la lengua primigenia, que fue común a todos, debió tomar el nombre de Fálec. Pero es de notar que Héber mismo puso el nombre a su hijo, en concreto el de Fálec, que significa División, porque nació justamente cuando se efectuó la división de la tierra por las lenguas, o sea, al mismo tiempo. Y a esto aluden estas, palabras: *En sus días se hizo la división de la tierra.* Si de hecho Héber ya no vivía cuando se multiplicaron las lenguas, no daría su nombre a la lengua que se conservó cabe él[222]. Lo que nos lleva a creer que ésta fue la lengua primitiva común a todos es que la multiplicación y alteración de las lenguas es efecto de una pena, y el pueblo de Dios, evidentemente, debió quedar al margen de esta pena.

Y así no es bicoca que sea ésta la lengua usada por Abrahán, que él no pudo transmitir a todos sus hijos, sino solamente a los que, nacidos de Jacob, y formando de modo más notorio y evidente el reino de Dios, merecieron guardar los testamentos de Dios y la línea de Cristo. Héber mismo no volvió a dejar la lengua en todos los descendientes, sino sólo en aquellos cuyas generaciones llevan a Abrahán. Por este motivo, aunque no se expuso con claridad que, cuando los impíos edificaban Babilonia, había en la tierra hombres piadosos, esta obscuridad no fue para defraudar la aten-

---

[220] Cf. libro XVIII, capítulo 39.

[221] Quizá la historia de las lenguas tuviera algo o mucho que oponer a esta aserción del Santo. Es admisible que todas las lenguas tengan un tronco común, pero esto no quiere decir que ése sea la hebrea. De hecho, el hebreo forma parte de las lenguas semitas y es de las más recientes.

[222] No es una misma la opinión de todos sobre este particular. Los hebreos, por ejemplo, en su *Crónica*, que llaman *Seder-Holam*, es decir, *Ordo saeculi,* opinan que la división de las lenguas se hizo en tiempo de Fálec, o sea, el año trescientos cuarenta después del diluvio, diez años antes de la muerte de Noé. A esta opinión parecen adherirse San Jerónimo y San Juan Crisóstomo, quienes defienden que Héber previo en espíritu profético esta división e impuso a Fálec ese nombre, que significa División.

ción del historiador, sino más bien para ejercitarla. Hay dos hechos: uno, que la lengua primitiva fue única y que Héber es antepuesto en la narración a todos los hijos de Sem, aunque es su quinto descendiente; y otro, que esa lengua se llama hebrea y que ha sido empleada por los patriarcas y por los profetas, no solamente en su hablar, sino también en las sagradas Letras. Por eso, ahora, cuando, al dividirse las lenguas, se nos pregunta dónde ha podido subsistir la lengua que antes fue común a todos, puesto que no hay duda que entre los que subsistió no existió la pena consistente en el cambio de lenguas, ¿qué otra cosa viene a las mientes sino que se conservó en la nación de éste, de cuyo nombre tomó nombre? Y una prueba no pequeña de la perfección de esta nación fue que, siendo otras naciones castigadas con la mutación de las lenguas, a ésta no alcanzó tal castigo.

3. Pero se presenta otro punto ahora: ¿Cómo han podido Héber y su hijo Fálec formar sendas naciones, si en ambos hallamos la misma lengua? Es cierto que el pueblo hebreo desciende de Héber hasta Abrahán, y por éste después hasta agrandarse el pueblo de Israel. ¿Cómo, pues, todos los hombres mencionados como hijos de los tres hijos de Noé formaron cada uno una nación, si Héber y Fálec no las formaron? En realidad, lo más probable es que el gigante Nebrot fundó también su nación. Y se hizo mención aparte de él por su vasto imperio y por su estatura extraordinaria, de suerte que el número de setenta y dos naciones subsiste. Fálec, en cambio, fue mencionado no precisamente porque fundara una nación (pues la suya era la nación hebrea y la misma lengua), sino por ese acontecimiento memorable que sucedió en su tiempo, la división de la tierra. Y no debe tampoco sorprendernos cómo es posible que el gigante Nebrot viviera hasta la fundación de Babilonia, y la confusión de lenguas, y la división de las naciones, porque de que Héber sea el sexto desde Noé, y él el cuarto, no se sigue que no hayan podido convivir hasta esa época. Sucedió que donde son menos las generaciones, vivían más, y menos donde son más, o que, donde son menos, engendraban más tarde, y más pronto donde son más. Además, hay que entender que, cuando se llevó a cabo la división de la tierra, no sólo habían nacido ya los demás hijos de los hijos de Noé que, según la Escritura, son padres de naciones, sino que su avanzada edad les permitía tener también numerosas familias acreedoras al nombre de naciones. De donde se sigue que no debe creerse ni por asomo que han sido engendrados en el orden en que los vemos mencionados. De otra suerte, ¿cómo fue posible que los doce hijos de Jectán, hijo también de Héber y hermano de Fálec, formaran ya naciones, si Jectán nació después de Fálec, su hermano, pues fue mencionado después, supuesto que al nacer Fálec se realizó la división de la tierra? Por consiguiente, se debe notar que fue

nombrado el primero, pero que nació mucho después que su hermano Jectán, y que los doce hijos de éste tendrían ya familias tan numerosas, que podían ser divididas cada una en su lengua propia. Así fue mencionado el primero el que era posterior en edad, al igual que en los hijos de Noé comenzó por los hijos de Jafet, siendo éste el menor de ellos, y siguió por los hijos de Cam, que era el segundo, y en último término cita los hijos de Sem, que era el primero. Los nombres de aquellas naciones, en parte se han conservado, de suerte que aún hoy aparece de dónde derivan, como de Asur los asirios, y de Héber los hebreos: y en parte han sido cambiados por arcaicidad, de forma que los eruditos e investigadores de la historia antigua apenas han podido descubrir los orígenes, y no de todas, sino de algunas de estas naciones. Dicen que los egipcios proceden de Mesraín, hijo de Cam, pero el nombre aquí no suena a nada. Lo mismo sucede en los etíopes, que se dicen descendientes de otro hijo de Cam, llamado Cus. Considerándolos todos, se encuentran más nombres cambiados que permanentes.

## CAPÍTULO XII

## Una pausa en Abrahán. Un nuevo orden en la Ciudad santa

Ahora veamos ya el desarrollo de la Ciudad de Dios a partir del paréntesis hecho en el patriarca Abrahán. Aquí el conocimiento de esa Ciudad se hace luz y las promesas divinas que vemos cumplirse en Cristo tienen tintas más claras. Como sabemos por indicación de la santa Escritura, Abrahán nació en la región de los caldeos, tierra que pertenecía al imperio de los asirios. Entre los caldeos de entonces privaban ya las supersticiones impías, como en las demás naciones. Existía una familia, la de Taré, de la que nació Abrahán, en la cual se había conservado el culto al único Dios verdadero, y, en cuanto es creíble, era la única en que se conservaba la lengua hebrea. Y esto a pesar de que también ella, como en otro tiempo el pueblo de Dios en Egipto, sirvió en Mesopotamia a dioses ajenos, según la narración de Jesús Nave, derivando poco a poco las demás familias descendientes de Héber a otras lenguas y a otras naciones. Así como en el diluvio de agua sólo sobrevivió una familia, la de Noé, para reparar el género humano, así en el diluvio de las supersticiones que inundó el universo sólo se salvó una familia, la de Taré, y en ella se custodió la plantación de la Ciudad de Dios. Finalmente, de igual modo que allí, una vez enumeradas las generaciones hasta Noé y el número de años y expuesta la causa del

diluvio, antes de que Dios hablara a Noé sobre la fabricación del arca, se dice: *Estas son las generaciones de Noé;* de tal forma que aquí, mencionadas las generaciones desde Seni, hijo de Noé, basta Abrahán, hace un paréntesis semejante, y dice: *Estas son las generaciones de Taré. Taré engendró a Abram, y a Nacor, y a Aran. Y Arán engendró a Lot. Y murió Aran antes que su padre, Taré, en la tierra en que nació, en la región de los caldeos. Abram y Nacor se casaron. La mujer de Abram se llamaba Sara, y la de Nacor, Melca, hija de Arán.* Este Arán, padre de Melca, fue también padre de Jescá, y ésta, al parecer, se identifica con Sara, esposa de Abrahán[223].

## Capítulo XIII

## Motivo del silencio de Nacor durante la transmigración

Luego se cuenta cómo Taré con los suyos dejó el país de los caldeos, se fue a Mesopotamia y habitó en Harrán. Y, sin embargo, de uno de sus hijos, de Nacor, no se dice nada, como si no le acompañara. La narración dice así: *Taré lomó consigo a su hijo Abram, y a Lot, hijo de Arán, y a Sara, su nuera, esposa de su hijo Abram, y los sacó de la región de los caldeos para pasar a la tierra de Canaán. Y llegó a Harrán y se estableció allí.* Como se ve, a Nacor y a su esposa, Melca, no se les nombra. Pero resulta que después, cuando Abrahán envía a un siervo a buscar esposa para su hijo Isaac, se dice: *Tomó el siervo diez camellos de los de su señor y, llevando consigo toda clase de bienes de su amo, puesto en camino, se fue a Mesopotamia, a la ciudad de Nacor.* Por este y por otros testimonios de la historia sagrada se prueba que Nacor, hermano de Abrahán, salió también del país de los caldeos y que fijó sus reales en Mesopotamia, donde había morado antes Abrahán con su padre. ¿Por qué la Escritura no le menciona cuando Taré salió con los suyos de la Caldea y se estableció en Mesopotamia, siendo así que menciona como acompañantes a Abrahán, su hijo, a Sara, su suegra, y a Lot, su nieto? ¿Qué otra razón podemos dar sino que tal vez había apostatado de la religión de su padre y de su hermano y había dado su nombre a la superstición de los caldeos, y después, bien arrepentido, bien perseguido por estimársele sospechoso, emigró tam-

[223] Así lo refieren Flavio Josefo en *Antiquitates Iudaicae* (1.1 c.7), San Jerónimo en sus *Tradiciones hebraicas* y los hebreos en la obra citada en la nota anterior, capítulo 2.

bién él? En el libro intitulado de Judit, cuando Holofernes, enemigo de los israelitas, pregunta qué nación era aquélla y si debía pelearse contra ella, le respondió Aquior, jefe de los ammonitas: *Señor, escucha la palabra de boca de tu siervo, y yo diré la verdad acerca de este pueblo que habita cabe ti esta montaña, y ten por seguro que no saldrá mentira de esta boca. Estos descienden de los caldeos, y antes habitaron en Mesopotamia, y como no quisieron adorar los dioses de sus padres, que fueron gloriosos entre los caldeos, sino que, apartándose de la religión de sus padres, adoraron al Dios del cielo, a quien conocieron, los arrojaron de la presencia de sus dioses y huyeron a Mesopotamia, y moraron allí muchos años. Su Dios les mandó salir de su morada e ir a la tierra de Canaán, y allí se establecieron,* etc. De donde se sigue claramente que la familia de Taré fue perseguida por los caldeos a causa de la verdadera religión, que la llevaba a rendir culto al único Dios verdadero.

## Capitulo XIV

## **Edad de Taré y su muerte en Harrán**

Muerto Taré en Mesopotamia, donde vivió, según la Escritura, doscientos cinco años, comienza la insinuación de las promesas hechas por Dios a Abrahán. He aquí sus palabras: *Y fueron los años de Taré en Harrán doscientos cinco, y murió en Harrán.* Pero no debe entenderse este pasaje como si hubiera vivido allí todo ese tiempo, sino que se dice eso porque su vida, que se redujo a doscientos cinco años, vio allí su fin. De lo contrario, los años de la vida de Taré nos serían desconocidos, porque no se lee en ninguna parte a qué edad llegó a Harrán. Además, es absurdo pensar que, en una lista genealógica en que se refiere con esmero cuántos años vivió cada cual, se deje sin consignar solamente el número de años que vivió éste. Esta omisión tiene lugar para algunos mencionados por la Escritura, pero es porque no están en esta lista, en que se numeran los tiempos por la muerte de los padres y la sucesión de los hijos. En esta lista, que va desde Adán hasta Noé, y desde éste hasta Abrahán, no hay ni uno solo sin el número de años que vivió.

## CAPÍTULO XV

## ¿Cuándo salió Abrahán de Harrán según precepto de Dios?

I. Estas palabras que leemos después de referida la muerte de Taré, padre de Abrahán: *Y dijo el Señor a Abram: Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre,* etc., no deben hacernos pensar que, como en la narración es ése el orden, sea también en el tiempo de los acontecimientos. Si esto es así, es una cuestión insoluble. La Escritura, después de esas palabras dirigidas por Dios a Abrahán, dice así: *Y salió Abram, como le había dicho el Señor, y partió con él Lot. Abram tenia setenta y cinco años cuando salió de Harrán.* ¿Cómo es posible que sea esto verdadero, si salió de Harrán después de la muerte de su padre? Taré, como hemos hecho notar arriba, engendró a Abrahán a los setenta años. Si a éstos añadimos los sesenta y cinco que tenía Abrahán cuando salió de Harrán, tenemos un total de ciento cuarenta y cinco años. Taré tenía, pues, esta edad cuando salió Abrahán de aquella ciudad de Mesopotamia y éste vivía entonces el año setenta y cinco de su vida. Por tanto, su padre, que le había engendrado a los setenta, frisaba, como queda dicho, en los ciento cuarenta y cinco. Luego no salió de allí después de la muerte de su padre, es decir, después de doscientos cinco años, que vivió su padre, sino que el año de su salida, puesto que era el setenta y cinco de su vida, de la de su padre, que le había engendrado a los setenta, fue, indudablemente, el ciento cuarenta y cinco. Debe, por consiguiente, entenderse que la Escritura, según su usanza, hizo una nueva recapitulación del tiempo ya pasado. Más arriba hizo lo mismo. Después de haber mencionado los hijos de los hijos de Noé, dijo que se habían dividido en sus naciones y en sus lenguas, y, sin embargo, luego, como si siguiera cronológicamente esto, añade: *Y entonces, toda la tierra tenía un solo lenguaje y hablaban todos una misma lengua.* ¿Cómo estaban divididos según sus naciones y sus lenguas, si tenían todos una lengua única, sino porque la narración retorna, recapitulando, a lo que ya había sucedido? Así, en este pasaje dice: *Y fueron los años de Taré, en Harrán doscientos cinco años, y murió Taré en Harrán;* y luego, volviendo a coger el hilo para completar la narración incoada de Taré, añade: *Y dijo el Señor a Abram: Sal de tu tierra,* etc. Tras estas palabras de Dios, agrega: *Y salió Abram como se lo había dicho el Señor, y partió con él Lot. Abram tenía setenta y cinco años cuando salió de Harrán.* En conclusión: efectuó la salida cuando tenía su padre ciento cuarenta y cinco años, y él setenta y

cinco[224]. Esta cuestión se ha resuelto también de otro modo. Según esta solución, los setenta y cinco años que tenía Abram cuando salió de Harrán se computarían desde el año en que fue librado del fuego de los caldeos, no desde el año en que nació, como, si fuera ésta la fecha precisa de su nacimiento[225].

2. Mas San Esteban, narrando esto en los Hechos de los Apóstoles, dice: *El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abrahán cuando estaba en Mesopotamia, antes de habitar en Harrán, y le dijo: Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven al país que yo te mostraré.* Según estas palabras de San Esteban, Dios no habló a Abrahán después de la muerte de su padre, que murió ciertamente en Harrán, donde moró con él su hijo, sino antes de que habitara en aquella ciudad, pero estando ya en Mesopotamia. Ya había, pues, salido de entre los caldeos. Y así, lo que San Esteban añade: *Entonces Abrahán salió de la Caldea y habitó en Harrán,* no muestra que esto se llevó a cabo después que Dios le habló (pues no salió de la Caldea después de esa admonición divina, puesto que dice que le habló Dios estando en Mesopotamia), sino que se refiere a todo el tiempo expresado por el adverbio *entonces,* es decir, desde que salió de Caldea y fijó su residencia en Harrán. Lo mismo prueba esto: *Y, después de la muerte de su padre, Dios le colocó en esta tierra en que ahora moráis vosotros y vuestros padres.* No dice: Después de muerto su padre, salió de Harrán, sino: Dios le colocó aquí después de muerto su padre. En conclusión: debemos entender que Dios habló a. Abrahán estando aún en Mesopotamia, antes de habitar en Harrán, pero que llegó a Harrán con su padre, guardando de corazón el precepto de Dios, y que salió de allí a los setenta y cinco años y a los ciento cuarenta y cinco de su padre. Y dice que su instalación en la tierra de Canaán, no su salida de Harrán, tuvo lugar después de la muerte de su padre, pues, cuando compró esa tierra y comenzó a poseerla en propiedad, ya había muerto su padre. Sin embargo, esto que dice Dios, establecido él ya en Mesopotamia, es decir, fuera ya del país de los caldeos: *Sal de tu patria; y de tu parentela, y de la casa de tu padre,* no lleva la intención de un sacar material del cuerpo, cosa que ya había hecho, sino de un desprender el espíritu de aquello. No había salido,

---

224 En *Quaestiones in Heptateucum* (I q.26) plantea la objeción que puede presentar esa acción contra la santidad de Abrahán, y concluye diciendo: *Tacens quod uxor esset, sed non mentiens quod soror esset.* Y da luego la razón, dejando a Dios el caso y previniendo él la maldad de los hombres.

225 Esta es la solución propuesta por San Jerónimo. El la recoge de la tradición de los hebreos, según la cual Abrahán fue condenado al fuego por los caldeos por negarse a adorar al dios de ellos, y fue librado por Dios de él.

pues, de allí de corazón si estaba movido por la esperanza y el deseo de volver, deseo y esperanza que, con la ayuda y el mandato de Dios y su obediencia, debía cercenar. Cierto que no es increíble pensar que Abrahán cumpliese el mandato de Dios saliendo de Harrán con su esposa Sara, y con Lot, su sobrino, después que Nacor siguió a su padre.

## Capítulo XVI

## Orden y cualidad de tas promesas hechas por Dios a Abrahán

Hora es ya de considerar las promesas hechas por Dios a Abrahán. En ellas brillan con más claridad los oráculos de nuestro Dios, que es decir del Dios verdadero sobre el pueblo de los piadosos, pronunciados por la autoridad de los profetas.

La primera está expresada en estos términos: *Y dijo el Señor a Abram: Sal de tu tierra, y dé tu parentela, y de la casa de tu padre, y ve a la tierra que yo te mostraré. Y yo te haré cabeza de una nación grande, y le bendeciré y ensalzaré tu nombre, y serás bendito. Bendeciré a los que le bendigan y maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditas todas las naciones de la tierra.* Es de notar que aquí se prometen dos cosas a Abrahán; una, que su descendencia poseerá la tierra de Canaán, y se expresa en estas palabras: *Ve a la tierra que te mostraré, y te haré cabeza de una nación grande;* y otra, mucho más excelente, y que debe entenderse no de su descendencia carnal, sino espiritual, por la cual es padre, no de una nación, la israelítica, sino de todas las naciones que marchan por las veredas de su fe. Esta promesa comienza así: *Y serán bendecidas en ti todas las naciones de la tierra.* Eusebio piensa que esta promesa fue hecha el año setenta y cinco de la vida de Abrahán, como si hubiera salido de Harrán tan pronto como la recibió. Y se funda en que la Escritura no puede contradecirse en este pasaje: *Abram tenía setenta y cinco años cuando salió de Harrán.* Mas, si esta promesa fue hecha ese año, Abrahán moraba ya en Harrán con su padre, porque no podría salir si no hubiera estado allí antes. ¿Está en contradicción esto con lo que dice San Esteban: *El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abrahán cuando estaba en Mesopotamia antes que habitara en Harrán?* Debe, pues, entenderse que acaecieron el mismo año todos estos sucesos: la promesa de Dios antes que Abrahán habitara en Harrán, su estancia en Harrán y su salida. Y esto no sólo porque Eusebio en sus *Crónicas* comienza a contar desde el año de esta pro-

mesa, y muestra que salió de Egipto después de cuatrocientos treinta años, época en que se dio la ley, sino también porque el apóstol San Pablo expresa eso mismo[226].

## CAPÍTULO XVII

### Los tres imperios más brillantes de los gentiles. El de los asirios estaba ya muy floreciente en tiempo de Abrahán

En ese mismo tiempo florecían ya tres imperios de los gentiles, en los que erguía su talle con alteza la ciudad de los terrígenas, es decir, la sociedad de los hombres que viven según el hombre, bajo la dominación de los ángeles desertores. Estos imperios eran el de los sicionios[227], el de los egipcios y el de los asirios. El de los asirios era el más poderoso y floreciente de todos. Nino, hijo de Belo, había subyugado a todos los pueblos del Asia, excepto la India. Y llamo Asia no a la región que es una provincia del Asia Mayor, sino a la llamada Asia Universal, que es, según unos, una de las dos, y, según otros, una de las tres grandes partes del mundo, que serían Asia, Europa y Africa[228]. En esta división no se ha guardado igualdad, pues Asia se extiende desde el mediodía por oriente hasta el septentrión, y Europa, desde el septentrión hasta el occidente, y Africa, desde el occidente hasta el mediodía. De donde se desprende, al parecer, que Europa y Africa ocupan la mitad del orbe, y la otra mitad, Asia. Pero estas dos partes se hicieron porque entre ellas se halla el océano, que recoge lats aguas de dos continentes, formando así un mar grande. Por eso, dividido el mundo en dos partes, Oriente y Occidente, Asia queda en una, y Europa y Africa, en otra. De los tres imperios que florecían entonces, el de los sicionios no estaba sujeto a los asirios, porque están en Europa; pero ¿cómo el de los egipcios no les estaba sujeto, si dominaban toda el Asia, exceptuados, como queda dicho, solos los indios? En Asiria, pues, predominaba el poder de la ciudad impía. Su corte era Babilonia, que es decir Confusión, nombre muy apropiado para la ciudad terrígena. Allí reinaba ya Nino después de la muerte de su. padre Belo, primer rey en esa ciudad por espacio

226 En todos estos datos históricos usa, como es sabido, el *Cronicón* de Eusebio de Cesárea.

227 Así se llaman los habitantes de la ciudad del Peloponeso llamada Sycion, o Sicionia.

228 Estas eran las tres partes del mundo conocidas entonces.

de sesenta y cinco años. Su hijo Nino, que le sucedió en el trono, reinó cincuenta y dos años. Y llevaba cuarenta y tres años en el mando cuando nació Abrahán, más o menos el año mil doscientos antes de la fundación de Roma, que es como la Babilonia de Occidente[229].

## CAPÍTULO XVIII

## Segunda promesa de Dios a Abrahán

Salido que hubo Abrahán de Harrán a los setenta y cinco años de su vida y ciento cuarenta y cinco de su padre, se encaminó con Lot, su sobrino, y su esposa Sara a la tierra de Canaán, llegando hasta Siquén. Aquí recibió un nuevo oráculo de Dios, referido en estos términos: *Se apareció Dios a Abrahán y le dijo: Yo daré a tu descendencia esta tierra.* En esta promesa no se hace referencia a la descendencia que le constituyó padre de todas las naciones, sino sólo a aquella por la que es padre de una nación, la israelítica. Y ésta es la que poseyó aquella tierra.

## CAPÍTULO XIX

## La castidad de Sara, protegida por Dios en Egipto

Luego, Abrahán levantó allí un altar, invocó a Dios y marchó de allí. Habitó en el desierto, y de aquí se vio obligado por el hambre a pasar a Egipto. Cuando dijo que su mujer era su hermana, no mintió[230], porque en

---

[229] Después de sus diez libros apologéticos no había aparecido casi en escena la ciudad de Roma. Ahora aprovecha la ocasión para presentarla como la continuadora de la antigua Babilonia, como la corte y la capital de la ciudad terrena. El nombre de Babilonia aplicado a Roma, según la crítica, lo usó ya San Pedro en su primera Epístola.

[230] Es indiscutible que la conducta de Abrahán, a pesar de las defensas que hagan todos los Santos Padres en general, fue reprobable en el sentido de que mintió, como buen beduino que era. Hoy no nos es dado a nosotros ver la mentalidad primitiva respecto a la moralidad de ciertas acciones. Quizá subjetivamente no mintió, es decir, pudo tener una conciencia errónea sobre la moralidad de esa falta; pero en realidad, objetivamente, ésa fue una mentira, y bien pensada y prudente por lo que hace al caso. Así la aprecia en general la crítica bíblica moderna.

realidad lo era, pues era su prima carnal, como Lot, que estaba en el mismo grado de consanguinidad, fue llamado también hermano suyo. Por tanto, calló que era su esposa, pero no lo negó, encomendando a Dios el velar por su castidad y precaviendo, como hombre, las asechanzas humanas. Si no tomara todas las precauciones posibles contra el peligro, se diría que tentaba a Dios, no qué esperaba en él. Sobre esta cuestión ya hemos dicho lo nuestro respondiendo a las calumnias del maniqueo Fausto[231]. Por fin sucedió lo que Abrahán se había prometido del Señor. Faraón, rey de Egipto, que la había tomado por esposa, hecho una llaga, la devolvió a su marido. Lejos de nosotros pensar que se vio mancillada por coito ajeno, pues que es mucho más creíble que esas enormes llagas no permitieran cometer a Faraón ese crimen.

## CAPÍTULO XX

## Separación entre Lot y Abrahán. En ella quedó a salvo la caridad

Una vez que Abrahán volvió de Egipto al lugar de donde había salido, Lot, su sobrino, se alejó de él sin romper las relaciones y se retiró a Sodoma. Las grandes riquezas que habían adquirido y las frecuentes riñas de sus pastores les movieron a tomar esa decisión, para evitar así la pugna y discordia de su servidumbre. Como hombres que eran, esto podía también suscitar entre ellos alguna reyerta. Y Abrahán, previniendo este mal, dirige a Lot estas palabras: *No haya reyerta entre nosotros, ni entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos. ¿No está toda la tierra a tu vista? Sepárate de mí; si tú vas a la izquierda, yo iré a la derecha, y si tú a la derecha, yo a la izquierda.* Quizá haya tenido origen aquí esa pacífica costumbre entre los hombres de que, al repartirse los terrenos, el mayor divide y el menor escoge.

---

231 Cf. *Contra Faust. Manich.* XXII 26.

## CAPÍTULO XXI

## Tercera promesa de Dios a Abrahán

Después de haberse ya separado Abrahán y Lot, forzados por el mantenimiento de la servidumbre, no por la fealdad de la discordia, y cuando vivían ya cada uno en su puesto: Abrahán, en la tierra de Canaán, y Lot, en Sodoma, el Señor dirigió a Abrahán por tercera vez la palabra: *Mira con tus ojos y extiende tu vista desde aquí al aquilón y al áfrico, al oriente y al mar. Toda esa tierra que ves, yo te le daré a ti y a tu posteridad hasta el siglo, y multiplicaré tu descendencia como la arena de la tierra. Si alguno puede contar la arena de la tierra, ése contará también tu descendencia. Levántate y recorre ese país a lo largo y a lo ancho, porque a ti te lo daré.* No aparece claro si aquí está implicada la otra promesa que le constituye padre de todas las naciones. Puede suponerse que dicen relación a ello estas palabras: *Y multiplicaré tu descendencia como la arena de la tierra,* expresión figurada, que los griegos llaman hipérbole, y que en realidad es metafórica, no propia. Y nadie un poco versado en la Escritura duda que tanto éste como los demás tropos son corrientes en ella. Esta figura retórica, es decir, este modo de expresarse, tiene lugar cuando lo que se dice de una cosa excede en mucho a lo que la cosa es en sí. ¿Quién no ve, por ejemplo, que es incomparablemente mayor el número de arenas que el de hombres que pueden existir desde Adán hasta el fin del mundo? ¡Cuánto mayor será, por tanto, que la descendencia de Abrahán, no sólo la pertinente a la nación israelítica, sino también la que es y será según la imitación de la fe en el mundo entero y en todos los pueblos! En realidad, este linaje es bien poca cosa en comparación con la multitud de los impíos, aunque esos pocos forman un número innumerable, expresado hiperbólicamente por la arena de la tierra. Verdad es que esta multitud que se promete a Abrahán es innumerable, no para Dios, sino para los hombres, pues para Dios no lo es ni la arena de la tierra. Por tanto, puesto que es más congruente comparar a la multitud de la arena las dos descendencias de Abrahán, la israelítica y la universal toda, y a ésta se extiende también la promesa, no según la carne, sino según el espíritu de muchos hijos, puede entenderse que la promesa hecha aquí se aplica a ambas realidades[232]. Mas

---

[232] Puede compararse esto con el pensamiento desarrollado en *Contra Faust. Manich.* (XXII 89). Todas estas coincidencias doctrinales nos hacen pensar en que el maniqueismo no satisfizo a Agustin en la solución de estos puntos, y él pretende resolverlos y allanar el camino de la verdad a Fausto.

dijimos que no aparece claro por qué la multitud de la única nación que desciende según la carne de Abrahán a través de su nieto Jacob se acreció tanto, que llenó casi todas las partes del mundo. Por eso pudo también ser comparada hiperbólicamente a la multitud de la arena, porque ésta sólo es innúmera para el hombre. Es cierto que nadie duda que se expresó solamente el país llamado Canaán. Pero estas palabras: *Te lo daré a ti y a tu descendencia hasta el siglo,* pueden hacer tilín a algunos si entienden por *hasta el siglo* eternamente. En cambio, si *hasta el siglo* lo entienden aquí, como fielmente sostenemos nosotros, por el principio del siglo futuro y el fin del presente, no les ofrecerá dificultad alguna. Porque, si bien los israelitas fueron expulsados de Jerusalén, con todo, moran en otras ciudades de la tierra de Canaán y morarán hasta el fin. Además, cuando esa tierra es habitada por los cristianos, es el linaje de Abrahán el que la habita.

## Capítulo XXII

## **Victoria de Abrahán sobre los enemigos de Sodoma**

Abrahán, después de haber recibido esta promesa, emigró y acampó en otro lugar de la misma región, es decir, bajo la encina de Mambre, que estaba en Hebrón. Después, cuando se libraba la guerra de cinco reyezuelos contra cuatro y, vencidos los sodomitas, quedó prisionero también Lot, Abrahán, acompañado de trescientos dieciocho de los suyos, lo libró de los enemigos que habían atacado a Sodoma. Y venció a favor de los reyes de Sodoma y rehusó los despojos que el rey de Sodoma le ofrecía. Pero entonces Melquisedec, sacerdote del Dios excelso, le bendijo. De Melquisedec se refieren muchas y grandes cosas en la epístola escrita a los Hebreos, que muchos dicen ser del apóstol San Pablo, y algunos lo niegan. En esta ocasión apareció por primera vez el sacrificio que ahora ofrecen los cristianos a Dios en todo el orbe, cumpliéndose aquello que mucho después del suceso se profetizó de Cristo, que aún había de encarnarse: Tú eres *sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.* Es decir, no según el orden de Aarón, orden que debía ser abolido por la realidad que prenotaban aquellas sombras;

## CAPÍTULO XXIII

## Nueva promesa de Dios a Abrahán. La justificación por la fe

También en esta ocasión habló el Señor a Abrahán en visión. Dios le prometió su protección y su gracia, y él, solícito por su posteridad, dijo que un tal Eliecer, criado suyo, había de ser su heredero. Y Dios inmediatamente le prometió un heredero, no un doméstico suyo, sino un auténtico hijo de Abrahán, y que su descendencia sería innumerable, no como la arena de la tierra, sino como las estrellas del cielo. Aquí, a mi parecer, se le prometió la posteridad sublime con la felicidad celestial. Pues por lo que hace al número, ¿qué son las estrellas del cielo en relación con la arena de la tierra, a no ser que alguien diga que esta comparación se asemeja en que las estrellas no pueden contarse tampoco? Porque no debe creerse que sea posible verlas todas, ya que, cuanto con más fijeza mira uno, tantas más ve. De donde se deduce que es razonable pensar que, aun a los más perspicaces, se escapan algunas, sin hablar de los astros, que, según cuentan, salen y se ponen en una parte del mundo muy alejada de nosotros. En fin, a cuantos se jactan de haber comprendido y consignado el número de estrellas, como Aralo[233], Eudoxo[234] o algunos otros, si los hay, a esos tales la autoridad de este libro les desdeña[235]. Y es en este pasaje donde se inserta la sentencia que nos trae al recuerdo el Apóstol para encarecer la gracia de Dios: *Creyó Abrahán, y le fue reputado a justicia.* Con ello intenta que la circuncisión no se gloríe empeñándose en no admitir a los incircuncisos a la fe de Cristo, puesto que, cuando la fe de Abrahán le fue reputada a justicia, aún no había sido circuncidado.

---

233 Es un famoso poeta y astrólogo de Cilicia, que floreció en tiempo de Ptolomeo Filadelfo y de Antígono Jonatás.

234 Astrónomo famoso de Gnido. Este se preciaba de haber agotado la ciencia astrológica y de haber dado con todo el número de estrellas.

235 Y acertadamente podríamos añadir hoy, porque, según la astrologia moderna, el número de estrellas es incalculable, y se van descubriendo infinidad de ellas nuevas cada año.

## Capítulo XXIV

## **Simbolismo del sacrificio ofrecido por Abrahán**

1. En la misma visión, hablando Dios con él, le dijo también: *Yo soy el Dios que te saqué de la región de los caldeos para darte esta tierra y ser su heredero.* Y, preguntándole Abrahán cómo conocería que sería su heredero. Dios le respondió: *Escógeme una novilla, una cabra y un carnero, todos ellos de tres años; una tórtola y una paloma. Tomó, pues, todos estos animales, los partió por medio y les puso frente a frente, pero las aves no las dividió. Y,* como está escrito, *las aves bajaban sobre los cuerpos que habían sido divididos y Abram las situó. Hacia el atardecer sorprendió a Abram un pavor y se apoderó de él un temor grande y tenebroso. Y entonces se le dijo: Sábete que tus descendientes serán peregrinos en tierra ajena, y que los reducirán a esclavitud, y los afligirán por espacio de cuatrocientos años. Mas a la nación a quien servirán, yo la juzgaré. Después de esto saldrán de aquí cargados de riquezas. Entre tanto, tú irás en paz a juntarte con tus padres entrado en una vejez dichosa. Y no volverán acá hasta la cuarta generación, porque al presente los pecados de los amorreos aún no han colmado la medida. Puesto ya el sol, se elevó una llama, y apareció un horno humeando y lámparas de fuego, que atravesaron por entre los animales divididos. Ese día firmó el Señor Dios con Abram una alianza, diciendo: Daré a tu posteridad esta tierra desde el río de Egipto hasta el gran río Eufrates, los ceneos, los ceneceos, y los cedmoneos, y los queteos, y los fereceos, y los rafallas, y los amorreos, y los cananeos, y los eveos, y los gergeseos, y los jebuseos.*

2. Todo eso sucedió y se dijo en visión, pero por inspiración de Dios. Explicar al detalle cada punto de éstos sería largo y excedería la humilde pretensión de la presente obra. Basta saber lo imprescindible. La fe de Abrahán, por la que creyó a Dios, y le fue reputado a justicia, no sufrió menoscabo al decir después de haberle sido prometida la herencia de aquella tierra: *Señor dominador, ¿según qué signos sabré que seré su heredero?* El no dice: ¿Cómo lo sabré?, como si aún no creyera, sino: *¿Según qué signos lo sabré?,* como pidiendo una semejanza de la realidad, con la que pudiera conocer el modo de la misma. A este tenor, no implica desconfianza le actitud de la Virgen María cuando dijo: *¿Cómo será eso, pues yo no conozco varón alguno?* Ella, que estaba cierta de lo que había de suceder, pedía una explicación, el cómo de la obra. Y esa pregunta halló eco: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con*

*su sombra.* Aquí también se dio un signo, el de animales, de una novilla, una cabra y un carnero, y de dos aves, una tórtola y una paloma. Y según esa figura conocía ya lo venidero, que no dudaba que sucedería. Quizá esté significado por la novilla el pueblo sometido al yugo de la ley, y por la cabra, ese mismo pueblo, futuro pecador, y por el carnero, ese pueblo que había de reinar. (Y se añade que esos animales son de tres años justamente por las tres épocas notables: desde Adán hasta Noé, desde Noé hasta Abrahán y desde éste hasta David, que, reprobado Saúl, es el primero sentado por voluntad de Dios en el trono de Israel. En esta tercera época, que corre desde Abrahán hasta David, como quien anda en la tercera edad de su vida, llegó aquel pueblo a su mocedad.) Y, aunque no significan eso, sino otra cosa más apta, yo no dudo lo más mínimo que los espirituales están prefigurados por la tórtola y la paloma. Y ésta es la razón de aquella cláusula: *Y las aves no las dividió,* porque los carnales se dividen entre sí, y los espirituales, no, bien se aparten de las conversaciones negociosas de los hombres, como la tórtola, bien vivan entre ellas, como la paloma. Estas dos aves son simples e inofensivas, y con ello daba a entender que en el pueblo israelita, futuro posesor de aquella tierra, los hombres serían hijos de la promesa y herederos de un reino permanente con una felicidad eterna. Las aves que descendían sobre los cuerpos divididos no indican nada bueno; son sencillamente los espíritus del aire, que buscan, como propio pasto, la división de los carnales. Abrahán las posó, y esto significa que los fieles auténticos han de perseverar hasta el fin entre las guerrillas de los carnales. El pavor y el temor grande y tenebroso que se apoderó de Abrahán hacia la puesta del sol significa que al fin del mundo sufrirán los fieles grandes quebrantos y tribulaciones. De éstas dijo el Señor en su Evangelio: *Entonces habrá una terrible tribulación cual no la ha habido desde el principio.*

3. Estas palabras dichas a Abrahán: *Sábete que tus descendientes serán peregrinos en tierra ajena, y los reducirán a esclavitud, y los afligirán por espacio de cuatrocientos años,* son una profecía manifiesta del pueblo de Israel, que había de ser esclavo en Egipto. Esto no quiere decir que aquel pueblo había de vivir cuatrocientos años en la esclavitud de los egipcios, sino que tales sucesos tendrían realización en esos cuatrocientos años. Y así como de Taré, padre de Abrahán, se dijo: Y *Taré vivió en Harrán doscientos cinco años,* no porque los pasó todos allí, sino porque los cumplió allí, así aquí se interpuso: *Y los reducirán a esclavitud, y los afligirán por espacio de cuatrocientos años,* porque se completó el número dicho en la aflicción, no porque pasó todo allí. Y dice *cuatrocientos años* para dar números redondos, aunque hayan sido algunos más, bien se compute desde

el tiempo en que se hicieron estas promesas a Abrahán, bien desde que nació Isaac por causa de la posteridad de Abrahán, de la que se predicen estas cosas. Se cuentan, pues, como hemos ya apuntado arriba, a partir del año setenta y cinco de Abrahán, es decir, desde la primera promesa insta la salida de Israel de Egipto, cuatrocientos treinta años. El Apóstol los recuerda en estos términos: *Lo que quiero decir es que, habiendo hecho Dios una alianza en forma, la ley dada cuatrocientos treinta años después no empece ni invalida la promesa*. Estos cuatrocientos treinta años se han podido reducir, en números redondos, a cuatrocientos, pues que no son muchos más. Y si a eso añadimos que habían pasado ya algunos años cuando se mostraron y dijeron a Abrahán esos sucesos, mejor todavía. El mismo cómputo del número redondo cuatrocientos quiso Dios usarlo en el nacimiento de Isaac, que tuvo lugar siendo centenario su padre, es decir, a los veinticinco años de la primera promesa, pues éstos, restados a los cuatrocientos treinta años, dan cuatrocientos cinco. Esto y lo siguiente de la profecía divina, nadie duda que alude al pueblo israelítico[236].

4. Estas palabras: *Puesto ya el sol, se elevó una llama, y apareció un horno humeando y lámparas de fuego, que atravesaron por entre los animales divididos*, significan que, al fin del mundo, los carnales serán juzgados por el fuego. Como la persecución de la Ciudad de Dios, nunca antes vista, que se espera como futura, está denotada en el tenebroso temor de Abrahán que se apoderó de él hacia la puesta del sol, o sea, al fin del inundo, así este fuego, que aparecerá a la puesta del sol, o sea, al fin del mundo, simboliza el día del juicio, que separará los hombres carnales, que se salvarán por el fuego, de los que se condenarán en el fuego. En fin, el pacto hecho con Abrahán declara propiamente la tierra de Canaán, y en ella nombra once naciones desde el río de Egipto hasta el gran Eufrates. Y nótese que no se dice desde el gran río de Egipto, que sería el Nilo, sino desde el río, que será el pequeño, que separa a Egipto y Palestina, sobre cuya margen está Rinocorura[237].

---

[236] A él la aplica y de él la entiende también en *Quaestiones in Heptateucum,* II q.47, 1-6.

[237] Todos los expositores han visto significado por el río de Egipto el Nilo. San Agustín, en cambio, ateniéndose a la letra, cree que no es ése, sino otro, cuyo nombre calla. Cf. *Quaest. in Hept.* VI q.21,3. «Ese río pequeño pasa —dice él —por la ciudad de Rinocorura». ¿Qué ciudad es ésa, cabe preguntar? Suelen darle el nombre también de Rinocolura; es una ciudad situada en los confines de Egipto y la Arabia. Hoy se llama El-Arisch. Cf. Diodoro de Sicilia, 1.2 c.62.

## CAPÍTULO XXV

## Agar, esclava de Sarra y concubina de Abrahán

Situados aquí, ya desfilan ante nosotros los hijos de Abrahán, uno de Agar, la esclava, y otro de Sarra, la libre. De ellos ya hemos hablado en el libro anterior[238]. Por lo que hace a las relaciones de Abrahán con esa concubina, creo que no se debe imputar a Abrahán tal crimen[239]. Usó de ella con miras a tener hijos, no a satisfacer su libido, y no agraviando a su esposa, sino más bien secundando su propósito. Ella creyó consolar su esterilidad apropiándose la fecundidad de su esclava por voluntad, ya que no podía por naturaleza; usando, para obtener de otra lo que no podía de sí misma, del derecho de que habla el Apóstol: *Y, asimismo, el marido no es dueño de su cuerpo, sino que lo es la mujer.* No se da aquí ni deseo lascivo ni torpeza injusta. La mujer entrega al marido la esclava con miras a la procreación, y el marido la acepta con esa intención; ambos pretenden no la lujuria del pecado, sino el fruto de la naturaleza. Así, cuando la esclava, ya encinta, se engalló[240], menospreciando la esterilidad del ama, Sarra, suspicaz como mujer que era, imputó eso a su esposo, y Abrahán aún en esta ocasión demostró que no era esclavo del amor, sino el engendrador libre, y que había guardado en Agar la fidelidad que debía a su esposa Sarra. Además, probó que cumplió no con mi placer, sino con la voluntad de Sarra, y que aceptó a la esclava, pero que no la pidió; que se acercó a ella y no quedó prendido; que la fecundó y no la amó. Dice él: *Ahí tienes la esclava a tu disposición; haz de ella lo que te plazca.* ¡Oh hombre admirable, que usaba de las mujeres como debe usar un hombre: de la propia, moderadamente; de la esclava, obedientemente, y de ninguna intemperadamente![241]

---

[238] Capitulo 3.

[239] El imputarlo era obra de Fausto el Maniqueo, como puede colegirse de *Contra Faust. Manich.* (XXII 30).

[240] Tal vez apelando solamente a esos fines y propósitos, no podríamos disculpar a Abrahán de adulterio. De lo contrario, *actum esset de matrimonio.* El argumento más válido es el ya alegado en otros lugares: la necesidad de la multiplicación de la especie, y también el mandato de Dios.

[241] Plácenos conservar en castellano la expresión tan expresiva del Santo. Todas esas palabras tienen su verbo corriente en nuestra lengua, y, por consiguiente, ese adverbio, que no es usado en castellano, *obtemperadamente*, puede también admitirse como derivado de *obtemperar*.

## Capítulo XXVI

## **Dios promete a Abrahán un hijo de su esposa estéril, Sarra**

1. Tras este suceso nació de Agar Ismael. En él pudiera creerse que tenía cumplimiento la promesa que Dios le había hecho con estas palabras al ver su intención de constituir heredero a su doméstico: *No será ése tu heredero, sino otro que saldrá de ti.* Y, para que no se imaginara que estaba ya cumplida la promesa en el hijo de la esclava, *a la edad de noventa y nueve años se le apareció el Señor y le dijo: Yo soy tu Dios; trabaja por agradarme y vive irreprochablemente, y yo confirmaré el pacto entre yo y tú y te colmaré de toda clase de bienes.*

*Y Abram se postró hasta el suelo, y el Señor le habló en estos términos: Yo soy, y he aquí mi alianza contigo: vendrás a ser padre de muchas naciones. De hoy en adelante, tu nombre será no Abram, sino Abrahán, porque te tengo destinado para padre de muchas naciones. Yo te acreceré en demasía y te constituiré cabeza de muchos pueblos y de ti descenderán reyes. Pondré mi alianza entre los dos, y después de ti, en tus generaciones; entre tu posteridad y yo pondré un pacto eterno, por el que yo seré tu Dios y Dios de tu posteridad. Te daré a ti y a tus descendientes la tierra en que estás ahora como peregrino, toda la tierra de Canaán en posesión perpetua, y seré Dios para ellos.*

*Y Dios añadió a Abrahán: Tú cumplirás también mi alianza, y tras ti, tu posteridad en sus generaciones. Este es el pacto que has de observar entre mí y vosotros y entre tu descendencia: Todo varón será circuncidado, y entre vosotros circuncidaréis la carne de vuestro prepucio; y ésta será la señal del pacto contraído entre mí y vosotros: Será circuncidado a los ocho días todo niño varón que nazca entre vosotros. Será circuncidado también el esclavo, tanto el de la propia estirpe como el nacido de extranjera, es decir, que sea circuncidado tanto el doméstico como el comprado. Y mi pacto quedará en vuestra carne como marca de la alianza eterna. El que no fuere circuncidado, cualquier varón cuyo prepucio no haya sido circuncidado el día octavo, será borrado de su raza, porque violó mi alianza. Y dijo Dios a Abrahán: Sara, tu mujer, no se llamará ya Sara, sino que su nombre será Sarra. Yo la bendeciré, y te daré de ella un hijo. Y lo bendeciré y será origen de naciones y de él descenderán reyes de varios pueblos. Abrahán se prosternó y sonrió, diciendo en su corazón estas palabras: ¡Mira que, si a un viejo como yo de cien años le va a nacer un hijo, y una mujer de noventa como Sarra va a dar a luz! Y dijo Abrahán a*

*Dios: ¡Viva Ismael en tu presencia! Y Dios le contestó: Sí, sí, y he aquí que Sarra, tu esposa, te ha de parir un hijo, y le pondrás por nombre Isaac, y con él formaré mi pacto en alianza eterna. Y yo seré su Dios y el Dios de su descendencia. También he oído tu petición en favor de Ismael. Lo he bendecido, y le daré una descendencia grande y numerosa. Será padre de doce naciones y le haré jefe de una nación grande. Pero mi pacto lo estableceré con Isaac, que Sarra te parirá por este tiempo el año próximo.*

*2.* En este pasaje, las promesas sobre la vocación de los gentiles se hacen luz en Isaac, es decir, en el hijo de la promesa, figura de la gracia, no de la naturaleza, porque se prometió a un viejo centenario y a una anciana estéril. Si bien es verdad que Dios concurre también al desarrollo natural de la procreación, con todo, cuando, viciada e imposibilitada la naturaleza, se manifiesta el poder de Dios, entonces aparece su gracia con más claridad. Y como esto se debería, no a la generación, sino a la regeneración, por eso se mandó la circuncisión cuando se prometió un hijo a Sarra. El mandar circuncidar a todos, no solamente a los hijos, sino también a los esclavos, domésticos y emplicios, prueba que la gracia es para todos. ¿Qué significa la circuncisión sino la naturaleza renovada y despojada de su vejez?[242] ¿Y qué figura el día octavo sino a Cristo, que resucitó al fin de la semana, es decir, después del sábado?[243] Se cambian los nombres de los padres. Todo respira novedad, y el Viejo Testamento hace presente al Nuevo. ¿Qué es el Viejo Testamento sino la ocultación del Nuevo, y qué el Nuevo sino la manifestación del Viejo? La sonrisa de Abrahán es salto de agradecimiento, no de desconfianza. Y aquellas palabras interiores: *¡Mira que, si a un viejo como yo de cien años le va a nacer un hijo, y una mujer de noventa como Sarra va a dar a luz!,* no son dubitativas, sino admirativas. Y si alguien siente dudas sobre cómo se han cumplido o han de cumplirse estas palabras: *Y te daré a ti y a tus descendientes la tierra en que estás ahora como peregrino, toda la tierra de Canaán en posesión eterna,* basado en que ninguna posesión terrena puede ser eterna para una nación, recuerde que suele traducirse por eterno el término griego αἰώνιον, que deriva de siglo, pues αἰών en griego se llama al siglo. Mas los latinos no se han atrevido a traducirlo por *secular* por temor a tergiversar su sentido por completo. Y es claro, porque seculares decimos a muchas cosas que suceden en este siglo aunque pasen en breve tiempo; en cambio, αἰώνιον denota, o una duración sin fin, o algo que se extiende hasta el fin del mundo.

---

[242] Cf. *Contra Faust. Manich.* XVI 29.

[243] Respondiendo a Pelagio y a sus secuaces, hace estas mismas apreciaciones en *De grat. Christ. et de peccat. orig.* II 26,30-31; 27,32; 28,33; 29,34; 30,35; 31,36.

## Capítulo XXVII

## La circuncisión y sus efectos

Se puede, asimismo, preguntar cómo deben interpretarse estas palabras: *Cualquier varón cuyo prepucio no haya sido circuncidado el día octavo, será borrado de su raza, porque violó mi alianza.* La verdad es que los niños, cuyas almas perecerán según el texto, no tienen culpa alguna, ya que ellos no quebrantaron la alianza de Dios, sino sus mayores, que no cuidaron de circuncidarlos. Mas decimos que también los niños han violado el pacto de Dios en la persona de aquel en quien todos pecamos, no a tenor de la vida propia, sino a tenor del origen común del linaje humano. Además del Viejo y del Nuevo Testamento, que cualquiera puede conocer leyendo, hay muchos otros testamentos o alianzas de Dios. El primer pacto hecho con el hombre es indudablemente éste: *El día en que comiereis, moriréis de muerte.* Por eso, en el libro intitulado Eclesiástico está escrito: *Toda carne ha de deteriorarse como un vestido. El testamento, desde principio del siglo: Moriréis de muerte.* Si, pues, la ley más manifiesta se dio después, y el Apóstol dice que *donde no hay ley, no hay prevaricación,* ¿cómo se salva la verdad de lo que se lee en un salmo: *He tenido por prevaricadores a todos los pecadores de la tierra,* sino diciendo que todos los que están ligados con algún pecado son reos de prevaricación de alguna ley? Por lo tanto, si los niños, y la fe auténtica así lo enseña, nacen pecadores no propiamente, sino originalmente —de aquí que admitamos la necesidad de la gracia remisiva de los pecados—, sin duda por el mero hecho de ser pecadores son también prevaricadores de la ley dada en el paraíso. Así, son verdaderas estas dos proposiciones: *He tenido por prevaricadores a todos los pecadores de la tierra,* y: *Donde no hay ley, no hay prevaricación.* En consecuencia, como la circuncisión fue un signo de la regeneración, la generación perderá en justicia a los niños por el pecado original, que violó la primer alianza de Dios, si la regeneración no los libra. Esas palabras deben entenderse como si se dijera: Quien no haya sido regenerado, perecerá, porque quebrantó el pacto de Dios cuando pecó en Adán con todos los demás hombres. Si hubiera dicho: Porque quebrantó esta mi alianza, nos obligaría a restringirlo a la circuncisión. Mas, como no expresó qué alianza ha violado el niño, estamos en libertad para entender aquí la alianza de cuya violación puede ser solidario el niño. Y si alguno se empeña en decir que se refiere a la circuncisión, porque, al no ser circuncidado, violó el pacto de Dios, busque un modo razonable, no absurdo, de decir

que uno violó el pacto no violado por él, sino violado en él. Aun en este caso hay que hacer notar que el alma del niño incircunciso no perece injustamente por la negligencia habida en él, sino por la tara del pecado original.

## CAPÍTULO XXVIII

## El cambio de nombres en Abrahán y en Sarra

Una promesa grande y espléndida fue hecha a Abrahán en estos términos tan claros: *Te tengo destinado para padre de muchas naciones. Yo te acreceré en demasía, y te constituiré cabeza de muchos pueblos, y de ti descenderán reyes. Y te daré da Sarra un hijo, y lo bendeciré y será origen de naciones, y descenderán de él varios pueblos.* Esta promesa la vemos cumplida ahora en Cristo. Desde este momento, la Escritura no llama ya a esos dos esposos como antes, Abram y Sara, sino como los he venido llamando desde el principio de esta obra, siguiendo la usanza corriente, Abrahán y Sarra. Y se da la razón del cambio del nombre en Abrahán en estas palabras: *Porque yo te tengo destinado para padre de muchas naciones.* Este es, pues, el significado de Abrahán, y Abram, su nombre antiguo, se traduce por *Padre sublime.* Del cambio del nombre en Sarra no se da el motivo, pero los intérpretes de los nombres hebreos contenidos en las sagradas Letras dicen que Sara significa *mi Princesa,* y Sarra, *Virtud.* Por eso en la Epístola a los Hebreos se escribe: *Por la fe, Sarra misma recibió la virtud de concebir.* Ambos eran ya viejos, como atestigua la Escritura, itero a ella se añadía la esterilidad, y además padecía menopausia, lo cual le hacía ya imposible la concepción, aunque no fuera estéril. Una mujer de edad avanzada, si aún goza del flujo menstrual, puede tener hijos de un joven, pero no puede de un viejo, aunque el viejo pueda engendrar de una jovenzuela como pudo engendrar Abrahán de Cetura después de la muerte de Sarra, porque la halló en la flor de la vida. Esto es lo que el Apóstol encarece como maravilloso, y a este fin dice que Abrahán tenía ya el cuerpo amortiguado, porque en aquella edad era impotente para engendrar de cualquier mujer que aún tuviera un poco de vida para ese efecto. Debemos, pues, entender que su cuerpo estaba muerto para algo, no para todo, ya que, si lo estuviera para todo, no sería ya vejez de un vivo, sino un cadáver de un muerto. Tal vez pueda solucionarse también esta cuestión diciendo que Abrahán engendró más tarde de Cetura, porque ese don que recibió de

Dios perduró en él aún después de la muerte de su mujer. Pero me parece más viable la primera solución dada, puesto que es verdad que un viejo centenario no puede engendrar de mujer alguna; pero lo es ahora, no entonces, cuando su vida era tan larga, que los cien años no pesaban en el hombre, haciéndole viejo decrépito.

## CAPÍTULO XXIX

### Aparición de Dios a Abrahán en Mambre en figura de tres varones o ángeles

Dios se apareció a Abrahán en la encina de Mambre en persona de tres hombres, que no cabe duda que eran ángeles. Sin embargo, algunos creen que uno de ellos era Cristo, que, según ellos, antes de encarnarse era visible[244]. Es propio de la divina potestad y de la naturaleza invisible, incorporal e inmutable, hacerse visible a los ojos humanos sin mutación alguna, no por sí mismo, sino por medio de las criaturas sujetas a él. ¿Y qué no le está sujeto? Mas, si para decir que uno de ellos era Cristo se apoyan en que, habiendo visto tres, habló en particular al Señor, conforme al texto: *Y he aquí que tres personajes estaban parados ante él, y, en viéndolos, corrió a su encuentro desde la puerta de su tabernáculo, y les saludó inclinándose hasta la tierra. Y dijo: Señor, si he hallado gracia en tu presencia*, etc., ¿por qué no reparan también que dos de ellos fueron a destruir a los sodomitas cuando aún estaba hablando Abrahán con ese a quien llama Señor e intercediendo para que no aniquilara en Sodoma indistintamente al justo y al impío? Además, Lot recibió a los otros dos, y, hablando con ellos, dice también Señor. Primero dijo en plural: *¡Ea!, señores, venid a la casa de vuestro siervo*, etc., y luego añade: *Los ángeles le cogieron de la mano a él y a su esposa y a sus dos hijas, porque el Señor les perdonaba a ellos. Y tan pronto como lo sacaron de la ciudad, le dijeron: Salva tu vida, no mires hacia atrás y no te pares en toda la región. Ponte a salvo en la montaña, no sea que tú también seas abrasado. Y Lot les dijo: Ruégate, Señor, pues que tu siervo ha encontrado gracia en tus ojos*, etc. En segui-

[244] Este es sentir común. Así opinaba Tertuliano en *De carne Christi* (c.6), *Contra Iudaeos* (c.9), *Contra Marcionem* (II 27; III 9) y en otros lugares. Así pensaba San Ireneo *(Adversus Haereses* III 6; IV 26). Así San Justino en su *Diálogo con Trifón* y Eusebio en su *Historia eclesiástica.* Y ésta es la sentencia más probable de San Agustín en *De Trinitate* (II 12,21) y *Contra Maximinum* (II 26,5-6).

da, el Señor le responde en singular, estando en dos ángeles, y le dice: *Mira, he tenido piedad de ti*, etc. De donde se sigue que es mucho más creíble decir que Abrahán y Lot reconocieron al Señor en sus ángeles; aquél, en los tres, y éste, en los dos, y hablaban con él en singular, aun en la conciencia de que eran hombres. Y el recibimiento que les dieron responde a eso, pues que les sirvieron como a mortales y a indigentes. Sin embargo, algo había indudablemente en ellos que llamaba la atención; tanto que, si bien les trataban como a hombres, no les cabía la menor duda que el Señor estaba en ellos como suele estar en los profetas. Y así se explica que a veces les llamaran en plural y a veces dijeran simplemente Señor, en singular, viéndole en ellos. La Escritura atestigua que eran ángeles; y lo atestigua no sólo en el Génesis, donde se narran estos hechos, sino también en la Epístola a los Hebreos, en la que, alabando la hospitalidad, se dice: *Por ella algunos, sin saberlo, han dado hospitalidad a los ángeles.* Esos tres personajes fueron los instrumentos de la nueva promesa hecha a Abrahán sobre Isaac, el hijo que tendría de Sarra. Y la respuesta divina fue ésta: *Abrahán será cabeza de una nación grande y numerosa, y serán benditas en él todas las naciones de la tierra*. Estas palabras encierran una promesa breve y perfecta de dos realidades: de la nación de Israel según la carne y de todas las naciones según la fe.

## CAPÍTULO XXX

## Liberación de Lot y concupiscencia de Abimelec

Habiendo salido Lot de Sodoma después de esta promesa, una lluvia de fuego bajó del cielo y redujo a cenizas toda la ciudad impía, en la que la sodomía de una y otra clase se había hecho tan corriente como los demás actos permitidos por las leyes[245]. Mas también este formidable castigo fue una imagen del futuro juicio de Dios. Pues ¿por qué se prohibió a los libertados por los ángeles mirar atrás sino porque, si queremos escapar al juicio final, no debemos tornar con el deseo al hombre viejo, del que despoja al regenerado la gracia? En efecto, la esposa de Lot, donde miró, allí quedó, y, convertida en sal, dio a los fieles cierto condimento que les permite saborear algo de aquel ejemplo. Luego Abrahán en Gerara repitió con Abimelec, rey de aquella ciudad, el mismo ardid usado en Egipto, y conservó

[245] Cf. libro XIV, capítulo 18.

así intacta a su esposa. En esta cuestión Abrahán, al increparle el rey por qué había callado que era su esposa y dicho que era su hermana, le añadió, descubriéndole su temor: *En realidad es mi hermana, no de madre, pero sí de padre.* Era hermana de Abrahán por parte de padre y una de sus más próximas parientes. Y era tan bella, que, aun a esa edad, podía inspirar amor.

## CAPÍTULO XXXI

## Isaac y motivo de su nombre

Tras estos sucesos le nació a Abrahán un hijo de su esposa Sarra, según la promesa de Dios, y le llamó Isaac, que significa *Sonrisa.* Porque el padre se sonrió cuando le fue prometido y se sonrió de gozo y de admiración, y la madre se sonrió también cuando se lo prometieron aquellos mancebos, y su sonrisa fue de gozo y de dicha, cosa que reprendió un ángel, diciendo que aquella risa, si bien era de gozo, con todo no manifestaba fe perfecta. Más tarde, el mismo ángel la confirmó en la fe. Y he aquí el porqué del nombre del niño. Que aquella risa no era risa de burla, sino de alegría, lo mostró Sarra al nacer Isaac y ponerle nombre. Dice así: *Dios me ha hecho reír, y cualquiera que lo oyere se regocijará conmigo.* Poco tiempo después, fue arrojada de casa la esclava con su hijo. Estas dos mujeres, según el Apóstol, figuran los dos Testamentos, el Viejo y el Nuevo. Sarra es figura de la Jerusalén celestial, es decir, de la Ciudad de Dios.

## CAPÍTULO XXXII

## Obediencia y fe de Abrahán. Muerte de Sarra

1. Entre esta serie de acontecimientos, cuyo recuento sería asaz largo, hay uno notable, la tentación de Abrahán, a quien se exigía inmolar a su queridísimo hijo Isaac para probar su piadosa obediencia y darla a conocer a los hombres, no a Dios. Porque no toda tentación es reprobable, puesto que a la que sirve de prueba a la virtud debe dársele la bienvenida. En la mayoría de los casos es éste el único medio de conocerse el hombre a sí mismo, el tantear sus fuerzas, no de palabra, sino por la experiencia, res-

pondiendo a esa especie de pregunta que es la tentación[246]. Si en ella el hombre reconoce la mano de Dios, entonces es piadoso, entonces se afianza con la firmeza de la gracia, no se hincha con la inanidad de la jactancia. Abrahán nunca creyó que Dios se deleitaba en víctimas humanas, pero la voz del precepto divino se debe obedecer y no discutir. Sin embargo, Abrahán merece encomio, porque creyó que el hijo, una vez inmolado, había de resucitar, y fundaba su creencia en que Dios le había dicho cuando él se negaba a cumplir el querer de su esposa de arrojar de casa a la esclava y a su hijo: *En Isaac será llamada tu descendencia.* Y a renglón seguido se dice: *Bien que al hijo de la esclava yo le haré padre de un pueblo grande, por ser sangre tuya.* ¿Cómo, pues, dijo: *En Isaac será llamada tu descendencia,* si Dios dice de Ismael otro tanto? El Apóstol, exponiendo el significado de estas palabras: *En Isaac será llamada tu descendencia,* escribe: *Esto significa que no son los hijos de la carne hijos de Dios, sino los hijos de la promesa, ésos son los descendientes de Abrahán.* Y por eso, con el fin de que los hijos de la promesa sean descendencia de Abrahán, son llamados en Isaac, es decir, son reunidos en Cristo por la llamada de la gracia. El santo patriarca, fortalecido por la fe de esta promesa y consciente de que debía cumplirse en aquel a quien Dios mandaba dar muerte, no dudó que Dios, que pudo dárselo contra toda esperanza, podía devolvérselo una vez sacrificado. Así lo entendió, y así lo explica el autor de la Epístola a los Hebreos: *Por la fe brilló Abrahán al ser tentado en Isaac, pues él, que había recibido las promesas y se le había dicho: En Isaac será llamada tu descendencia, ofreció a su hijo único, mas estaba interiormente convencido de que Dios podía resucitarle de entre los muertos.* Así añade: *Por eso lo recibió también en figura de otro.* ¿En figura de quién sino de aquel de quien dice el mismo Apóstol: *El que no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros?* Esta es la razón de que llevara Isaac la leña sobre la cual había de ser colocado al lugar del sacrificio, como el Señor llevó su cruz. En fin, puesto que se impidió al padre dar el golpe mortal a Isaac, que no estaba destinado a la muerte, ¿a quién figuraba aquel cordero, cuya sangre simbólica, una vez inmolado, completó el sacrificio? Es de notar que, cuando Abrahán lo vio, estaba prendido por

[246] La tentación es una prueba que Dios envía para ver lo fundamentado que el espíritu está en la humildad. El hombre se desconoce, y sólo cuando tiene que luchar y se ve en la tentación desconfía de sí mismo y aprende a estimarse en lo que es. Esta es la doctrina general del Santo en el problema de las tentaciones. La tentación es como una pregunta que se hace al sujeto, y entonces él mismo se responde afirmativa o negativamente. Dios no necesita aprender nada, porque lo sabe todo; pero el hombre necesita de la tentación para conocer su flaqueza, y para esto la envia Dios.

sus cuernos en un matorral. ¿A quién figuraba, pues, sino a Jesús, coronado de las espinas de los judíos antes de ser inmolado?

2. Escuchemos más bien las palabras de Dios por boca del ángel. Abrahán extendió su mano, dice la Escritura, *para tomar el cuchillo y matar a su hijo. Pero el ángel del Señor gritó desde el cielo y le dijo: ¡Abrahán! Heme aquí, le replicó*, etc. *No extiendas tu mano sobre el muchacho* —prosiguió el ángel—, *ni le hagas daño alguno, pues ahora me doy cuenta de que temes a Dios, y no has perdonado a tu hijo amado por amor de mí. Ahora me he dado cuenta* equivale a decir: Ahora te he hecho caer en la cuenta, porque Dios no ignoraba eso. Después, una vez sacrificado el cordero en lugar de Isaac, su hijo, *llamó Abrahán a este lugar, según el texto, el Señor ha visto. Y aún hoy se dice: El Señor se apareció en la montaña.* Semejante a esta expresión: *Ahora me he dado cuenta,* usada en lugar de esta otra: Ahora te he hecho caer en la cuenta, es ésta: *El Señor ha visto,* en lugar de esta otra: El Señor se apareció, es decir, ha hecho que le viese. *Y el ángel del Señor llamó por segunda vez desde el cielo a Abrahán, diciendo: He jurado por mí mismo, dice el Señor, en vista de que has cumplido mi palabra, no perdonando a tu hijo amado por amor de mí; yo te colmaré de bendiciones y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está en la orilla del mar. Y tu posteridad poseerá en herencia las ciudades de sus enemigos, y en tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra, porque prestaste oídos a mi voz.* De esta forma, después del holocausto, figura de Cristo, confirmó Dios con juramento la promesa de la vocación de los gentiles en la descendencia de Abrahán. Lo había ya prometido muchas veces, pero nunca lo había jurado. ¿Qué es el juramento del Dios veraz y verdadero sino una confirmación de sus promesas y un reproche lanzado a los incrédulos?

3. Después murió Sarra. Tenía entonces ciento veintisiete años ella y ciento treinta y siete su esposo. Le llevaba él diez años en edad, como nos lo deja entrever cuando se le prometió el hijo: *¡Mira que, si a un viejo como yo de cien años le va a nacer un hijo, y si Sarra de noventa años va a dar a luz!* Abrahán compró un campo y enterró en él a su esposa. Y entonces fue, según la narración de San Esteban, cuando se estableció en aquella tierra, pues comenzó a poseerla en herencia. Esto fue después de la muerte de su padre, que, según deducciones, murió dos años antes.

## CAPÍTULO XXXIII

## Rebeca, esposa de Isaac

Luego Isaac, a la edad de cuarenta años, tomó por esposa a Rebeca, nieta de su tío Nacor. Contaba entonces su padre ciento cuarenta años, y habían pasado tres desde la muerte de su madre. Su padre envió un siervo a Mesopotamia para buscarle mujer, y le dijo: *Pon tu mano bajo mi muslo; te conjuro por el Señor Dios del cielo y de la tierra que no cases a mi hijo Isaac con mujer de las hijas de los cananeos.* ¿Qué se mostró en esto, sino que el Señor y Dios del cielo y de la tierra había de tomar carne salida de aquel muslo? ¿Son acaso éstas señales débiles de la verdad prenunciada, que vemos cumplida en Cristo?,

## CAPÍTULO XXXIV

## ¿Qué significan las segundas nupcias de Abrahán con Cetura?

Y ¿qué simboliza el casamiento de Abrahán con Cetura después de la muerte de Sarra? Lejos de nosotros pensar ni por sospecha que se debió a su incontinencia, máxime siendo de edad tan avanzada y varón tan santo y fiel. ¿Buscaba acaso todavía la procreación de hijos, creyendo como creía con fe muy probada en la promesa de Dios, según la cual los hijos de Isaac se multiplicarían como las estrellas del cielo y la arena de la tierra? Pero, si en realidad Agar e Ismael, según las enseñanzas del Apóstol, son figuras de los hombres carnales del Antiguo Testamento, ¿por qué Cetura y sus hijos no lo serán de los carnales, que estiman pertenecer al Nuevo Testamento? Las dos son llamadas esposas y concubinas de Abrahán, mientras que Sarra nunca recibió el nombre de concubina. Cuando Agar fue entregada a Abrahán, la Escritura dice: *Y tomó Sarra, esposa de. Abram, a su esclava Agar, egipcia, a los diez años de haber entrado Abram en Canaán, y se la dio por mujer a su esposo.* En cambio, de Cetura, con la que se desposó después de la muerte de Sarra, se lee así: *Acercándose Abrahán, tomó por esposa a una mujer llamada Cetura*. He aquí que ambas son llamadas esposas. Pero además ambas fueron también concubinas, según estas palabras de la Escritura: *Y dio Abrahán toda su herencia a su hijo Isaac,* ¡y *a los hijos de sus concubinas les hizo donativos, y los separó, viviendo aún él mismo, de su hijo Isaac, enviándolos hacia el oriente, a la parte orien-*

*tal.* Los hijos de las concubinas, es decir, los herejes y judíos carnales, reciben algunos donativos, pero no arriban al reino prometido. La razón es que Isaac es el único heredero y que *los hijos de la carne no son hijos de Dios, sino que los hijos de la promesa, ésos son sus descendientes.* De esta descendencia se dijo: *En Isaac será llamada tu descendencia.* Y a la verdad que no veo otro porqué de que Cetura, tomada por esposa después de la muerte de Sarra, sea llamada concubina sino por causa de este misterio. Mas quien no quiera aceptar esta supuesta interpretación, no indisponga a Abrahán. ¿Qué sabemos si esto se ordenó así para confundir a los futuros herejes, enemigos de las segundas nupcias[247], siendo una prueba de que no es pecado volverse a casar, después de muerto el consorte, el caso de este patriarca? Abrahán murió a la edad de ciento setenta y cinco años. Su hijo Isaac tenía entonces setenta y cinco años, pues lo había engendrado él a los cien.

## CAPÍTULO XXXV

## Otro simbolismo. Lucha de dos mellizos en el vientre de Rebeca

Demos un paso más y veamos el desarrollo de la Ciudad de Dios a través de los descendientes de Abrahán. Desde el nacimiento de Isaac hasta el año sesenta de su vida, en que le nacieron los hijos, sólo hay digno de mención un suceso. Pidió a Dios que diera la fecundidad a su esposa, pues era estéril, y el Señor despachó su petición, y, cuando ella concibió, luchaban, estando aún en su vientre, los mellizos. Angustiada ella con este malestar, se dirigió al Señor, y recibió esta respuesta: *Hay dos naciones en tu seno, y de tu vientre saldrán dos pueblos. Un pueblo sojuzgará a otro y el mayor servirá, al menor.* El apóstol San Pablo trata de colegir de aquí un gran testimonio en pro de la gracia. Y se funda en que antes de nacer, y sin haber obrado ni bien ni mal, sin méritos buenos de ninguna clase, es elegido el menor y reprobado el mayor, cuando en realidad, respecto al pecado original, ambos eran iguales, y, respecto al pecado personal, ambos carecían de él. Siento que el plan de esta obra no me permita explayarme en es-

[247] Las segundas nupcias las rechazaban como cosas del demonio los catafrigos, quienes pensaban que no diferían en nada de la fornicación. Así escribe San Agustín en *De haeresibus* (haer.26).

te punto, del cual ya he hablado largamente en otros escritos[248]. Esta perícopa: *El mayor servirá al menor,* casi ninguno de nuestros intérpretes la aplican a otro que, al pueblo judío, diciendo que éste, que es mayor, servirá al pueblo menor de los cristianos.

Y, si bien es verdad que esto parece haberse cumplido en el pueblo idumeo, descendiente del mayor, que tenía dos nombres (se llamaba Esaú y Edén, de aquí idumeos, ya que fue dominado por el pueblo que nació del menor, por el israelítico, y quedó sometido a él, con todo, es más razonable creer que la intención de esta profecía: *Un pueblo sojuzgará al otro y el mayor servirá al menor*, va más allá, a algo superior. Y ¿qué es ello sino lo que vemos claramente cumplirse en los judíos y en los cristianos?

## CAPÍTULO XXXVI

### **Oráculo y bendición recibida por Isaac**

También Isaac recibió algún oráculo semejante a los que recibió su padre. He aquí su expresión: *Sobrevino una gran hambre en el país además del hambre habida en tiempo de Abrahán, e Isaac se fue a Gerara, a Abimelec, rey de los filisteos. Allí se le apareció el Señor y le dijo: No bajes a Egipto, sino habita el país que yo te diré, y vive allí como peregrino. Yo estaré contigo y te daré mi bendición. A ti y a tu descendencia he de dar todo este país y estableceré mi juramento que hice a Abrahán, tu padre. Multiplicaré tu posteridad como las estrellas del cielo y daré a tus descendientes toda esta región, y serán benditas en tu descendencia todas las naciones de la tierra justamente porque Abrahán, tu padre, prestó oídos a mi voz y guardó mis preceptos y mis mandatos, mis justificaciones y mis leyes.* Este patriarca no tuvo más mujer que ésta ni más concubinas. Se contentó con la posteridad de dos mellizos, habidos con un solo acto. También él, cuando moraba entre extranjeros, temió por la beldad de su esposa, y, siguiendo el ejemplo de su padre, no dijo que era su esposa, sino que la llamó hermana, pues era parienta suya por parte de padre y de madre. Y los extranjeros, al saber que era su esposa, no la violaron tampoco. Sin embargo, no porque éste no haya conocido más mujeres que a su esposa debemos anteponerle a su padre. Indudablemente, los méritos de su pa-

[248] Sobre todo en *De grat. Christi et de peccat. orig., De grat. et de lib. arb.. De corrept. et grat., De praedest. sanct.,* etc.

dre, por su fe y su obediencia, eran muy superiores, puesto que Dios dice que le da a éste esas bendiciones por causa de aquel. *Serán benditas* —le dice— *en tu descendencia todas las naciones de la tierra justamente porque Abrahán, tu padre, prestó oídos a mi voz y guardó mis preceptos y mis mandatos, mis justificaciones y mis leyes.* Y en otro oráculo: *Yo* soy —le dice— *el Dios de tu padre Abrahán; no tienes que temer, pues yo estoy contigo, y te bendije, y multiplicaré tu descendencia por causa de tu padre Abrahán.* Estas palabras dejan entrever la gran castidad que guardó Abrahán en estas acciones, que los hombres impúdicos, amadores da buscar una justificación a su maldad en las santas Escrituras, creen que las realizó por libido. Además, nos enseñan también que los hombres no deben ser comparados entre sí por bienes o acciones concretas, sino por el conjunto y totalidad de su vida. Porque puede suceder que uno supere a otro en una cualidad vital y moral, y esta cualidad sea muy superior a aquella en que es superado por el otro. Y así, bien ponderadas las cosas, aunque absolutamente hablando es preferible la continencia al matrimonio, con todo, un casado fiel es mejor que un continente infiel[249]. Y el hombre infiel no sólo es menos digno de loa, sino que es digno del más supremo reproche. Supongamos a los dos buenos. Indudablemente, aun en este caso, el casado más fiel y obediente a Dios es mejor que el continente menos fiel y menos obediente[250]; mas, en igualdad de circunstancias, ¿quién duda que es preferible el hombre continente al casado?

## Capítulo XXXVII

### Simbolismo místico de Esaú *y* Jacob

Los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob, van creciendo al unísono. La primogenitura es transferida al menor en virtud del pacto y de la sentencia dada. El mayor, vencido de su inmoderado gusto, pidió a su hermano el plato de lentejas que había preparado, y le vendió a este precio su primogenitura, mediando además un juramento. Esto nos enseña que en el comer

[249] Este es el sapientísimo consejo del Apóstol: *Melius est nubi quam uri.* La castidad, el celibato abrazado por amor de Dios, es superior al estado matrimonial; pero, si a uno se añade la fidelidad y a otro la infidelidad, uno carecerá de pecado y el otro lo tendrá doble.

[250] Aquí cabría decir que «el hábito no hace al monje». San Agustín tenía en mucha estima la fidelidad al propósito.

no es censurable la realidad de las viandas, sino la avidez inmoderada. Envejece Isaac, y como consecuencia de su vejez pierde la vista. Quiere bendecir al hijo mayor, y sin saberlo bendice al menor en lugar del otro, que era velloso, cosa que el menor suplió acomodándose unas pieles de cabrito, como si llevara los pecados ajenos, para que la mano paterna le palpara. Y con el fin de que no imaginen que el dolo de Jacob fue fraudulento y que no encierra un gran misterio, la Escritura había predicho antes que *Esaú era un joven diestro en la caza y montaraz, y que Jacob, en cambio, era un mozo sencillo y que habitaba la casa.* Algunos intérpretes nuestros han traducido *hombre sin engaño.* Pero bien se traduzca *sin dolo,* bien *sencillo,* bien sin *ficción,* pues quizá es la mejor traducción de la palabra griega ἄπλαστος ¿qué es el engaño del hombre sin dolo al recibir esa bendición, qué el dolo del hombre sencillo, qué la ficción de quien no miente sino un profundo misterio de la verdad?[251] ¿Cuál es la bendición? *Bien se ve* —dice— *que el olor que sale de mi hijo es como el olor de un campo florido al que bendijo el Señor. Que Dios te dé abundancia de trigo y de vino, del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra. Te sirvan las naciones y te adoren los príncipes, y seas señor de tu hermano y te adorarán los hijos de tu padre. Quien te maldijere, sea maldito, y el que te bendijere, sea bendecido.* La bendición de Jacob significa la predicación del nombre de Cristo en todas las naciones. Esta es la obra actual, ésta es la actual tarea. Isaac es figura de la Ley y de los Profetas. La Ley bendice a Cristo por boca de los judíos, como sin conocerle, porque también ella es desconocida. El mundo, como un campo, es perfumado por el nombre de Cristo. De él es la bendición del rocío del cielo, es decir, de esa lluvia de la palabra divina, y de la fertilidad de la tierra, o sea, de la vocación de los pueblos. Suya es la abundancia de vino y de trigo, es decir, la multitud que en el sacramento de su cuerpo y sangre reúne el pan y el vino[252]. Las naciones le rinden vasallaje y los príncipes le adoran. El es el Señor de su hermano, porque su pueblo señorea a los judíos. Los hijos de su padre, es decir, los hijos de Abrahán según la fe, le adoran, porque él es también hijo de Abrahán según la carne. Quien le maldijere es maldito y el que le bendijere es bendito. Este Cristo nuestro, repito, es bendecido, o sea, es verazmente

[251] Repetiremos lo que hemos dicho de la mentira de Abrahán. Mintió como buen beduino, aunque pueda disculparse de la manera allí propuesta.

[252] Maravillosa aplicación a la Eucaristía. Se habla ya abiertamente de ella; no hay ya ese escrúpulo de los siglos anteriores. El misterio de la Eucaristía es el centro de la vida cristiana, como Cristo lo es del mundo y de la historia entera. San Justino fue el primero que descubrió, valientemente por cierto, esa ley tan severa del arcano.

predicado por boca de los judíos, depositarios de la Ley y de los Profetas, aunque no comprenden y piensan que bendicen a otro que su error espera.

Mas he aquí que, cuando el mayor viene a recibir la bendición prometida, Isaac se pasma y se maravilla al saber que ha bendecido a uno por otro, y pregunta quién es aquél. Sin embargo, no se queja de haber sido engañado; más aún, revelado luego en su corazón un gran misterio, evita la indignación y confirma la bendición. *¿Quién me ha traído de la caza que cogió* —dice— *y he comido de todo antes que tu vinieras, y le bendije, y sea bendito?* ¿Quién no esperaría aquí la maldición de un hombre irritado, si esto no fuera motivado por inspiración divina, sino a usanza humana? ¡Oh maravillas realizadas, sí, pero proféticamente; realizadas en la tierra, pero celestialmente; realizadas por medio del hombre, pero divinamente! Si se examinara al detalle cada una de estas cosas tan fecundas en misterios, serían precisos infinidad de volúmenes. Mas el plan sobrio fijado a esta obra nos obliga a caminar aprisa a otros acontecimientos.

## CAPÍTULO XXXVIII

## **Envío de Jacob a Mesopotamia. Visión en el camino. Sus cuatro mujeres**

1. Jacob es enviado por sus padres a Mesopotamia para buscarse allí mujer. He aquí las palabras de su padre al enviarlo: *No tomarás mujer entre las hijas de los cananeos. Levántate y ve a Mesopotamia, a casa de Batuel, padre de tu madre, y toma allí mujer entre las hijas de Labán, hermano de tu madre. Que mi Dios te bendiga, y te acrezca, y te multiplique, y serás así cabeza de muchas naciones. Que él te dé la bendición de Abrahán, tu padre, tanto a ti como a tu descendencia, para que te hagas el heredero de la tierra de tu peregrinación, que Dios dio a Abrahán.* En estas palabras entendemos ya hecha la división entre la descendencia de Jacob y la otra línea de Isaac, que entronca en Esaú. Cuando se dijo: *En Isaac será llamada tu descendencia* —y esta descendencia pertenecía a la Ciudad de Dios, se separó esta de otra descendencia de Abrahán, personificada en el hijo de la esclava, y que luego sucedió en los hijos de Cetura. Pero era aún dudoso si la bendición de Isaac era para sus dos hijos o solamente para uno de ellos; y, si para uno solo, quién era de ellos. Esta duda quedó disipada al bendecir proféticamente el padre a Jacob y decir: *Y serás*

*cabeza de muchas naciones y que él te dé la bendición de Abrahán, tu padre.*

2. Cuando Jacob iba camino de Mesopotamia, recibió en sueños un oráculo, que la Escritura refiere en estos términos: *Jacob, dejando el pozo del Juramento, se puso en camino y se dirigió a Harrán. Llegó a un lugar donde le sorprendió la noche, y durmió allí. Tomó una piedra de las que allí había y la puso por cabecera, y durmió en aquel lugar y soñó. Y en sueños vio una escala fija en la tierra, cuyo remate tocaba el cielo, y los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. El Señor se recostaba sobre ella y dijo: Yo soy el Dios de Abrahán, tu padre, y el Dios de Isaac; no temas. La tierra en que duermes te la daré a ti y a tu descendencia. Tu posteridad será como la arena de la tierra, y se extenderá sobre el mar, y al áfrico, y al aquilón, y al oriente, y serán benditas en ti y en tu descendencia todas las tribus de la tierra. Yo estaré contigo guardándote dondequiera que vayas y te restituiré a esta tierra, porque no te abandonaré hasta haber cumplido cuanto le he prometido. Despertó Jacob de su sueño y dijo: Verdaderamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía. Y temió y añadió: ¡Cuán terrible es este lugar! En realidad, ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo. Se levantó Jacob y, tomando la piedra que se había puesto de cabecera, la erigió como en monumento, y derramó óleo sobre su cúspide, y puso por nombre a aquel lugar Casa de Dios.* Esto encierra en sí una profecía. Jacob no derramó óleo sobre esa piedra a usanza de los idólatras, como erigiéndola en dios, pues no adoró la piedra ni le ofreció sacrificio. Y como el nombre de Cristo viene de crisma, que significa unción, este acto es figura de un gran misterio. El mismo Salvador nos trae a la memoria en su Evangelio esa escala y su simbolismo cuando, después de haber dicho de Natanael: *He aquí un verdadero israelita en quien no hay doblez,* pues quien había tenido esta visión fue Israel, es decir, Jacob, agrega: *En verdad, en verdad os digo que algún día veréis abierto el cielo, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre.*

3. Jacob siguió camino de Mesopotamia para buscarse allí mujer. La divina Escritura nos enseña cómo y por qué tuvo cuatro mujeres, de las cuales engendró doce hijos y una hija, sin desear a ninguna de ellas ilícitamente. Había venido para tomar una sola esposa; pero, como le dieron una por otra, no desechó a ésta con la que sin darse cuenta había pasado la noche, por miedo a que quedase deshonrada. Y como en aquel tiempo no había ley alguna que prohibiese la poligamia, por multiplicar la posteridad, tomó también por esposa a la única a quien había dado palabra de casamiento. Pero ésta, como era estéril, entregó la esclava a su marido para tener hijos de ella. Lo misino hizo, a imitación suya, su hermana mayor,

aunque no era estéril, porque deseaba multiplicar la prole. Jacob, según la Escritura, no pidió más que una, y no usó de muchas sino impelido por el deber de procreación, respetando siempre el derecho conyugal, de tal manera que no hiciera esto de no habérselo pedido sus mujeres, que gozaban del poder que las leyes del matrimonio les conceden sobre el cuerpo del marido. Tuvo doce hijos y una hija de cuatro mujeres. Más tarde entró en Egipto gracias a su hijo José, que, vendido por sus envidiosos hermanos, fue conducido allí, y allí fue encumbrado.

## CAPÍTULO XXXIX

## ¿Por qué se llamó Jacob también Israel?

Jacob, como poco ha dije, se llamaba también Israel, nombre más conocido en el pueblo que de él desciende. Este nombre le fue impuesto por el ángel que luchó contra él a su regreso de Mesopotamia, y que era figura de Cristo. La victoria que Jacob obtuvo sobre el ángel, porque éste lo quiso así para figurar el misterio, significa la pasión de Cristo, vencido, al parecer, por los judíos. Y, sin embargo, pidió la bendición al ángel derrotado, y su bendición consistió en la imposición de este nombre. Israel significa *Vidente de Dios*, visión que será el premio de todos los santos al fin del mundo. El ángel le tocó, como a vencedor, la largura del muslo y le dejó cojo. Jacob era, pues, uno y el mismo bendecido y cojo: bendecido en los de su pueblo que creyeron en Cristo y cojo en los infieles[253]. La largura del muslo figura una multitud numerosa, pues hay muchos entre sus descendientes de quienes se predijo proféticamente: *Y van cojeando fuera de sus sendas.*

## CAPÍTULO XL

## Entrada de Jacob en Egipto y concordancia de textos

La Escritura dice que entraron en Egipto setenta y cinco personas con Jacob, contados también sus hijos. Entre ellos solamente se hace mención de dos mujeres, la una hija, y la otra, nieta del patriarca. Mas, ponderado el

[253] Cf. *En. in Ps.* 44,20.

punto con detención, llegamos a la conclusión de que la familia de Jacob no era tan numerosa el día o el año en que entró en Egipto, porque son mencionados también los biznietos de José, que era imposible que existieran ya. Jacob tenía entonces ciento treinta años, y su hijo José, treinta y nueve, y consta que éste tomó esposa a los treinta años más o menos. ¿Cómo, pues, pudo en nueve años tener biznietos de los hijos habidos de esa mujer? Además, Efraín y Manases, hijos de José, no tenían aún hijos, pues cuando Jacob entró en Egipto eran unos niños de menos de nueve años. ¿Cómo es que se cuentan no sólo los hijos de ellos, sino también sus nietos, entre los setenta y cinco que entraron entonces con Jacob en Egipto? En la relación se nombra a Maquir, hijo de Manasés, y a un hijo de Maquir, Galaad, nieto de Manasés y biznieto de José. Se nombra también un hijo de Efraín, Utalaán, nieto de José, y a Edén, hijo de Utalaán, nieto de Efraín y biznieto de José. Y es imposible que existieran ya éstos cuando Jacob llegó a Egipto y halló a los hijos de José, nietos suyos, abuelos de éstos, chicos menores de nueve años. En realidad, la Escritura, al referir la entrada de Jacob en Egipto y decir que le acompañaron setenta y cinco almas, habla no de un día o de un año, sino de todo el tiempo que vivió José, al cual se debió esa entrada. La Escritura dice así de José: *José habitó en Egipto con sus hermanos y toda la familia de su padre, y vivió ciento diez años, y vio los hijos de Efraín hasta la tercera generación.* Este es su biznieto, el hijo de Efraín, pues, contando hasta la tercera generación, tenemos el hijo, el nieto y el biznieto. Luego añade: *Y nacieron sobre los muslos de José los hijos de Maquir, hijo de Manasés.* Este es el nieto de Manasés y biznieto de José. La Escritura, siguiendo su estilo, usa el plural aquí como en aquel pasaje en que llama hijas de Jacob a su única hija. Esto es corriente también en latín, y se dice *liberi* por hijos, aunque no sea más que uno[254]. Y no se debe pensar que, como para poner de relieve la felicidad de José se dice que llegó a ver a sus biznietos, ya habían nacido éstos cuando Jacob entró en Egipto, pues tenía entonces José treinta y nueve años. Lo que origina error, considerando con menos diligencia estas cosas, es aquello que está escrito: *He aquí los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto con Jacob, su padre.* Esto se dijo porque en total, con él, suman setenta y cinco, no porque coexistieran ya todos cuando entró él en Egipto. Como queda dicho, se nos da todo el tiempo de la entrada, que duró tanto cuanto vivió José, a quien, al parecer, se debió la entrada.

---

[254] Así, en latín se dice *liberi*, aunque sea un solo hijo. Gelio en sus *Noches áticas* emplea la palabra en este significado. Y el jurisconsulto Herenio lo confirma.

## CAPÍTULO X LI

## **Bendición de Judá**

Así, pues, si por el pueblo cristiano, en el que peregrina aquí abajo la Ciudad de Dios, buscamos a Cristo según la carne en la descendencia de Abrahán, dejando a un lado los hijos de las concubinas, topamos con Isaac. Si lo buscamos en la descendencia de Isaac, dejando a Esaú, o Edón, que es lo mismo, se nos presenta Jacob, llamado también Israel. Y, si ahora lo buscamos en la descendencia de Israel, preteridos los demás, viene al encuentro Judá, de cuya tribu nació Cristo. Veamos, pues, la bendición profética dada a Judá cuando Israel, a las puertas de la muerte, bendijo a sus hijos: *¡Oh Judá!* —dice—, *a ti te alabarán tus hermanos. Tus manos caerán sobre tus enemigos y te adorarán los hijos de tu padre. Tú, Judá, eres un cachorro de león; te has elevado como un árbol en pleno desarrollo, hijo mío; después, para descansar, dormiste cual león y a manera de un cachorrillo. ¿Quién le despertará? No será, quitado el cetro de Judá ni de su descendencia el caudillo hasta que se cumplan las promesas a él hechas. El será la esperanza de las naciones, y él atará a la cepa su pollino, y al cilicio el asnillo. Lavará su ropa en el vino, y su manto, en la sangre de las uvas. Sus ojos están rojos por el vino, y sus dientes, más blancos que la leche.* He expuesto este pasaje en mi disputa *Contra Fausto Maniqueo*[255], y creo haber dicho bastante para mostrar la verdad de esta profecía. En ella está predicha también la muerte de Cristo con la palabra *dormición,* y con el nombre de *león,* el poder que tiene de morir o no, no la necesidad. De este poder hizo gala en su Evangelio con estas palabras: *Tengo poder para entregar mi alma y volverla a recobrar. Nadie me la arranca, sino que yo la doy de propia voluntad y la recobro de nuevo.* Así rugió el león, así cumplió su palabra. Con este mismo poder se relaciona lo que se añadió de la resurrección. *¿Quién le despertará?;* es decir, que no lo hará hombre alguno, sino el mismo que dijo de su cuerpo: *Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré.* El género de muerte, es decir, la elevación a la cruz, está expresado en esta sola palabra: *Te has elevado.* Y esto: *Recostándote dormiste,* lo expone el evangelista cuando dice: *E inclinando la cabeza, entregó su espíritu.* O se puede entender también de su sepultura, en la que descansó durmiendo, y de la cual nadie le resucitó, como hicieron los profetas a algunos y El mismo con otros, sino que de

---

[255] Cf. *Contra Faust. Manich.* XII 42.

ella despertó como de un sueño. Su ropa, en verdad, es la ropa que lava en el vino, es decir, la purifica de sus pecados en su sangre, cuyo misterio conocen bien los bautizados, por el cual añade: *Y en la sangre de sus uvas, su manto, ¿qué es sino la Iglesia? Sus ojos están rojos por el vino.* Esto significa las personas espirituales, embriagadas de esta bebida, de la que canta el Salmo: *¡Cuán excelente es tu cáliz, que embriaga! Y sus dientes, más blancos que la leche,* significa la leche que beben en el Apóstol los párvulos, es decir, las palabras que alimentan a los aún no capaces de alimento sólido. El es, pues, sobre quien recayeron las promesas hechas a Judá, antes de cuyo cumplimiento no han faltado nunca príncipes, o sea, reyes de Israel, de esta estirpe. *Y él es la esperanza de las naciones,* expresión más clara en sí que cualquiera exposición.

## CAPÍTULO X LI I

## Los hijos de José y la bendición de Jacob

Como los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob fueron figura de dos pueblos, de los judíos y de los cristianos (aunque, según la carne, no son los judíos los descendientes de Esaú, sino los idumeos; ni los cristianos, descendientes de Jacob, sino más bien los judíos[256], pues el sentido de la figura se resume en estas palabras: *El mayor servirá al menor*), lo mismo fueron los dos hijos de José. El mayor representó a los judíos, y el menor a los cristianos. Jacob, al bendecirlos, puso su mano derecha sobre el menor, que estaba a su izquierda, y la izquierda sobre el mayor, que estaba a su derecha. Entonces el padre de ellos se lo advirtió, molestado, corrigiendo su error e indicándole cuál era el mayor. Mas él se negó a cambiar sus manos y dijo: *Lo sé, hijo; lo sé. Este será padre de un pueblo, y será exaltado; mas su hermano, más joven que él, será mayor que él. Su linaje se extenderá a muchas naciones.* He aquí distinguidas otra vez las dos promesas. El uno será padre *de un pueblo,* y el otro, *de muchas naciones.* ¿Qué cosa hay más evidente que en estas dos promesas se contenga el pueblo de los israelitas y toda la tierra en la descendencia de Abrahán, aquél según la carne y éste según la fe?

[256] Este punto es el objeto de toda la carta 196, dirigida a Asélico.

## CAPÍTULO XLIII

## Época de Moisés, de Jesús Nave, de los jueces y de los reyes. Saúl, el primer rey, y David, el principal en misterio y en merecimiento

1. Después de la muerte de Jacob y de José, durante los ciento cuarenta y cuatro años que mediaron todavía hasta la salida de Egipto, la nación judía se multiplicó tan prodigiosamente aun en medio de sus crueles persecuciones, que hubo un tiempo en que los egipcios, maravillados del crecimiento de ese pueblo y temerosos, daban muerte a los niños tan pronto como nacían. En esta época, Moisés, escogido por Dios para obrar por su medio cosas grandes, fue substraído al furor de los asesinos y llevado a la casa real, donde fue alimentado y adoptado por la hija del Faraón (nombre común que se daba en Egipto a todos los reyes). Y llegó a desarrollarse tanto, que libró a esa nación tan maravillosamente acrecida del durísimo y pesadísimo yugo de la servidumbre a que estaba sujeta; mejor dicho, la libró Dios, conforme a la promesa hecha a Abrahán por medio de él.

Obligado a marchar de allí, por temor, porque salió en defensa de un israelita, dio muerte a un egipcio y luego enviado por orden del cielo, venció, por el poder del Espíritu divino, a los magos del faraón que se oponían. Y entonces, negándose los egipcios a dejar salir al pueblo de Dios de Egipto, se vieron asaltados de las diez famosas plagas: el agua convertida en sangre, las ranas y los cínifes, las moscas, la muerte del ganado, las llagas, el granizo, la langosta, las tinieblas y la muerte de los primogénitos. Finalmente, los egipcios fueron sepultados en el mar Rojo cuando perseguían a los israelitas, a quienes habían permitido la salida después de ser heridos por tales placas. El mar se dividió y dejó paso libre a los que se iban, y el agua, tornando a juntarse, anegó a los que iban en su seguimiento. Después, el pueblo de Dios vivió durante cuarenta años con Moisés al frente en el desierto, y fue entonces cuando se dedicó el tabernáculo del testimonio, en el que se rendía culto a Dios con sacrificios, figura de los venideros. Sucedió esto después de haber sido dada la ley en el monte, muy terriblemente, pues se manifestaba evidentísima la divinidad con signos y voces admirables. Acaeció esto una vez salido el pueblo de Egipto y morando ya en el desierto, cincuenta días después de la celebración de la Pascua de la inmolación del cordero. Este es símbolo de Cristo, y figura la inmolación y la pasión sufrida antes de pasar de este mundo al Padre (pues *Pascua* en hebreo significa *Transita*). Y es tan verdad esto, que, una vez revelado ya el Nuevo Testamento, a los cincuenta días de haber sido inmo-

lado Cristo, que es nuestra Pascua, descendería del cielo el Espíritu Santo. A este Espíritu en el Evangelio se le da el nombre de dedo de Dios, para volver a hacer mención del primer hecho prefigurado, ya que también aquellas tablas de la Ley se anuncian como escritas con el dedo de Dios.

2. Muerto Moisés, se puso al frente del pueblo Jesús Nave, y lo introdujo en la tierra de promisión y la repartió al pueblo. Estos dos admirables caudillos libraron con éxito muchas guerras, haciéndoles constancia Dios de que aquellas victorias procedían no tanto de los merecimientos del pueblo hebreo cuanto de los pecados de las naciones en guerra. A estos jefes, constituido el pueblo en la tierra de promisión, sucedieron los jueces. Así comenzaba el cumplimiento de la primera promesa hecha a Abrahán, tocante a la nación hebrea y a la tierra de Canaán, no la tocante a todas las naciones y al orbe entero de la tierra. Esta última había de cumplirse en la encarnación de Cristo, y no con las prácticas de la Ley vieja, sino con la Ley evangélica. Esta verdad está prefigurada de antemano en que no fue Moisés, el cual había recibido para el pueblo la Ley en el monte Sinaí, sino Jesús Nave, a quien Dios, por una orden propia, había cambiado el nombre, quien introdujo el pueblo en la tierra prometida. En tiempo de los jueces, según fueran o los pecados del pueblo o la misericordia de Dios, así alternaban la prosperidad y la adversidad en las guerras.

3. De aquí se pasó a la época de los reyes. El primero fue Saúl. Pero, roto y deshecho en un choque guerrero y reprobado él y toda su raza para que de ella no hubiera más reyes, le sucedió en el trono David, cuyo hijo más sobresaliente se llama Cristo. En él se hizo una pausa, y él marca, por decirlo así, el comienzo de la juventud del pueblo de Dios. Su adolescencia se extendió desde Abrahán hasta David. No en vano el evangelista San Mateo mencionó catorce generaciones en este primer período, a saber, desde Abrahán hasta David. En efecto, el hombre comienza a ser capaz de engendrar desde la adolescencia, y por esta razón comienzan las generaciones desde Abrahán, que fue constituido padre de naciones cuando le fue cambiado el nombre. Antes de Abrahán, es decir, desde Noé hasta él, el pueblo de Dios vivió su niñez, y por eso se inventó entonces la primera lengua, la hebrea. La niñez es precisamente la edad en que comienza el hombre a hablar, muerta ya la infancia, así llamada poique en ella es imposible hablar. Y es también indudable que el olvido encubre esta primera edad, al igual que el diluvio hizo desaparecer la primera edad del género humano. ¿Cuántos hay que recuerden su infancia?[257] A esto se debe que,

[257] «¿Dónde te suplico, Dios mío; dónde, Señor, yo tu siervo, dónde o cuándo fui inocente? Mas ved que ya callo aquel tiempo. ¿A qué ya ocuparme de él, cuando no

en el actual desarrollo de la Ciudad de Dios, como el libro anterior contiene la primera edad del mundo, éste abarque la segunda y la tercera. En esta tercera edad fue impuesto el yugo de la Ley, prefigurado por la novilla, la cabra y el carnero de tres años; apareció una multitud de pecados y surgió el principio del reino terreno, en el que no han faltado hombres espirituales, misterio prefigurado en la tórtola y en la paloma[258].

---

conservo de él vestigio alguno?» Así hablaba en sus *Confessiones* (I 7,12), y lo mismo expone en el capítulo siguiente.

[258] La profundidad de esta concepción de la historia de la humanidad se ha hecho ya clásica. Las edades del mundo en relación con las edades del hombre brindan una sabrosa introducción a la historia universal. *Homo mundus est*, decía Agustín en uno de sus *Sermones*. Y es verdad. El mundo es como el hombre, y, como el hombre, desarrolla todos sus períodos. Joaquín de Flora en el siglo XII dará altura a esta concepción, y la definirá dividiendo la historia en tres épocas: la época del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo. Agustín no llegó a tanto, pero su sentido ha rebasado los límites del tiempo y se ha hecho presa común de los filósofos de la historia, si puede hablarse de filosofía de la historia.

# Libro XVII

*Trata del desarrollo de la Ciudad de Dios en tiempo de los reyes y de los profetas, desde Samuel y David hasta Cristo. Y expone, además, las profecías referentes a Cristo y a la Iglesia consignadas en las sagradas Letras, sobre todo en los libros de los Reyes, de los Salmos y de Salomón.*

## CAPÍTULO I

### Los profetas

Cómo se van cumpliendo las promesas de Dios hechas a Abrahán, a cuya descendencia pertenecían, como hemos dicho, supuesta esa promesa, tanto el pueblo israelítico según la carne como todas las naciones según la fe, nos lo irá mostrando la Ciudad «le Dios en su marcha a través de los tiempos. Como el libro anterior finalizó en el reinado de David, ahora de éste pasaremos a los siguientes, exponiendo cuanto creamos suficiente para la obra emprendida. Este tiempo, desde que el santo Samuel comenzó a profetizar hasta que el pueblo de Israel fue llevado cautivo a Babilonia, y luego la instauración de la casa de Dios después de setenta años de cautividad, conforme a la profecía de Jeremías, es la época de los profetas. Esto no obsta para que podamos llamar con pleno derecho profetas al patriarca Noé —época del diluvio— y a otros anteriores y posteriores a esta época, en que comienza la monarquía en el pueblo de Dios por haber realizado o predicho como futuras ciertas cosas relacionadas con la Ciudad de Dios y el reino de los cielos. Y a esto se añade que algunos son llamados más expresamente con ese nombre; así Abrahán, así Moisés. Sin embargo, se ha dado en llamar por antonomasia época de los profetas a los años que siguen a las profecías de Samuel, quien ungió por primer rey a Saúl, y luego, reprobado éste, a David, por orden de Dios, de cuya estirpe desciendan los demás hasta que así convenga. Si quisiera referir cuanto han dicho los profetas de Cristo, en tanto que la Ciudad de Dios continúa la marcha de los

siglos con muertes y nacimientos, me perdería en el infinito. Primero, porque, si tratáramos de considerar, con la ayuda de Dios, la Escritura, que, en su relación del orden, hazañas y sucesos de los reyes parece preocupada por dos hechos con esmero de historiador, descubriríamos en ella un empeño especial, si no superior, al menos no inferior, de prenunciar lo futuro que de anunciar lo pasado. ¿Quién ignora, aunque piense estas cosas medianamente, lo trabajoso y prolijo, los muchos volúmenes que se necesitan para investigar eso? Y lo segundo, porque las cosas que tienen, sin duda, carácter profético sobre Cristo y sobre el reino de los cielos, que es la Ciudad de Dios, son tantas, que para exponerlas sería preciso rebasar con mucho los límites prefijados al plan de esta obra. Por tanto, en cuanto pueda, en la realización de esta obra, con el beneplácito de Dios, moderaré de tal forma mi pluma, que ni diré cosas superfluas ni omitiré las necesarias.

## Capítulo II

## En qué época se cumplió la promesa de Dios sobre la tierra de Canaán

Hemos dicho en el libro anterior que ya desde las primeras promesas hechas por Dios a Abrahán se le prometieron dos cosas, a saber: que su descendencia poseería la tierra de Canaán, expresada en estas palabras: *Ve a la tierra que yo te mostraré, y yo te haré cabeza de una nación grande*, y otra muy superior a ésta, que versa no sobre la descendencia carnal, sino sobre la espiritual, y en virtud de la cual es padre, no de la nación israelítica sola, sino de todas las naciones que siguen las huellas de su fe. Esta promesa se inició en estos términos: *Y en ti serán benditas todas las tribus de la tierra.* Y luego hemos aducido otra serie de testimonios en pro de la promesa de estas dos cosas. La descendencia de Abrahán, es decir, el pueblo de Israel, según la carne estaba va establecido en la tierra prometida, y allí, no sólo en posesión de las ciudades enemigas, sino también con reyes propios, había iniciado ya su monarquía. Así quedaban ya cumplidas en gran parte las promesas de Dios sobre el pueblo. Y de éstas no solamente las que habían sido hechas a los tres patriarcas Ababán, Isaac y Jacob y cualesquiera otras hechas en sus días, sino también las hechas a Moisés, por quien fue liberado el pueblo de la servidumbre egipcia, y por medio del cual fueron reveladas todas las cosas pasadas cuando conducía al pueblo por el desierto. Y esta promesa divina de poseer la tierra de Canaán

desde el río de Egipto hasta el gran Eufrates no se cumplió ni en tiempo del famoso caudillo Jesús Nave, quien introdujo al pueblo en la tierra de promisión y quien repartió las naciones conquistadas entre las doce tribus, a las que Dios le había enviado, ni, tras él, en todo el período de los jueces. Con todo, no se profetizaba como futuro, sino que se esperaba que debía cumplirse. Se cumplió bajo David y su hijo Salomón, cuyo reino alcanzó la extensión prometida. Porque subyugaron a todos esos pueblos y les hicieron tributarios suyos. Bajo estos reyes se había establecido la descendencia, de Abrahán en la tierra de promisión, o sea, en la tierra de Canaán, de tal manera que no faltaba ya nada al cumplimiento formal de la promesa terrena de Dios. Únicamente faltaba, por lo que hace a la prosperidad temporal, que la nación judía perseverara estable, a través de las generaciones, en ese estado hasta el fin de los siglos, si obedecía a las leyes de su Dios y Señor. Pero, como Dios sabía que no le sería fiel, usó de penas temporales para ejercitar los pocos fieles que había entre ellos y advertir a los futuros fieles de todas las naciones lo que convenía, ya que en ellos había de cumplirse la otra promesa por la encarnación de Cristo, revelado ya el Nuevo Testamento.

## CAPÍTULO III

## ¿Qué entienden los profetas por Jerusalén? Tres acepciones

1. Así como aquellos oráculos divinos dirigidos a Abrahán, a Isaac y a Jacob, y lo mismo otros signos o dichos proféticos, se hicieron, según las sagradas Letras, en épocas anteriores, así también las profecías, a partir de los reyes, pertenecen, parte, a la descendencia carnal de Abrahán, y parte, a su descendencia propia, en la que son benditos todos los pueblos, coherederos de Cristo por el Nuevo Testamento, llamados a poseer la vida eterna y el reino de los cielos. Luego parte se refiere a la esclava, que engendra esclavos, es decir, a la Jerusalén terrena, que es esclava con sus hijos, y parte a la ciudad libre de Dios, que es la Jerusalén eterna en los cielos, cuyos hijos —los hombres que viven según Dios— son peregrinos en la tierra. Pero hay en esas profecías cosas que se relacionan con las dos: en sentido propio, con la esclava; en figurado, con la libre[259].

---

[259] Agustín ya desde su punto de vista apriorístico pasa a dar una interpretación a los textos proféticos. Como puede verse, toda su ideología va montada sobre un sen-

2. En consecuencia, las profecías o los dichos proféticos son de tres clases: unos, relativos a la Jerusalén terrena; otros, a la celestial, y otros, a ambas. Voy a probar con ejemplos mi aserto. El profeta Natán fue enviado al rey David para reprocharle su pecado y anunciarle los castigos que le esperaban. ¿Quién duda que estos y otros avisos divinos por el estilo, dirigidos, o a todos, es decir, por el interés o utilidad del pueblo, o a un particular cualquiera, que daban a conocer algo futuro en pro de la vida temporal, pertenecían a la ciudad terrena? En Jeremías se lee: *He aquí que viene el tiempo, dice el Señor, en que yo haré una nueva alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá; alianza no según aquella que contraje con sus padres el día que los cogí por la mano para sacarlos de la tierra de Egipto. Ya que no se mantuvieron en el cumplimiento de mi pacto, yo les abandoné, dice el Señor. He aquí el pacto que haré con la casa de Israel: Después que llegue aquel tiempo, imprimiré, dice el Señor, mis leyes en su mente, y las grabaré sobre sus corazones, y los veré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.* Indudablemente, ésta es una profecía de la Jerusalén celestial, cuyo Dios es su premio, y el único soberano bien, poseerle y ser de él. Sin embargo, esta profecía se refiere a las dos, porque llama Jerusalén a la Ciudad de Dios, y en ella profetiza la casa venidera de Dios; pero esta misma profecía se cumplió, al parecer, cuando el rey Salomón edificó aquel soberbio templo. Y estos sucesos, según la historia, se llevaron a cabo en la Jerusalén terrena, y fueron figura de la Jerusalén celestial. Este género de profecía —conglomerado de ambos sentidos— tiene un gran valor en los antiguos libros canónicos que narran historia y han ejercitado y aún ejercitan en gran manera los ingenios de los investigadores de las sagradas Letras. Hasta punto es esto así, que en las predicciones ya históricamente cumplidas en la descendencia carnal de Abrahán se busca todavía el sentido alegórico, que ha de realizarse en la descendencia espiritual del mismo. Algunos, llevados de este afán, han pensado que en esos libros no hay nada o predicho y ya realizado, o de lo realizado sin haber sido predicho, que no diga o insinúe alguna relación alegórica, es verdad, pero relación, a la soberana Ciudad de Dios y a sus hijos peregrinos del suelo. Si ello es así, los dichos de los profetas, o, mejor, de todas las Escrituras que vienen bajo el nombre de Antiguo Testamento[260], tendrían ya sólo dos sen-

tido plenamente teológico. Por eso decimos nosotros que los hechos no tienen una teología propia, porque ésta es ciencia del espíritu. Los hechos en sí están exigiendo un intérprete, y ése es el hombre, que, si les aplica unas categorías teológicas, los convierte en teológicos, y es lo que hace el Santo en toda su obra.

[260] Aunque a primera vista la palabra *instrumenti* que usa el texto de Migne parece una errata, sin embargo, por otros muchos pasajes podemos concluir que no es tal.

tidos, no tres. No habrá, pues, en ella nada que aluda únicamente a la Jerusalén terrena si cuanto se dice y se cumple de ella o por causa de ella significa algo que, en prefiguración alegórica, se refiere a la Jerusalén celestial. Habrá, por tanto, sólo dos sentidos, uno que corresponde a la Jerusalén libre, y otro, a entrambas. Tengo para mí que, como andan muy errados los que piensan que los hechos realizados carecen, en ese género de letras, de toda significación alegórica, así andan muy osados los que sostienen que todas las cosas envuelven algún simbolismo[261]. Por eso he dicho que tienen, no dos sentidos, sino tres. Y pienso esto sin criticar a los capaces de descubrir un sentido espiritual en cualquier suceso, siempre, claro está, que se dé el primer plano a la verdad histórica[262]. Por lo demás, ¿qué fiel duda que las cosas que no pueden relacionarse con hechos humanos o divinos, realizables o realizados, no se han hecho sin una mira? ¿Quién no buscará para ellas una interpretación espiritual, si puede, o al menos confesará que quien pueda debe buscarla?

## CAPÍTULO IV

### ¿Qué figuró el cambio del reino y del sacerdocio de Israel? Profecía de Ana, madre de Samuel, que figura la Iglesia

1. El desarrollo de la Ciudad de Dios hasta la época de los reyes, hasta que David, rechazado Saúl, subió al trono, logrando que su posteridad reinara largo tiempo en la ciudad terrena, nos brinda un símbolo al significar y prenunciar con esos sucesos algo que no debe pasarse en silencio. Y esto es, por lo que hace al Antiguo Testamento y al Nuevo, el cambio de los muchos realizados cuando el sacerdocio y el reino se trocó en el nuevo Sacerdote y en el nuevo Rey eterno, que es Jesucristo. El sumo sacerdote

---

En realidad, el término conserva siempre la misma significación primitiva de testamento, y por este vocablo lo traducimos, aunque en realidad el otro no deje de implicar una idea propia suya, la instrumentalidad.

[261] El eclecticismo ha sido ya señalado en los escritos del Santo. También en la interpretación de la Escritura sigue, al menos así lo expresa en teoría, una sentencia media, ni historia solo ni simbolismo solo, sino una y otra bien unidas. Lo mismo sostiene en diversos pasajes del *Contra Faustum Manichaeum.*

[262] Como ya hemos hecho notar, concede verdadera historicidad a los Libros santos, mejor, a su contenido. Sin embargo, la historia en su tiempo no era ya la historia de los antiguos pueblos; en otros términos, el contenido de la palabra *historia* era distinto ya entonces de la historia en sentido oriental.

Idelí, rechazado, y Samuel, su substituto en ese ministerio, quien ejerció a la vez el oficio de sacerdote y juez, y, por otra parte, Saúl desechado y David constituido en rey, figuran lo que vengo diciendo. La madre de Samuel, Ana, en un principio estéril y luego regocijada por su fecundidad, profetizó, al parecer, eso mismo cuando, en alas de su gozo, dio gracias al Señor y le consagró el niño nacido con la misma piedad con que lo había ofrecido. He aquí cómo se expresa: *Mi corazón se ha afianzado en el Señor y mi Dios ha ensalzado mi poder. Ya puedo responder a boca llena a mis enemigos, pues la causa de mi alegría es la salud que he recibido de ti. Porque nadie es santo como el Señor y no hay justo como nuestro Dios; nadie es santo fuera de ti. Cesad de gloriaros soberbiamente y de hablar cosas elevadas, y no salga de vuestra boca la jactancia, porque Dios, que todo lo sabe, él es el Señor y él Dios que prepara sus revelaciones. Hizo débil el arco de los poderosos, y los débiles han sido revestidos de vigor. Los abundantes en pan han venido a menos y los hambrientos han atravesado la tierra. La estéril ha tenido siete hijos y la que tenía muchos quedó sin vigor. El Señor es quien da la muerte y la vida, quien conduce al sepulcro y libra de él. El Señor hace pobres y ricos, abate y ensalza. Levanta de la tierra al pobre y saca del muladar al mendigo para colocarlo entre los potentados del pueblo, dándole en herencia un trono de gloria. El da la ofrenda al que hace voto y El ha bendecido los días del justo, porque el hombre no es poderoso por su propia fuerza. El Señor desarmó a su enemigo, el Señor, que es santo. No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el poderoso en su poder, ni el rico en sus riquezas, sino que el que se gloríe, gloríese en esto, en entender y conocer al Señor y en hacer juicio y justicia en medio de la tierra. Dios subió a los cielos y ha tronado, y El juzgará a los confines de la tierra, porque es justo. El es quien da la virtud a nuestros reyes y ensalzará el poder de su Cristo.*

2. Se pensará acaso que éstas son palabras de una mujercilla que se regocija del nacimiento de su hijo. ¿Está acaso la razón humana tan alejada de la luz de la verdad que no comprende que esas palabras exceden los modales de esa mujer?

En verdad, quien repara en las cosas cuyo cumplimiento se ha ya iniciado en la peregrinación terrena, ¿no se da cuenta y es consciente de que, por medio de esta mujer, por nombre Ana, que significa *Gracia,* habló con espíritu profético la religión cristiana, la Ciudad de Dios, cuyo rey y fundador es Cristo; en una palabra, la gracia de Dios, de la cual se enajenan los soberbios para caer y de la cual se llenan los humildes para levantarse, cosa puesta sobre todo de relieve en este himno? Aunque quizá no falta quien diga que esta mujer no profetizó nada, sino que simplemente alabó a

Dios con un panegírico gozoso por haber recibido el hijo, que le concedió accediendo a sus peticiones. ¿Qué significa en ese caso esto: *Hizo débil el arco de los poderosos, y los débiles han sido revestidos de vigor; los abundantes en pan han venido a menos y los hambrientos han atravesado la tierra, porque la estéril ha tenido siete hijos y la que tenía muchos ha quedado sin vigor?* ¿Había tenido ella siete hijos, aunque había sido estéril? Cuando decía esto, tenía uno solo, pero ni aun después tuvo siete, el séptimo de los cuales sería Samuel, sino que tuvo sólo tres varones y dos hembras. Además, si no profetizaba, ¿cómo o por qué dijo aquellas palabras finales en un pueblo en que aún no había reyes: *Da virtud a nuestros reyes, y ensalzará el poder de su Cristo?*

3. Diga, pues, la Iglesia de Cristo, la Ciudad del gran Rey, llena de gracia y fecunda en hijos; diga y repita lo profetizado tanto tiempo antes por boca de esta piadosa mujer: *Mi corazón está afianzado en el Señor y mi Dios ha ensalzado mi poder.* Su corazón está verdaderamente afianzado y su poder verdaderamente ensalzado, porque lo ha puesto, no en sí, sino en el Señor, su Dios. *Ya puedo responder a boca llena a mis enemigos*, porque la palabra de Dios no está prendida en las cadenas de la cautividad ni en los predicadores apresados. *La causa de mi alegría* —dice— *es la salud que he recibido de ti.* Esa salud es Jesucristo, a quien el viejo Simeón, como se lee en el Evangelio, abrazándole pequeñito y reconociendo su grandeza, dice: *Ahora, Señor, ya puedes sacar de este mundo a tu siervo en paz, porque ya mis ojos han visto la Salud que nos has enviado.* Diga y repita una vez más la Iglesia: *La causa de mi alegría es la salud que he recibido de ti, porque nadie es santo como el Señor y no hay justo como nuestro Dios,* pues es santo y santificador, justo y justificador. *Nadie es santo fuera de ti,* porque nadie se hace santo sino por ti. Luego añade: *Cesad de gloriaros soberbiamente y de hablar cosas elevadas, y no salga de vuestra boca la jactancia, porque Dios, que lo sabe todo, es el Señor.* El os conoce hasta donde nadie os conoce, *porque, si alguno piensa ser algo, se engaña a sí mismo, pues no es nada.* Esto va dirigido a los enemigos de la Ciudad de Dios, que pertenecen a Babilonia, que se ufanan de su propia virtud y se glorían en sí, no en el Señor. A éstos pertenecen también los israelitas carnales, ciudadanos terrígenas de la Jerusalén terrena, que, como dice el Apóstol, *no conociendo la justicia de Dios,* es decir, la que Dios, único justo y justificador, da al hombre, y *afanosos por establecer la suya propia,* esto es, la que creen lograda para sí por sí mismos, no dada por Dios, *no se han sujetado a la justicia de Dios.* Y ciertamente no se han sometido por soberbios, pensando que son capaces de agradar a Dios por propia cuenta, sin la gracia de Dios; de ese Dios que todo lo sabe, y por

eso mismo es árbitro de las conciencias, intuyendo los pensamientos de los hombres, que son vanos si son de los hombres y no inspirados por El. *Y el que prepara sus revelaciones.* ¿Qué revelaciones son éstas sino la caída de los soberbios y la exaltación de los humildes? Y va poniendo en claro estas revelaciones: *Hizo débil el arco de los poderosos, y los débiles han sido revestidos de vigor.* Debilitó el arco, es decir, la intención de quienes se creen tan poderosos, que sin la gracia de Dios y sin su ayuda son capaces de cumplir autosuficientemente los mandamientos divinos. Y, en cambio, son revestidos de vigor quienes interiormente gritan: *Señor, ten misericordia de mí, que desfallezco.*

4. *Los abundantes en pan* —prosigue— *han venido a menos y los hambrientos han atravesado la tierra.* ¿Quiénes son los abundantes en pan sino los mismos que se creen poderosos, es decir, los israelitas, a quienes comunicó Dios sus oráculos? Pero los hijos de la esclava en ese pueblo se han aminorado. Con esta palabra poco latina, pero muy expresiva, se dice que de mayores se han tornado menores, porque en los panes, es decir, en la palabra de Dios, que entre todas las naciones únicamente la recibieron entonces los israelitas, sólo gustan las cosas terrenas. En cambio, las naciones a las cuales no se había dado la ley, una vez que llegaron, gracias al Nuevo Testamento, a conocer esas palabras, atravesaron hambrientas la tierra, porque en ellas no gustaron las cosas terrenas, sino las celestiales. Y, haciendo como que buscaba el porqué de este suceso, dice:

*Porque la estéril ha tenido siete hijos y la que tenía muchos quedó sin vigor.* La profecía ha proyectado aquí chorros de luz para quienes conocen el número siete, en el que está significada la perfección de la Iglesia universal. Por este motivo, el apóstol San Juan escribe a siete iglesias, dando a entender con ello que escribía a la plenitud de la única Iglesia; y en los Proverbios de Salomón, la Sabiduría, que era figura de esto, dice: *Se fabricó una casa y labró siete columnas.* La Ciudad de Dios era estéril en todas las naciones antes de que surgiera este engendro que ahora vemos. Y vemos también ahora sin vigor a la Jerusalén terrena, que tenía muchos hijos, porque los hijos de la libre que había en su seno constituían su vigor, y como ahora en ella no hay más que letra, no espíritu, perdido el vigor, se ha debilitado.

5. *El Señor es quien da la muerte y la vida;* dio muerte a la que tenía muchos hijos, y vida, a la estéril, que tuvo siete, aunque puede entenderse también, quizá con más propiedad, que da vida a los mismos que antes había dado muerte. Esta misma idea está repetida, al parecer, en estas palabras: *Conduce al sepulcro y libra de él.* Estos a quienes se dirige el Após-

tol en estos términos: *Si habéis muerto con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios,* indudablemente han recibido del Señor muerte saludable; y estos otros a quienes dice: *Saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra,* son los hambrientos que atravesaron la tierra. *Porque estáis ya muertos,* dice. He aquí la muerte saludable que da Dios. Y luego añade: *Y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.* He aquí la vida dada también por Dios. Mas ¿son los mismos los conducidos al sepulcro y los librados de él? Las dos cosas vemos cumplidas en El, es decir, en nuestra Cabeza, con el cual dijo el Apóstol que está escondida nuestra vida en Dios. Y le dio muerte, pues *no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros.* Y le devolvió la vida, puesto que le resucitó de entre los muertos. Y ya que en la profecía se oye su voz: *No abandones mi alma en el sepulcro,* lo condujo al sepulcro y redujo de él. Su pobreza nos ha enriquecido a nosotros, pues *el Señor es quien hace pobres y ricos.* Para darnos cuenta de esto *oigamos* lo que sigue: *Abate* y *ensalza. Es* cierto, abate a los soberbios y ensalza a los humildes. Todo el discurso de esta mujer, cuyo nombre significa Gracia, se compendia en estas palabras: *Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes.*

6. Y esta adición: *Levanta de la tierra al pobre,* no la entiende de nadie mejor que de aquel que, *siendo rico, se hizo pobre por nosotros a fin de que fuéramos enriquecidos,* como hemos dicho poco ha, *por su pobreza.* Le levantó de la tierra tan presto para que su carne no viera la corrupción. Y a él aplicó también esto otro: *Y saca del estiércol al mendigo.* Mendigo es igual a pobre. El estiércol del que es sacado se entiende muy bien los perseguidores judíos, en cuyo número se contaba el Apóstol, que persiguió a la Iglesia y decía: *Estas cosas, que antes las consideraba yo como ventajas mías, las tomé por pérdidas por amor de Cristo, y consideré que son no sólo desventajas, sino también estiércol, por ganar a Cristo.* De la tierra fue, pues, levantado aquel pobre y puesto sobre todos los ricos y del estiércol fue sacado aquel mendigo y puesto sobre todos los opulentos *para colocarlo entre los potentados del pueblo,* a quienes dice: *Os sentaréis sobre doce sillas.*

*Y les da en herencia un trono de gloria.* Habían dicho los potentados: *Bien ves que lo hemos abandonado todo y te hemos seguido.* Habían hecho con verdadero poder este voto.

7. Pero ¿de dónde les vino el poder hacerlo sino de Aquel de quien se dijo a renglón seguido: *El que da la ofrenda al que hace voto?* De otra suerte serían de aquellos potentados, cuyo arco quedó debilitado. *El, que*

*da la ofrenda al que hace voto,* porque nadie puede ofrendar a Dios algo bueno sino el que recibiera de El la ofrenda. Y prosigue: *El bendijo los años del justo* a fin de que viva sin fin con aquel a quien se dice:

*Y tus años no tendrán fin.* Allí permanecerán los días, aquí pasan, *mejor* diría, *perecen, pues* antes de venir, no son, y, una vez que han venido, ya no son, porque vienen tarados con su fin. De las dos cosas, expresadas así: *El, que da la ofrenda al que hace voto y bendijo los años del justo,* nosotros hacemos una y recibimos otra. Pero no se recibe ésta de la bondad de Dios si con su ayuda no se hace primero la otra, *porque el hombre no es poderoso en su propia fuerza. El Señor desechará al enemigo de él,* es decir, al envidioso del oferente, que pretendo hacerle imposible el cumplimiento de su voto. La ambigüedad del griego deja margen para entender también *a su enemigo.* Cuando el Señor haya comenzado a poseernos, sin duda el enemigo, que hasta ahora lo había sido nuestro, se hace de El, y es vencido por nosotros, pero no con nuestras fuerzas, *porque el hombre no es poderoso en su propia fuerza. El Señor, pues, desarmará a su enemigo, el Señor santo,* para que lo venzan los santos, hechos santos por el Santo de los santos, por el Señor.

8. *No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el poderoso en su poder, ni el rico en sus riquezas, sino que el que se gloríe, gloríese en esto: en entender y conocer al Señor y en hacer juicio y justicia en medio de la tierra.* Quien conoce y entiende que es el Señor el que le da el conocer y entenderse, no entiende y conoce poco al Señor[263]. *¿Qué tienes* —dice el Apóstol— *que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿de qué te glorías como si no lo hubieses recibido?* Es decir, como si el motivo u objeto de tu gloriarte procediera de ti. El que vive rectamente, ése hace juicio y justicia. Y vive rectamente quien obedece al mandato de Dios, y *el fin de los mandamientos,* es decir, al que se refieren los mandamientos, *es la caridad que nace de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe no fingida.* Ahora bien: *esta caridad,* como atestigua el apóstol San Juan, *procede de Dios.* Luego el hacer juicio y justicia procede de Dios. Mas ¿qué significa *en medio de la tierra?* ¿Es que, por ventura, no deben hacer juicio y justicia los que habitan los confines de la tierra? ¿Por qué, pues, se añadió *en medio de la tierra?* Si no se hubiera añadido eso, diciendo simplemente

[263] El retruécano y el juego de palabras fueron las dos figuras preferidas del gran Obispo de Hipona en sus obras. En esta frase se encierra toda una teología mística, llena de agustinianismo. El entender y conocer que el hombre no vale nada y que lo que tiene se lo debe a Dios, es la base de su vida espiritual. *Sentire se hominem,* que decía en el sermón 40, o, con otras palabras, humildad y confianza en Dios.

*hacer juicio y justicia,* este mandamiento abarcaría por igual a los hombres mediterráneos y a los marítimos. Pero tengo para mí que se dijo *en medio de la tierra* para designar el tiempo que se vive en el cuerpo, a fin de que no pensara alguien que, después de finalizada la vida, en el cuerpo hay todavía tiempo suficiente para hacer juicio y justicia, cosa que no hizo mientras vivía en la carne, y que de esta forma puede escapar al juicio divino. En esta vida cada uno lleva consigo su tierra, que, muriendo el hombre, va a parar a la tierra común, y luego se le devolverá una vez resucitado. Por tanto, debe hacerse juicio y justicia *en medio de la tierra,* es decir, mientras nuestra alma se halla aprisionada en este cuerpo terreno; y eso nos será de gran utilidad en el futuro, cuando *cada cual reciba el pago debido a las buenas o malas acciones que haya hecho por el cuerpo.* Esta expresión del Apóstol *por el cuerpo* significa durante el tiempo que vivió en el cuerpo. Porque, si alguien blasfema con intención torcida y de pensamiento, aunque esa acción no la realice con ningún miembro ni movimiento del cuerpo, no por eso deja de ser culpable, siendo así que la realizó durante el tiempo que vivió en el cuerpo. Y así podemos muy bien entender también aquello del Salmo: *Dios, que es nuestro rey desde antes de los siglos, ha obrado la salvación en medio de la tierra.* En este caso, el Señor Jesús se identifica con nuestro Dios, que existe antes de los siglos, porque los siglos fueron hechos por El. El obró nuestra salvación en medio de la tierra cuando el Verbo se hizo carne y habitó en un cuerpo de tierra.

9. Tras la profecía de Ana sobre cómo debe gloriarse quien se gloría, es decir, que no debe gloriarse en sí mismo, sino en el Señor, dice con la mirada en el día del juicio: *El Señor subió a los cielos y tronó. El juzgará los confines de la tierra, porque es justo.* En estas palabras observa el orden de la profesión de fe de los fieles. Cristo Nuestro Señor subió a los cielos, y desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. En efecto, como dice el Apóstol: *¿Quién ascendió sino el que descendió a los lugares más ínfimos de la tierra? El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos para llenarlo todo.* Tronó, pues, por medio de sus nubes, que llenó del Espíritu Santo una vez ascendido. De estas nubes habla en el profeta Isaías cuando amenaza a la Jerusalén esclava, es decir, a la viña ingrata, con no llover sobre ella. Y añadió: *El juzgará los confines de la tierra,* como diciendo: Hasta los confines de la tierra, ya que quien juzgará, sin duda alguna, a todos los hombres, no dejará de juzgar las otras partes de la tierra. Pero quizá se entienda mejor por *confines de la tierra* los confines de la vida humana, porque el hombre no será juzgado según el estado actual, en que fluctúa del bien al mal o del mal al bien, sino según sea hallado en sus postrimerías. Por eso se dijo que *el que perseverare has-*

*ta el fin se salvará.* Luego quien hace con perseverancia juicio y justicia en medio de la tierra no será condenado cuando sean juzgadas las potestades de la tierra. *Y da* —dice— *virtud a nuestros reyes,* es decir, para no condenarlos en el juicio. Les da virtud para gobernar la carne como reyes y vencer el mundo en Aquel que derramó por ellos su sangre. *Y ensalzará el poder de su Cristo.* ¿Cómo ensalzará Cristo el poder de su Cristo? Arriba, al decir: *El Señor subió a los cielos,* se ha entendido el Señor Cristo, y de ese mismo se dice aquí que *ensalzará el poder de su Cristo.* ¿Quién es, pues, el Cristo de su Cristo? ¿O es que ensalzará el poder de cada uno de sus fieles, según la expresión de esta misma mujer al principio de su himno: *Mi Dios ha ensalzado mi poder?* En realidad, podemos muy bien llamar cristos a todos los ungidos con su crisma, porque el Cristo único lo forma el cuerpo y su cabeza. A esto se reduce la profecía de Ana, madre del ilustre y santo Samuel. En él fue figurado entonces el cambio del antiguo sacerdocio, que ahora vemos cumplido, y fue entonces cuando la que tuvo muchos hijos quedó sin vigor, a fin de que la estéril, trocada en madre de siete, tuviera un nuevo sacerdocio en Cristo.

## Capítulo V

## **Desaparición del sacerdocio de Aarón, predicho al sacerdote Helí**

I. El hombre de Dios, cuyo nombre se silencia, pero que por su oficio y ministerio se presenta como profeta, enviado al sacerdote Helí, expresa eso mismo con más claridad[264]. He aquí el texto: *Un hombre de Dios se llegó a Helí y le dijo: Esto dice el Señor: Yo me he manifestado a la familia de tu padre cuando estaban en Egipto sometidos al yugo de Faraón. Y escogí la familia de tu padre entre todos los cetros de Israel para que se haga cargo de mi sacerdocio, para que ellos subiesen a mi altar y me quemasen incienso y anduviesen vestidos del efod. Yo di a comer a la casa de tu padre parte de los sacrificios que los hijos de Israel hacen con fuego. ¿Por qué, pues, has mirado con ojo desvergonzado mi incienso y mi sacrificio y has glorificado a tus hijos más que a mí por bendecir las primicias de todo sacrificio ofrecido en Israel en mi acatamiento? Por eso dice el Señor Dios de Israel: He decidido que tu casa y la casa de tu padre pasaran eternamente en mi presencia. Y ahora dice el Señor: Eso sí que no.*

[264] *Hunc virum Dei Iudaei Phinees esse dicunt, quem et Heliam autumnant*, dice San Jerónimo en sus *Tradiciones hebraicas (In librum l Regum).*

*Glorificaré a los que me glorifiquen, y el que me desprecie será despreciado. He aquí que llega el tiempo en que exterminaré tu descendencia de la casa de tu padre y jamás tendrá ya sacerdote en mi casa. Yo apartaré a todos de mi altar a fin de que desfallezcan sus ojos y decaiga su alma. Cuantos restaren de tu casa morirán a cuchillo, y la señal de esto será lo que ha de suceder a tus dos hijos, Ofní y Finees, pues morirán los dos en un mismo día. Yo me buscaré un sacerdote fiel que haga cuanto mi corazón y mi alma desean, y le construiré una casa sólida y duradera, y pasará siempre en presencia de mi Cristo. Y todo el que sobreviviere de tu casa vendrá a adorarle con un óbolo de plata, diciendo: Acomódame en alguna parte de tu sacerdocio para comer el pan.*

*2.* Está de más decir que esta profecía —prenuncio tan claro de la mutación del antiguo sacerdocio— se cumplió a la letra en Samuel. Si bien es verdad que Samuel no fue de tribu distinta de la destinada por Dios para servir al altar, sin embargo, no era de los hijos de Aarón[265], cuya posteridad había sido designada para perpetuar el sacerdocio. Como consecuencia, este suceso fue figura, si bien sombría, del cambio que luego había de operarse por medio de Jesucristo. La profecía, en sentido propio, pertenecía al Antiguo Testamento, y en sentido figurado, al Nuevo. Y hablo en cuanto al hecho, no en cuanto a las palabras; es decir, que el hecho significaba lo que el profeta expresó al sacerdote Helí en palabras. Después hubo sacerdotes de la familia de Aarón, como Sadoc y Abiatai, en el reinado de David, y otros más tarde, pero mucho antes de la época en que debía cumplirse en Cristo la predicción hecha sobre el cambio del sacerdocio. ¿Quién, observando esto con mirada de la fe, no ve que ya está cumplida? En efecto, actualmente no queda a los judíos ni tabernáculo, ni templo, ni altar, ni sacrificio, ni, por consiguiente, algunos de esos sacerdotes que, según la ley de Dios, debían ser de la familia de Aarón. A esto alude el profeta en esta profecía al decir: *Esto dice el Señor Dios de Israel: He decidido que tu casa y la casa de tu padre pasaran eternamente en mi presencia. Y ahora dice el Señor: Eso sí que no. Glorificaré a los que me glorifiquen y el que me desprecie será despreciado.* Aquí llama casa de su padre. Conste que no habla de su padre próximo, sino de Aarón, que fue el

---

265 En las *Retractationes* (II 43,2) apostilla así este punto: *In septimo-decimo libro, quod dictum est de Samuele:* Non erat de filiis Aaron, *dicendum potius fuit: Non erat filias sacerdotis. Filias quippe sacerdotum defunctis sacerdotibus succedere magis legitimi morís fuit: nam in filiis Aaron reperitur pater Samuelis; sed sacerdos non fuit nec ita in filiis ut eum ipse genuerit Aaron, sed sicut omnes illius populi dicuntur filii Israel.*

primer sacerdote instituido, del que descienden todos los demás, cosa que dejan entrever las expresiones anteriores, que suenan: *Me he manifestado a la familia de tu padre cuando estaban en tierra de Egipto os sometía al yugo de faraón. Y escogí la familia de tu padre entre todos los cetros de Israel para que se haga cargo de mi sacerdocio.* ¿Quién de sus padres estuvo bajo el yugo de los egipcios y, una vez libertados, fue elegido para el sacerdocio sino Aarón? Luego en este pasaje se dice que de su estirpe no habrá en adelante más sacerdotes. Y esto ya lo vemos cumplido. ¡En vela la fe! Los hechos están a la vista, se ven, se palpan y se entran por los ojos de quienes no quieren ver. *He aquí que llega el tiempo* —dice— *en que exterminaré tu descendencia y la descendencia de la casa de tu padre*, *y jamás tendrás ya sacerdote en mi casa.* Y *apartaré a todos de mi altar a fin de que desfallezcan sus ojos y decaiga su alma.* He aquí que ya llegó el tiempo anunciado. No hay sacerdotes según el orden de Aarón, y cuantos restan de su estirpe, al considerar que el sacrificio de los cristianos brilla en todo el mundo y que al suyo le ha sido substraído ese gran honor, les desfallecen los ojos y su alma decae presa de tristeza[266].

3. Sin embargo, lo siguiente se refiere, en sentido propio, a la casa de Helí, a quien se dirigía: *Cuantos restaren de tu casa morirán a cuchillo, y la señal de esto será lo que ha de suceder a tus dos hijos, Ofní y Finees, es decir, morirán los dos en un mismo día.* La misma señal que marcó el sacerdocio arrebatado a la casa de éste, ésa marcó que debía cambiarse el sacerdocio de la casa de Aarón. La muerte de los hijos de Helí significó no la muerte de los hombres, sino la del sacerdocio en la descendencia de Aarón. Lo que sigue dice ya relación a aquel sacerdote del que es figura Samuel, sucesor de Helí. Se habla, por consiguiente, de Jesucristo, verdadero sacerdote del Nuevo Testamento: *Yo me buscaré un sacerdote fiel que obre según mis deseos y mis pensamientos, y le construiré una casa sólida y duradera.* Esta casa es la Jerusalén soberana y eterna. *Y pasará siempre* —dice— *en casa de mi Cristo. Pasará,* es decir, estará ante él, como había dicho antes de la casa de Aarón: *He decidido que tu casa y la casa de tu padre pasaran siempre en mi presencia. Pasará en presencia de mi Cristo* se refiere, indudablemente, a la casa, no a Cristo sacerdote, Mediador y

---

[266] Un cántico al nuevo sacerdocio. Parece como solazarse en la gran dignidad que se concedió en el Nuevo Testamento. Se acabaron las figuras, todo es luz. El hombre ha sido encumbrado a la categoría de los dioses; es tan poderoso, que a su palabra desciende Cristo al altar, y allí permanece en espera de adoradores. El mundo es ya de Cristo por obra de sus ministros, y en todas partes, parece decir Agustín, se ofrece ya el sacrificio de los cristianos.

Salvador. Luego su casa pasará en presencia de El. Puede también entenderse que pasará de la muerte a la vida durante todo el tiempo de nuestra mortalidad hasta el fin de los siglos. Y cuando Dios dice: *Que haga cuanto mi corazón y mi alma desea*, no pensemos que tiene alma, siendo El el Creador del alma. Estas expresiones se aplican a Dios metafóricamente, no en sentido propio, como se dice de El que tiene manos y pies y otros miembros del cuerpo. Además, a fin de que no se imagine alguien que el hombre fue hecho a imagen de Dios según el cuerpo, se atribuyen también a Dios alas, miembros de que el hombre carece. Y así se dice a Dios: *Ampárame bajo la sombra de tus alas*, para que entiendan los hombres que eso se dice de su naturaleza inefable no propia, sino metafóricamente.

4. Estas palabras: *Y todo el que sobreviviere de tu casa vendrá a adorarle*, no se refieren propiamente a la casa de Helí, sino a la de Aarón, de la cual han sobrevivido hombres hasta la venida de Jesucristo, y de su linaje aún hay algunos. Porque de la casa de Helí ya se había dicho antes: *Y cuantos restaren de tu casa morirán a cuchillo.* ¿Cómo es posible que sea verdadero que todo *el que sobreviviere de tu casa vendrá a adorarle*, si es verdad que no escapará nadie al cuchillo vengador? Quizá quiso dar a entender con ello todos los pertenecientes a la estirpe sacerdotal según el orden de Aarón. Si, pues, forma parte de los predestinados que restan, de los cuales dijo otro profeta: *Los que sobrevivan se salvarán*, a lo cual añade: *De la misma suerte, pues, se han salvado en este tiempo los sobrevivientes acogidos por la elección de la gracia*, ya que de tales supervivientes se entenderían perfectamente estas palabras: *Todo el que sobreviviere de tu casa*, indudablemente creerá en Cristo. Así, en tiempos de los apóstoles creyeron muchos de esa nación, y aun ahora no faltan quienes, aunque son muy raros, creen, cumpliéndose en ellos lo que añadió de seguida este hombre de Dios: *Vendrá a adorarle con un óbolo de plata.* ¿A quién vendrá a adorar sino al sumo Sacerdote, que es también Dios? En el sacerdocio según el orden de Aarón, los hombres no iban al templo o al altar de Dios a adorar al sacerdote. ¿Qué significa *con un óbolo de plata* sino la palabra abreviada de la fe, a la cual aplica el Apóstol esto: *El Señor hará una palabra breve y reducida sobre la tierra?* El salmo que canta: *Palabras puras y sinceras son las palabras del Señor; son plata ensayada al fuego,* prueba que plata en este lugar equivale a palabra.

5. ¿Qué dice este que viene a adorar al sacerdote de Dios y al sacerdote-Dios? *Acomódame en alguna parte de tu sacerdocio para comer el pan.* No quiero gozar del honor de mis padres, que ya no existe; acomódame en una parte de tu sacerdocio. *He escogido ser el ínfimo de la casa de Dios,* es decir, deseo ser un miembro cualquiera de tu sacerdocio. Lla-

ma aquí sacerdocio al pueblo, cuyo sacerdote es el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo. A este pueblo dice el apóstol San Pedro: *Pueblo santo, sacerdocio real.* Verdad es que algunos han traducido *de tu sacrificio,* no *de tu sacerdocio;* pero esto significa igualmente el pueblo cristiano. Por eso dice el apóstol San Pablo: *Siendo muchos, venimos a ser un solo pan, un solo cuerpo.* Estas palabras *para comer el pan* expresan elegantemente ese género de sacrificio del que dice su Sacerdote: *Y el pan que yo daré para la vida del mundo es mi propia carne.* Y este sacrificio no es según el orden de Aarón, sino según el orden de Melquísedec. Entiéndalo bien el lector[267]. Esta confesión breve y saludablemente humilde: *Acomódame en una parte de tu sacerdocio para comer el pan,* es el óbolo de plata, porque la palabra del Señor, que mora en el creyente, es breve. Arriba había dicho que dio a la casa de Aarón por comida las víctimas del Antiguo Testamento, expresándose así: *Y di a la casa de tu padre en comida parte de todos los sacrificios de los hijos de Israel que se hacen con fuego;* éstos eran precisamente los sacrificios de los judíos. Y ahora dijo: *Para comer el pan,* que es el sacrificio de los cristianos en el Nuevo Testamento.

## CAPÍTULO VI

## El sacerdocio judío y su reino

1. Aunque estas cosas fueron predicadas entonces con gran profundidad y ahora despiden luz clara, sin embargo, alguien puede objetar con visos de probabilidad: ¿Quién nos garantiza que todas las predicciones de esos libros se han de cumplir, si este oráculo divino: *Tu casa y la casa de tu padre pasarán eternamente en mi presencia, no ha podido cumplirse?* Porque vemos que ese sacerdocio ha sido cambiado, y que no puede esperarse que se cumpla algún día la promesa hecha a esa casa, puesto que ése ha sido abolido y cambiado y la eternidad se predica más bien del que le sucede. Quien así habla no comprende o no recuerda que el sacerdocio, aun el que es según el orden de Aarón, fue constituido como sombra del sacerdocio venidero, eterno. Y, por tanto, cuando se prometió la eternidad,

[267] La referencia es manifiesta al sacramento de la Eucaristía. Con todo, no quiere ser más explícito. ¿Hemos de decir por eso que aún se conservaba algún residuo de la ley del arcano? Es posible, pero de hecho se acostumbraba ya a hablar más claro, y el mismo San Agustín lo hace donde el tema le da lugar a ello.

se prometió no a la sombra y a la figura, sino a lo figurado y adumbrado. Y porque no se imaginara que la misma sombra permanece, fue preciso profetizar también su cambio.

2. En este sentido, el reino de Saúl, que fue reprobado y rechazado, era también sombra del reino futuro, que tendría una duración eterna. El óleo con que fue ungido —de este crisma derivó Cristo— debe tomarse místicamente y considerar en él un gran misterio. Así, el mismo David le respetó tanto en él, que le saltaba el corazón de miedo cuando, escondido en una cueva obscura, donde había entrado también Saúl forzado por una necesidad natural, le cortó ocultamente una partecita de su túnica, para hacerle ver, mostrándosela, que le había perdonado, pudiendo haberle dado muerte. Y con ello ahuyentara de su espíritu la sospecha que le llevaba a ver en el santo David un enemigo suyo y a perseguirle con violencia. Este temía ser culpable de la profanación de tan gran misterio simplemente por haber tocado su túnica. Así está escrito: *A David le remordió la conciencia por haber tocado la orla del manto de Saúl.* Sus compañeros le persuadían a que diera muerte a Saúl, entregado como estaba en sus manos. *No permita Dios* —repuso— *que ponga en práctica tal consejo levantando mi mano contra y sobre él, porque es el ungido del Señor.* Y respetaba tan honradamente esa figura del futuro, no tanto por sí misma cuanto por lo figurado por ella. Samuel dice a Saúl: *Porque no has cumplido mi mandamiento, que te intimó el Señor, el reino de Israel que Dios te había preparado para siempre ya no subsistirá, no será estable. El Señor buscará un hombre según su corazón y le llamará a ser caudillo de su pueblo, por cuanto tú no guardaste lo mandado por El.* No debe entenderse esto como si Dios hubiera dispuesto que Saúl reinara eternamente y no quisiera luego guardar su promesa, pues no ignoraba que había de pecar. Había aparejado su reino, eso sí, mas para que fuera figura del reino eterno. Por eso añadió: *Y ahora tu reino no subsistirá para ti.* Subsistió y subsistirá lo figurado por él, pero no subsistirá para él, porque no reinará ni él ni su descendencia eternamente, a fin de que, al menos en la sucesión de sus descendientes, pareciera cumplirse la promesa de eternidad. *El Señor buscará un hombre,* dice. Lo cual apunta bien a David, bien al Mediador del Nuevo Testamento, figurado en el crisma con que fue ungido David y su linaje. El Señor no busca un hombre, como si desconociera dónde está, sino que habla por medio de un hombre, a usanza humana, y nos busca también con ese modo de hablar. Y éramos tan conocidos no sólo para Dios Padre, sino también para su Unigénito, que vino a buscar lo que había perecido, que nos había elegido en él antes de la creación del mundo. *Se buscará* (quaeret) significa *tendrá por suyo.* De aquí que en latín esta palabra admita preposición y

se diga *acquirit,* (adquiere), que pone en claro qué significa, aunque *buscar* (quaerere) sin preposición significa *adquirir* (acquirere). Por eso los lucros se llaman también *ganancias* (quaestus).

## CAPÍTULO VII

## **Desgajamiento del reino de Israel**

1. Saúl pecó de nuevo por desobediencia, y Samuel tornó a dirigirle la palabra en nombre del Señor: *Porque despreciaste la palabra del Señor, el Señor le ha desechado para que no seas rey de Israel.* Saúl confiesa otra vez su pecado, pide perdón y ruega a Samuel que vuelva a aplacar a Dios. Y él le dice: *No volveré contigo, porque has despreciado la palabra del Señor, y el Señor te desecha para que no seas rey de Israel. Samuel volvió su rostro para marchar, y Saúl le asió de la orla de su capa y la rasgó. Samuel entonces le replicó: El Señor ha destituido hoy a Israel del reino quitándole de tu mano, y lo dará a otro próximo mejor que tú. Israel quedará dividido en dos partes. Y no se volverá atrás ni se arrepentirá, porque no es como el hombre, susceptible de arrepentimiento. El hombre amenaza y no persevera.* Este a quien dice: *El Señor te desecha para que no seas rey de Israel* y *el Señor ha destituido hoy a Israel del reino quitándolo de tu mano,* reinó sobre Israel cuarenta años[268]. Es decir, reinó tanto tiempo como David, y oyó esto en la primera época de su reinado. Con ello se nos da a entender que no había de reinar ya ninguno de su estirpe y que fijemos nuestra vista en la estirpe de David, de la cual nació, según la carne, el Mediador entre Dios y los hombres, Cristo hombre.

2. En la Escritura no se lee, como en muchos códices latinos: El *Señor ha desgajado de tu mano el reino de Israel,* sino como hemos traduci-

[268] Así enseña también en el libro XVIII, capítulo 20, y así leemos en los Hechos de los Apóstoles (13,21). En los libros de los Reyes no se dan los años del reinado de Saúl, como los de los demás reyes. Josefo en el libro VI de sus *Antiquitatum* dice: *Regnavit Saul vivente Samuele annis duodecim, mortuo eo viginti duo.* Serían, por tanto, treinta y cuatro. La opinión más común es la sostenida por Eusebio y Sulpicio Severo, que afirman que los años de Samuel están comprendidos bajo aquellos cuarenta años en que reinó Saúl, porque de la cronología sagrada se concluyen solamente cuarenta años desde la muerte del sumo sacerdote Helí. Sin embargo, la base cronológica aún sigue desconocida. Y seguimos en la creencia de que esos años son generaciones de cuarenta años cada una.

do, acomodándonos a los códices griegos: *El Señor ha destituido a Israel del reino quitándolo de tu mano,* dando a entender con ello que *de tu mano* es lo mismo que *a Israel.* Este hombre personificaba figuradamente al pueblo de Israel, destinado a perder el reino, habiendo de reinar Nuestro Señor Jesucristo no carnal, sino espiritualmente, por el Nuevo Testamento. Cuando se dice: *Y lo dará a otro próximo,* alude a un parentesco carnal, pues que Cristo nació de Israel según la carne, igual que Saúl. Esta adicción, *bueno sobre ti,* puede entenderse *mejor que tú.* Algunos así lo han interpretado. Pero es más aceptable este sentido de *bueno sobre ti;* El está sobre ti, porque él es bueno, según aquel dicho profético: *Mientras yo pongo a tus enemigos bajo tus pies.* Entre estos enemigos está Israel, y a este su perseguidor le arrebató el reino Cristo. Y el Israel en que no había engaño había sido allí como trigo entre paja. De El procedían los apóstoles, de él los santos mártires, el primero de los cuales fue San Esteban; de él brotaron esa serie de iglesias mencionadas por el apóstol San Pablo, que engrandeció a Dios en su conversión.

3. Sobre estas palabras: *Israel quedará dividido en dos partes*, no me quedan dudas. Deben entenderse diciendo que una parte es el Israel enemigo de Cristo, y otra, el Israel simpatizante con Cristo; una, el Israel de la esclava, y otra, el Israel de la libre. Estas dos clases estaban en un principio juntas, como Abrahán unido aún a la esclava, hasta que la estéril, fecundada por la gracia de Cristo, exclamó: *Arroja a la esclava y a su hijo.* Sabemos que Israel se dividió en dos bandos, a causa del pecado de Salomón, durante el reinado de Roboán, y que se mantuvo así, cada partido con sus reyes, hasta que toda la nación fue subyugada por los caldeos y llevada a cautividad. Pero ¿qué tiene que ver esto con Saúl? Si hubiera de hacerse tal amenaza, ¿no debería hacerse más bien a David, de quien era hijo Salomón? Además, ahora la nación hebrea no se dividió entre sí, sino que fue dispersada indiferentemente por el mundo en comunión del mismo error. Sin embargo, la división que Dios conminó en la persona de Saúl, representante del reino y del pueblo, a ese mismo pueblo y reino se dio como eterna e inmutable en las palabras siguientes: *Y no se volverá atrás ni se arrepentirá, porque no es como el hombre, susceptible de arrepentimiento. El hombre amenaza y no persevera;* que, es decir: el hombre amenaza y no es constante; en cambio, Dios no, porque no se arrepiente como el hombre. Cuando dice que se arrepiente, se da a entender la mutación de las cosas, siguiendo inmutable la presciencia divina. Y decir que no se arrepiente es decir que no cambia.

4. Por estas palabras vemos que Dios pronunció una sentencia irrevocable y perpetua sobre la división del pueblo de Israel. Cuantos han pasa-

do, pasan o pasarán de ese pueblo a Cristo, según la presciencia de Dios, no proceden de él, pero sí según la naturaleza única del género humano. Además, cuantos israelitas se adhieran a Cristo y permanezcan en él no estarán nunca con los israelitas, que seguirán siendo enemigos suyos hasta el fin del mundo. La división aquí predicada subsistirá siempre. El Antiguo Testamento, dado sobre el monte Sinaí, que engendra esclavos, tiene sólo un valor, el dar testimonio del Nuevo. Mientras uno lee a Moisés, se echa un velo sobre su corazón, y al pasar a Cristo se descorre el velo.

En efecto, los que dan ese paso del Antiguo al Nuevo Testamento cambian su intención y no aspiran ya a la felicidad carnal, sino a la espiritual. Por esta razón, el gran profeta Samuel, antes de haber ungido por rey a Saúl, rogó al Señor por Israel y fue escuchado. Y, estando ofreciendo holocaustos, al acercarse los extranjeros a luchar contra el pueblo de Dios, tronó sobre ellos el Señor, los confundió, y hocicaron ante Israel y fueron vencidos. Entonces tomó una piedra, la colocó entre Masefat, la nueva y la antigua, y le llamó Abennézer, que significa en castellano *Piedra del ayudador*. Y dijo: *Hasta aquí nos ha ayudado el Señor*. Masefat significa, en efecto, intención. La piedra del ayudador es la mediación del Salvador, gracias al cual se ha de pasar de la Masefat vieja a la nueva, es decir, de la intención con que se esperaba la falsa felicidad carnal en el reino carnal, a la intención con que se espera la verdadera felicidad espiritual en el reino de los cielos por medio del Nuevo Testamento. Y como no hay nada superior a ella, hasta ella nos brinda su ayuda el Señor.

## CAPÍTULO VIII

## **Promesas hechas a David cumplidas no en Salomón, sino plenísimamente en Cristo**

1. Vamos, pues, a poner en claro qué prometió Dios, por lo que hace al punto en cuestión, a David, sucesor de Saúl, *cambio* que fue figura del *cambio* supremo, al que dicen relación todas las cosas dichas por Dios y consignadas en esos libros. La fortuna sonrió al rey David, y entonces pensó en edificar una casa a Dios, el tan afamado templo construido más tarde por su hijo Salomón. Pensando él estas cosas, el Señor dirigió sus palabras al profeta Natán, diciéndole que se presentara al rey. Y, después de haber dicho Dios que no le edificaría David la casa y que había pasado tanto tiempo sin haber mandado a nadie de su pueblo que le hiciera una casa de

cedro, añadió: *Ahora tú dirás a mi siervo David: Esto dice el Señor todopoderoso: Yo te saqué de entre los rebaños para que fueses el caudillo de mi pueblo, Israel. Yo he estado contigo en todos tus pasos, y he exterminado delante de ti a todos tus enemigos, y he hecho tu nombre tan célebre como el de los grandes de la tierra. Buscaré un lugar estable a mi pueblo Israel, le estableceré en él, y en él habitará separado, sin ser inquietado más. El hijo de la iniquidad no volverá a humillarlo, como lo venía haciendo desde que constituí jueces sobre mi pueblo Israel. Yo haré que estés en. paz con todos tus enemigos y el Señor te anunciará que le edifiques una casa. Cuando hayas terminado tus días, irás a descansar con tus padres, y yo levantaré después de ti tu descendencia, que nacerá de ti, y le aparejaré el reino. Este edificará un templo en mi nombre y dirigiré su trono eternamente. Yo seré su pariré, y él será mi hijo. Si su iniquidad llegara a ser real, le corregiré con vara de hombres y con toques de hijos de hombres. Mas no apartaré de él mi misericordia, como la aparté de aquellos que arrojé de mi presencia. Su casa será estable, y su reino permanecerá eternamente delante de mí, y su trono estará eternamente en alto.*

*2.* Quien piense que tal promesa se cumplió en Salomón, está en un grande error. Repara sólo en que: *Este edificará mi casa* y en que fue justamente Salomón quien construyó aquel soberbio templo, y no en que: *Su casa será estable, y su reino permanecerá eternamente delante de mí.* Atienda, pues, y contemple el palacio de Salomón, lleno de mujeres extranjeras, que dan culto a dioses falsos, y al mismo rey sabio seducido y precipitado por ellas a veces en la idolatría, y no ose pensar que la promesa de Dios fue mendaz o que no pudo presaber qué había de ser Salomón y su casa. Sin embargo, aunque no viéramos cumplidas esas palabras en Nuestro Señor Jesucristo, que nació del linaje de David según la carne, no debiéramos dudar de ello, so pena de que busquemos, vana e inanemente, otro mesías, como los judíos carnales. Es tan verdad que ellos por el hijo que se promete en este pasaje al rey David no entienden a Salomón, que, revelado ya con tanta claridad el prometido, aún dicen con admirable ceguera que esperan otro. En realidad, también en Salomón se dio una imagen del futuro, en cuanto que edificó el templo y tuvo paz, como indica su nombre (Salomón es igual a Pacífico), y en el principio de su reinado fue digno de loa. Su persona prefiguraba, como sombra del futuro, a Nuestro Señor Jesucristo, pero no lo exhibía. De aquí que la santa Escritura dice algunas cosas de él como si de él estuvieran predichas, cuando en realidad lo que está haciendo es una profecía y delineándole en cierta manera como figura del futuro. Además de los libros históricos en los que se narra su reinado, hay un salmo, el 71, que va encabezado con su nombre. En él se

dicen muchas cosas que son incompatibles con su persona y, en cambio, convienen tan aptísimamente a Cristo, que aparece con evidencia que en aquél se dibujó una cierta figura y en éste se presentó la verdad misma. Los límites del reino de Salomón —por citar algún caso— son conocidos, y, sin embargo, en el salmo se lee: *Dominará de un mar a otro y desde el río hasta el extremo de la tierra.* Esto lo vemos cumplido en Cristo. Su imperio comenzó desde el río, donde fue bautizado por San Juan y comenzó a ser conocido, haciendo él acto de presencia por los discípulos, que no le llamaban solamente Maestro, sino también Señor[269].

3. Salomón comenzó a reinar en vida aún de su padre David —cosa nunca vista entre aquellos reyes— con el fin exclusivo de que quedara en claro que la profecía que se dirigía a su padre no apuntaba a él. La profecía era ésta: *Y cuando hayas terminado tus días, irás a descansar con tus padres, y yo levantaré después de ti un descendiente que nacerá de ti, y aparejaré su reino.* ¿Por qué, pues, en lo que sigue: *Este edificará mi casa,* va a estar profetizado Salomón, y en lo que precede: *Cuando hayas terminado tus días, irás a descansar con tus padres, y yo levantaré después de ti un descendiente,* no va a entenderse prometido otro pacífico, del que se anunció que surgiría no antes, como éste, sino después de la muerte de David? Por largo que sea el tiempo transcurrido hasta la venida de Jesucristo, siempre es cierto que después de la muerte del rey David, a quien se hizo esa promesa, había de venir el que edificara a Dios una casa, no de maderas y de piedras, sino de hombres, de cuya edificación gozamos[270]. A esta casa, es decir, a los fieles de Cristo, se dirige el Apóstol en estos términos: *El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros.*

---

[269] En el capítulo 8, número 22, del libro *De unitate Ecclesiae* explica Agustín este mismo salmo. Y lo aplica también a Cristo. «El título del salmo 71 —dice él— es *A Salomón.* Mas como lo que en él se dice no puede hallarse en aquel rey temporal, caído más tarde en graves desórdenes, se concluye con evidencia plena, en contra de los mismos judíos, que todo ello fue anunciado de Cristo. Y no hay cristiano que niegue esto; pues son tales las cosas que se dicen, que no cabe dudar ser propias de Cristo. También se encuentran allí pasajes que atestiguan la difusión de la Iglesia por todo el orbe después del sometimiento de todos los reyes a Cristo». Y luego comenta la cláusula que viene exponiendo en este capítulo.

[270] Esta es una de las ideas más fundamentales del cristianismo. La ideología es plenamente paulina en su concepción y en su realización. La imagen de la Ciudad encaja perfectamente en este círculo. La ciudad de Dios es una construcción, y sus fieles se van edificando mutuamente con sus buenas obras.

## CAPÍTULO IX

## Semejanza entre la profecía del salmo 88 y la del profeta Natán

Por este motivo, en el salmo 88, que lleva por título *Instrucción a Etán Israelita*, se hace mención de las promesas hechas por Dios al rey David y se dicen cosas semejantes a las citadas del libro de los Reinos. Así, por ejemplo: *He jurado a David, mi siervo, que haré florecer eternamente su descendencia.* Y también: *Entonces hablaste en visión a tus hijos, y dijiste: Tengo preparada mi asistencia en un hombre poderoso y he ensalzado a aquel que escogí de entre mi pueblo. Hablé a David, mi siervo, y le ungí con un óleo sagrado. Mi mano le protegerá, y le fortalecerá mi brazo. El enemigo no tendrá ya poder sobre él, y no podrá ofenderle más el hijo de la iniquidad. Y exterminaré de su presencia a sus enemigos y pondré en fuga a los que le aborrecen. Le acompañarán mi verdad y mi misericordia y en mi nombre será exaltado su poder. Y extenderá su mano sobre el mar, y su diestra sobre los ríos. El me invocará diciendo: Tú eres mi padre, y mi Dios, y el autor de mi salud. Y yo le constituiré mi primogénito y el más excelso entre los reyes de la tierra. Le conservaré siempre mi favor, y mi alianza con él será estable. Haré que subsista su descendencia por los siglos de los siglos y su trono mientras duren los cielos.* Todo esto dicho bajo el nombre de David, cuando se entiende rectamente, se entiende de Jesucristo, por la forma de esclavo que como Mediador tomó de la descendencia de David en el seno de una virgen. Unas líneas después se habla de los pecados de sus hijos de un modo similar al libro de los Reinos, y que nos inclina más a tomarlo como dicho de Salomón. Allí, en el libro de los Reinos, se dice: *Si su iniquidad llegara a ser real le corregiré con vara de hombre y con toques de hijos de hombres. Mas no apartaré de él mi misericordia.* Estos toques son, sin duda, las marcas del correctivo, de donde nació aquello: *No toquéis a mis ungidos.* ¿Qué significa esto sino: No les lastiméis? En el mismo salmo, tratando aparentemente de David, se dice algo por el estilo: *Si sus hijos abandonaren mi ley y no procedieren conforme a mis deseos; si violaren mis justas disposiciones, yo castigaré con la vara sus maldades, y con el azote sus pecados. Mas no retiraré de él mi misericordia.* Nótese que no dijo «de ellos», hablando como hablaba de sus hijos, sino *de él*, que bien entendido significa lo mismo. Ahora bien: en Cristo, que es cabeza de la Iglesia, no es posible hallar pecado alguno que precise ser, guardada la misericordia, castigado por Dios con correctivos humanos, pero sí en sus miembros y en su cuerpo, que es

su pueblo. Así, en el libro de los Reinos se habla de *la maldad de él*, y en el salmo, de la *de sus hijos*, con el fin de darnos a entender que, en cierto modo, lo que se dice de su cuerpo, se dice también de El. Por esta razón dijo El mismo desde el cielo cuando Saulo perseguía a su cuerpo, es decir, a los fieles: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* El salmo añade: *No faltaré jamás a la verdad, ni violaré mi alianza, ni retractaré las promesas que han salido de mi boca. He jurado una vez por mi santo nombre que no faltaré a lo que he prometido a David*, es decir, que jamás mentiré a David. Es un modismo de la Escritura. ¿Sobre qué no mentirá? Añade y dice: *Su linaje durará eternamente y su trono resplandecerá para siempre en mi presencia como el sol, y como la luna llena, y como el iris, testimonio fiel en el cielo.*

## CAPÍTULO X

## Los hechos de la Jerusalén terrena desmintieron el cumplimiento en ella de las promesas hechas por Dios

Después de fundamentos tan sólidos de promesa tan trascendental, dice para que no se crean cumplidas en Salomón, como si se esperara y no resultara así: *Tú, Señor, lo has desechado y reducido a la nada*. Esto arribó en el reinado de Salomón y en su posteridad hasta la ruina de la Jerusalén terrena, que fue la corte de su reino, y sobre todo hasta la destrucción del templo, construido por Salomón[271]. Mas, a fin de que no imaginaran que esto iba contra las promesas de Dios, añadió en seguida: *Has diferido a tu Cristo*. Si, pues, fue diferido el Cristo del Señor, no es ni Salomón ni David. Todos los reyes consagrados con aquel místico crisma eran llamados cristos, no solamente desde David en adelante, sino ya desde Saúl, ungido primer rey del pueblo israelítico, a quien David mismo llamó cristo del Señor. Pero había un solo Cristo verdadero, del cual eran figura aquéllos

---

[271] Sobre la destrucción del reino escuchemos el relato de Flavio Josefo en el libro X, capítulo 11, de sus *Antiquitatum Iudaicarum: Atque hic fuit Davidici generis regum exitus, qui unus et viginti regnaverunt deinceps, idque temporis spatium quingentos et quindecim anuos continet, et menses insuper sex cum diebus septem, annumeratis viginti annis primi regis Saulis, qui juit tribus alterius; qui si substrahantur, a Davidi ad ultimum annum Sedechiae fluxerunt anni quadringenti nonaginla quatuor et menses sex*. En general, los autores se dividen, y sólo concuerda con Josefo Zonaras.

con su unción profética. Este Cristo, según el sentir de los hombres, que pensaban que debía ser David o Salomón, se difería para largo; mas, según la providencia de Dios, se iba preparando el tiempo de su venida. En el entretanto, mientras El llegaba, ¿qué se hizo del reino de la Jerusalén terrena, donde se esperaba que había de reinar? El salmo añade a renglón seguido y dice: *Has anulado la alianza con tu siervo, has echado por tierra su santidad. Has destruido todas sus cercas, y sus fortalezas las has convertido en espanto. Le saquearon cuantos pasan por el camino; está hecho el escarnio de sus vecinos. Has exaltado el poder de sus enemigos, y a sus adversarios los has colmado de contento. Tienes embolados los filos de su espada y has hecho pedazos su solio. Acortaste los días de su reinado y le cubriste de ignominia.* Todo este cúmulo de desgracias cayeron sobre la Jerusalén esclava, en la que reinaron también algunos hijos de la libre. Estos sostenían temporalmente ese cetro en su mano y asían con verdadera fe el cetro de la Jerusalén celestial, de la que son hijos, y esperaban en el verdadero Cristo. Basta leer la historia para darse cuesta del desarrollo de esos sucesos en aquel reino.

## CAPÍTULO XI

## La substancia radical del pueblo de Dios

Tras esas profecías, el profeta hace oración a Dios; pero aun en la oración hay profecía: *¿Hasta cuándo, Señor, apartas hasta el fin?* Se sobrentiende *tu rostro,* como se dice en otro salmo: *¿Hasta cuándo apartarás de mí tu rostro?* Algunos códices no tienen *apartas,* sino *apartarás,* bien que puede entenderse: Apartas tu misericordia, que prometiste a David. La expresión *in finem,* ¿qué significa más que hasta el fin? Y en el fin están expresados los últimos tiempos, cuando esa nación ha de creer en Jesucristo. Pero antes de eso era preciso que tuvieran realización las calamidades que más arriba lamentó el profeta. Por causa de ellas añade: *Arderá como fuego tu indignación. Acuérdate cuál es mi substancia.* Si el Hijo del hombre no fuera la substancia de Israel, gracias al cual se vieran libres muchos hijos de hombres, en realidad sería vana la creación de los hijos de tos hombres. Sin embargo, ahora toda la naturaleza humana ha caído por el pecado del primer hombre, y ha caído de la verdad a la vanidad. A esto alude otro salmo precisamente: *El hombre se ha asemejado a la vanidad; sus días pasan como la sombra.* Mas Dios no ha creado en vano a todos

los hijos de los hombres, porque libra a muchos de la vanidad por el Mediador Jesús. Y a quienes presupo que no había de librar, los creó para utilidad de los que había de librar y para parangonar entre sí por oposición a las dos ciudades; no en vano, sino con esa ordenación bellísima y justísima de toda criatura racional[272]. Luego añade: *¿Qué hombre hay que haya de vivir sin ver jamás la muerte? ¿Librará acaso su alma del poder del infierno?* ¿Quién es éste sino la substancia de Israel, procedente de la estirpe de David, Cristo Jesús? De El dice el Apóstol que, *resucitado de entre los muertos, no muere jamás, y que la muerte no tendrá ya dominio sobre él.* Vive y no verá la muerte, pero él ha muerto. Y ha librado su alma del poder del infierno, adonde había descendido para dar libertad a los cautivos. Y la libró en virtud de aquel poder predicado en el Evangelio de esta manera: *Tengo poder para entregar mi alma y para recobrarla.*

## CAPÍTULO XII

## ¿A quién se refiere la petición de promesas de ese salmo 88?

El salmo concluye así: *Señor, ¿dónde están tus antiguas misericordias, que prometiste con juramento a David, poniendo tu verdad por testigo? Ten presente, ¡oh Señor!, los oprobios que tus siervos han sufrido de varias naciones, oprobios que tengo sellados en mi pecho. Oprobios con que nos dan en rostro, Señor, tus enemigos, quienes nos echan en cara la mutación de tu Cristo.* Sobre estas promesas cabe muy bien preguntar si se refieren a los israelitas, que deseaban que la promesa hecha a David se cumpliera, o más bien a los cristianos, que son israelitas no según la carne, sino según el espíritu. Es cierto que están dichas o escritas durante el tiempo de Etán, cuyo nombre encabeza el salmo, y durante el reinado de David. Siendo ello así, el profeta, de no revestirse de la personalidad de cuantos mucho después habían de venir, para los cuales la época en que se hicieron las promesas a David fuese antigua, no dijera: *Señor, ¿dónde están*

[272] Dios ha marcado a cada ser su puesto en el cosmos. El orden es la primera maravilla de la creación. Todas las cosas están ordenadas por el Creador, y él es el único capaz de ordenarlas como deben. La voluntad humana, como criatura, también está ordenada. Ahora el problema difícil es saber el orden de la misma, cómo debe dirigirse en cada caso concreto para conservar el orden. Y es sabido que puede hacer bienes de los mismos males. La voluntad tiene también un fin bueno, y el orden lleva necesariamente a él.

*tus antiguas misericordias, que prometiste con juramento a David, poniendo tu verdad por testigo?* Sin embargo, puede entenderse que muchas naciones, cuando perseguían a los cristianos, les echaron en cara la pasión de Cristo, llamada por la Escritura mutación, porque muriendo se hizo inmortal. Según eso, puede también entenderse por mutación de Cristo la echada en rostro a los israelitas, pues, cuando esperaban que vendría para ellos, se dio también a los gentiles. Y esto, muchas naciones que creyeron en El por el Nuevo Testamento se lo echan en cara, pues que ellos siguieron en su vetustez. En este caso, las palabras: *Ten presente, Señor, los oprobios que tus siervos han sufrido,* se dicen porque, no olvidándose el Señor de ellos, sino más bien compadeciéndoles, ellos habían de creer después de su reproche. Pero me parece sentido más propio el primero. A los enemigos de Cristo, a quienes se echa en cara que les abandonó Cristo pasando a los gentiles, no es fácil ni viable aplicarles esta súplica: *Ten presente, Señor, los oprobios que tus siervos han sufrido*, ya que tales judíos no deben ser llamados siervos del Señor. Pero estas palabras se refieren a aquellos que, padeciendo por el nombre de Cristo las graves humillaciones de las persecuciones, pudieron recordar que el reino excelso había sido prometido a la descendencia de David. Y así dicen con su deseo, no desesperando, sino pidiendo, buscando, llamando: *Señor, ¿dónde están tus antiguas misericordias, que prometiste con juramento a David, poniendo tu verdad por testigo? Ten presente, Señor, los oprobios que tus siervos han sufrido de varias naciones, oprobios que tengo sellados en mi pecho,* que es decir, oprobios que soporté pacientemente en mis intimidades. *Oprobios con que nos dan en rostro, Señor, tus enemigos, quienes nos echan en cara la mutación de tu Cristo.* ¿Qué significa: *Ten presente, Señor,* sino: Ten piedad de mí, y por la humillación pacientemente tolerada, dame la gloria que prometiste con juramento a David, poniendo por testigo tu verdad? Si aplicamos estas palabras a los judíos, aquellos siervos de Dios conducidos a la cautividad después de destruida la Jerusalén terrena y antes de la venida de Cristo, han podido decir tales cosas, entendiendo por mutación de Cristo que no debía esperarse por él la felicidad terrena y carnal, cual apareció en los pocos años del rey Salomón, sino la celestial y espiritual. La infidelidad de los gentiles, desconociéndola, cuando exultaba e insultaba al pueblo de Dios cautivo, le echaba en cara la mutación de Cristo, pero como quien ignora a los que saben. Y la siguiente conclusión del salmo: *Bendición al Señor para siempre. ¡Así sea, así sea!,* cae muy bien al pueblo de Dios perteneciente a la Jerusalén celestial, bien en quienes estaban entre las sombras del Viejo Testamento, antes de revelarse el Nuevo; bien en estos que, una vez revelado el Nuevo Testamento, pertenecen plena y

claramente a Cristo. La bendición del Señor en la descendencia de David no debe creerse temporal, cual apareció en los días de Salomón, sino eterna. Montado sobre esta certísima esperanza, dice: *¡Así sea, así sea!* La repetición de esas palabras expresa la confirmación de la esperanza. David, consciente de esto, dice en el libro segundo de los Reinos, tema vivo de esta digresión: *Y has asegurado la casa de tu siervo para los siglos venideros.* Y poco después añade: *Empieza ya y bendice la casa de tu siervo para siempre,* etc. Entonces precisamente habría de engendrar al hijo de cuya estirpe nacería Cristo, por quien sería eterna su casa, y a la vez la casa de Dios. Es casa de David por razón de su linaje, y casa de Dios, por mor del templo de Dios; pero un templo hecho de hombres, no de piedras, en el que mora eternamente el pueblo con su Dios y en su Dios, y Dios con su pueblo y en su pueblo. Dios llenará a su pueblo y el pueblo será lleno de su Dios cuando Dios sea todo en todas las cosas. Dios, que es fuerza en el combate, será premio en la paz. Después de estas palabras de Natán: *Y te anunciará el Señor, que le edificarás una casa,* se añaden luego las palabras de David: *Porque tú, Señor omnipotente, Dios de Israel, revelaste al oído de tu siervo y le dijiste: Yo te edificaré una casa.* Esta casa la edificamos también nosotros viviendo bien, pero con la ayuda de Dios, porque, *si el Señor no edificare la casa, en vano se fatigan los que la fabrican*[273]. Y cuando se complete la dedicación de esta casa, entonces serán realidad las palabras de Dios por Natán: *Y colocaré en un lugar estable a mi pueblo de Israel, le estableceré en él, y en él vivirá separado, sin ser inquietado más. Y el hijo de la iniquidad no volverá a humillarle, como lo hacía desde el tiempo en que constituí jueces sobre mi pueblo de Israel.*

## CAPÍTULO XIII

## La paz prometida a David no es realmente la habida durante el reinado de Salomón

Es una locura esperar tamaño bien en este mundo terrenal. ¿Habrá quien piense que esa promesa se cumplió en la paz habida durante el

[273] La Ciudad de Dios la van edificando poco a poco los individuos. Las sociedades prosperan y se enriquecen a medida que crecen y se perfeccionan los individuos que las componen. En otros términos: Agustín define que la perfección social va fundada sobre la perfección individual, y es que él no concebía una sociedad aérea, hueca y vacía, puramente ideal, y estaba bien prevenido contra toda hipocresía.

reinado de Salomón? La Escritura da una importancia especial a esa paz, porque es figura de la venidera. Ella sale al paso con mucho tiento a esta sospecha cuando, después de haber dicho: *Y el hijo de la iniquidad no volverá a humillarle,* añadió: *Como lo hacía desde el tiempo en que constituí jueces sobre el pueblo de Israel.* El pueblo, antes de ser gobernado por los reyes, lo fue por los jueces desde que recibió la tierra de promisión. Y es verdad que lo humillaba el hijo de la iniquidad, es decir, el enemigo extranjero, mientras, según se lee, alternaron la paz y la guerra. Encontramos, además, épocas de paz más largas que las habidas con Salomón, que reinó cuarenta años. Bajo Aod, por ejemplo, hubo ochenta años de paz. Lejos, pues, de nosotros la idea de que esta promesa atañe a los días de Salomón, y mucho menos, claro está, a los de cualquiera otro rey. Ningún rey entre ellos ha tenido un reinado tan pacífico como él y nunca esa nación mantuvo su imperio sin temor al yugo enemigo. Y es que los vaivenes de la vida humana no conceden a pueblo alguno una seguridad tal, que le permita no temer las incursiones hostiles. En puridad, el lugar de una morada tan pacífica y segura aquí prometido es eterno, y se debe a los moradores eternos en la madre Jerusalén libre, donde reinará realmente el pueblo de Israel, porque Israel significa *el que ve a Dios.* La vida piadosa penetrada del deseo de tal premio debe llevar por guía la fe a través de este triste peregrinaje[274].

## CAPÍTULO XIV

## **Afán de David en la disposición de los Salmos y su misterio**

En el curso temporal de la Ciudad de Dios, David reinó primero en la Jerusalén terrena, figura de lo venidero. David era un hombre versado en la música, y amaba la armonía no con placer vulgar, sino con una intención elevada. Con ella servía a su Dios, que es el Dios verdadero, en figuración mística de una realidad grande. El concierto acorde y acompasado de diversos sonidos insinúa con concorde variedad la unidad compacta de una

[274] Si la felicidad eterna consiste en ver a Dios, la perfección temporal se reducirá a la visión de Dios, y será tanto más perfecto uno cuanto más idóneo sea para ver a Dios. A esa meta se ha de encaminar toda la vida en este peregrinaje hacia la eternidad. La fe es el primer principio de la catarsis que opera la purificación. Es un apoyo y una muleta necesaria para caminar esta jornada de acá.

ciudad bien ordenada[275]. Las profecías casi se hallan únicamente en los Salmos. El llamado libro de los Salmos contiene ciento cincuenta. Algunos creen que sólo compuso David los salmos que llevan su nombre. Hay además quienes piensan que son obra suya sólo los que llevan esta nota: *Del mismo David*, y que los intitulados *Al mismo David* fueron compuestos por otro y adaptados a él. Esta opinión cae por tierra ante la voz evangélica del Salvador, que dice que David dijo en espíritu que Cristo era su Señor. Este es el salmo 109. Y comienza así: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra mientras que yo pongo a tus enemigos por escabel de tus pies.* Y a la verdad que este salmo no lleva por título *Del mismo David*, sino *Al mismo David*, como la mayor parte de ellos. Yo creo más aceptable pensar que los ciento cincuenta salmos son obra suya, y que a algunos él mismo los tituló con nombres de otros, que figuraban algo que hacía al asunto en cuestión, y que los demás no quiso que llevaran en el título el membrete de nadie. Dios mismo inspiró también la disposición de esta variedad, obscura, es verdad, pero profunda[276]. No es objeción contra esto el que algunos salmos vayan iniciados con nombres de profetas muy posteriores al rey David y que las cosas allí dichas parecen dichas por ellos. Y es que muy bien pudo el Espíritu profético revelar los nombres de profetas venideros a David que profetizaba[277] para que cantara en profecía algo apropiado a la persona de éstos. A este tenor vemos que un profeta habla de Josías y de sus futuras hazañas más de trescientos años antes de nacer este rey.

[275] La unidad es la aspiración cumbre de toda sociedad. Y ésta sólo se conseguirá una vez que la purificación se haya realizado plenamente. El mismo monacato no tiene otro fin que la unidad y la expansión de la misma. Y esta unidad radica en el equilibrio de todos los miembros de la comunidad y de todas sus funciones.

[276] Sin embargo, hoy está fuera de cuestión que los Salmos no fueron escritos por David todos. Había grandes colecciones de salmos, y entre ellos se eligieron unos cuantos que valían para el culto divino. En cuanto a la inspiración de los mismos, no se presenta problema desde el momento que fueron admitidos en el canon y han sido aprobados como tales.

[277] Partiendo del supuesto anterior, esta apreciación es redundancia. Pero, siguiendo el pensamiento del Santo, en este caso implica para nosotros una gran puerilidad y un continuo milagro, cosa que no puede admitirse a la ligera, dado que Dios no da al hagiógrafo ideas, sino que obra con las que él tiene.

## CAPÍTULO XV

## Texto y contexto de las profecías contenidas en los Salmos sobre Cristo y la Iglesia

Me da el corazón que se espera de mí ahora que explique en este lugar las profecías sobre Cristo y su Iglesia contenidas en los Salmos de David. Sin embargo, aunque no satisfaga las exigencias de los lectores (y de uno ya lo he hecho antes), me retrae de ello más la abundancia que la falta de material. No me permito citarlo todo en gracia a la brevedad, y temo que, al elegir unos, parezca a algunos sabios que silencio los más esenciales. Además, dado que el testimonio del salmo que se aduce debe ir confirmado por el contexto del mismo a fin de que no haya nada que oponerle, temo que, si no son aducidos todos, parezca que, como los centones[278], voy espigando versículos para mi propósito, extractándoles como de un grande poema, que la investigación prueba que no se trata de ese punto, sino de otro y muy diverso. Y, claro está, para poder aclarar esto en cada salmo es preciso exponerlo todo. El trabajo que esto exige puede colegirse de algunos tratadistas y de nuestros volúmenes sobre el particular[279]. Léalos, pues, el que tenga tiempo, y verá cuánto y cuántas cosas profetizó David, el profeta rey, sobre Cristo y su Iglesia, es decir, sobre el Rey y sobre la Ciudad que fundó.

## CAPÍTULO XVI

## El salmo 44 y sus profecías

1. Por más propias y claras que sean las locuciones proféticas sobre cualquiera cosa, necesariamente van entreveradas con las metafóricas. Y precisamente éstas son las que, en gracia a los torpes, brindan a los doctos un pesado y duro trabajo expositivo. Algunas de ellas, a primera vista, ha-

[278] El *centón* era una composición poética formada con versos de otro autor, pero cuyo fondo es del que la hace con versos de otro. La palabra puede usarse también como personal, que es el sentido que aquí parece darle Agustín.

[279] Alude evidentemente a sus *Enarrationes in Psalmos*. Casi todos los Santos Padres y autores eclesiásticos anteriores a él habían escrito, si no tratados completos como comentarios a los Salmos, sí comentarios a algunos salmos.

cen reparar en Cristo y en la Iglesia, bien que siempre queda algo obscuro, que exige una exposición holgada. De este tenor es aquel pasaje del libro de los Salmos: *Hirviendo está mi pecho en pensamientos sublimes. Al rey consagro yo mi obra. Mi lengua es pluma de amanuense que escribe muy ligera. ¡Oh tú, el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres!, la gracia se ve derramada en tus labios; por eso te bendijo Dios para siempre. Cíñete en tu derredor la espada, ¡oh potentísimo! Con esa tu gallardía y hermosura camina, avanza prósperamente, y reina por medio de la verdad, y de la mansedumbre, y de la justicia; y tu diestra te conducirá a cosas maravillosas. Tus penetrantes saetas traspasarán, ¡oh rey!, los corazones de tus enemigos: se rendirán a ti los pueblos. El trono tuyo, ¡oh Dios!, permanece por los siglos de los siglos; el cetro de tu reino es cetro de rectitud. Amante la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría, con preferencia a tus compañeros. Mirra, áloe y casia exhalan tus vestidos al salir de las estancias de marfil en que con su olor te han recreado. Hijas de reyes son tus damas de honor.* ¿Quién no ve aquí, por más miope que sea, a Cristo, a quien predicamos y en quien creemos, oyendo a Dios, cuyo trono es eterno, y ungido por Dios, como unge Dios con crisma no visible, sino espiritual e inteligible? ¿Quién es tan rudo en religión o tan sordo a la fama que de él corre por todas partes que no conozca que Cristo deriva de crisma, es decir, de unción? Una vez conocido el Rey Cristo, ya las demás cosas dichas aquí metafóricamente, cuál es su hermosura, superior a la de todos los hijos de los hombres, con una belleza tanto más digna de amor y admiración cuanto menos corpórea; cuál es su espada, sus flechas y todo lo demás el sometido al que reina por medio de la verdad, de la mansedumbre y de la justicia, estúdielo si dispone de tiempo.

2. Luego dirige su mirada a la Iglesia, unida en matrimonio espiritual y en amor divino a tan noble esposo. De ella se habla en los versillos siguientes: *A tu diestra está la reina con vestido bordado de oro y engalanada con varios adornos. Escucha, ¡oh hija!, y considera, y presta atento oído y olvida tu pueblo y la casa de tu padre. Y el Rey se enamorará más de tu beldad; porque él es el Señor Dios tuyo, a quien todos han de adorar. Las hijas de Tiro vendrán con dones, y te presentarán humildes súplicas todos los poderosos del pueblo. En el interior está la principal gloria o lucimiento de la hija del Rey; ella está cubierta de un vestido con varios adornos y recamado con franjas de oro. Serán presentadas al rey las vírgenes que han de formar el séquito de ella; ante tu presencia serán traídas sus compañeras. Conducidas serán con fiestas y con regocijos; al templo o palacio del Rey serán llevadas. En lugar de tus padres te nacerán hijos,*

*los cuales establecerás príncipes sobre la tierra. Estos conservarán la memoria de tu nombre por todas las generaciones. Por esto los pueblos te cantarán alabanzas eternamente por los siglos de los siglos.* Pienso que nadie desatinará hasta el extremo de creer que aquí se encomia y se describe alguna mujerzuela, pues se habla de la esposa de aquel a quien se dice: *Tu trono, ¡oh Dios!, permanece por los siglos de los siglos; el cetro de tu reino es cetro de rectitud. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría con preferencia a tus participantes.* Indudablemente, Cristo con preferencia a los cristianos, que son particioneros suyos. Esta reina se forma de la unidad y concordia universal de los cristianos. A ella se llama en otro salmo *la Ciudad del gran Rey*. Y ésta es la espiritual Sión, nombre que significa *Contemplación,* porque contempla el gran bien del siglo venidero y allí dirige su intención. Esta es, a su vez, la Jerusalén espiritual, de la que tanto hemos hablado. Su enemiga es la ciudad del diablo, Babilonia, es decir, *Confusión*[280]. Por la regeneración, esa reina es libertada, y pasa del rey pésimo al Rey óptimo, es decir, del diablo a Cristo. Por eso se le dice: *Olvida tu pueblo y la casa de tu padre.* Los israelitas que son tales por la carne, no por la fe, forman parte de esa ciudad impía, y además son enemigos de este gran Rey y de su reina. Cristo, al venir a ellos y ser matado, se hizo más bien salvador de quienes no vio en carne. De aquí que en otro salmo diga este nuestro Rey: *Me librarás de las contradicciones del pueblo; me constituirás caudillo de las naciones. Un pueblo a quien yo no conocía se sometió a mi dominio; apenas hubo oído, me rindió obediencia.* Este pueblo de los gentiles a quien Cristo no conoció con presencia corporal, y que creyó en él una vez que se lo anunciaron, pues de él se dice con razón: *A penas hubo oído, me rindió obediencia,* porque la fe entra por el oído; este pueblo, digo, agregado a los israelitas auténticos por carne y por fe es la Ciudad de Dios, que dio a luz también a Cristo según la carne cuando la formaban sólo los israelitas. De este pueblo era la Virgen María, en la que se encarnó Cristo para hacerse hombre. Otro salmo dice de esta Ciudad: *La madre de Sión dirá: Hombres y más hombres se han hecho en ella, y el Altísimo es quien la ha fundado.* ¿Quién es el Altísimo sino Dios? Por consiguiente, Cristo-Dios la fundó en los patriarcas y en los profetas antes de hacerse hombre, merced a María, en aquella ciudad. De esta reina de la

[280] Ve en estas dos ciudades las dos figuras bíblicas de su concepción. Teodoro Hacker ha precisado que las tres potencias que operan la historia son Dios, el diablo y el hombre (cf. *El cristiano y la historia* [Madrid 1954] p,89-102). San Agustín coloca al hombre en el centro, y en el hombre se enfrentan Dios y el demonio, y en esta tensión se va desarrollando la historia con signo positivo o negativo.

Ciudad se había dicho ya mucho tiempo antes lo que vemos ya cumplido: *En lugar de tus padres, te nacerán hijos y los constituirás príncipes sobre toda la tierra*. La tierra entera está llena de magistrados y caudillos de esos hijos, y los pueblos, aunándose en ella, le aclaman con alabanza eterna por los siglos de los siglos[281]. Cuanto haya, pues, de obscuro en las explicaciones figuradas, entiéndase como se entienda, debe estar acorde con las cosas claras.

## Capítulo XVII

## El salmo 109 y el sacerdocio de Cristo. El salmo 21 y la pasión del Redentor

Así ocurre en este salmo, en que se declara abiertamente a Cristo sacerdote, como allí Rey: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies*. Que Cristo se sienta a la diestra es de fe, no opinión. En cambio, aún no se ve a sus enemigos puestos bajo sus pies. Esta es la cuestión, y aparecerá al fin del mundo. Ahora lo creemos y después lo veremos. Y estas palabras: *De Sión hará salir el Señor el cetro de tu poder y que domines en medio de tus enemigos*, son tan claras, que negar su contenido es no sólo infidelidad, sino desvergüenza. Los enemigos son los primeros en confesar que de Sión salió la Ley de Cristo que nosotros llamamos Evangelio, y ésa viene designada por cetro de su poder. Que él domina en medio de sus enemigos, los mismos dominados, rechinando y castañeteando los dientes, pero no pudiendo hacer nada contra él, lo atestiguan. A continuación, añade: *Juró el Señor, y no se arrepentirá*. Esta expresión está indicando la inmutabilidad de esto: *Tu eres sacerdote sempiterno según el orden de Melquisedec*. Y lo será justamente, porque ya en adelante no existirá el sacerdocio ni el sacrificio según el orden de Aarón, pues se ofrecerá en todas partes, bajo el sacerdocio de Cristo, la ofrenda ofrecida por Melquisedec cuando bendijo a Abrahán. ¿Quién se permitirá dudar sobre la persona a quien se refiere esto? La alusión es clara. Se alude, si se entiende bien, a las cosas apuntadas quizá más obscuramente en el mismo salmo, como hemos notado ya en nuestros sermones al pueblo. Así, Cristo habla en otro salmo por boca del profeta de su humillante pasión, y dice: *Han taladrado mis manos y mis*

[281] Puede verse a este propósito la *Enarración al salmo* 44, número 32.

*pies y han contado mis huesos uno a uno. Y ellos se pusieron a mirarme y a observarme.* Estas palabras están señalando su cuerpo, tendido en la cruz; sus pies y sus manos, taladradas con clavos, y que de este modo brindó a los curiosos y observadores un grato espectáculo. Y añade: *Se repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica,* profecía cuyo cumplimiento literal narra el Evangelio. A esta luz, las cosas menos claras que en él se dicen, se entienden perfectamente haciéndolas concordar con éstas, cuya claridad deslumbra. Máxime teniendo en cuenta que los hechos que no creemos pasados y los vemos presentes fueron predichos mucho antes en el salmo, y ahora se cumplen en el mundo entero. Así lo que sigue en ese salmo: *Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra y se postrarán ante su acatamiento todas las naciones, porque el reino es del Señor y él señoreará las naciones.*

## Capítulo XVIII

## Profecías sobre la muerte y resurrección del Señor en los salmos 3, 40, 15 y 67

1. Los Salmos contienen también profecías sobre la resurrección de Cristo. ¿Qué otra cosa significan estas palabras del salmo 3, dichas en persona de El: *Yo me dormí y me entregué a un profundo sueño, y me levanté, porque el Señor me tomará bajo su amparo?* ¿Habrá alguien que desatine hasta el punto de creer que el profeta quiso señalar con piedra blanca el que durmió y se levantó, si este sueño no fuera la muerte, y el despertar, la resurrección, que convino se anunciara de Cristo bajo esta imagen? En el salmo 44 aparece esto con luz más meridiana. En persona del Mediador se narran, según costumbre, como pasadas las cosas que se profetizaban futuras. Las cosas futuras parecen como que eran ya realidad en la predestinación y presciencia de Dios, porque eran ciertas[282]. *Prorrumpían mis enemigos en imprecaciones contra mí: ¿Cuándo morirá éste, decían, y se*

[282] Y he aquí la gran cuestión que se presentaba también a Agustín, y cuyo alcance no se le ocultaba. Sin embargo, él no se ha detenido a solucionarla. Se formularía la pregunta de la siguiente manera: Si la presciencia es cierta, y las cosas también, ¿cómo los seres son contingentes y no necesarios? Es cierto que San Agustín ya dio respuesta al contestar en la primera parte de la obra a Cicerón diciendo que el conocimiento no cambia la esencia de las cosas; pero la solución parecía insuficiente. Y en verdad que, a la luz de la razón, la pregunta queda sin respuesta.

*acabará su memoria? Si alguno entraba a visitarme, su corazón hablaba con mentiras y tramaba iniquidades contra mí. Se salía afuera y se confabulaba con los otros. Susurraban contra mí todos mis enemigos; todos conspiraban para acarrearme males. Sentencia inicua pronunciaron contra mí. Mas ¿por ventura el que duerme no ha de volver a levantarse?* Estas palabras están insinuando sencillamente una interpretación, y es como si dijera: ¿Acaso el que muere no ha de tornar a la vida? Las anteriores prueban que sus enemigos maquinaron y dispusieron su muerte y que esto se realizó gracias a aquel que entraba a visitarle y salía para traicionarle. ¿A quién no se le viene a las mientes Judas, trocado de discípulo en traidor? Y como habían de llevar a efecto sus maquinaciones, es decir, le habían de dar muerte, dando a entender que ellos con malicia vana darían muerte al que resucitaría, agregó este verso, como diciendo: ¿Qué hacéis, insensatos? Vuestro crimen será mi sueño. *¿Acaso el que duerme no ha de volver a levantarse?* Y, sin embargo, tamaño desafuero no ha de quedar sin castigo, según se deduce de los siguientes versículos: *Y lo que es más, un hombre con quien vivía yo en dulce paz, y en quien yo esperaba, y que comía de mi pan, levantó contra mí su planta*, es decir, me pisoteó. *Pero tú, Señor* —añade—, *ten piedad de mí y resucítame, y yo les daré su merecido.* ¿Quién, viendo a los judíos arrancados de raíz de sus sitiales con la guerra y la destrucción que siguió a la pasión y resurrección de Cristo, negará este hecho? El matado por ellos resucitó, y les dio luego un correctivo temporal, reservando otro a los impenitentes para cuando venga a juzgar a los vivos y a los muertos. El mismo Jesús, descubriendo a los apóstoles al traidor alargándole un bocado, citó este versillo del salmo y se lo aplicó a sí mismo: *El que comía de mi pan levantó sobre mí su planta.* Esto otro: *En quien esperaba*, no conviene a la cabeza, sino al cuerpo, pues el Salvador no desconocía al traidor, ya que antes había dicho: *Uno de vosotros es un diablo.* Mas acostumbra a tomar sobre sí la persona de sus miembros y a atribuirse a sí lo que es de ellos, porque cabeza y miembros forman un solo cuerpo, Cristo[283]. Así se explica aquello del Evangelio: *Tuve hambre y me disteis de comer*, y así lo expone él: *Cuando lo hicisteis a uno de estos mis pequeñuelos, a mí me lo hicisteis.* Dijo, pues, que esperaba lo que habían esperado de Judas sus discípulos cuando fue agregado a los apóstoles.

---

[283] Los lugares paralelos son abundantísimos. Para no hacernos largos en su enumeración, remitimos a los lectores a dos obras principales: A los *Tratados sobre el evangelio de San Juan* y a los *Sermones.* El cristocentrismo y, sobre todo, la teoría del cuerpo místico es el pensamiento más fecundo de la teología agustiniana juntamente con la concepción sobre la gracia.

2. Los judíos, sin embargo, no creen que el Cristo que esperan haya de morir. Por eso no creen tampoco que el Cristo anunciado por la ley y por los profetas sea nuestro, sino únicamente suyo, y lo figuran exento de la muerte. Y sostienen con admirable ceguera y vanidad que las palabras citadas significan no la muerte y la resurrección, sino el sueño y el despertar. Pero el salmo 15 les grita: *Por eso se regocijó mi corazón y prorrumpió en cánticos después mi lengua. Más aún, mi carne descansará en la esperanza. Porque yo sé que no has de abandonar mi alma en el sepulcro, ni permitirás que tu santo experimente la corrupción.* ¿Quién diría que su carne descansó con la esperanza de no ser abandonada por el alma en el sepulcro, sino de revivir tornando a ella para no ser corrompida, como suelen corromperse los cadáveres, sino el que resucitó al tercer día? *A* la *verdad que esto no* pueden decirlo del rey profeta, de David.

Y el salmo 67 canta: *Nuestro Dios es un Dios que salva y el Señor saldrá por la muerte.* ¿Es posible hablar ya más claro? El Dios que salva es Jesús, que significa Salvador, o Salud. La razón de este nombre se dio en las palabras que se dijeron antes de nacer de la Virgen: *Parirás un hijo. Y le pondrás por nombre Jesús, pues El salvará al pueblo de sus pecados.* Y como vertió su sangre en remisión de esos pecados, no debió salir de la vida por otra puerta que la de la muerte. Por eso, en habiendo dicho: *Nuestro Dios es el Dios que salva,* añadió en seguida: *Y el Señor saldrá por la muerte*, para dar a entender que nos había de salvar muriendo. Se dice con admiración: *Y el Señor,* como diciendo: Tal es la vida de los mortales, que ni el Señor mismo ha tenido otra puerta de salida que la muerte.

## Capítulo XIX

## El salmo 68 y la infidelidad de los judíos

Mas como los judíos no ceden a testimonios tan manifiestos como son los de esta profecía, llevadas las cosas a un efecto tan cierto, indudablemente se cumple en ellos lo del salmo siguiente. El profeta dice allí en persona de Cristo lo relativo a su pasión y expresó lo que se patentizó en el Evangelio: *Me presentaron hiel para comida y en mi sed me dieron a beber vinagre.* Tras este banquete y tras unos manjares de esta calidad, añadió: *En justo pago conviértasele su mesa en lazo de perdición. Obscurézcanse sus ojos para que no vean y tráelos siempre agobiados,* etc. Todo esto no es un deseo, sino una predicción profética con capa de deseo. ¿Qué

tiene, pues, de particular que no vean aquellos cuyos ojos están obscurecidos para que no vean? ¿Qué tiene de particular que no miren las cosas celestiales quienes tienen su cerviz siempre encorvada a fin de que estén inclinados a las cosas terrenas? Estas metáforas tomadas del cuerpo denotan realmente los vicios del alma.

Y para poner límite a mi pluma, baste lo dicho sobre los Salmos, es decir, sobre las profecías del rey David. Los lectores para quienes es esto archiconocido perdónenme y no se quejen de que haya omitido pasajes, según su entender, más decisivos y propios[284].

## CAPÍTULO XX

### Reinado y merecimientos de David y de Salomón, su hijo. Profecías sobre Cristo en sus libros presuntos o reales

1. David, hijo de la Jerusalén celestial, tan encomiado por la Escritura, reinó en la Jerusalén terrena. Sobrepasó sus delitos con su humilde y saludable penitencia; tanto, que es, sin duda, del número de aquellos de quienes dice: *Felices aquellos a quienes se han perdonado sus iniquidades y se han borrado sus pecados.* A David sucedió en el trono su hijo Salomón, que, como hemos apuntado, comenzó a reinar en vida aún de su padre. La prosperidad, que hastía el espíritu de los sabios, le dañó más que le aprovechó la sabiduría, aún hoy digna de memoria y entonces alabada por doquiera[285]. También él, al parecer, profetizó en sus libros. Tres de ellos han sido admitidos en el canon: los Proverbios, el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares. Otros dos, que llevan por título, uno, la Sabiduría, y otro, el Eclesiástico, por la semejanza de estilo, la tradición los ha atribuido

---

[284] San Agustin sentía la necesidad imperiosa de su disculpa. El que haya leído algunas páginas del Santo, máxime en sus *Confesiones,* habrá podido observar varias veces su temor a verse ridiculizado. Es difícil dar una explicación a hecho tan notorio, y quizá no fuera la peor decir que tenía demasiado entrañada la conciencia de su misión, y temía ser infiel a ella. Por otra parte, nos consta que sus enemigos eran muchos, aunque también lo fueran sus admiradores.

[285] La sabiduría de Salomón ha pasado a ser proverbial en toda la humanidad. Sin embargo, hay muy diversas opiniones sobre el particular. San Agustín en este pasaje se hace eco de Salustio, que en la *Guerra de Calilina* (c.11) dice expresamente: *Quippe secundae res sapientium ánimos fatigant.*

también a Salomón[286]. Mas los entendidos están de acuerdo en decir que no son de él. Con todo, la Iglesia, principalmente la occidental, ya desde antiguo los ha admitido como canónicos[287]. En uno de éstos, en la Sabiduría, se predice claramente la pasión de Cristo. He aquí la relación de sus impíos matadores: *Armemos, pues, lazos al justo, visto que no es de provecho para nosotros y que es contrario a nuestras obras y nos echa en cara los pecados contra la Ley.* Y *nos desacredita divulgando nuestra depravada conducta. Protesta tener la ciencia de Dios y se llama a sí mismo Hijo de Dios. Se ha hecho el censor de nuestros pensamientos. No podemos sufrir ni aun su vista, porque no se asemeja su vida a la de los otros y sigue una conducta muy diferente. Nos mira como a gente frívola* y *ridícula, se abstiene de nuestros usos como de inmundicias, prefiere lo que esperan los justos en la muerte. Y se gloría de tener a Dios por padre. Veamos ahora si sus palabras son verdaderas. Experimentemos lo que le acontecerá, y veremos cuál será su paradero. Que, si es verdaderamente hijo de Dios, Dios le tomará a su cargo y le librará de las manos de sus adversarios. Examinémosle a fuerza de afrentas y de tormentos para conocer su resignación y probar su paciencia. Condenémosle a la más infame muerte, pues que, según sus palabras, será el atendido.* Tales cosas idearon y tanto desatinaron, cegados por su soberbia.

Y en el Eclesiástico se predice la fe de los gentiles en estos términos: *¡Oh Dios, dominador de todas las cosas!, ten misericordia de nosotros e infunde tu temor en todas las naciones. Levanta tu brazo contra las naciones extrañas y experimenten tu poder. En presencia de ellos demostraste en nosotros tu santidad, a fin de que conozcan, como nosotros hemos conocido, ¡oh Señor!, que no hay Dios fuera de ti.* Esta profecía en forma de oración y de súplica la vemos cumplida por Jesucristo. Pero como estos li-

---

[286] Como puede apreciarse, la formación del canon de la Escritura no había alcanzado aún su desarrollo completo en este tiempo. Aunque, en general, esos libros eran admitidos en el canon, sin embargo, todavía había algunos que los rechazaban del mismo, como dejan entrever estas palabras.

[287] En el libro II, capítulo 7, número 13, *De doctrina christiana,* al dar la lista de los libros contenidos en el canon de la Escritura, después de enumerar los anteriores, es decir, los históricos en general, añade: *Deinde Prophetae in quibus David unas liber Psalmorum; et Salomonis tres, Proverbiorum, Cantica canticorum, et Ecclesiastes. Nam illi dúo libri, unas qui Sapientia, et alias qui Ecclesiasticus inscribitur, de quadam similitudine Salomonis esse dicuntur: nam Iesas Sirach conscripsisse constantissime perhibetur, qui tamen quoniam in auctoritatem recipi meruerunt, inter propheticos numerandi sunt.* En las *Retractaciones* (II 4,2) ya advierte que el autor de la Sabiduría no es Jesús Sirach, como dice en este texto *De doctrina christiana.*

bros no están en el canon de los judíos, tienen menos fuerza contra los contradictores.

2. Hacer ver que cuanto de esta laya se dice en los tres libros, que ciertamente son de Salomón, y que los judíos reconocen como canónicos, conviene a Cristo y a la Iglesia, sería muy penoso, y de abordarlo nos llevaría más allá de lo justo. Sin embargo, este discurso de los varones impíos, que leemos en los Proverbios: *Escondamos injustamente en la tierra al varón justo y traguémosle vivo como lo hace el infierno. Borremos su memoria de la tierra* y *echemos mano a su preciosa heredad*, no es tan obscuro como para no poder fácilmente entenderlo de Cristo y de su Iglesia. Algo semejante puso Jesús en boca de los malos colonos en la parábola evangélica: *He aquí el heredero; venid, matémosle, y será nuestra la heredad.*

Asimismo, el texto ya citado de este libro, al tratar de la estéril, han solido entenderlo siempre de Cristo y de la Iglesia quienes conocieron que Cristo es la Sabiduría de Dios. *La Sabiduría se fabricó una casa y labró siete columnas. Inmoló sus víctimas, escanció su vino en la copa y preparó su mesa. Envió a sus siervos a convocar con excelente encomio al banquete, diciendo: Si hay algún necio, que venga a mí. Y a los carentes de juicio les dijo: Venid a comer de mi pan y a beber el vino que os tengo preparado.* Estas palabras nos dejan entrever que la Sabiduría de Dios, o sea, el Verbo, coeterno al Padre, se edificó una casa en el seno de la Virgen, el cuerpo humano, y que a él, como los miembros a la cabeza, sujetó su Iglesia; que inmoló las víctimas de los mártires, que preparó la mesa con vino y pan —clara alusión al sacerdocio según el orden de Melquisedec— y que llamó a los insensatos y destituidos de juicio, pues, según la expresión del Apóstol, escogió a los débiles para confundir a los fuertes. A los débiles se dirige en este lugar: *Dejad la estulticia para vivir y buscad la prudencia para tener vida.* Hacerse partícipe de su mesa es comenzar *a.* tener vida[288]. Y ¿qué significación más propia puede darse a aquellas palabras del Eclesiastés: *El hombre no tiene más bien que lo que come y bebe,* que aplicarlas a la participación de esta mesa, que el Mediador del Nuevo Testamento, sacerdote según el orden de Melquisedec, brinda de su cuerpo y sangre? Este sacrificio sucedió a los sacrificios del Viejo Testamento, que no eran más que un símbolo del futuro.

---

[288] Alude, sin duda, a aquel pasaje de San Juan en el que se dice: *Habet vitam aeternam et ego resuscitabo eum in novissimo die.* Con todo, la expresión no parece propia, puesto que el cristiano como tal comienza a tener vida por el bautismo, que es, como afirma el concilio de Florencia, la puerta de todos los sacramentos.

En el salmo 39 reconocemos también la voz del Mediador, que habla por boca del profeta: *No has querido sacrificios ni oblaciones, pero me has dado un cuerpo perfecto.* Y es que, en lugar de todos aquellos sacrificios y oblaciones, se ofrece su cuerpo y se administra a los comulgantes. Que el Eclesiastés. no piensa en los banquetes del placer carnal al hablar de comer y beber —punto este frecuentemente repetido y grandemente encarecido—, lo deja asaz entrever cuando dice: *Mejor es ir a una casa de luto que a una taberna;* y poco después:

*El corazón de los sabios va a la casa del luto, y el corazón de los necios, a la casa de banquetes.*

Pero estimo más digno de mención lo tocante a las dos ciudades, la del diablo y la de *Cristo,* y a sus dos reyes, Cristo y el demonio. *Desdichado de ti, ¡oh país!* —dice—, *cuyo rey* es *un adolescente y cuyos príncipes comen de mañana. Dichosa tú, tierra, cuyo rey es hijo de los naturales y cuyos príncipes comen a su tiempo en fortaleza y no en confusión.* Llamó adolescente al diablo por su estulticia y su soberbia, temeridad, petulancia y demás vicios que suelen abundar en esa edad[289]; y a Cristo, hijo de los naturales, es decir, de los santos patriarcas, ciudadanos de la Ciudad libre, de quienes fue carnalmente engendrado. Los príncipes de aquella ciudad comían de madrugada, o sea, antes de la hora debida, porque no esperaban la felicidad real en el siglo futuro, que es la verdadera, deseando ser felices cuanto antes con la felicidad del mundo. En cambio, los príncipes de la Ciudad de Cristo esperan pacientemente el tiempo de la felicidad auténtica. Esto indican las expresiones *en fortaleza, no en confusión,* porque no los engaña la esperanza, de la cual dice el Apóstol: *La esperanza no confunde.* Y un salmo: *Ninguno que espere en ti quedará confundido.*

El Cantar de los Cantares es un deliquio espiritual de las almas santas en las bodas del Rey y de la Reina de la Ciudad, es decir, de Cristo y de la Iglesia. Pero ese deliquio está envuelto bajo el velo de la alegoría a fin de prender su anhelo más ardientemente en los pechos y de descubrirse con

---

[289] La fina psicología del Santo se detiene en los detalles. El mismo nos narra en los tres primeros libros de sus *Confesiones* los pecados que suelen abundar en esa edad. La adolescencia tenía lugar, según San Agustín y los antiguos, de los catorce a los veintiocho años. Sabido es que dividían la vida en siete épocas o edades: infancia, niñez, adolescencia, juventud, virilidad, vejez o senectud y decrepitud, y que a cada una le determinaban un período concreto de años. Cf. *De ver. relig.* 26,48; *En. in Ps.* 127,14; *Epist.* 213,1, etc. San Isidoro de Sevilla extendió esa división por la Europa medieval, y Santo Tomás se sirvió de ella como argumento de congruencia para probar el *número septenario* de los sacramentos.

más jocundidad, apareciendo el esposo, a quién se dice en el Cantar: *Los justos te aman,* y la esposa, que oye: *La caridad en tus delicias.* Por tener ante la vista el fin de la obra, pasamos por alto muchas cosas.

## CAPÍTULO XXI

## **Reyes posteriores a Salomón en Judá y en Israel**

En los demás reyes de Judá y de Israel posteriores a Salomón, apenas se encuentra una profecía que en sus enigmáticos dichos y adivinaciones dé cabida a Cristo y a la Iglesia. Judá e Israel fueron los nombres de las dos partes en que se dividió el reino, por juicio de Dios en premio al crimen de Salomón, bajo su hijo, que le sucedió en el trono. Las diez tribus dadas a Jeroboán, esclavo de Salomón, constituido rey de ellas en Samaría, se llamaron propiamente Israel, nombre que fue común a todo aquel pueblo. Y las otras dos tribus, Judá y Benjamín, que habían quedado sometidas a Jerusalén en consideración a David, cuyo reino no debía desgajarse a su linaje, recibieron el nombre de Judá, porque de esa tribu era David. La tribu de Benjamín, parte, como he dicho, de este reino, era la cuna de Saúl, predecesor de David. Ambas tribus, como queda apuntado, se llamaban Judá, distinguiéndose con ese nombre de Israel, que se reservó a las diez tribus que tenían su rey propio. La tribu de Leví, tribu sacerdotal, encargada del culto a Dios no sujeta a los reyes, hacia el número trece. Y José, uno de los doce hijos de Israel, formó no una tribu solamente, como los demás, sino dos, Efraín y Manases. No obstante, la tribu de Leví pertenecía más al reino de Jerusalén, donde estaba el templo de Dios, al cual servía. Una vez dividido el reino, reinó en Jerusalén Roboán, primer rey de Judá, hijo de Salomón, y en Samaría, Jeroboán, rey de Israel, esclavo de Salomón. Y como Roboán intentara declarar la guerra como a rebelde a la parte separada, Dios prohibió al pueblo pelear contra sus hermanos, y dijo por su profeta que eso fue obra suya. De donde se colige que en ese asunto no hubo pecado alguno ni por parte del rey de Israel ni por parte del pueblo, sino únicamente cumplimiento de un castigo impuesto por la voluntad de Dios. Una vez que la conocieron ambas partes, hicieron entre sí las paces, pues la división fue de reino, no de religión[290].

---

[290] La división territorial no implica división religiosa. A Dios se le puede y se le debe servir siempre y en todas partes. Por consiguiente, la unidad de religión en todas

## CAPÍTULO XXII

### Jeroboán y la idolatría. Profecías durante su reinado

Mas Jeroboán, no creyendo con espíritu perverso a Dios, cuya veracidad había probado al prometerle y recibir de su mano el reino, temió que, si el pueblo iba al templo de Dios, que estaba en Jerusalén, donde debía sacrificar, según la ley divina, toda la nación, fuera seducido y se volviera a la estirpe de David. Así introdujo la idolatría en su reino y engañó con nefanda impiedad al pueblo de Dios, obligándole a rendir con él culto a los ídolos. Con todo, ni aun entonces dejó Dios de reprender por sus profetas no solamente al rey, sino también a sus sucesores, imitadores de su impiedad, y a todo el pueblo. Allí y entre ellos vivieron los grandes y famosos profetas Elías y Elíseo, su discípulo, que hicieron muchas maravillas. A Elías, que decía en esta coyuntura: *Señor, han pasado a cuchillo a tus profetas, han destruido tus altares y he quedado yo solo, y me buscan para quitarme la vida,* se le respondió que había allí siete mil varones que no habían doblado sus rodillas ante Baal.

## CAPÍTULO XXIII

### Diversos azares de los reinos judíos hasta la cautividad

Y en el reino de Judá, cuya capital era Jerusalén, no faltaron tampoco profetas en tiempo dé los reyes siguientes. Dios los enviaba cuando le placía, bien para anunciar lo que era necesario, bien para corregir los pecados y encomendar la justicia. Porque también allí, aunque en menor escala que en Israel, hubo reyes que ofendieron gravemente a Dios con sus impiedades, y fueron castigados más suavemente con el pueblo que los imitaba. Es cierto que hay otros reyes de una virtud grandemente alabada y señalada; pero en Israel, unos más y otros menos, todos fueron malos. Tanto una parte como la otra, según la orden o la permisión de la Providencia divina, tan pronto era sublimada con la prosperidad como abatida con la adversidad. Y así se lastimaban no solamente con guerras exteriores, sino también con

las naciones sería indudablemente el principio de unificación de todos los pueblos. La división y las guerras han procedido siempre del campo religioso de una o de otra forma.

guerras civiles, brillando merced a eso la misericordia o la ira de Dios. Este estado de cosas duró hasta que, creciendo más y más su indignación, toda la nación fue vencida en guerra por los caldeos y llevada cautiva en su mayor parte a Asiria. Primero las diez tribus de Israel, y luego, Judá, tras la ruina de Jerusalén y su famosísimo templo. En esa cautividad vivió por espacio de setenta años. Después, puesta en libertad, restauró el templo destruido, y, aunque muchísimos vivían en tierra extranjera, en adelante no hubo ya dos reinos ni dos reyes. Había un solo príncipe, y Jerusalén era su corte. Y al templo de Dios, que allí había, venían en determinadas épocas todos, de todas partes y por los medios de que disponían. Mas ni aun entonces les faltaron enemigos y conquistadores de otras naciones, pues Cristo les halló ya tributarios de los romanos.

## CAPÍTULO XXIV

## Últimos profetas entre los judíos y profetas rayanos ya al nacimiento de Cristo

En el tiempo que medió entre la vuelta de Babilonia y el nacimiento del Salvador, después de Malaquías, Ageo y Zacarías —profetas de entonces— y Esdras, no tuvieron más profetas. Sólo Zacarías, padre de Juan, e Isabel, su esposa, profetizaron próximo ya el nacimiento del Salvador. Y en su nacimiento, el viejo Simeón, la anciana y viuda Ana y Juan, el último de todos. Este, siendo ya mozo, anunció a Cristo, ya joven, no como futuro, sino señalando al desconocido con conocimiento profético. Por eso dijo el Señor que *la Ley y los profetas han durado hasta Juan.* El Evangelio nos da a conocer las profecías de estos cinco, y habla también de que la Virgen, Madre del Señor, profetizó antes que San Juan. Mas los judíos infieles no admiten esta profecía. Sin embargo, muchos de ellos que han creído al Evangelio las han aceptado. En esta ocasión se dividió realmente Israel en dos partidos, con aquella división que el profeta Samuel anunció a Saúl como inmutable.

Los judíos infieles han admitido en el canon a Malaquías, Ageo, Zacarías y Esdras. Son los últimos admitidos. Sus escritos son como los de otros que entre la gran multitud de profetas escribieron cosas que figuran en el canon. De sus profecías sobre Cristo y la Iglesia me creo en el deber de citar algunas en esta obra. Lo haré con más holgura en el libro siguiente para no recargar demasiado el presente.

# Libro XVIII[291]

*En él habla del desarrollo simultáneo de las dos ciudades, de la terrena y de la celestial, desde Abrahán hasta el fin del mundo. Además, menciona los oráculos que han anunciado a Cristo, bien de las sibilas, bien, sobre todo, de los vates sagrados que escribieron desde el principio del imperio romano: de Oseas, Amos, Isaías, Miqueas y los siguientes.*

## Capítulo 1

## Resumen y recapitulación

He prometido hablar sobre el origen, desarrollo y fines debidos de las dos ciudades, la de Dios y la de este siglo, en la que ahora peregrina aquélla en sus ciudadanos, los hombres. Para ello he refutado con la ayuda divina, en los diez primeros libros de esta obra, a los enemigos de la Ciudad de Dios, que antepusieron sus dioses a Cristo, fundador de aquélla, y que envidian atrozmente a los cristianos con un rencor rayano en el frenesí. En los cuatro libros siguientes traté del origen de las dos ciudades, cumpliendo el primer apartado de mi triple promesa. Luego, en el libro XV, hablé del desarrollo de las mismas desde el primer hombre hasta el diluvio.

[291] Este está escrito hacia el año 426, según puede colegirse del capítulo 54 del mismo, en el que se refutan las falsas y falaces hipótesis de los paganos sobre la desaparición del nombre cristiano.

Desde esta época hasta Abrahán corrieron parejas ambas ciudades en el tiempo y en la obra. Mas desde Abrahán hasta la época de los reyes de Israel —período expuesto en el libro XVI— y desde los reyes basta la encarnación del Salvador —que cierra el libro XVII— parece que corrió sola en mi pluma la Ciudad de Dios, aun cuando en el mundo hayan seguido ambas un curso y un desarrollo temporal idéntico. Así ha sucedido desde el principio del género humano.

He procedido así con el fin de que el desarrollo propio de la Ciudad de Dios apareciera más distintamente, sin ser parangonada *a contrario* con la otra desde que las promesas de Dios comenzaron a ser más claras hasta el nacimiento del Mesías, en quien debían cumplirse esas promesas. Verdad es que hasta la revelación del Nuevo Testamento no se ha mostrado entre luz, sino entre sombras. Ahora estoy en que es preciso analizar cuanto sea suficiente el curso de la ciudad terrena desde los días de Abrahán, a fin de que el lector pueda comparar las dos ciudades entre sí.

## CAPÍTULO II

## **Reyes de la ciudad terrena y época de su reinado**

1. La sociedad de los mortales, extendida por toda la tierra y en los más diversos lugares, ligada por la comunión de una misma naturaleza, se divide con frecuencia contra sí misma, y la parte que domina oprime a la otra. Esto se debe a que cada uno busca su propia utilidad y su cupididad y a que el bien que apetecen, o no es suficiente para nadie, o no para todos, porque no es el bien auténtico[292].

La parte vencida se rinde a la vencedora, prefiriendo a la dominación o aun a la libertad cualquiera paz y salud. Tanto es así, que ha causado gran admiración el pueblo que amó más perecer que servir[293]. En efecto,

[292] Esta visión tan certera de la división entre los hombres y las sociedades es plenamente metafísica. Es muy natural que, buscando todos un bien que no puede saciar, y que, de tomarlo unos, los demás se ven privados del mismo, se dividan y luchen entre sí por él. Si ese bien fuera suficiente para todos, la unidad sería perfecta, pues que ninguno se vería ofendido. Este es el ideal que él persigue en sus monasterios y que quiere trasplantar a los estados.

[293] Sin embargo, no faltan pueblos heroicos que anteponen la libertad a la salud y se lanzan en su búsqueda por todos los caminos de la vida. El mismo lo hará notar más adelante.

en casi todas las naciones la naturaleza grita con voz fuerte que los vencidos prefieran sufrir el yugo de los vencedores a ser aniquilados en los últimos furores de la guerra[294]. Y así se entiende que, no sin un consejo de la Providencia, en cuya mano está el ser vencedor o vencido en la guerra, unos pueblos hayan sido señores y otros súbditos[295]. Mas entre todos los imperios de la tierra en que la utilidad o la cupididad terrenas han dividido la sociedad (sociedad que con una palabra genérica llamamos ciudad de este mundo) sobresalen por su poder y abolengo dos: el de los asirios y el de los romanos, ordenados y distintos el uno del otro, tanto por los lugares como por el tiempo. Aquél floreció primero, y surgió en Oriente, y éste brilló después, y surgió en Occidente. El fin del uno señaló el principio del otro[296]. Yo diría que los demás reinos y reyes son como apéndices de éstos.

2. Nino, segundo rey de los asirios, que había sucedido a su padre Belo, primer rey de este reino, estaba en el trono cuando nació Abrahán en el país de los caldeos[297]. En aquel entonces era aún muy chico el reino de los sicionios, por el cual Marco Varrón, docto a carta cabal, comenzó la *Historia del pueblo romano*[298]. De los reyes de los sicionios desciende a los atenienses; de éstos, a los latinos, y de los latinos, a los romanos. Pero estos imperios, que han precedido a la fundación de Roma, son muy poca cosa en comparación con el de los asirios. Es verdad que Salustio, historiador romano, reconoce que los atenienses fueron muy celebrados en Grecia, pero es más la fama que la realidad. Hablando de ellos, dice: «Las hazañas de los atenienses, a mi juicio, fueron, es cierto, grandes y gloriosas, pero quizá queden un poco por debajo de la fama. La elocuencia de los ingeniosos escritores que allí vivieron ha contribuido mucho a engrandecer las glorias de los atenienses por el mundo. Así, la virtud y el valor de sus héroes ha

---

[294] Pero, a veces, la voz de la patria se impone a la voz de la naturaleza y no permite que los pueblos escuchen ésta.

[295] Es éste el hecho fundamental para la consideración del providencialismo en la historia. ¡Cuántos pueblos cuyos méritos exteriores parecen hacerles acreedores a la victoria se han visto vencidos y tratados con inhumanidad cruelísima! Pero la voluntad de Dios siempre se cumple sobre ellos, y en esto radica la fuerza del providencialismo en la historia: en los contrastes y en los contrasentidos.

[296] Cf. el capítulo 27, en el que se trata con extensión este punto.

[297] Así en el libro XVI, capítulo 17. En este pasaje dice que Abrahán nació el año cuadragésimo tercero del reinado de Nino, siguiendo el *Cronicón* de Eusebio. Otros, en cambio, rechazan esta fecha y lo colocan el año vigésimo tercero de Semíramis.

[298] En el libro VI, capitulo 2, rinde un testimonio encomiástico de la ciencia de Varrón. La historia del pueblo romano que aquí se menciona, y hoy perdida casi enteramente, se halla también citada por los gramáticos Carisio, Servio y por Amobio.

sido realzada por la grandeza de sus preclaros ingenios». Añádase a esto la gloria no pequeña de que en ella se han cultivado sobremanera las letras y la filosofía. Si consideramos el imperio, ninguno ha superado en amplitud y extensión, en los primeros tiempos, al de los asirios. En efecto, se cuenta que Nino, hijo de Belo, sometió a toda el Asia, llevando sus conquistas hasta los confines de Libia[299]. Y esto, Asia, que es la tercera parte del mundo, y en cuanto a extensión, la mitad. Sólo los indios quedaron en Oriente sin ser tributarios de este imperio. Su esposa Semíramis les declaró la guerra a su muerte. Así quedaron sometidos y obedientes al imperio asirio todos aquellos pueblos, casi diríamos sin actuación propia.

Abrahán nació, bajo el reinado de Nino, entre los caldeos. Pero como la historia de los griegos nos es mucho más conocida que la de los asirios, y por los griegos pasaron a los latinos y a los romanos, los que han pretendido historiar los orígenes del pueblo romano desde la más remota antigüedad, me creo en la obligación de recordar los reyes asirios. Así aparecerá cómo *Babilonia* camina su jornada como una primera Roma codeándose con la Ciudad de Dios, peregrina en este mundo. En cuanto a los hechos que convenga insertar en esta obra para parangonar entre sí las dos ciudades, la terrena y la celestial, será mejor tomarlos de los griegos y latinos, entre los cuales Roma es como una segunda Babilonia[300].

3. Cuando nació Abrahán, reinaba entre los asirios Nino, segundo rey de ellos, y Europs entre los sicionios[301]. El primero había sucedido a Belo, y el segundo, a Egialeo. Cuando Dios prometió a Abrahán un pueblo numeroso y la bendición de todas las naciones en su descendencia después de haber salido de Babilonia, reinaba entre los asirios el cuarto rey, y entre los sicionios, el quinto. Era rey de los asirios el hijo de Nino después de su madre Semíramis, que, según la historia, la mató porque osó profanar incestuosamente a su hijo. Alguno s piensan que ella fundó a Babilonia. En

---

[299] Puede verse el capítulo 22 de este mismo libro, y también libro XVI, capítulo 17, y libro IV, capítulo 6.

[300] Toma aquí dos puntos de referencia: Roma y Babilonia. Babilonia es como una primera Roma, y Roma, como una segunda Babilonia. Como puede apreciarse, estas dos realidades no implican en sí ninguna teología ni filosofía alguna; sin embargo, sobre ellas o de ellas se puede montar o hacer una filosofía o una teología. Y éste es el sentido de lo que nosotros hemos llamado «hermenéutica de la historia».

[301] San Agustín sigue en todo esto a Eusebio. Los sincronismos, muchos de ellos son posteriores al autor de la *Historia eclesiástica.*

realidad, pudo restaurarla[302]. Cuándo y cómo fue fundada, lo hemos dicho ya en di libro XVI. Al hijo de Nino y de Semíramis que sucedió a su madre en el trono, unos lo llaman también Nino, y otros, con palabra derivada del padre, Ninias. Telxión regía entonces el imperio de los sicionios. En su reinado corrieron días tan bonancibles y alegres, que a su muerte le rindieron culto como a dios, con sacrificios y juegos. Y cuentan que fue el primero honrado con la institución de los juegos.

## Capítulo III

## **Reyes de Asiría y de Sicionia al nacer Isaac, Esaú y Jacob**

Bajo el reinado de éste le nació a Abrahán, a la edad de cien años, según la promesa de Dios, Isaac, de su esposa Sarra, que por estéril y vieja había perdido ya la esperanza de engendrar. En Asia reinaba entonces el quinto rey, Arrio[303]. A Isaac le nacieron, a la edad de setenta años, dos mellizos, Esaú y Jacob, de su esposa Rebeca, en vida aún de su abuelo Abrahán, que frisaba ya en los ciento sesenta. Y Abrahán murió cumplidos ciento setenta y cinco años. Reinaba entonces en Asiria Jerjes I, por sobrenombre Baleo, y en Sicionia, Turíaco, o, según otros, Turímaco, que hacían el número siete. El reino de Argos nació a la par que los nietos de Abrahán, y su primer rey fue Inaco. No hay que olvidar que, según refiere Varrón, los sicionios solían sacrificar sobre el sepulcro de Turíaco. En el reinado de Armamitres y de Lepcipo, octavos reyes de Asiria y de Sicionia, y de Inaco, el primero de Argos, habló Dios a Isaac, y le prometió, como había hecho a su padre, que daría a su descendencia la tierra de Canaán y que en su descendencia serían benditas todas las naciones. Estas mismas promesas se repitieron a su hijo, nieto de Abrahán, llamado primero Jacob y luego Israel, durante el reinado de Beloco, noveno rey de Asiria, y de Foroneo, segundo de Argos, hijo de Iliaco, siguiendo Leucipo en el trono de Sicionia. Grecia en este tiempo, bajo el imperio de Foroneo, rey de Argos, comenzó a florecer por sus leyes y sus constituciones. Fegoo,

---

[302] Diodoro, Justino y otros afirman que Babilonia fue fundada por Semíramis. En cambio, Josefo, Eusebio y Marcelino dicen que solamente la instauró, y que la rodeó de murallas, enumeradas entre las grandes maravillas del mundo.

[303] La primera edición benedictina daba el nombre de *Arabio* a este rey. Pero la edición de 1838 lo substituye por Arrio. Y este último es el nombre que se ha conservado.

sin embargo, hermano menor de Foroneo, a su muerte, fue honrado como un dios: se le edificó un templo sobre su sepulcro y se le inmolaron bueyes. Tengo para mí que le juzgaron digno de tanto honor porque en la parte del reino que le tocó en suerte (pues su padre lo había distribuido antes de morir entre sus hijos) había levantado capillas para el culto de los dioses y había enseñado la medida y observancia de los tiempos en meses y años. Sorprendidos de estas novedades, los hombres aun creyeron que se había hecho dios después de su muerte, o así lo quisieron. Se cuanta también que lo, hija de Inaco, luego llamada Isis, recibió culto en Egipto como una gran diosa, bien que otros escriben que vino, siendo reina de Etiopía, a Egipto. Y añaden que reinó aquí con tanta sabiduría y justicia y que inventó las letras y muchas otras cosas útiles, mereciendo por todo honor divino, después de su muerte y tal honor, que quien osara decir que fue hombre incurriría en sentencia capital[304].

## CAPÍTULO IV

## Los días de Jacob y de su hijo José

Reinando en Asiria Baleo, décimo rey, y en Sicionia el noveno, Mesapo, que, según otros, se llamaba Cefisos (si es que en realidad es un solo hombre, y no más bien haya en estos escritos una confusión de nombres y, por tanto, de sujetos), y siendo Apis tercer rey de Argos, murió Isaac a la edad de ciento ochenta años y dejó a sus mellizos con ciento veinte. El menor, Jacob, perteneciente a la Ciudad de Dios con exclusión del mayor, tenía doce hijos. José —uno de ellos— fue vendido por sus hermanos a unos mercaderes que se dirigían a Egipto viviendo aún su abuelo Isaac[305].

---

304 Valga esta advertencia general para todo este libro. Agustín está recogiendo los datos que le brindaban los historiadores contemporáneos o pasados, más o menos fieles. Y con la cronología de éstos compara la cronología de la Biblia. Quizá entonces la historia no reprendiera su proceder, y hoy sí. Es que muchas de las hazañas históricas —según él— no son más que pura fábula y poesía, sin realidad histórica. No obstante, esto, no se debe a su pluma, sino a los historiadores, que lo han recogido como verdadera historia, y Agustín se atiene en ello al saber de los entendidos.

305 En sus *Quaestiones in Genesim* (I q.122) choca con la dificultad del problema, e intenta darle solución. La conclusión que da en esa cuestión sobre este punto de la vida de Isaac es la siguiente: *Quapropter intelligamus de vita Isaac, tanquam multurn decrepiti senis, tacuisse Scripturam, curtí iam de Iacob et eius filiis loqueretur: vivo*

José se presentó a Faraón, y fue ensalzado de la humillación en que yacía. Contaba entonces treinta años. Y es que interpretó divinamente los sueños del rey y anunció que habían de venir siete años abundantes; abundancia que sería contrarrestada por los siete años de escasez siguientes. Esto le valió el ascenso y la prefectura sobre Egipto y el ser libertado de la cárcel, donde estaba aherrojado por defender su castidad no consintiendo que su mal enamorada señora lo profanara; ella, que había de mentir luego a su crédulo señor. El, huyendo, dejó la capa en las manos de su señora. El año segundo de los siete estériles, Jacob vino a Egipto, con todos los suyos, a la edad de ciento treinta años, según la respuesta que había dado al rey. José tenía entonces treinta y nueve, pues a los treinta que tenía, cuando fue ascendido por el rey había añadido siete de abundancia y dos de hambre.

## CAPÍTULO V

## Apis, rey de Argos. Los egipcios le llamaron Sekapis y le rindieron honores divinos

En este tiempo, Apis, que había pasado con sus naves a Egipto y había muerto allí, fue tenido por el mayor de los dioses entre los egipcios. Varrón nos da una razón muy obvia de ese nombre, de Serapis que le dieron después de muerto, y no Apis. Porque —dice él— la caja que fue su tumba, hoy ya llamada sarcófago, se dice en griego σορός, y en ella comenzaron a venerarle antes de construirle su templo. De *soros* y Apis, primero se llamó Sorapis, y luego, cambiando una letra, como es corriente, se le llamó Serapis[306]. Y se decretó pena capital contra el que dijese que fue hombre. Varrón estima que para significar esto, el callar que fueron hombres, tienen en las estatuas de Isis y de Serapis, en casi todos los templos, un dedo ante los labios, como indicando silencio. Y al buey, que Egipto, con extraña superstición, alimentaba con delicados bocados en honra del dios, como lo veneraban vivo y sin sarcófago, lo llamaban Apis, no Serapis. A la muerte de ese buey, como al buscarlo se encontrara un novillo del mismo color, es decir, pintado de manchas blancas, creyeron que esto encerraba algo de maravilloso y divino. A la verdad que no era di-

*tamen Isaac, decem, et septem annorum esse coepit loseph.* Y a esta edad fue vendido por sus hermanos a los mercaderes.

306 Esta etimología ha sido muy discutida, pero parece estar conforme con la fábula que aquí refiere el Santo.

fícil a los demonios, para engañar a los hombres, presentar a una vaca preñada la imagen de ese toro, de la cual apareciera corporalmente su representación[307]. Así, Jacob hizo con varas de varios colores que sus ovejas nacieran multicolores. Y esto que los hombres pueden hacer con colores reales y verdaderos, los demonios pueden hacerlo muy fácilmente presentando colores fingidos al concebir los animales.

## CAPÍTULO VI

## **Rey de Argos y de Asiría a la muerte de Jacob**

Apis, rey de Argos, no de Egipto, murió en Egipto. Le sucedió en el trono su hijo Argos, de cuyo nombre derivan los argos y los argivos, pues con los reyes anteriores ni la ciudad ni la nación tenían ese nombre. Bajo su reinado, y siendo rey de los sicionios Erato, y Baleo de los asirios, murió Jacob en Egipto a la edad de ciento cuarenta y siete años. A la hora de su muerte bendijo a sus hijos y a los nietos por la línea de José y profetizó, con admirable claridad, a Cristo en estas palabras, pronunciadas al bendecir a Judá: *No faltará príncipe de Judá y de su descendencia el caudillo hasta que se cumpla lo que se le ha prometido. El será la esperanza de las naciones.*

Durante el reinado de Argos, Grecia comenzó a cultivar el campo y a sembrar con semillas importadas de fuera. También Argos después de su muerte fue tenido por dios y honrado con templos y con sacrificios. Este honor, ya en su reinado y antes, se rindió a un particular llamado Homogiro, que fue matado por un rayo, y fue también el primero que unció los bueyes al arado.

---

307 Se afana por dar explicación a una fábula que, por otra parte, está destituida de toda realidad histórica. Hoy a nadie se le ocurre pensar en la realidad objetiva de los hechos narrados. Es recurrir a una potencia, excesiva para los demonios y sin necesidad de ella, puesto que el mejor argumento es en este caso el de prescripción, que prueben de hecho que ha sucedido, y entonces trataremos de darles explicación.

## Capítulo VII

## Muerte de José y reyes de entonces

Reinando en Asiria el duodécimo rey, Mansito, y en Sicionia el undécimo, Plemneo, y en Argos aún Argos, murió en Egipto José a los ciento diez años. Después de su muerte, el pueblo de Dios se acreció-prodigiosamente, y permaneció en Egipto ciento cuarenta y cinco años, al principio, mientras vivieron los contemporáneos de José, tranquilamente. Luego, envidiado por su crecimiento y recelando de él, le oprimieron con persecuciones y trabajos serviles intolerables hasta ser sacado de allí. (Pero, aun en medio de estas estrecheces, crecía, como fecundado de lo alto.) En Asia y en Grecia durante este tiempo seguían en el trono los mismos reyes.

## Capítulo VIII

## Reyes y religión que se fue imponiendo al nacer Moisés

Reinaba en Asiria el decimocuarto rey, Safro; en Sicionia, el duodécimo, Ortópolis, y el quinto, Criaso, en Argos, cuando Egipto asistía al nacimiento del libertador del pueblo de Dios de la servidumbre egipcia, de Moisés. Esta esclavitud fue conveniente, para avivar así los deseos del pueblo por el auxilio de su Creador. Algunos creen que en este tiempo existió Prometeo[308]. Y, como fue uno de los grandes maestros de la sabiduría, dicen que formó los hombres de barro. Mas no se sabe quiénes fueron los reyes de su tiempo. Su hermano Atlas[309] dicen que fue un gran astrólo-

---

308 Esto nos confirma más en la opinión de que se está mezclando lo histórico con lo anecdótico y fabuloso. Agustín sigue en todo el *Chronicon* de Eusebio, que a este propósito dice: *Secundum quorumdam opinionem his temporibus fuit Prometheus, a quo homines factos esse commemorant: et re vera, cum enim sapiens esset, jeritatem, eorurn et nimiam imperitiam ad humanitatem et scientiam transfigurabat.* Sabido es que este Prometeo fue una de las grandes divinidades paganas. Fué, según la fábula, el que robó el fuego del cielo y lo inyectó en los hombres que había creado. Es, ni más ni menos, el referido por Eusebio y citado por Agustín, lo cual prueba nuestro aserto.

309 Atlas fue uno de los titanes que pretendieron escalar el cielo. Júpiter le condenó a sostener el cielo con sus hombros.

go. De aquí ha tomado pie la fábula que finge que sostiene el cielo con sus hombros, aunque hay un monte que lleva su nombre, y su altura, al parecer, ha hecho pensar al vulgo que soporta el cielo. En este tiempo se prodigaron mucho en Grecia las ficciones fabulosas. Pero hasta Cecrope, rey de los atenienses, en cuyo reinado tomó tal nombre la ciudad y Dios sacó, por medio de Moisés, e su pueblo de Egipto, fueron alistados en el número de los dioses algunos muertos, siguiendo la ciega superstición de los griegos. Entre ellos hallamos de diverso modo, en los diferentes autores, a Melantonice, esposa del rey Criaso, y a Forbas, su hijo, sexto rey de Argos después de su padre, y a Jaso, hijo de Tríopa, séptimo rey, y el rey noveno, Estenelas, o Esteneleo, o Estáñelo[310]. También cuentan que en este tiempo vivió Mercurio, nieto de Atlas por línea de su hija Maya[311], hecho que hasta las letras más vulgares cantan. Sobresalió como perito en las artes y las entregó a los hombres, motivo que le granjeó el ser tenido o creído como dios después de su muerte. A esta misma época de Argos, aunque un poco posterior, pertenece, según cuentan, Hércules, si bien es cierto que algunos lo creen anterior a Mercurio. A mi juicio, éstos se engañan. Mas, sea cualquiera la época de su nacimiento, consta por historiadores de peso que ambos fueron hombres y que por los beneficios y comodidades brindadas a los mortales para su vida merecieron de ellos honores divinos.

Minerva es mucho más antigua que éstos. Cuentan que en tiempo de Ogiges[312] se apareció, en la flor de la edad, junto al lago Tritón[313]. Por eso es llamada también Tritonia. A ella se deben invenciones raras y útiles, y la gente se inclinó tanto más a creerla diosa cuanto menos conocido era su origen. Eso de que nació de la cabeza de Júpiter es más bien ficción poética que realidad histórica. Les historiadores no están acordes en señalar la época en que vivió Ogiges, en cuyo tiempo hubo un gran diluvio, distinto de aquel diluvio universal al que no escaparon los hombres, exceptuados los del arca, desconocido para los historiadores griegos y latinos[314], pero

---

[310] Estenelas o Estenelao fue uno de los héroes que combatieron en Troya.

[311] Maya fue hija de Atlante y de Pleione. Ella tuvo de Júpiter un hijo, llamado Mercurio.

[312] Ogiges, rey y fundador de Tebas, capital de Beocia, asistió al gran diluvio que sucedió en su tiempo, y del cual ha tomado nombre.

[313] Es un lago o río de Africa cerca de la Pequeña Sirte, donde, según las tradiciones greco-egipcias, nació Palas.

[314] No sabemos a qué historiadores latinos o griegos alude en este pasaje. Sabemos, es verdad, que hay muchos autores que hablan de este diluvio, y también del acaecido en tiempo de Noé. Así, por ejemplo, Beroso, Mnaseas, Nicolás Damasceno

mayor que el de Deucalión. Varrón, por ejemplo, comienza el libro ya citado desde esa época. Y no encuentra nada más antiguo que el diluvio de Ogiges, o sea el habido en tiempo de Ogiges. Nuestros cronistas Eusebio y Jerónimo, que apoyaron su opinión en historiadores anteriores, refieren que el diluvio de Ogiges tuvo lugar después de más de trescientos años, en el reinado de Foroneo, segundo rey de Argos. Sea de eso lo que fuere, es cierto que, reinando en Atenas Cecrope, se rendía ya culto a Minerva. Y bajo este rey, Atenas fue fundada o restaurada.

## CAPÍTULO IX

## Cuándo fue fundada Atenas y origen de su nombre, según Varrón

He aquí el origen asignado por Varrón al nombre de Atenas. Viene de Minerva, que en griego se dice Ἀθηνᾶ. De buenas a primeras surgió allí un olivo, y brotó agua en otro lugar. Entonces el rey, movido por estos prodigios, envió a preguntar al Apolo de Delfos qué significaba aquello y qué se debía hacer. Respondió que la oliva significaba a Minerva, y el agua, a Neptuno, y que los ciudadanos podían elegir de esos dos nombres uno para la ciudad. Cecrope, recibido el oráculo, convocó a todos los ciudadanos de ambos sexos. (La costumbre admitía también a las votaciones públicas a las mujeres.) Propuesta la cuestión, los hombres votaron por Neptuno, y las mujeres, por Minerva. Y, como había una mujer más, ganó la votación Minerva. Entonces Neptuno, irritado, asoló con las olas encrespadas del mar las tierras de los atenienses, porque no es difícil a los demonios dar más extensión al flujo de las aguas. El mismo autor dice que, para amansar sus iras, las mujeres fueron castigadas por los atenienses con tres penas carecer en adelante de voto, no imponer el nombre de la madre a ningún hijo y no ser llamadas ateneas. Así, aquella ciudad, madre y nodriza de las artes liberales y de tantos y tan ilustres filósofos, que son lo más glorioso y noble de Grecia, fue llamada Atenas por un juego de los demonios sobre los dioses, que ocasionó la victoria de las mujeres. Y la ciudad, herida por el vencido, se vio obligada a castigar la victoria de la vencedora, temiendo más las aguas de Neptuno que las armas de Minerva. En el castigo de las mujeres sufrió también Minerva una derrota. No prestó ayuda a las que le votaron ni siquiera para que, privadas de sufragio y sin poder legar el

y Jerónimo de Egipto. Pero éstos pertenecen más bien a las lenguas bárbaras que a las citadas por el Santo.

nombre a sus hijos, se les permitiera ser llamadas ateneas y conservar el nombre de su diosa, que ganó la batalla gracias al voto. ¡Cuántas y qué cosas podrían decirse aquí si nuestra pluma no llevara tanta prisa!

## CAPÍTULO X

## **Enseñanzas de Varrón sobre el nombre de areópago y sobre el diluvio de Deucalión**

Marco Varrón se niega a dar fe a las fábulas que redundan en desdoro de los dioses por miedo a sentir indignamente de su digna majestad. Y por eso no quiere creer que el areópago, donde disputó San Pablo con loa atenienses, y cuyos, curiles se llamaron areopagitas, haya recibido ese nombre de que Marte, Ἄρης en griego, acusado de homicidio ante doce dioses, que le juzgaban en aquel pago, salió absuelto, porque obtuvo seis votos, y, cuando había empate, se acostumbraba a anteponer la absolución a la condena. Contra esta opinión, comúnmente admitida, se afana en buscar otro origen a ese nombre, basándose en el conocimiento de historias trasnochadas, con el fin de deshacer la creencia de que los atenienses derivaron el nombre de areópago de Marte y de pago, que se traduciría por el pago de Marte. Esto sería injurioso —dice— para los dioses, a quienes no puede atribuírseles los litigios y los procesos. Y sostiene que esta historia de Marte no es menos fabulosa que la de las tres diosas, Juno, Minerva y Venus, que disputaron, por la manzana de oro, ante Paris el precio de su belleza. Y resulta que para aplacar a los dioses que se deleitan con esas bellaquerías reales o aparentes se representan y se bailan entre aplausos en los teatros. Varrón no cree esto, porque, según él, desdice de la naturaleza y de las costumbres de los dioses. Mas, al asignar un origen histórico y no fabuloso al nombre de Atenas, inserta en sus escritos un pleito tal entre Minerva y Neptuno en relación con la ciudad, que, haciendo exhibición de prodigios, no se atreviera a dirimir la cuestión el mismo Apolo. Este remitió el fallo a los hombres, como Júpiter a Paris en el pleito de las diosas. Minerva venció en votos y fue vencida por la pena de las que la votaron. Fue capaz de ganar Atenas a los varones, sus adversarios, y no lo fue de llamar ateneas a sus amigas las mujeres. En este tiempo, bajo el reinado de Cranao, sucesor de Cecrope, o según Eusebio y Jerónimo, bajo Cecrope

aún, tuvo lugar el diluvio de Deucalión[315], así llamado porque él reinaba en la región principalmente inundada. Este diluvio no se extendió a Egipto y sus contornos.

## CAPÍTULO XI

## Salida de Egipto, emprendida por Moisés, y reyes que reinaban a la muerte de Jesús Nave

Moisés sacó, pues, de Egipto al pueblo de Dios en los últimos días del reinado de Cecrope, rey de los atenienses, siendo rey en Asiria Ascatades; en Sicionia, Marato, y en Argos, Tríopa. En seguida entregó al pueblo la ley recibida de Dios en el monte Sinaí. Se llamaba Viejo Testamento, porque sus promesas son terrenas, mientras que Jesucristo promete el reino de los cielos en el Nuevo. Era preciso guardar este orden, que, según el Apóstol, observa todo hombre que avanza hacia Dios, y que consiste en ser primero lo animal, y luego lo espiritual. Porque, como él dice, y es una gran verdad, *el primer hombre es el terreno, formado de la tierra, y el segundo es el celestial, venido del cielo.* Moisés gobernó al pueblo en el desierto por espacio de cuarenta años y murió de ciento veinte[316], después de haber profetizado a Cristo por la figura de las observancias carnales en el tabernáculo y en el sacerdocio, en los sacrificios y en los demás mandamientos místicos. A Moisés le sucedió Jesús Nave, el cual introdujo al pueblo en la tierra de promisión tras conquistar, por orden de Dios, las naciones que poseían aquellas tierras. Gobernó al pueblo después, de la muerte de Moisés veintisiete años[317], y murió. Reinaba entonces en Asiria Aminta, el decimoctavo rey; en Sicionia, el decimosexto, Corax; en Argos, el décimo, Danao, y en Atenas, el cuarto, Erictonio.

---

[315] Pablo Orosio en su *Historia* (1.1 c.9) escribe que el diluvio de Deucalión ocurrió el año 800 antes de la fundación de Roma, durante el reinado de Anfictión en Atenas, que es el tercero a contar desde Cecrope.

[316] Cf. el libro XIX *Contra Faustum Manichaeum.*

[317] El número de años que presidió Josué al pueblo de Dios no consta con certeza por la Escritura. De aquí que los autores se háyan dividido. Josefo le asigna veinticinco años, y Eusebio, juntamente con Sulpicio Severo y otros autores hebreos, veintisiete o veintiocho. San Agustín parece seguir esta última opinión.

## CAPÍTULO XII

# Solemnidades instituidas a los dioses falsos por los reyes de Grecia desde la salida de Israel de Egipto hasta la muerte de Jesús Nave

Por esta época, es decir, desde la salida de Egipto hasta la muerte de Jesús Nave, que introdujo al pueblo en la tierra de promisión, los reyes de Grecia instituyeron, en honor de los dioses falsos, muchas solemnidades. Estas, con augusta pompa, traían a la recordación el diluvio y la liberación de él y la vida trabajosa de los hombres, que tan pronto iban a las cimas como descendían a las simas. Porque es tal la interpretación que se da al ascenso y al descenso[318] de los lupercos[319] por la vía sagrada, que, según ella, los hombres, ante la crecida de las aguas, buscaron las cumbres de los montes, y, al tornar las aguas a sus cauces, bajaron ellos también a las simas. Cuentan además que, en este tiempo, Dionisio, por sobrenombre Libero padre, que obtuvo el título de dios después de la muerte, estando en Ática enseñó a su hostelero el arte de plantar la vid. Entonces fueron dedicados los juegos de música a Apolo de Delfos para aplacar su ira, pues que atribuían la esterilidad de Grecia a que no habían defendido su templo cuando el rey Danao invadió aquellas tierras y le prendió fuego. Pero esta dedicación se debió a un oráculo del mismo Apolo. Erictonio fue el primero que instituyó los juegos en Ática, no sólo en su honor, ¡sino también en honor de Minerva. El premio del vencedor en estos últimos era el olivo, porque dicen que Minerva enseñó su cultivo, como Libero el del vino. La fábula añade que, en ese tiempo, Xanto, rey de los cretenses, a quien otros dan nombre distinto[320], robó a Europa[321], que de ella engendró a Radaman-

---

318 Se llamaba *vía sagrada*, según la expresión de Varrón, porque allí se hizo un pacto entre Rómulo y Tacio, rey de los sabinos. Esta vía estaba en pendiente, y esto ha motivado el que se hable del ascenso y del descenso de los lupercos o de aquellos que ofrecían los sacrificios al dios Pan.

319 Los lupercos eran los sacerdotes del dios Pan, el dios de los pastores y protector de los ganados contra el lobo.

320 Eusebio en su *Cronicón* le da el nombre de Asterio. De él se dice que engendró de Europa a Radamanto, Sarpedón y Minos.

321 Europa fue hija, según la fábula, de Agenor, rey de Libia o de Lidia y de Tiro y Sidón. Júpiter se enamoró de ella, y, transformándose en toro, la robó y la llevó a aquella parte del mundo que tomó su nombre.

to[322], a Sarpedón[323] y a Minos[324], que vulgarmente pasan por hijos de Júpiter, habidos de esa misma mujer. Los adoradores de esos dioses creen histórico lo dicho del rey de Creta, y esto que cantan los poetas, lo aplauden los teatros y lo celebran los pueblos de Júpiter, lo creen pura fábula, inventada para motivo de los juegos y para aplacar las divinidades con sus falsas bellaquerías.

Por estas calendas corría también la fama de Hércules en Tiña[325], pero en realidad es distinto del famoso, de que hemos hablado arriba. La historia más oculta cuenta que hubo muchos Líberos padres y muchos Hércules. Este Hércules, de quien citan doce hazañas grandiosas, entre las cuales no mencionan la muerte del africano Anteo —proeza obrada por el otro—, cuentan las historias que se abrasó a sí mismo en el monte Eta[326] al no poder soportar, con ese poder que le permitía dominar a los monstruos, la enfermedad que padecía. En aquel tiempo, el rey, o, mejor, el tirano Busiris[327], inmola sus huéspedes a los dioses. Fue hijo, al parecer, de Neptuno y de Libia, hija de Epafo[328]; mas para no acusar a los dioses, no se crea que Neptuno cometió tal pecado, sino se atribuya a los poetas y al teatro, que aplacan con ello a los dioses. Dicen que Vulcano y Minerva fueron los padres de Erictonio, rey de los atenienses, en cuyos últimos años murió Jesús Nave. Pero, como quieren que Minerva sea virgen, añaden que Vulcano, en la refriega habida entre ambos, se excitó y derramó el semen en la tierra, y que por eso al hombre así nacido se le impuso ese nombre. Porque en griego, *refriega* es ἔρις; y *tierra,* χθών y Erictonio se compone de estas dos palabras. Y esto hay que admitirlo. Los más avisados rechazan y excluyen esto de sus dioses, y explican esta fabulosa opinión diciendo que en

322 Radamanto, hijo de Júpiter y de Europa, fue rey de Licia, y administró la justicia con tal imparcialidad y rigor, que a su muerte se creyó que fue destinado a los infiernos para juzgar, en unión de Minos y de Eaco, las acciones de los hombres.

323 Otro hijo de la famosa pareja, como queda dicho. Fue también rey de Licia, y murió en el sitio de Troya a manos de Patroclo.

324 Minos fue rey de Creta, y recibió con sus dos hermanos Radamanto y Eaco el encargo de juzgar en los infiernos las acciones de los hombres. Su esposa se llamaba Pasifae, la cual le dio un hijo, que fue el Minotauro.

325 Muchos manuscritos traen *in Syria*. Pero si éste es el Hércules que se abrasó en el Eta, será el Hércules de Argos, y debe leerse, por tanto, *in Thirinthia*, que es la ciudad del Peloponeso cerca de Argos, en que se educó Hércules.

326 Es una cadena de montes entre Tesalia y Maeedonia donde Hércules murió abrasado. Hoy se llama Kumayta, según unos, y Kalavottera, según otros.

327 Busiris es uno de los más antiguos reyes de Egipto, notable por su crueldad.

328 Hijo de Júpiter y de lo, fundó a Menfis.

el templo de Vulcano y de Minerva —era uno mismo el de ambos en Atenas— se encontró expósito un niño envuelto en un dragón, que le auguró un gran porvenir, y, como los padres del muchacho eran desconocidos, se le tuvo por hijo de Vulcano y de Minerva en atención al templo. Parece, sin embargo, más acertada en este caso la explicación de la fábula que la de la historia. Y a nosotros, ¿qué? La historia sirva de instrucción a los hombres religiosos, y la fábula, de deleite a los impuros demonios, a quienes los hombres religiosos rinden culto como a dioses. Aunque les nieguen esto, no pueden purificarlos de toda falta, porque les exhiben los juegos a petición suya y representan en ellos torpemente lo que al parecer niegan con sabiduría. Amén de que con esta falsedad y torpeza se aplacan los dioses. Y, si es verdad que la fábula canta un crimen falso de los dioses, también lo es que es un crimen verdadero deleitarse en un crimen falso.

## CAPÍTULO XIII

### Fricciones fabulosas en tiempo de los jueces

Después de la muerte de Jesús Nave, el pueblo de Dios fue gobernado por los jueces. En estos años alternaron las humillaciones y los trabajos con las prosperidades y los solaces, según sus pecados y la misericordia de Dios. En esta época se inventaron las fábulas sobre Triptolemo[329], que por orden de Ceres fue transportado por sierpes aladas y llevó, volando, trigo a las regiones necesitadas; sobre el Minotauro, la bestia encerrada en el laberinto, donde, entrando los hombres, no hallaban ya la salida, presas de inextricable error. Se fingieron también las fábulas de los centauros, mitad caballo y mitad hombre; del Cerbero, perro de tres cabezas a la entrada del infierno; de Frixo y Heles, su hermana, volando sobre un ariete. Y de esta época son también las fábulas de Gorgona, de crines serpentinas, que convertía en piedras a los que la miraban; de Belerofonte, jinete de un caballo alado, por nombre Pegaso; de Anfión, que atraía y ablandaba las piedras con la suavidad de su lira; del carpintero Dédalo y de su hijo Icaro, que volaron con alas postizas. Hay que añadir las fábulas de Edipo, quien obligó a despeñarse por sí mismo el monstruo llamado Esfinge, de rostro humano y cuatro pies, porque resolvió el enigma que presentaba como insoluble; y de Anteo, a quien mató Hércules, que fue hijo de la tierra, a lo cual se de-

---

[329] Triptolemo fue hijo de Celeo. rey de Eleusis, y, a su vez, el inventor de la agricultura.

bía que, cayendo en llena, se levantara más fuerte[330]. Quizá haya algunas otras que he pasado en silencio. Estas fábulas y otras semejantes hasta la guerra de Troya, en que dio fin Marco Varrón al segundo libro *Sobre el origen del pueblo romano,* han sido también inventadas por los ingenios humanos, basados en ciertas hazañas reales que no son vergonzosas para los númenes. Mas en cuanto a los que han fingido el rapto del bellísimo joven Ganimedes, hecho por Júpiter para cometer estupro —crimen cometido por el rey Tántalo, y que la fábula atribuye a Júpiter—; y que Dánae deseó el placer carnal por una lluvia de oro —que figura la corrupción de la mujer por el oro—, y las demás acciones y ficciones de entonces, atribuidas a Júpiter, no es posible decir el cúmulo de males que suponen en el corazón de hombres que toleran estas mentiras y las aceptan de buen grado. En realidad, cuanto con más devoción rinden culto a Júpiter, tanto más severamente debieron castigar a quienes se atrevieron a atribuirle estas torpezas. Y, sin embargo, vemos que, lejos de indignarse contra tales compositores, les sobrecoge la cólera de los dioses si no les representan esas ficciones en las tablas.

En este mismo tiempo, Latona dio a luz a Apolo, no al de los oráculos, del que hablamos antes, sino el que sirvió con Hércules a Admeto[331]. Pero ha pasado por un dios tal, que casi todos le confunden con el auténtico Apolo. Entonces, Libero padre guerreó en la India acompañado de una tropa de mujeres, llamadas las Bacas, insignes no tanto por su valor como por su furor. Algunos escriben que Libero fue vencido y preso, y otros, que fue matado en el combate por Perseo, sin callar el lugar de su sepultura[332]. Y, sin embargo, en honor de este diosecillo se instituyeron, por intervención de los inmundos demonios, las solemnidades, o, mejor, los sacrilegios bacanales. El Senado mismo, después de muchos años, se ruborizó tanto

[330] No creemos necesario hacer la relación de todas las fábulas de la mitología griega y latina. En general son ya conocidas de los entendidos y gozan solamente del valor que corresponde a su antigüedad y a sus inventores.

[331] El texto que da Migne está así compuesto, basado en sus cinco manuscritos y en los consultados por los PP. Benedictinos. Las ediciones antiguas leían así este pasaje: *sed illum quem cum Hercule ferunt Admeti regis armenta pavisse.* Pero esta lección es errónea, pues los mitólogos nunca colocan a Hércules como compañero de Apolo en su oficio de pastor. Las palabras de Agustín *cum Hercule* indican no compañía en el servicio, sino contemporaneidad con Apolo. Admeto, según la fábula, era rey de Tesalia, y de sus ganados fue pastor ese Apolo.

[332] Sobre este punto oigamos a Eusebio en su *Cronicón: Bacchus cum Perseo pugna congressus occidimr, ut scribit Dinarchus poeta, non rhetor, Qui autem voluerit, licet ei adhuc spectare Bacchi sepulcrum Delphis, iusta aureum Apollinem.*

de su rabiosa torpeza, que prohibió celebrarlos en Roma[333]. Perseo y su mujer Andrómeda, que vivían por entonces, después de muertos, fueron tan unánimemente tenidos por dioses, que no se avergonzaron ni temieron dar sus nombres a algunas estrellas.

## CAPÍTULO XIV

## Los poetas teólogos

En esta época hubo también poetas que se decían teólogos porque componían versos a los dioses. Pero los componían a dioses que, aunque fueron grandes hombres, fueron hombres, o son elementos de este mundo, creado por el Dios verdadero, u ordenados en principados y potestades según la voluntad del Creador y sus propios merecimientos. Y, si en su vasta y vana producción se halla algo sobre, el único Dios verdadero y rindieron culto con El a otros que no lo son y le prestaron el vasallaje debido únicamente al Dios verdadero, no le sirvieron como se debe. Además, Orfeo[334], Museo[335] y Lino[336] no supieron desechar de su obra las fábulas infamantes de sus dioses. Estos teólogos rindieron culto a los dioses, y, sin embargo, a ellos no se lo tributan como a dioses, bien que a Orfeo la ciudad de los impíos suele hacerle presidir, no sé cómo, los sacrificios infernales, o, por mejor decir, los sacrilegios. La esposa del rey Atainante[337], que se llamaba Ino[338], y su hijo Melicertes[339], murieron despeñándose espontáneamente en

---

333 Semejantes torpezas, según testimonio de Tito Livio, se prohibieron no solamente en Roma, sino también en casi toda Italia. Así, Tertuliano en su *Apologético* (c.6) podía escribir: *Liberum patrem cum mysteriis sitis cónsules setiatus auctoritate non modo Urbe, sed universa ludia eliminaverunt.* Sobre lo vergonzoso de estos misterios puede verse el libro VI, capítulo 9, número 1 *De civitate Dei.*

334 Orfeo, cantor y poeta tracio, fue hijo de Eagro o Apolo y esposo de Eurídice, a la cual sacó de los infiernos. Pero volvió a perderla por no haber cumplido la palabra que empeñó de no volverse durante el camino a mirar a su esposa.

335 Museo fue un poeta griego contemporáneo de Orfeo.

336 Y Lino, otro famoso poeta, que fue hijo, según unos, de Apolo y Terpsícore, y según otros, de Mercurio y Urania.

337 A nadie se le oculta que las genealogías que damos de estos nombres son las que la mitología les atribuye, no históricas, sino fabulosas. Atamante fue hijo de Eolo y rey de Tesalia.

338 Ino era hija de Cadmo y esposa de Atamante, de quien tuvo dos hijos, Learco y Melicertes. La fábula cuenta que fue también hermana de Semele. que tuvo a Baco

el mar. La opinión pública les asignó un lugar en el catálogo de los dioses. Así pasó a otros hombres de entonces, y así a Cástor y a Pólux[340]. Verdad es que a la madre de Melicertes los griegos la llaman Leucotea, y los latinos, Matuta; pero unos y otros la tienen por diosa.

## CAPÍTULO XV

## **Ocaso del reino de Argos. Pico, hijo de Saturno, sucesor de su padre en el reino de los laurentes**

Por este tiempo llegó a su ocaso el reino de Argos, y fue transferido a Micenas[341], de donde Agamenón fue rey, y surgió el reino de los laurentes[342], Pico, hijo de Saturno, fue el primero que tomó las riendas de esto imperio, siendo juez entre los hebreos Débora. Mas por ella también obraba el Espíritu de Dios, pues era profetisa. Su profecía es poco clara para poder demostrar, sin una larga exposición, que alude a Cristo. Los laurentes reinaban entonces ya en Italia. Este pueblo, después de los griegos, es

---

de Júpiter. Envidiosa Ino de la fortuna de Semele. consiguió ser nodriza de Baco. Atamante tenía otros dos hijos de su anterior matrimonio con Nefele, a los cuales Ino los odiaba cordialmente. Deseando deshacerse de ellos, consiguió que las mujeres echaran a perder las semillas que habían de sembrarse, y con esto sobrevino el hambre y la peste, que diezmaban la población. Atamante envió un comisionado a Belfos para que consultara con el oráculo de Apolo el remedio de esta desdicha. El oráculo contestó que la peste terminaría sacrificando a Frixo, hijo de Atamante y su primera esposa. Resistióse el padre, pero Frixo se ofreció al sacrificio, y, conmovido el consultor del oráculo, descubrió todo lo ocurrido. Montando en cólera, Atamante ordenó a Frixo que diera muerte a Ino y Melicertes. mientras él mataba a Learco. Pero Baco, envolviéndolos en densa y obscura niebla, salvó a su nodriza. Juno infundió en el alma de Atamante un verdadero furor, y, empeñado éste en dar muerte a Ino con sus hijos, ella huyó y se precipitó en el mar. Compadecida Venus, la convirtió en diosa con el nombre de Leucotea, y a Melicertes, en dios con el nombre de Palemón o Portumno. Otros cuentan la fábula de otro modo, pero con esto la creemos ya suficientemente explicada.

339 Melicertes era hijo, como hemos dicho, de Ino y de Atamante, y ya apuntamos en la nota anterior los azares de su vida.

340 Cástor y Pólux fueron dos espartanos famosos, a la vez que hermanos. Eran hijos de Júpiter y de Leda. A ambos se les tributaron honores divinos.

341 Micenas era una ciudad famosa de la Argólide y corte del rey Agamenón.

342 Los laurentes eran los habitantes de la ciudad que se llamó *Laurentum* y de la región de que esta ciudad era capital. A veces designa también a los romanos.

el origen más cercano de Roma. Y, sin embargo, la monarquía de los asirios aún subsistía, y contaba a Lampares su vigésimo tercer rey cuando Pico comenzó a ser primer rey de los laurentes. Vean lo que dicen sobre Saturno, padre de Pico, los adoradores de estos dioses, que niegan que fue hombre. Otros han escrito que reinó en Italia antes de su hijo Pico, y Virgilio lo dice en versos más conocidos:

En seguida reunió a los hombres feroces esparcidos por nuestras montañas. Les dio leyes, y fue su voluntad que el país donde se había ocultado, y que era para él seguro asilo, llevase el nombre de Lacio. Dícese que su reino constituyó la edad de oro.

Mas trátense éstas de ficciones poéticas y sosténgase que fue el padre de Pico Esterces, el cual, siendo un buen labrador, descubrió, según cuentan, que los campos se fertilizan con los excrementos de los animales. Su nombre viene de *stercus* (excremento), y no faltan quienes le llaman Estercucio. Sea cualquiera el motivo del nombre de Saturno, es cierto que, al hacer a Esterces o Estercucio dios de la agricultura, les acompañó la razón. En el número de esos dioses alistaron también a Pico, hijo suyo, de quien aseguran que fue un preclaro augur y un buen guerrero. Pico engendró a Fauno, segundo rey de los laurentes. Este es o fue también dios para ellos. Antes de la guerra de Troya tributaron honores divinos a los hombres muertos.

## Capítulo XVI

## **Diómedes, catalogado entre los dioses, y sus compañeros, convertidos en aves según la tradición**

Tras la destrucción de Troya, tan cantada por doquier y tan conocida de los niños, que se vulgarizó notablemente por su grandeza y las excelentes plumas de los escritores, y que se llevó a efecto en el reinado de Latino, hijo de Fauno —que dio nombre al reino de los latinos—, cesando entonces el reino de los laurentes; los griegos vencedores, abandonando a Troya, hecha polvo, y, tornando a sus hogares, sufrieron mil quebrantos y horribles pérdidas. Y, sin embargo, con ellas y todo aumentaron el número de los dioses. Hicieron dios a Diómedes, a quien cuentan que le impusieron los dioses una pena y que no se tornó a los suyos. Sus compañeros fueron convertidos en aves, y esto lo confirman no con fábula y poesía, sino con la historia en la mano. A esas aves —creen ellos—, ni él mismo, una vez

hecho dios, les pudo devolver la forma humana, ni obtener de su rey Júpiter esa gracia, como novicio en ese empíreo. Más aún, dicen que su templo se halla en la isla Diomedea, no lejos del monte Gárgano, que está en Apulia, y que esas aves moradoras de aquel lugar andan rondando el templo, obsequiándolo de tan admirable manera, que llenan sus picos de agua y luego lo rocían. Y añaden que, si se acercan por allí los griegos o descendientes de esa raza, no sólo se posan, sino que los acarician, y que, en cambio, si se acercan extranjeros, vuelan hacia sus cabezas y los pican hasta matarlos a veces. Agregan que para estos casos están armados de picos grandes y duros.

## CAPÍTULO XVII

## Sentir de Varrón sobre las metamorfosis humanas

En confirmación de este hecho cita Varrón otros casos no menos increíbles de la famosísima maga Circe[343]. Esta tornó a los compañeros de Ulises en bestias. Cita también a los arcades, que, en alas de la suerte, pasaban a nado cierto estanque, donde se convertían en lobos, y vivían con otras fieras similares en aquellos bosques. Y añade que, si se abstenían de carne humana, al cabo de nueve años tornaban a pasar el estanque y transformarse en hombres. Finalmente, cita por su nombre a un tal Demeneto, que, habiendo gustado del sacrificio de un niño que los arcades solían hacer a su dios Liceo, se trocó en lobo, y a los diez años, tornado hombre, se ejercitó en el pugilato y fue campeón en el certamen olímpico. Cree ese historiador que el motivo de que en Arcadia se diera el nombre de Liceo a Pan y a Júpiter es ése, el transformar los hombres en lobos, cosa que, según él, exige una potencia divina. Porque en griego, *lobo* se dice λύκος, y de ahí parece derivarse el nombre de Liceo. Agrega que los lupercos de Roma traen también su origen de esta semilla misteriosa.

[343] La más famosa de las magas antiguas se llamó Circes, y es esta de que aqui habla Agustín. Era hija del Sol y de Perseis. Con sus brebajes convertía los hombres en bestias. Su nombre ha pasado a ser apodo de ciertas mujeres que inspiraban amor carnal en los hombres por medio de filtros.
[54] H

## CAPÍTULO XVIII

## ¿A qué hay que atenerse en las metamorfosis humanas debidas a los demonios?

1. Mas quizá los lectores esperan mi opinión sobre tamaño embeleco de los demonios. Y ¿qué diré? Pues que se debe huir de en medio de Babilonia. Este precepto profético tiene un sentido espiritual muy profundo. Y es que se debe huir de la ciudad de este mundo, que es la sociedad de los ángeles y de los hombres impíos, avanzando hacia Dios por los pasos de esa fe que obra por el amor. Cuanto mayor vemos que es la potencia de los demonios en estas simas, con tanta mayor fuerza debemos adherirnos al Mediador, por quien subiremos de las simas a las cimas. En efecto, si dijéramos que no debe prestarse fe a estos fenómenos, no faltan aún hoy quienes aseguran haber oído o experimentado cosas semejantes. Estando en Italia oí, en más de una ocasión, que en ciertas regiones se hablaba de que las mesoneras, iniciadas en las artes sacrílegas, solían dar a los viajeros en el queso algo que los convertía al instante en bestias de carga para transportarles sus bultos, y una vez hecho esto, les tornaba a su forma anterior. Sin embargo, la metamorfosis no les trocaba la razón bestial, sino que se la conservaba racional y humana, como Apuleyo cuenta o finge en *El asno de oro.* Refiere que, una vez que tomó el brebaje, permaneciendo su ánimo humano, se convirtió en asno.

2. Esto es tan falso o, al menos, tan raro, que hay razón más que suficiente para no creerlo. Pero es preciso creer con fe sincera que Dios omnipotente puede hacer todo lo que quiere, sea castigando, sea premiando. Y, además, que los demonios no obran según la potencia de su naturaleza (pues también ella es una criatura angélica, aunque su malicia proceda de su propio vicio), sino según la permisión de Dios, cuyos juicios son ocultos, pero nunca injustos. Es otra verdad incontrovertible que los demonios, al obrar fenómenos tales como estos en cuestión, no crean naturaleza alguna, sino, a lo sumo, cambian de especie las cosas creadas por el Dios verdadero con el fin de que parezcan ser lo que no son. Así, pues, nunca por razón ninguna creeré que no sólo el ánimo, sino ni el cuerpo, puede ser realmente trocado en forma de bestia por arte o potencia de los demonios. Admito que pueda llegar al sentido de otro una forma corpórea de un modo que no sé explicar, porque la fantasía del hombre se diversifica, en imaginación o en sueños, en mil cosas, y, aunque incorpórea, es capaz de tomar formas parecidas a los cuerpos cuando los sentidos del hombre están

dormidos o aletargados. Tan es así, que a veces los mismos cuerpos humanos están tendidos en alguna parte, vivos, es cierto, pero con sus sentidos cerrados mucho más fuerte y herméticamente obturados que en el sueño. Así puede suceder que aquella fantasía aparezca como corporada en imagen de animal a los sentidos de otro, y ese otro crea que es real, como le sucede en sueños el llevar la carga. Y, si esos pesos son verdaderos cuerpos, los pujan los demonios para engañar a los hombres, que ven, en parte, cuerpos verdaderos, los de esos pesos, y, en parte, falsos, los de los jumentos[344]. Un tal Prestando contaba que su padre, habiendo tomado ese brebaje, quedó como dormido en su lecho, sin que pudiera despertarse. Algunos días después despertó cómo de un sueño, y contó que, transformado en caballo, había llevado a los soldados, con otros animales, de esos alimentos que llaman *retica,* porque se llevan a las Retías. Y luego se comprobó que había sucedido tal como lo contó. Mas él lo tuvo siempre por sueños. Otro refería que por la noche, antes de acostarse, vio que un filósofo muy conocido suyo venía a su casa y que le expuso ciertas doctrinas platónicas que antes, a petición suya, no había querido exponerle. Y como le preguntara al filósofo por qué hacía ahora lo que se había negado a hacerle en su propia casa, le replicó: «No lo hice, pero soñé que lo había hecho». Y así, el uno vio en vela, por medio de una imagen fantástica, lo que el otro vio en sueños,

3. Estos hechos han llegado a mi conocimiento no de personas desacreditadas, sino de testigos que juzgo muy dignos de fe. Si lo de las metamorfosis de los hombres en lobos debidas a los dioses o a los demonios, y consignadas en los escritos, así en los arcades, y aquello de que

Circe con sus encantamientos transformó los compañeros de Ulises es real, creo que es factible del modo que he propuesto. Y en cuanto a las aves de Diómedes, como se dice que la raza subsiste todavía, yo estimo que los hombres no fueron metamorfoseados, sino que las aves fueron puestas en su lugar, como la cierva en lugar de Ifigenia, hija del rey Agamenón. Porque es fácil para los demonios, permitiéndoselo Dios, obrar esta clase de prodigios. Pero, como la doncella fue encontrada viva después del sacrificio, fue fácil colegir que había puesto la cierva en su lugar[345]. En

[344] La más famosa de las magas antiguas se llamó Circes, y es esta de que aquí habla Agustín. Era hija del Sol y de Perseis. Con sus brebajes convertía los hombres en bestias. Su nombre ha pasado a ser apodo de ciertas mujeres que inspiraban amor carnal en los hombres por medio de filtros.

[345] En confirmación de esto hallamos en Eusebio *(Hist. Eccl.* 1.7 c.4) algo semejante. Dice él: *Dum apud Caesaream a Gendbus soler unís hostia immolaretur, fac-*

cambio, los compañeros de Diómedes, como desaparecieron súbitamente y no aparecieron más, vengándose así los ángeles malos, en que fueron transformados, en aquellas aves, que en substitución de ellos fueron llevadas allí ocultamente. Que lleven agua con sus picos al templo de Diómedes y aspergen, que acaricien a los griegos y persigan a los extranjeros, no es de maravillar que lo hagan por inspiración de los demonios. A ellos precisamente les interesa prender en los corazones la creencia de que Diómedes fue hecho dios para engañar a los hombres, a fin de que den culto a muchos dioses falsos, con injuria del Dios verdadero, y que sirvan a hombres muertos que ni en vida vivieron como debían, con templos, altares, sacrificios y sacerdotes, cosas todas ellas que, cuando son rectas, únicamente se deben al Dios verdadero y vivo.

## CAPÍTULO XIX

## **Eneas vino a Italia, siendo juez de los hebreos Labdón**

Después de la destrucción de Troya, Eneas arribó a Italia con veinte naves, portadoras de los despojos troyanos. Reinaba entonces en Italia Latino, y en Atenas, Menesteo; en Sicionia, Polifides, y en Asiría, Tautanes, y era juez de los hebreos Labdón. Muerto Latino reinó Eneas por tres años, siguiendo los reyes citados en su trono, a excepción de Sicionia, cuyo rey era ya Pelasgo, y de los hebreos, que tenían ya por juez a Sansón. A éste su maravillosa fuerza le llevó a ser creído Hércules. Los latinos hicieron dios a Eneas porque a su muerte desapareció. Los sabinos elevaron también al honor de los dioses a su primer rey, Sanco, o, como algunos lo llaman, Sancto. En esta misma época, Codro, rey de Atenas, se presentó de incógnito a los del Peloponeso, enemigos de la ciudad, para ser asesinado. Y ellos así lo hicieron. Y cuentan que de este modo libertó a su patria, porque los del Peloponeso habían recibido un oráculo según el cual saldrían vencedores si no mataban a su rey. Mas él les engañó presentándose en traje de mendigo y provocó su muerte gracias a una reyerta. A esto alude Virgilio al hablar de las reyertas de Codro. Los atenienses le rindieron honores divinos con sacrificios y todo. Siendo cuarto rey de los latinos Silvio, hijo

*tum est ut opera daemonis tanta esset sublata celeritate, ut videretur in caelum elata juisse: sed cum quídam, nomine Astyrius Deum rogaret,* rae *ita sineret hominibus illudi, aperti sunt eorum oculi; ut viderent hostiam illam ad vicinas paludes fuisse delátam atque ibi haerere.*

de Eneas, no de Creusa, de la cual nació Ascanio, tercer rey de ese pueblo, sino de Lavinia, hija de Latino, que, al parecer, fue hijo póstumo de Eneas, y siendo vigésimo nono rey de los asirlos Oneo, y decimosexto de los atenienses Melanto, y juez de los hebreos el sacerdote Helí, fue derrocado el reino de los sicionios, que contaba en su haber novecientos cincuenta y nueve años.

## CAPÍTULO XX

## La sucesión de los reyes de Israel después de los jueces

Estando en el trono los reyes citados, en Israel comenzó la monarquía, terminados ya los jueces, y Saúl fue el primer rey. De este tiempo es el profeta Samuel. Empezaban entonces a reinar entre los latinos los Silvios. El nombre lo heredaron de Silvio, primer hijo de Eneas, y este sobrenombre lo añadían siempre al nombre propio, como más tarde se apellidaron Césares los sucesores de César Augusto. A Saúl, reprobado después de cuarenta años de reinado, para que su linaje no reinara, le sucedió en el trono David. Fue entonces cuando en Atenas, a la muerte de Codro, cesó la monarquía, y comenzaron los magistrados a gobernar la república[346]. Después de David, que fue rey por espacio de cuarenta años, subió al trono Salomón, su hijo, que construyó a Dios el soberbio templo de Jerusalén. En su tiempo fue fundada entre los latinos Alba, y desde entonces los reyes del Lacio no se decían ya reyes de los latinos, sino de los albanos. A Salomón le sucedió su hijo Roboán, bajo el cual fue dividido el pueblo en dos reinos, cada uno con su propio rey.

## CAPÍTULO XXI

## Reyes del Lacio. Eneas y Aventino, dioses

El Lacio después de Eneas tuvo once reyes, y a ninguno le concedieron el honor de dios; Aventino, el duodécimo después de Eneas, habiendo sido matado en un combate y sepultado en el monte que lleva su nombre, fue añadido al número de esos dioses que ellos hacían. Hay que hacer no-

[346] Eran los llamados arcontes.

tar que algunos no quieren escribir que fue matado en un combate, sino que dicen que no apareció, y además añaden que el monte no recibió el nombre de su nombre, sino que se llamó Aventino porque allí iban las aves a posarse. Después de Aventino, el Lacio sólo ha hecho dios a Rómulo, fundador de Roma. Entre éste y aquél hay otros dos reyes. El primero es

Procas, honor de la nación troyana,

en frase de Virgilio. En su tiempo, mientras que Roma iba saliendo ya de su infancia, el reino de los asirios, el mayor por su duración, vio su fin y se eclipsó. Pasó a los medos después de casi mil trescientos cinco años, contando a Belo, padre de Nino, que fue el primer rey contento en su poquedad. Procas precedió a Amulio en el reino. Este Amulio había hecho vestal a Rea, por otro nombre Ilía, hija de su hermano Numitor y madre de Rómulo. Dicen que concibió de Marte dos mellizos, y honran o excusan el pecado fingiendo que una loba alimentó a los niños expósitos. Esta especie de animal, según ellos, está consagrada a Marte, y en este caso parecía que la loba, al reconocer los hijos de Marte, les dio a mamar de su leche. Pero no faltan quienes afirman que, viendo esos mellizos llorando, cierta mujer pública los recogió y les dio primero sus pechos (pues a esta clase de mujeres se daba el nombre de lobas, y por eso ahora los lugares torpes se llaman lupanares), y que luego esos niños llegaron a poder del pastor Fáustulo, y que fueron alimentados por su esposa Acá. Mas ¿qué tendría de particular que una fiera alimentara providencialmente a esos niños, que habían de fundar ciudad tan grandiosa, para poner al rojo la crueldad del rey, que los había mandado arrojar al agua, de la que se vieron maravillosamente libres?[347] A Amulio sucedió en el reino del Lacio su hermano Numitor, abuelo de Rómulo. Y Roma fue fundada el primer año del reinado de Numitor. Por tanto, reinó conjuntamente con su nieto Rómulo.

[347] La sentencia providencialista y la escasez de criterios históricos lleva a veces al gran genio a puerilidades que hoy, a distancia de dieciséis siglos, nos hacen reír. Sin embargo, mirado todo bajo el ojo sencillo de la fe en la Providencia, no están tan faltas de sentido estas apreciaciones. Por otra parte, hay que decir que lo uno no excluye lo otro y que San Agustín está aplicando los criterios suyos de la hermenéutica a estos hechos concretos.

## CAPÍTULO XXII

# La fundación de Roma coincidió con el fenecimiento del reino de los asirios y con el reinado en Judá de Ezequías

Para abreviar lo más posible, diré que Roma fue fundada como otra Babilonia y como hija de la primera y que ha complacido a Dios servirse de ella para humillar al universo entero y pacificarlo, reduciéndolo a la unidad de la misma república con las mismas leyes. Existían ya pueblos poderosos y aguerridos y naciones diestras en las armas, a las que no era fácil someter, y era necesario vencer con muchos peligros, con mucha sangre y con horribles jornadas. Cuando Asiria subyugó a casi toda el Asia, aunque se hizo en guerra, la guerra no necesitaba ser cruda y sangrienta, porque las naciones eran aún rudas, pocas y muy reducidas. La razón es clara, pues desde el diluvio universal, del que escaparon solamente ocho hombres en el arca de Noé, habían pasado poco más de mil años cuando Nino subyugó a toda el Asia, a excepción de la India. Roma, en cambio, no domeñó a todas esas naciones de Oriente y de Occidente que ahora vemos sometidas a su imperio con esa presteza y facilidad, porque, al ir ensanchándose, chocó con potencias fuertes y belicosas. Cuando Roma fue fundada, el pueblo hebreo llevaba setecientos diez años en la tierra prometida. De éstos, Jesús Nave gobernó veintisiete; los jueces, trescientos veintinueve, y los reyes, trescientos sesenta y dos. Era entonces rey de Judá Acaz, o, según otro cómputo, su sucesor, Ezequías, rey excelente en virtud y en piedad, que reinó —y esto consta— en tiempo de Rómulo. En el otro reino hebreo, en Israel, había ya iniciado su reinado Oseas[348].

[348] Según Larcher, esto pugna con la cronología bíblica. Josué gobernó al pueblo catorce años. Y los jueces, por espacio de cuatrocientos diez. Y Saúl fue elegido el año 1068 antes de Cristo, y Roma, fundada el 753. Por consiguiente, no era Acaz rey en Judá. Reinaba, por tanto, Joatán, hijo de Ozías. Pero hemos de hacer notar también nosotros que la cronología aun hoy no está bien definida y aun discuten los autores, si bien en sus investigaciones se dan ya bastantes fechas con mucha probabilidad.

## CAPÍTULO XXIII

## La sibila Eritrea y sus profecías sobre Cristo

1. Algunos creen que en esta época vaticinó la sibila Eritrea[349], Varrón da fe de que existieron muchas sibilas, no una sola. Es un hecho que la sibila Eritrea escribió algunas cosas claras sobre Cristo. Yo mismo he tenido el gusto de leer unos versos de mal latín y peor rima debidos a un traductor desconocido, según he podido comprobar después. El eximio procónsul Flaciano[350], hombre de palabra fácil y de saber exquisito, hablando un día conmigo sobre Cristo, me sacó un códice griego y me dijo que eran los cármenes de la sibila Eritrea. Y me hizo notar que en un pasaje el encabezamiento de los versos componían por orden estas palabras: Ἰησοῦς Χρειστὸς Θεοῦ Υἱὸς Σωτὴρ es decir, «Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador». He aquí el sentido de estos versos según otra traducción latina, más acertada y mejor rimada:

> La tierra se cubrirá de un sudor frío. Será la señal del juicio. El Rey inmortal futuro bajará del cielo y se presentará en carne para juzgar a la tierra. Y, cuando el mundo decline a su ocaso, el fiel y el infiel verán a Dios acompañado de sus santos. Las almas se presentarán al juez con sus cuerpos y en la tierra no habrá ya ni beldad ni verdeza. Los hombres dejarán sus ídolos y sus riquezas. El fuego abrasará las tierras, y, buscando cielo y mar, quebrantará los puntos del obscuro averno. Los cuerpos de los santos, libres ya de la carne, gozarán de la luz, y los pecadores serán abrasados por una llama eterna. Entonces, cada uno, descubriendo sus actos ocultos, abrirá sus secretos y Dios hará luz en los corazones. Todo entonces será llanto y crujir de dientes. El sol se obscurecerá y el coro de los astros perderá su tono. Girará el cielo, y la luna se apagará como una lámpara: se abatirán los collados y se alzarán los valles y en lo humano no habrá ni cimas ni alturas. Los montes se igualarán con los campos y el mar será innavegable. La tierra se hará añicos y las fuentes y los ríos serán torrados al fuego. Pero entonces sonará en lo alto el triste son de la trompeta, y todo se cubrirá de gritos y de llantos. La tierra se abrirá, y dejará ver su profundo y caótico abismo. Ante el tribunal del Señor

349 Esta fue una de las más famosas sibilas de entonces.

350 Ha hablado de este Flaciano én *Contra Académicos* (I 6,18: 7,19-21).

comparecerán los reyes, y los cielos verterán un torrente de fuego y de azufre.

En estos versos latinos, traducidos de cualquier modo del griego, no fue posible dar con el sentido que resulta en griego de la unión de las letras iniciales del verso, sobre todo en la V, porque en latín no hay palabras que comiencen por esa letra para poder formar una frase completa. Pero esto sucede sólo en tres versos: en el quinto, en el decimoctavo y en el decimonoveno. En efecto, si no leemos las letras que sirven de lazo de unión en la inicial de esos tres versos, recordando que en su lugar está la Y, se expresa en cinco palabras: «Jesucristo. Hijo de Dios, Salvador». Así cuando se dice en griego, no en latín. Son, pues, veintisiete versos, número que es tres elevado al cubo, porque tres por tres son nueve, y tres por nueve, haciendo la figura de lo ancho a lo alto, son veintisiete. Si unimos las primeras letras de estas cinco palabras griegas: Ἰησοῦς Χρειστὸς Θεοῦ Υἱὸς Σῶτερ, que suenan «Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador», nos dan Ἰχθύς, que significa *Pez.* Este nombre místico significa a Cristo, porque sólo él fue capaz de vivir vivo, es decir, sin pecado, en el abismo de nuestra mortalidad, semejante a las profundidades del mar.

2. Además, este poema de la sibila Eritrea, o, como otros prefieren, Cumea, no contiene en su composición nada que favorezca el culto de los dioses falsos; al contrario, habla contra ellos y contra sus adoradores tan acremente, que me parece que puede enumerarse entre los pertenecientes a la Ciudad de Dios.

Lactancio[351] inserta también en sus obras algunos vaticinios sobre Cristo de una sibila, pero no dice de cuál. He creído más acertado reunir, como si fuera uno solo, los testimonios dispersos en su obra y darlos en comprimidos. «Vendrá —dice la sibila— a las manos inicuas de los infieles, y darán a Dios bofetadas con sus manos sacrílegas, y con su impura boca le escupirán en el rostro. Y él entregará a los golpes, sin resistencia, su espalda inocente. Al ser abofeteado, callará, a fin de que nadie conozca que él es el Verbo, o de dónde viene, para hablar a los infiernos y ser coronado de espinas. Le dieron hiel por comida, y contra la sed, vinagre. Esta será la única hospitalidad que le brindarán. Y tú, necia, no conociste a tu Dios bajo el disfraz con que se presentó a los mortales, sino que lo coronaste de espinas y le diste a beber horrible hiel. EÍ velo del templo se ras-

351 Nos creemos dispensados de dar el original griego en nota. Baste hacer notar que todo esto que va a referir a continuación está tomado de la obra de Lactancio *Institutionum* (1.4 c.18-19).

gará y al mediodía una obscura noche cubrirá la tierra durante tres horas. Y morirá, es verdad, y su sueño durará tres días, y entonces, surgiendo del sepulcro, volverá a la luz. Y mostrará a los elegidos las primicias de la resurrección»[352]. *Lactancio citó* estos *testimonios* de las sibilas, tomados de aquí y de allá, en diversos lugares de su obra, según exigía el plan de la misma. Y yo, sin interpolar nada, sólo reduciéndolos a unidad, he procurado que se distingan por su encabezamiento, si es que los escritores venideros no descuidan conservarlos. Algunos autores aseguran que la sibila Eritrea no existió en tiempo de Rómulo, sino durante la guerra de Troya.

## CAPÍTULO XXIV

### Los siete sabios de Grecia y la cautividad de las diez tribus de Israel en el reinado de Rómulo, el cual a su muerte recibió honores divinos

Bajo el reinado de Rómulo vivió Tales de Mileto, uno de los siete sabios, en griego Σοφοί, que sucedieron a los poetas teólogos, entre los cuales sobresalió Orfeo. En esta misma época, las diez tribus, que en la división se llamaron Israel, fueron conquistadas por los caldeos y llevadas cautivas a su tierra. Las dos tribus de Judá quedaron en Judea, y tenían la corte del reino en Jerusalén. Los romanos, habiendo desaparecido Rómulo —cosa muy conocida del vulgo—, le alistaron en el número de los dioses. Esta práctica había caído ya en desuso, y en tiempo de los cesares se hacía sólo por adulación. Cicerón toma ocasión de aquí para tributar a Rómulo grandes elogios[353], porque mereció estos honores en una época bien civilizada y de luces, no en época de rudeza e ignorancia, en que era fácil engañar a los hombres. Pero hay que notar que aún no había hecho su aparición la ingeniosa y sutil locuacidad de los filósofos. Y, sí es verdad que las épocas siguientes no hicieron dioses a los hombres muertos, también lo es que no dejaron de dar culto y de tener por dioses a los creados por sus mayores. Y

---

352 La realidad de estos vaticinios como testimonios históricos, dado que es el mismo Lactancio el que los cita, no puede ponerse en duda. Sin embargo, se hacen sospechosos por varias razones. En primer lugar no se nos da el nombre de la sibila ni el origen de los mismos. Además, bien pudiera ser que estuvieran tomados de los profetas bíblicos. Con todo, no puede afirmarse nada concreto y definido sobre el particular.

353 Cf. libro XXII, capítulo 6.

lo que es más, aumentaron, construyendo ídolos —cosa desconocida por los antiguos—, el incentivo de la vana e impía superstición. Esto lo iban obrando en sus corazones los inmundos demonios, engañándoles con falaces oráculos para que representasen torpemente en los juegos las fabulosas torpezas de los dioses, desterradas ya en esos siglos de luces, en honor de las falsas divinidades. A Rómulo le sucedió Numa, y el que pobló a Roma de dioses, falsos por cierto, para su custodia, después de muerto no mereció ser agregado a esa caterva, como si la multitud de dioses por él creada hubiese llenado el cielo y no hubiera ya allí lugar para él. Cuentan que bajo el reinado de Manasés entre los hebreos, rey impío, que dio muerte al profeta Isaías[354], según algunos, vivió la sibila de Samos.

## Capítulo XXV

### ¿Qué filósofos brillaron durante el reinado de Tarquini o Prisco entre los romanos, y de Sedecías entre los hebreos, en tiempo de la toma de Jerusalén y de la ruina del templo?

Reinando entre los hebreos Sedecías y entre los romanos Tarquinio Prisco, sucesor de Anco Marcio, el pueblo judío fue llevado cautivo a Babilonia. Jerusalén fue destruida, y el templo construido por Salomón, derrocado. Los profetas, al reprender sus maldades e impiedades, les habían predicho este suceso, principalmente Jeremías, quien llegó a determinar el número de años. En esta época vivió Pitaco de Mitilene, otro de los siete sabios. Y, según Eusebio, los otros cinco, que con Tales y éste completan el número, vivieron también por esta época, en que el pueblo de Dios estaba cautivo en Babilonia. He aquí sus nombres: Solón de Atenas, Chilón de Lacederaonia, Periandro de Corinto, Cleóbulo de Lindos y Bías de Priene. Florecieron después de los poetas teólogos, y fueron llamados sabios porque aventajaban a los demás hombres en su loable vida y habían dado en comprimidos algunos preceptos morales. En lo tocante a las letras, ellos no legaron a la posteridad obra alguna, salvo las leyes, que, según dicen, dio Solón a los atenienses. Tales fue físico, y compuso algunos libros que contienen su doctrina. En esta misma época de la cautividad judía florecieron

---

[354] San Jerónimo escribe que Isaías fue traducido por el rey Manasés, y dice que esto consta por una tradición certísima de los hebreos. He aquí sus palabras: *Unde et nostrorum plurimi illud quod de passione sanctorum in Epístola ad Hebraeos ponitur,* serrati sunt, *ad Isaiae referunt, passionem (In c. 57 Isaiae).*

físicos como Anaximandro, Anaxímenes y Jenófanes. Entonces brillaba también Pitágoras, y de él en adelante se llamaron filósofos[355].

## CAPÍTULO XXVI

## Contemporaneidad de la libertad judía y romana

En este tiempo, Ciro, rey de los persas, que imperaba también entre los caldeos y asirios, aflojando un poco la cautividad de los judíos, dejó a cinco mil hombres libres para que fueran a reedificar el templo. Estos se limitaron a echar los cimientos y a edificar un altar, porque una invasión enemiga les impidió seguir adelante, difiriéndose la obra hasta el reinado de Darío. Durante estos años tuvieron lugar las hazañas descritas en el libro de Judit, que los judíos no han admitido en el canon. Una vez concluidos, bajo el reinado de Darío, los setenta años predichos por el profeta Jeremías, se devolvió la libertad a los judíos, reinando entre los romanos su séptimo rey, Tarquinio. Este fue desterrado, y entonces los romanos se eximieron de la dominación de sus reyes. Hasta esta época, Israel tuvo siempre profetas. Fueron muchos, y, sin embargo, tanto entre los judíos como entre nosotros, se tienen por canónicos los libros de unos pocos. Al final del libro anterior prometí citar algunos en éste, y creo llegada ya la hora.

## CAPÍTULO XXVII

## Los profetas y sus profecías

Para darnos una idea de esta época, retrocedamos algunos años. El libro de Oseas, el primero de los doce profetas menores, va encabezado así: *Palabras del Señor dichas a Oseas en el tiempo de Ozías, de Joatán, de Acaz y de Ezequías, reyes de Judá.* Amos escribe también que profetizó en tiempo del rey Ozías. Y añade además a Jeroboán, al rey de Israel que vivió en ese tiempo. Isaías, hijo de Amos, sea del profeta citado, sea de otro Amos no profeta —sentir más común—, encabeza su libro con esos cuatro reyes citados por Oseas, y dice que profetizó en tiempo de ellos. Miqueas

[355] Cf. libro VIII, capítulo 2, y libro XVIII, capítulo 37.

marca como tiempo de su profecía después de Ozías, y nombra a tres de los reyes mencionados por Óseas: a Joatán, a Acaz y a Ezequías. Estos, según se colige de sus escritos, profetizaron contemporáneamente. A ellos hay que añadir Jonás y Joel, de los cuales uno profetizó bajo Ozías, y otro, bajo Joatán, sucesor de Ozías. Pero estos dos últimos datos los hemos deducido de las crónicas, pues ellos en sus obras callan la fecha. Esta época abarca desde Procas, rey de los latinos, y Aventino, su sucesor, hasta Rómulo, rey ya de los romanos, o, mejor, hasta el principio del reinado de su sucesor Numa Pompilio, pues el reinado de Ezequías, rey de Judá, se prolongó hasta este tiempo. Y en este espacio brotaron estas fuentes proféticas. Era el fin del imperio asirio y el principio del romano. Esto significa que, como Abrahán asistió al nacimiento del imperio asirio, y a él se hicieron las promesas más claras sobre la bendición de todas las naciones en su descendencia, así ahora, al nacer la Babilonia de Occidente, en cuyo imperio se encarnaría Cristo, cumpliéndose en él las profecías orales y escritas, debían renovarse las promesas a los profetas. Hasta aquí Israel casi siempre tuvo profetas, pero desde el comienzo de su monarquía fueron más para uso propio que de los gentiles. La época en que la escritura profética se imponía con claridad para aprovechamiento de los gentiles fue precisamente ésta, en que se fundaba la ciudad que había de ser dueña y señora de las naciones. Y así fue.

## CAPÍTULO XXVIII

## Profecías de Oseas y de Amos en su relación con el Evangelio

El profeta Oseas pone tal profundidad en sus palabras, que es muy costoso sondear en ellas. Sin embargo, lo prometido es deuda. *Y sucederá* —escribe— *que en el lugar en que se les dijo: Vosotros no sois mi pueblo, serán llamados hijos del Dios vivo.* Los apóstoles mismos han entendido este texto de la vocación de los gentiles, que antes no pertenecían a Dios. Y como los gentiles son también espiritualmente hijos de Abrahán, y por eso se les llama, con razón, Israel, el profeta añade: *Y los hijos de Israel vendrán a formar una unidad, y se elegirán un solo caudillo, y se elevarán sobre la tierra.* Querer explicar esto sería desvirtuar las palabras del profeta. Recuérdese solamente la piedra angular y las dos paredes, compuestas una de los judíos y otra de los gentiles; aquélla, bajo el nombre de hijos de Judá, y ésta, de hijos de Israel, apoyándose las dos sobre un mismo caudi-

llo y elevándose sobre la tierra. El mismo profeta atestigua que estos israelitas carnales que ahora no quieren creer en Cristo han de creer en El un día, no ellos, pues pasarán con la muerte, sino sus hijos, cuando dice: *Los hijos de Israel estarán mucho tiempo sin rey, sin caudillo, sin sacrificio, sin altar, sin sacerdocio y sin profecías.* ¿Quién no ve que éste es el estado actual de los judíos? Mas oigamos lo que añade: *Y después, los hijos de Israel volverán y buscarán al Señor su Dios y a su rey David, y se maravillarán del Señor y de sus bienes en los últimos tiempos.* No hay nada más claro que esta profecía, en la que el rey David está significando a Cristo, *que nació* —como dice el Apóstol—, *según la carne, del linaje de David.*

Este mismo profeta ha predicho la resurrección de Cristo al tercer día, pero con una profundidad misteriosa, profética, donde dice: *Nos sanó después de dos días, y al tercer día las resucitaremos.* En este sentido habla aquí el Apóstol: *Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba.* Amos profetiza estos misterios en los siguientes términos: *Prepárate, Israel* —dice—, *para invocar a tu Dios. He aquí que yo soy el que forma los truenos y crea los vientos y el que anuncia a los hombres su Cristo.* Y en otro pasaje: *Ese día restauraré el tabernáculo de David, que está por tierra, y restableceré lo igualado con la tierra, y reharé lo destruido, y lo reedificaré como en tiempos pasados. De suerte que me busquen el resto de los hombres y todas las naciones en que se invocó mi nombre, dice el Señor, hacedor de tales maravillas.*

## Capítulo XXIX

## **Predicciones de Isaías sobre Cristo y la Iglesia**

1. Isaías no es del número de los doce profetas llamados menores, porque sus profecías son breves en comparación con las de los llamados mayores, que compusieron extensos volúmenes. Isaías pertenece a estos últimos; mas, por guardar el orden cronológico, lo pongo con los dos anteriores. Este profeta, entre las reprensiones que hace, las instrucciones que da y las amenazas futuras que intima al pueblo pecador, profetizó sobre Cristo y sobre la Iglesia, es decir, sobre el Rey y sobre la Ciudad que fundó, muchas más cosas que los otros. Tan es así, que algunos dicen que es

más evangelista que profeta[356]. En gracia a la brevedad, me limitaré a citar un solo texto. Hablando en persona de Dios Padre, dice: *Sabed que mi siervo será sabio y será colmado de honor y de gloria. Como será el asombro para muchos, así su belleza y su gloria será desfigurada y deshonrada por los hombres. El será objeto de admiración para muchas naciones, y los reyes escucharán en silencio, porque aquellos a quienes nada se había anunciado de él, lo verán, y los que no habían oído hablar de él, sabrán quién es. Señor, ¿quién ha creído a nuestra palabra? Y ¿a quién se ha revelado el brazo del Señor? Hemos balbuceado ante él como niño, y nuestra lengua será raíz en tierra árida. En él no hay ya ni gloria ni belleza. Le hemos visto, y está privado de atractivo; su belleza está desfigurada y* es *el más deforme de los hombres. Es un hombre todo llagado y hecho a llevar enfermedades. Su rostro está desfigurado y afrentado, sin que nadie haga aprecio de él. El pujó nuestros pecados y padece por nosotros, y nosotros creíamos que sus dolores, sus llagas y sus aflicciones eran propias, siendo en realidad llagado por causa de nuestras iniquidades y quebrantado por nuestros pecados. El castigo, causa de nuestra paz, descargó sobre él, y sus cardenales nos han curado a nosotros. Hemos sido todos como ovejas descarriadas, siguiendo cada cual la senda de su error, y el Señor le entregó por nuestros pecados. Y él, así castigado, no abrió su boca. Como oveja fue llevado al sacrificio, y como cordero al trasquilador, sin chistar, así con la boca cerrada. Su abatimiento fue el pedestal de su gloria. ¿Quién podrá explicar su generación? Le quitarán la vida y por los pecados de mi pueblo le darán muerte. Su sepultura costará la vida a los pecadores y los ricos tomarán venganza de su muerte, pues que él ni hizo maldad alguna ni engaño en su boca. Mas el Señor quiso limpiarle su llaga. Si diereis vuestra vida por el pecado, veréis una larga descendencia. El Señor quiere librar su alma del dolor, mostrarle la luz y colmarle de sabiduría y justificar al justo que es sacrificado por muchos. El cargará con sus pecados. Así adquirirá dominio sobre muchos y repartirá los despojos de los poderosos. A ese fin fue entregada a la muerte su alma y fue contado en el número de los pecadores. Llevó sobre sus hombros los pecados de muchos y fue entregado a la muerte por sus pecados.* Esto sobre Cristo.

2. Oigamos lo que añade sobre la Iglesia. Dice así: *Alégrate, estéril, tú que no pares; rompe en voces de júbilo y de contento, tú que no das a luz, porque son ya muchos más los hijos de la abandonada que de la que*

---

[356] Así lo expresan San Jerónimo en su epístola 103, a Paulino, y en la 117, a Paula y Eustaquio, y San Cirilo en la 1.ª *Orado in Isaiam.*

*tiene marido. Extiende el lugar de tu morada y de tus rediles y asegura bien tus fundamentos. No dejes de hacerlo; extiende tus cordeles y afianza bien tus estacas. Extiéndete aún a derecha y a izquierda, y tu descendencia heredará las naciones y poblarás las ciudades desiertas. No temas por los reproches que se te hagan ni te ruborices, porque has sido difamada, pues olvidarás tu confusión eterna y no recordarás más el oprobio de tu viudez. El que te hace esta merced es el Señor, cuyo nombre es el Señor de los ejércitos, y el que libra se llama el Dios de Israel y de toda la tierra,* etc. Basten estos testimonios, aunque algunos puntos requieran explicación. Tengo para mí que son suficientes textos tan claros para obligar a los enemigos a entenderlos aun contra su voluntad.

## CAPÍTULO XXX

## Profecías de Miqueas, Jonás y Joel

1. El profeta Miqueas, hablando de Cristo, bajo la imagen de un gran monte, dice así: *En los últimos tiempos aparecerá el hombre de Dios elevado sobre la cima de los montes y se levantará sobre los collados. Y allí irán a toda prisa los pueblos y las naciones y dirán: Venid, subamos al monte del Señor y a la casa de Jacob, y nos enseñará su camino, y nosotros marcharemos por sus senderos, porque la ley saldrá de Sión, y la palabra del Señor, de Jerusalén. El juzgará a muchos pueblos y sujetará a las naciones poderosas por mucho tiempo.* El mismo profeta dice del lugar en que nació Cristo: *Y tú, Belén, casa de Efrata, eres la más pequeña para contarte entre las demás de Judá. De ti saldrá el que ha de ser caudillo de Israel. que fue engendrado desde el principio y desde toda la eternidad. Por eso Dios abandonará a los suyos hasta el tiempo en que dé a luz la que está de parto, y el resto de sus hermanos se reunirán con los hijos de Israel. El se detendrá, contemplará y apacentará su grey con la autoridad y el poder recibido del Señor, y le rendirán honor al Señor, su Dios, porque ahora será él glorificado hasta el confín de la tierra.*

2. El profeta Jonás no anunció a Cristo tanto por sus discursos cuanto por esa especie de pasión que sufrió. Esto es más elocuente y claro que lo fueran sus palabras sobre la muerte y la resurrección del Salvador. Pues ¿por qué fue ingerido en el vientre de una ballena y arrojado al tercer día sino por significar que Cristo había de salir del sepulcro al tercer día?

3. Las profecías de Joel obligan a una amplia explicación para esclarecer las relativas a Cristo y a la Iglesia. Con todo, no omitiré una de ellas, alegada también por los apóstoles cuando, reunidos los fieles, descendió sobre ellos el Espíritu Santo, que Cristo les había prometido. *Después de esto* —dice— *yo derramaré mi espíritu sobre toda clase de hombres. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros ancianos tendrán sueños, y vuestros jóvenes, visiones. Y en esos días derramaré también mi espíritu sobre mis siervos y siervos.*

## CAPÍTULO XXXI

## La salvación dei, mundo por Cristo, predicha por Abdías, Nahún y Habacuc

1. Tres de los profetas menores, Abdías, Nahún y Habacuc[357], ni ellos nos dan las fechas de sus profecías ni se hallan en las crónicas de Eusebio y de Jerónimo. Verdad es que juntan a Abdías con Miqueas, pero no en el pasaje en que dan la fecha en que profetizó Miqueas según sus propios escritos. Pero me imagino que esto se debe a error del copista, descuidado sobre todo cuando se trata de los trabajos ajenos. Los otros no los he hallado en los códices de las crónicas que he consultado. Mas, ya que están admitidos en el canon, es preciso darles también cabida aquí. Los escritos de Abdías son los más cortos de todos los profetas, y en ellos habla contra Idumea, es decir, contra la nación de Esaú, el mayor de los dos hijos de Isaac y nieto de Abrahán, que fue reprobado. Ahora bien: si por Idumea entendemos los gentiles, tomando la parte por el todo, podemos muy bien aplicar a Cristo esto entre otras cosas: *La salvación y la santidad estarán sobre el monte de Sión*. Y poco después, al fin de la profecía: *Y los redimidos del monte de Sión surgirán para defender el monte de Esaú, y reinará el Señor*. Es evidente que esto se cumplió cuando los redimidos del monte de Sión, es decir, de Judea, los que creen en Cristo, y sobre todo los apóstoles, surgieron para defender el monte de Esaú. ¿Cómo lo defenderían sino por la predicación del Evangelio, salvando a los que han creído y sacándoles del poder de las tinieblas, para transferirlos al reino de Dios? Esta idea la expresó al añadir: *Y reinará el Señor*. El monte de Sión significa la

[357] Suponemos que alude a Habacuc por las palabras que cita continuación. Sin embargo, el texto latino conserva *Ambacum*, que es el empleado por los Setenta. Este es el que recoge Agustín, pero nosotros lo traducimos por el nombre conocido.

Judea, donde, según la profecía, estará la salvación y la santidad, que es Jesucristo. El monte de Esaú es Idumea, figura de la Iglesia de los gentiles, que defendieron, como he expuesto, los redimidos del monte de Sión para que reinara el Señor. Esto antes de cumplirse estaba obscuro; pero, un vez cumplido, ¿qué fiel no lo comprende?

2. El profeta Nahún, mejor diría, Dios por el profeta, dice: *Quebraré los ídolos tallados y de fundición y los pondré en sepultura, porque he aquí sobre los montes los pies ligeros del que viene a evangelizar y a anunciar la paz. Solemniza tus festividades y cumple tus votos, que ya no se acercarán más a ti para que envejezcas. Todo está consumado, cumplido y derrocado. Ya sale a campaña el que alienta en tu rostro y te libra de la tribulación.* Quién subió de los infiernos y sopló el Espíritu Santo en el rostro de Judá, es decir, de los judíos, sus discípulos, tráigalo a la recordación el que haya leído el Evangelio. Aquellos cuyas festividades se renuevan de tal modo que no envejecen más, pertenecen al Nuevo Testamento. Ahora vemos ya por tierra los ídolos tallados y de fundición, es decir, los ídolos de dioses falsos, y como sepultados en el olvido. Sabemos, además, que esta profecía se cumplió también en este punto.

3. En cuanto a Habacuc, ¿de qué otra venida habla sino de la de Cristo cuando dice: *El Señor me respondió: Escribe claramente esta visión sobre tablillas para que la entienda el que lea. Porque esta visión es para un tiempo determinado, y se cumplió al fin, y no caerá en vacío. Si tardare, aguántalo, porque el que viene, vendrá y no se demorará?*

## CAPÍTULO XXXII

## Profecías de la oración y del cántico de Habacuc

Y en su oración y cántico, ¿a quién dice sino a Cristo nuestro Señor: *Oí, Señor, tu palabra, y me llené de temor. Señor, he contemplado tus obras y me he quedado asombrado?* ¿Qué es esto sino una sorpresa extraordinaria a vista de tan inefable salud, nueva y súbita de los hombres? *En medio de los animales serás conocido.* ¿Qué significan estos animales? 0 son los dos Testamentos, o los dos ladrones, o Moisés y Elías, con quienes habló sobre el monte. *Cuando venga su hora, serás conocido, y, en llegando el tiempo, te manifestarás.* No necesita explicación. *Cuando se hubiere turbado mi alma en él, en lo más recio de tu cólera, te acordarás de tu misericordia.* ¿Qué indican estas palabras sino a los judíos, personificados en

él, que era de su nación, los cuales, bajo la más cruel ira, crucificaron a Cristo, y a quienes se dirigió, acordándose de su misericordia, en estos términos: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen? Dios vendrá de Temán, y el Santo, de un monte umbroso y espeso.* Otros, en lugar de Temán, traducen del austro o del áfrico Esto significa el mediodía, es decir, el ardor de la caridad y el esplendor de la verdad. El monte umbroso y esposo puede interpretarse de muchos modos, pero yo lo tomaría de buen grado por la profundidad de las Sagradas Escrituras, que contienen profecías sobre Cristo. En ellas hay muchas cosas obscuras y ocultas que ejercitan la mente del investigador. De allí viene cuando el que entiende le halla allí. *Su poder brilló en los cielos, y la tierra está llena de sus maravillas.* ¿Qué es esto sino lo que dice el salmo: *Ensálzate, ¡oh Dios!, sobre los cielos y haz brillar tu gloria por toda la tierra? Tu esplendor será como la luz* es igual a decir que su fama iluminará a los fieles. Y ¿qué significa: *El poder está en tus manos,* sino el trofeo de la cruz? *Y ha establecido el yelmo firme de su caridad y de su fortaleza.* Esto no precisa ni explicación siquiera. *Ante él vendrá la palabra, y ella saldrá en el despoblado tras sus pisadas.* Que es decir: Fue prenunciado antes de venir y anunciado después de llegado. *Se detuvo, y la tierra se conmovió;* es decir, se detuvo a ayudar, y *la tierra se movió* a crecer. *Miró, y se marchitaron las naciones,* o sea, se compadeció, y los pueblos hicieron penitencia. *Quebrantó con violencia los montes;* es decir, quebrantó, con la fuerza de sus milagros, el orgullo de los soberbios. *Los collados eternales se abatieron,* se humillaron en el tiempo para ser ensalzados en la eternidad. *He visto sus entradas eternas, precio de sus trabajos;* o sea, vi el trabajo de la caridad premiado con la eternidad. *Los tabernáculos de Etiopía y las tiendas de la tierra de Madián se cubrirán de espanto;* que, es decir: los pueblos, sorprendidos de pronto por el anuncio de tus maravillas, aun los no sometidos al imperio romano, se agregarán al pueblo cristiano. *¿Te enojaste, Señor, contra los ríos y montaste en cólera contra el mar?* Esto alude a que no vino ahora a juzgar al mundo, sino a salvarle. *Porque montas sobre tus caballos, y tu viaje es la salvación;* que es decir: tus evangelistas, a quienes gobiernas, te llevarán, y tu Evangelio es la salvación para los que creen en ti. *Flecharás tu arco contra los cetros, dice el Señor;* amenazarás con tu juicio aun a los reyes de la tierra. *Los ríos, rasgarán la tierra,* es decir, las corrientes oratorias de tus predicadores abrirán los corazones de los hombres para que te confiesen; de esos hombres a quienes se dice: *Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos.* ¿Qué significa: *Te verán y se dolerán los pueblos* sino llorarán para ser bienaventurados? Y ¿qué quiere decir: *Al andar dispersarás las aguas,* sino, andando en tus predicadores, esparces aquí y allá

los ríos de tu doctrina? ¿Qué significa: *El abismo alzó su voz?* ¿Expresó por ventura la profundidad del corazón humano? *La profundidad de su fantasía.* Es esto una especie de exposición del versillo anterior, porque *profundidad* equivale a *abismo.* Y al añadir *de su fantasía,* debe sobrentenderse *alzó su voz,* es decir, expresó lo que vió. Porque la imaginación es una visión que no pudo ocultar ni retener, sino que la ha publicado en alabanza. *El sol se elevó y la luna permaneció en su orden.* Ascendió Cristo al cielo, y su Iglesia quedó ordenada bajo su rey. *Tus flechas irán a la luz;* es decir, tus palabras serán predicadas no en privado, sino en público. *Al resplandor del relampaguear de tus armas;* se entiende: *irán tus flechas.* El había dicho a sus discípulos: *Lo que os digo en la noche, decidlo a la luz del día. Tus amenazas achicarán la tierra;* o sea, humillarás a los hombres con tus amenazas.

*Y derribarás las naciones con tu furor,* porque tu castigo allanará a los que se engallan. *Saliste para salvar a tu pueblo, para salvar a tus cristos o ungidos enviaste la muerte sobre la cabeza de los pecadores.* Esto es claro. *Los cargaste de cadenas hasta el cuello.* Por *cadenas* pueden entenderse las felices prisiones de la sabiduría, de forma que metan los pies en sus grillos, y el cuello, en su argolla. *Las rompiste hasta poner espanto en la mente;* se sobrentienden *las cadenas,* pues les puso las buenas y les rompió las malas, de las cuales se dice: *Has roto mis cadenas.* Y esta expresión: *Con espanto en la mente,* significa *de modo maravilloso. Las cabezas de los poderosos se moverán en ella;* es decir, en esa admiración. *Y abrirán sus bocas como el pobre que come a escondidas.* Algunos poderosos de los judíos venían al Señor maravillados de sus hechos y dichos, y comían hambrientos y a escondidas, por miedo a los judíos, el pan de la doctrina, como lo hace notar el Evangelio. *Metiste en el mar tus caballos y agitaron muchas aguas;* es decir, muchos pueblos. Y es que unos no se convertirían por miedo y otros no perseguirían con furor si no fueran todos agitados. *Reparé en esto, y se pasmó mi corazón al considerar mis propias palabras. Y un temblor penetró hasta mis huesos, y todo mi interior se turbó.* Reflexionando sobre sus palabras, quedó sorprendido de las sentencias que iba dejando caer proféticamente, y en las cuales contemplaba las cosas futuras. El preveía este tumulto de los pueblos y las próximas persecuciones de la Iglesia, y en seguida, reconociéndose miembro de ella, dice: *Yo reposaré en el día de la tribulación,* como siendo de aquellos que se gozan en esperanza y sufren pacientemente la tribulación. *A fin de irme a encontrar con el pueblo de mi peregrinación,* apartándome del pueblo malo, de su parentesco carnal, que, no siendo peregrino en el mundo, no busca la patria celestial. *Porque la higuera no dará frutos y las viñas no brotarán.*

*Faltará él fruto a la oliva y los campos no darán qué comer. No habrá ovejas en las majadas ni bueyes en los establos.* Veía que esta nación, que había de dar muerte a Cristo, perdería los abundantes bienes espirituales, que ha figurado, a usanza de los profetas, por la fecundidad de la tierra. Y porque esta nación ha sido víctima de la ira divina, pues, ignorando la justicia de Dios, ha querido establecer en su lugar la propia, añade luego: *Yo me holgaré en el Señor y me regocijaré en el Dios mi Salvador. El Señor, mi Dios y mi poder, asentará perfectamente mis pies y me pondrá en lo alto para que salga victorioso por su cántico;* a saber, por aquel cántico del que se dice algo semejante en el Salmo: *Asentó mis pies sobre piedra, dando firmeza a mis pasos. Y puso en mi boca un cántico nuevo, un himno en loa de nuestro Dios.* Triunfa, pues, por el cántico del Señor el que se complace en las alabanzas de Dios, no en las propias, a fin de que *el que se gloríe, se gloríe en el Señor.* Por lo demás, algunos códices traen: *Me regocijaré en Dios, mi Jesús,* y me parece mejor que la otra traducción, en la que no se emplea ese nombre tan dulce y amoroso[358].

## CAPÍTULO XXXIII

## **Profecías de Jeremías y de Sofonías sobre Cristo y la vocación de los gentiles**

1. Jeremías es uno de los profetas mayores, como Isaías, no de los menores, ya alegados. Profetizó reinando en Jerusalén Josías, y entre los romanos, Anco Marcio, próxima ya la cautividad de los judíos. Sus profecías se prolongaron hasta el quinto mes de la cautividad, según se colige de sus escritos. Junto a él se halla Sofonías, uno de los menores, que dice que profetizó también en tiempo de Josías, pero no dice hasta cuándo. Jeremías, por tanto, profetizó no sólo en tiempo de Anco Marcio, sino también en tiempo de Tarquinio Prisco, quinto rey de los romanos, que ya estaba en el trono cuando la cautividad. Jeremías, pues, dice de Cristo: *El Cristo, el Señor, resuello de nuestra boca, ha sido preso por nuestros pecados,* mostrando así, en pocas palabras, que Cristo es nuestro Señor y que padeció por nosotros. Y en otro pasaje: *Este es mi Dios, y en su presencia no hay*

[358] San Agustín tenía una sensibilidad exquisita, mística y literaria. El nombre de Jesús le agrada, le suena bien, le es dulce. Es que lo había mamado con la leche materna. En la lectura del *Hortensio,* de Cicerón, sólo halló un vacío, la ausencia del nombre de Jesús en sus páginas. Cf. *Confess.* III 4,8.

*nadie comparable a él. El halló todos los caminos de la sabiduría y la dio a su siervo Jacob y a Israel, su amado. Después se ha dejado ver sobre la tierra y ha conversado con los hombres.* Algunos atribuyen este testimonio no a Jeremías, sino a un amanuense suyo llamado Baruc; pero ordinariamente se atribuye a Jeremías[359]. Y el mismo profeta vuelve a decir: *Mirad que viene el tiempo, dice el Señor, en que yo haré nacer de David un vástago, un descendiente justo, el cual reinará como Rey, y será sabio y gobernará la tierra con rectitud y justicia. En aquellos días suyos, Judá será salvo e Israel vivirá tranquilamente; y el nombre con que será llamado aquel Rey es el de justo Señor o Dios nuestro.*

He aquí cómo habla de la vocación futura de los gentiles (que ahora vemos cumplida): *Señor, mi Dios y mi refugio en el día de la aflicción; las naciones vendrán a ti desde los confines de la tierra y dirán; En realidad, nuestros padres adoraron simulacros mendaces, y no hay en ellos utilidad alguna.*

Y como los judíos no habían de conocerlo y le habían de dar muerte, el mismo profeta añade: *Grave y profundo es el corazón del hombre, y ¿quién lo conocerá?* El pasaje citado en el libro XVII sobre el Nuevo Testamento, cuyo Mediador es Cristo, es también de este profeta. Dice así: *He aquí que viene el tiempo, dice el Señor, en que firmaré una nueva alianza con la casa de Jacob,* etc.

2. Ahora voy a alegar las predicciones de Sofonías, contemporáneo de Jeremías, sobre Cristo: *Espérame, dice el Señor, en el día de mi resurrección, porque mi voluntad es congregar las naciones y reunir los reinos.* Y también: *El Señor se mostrará terrible contra ellos y exterminará a todos los dioses de la tierra, y le adorarán todas las naciones de la tierra, cada una en su país.* Y un poco después: *Entonces infundiré en los pueblos y en su descendencia una lengua, a fin de que todos invoquen el nombre del Señor y le sirvan bajo un mismo yugo. Desde los confines de los ríos de Etiopía me traerán ofrendas. Entonces no serás ya confundida por todas las impiedades que has cometido contra mí, porque yo borraré de ti las maldades de tus ofensas. Y dejarás ya de gloriarte sobre mi monte santo y haré de ti un pueblo manso y humilde, y el resto de Israel temerá el nombre del Señor.* A estos restantes alude otra profecía que recuerda el Apóstol en estos términos: *Aunque tu pueblo, Israel, fuera como la arena*

---

359 Hoy se da como un hecho que esta profecía es de Jeremías, pues en general están los escrituristas acordes en decir que Baruc era el amanuense de Jeremías, como se lee en la misma profecía.

*del mar, los restantes se salvarán.* Los restantes de esa nación creyeron en Cristo.

## CAPÍTULO XXXIV

## **Profecías de Daniel y Ezequiel, concordes en lo referente a Cristo y a su Iglesia**

1. Daniel y Ezequiel, dos de los profetas mayores, profetizaron durante la cautividad de Babilonia. Daniel determinó ya hasta el número de años que pasarían antes de la venida y pasión de Cristo. Hacer aquí el cómputo sería largo, amén de que ya lo han hecho otros antes que yo. De su poder y gloria habla en estos términos: *He tenido una visión en sueños en la que vi que venía entre las nubes del cielo un personaje que parecía el Hijo del hombre y que avanzó hasta el Anciano de días. Y, en presentándose ante él, le dio el principado, el honor y el reino, y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán. Su poder es un poder eterno, que no pasará, y su reino será indestructible.*

2. Ezequiel a su vez, al estilo de los profetas, figurando a Cristo en David, de cuya descendencia tomó la carne en forma de esclavo, por la que se hizo hombre, y por la cual el Hijo de Dios es llamado también siervo de Dios, lo prenunció, hablando en persona del Dios Padre, así: *Y suscita un pastor que apaciente mis rebaños, mi siervo David. El los apacentará y él será su pastor. Y yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David será el príncipe en medio de ellos. Lo he dicho yo, el Señor.* Y en otro lugar: *Y habrá solamente un rey que los mande a todos, y nunca más formarán ya dos naciones, ni en lo venidero estarán divididos en dos reinos. No se contaminarán más con sus ídolos, ni con sus abominaciones, ni con todas sus maldades; y yo los sacaré salvos de todos los lugares donde ellos pecaron, y los purificaré, y ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios. Y mi siervo David será rey, y uno solo será el Pastor de todos ellos.*

## Capítulo XXXV

## Vaticinios de Ageo, de Zacarías y de Malaquías

1. Aún quedan tres profetas menores que profetizaron al fin de la cautividad, y son Ageo, Zacarías y Malaquías. Ageo predijo a Cristo y a la Iglesia, breve, pero claramente, en estos términos: *Esto dice el Señor de los ejércitos: Todavía un poco de tiempo, y yo pondré en movimiento el cielo y la tierra, el mar y los continentes. Pondré en movimiento todas las naciones y vendrá el Deseado de todas las gentes.* Esta profecía está ya en parte cumplida, y en parte esperamos que se cumplirá al fin. Conmovió ya el cielo con el testimonio de los ángeles y de las estrellas en su encarnación. Movilizó la tierra con el inmenso milagro de su nacimiento de una virgen. Movió el mar y los continentes cuando Cristo fue anunciado en las islas y en el orbe entero. Así vemos que todas las gentes están abocadas a la fe. Esto que sigue: *Y vendrá el Deseado de todas las gentes,* debe entenderse de su segunda venida[360], porque para ser deseado por los que le esperan convino que fuera antes amado por los creyentes.

2. Zacarías habla así de Cristo y de la Iglesia: *Regocíjate sobremanera, hija de Sión, y salta de júbilo, hija de Jerusalén, porque he aquí que vendrá a ti tu Rey, el Justo y el Salvador; vendrá pobre y montado sobre una asna y su pollino. Y dominará desde un mar a otro, y desde los ríos hasta los confines de la tierra.* El Evangelio nos enseña en qué ocasión se sirvió Cristo de esta cabalgadura, y hace mención, en parte, de esta profecía. En otro pasaje, el profeta, dirigiéndose al mismo Cristo y hablando de la remisión de los pecados que había de obrar su sangre, dice: *Y tú por la sangre de tu testamento hiciste salir a los tuyos, que se hallaban cautivos, de la cisterna sin agua.* La regla de fe nos da libertad para interpretar esa cisterna de diversas maneras[361]. A mi juicio, la mejor significación de esa palabra es la profundidad seca y estéril de la miseria humana, en la que no corren los ríos de la justicia, sino el fango de la iniquidad. De ella se dice en un salmo: *Y me sacó de la cisterna de mi miseria, y del lodo de la tierra.*

---

[360] Así lo ha interpretado también San Justino. Cf. en el capítulo 48 de este mismo libro.

[361] San Jerónimo, San Cirilo y más tarde Santo Tomás, a quienes han seguido casi todos los modernos, interpretan ese texto del limbo de los justos o seno de Abrahán, donde estaban las almas de los justos detenidas hasta la resurrección de Cristo.

3. Malaquías, anunciando la Iglesia, que vemos propagada por Cristo, dice claramente a los judíos en persona de Dios: *Mi afecto no va hacia vosotros, dice el Señor de los ejércitos; ni aceptaré de vuestra mano ofrenda alguna. Porque desde levante a poniente es grande mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrificará y se ofrecerá a mi nombre una ofrenda pura, pues es grande mi nombre entre las naciones, dice el Señor.* Este sacrificio es el ofrecido por el sacerdocio de Cristo según el orden de Melquisedec, que vemos que se ofrece en todo lugar desde oriente a poniente. Y no pueden negar que cesó el sacrificio de los judíos, a quienes dijo: *Mi afecto no va ya hacia vosotros ni aceptaré de vuestra mano ofrenda alguna.* ¿A qué esperan aún otro Cristo, si esta profecía, que ven cumplida, sólo puede ser cumplida por él? Y poco después añade él mismo en persona de Dios: *Mi alianza en él fue alianza de vida y de paz, y yo le di que me temiera santamente y tuviera respeto a mi nombre. La ley de la verdad regía su boca, anduvo conmigo en paz y convirtió a muchos de sus pecados. Los labios del sacerdote han de ser el depósito de la ciencia, y han de esperar todos la ley de su boca, porque es el ángel del Señor omnipotente.* No es extraño que se llame ángel del Señor omnipotente a Jesucristo. Como se le llanto siervo por la forma de siervo que tomó, así se le llama ángel por el Evangelio que anunció a los hombres. Porque Evangelio, traducido a nuestro idioma, es igual a buena nueva, y ángel, a nuncio. Y todavía dice más: *He aquí que envío mi ángel, y él oteará el camino ante mí. Y luego vendrá a su templo el Señor, a quien vosotros buscáis, y el ángel del Testamento, a quien deseáis. Vedle; ahí viene, dice el Señor omnipotente. ¿Quién aguantará el día de su llegada? Y ¿quién resistirá su mirada?* En este pasaje se anuncia la primera y la segunda venida de Cristo, es a saber: la primera, en estas palabras: *Y luego vendrá a su templo,* es decir, a su carne, de la que dijo en el Evangelio: *Destruid este templo, y yo le reedificaré en tres días;* y la segunda, en estas otras: *Vedle; ahí viene, dice el Señor omnipotente. ¿Quién aguantará el día de su llegada? Y ¿quién resistirá su mirada?* Estas expresiones: *El Señor, a quien vosotros buscáis, y el ángel del Testamento, a quien deseáis*, significan a los judíos, que buscan y desean a Cristo a tenor de las Escrituras que leen. Pero muchos de ellos no han conocido que el Mesías que deseaban y buscaban ya ha venido, poique sus merecimientos anteriores cegaron sus corazones. El Testamento a que aludió antes cuando dijo: *Mi Testamento se pactó con él,* o aquí al nombrar al ángel del Testamento, es, sin duda alguna, el Nuevo Testamento, en el que se han prometido bienes eternos, no el Viejo, en el que se prometieron temporales. Muchos débiles en la fe, teniendo en gran estima estos últimos bienes y sirviendo al Dios verdadero por ese premio, se tur-

ban al ver que también los impíos nadan y sobrenadan entre ellos. Por este motivo, el mismo profeta, para distinguir la felicidad eterna del Nuevo Testamento, que sólo se da a los buenos, de la felicidad terrena del Viejo, que se da con cierta frecuencia a los malos, dice: *Tomaron cuerpo vuestras palabras contra mí, dice el Señor, y dijisteis: ¿En qué te hemos difamado? Habéis dicho: Es vano todo aquel que sirve a Dios. Y ¿qué nos viene a nosotros de haber guardado tus mandamientos y de haber andado en oración delante del Señor omnipotente? Ahora nosotros beatificamos a los extraños y se renuevan los obradores del mal, y los que han ido contra Dios también se salvan. Esto hablaron entre sí los que temían a Dios. Y Dios estuvo atento y escuchó y escribió ante él un libro de memoria a los que temen al Señor y reverencian su nombre.* Este libro es figura del Nuevo Testamento. Por fin, escuchemos lo que sigue: *Y ellos serán mi heredad, dice el Señor omnipotente, el día que yo me ponga a obrar, y yo los elegiré como el padre elige al hijo obediente. Y vosotros mudaréis de. parecer, y notaréis la diferencia que hay entre el justo y el injusto, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Porque he aquí que llega el día encendido como un horno ardiendo y los abrasará. Todos los extranjeros y todos los pecadores serán como estopa, y ese día que se aproxima los quemará, dice el Señor omnipotente, y no quedará de ellos ni ramas ni raíces. Y a vosotros los que teméis mi nombre os nacerá el sol de justicia, que trae la salvación a la sombra de sus alas. Saldréis fuera y saltaréis de gozo como novillos sueltos. Hollaréis a los pecadores y serán polvo bajo vuestros pies el día en que yo obrare, dice el Señor omnipotente.* Este día es el día del juicio. De él, si Dios quiere, hablaremos más ampliamente en su lugar.

## CAPÍTULO XXXVI

## Esdras y los libros de los macabeos

Después de estos tres profetas, Ageo, Zacarías y Malaquías, escribió Esdras en esta misma época en que el pueblo fue librado de la cautividad babilónica. Pero pasa más por historiador que por profeta. Su libro es parecido al de Ester, en el que se cuentan sus hazañas, realizadas en alabanza de Dios no lejos de este tiempo. Quizá se pueda decir que Esdras profetizó a Cristo en la disputa suscitada entre algunos jóvenes sobre cuál es el ser más poderoso del mundo. Y habiendo dicho uno que los reyes, otro que el vino y otro que las mujeres, que mandaron algunas veces a los reyes, este

último terminó probando que es la verdad la que se lleva la palma. Y resulta que el Evangelio nos dice que Cristo es la verdad. Desde la restauración del pueblo hasta Aristóbulo, los judíos fueron gobernados no por reyes, sino por príncipes. El cómputo de ese tiempo no se enumera en las Escrituras canónicas, sino en otras; así, en los libros de los Macabeos[362], tenidos por canónicos por la Iglesia y por apócrifos por los judíos. La Iglesia piensa así a causa de los sufrimientos terribles y admirables de esos mártires. que antes de la encarnación de Cristo lucharon por la ley de Dios hasta la muerte y soportaron males extraños e inauditos.

## CAPÍTULO XXXVII

## Las profecías son más antiguas que la filosofía pagana

En tiempo de nuestros profetas, cuyos escritos se han difundido por el mundo entero, aún no existían filósofos entre los gentiles. Al menos no se llamaban así, puesto que el nombre tiene su origen en Pitágoras de Samos, que comenzó a brillar y a ser conocido cuando se concedió la libertad a los judíos. Luego los demás filósofos fueron muy posteriores a los profetas. En efecto, Sócrates mismo, maestro de cuantos florecieron en aquel entonces, el príncipe de la moral o parte activa, viene en las crónicas después de Esdras. Poco después nació Platón, que aventajaría con mucho a los demás discípulos de Sócrates[363]. Si a éstos añadimos los siete sabios, que aún no se llamaban filósofos, y luego los físicos, que sucedieron a Tales en la búsqueda y estudio de la naturaleza, Anaximandro, Anaxímenes, Anaxágoras y algunos otros anteriores a Pitágoras, ni ellos son anteriores a todos nuestros profetas. Tales, el más antiguo de los físicos, floreció, según cuentan, en el reinado de Rómulo, cuando el río de la profecía brotó de la

---

[362] El canon ha admitido estos libros, y como canónicos son tenidos hoy. Cf. *De. doctr. christ.* II 7,13; *Contra Epist. Gaudentii* I 16,38.

[363] Una vez hechas estas tablas cronográficas, nos permitimos hacer ciertas observaciones. Y la primera es que San Agustín se funda en la obra de Eusebio, continuada por San Jerónimo. No es, pues, de su propia cosecha. Pero todo ello significa solamente la altura en que se desarrollaban los estudios de entonces, que hoy carecen de valor en lo que respecta a la cronología. La ciencia ha avanzado demasiado para fijarnos en esos pormenores. Aunque esas concordancias de épocas fueran verdaderas, no probarían nada. Mas Agustín lleva una finalidad en la obra, y la consigue. Y en esto radica su mérito, amén del gran saber que suponía en su tiempo la lectura de todas esas obras a que él hace referencia.

fuente de Israel en esa serie de escritos que inundaron el mundo entero. Sólo los poetas teólogos, Orfeo, Lino y Museo, y si hubo algunos otros entre los griegos, fueron anteriores a los profetas hebreos, cuyos escritos están canonizados. Pero tampoco ellos han

Precedido a nuestro gran teólogo Moisés, que anunció al único los verdadero y cuyos escritos ocupan el puesto de honor en el campo del canon. Así, los griegos, cuya lengua ha enriquecido grandemente las letras humanas, no tienen por qué jactarse de su sabiduría como más antigua, y menos como superior a nuestra religión, única fuente de sabiduría auténtica. Sin embargo —y esto hay que admitirlo—, no solamente en Grecia, sino también en las naciones bárbaras, como en Egipto, había ya antes de Moisés semilla de doctrina, que para ellos era sabiduría. Si esto no fuera verdad, los Libros santos no dirían que Moisés estaba versado en toda la sabiduría de los egipcios, pues allí donde nació y fue adoptado y alimentado por la hija del faraón, allí fue educado en las artes liberales. Mas ni la misma sabiduría de los egipcios precedió a la de los profetas, puesto que Abrahán también fue profeta. Y ¿qué sabiduría pudo haber en Egipto antes de que Isis, a la cual, después de muerta, rindieron culto como a una gran diosa, les enseñara las letras? Ahora bien, Isis fue hija de Inaco, primer rey de Argos, y en esta época ya habían nacido los nietos de Abrahán[364].

## CAPÍTULO XXXVIII

## Sabiduría del canon eclesiástico

Y si nos remontamos a tiempos más antiguos, antes del diluvio existía ya el patriarca Noé, a quien llamaría con fundamento profeta, porque el arca que construyó era una profecía del cristianismo. Y ¿qué decir de Henoc, el séptimo de los descendientes de Adán? ¿No dice de él el apóstol Santiago, en su Epístola canónica, que profetizó? Sus escritos no han sido admitidos en el canon ni por los judíos ni por nosotros porque su antigüe-

[364] El enorme empeño del Santo por probar la antigüedad de nuestra sabiduría es fácilmente explicable por su afán apologético y de impugnación. El cristianismo y su precedente ha gozado siempre de la posesión de la verdad y su sabiduría es la más antigua en el mundo, como que es la sabiduría de Dios. Pero Agustín quiere probar esto también humanamente. Y a primera vista lo consigue. De hecho, en su tiempo nadie contestó a las conjeturas que él hace en esta obra.

dad los hacía sospechosos[365]. Es verdad que se escriben obras cuya autenticidad no les parece dudosa a quienes, según su propio criterio, creen lo que les place. La castidad del canon no los aceptó no porque rechace la autoridad de esos hombres que agradaron a Dios, sino porque no cree en su autenticidad. Además, no es de extrañar que se tengan por sospechosas obras publicadas a nombre de antigüedad. Así, vemos que en la historia de los reyes de Israel y de Judá —que creemos verdadera por ser canónica — se citan muchas hazañas que allí no se encuentran, y se remite a otros libros escritos por profetas, y a veces nos dan el nombre de los mismos. Y, sin embargo, no han sido admitidos en el canon consagrado por el pueblo de Dios. Confieso que la razón de esto se me oculta, so pena de decir que esos hombres a quienes el Espíritu Santo revelaba las cosas dignas de ser canonizadas por la religión pudieran escribir unas cosas como hombres e historiadores, y otras, como profetas, por inspiración divina. Y de este modo, unas se debían atribuir a ellos como tales sujetos y otras a Dios, que hablaba por ellos. Aquéllas se debían a investigación científica, y éstas a autoridad religiosa. Esta autoridad es el custodio del canon, y si al margen de él se publican algunos escritos con el nombre de profetas antiguos, no sirven ni a título de erudición, porque es incierto si son del autor a quien se atribuyen. A esto se debe el que no se dé fe a esos libros, sobre todo a los que contienen cosas contrarias a los libros canónicos, prueba ésta infalible de su inautenticidad[366].

---

[365] La prudencia es la máxima seguida en la admisión de una obra en el canon. Porque esta admisión, hecha tradicional, lleva consigo la inspiración, y, por tanto, la inerrancia. Por eso, los escritos publicados a nombre de un personaje muy antiguo se hacen sospechosos, porque no hay testigo, ni la tradición lo es de que sea auténtico. Y por eso se rechaza con justa causa y muy razonablemente. Para esta categoría quedan relegados los apócrifos.

[366] Este pasaje es interesantísimo para la introducción al estudio de la Sagrada Escritura. Es preciso distinguir ante todo los libros inspirados de los no inspirados, los compuestos *diligentia historica* y los escritos *inspiratione divina.* Además, distingue también él perfectamente la autenticidad de la canonicidad. Por todo lo cual se hace acreedor este capítulo a un estudio particular.

CAPÍTULO XXXIX

## Los hebreos y su lengua

No se debe pensar, como piensan algunos, que la lengua hebrea solamente ha sido conservada por Héber, que dio su nombre a los hebreos, y que de él pasó a Abrahán, y que las letras hebreas comenzaron desde la ley dada por Moisés. Es más creíble que tan celebrada lengua con sus letras ha sido conservada a través de los siglos desde la época primitiva[367]. En efecto, Moisés estableció en el pueblo de Dios maestros que enseñaran las letras antes de conocer las letras de la Ley divina. La Escritura llama a estos hombres γραμματοεισαγωγεῖς, que puede traducirse por inductores o introductores a las letras justamente porque las inducen, es decir, las introducen, en cierto modo, en el corazón de los discípulos o, por mejor decir, introducen en ellas a los discípulos. Que no se gloríe, pues, nación alguna de su sabiduría como más antigua que nuestros patriarcas y profetas, a quienes asistió la sabiduría divina, puesto que ni Egipto, que acostumbra a jactarse falsa y vanamente de la antigüedad de su sabiduría, puede recabar para sí esta prioridad. Y nadie ose tampoco decir que los egipcios fueron muy sabios en las disciplinas mágicas antes de que las letras llegaran a su conocimiento, es decir, antes de que Isis los instruyera. Además, su celebrada sabiduría ¿a qué se reducía sino a astronomía y a alguna otra ciencia análoga, más propia para ejercitar los ingenios que para hacer al hombre verdaderamente sabio? En cuanto a la filosofía, que cree enseñar a los hombres el modo de hacerse felices, no floreció en ese país hasta los días de Mercurio, llamado Trismegisto. Florecieron, por tanto, esos estudios mucho antes que los sabios o filósofos griegos, pero después de Abrahán, de Isaac, de Jacob y de José. Y también después de Moisés. Porque Atlas, ese gran astrólogo, hermano de Promoteo y abuelo materno del gran Mercurio, de quien fue nieto Mercurio Trismegisto, vivía cuando nació Moisés.

---

[367] Hoy sabemos que el hebreo es una lengua relativamente moderna. Su pretendida antigüedad ha sucumbido ante las investigaciones.

## CAPÍTULO XL

## Vanidad de los egipcios. Su ciencia no es tan antigua

Es, pues, vano que ciertos charlatanes, hinchados de necia presunción, digan que hace más de cien mil años que es conocida en Egipto la astrología. ¿En qué libro han encontrado este número, ellos que han aprendido las letras de su maestra Isis hace poco más de dos mil años? Esta es afirmación de Varrón, historiador de talla, y está acorde con la verdad de las divinas Letras. Y si desde Adán, que es el primer hombre, apenas han pasado seis mil años, los que adelantan opiniones a una verdad tan reconocida, ¿no merecen más bien ser ridiculizados que refutados?[368] ¿A quién podemos creer mejor para cosas pasadas que a quien predijo las cosas futuras que vemos ya cumplidas? Además, la misma discordancia de los historiadores entre sí nos brinda un argumento fuerte para creer con más cordura a los que no se oponen a la historia divina[369], Cuando los ciudadanos de la ciudad impía, esparcidos por todo el mundo, leen a hombres muy sabios, todos de igual autoridad en la materia, y ven que disputan entre sí sobre los hechos más alejados de nuestra época, no saben a qué atenerse ni a quién dar fe. En cambio, nosotros, apoyados en la autoridad divina, en lo concerniente a nuestra religión, no dudamos que cuanto se opone a ella es una falsedad, sea cual fuere el valor que se dé a esas historias en las letras profanas. Y es que, sean verdaderas o falsas, no tienen gran importancia para llevar una vida recta y feliz.

---

[368] Quizá la ciencia de hoy pudiera sonreír también de Agustín. Pero en su tiempo éste era un argumento muy válido e inconcuso.

[369] En principio había que decir qué la inspiración no hace poetas, como ya vio, con visión clara, San Jerónimo. El medir los historiadores profanos por su conformidad o disconformidad con la historia qué se da en la Escritura, creemos que no es criterio. La razón es que los hagiógrafos no intentaban directamente hacer historia, mientras que los otros sí. *A posteriori*, sin embargo, podemos ir apreciando que los descubrimientos nos muestran que la Escritura, aun en su parte histórica, está muy conforme con la realidad, y que, si bien es cierto que narra los sucesos a su modo, con todo, no se separa de la verdad.

## CAPÍTULO XLI

# Discordancia de la filosofía y concordancia de las Escrituras en la Iglesia

1. Pero dejemos ya a los historiadores y preguntemos a los filósofos, que parecen tener un solo fin en sus escritos: encontrar un medio de vida apto para arribar a la felicidad: ¿Por qué discrepan los discípulos de sus maestros, y los condiscípulos entre sí, sino porque procedieron en la búsqueda como hombres y por razonamientos humanos?[370] Admito que ha podido influir el afán de gloria, anheloso cada cual de aventajar a los demás en sabiduría y en sutilidad, sin allanarse a la sentencia ajena e inventando una doctrina y una opinión propias; y también que algunos o muchos se separaron de sus maestros o condiscípulos únicamente por el amor a la verdad, luchando por ella aunque no lo fuera. Mas ¿qué puede o adonde y por dónde conduce la infelicidad humana a la beatitud si no lleva por guía la autoridad divina? Nuestros autores, admitidos y enmarcados en el canon de las sagradas Letras, no disienten entre sí nunca y en nada. Esto ha dado pie a la creencia, tan extendida no entre cuatro charlatanes de escuela y gimnasios, sino entre los hombres del campo y de la ciudad, tanto doctos como indoctos, de que al escribir, o les habló Dios, o Dios habló por ellos. Y fue preciso que fueran pocos para que su número no vulgarizara este patrimonio de la religión, y que no fueran tan pocos que restaran admirabilidad a su perfecta concordia. Entre la multitud de filósofos que dejaron por escrito sus doctrinas no es fácil hallar dos que estén acordes en todos los puntos. Y no insisto, porque mostrar esto sería largo.

2. ¿Qué autor hay en esta ciudad demonícola tan aprobado, sea de la escuela que sea, que condene a los demás que opinan cosas adversas y diversas? ¿No estaban en boga y de moda en Atenas a la vez los epicúreos, afirmando que los dioses no cuidan de las cosas humanas, y los estoicos, sosteniendo, por el contrario, que las dirigían y defendían dioses protectores? Por eso, siempre me ha extrañado que Anaxágoras fuera condenado por haber dicho que el sol era una piedra ardiente, negando a Dios, puesto que Epicuro vivía en su esplendor y en plena seguridad en la misma ciu-

[370] San Agustín estaba ya de vuelta de las escuelas de los filósofos. En sus *Confesiones* nos asegura que su error consistió en buscar no con la razón y la inteligencia, sino con los sentidos, y que su materialismo y la imposibilidad en que se vio de pensar una substancia inmaterial procedía precisamente de eso. Hay que desligarse del hombre para aprehender al hombre.

dad, no sólo negando la divinidad del sol y de los demás astros, sino defendiendo que no había en el mundo ni Júpiter ni otras potencias a las que llegaran las plegarias y súplicas de los hombres. ¿No brillaba en Atenas Aristipo, que ponía el sumo bien del hombre en el placer del cuerpo, y Antístenes, que lo radicaba en la virtud del ánimo, haciendo consistir la suma de la vida en fines tan diversos y tan contrarios entre sí? Además, el primero decía que el sabio debía huir el gobierno de la república, y el segundo, que debía gobernarla, y cada cual reunía discípulos, que continuaban su escuela. Cada uno combatía con su tropa por su propia opinión, y se discutía en pleno día en el vasto y celebérrimo Pórtico[371], en los gimnasios, en los jardines[372], en los lugares públicos y en las casas. Unos sostenían que no había más que un mundo; otros, que muchos; unos, que el mundo ha tenido principio; otros, que no; unos, que tendrá fin, y otros, que será eterno; unos, que es gobernado por la mente divina, y otros, por la fortuna y el azar. Unos defendían que las almas son inmortales, y otros, que mortales. Y los defensores de la inmortalidad, unos dicen que retornan a las bestias; otros, que no; y los de la mortalidad, unos sostienen que mueren con el tiempo, y otros, que viven después más o menos tiempo y que luego mueren. Unos hacen consistir el sumo bien en el cuerpo; otros, en el ánimo; otros, en ambos, y otros añaden a éstos los bienes extrínsecos. Unos decían que debía creerse siempre a los sentidos del cuerpo; otros, que no siempre, y otros, que nunca[373].

¿Qué pueblo, qué reinado, qué autoridad pública de la ciudad impía sentó plaza de juez para definir entre opiniones tan opuestas de los filósofos, aprobando unas y rechazando otras? ¿No es verdad que las recibió todas indiferentemente, aunque se trataba no de algún pedazo de tierra o de alguna suma de dinero, sino de las cosas más trascendentales, que deciden la felicidad o miseria de los hombres? Aunque en realidad se enseñaban algunas verdades, la falsedad campeaba con la misma licencia. Tan es así, que esta ciudad se llama místicamente, y no sin razón, Babilonia que, es decir, como ya hemos apuntado, Confusión. Importa poco al diablo, que es

---

[371] De aquí tomaron su nombre los estoicos, de στοα = pórtico, donde acostumbraban a tener sus disputas.

[372] El jardín de Academo, que sirvió de palestra a los platónicos, que luego tomaron el nombre de académicos, con las diversas ramas, que ya conocemos.

[373] Toda esta exposición es la síntesis más reducida que se ha hecho de las doctrinas de las dos grandes corrientes filosóficas, la estoica y la epicúrea. A veces se mezcla también el platonismo, pero en menor escala. No se necesita ir señalando la doctrina de cada una de ellas en estas sentencias, porque son harto conocidas y fáciles de descifrar.

su rey, que los hombres se debatan entre sí por errores contrarios, puesto que su impiedad los tiene esclavizados a todos por igual.

3. En cambio, esa nación, ese pueblo, esa ciudad, esa república, en una palabra, los israelitas, a quienes se confió la palabra de Dios, nunca confundieron a los seudoprofetas con los profetas auténticos, sino que, siempre concordes entre sí y en nada discordes, reconocían y retenían a los verdaderos autores de las sagradas Letras. Para ellos, éstos eran los filósofos, es decir, los amadores de la sabiduría, sus sabios, sus teólogos, sus profetas y sus doctores en probidad y en piedad. Quien ha sentido y vivido según sus máximas, no ha vivido y sentido según los hombres, sino según Dios, que habló por ellos. Si prohíben el sacrilegio, es Dios quien lo prohíbe. Y si dicen: *Honra a tu padre y a tu madre,* es precepto de Dios. Y si dijeron: *No fornicarás, no hurtarás, no matarás,* y demás mandamientos, no son palabras de hombres, sino oráculos divinos. Todas las verdades que algunos filósofos llegaron a discutir entre sus errores y se afanaron por persuadir con esmero, como, por ejemplo, que Dios ha creado el mundo y que lo administra con providencia, y cuanto escribieron sobre la belleza de las virtudes, el amor a la patria, la fidelidad en la amistad, las buenas obras y lo concerniente a las buenas costumbres, aunque desconociendo el fin a que debían tender y los medios, todo ha sido predicado al pueblo en la Ciudad de Dios por boca de los profetas sin argumentos y sin disputas. Así, el iniciado en estas verdades temería despreciar, no el ingenio humano, sino la palabra del mismo Dios.

## CAPÍTULO X LII

## Providencia de Dios en la traducción del Antiguo Testamento, hecha del hebreo al griego

Uno de los Ptolomeos, rey de Egipto, se empeñó en conocer y poseer estas sagradas Letras. A la muerte del admirable coloso Alejandro de Macedonia, por sobrenombre Magno, que había subyugado toda el Asia y casi al orbe entero, parte por la fuerza y las armas, y parte por el terror, conquistando, entre otras regiones de Oriente, a Judea, sus capitanes dividieron el reino, no para gobernarlo en paz, sino para deshacerlo en guerras. Justamente en esta época comenzaba en Egipto el reinado de los Ptolomeos. El primero fue el hijo de Lago, que llevó cautivos a Egipto a muchos judíos. Ptolomeo Filadelfo, su sucesor, les dio la libertad y les permi-

tió volver a su país. Y, lo que es más, envió presentes para el templo de Dios, y pidió al entonces pontífice Eleazar que le mandara las Escrituras, pues sin duda había oído, en alas de la fama, que eran divinas, y deseaba por ello señalarles un lugar en su famosa biblioteca. El sumo sacerdote se las envió en hebreo, y el rey pidió intérpretes para traducirlas. Y se le enviaron setenta y dos hombres, seis de cada tribu, muy versados en la lengua hebrea y en la griega. La costumbre ha logrado llamar a esta versión la versión de los Setenta. Se cuenta que en la traducción hubo una unanimidad tan maravillosa, tan estupenda y tan plenamente divina, que, habiéndola hecho cada uno por separado (así quiso Ptolomeo probar su fidelidad), coincidieron tanto en el sentido como en las palabras, de tal suerte que parecía obra de un solo intérprete. Y no es de extrañar, puesto que en todos actuaba un mismo Espíritu[374]. Dios, con este admirable don, quiso encarecer a los gentiles que habían de creer un día, como vemos ya cumplido, la autoridad de las Escrituras como obra divina, no humana.

## CAPÍTULO XLIII

## Autoridad y valor de los Setenta

Aunque otros han traducido las Sagradas Escrituras del hebreo al griego, como Aquila, Símaco, Teodoción y un autor desconocido, cuya versión por este motivo se llama Quinta Edición[375], la Iglesia ha recibido la versión de los Setenta como si fuera única, y de ella se sirven los griegos cristianos, la mayor parte de los cuales ignoran si hay alguna otra. Sobre esta versión de los Setenta se ha hecho una versión al latín, que es la usada

---

[374] En la versión de los Setenta es preciso distinguir dos partes bien diferentes; una histórica y otra fabulosa. La histórica consiste en el hecho de haber pedido Ptolomeo traductores a Eleazar y de haber hecho éstos la traducción para el famoso *Museion.* Lo fabuloso es lo inventado en una carta del Seudo-Aristeas, en la que se narra todo este cuento, que San Agustín recoge y aprueba. Ese poner a cada traductor en una habitación distinta y hacer cada uno por su cuenta la versión, y al final coincidir. Esto es inadmisible y debe rechazarse.

[375] San Agustín, siguiendo a San Epifanio y a otros, menciona la Quinta Edición después de Símaco, quizá porque en la Hexaplar de Orígenes está puesta junto a la edición de Aquila la primera de Símaco y la edición posterior de Teodoción. Pero es de notar que, además de la Quinta Edición, se conocía también ya una Sexta, ambas incluidas en la famosa obra de Orígenes en las columnas quinta y sexta. Al parecer, San Agustín desconocía la sexta.

en las iglesias latinas[376]. Y en nuestros días, Jerónimo, hombre de mucho saber y muy versado en las tres lenguas, ha traducido las Escrituras directamente del hebreo al latín. Los judíos reconocen que ésta es muy fiel y sostienen que los Setenta se han equivocado en muchos puntos. Sin embargo, las iglesias de Cristo estiman que la autoridad de estos hombres escogidos por el pontífice Eleazar para tal obra debe anteponerse a toda otra. Y es que, aun cuando no les hubiera asistido un solo Espíritu, el divino indudablemente, sino que hubieran comparado, como hombres sabios, las palabras entre sí y dejaran las que eran del agrado de todos, su versión sería siempre preferible a la de un particular. Mas como en ellos apareció una nota tan clara de la divinidad, cualquiera versión fiel de la Escritura que se haga del hebreo a otra lengua, o está acorde con los Setenta o, si no lo está al parecer, debe creerse que hay allí algún profundo misterio. Porque el mismo Espíritu que asistió a los profetas cuando componían las Escrituras, ese mismo animaba a los setenta varones cuando las traducían. Y es indudable que pudo decir muy bien otra cosa con autoridad divina, como si los profetas hubieran dicho ambas cosas, porque las dos las diría el mismo Espíritu. Pudo decir la misma cosa de diversas maneras, a fin de que, si no las mismas palabras, al menos descubrieran el mismo sentido los buenos entendedores. Pudo además añadir u omitir algo para mostrarnos que el traductor no fue esclavo de las palabras, sino del poder divino, que le llenaba y dirigía en la obra. Algunos han pensado que es preciso corregir la versión de los Setenta por los códices hebreos, pero no se han atrevido a quitar lo que los Setenta añadieron a los hebreos. Se limitaron únicamente a añadir lo que faltaba en los Setenta y se hallaba en los hebreos. Y esto lo han hecho notar poniendo al principio de los versículos ciertos signos en forma de estrellas, que llaman asteriscos.

Lo que falta en los hebreos y existe en los Setenta, lo han señalado con trazos horizontales, semejantes a los signos de las onzas. Códices de éstos, y en abundancia, los hallamos aún hoy entre nosotros. Y para apreciar las cosas que no han sido ni omitidas ni añadidas, sino que han sido dichas de otro modo, bien tengan un sentido abiertamente idéntico, bien un sentido diferente, es preciso cotejar y confrontar ambos códices. Si, pues, como debe ser, no consideramos a los hombres que compusieron las Escrituras más que como instrumentos del Espíritu de Dios, diremos que las cosas que se hallan en el hebreo y no se hallan en los Setenta, quiso el Espíritu divino decirlas por los profetas y no por éstos. Y cuanto hay en los Setenta y falta en el hebreo, el mismo Espíritu prefirió decirlas por éstos,

[376] Cf. De *doctr. christ.* II 14,21; 15,22; 16,23.

mostrando de esta suerte que unos y otros fueron profetas. A este tenor dijo unas cosas por Isaías; otras, por Jeremías, y otras, por este o aquel profeta, o dijo esas mismas de otra forma por éste o por aquél. En fin, cuando se contienen en las dos fuentes las mismas cosas, el Espíritu quiso servirse de unos y de otros para decirlas, pero de tal modo que aquéllos precedieron profetizando y éstos siguieron interpretando sus profecías. El mismo Espíritu que asistió a los primeros, estableciendo entre ellos una concordancia perfecta, ese mismo apareció en los segundos, conduciendo su pluma para dar interpretaciones idénticas[377].

## CAPÍTULO X LIV

### Una discordancia entre los Setenta y el texto hebreo. Su explicación

Tal vez diga alguno: ¿Cómo sabré qué dijo el profeta Jonás a los ninivitas: *Todavía tres días, o todavía cuarenta días,* y *Nínive será destruida?* ¿Quién no ve que el profeta, enviado para conminar a Nínive su inminente destrucción, no pudo señalar en tal coyuntura dos términos diferentes y que se excluyen el uno al otro? Porque, si es a los tres días, no lo será a los cuarenta, y si a los cuarenta, no a los tres. Si se me pregunta cuál de los dos ha señalado Jonás, creo más acertado el hebreo: *Todavía cuarenta días,* y *Nínive será destruida,* porque los Setenta, al interpretarlo mucho después, han podido hacerle decir otras palabras, que, sin embargo, están relacionadas con el tema y expresan en otros términos un solo y mismo sentido. Además, invitaría al lector a que, sin desdeñar ninguna autoridad de éstas, se apoyara en la historia y buscara la causa motiva de la historia narrada. Los acontecimientos predichos se cumplieron en Nínive, es verdad, pero hay algo más profundo y superior a esa ciudad en ellos, como fue verdad que efectivamente el profeta estuvo tres días en el vientre de un cetáceo, y, sin embargo, figuraba otro que había de estar tres días en el sepulcro, y éste era el Señor de todos los profetas. Por tanto, si por esa ciudad entendemos figurada proféticamente la iglesia de los gentiles, que fue destruida, en cierto modo, por la penitencia, en cuanto que no será más lo que había sido, como el cambio de esta iglesia, figurada por Nínive, fue

[377] Empeñado en su visión milagrosa de los Setenta, llega hasta concederles inspiración. Las reglas que aquí da para la fijación del texto son válidas en lo que hace a los textos griegos y latinos.

obra de Cristo, es el mismo Cristo el simbolizado en los tres o en los cuarenta días. En los cuarenta, porque, después de su resurrección, vivió cuarenta días entre sus discípulos, y luego subió al cielo, y en los tres, porque resucitó al tercer día. Así parece que los setenta intérpretes y profetas han querido despertar al lector anheloso únicamente de atenerse a los datos históricos, invitándole a profundizar en el contenido de la profecía y diciéndole en cierta manera: Busca en los cuarenta días al mismo en que puedes hallar los tres días, y verás que unos se cumplen en la ascensión, y otros, en la resurrección. Esto pudo, pues, significarse, con mucho acierto, por los dos números, en el profeta Jonás, de una manera, y en los Setenta, de otra, pero siempre por obra de un solo y mismo Espíritu. Esquivo la prolijidad, y por eso no quiero aducir otros ejemplos, en los que se creería que los Setenta se alejan de la verdad del hebreo, y, bien entendidos, están perfectamente acordes. De aquí que yo, a mi modo, haya creído acertado servirme del hebreo y de los Setenta, siguiendo el ejemplo de los apóstoles, que, al citar, así lo hicieron, porque, a fin de cuentas, son una misma autoridad divina. Mas prosigamos, según nuestras posibilidades, nuestro empeño.

## CAPÍTULO XLV

## Decadencia de los judíos y fin de los profetas

1. Desde el momento en que los judíos dejaron de tener profetas, la nación empeoró, aunque se prometían un florecimiento en esta época de la restauración del templo después de la cautividad de Babilonia. Este era el sentido que aquel pueblo carnal había dado a la profecía de Ageo: *La gloria de esta última casa será grande, será mayor que la de la primera.* Pero lo que precede a esto nos pone de manifiesto que hablaba del Nuevo Testamento, pues dice, prometiendo claramente a Cristo: *Yo pondré en movimiento todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las gentes.* Los Setenta, con autoridad de profetas, han dado a las palabras otro sentido, que conviene mejor al cuerpo que a la cabeza, es decir, a la Iglesia mejor que a Cristo: *Vendrán las naciones que el Señor ha elegido entre todas,* es decir, vendrán los hombres de los que dice Cristo en el Evangelio: *Muchos son los llamados y pocos los elegidos.* En efecto, de esos elegidos de las naciones, como de piedras vivas, se edifica la casa de Dios por el Nuevo Testamento, casa mucho más gloriosa que el templo construido por Salo-

món y restaurado después de la cautividad. Desde entonces, la nación judía no tuvo más profetas y sufrió males sin cuento de parte de los reyes extranjeros y de los romanos con el fin de que no creyeran que esta profecía de Ageo se cumplió en la restauración del templo.

2. Poco tiempo después fue sometida al imperio de Alejandro. Y, aunque entonces no causó ningún estrago, pues, no atreviéndose a resistir, se rindió y se sometió por las buenas, con todo, la gloria de esta casa no fue tan grande como lo había sido bajo la libre dominación de sus reyes. Es cierto que Alejandro inmoló víctimas en el templo de Dios, pero lo hizo llevado menos de una verdadera piedad que de una impía superstición, creyendo que debía culto a ese Dios como a los dioses falsos. Después de la muerte de Alejandro, Ptolomeo, hijo de Lago, como apunté arriba, llevó a los judíos cautivos a Egipto, y Ptolomeo Filadelfo, su sucesor, les dio generosamente la libertad. A éste debemos en gran parte, como queda dicho, la versión de los Setenta. Luego se vieron complicados en las guerras narradas en los libros de los Macabeos. Después fueron vencidos por Ptolomeo Epífanes, rey de Alejandría, y se vieron constreñidos, por las inauditas crueldades de Antíoco, rey de Siria, a tributar culto a los ídolos. Y el templo fue mancillado por las sacrílegas supersticiones de los gentiles, hasta que fue purificado de toda esa idolatría por el valor de Judas Macabeo, gran capitán, que expulsó a los cabecillas de Antíoco.

3. Mas poco después, un tal Alcimo usurpó el pontificado por la ambición, aunque no era de línea sacerdotal. Esto era un atentado. Pasaron cincuenta años, durante los cuales, a excepción de algunas oportunas campañas, no tuvieron paz los judíos, y, al cabo de ellos, Aristóbulo tomó la diadema y se hizo rey y pontífice a la vez. Antes desde la vuelta de Babilonia y la restauración del templo, no habían tenido reyes, sino jefes o príncipes, y, aunque el rey puede llamarse también príncipe, por el principado que ostenta, y jefe, por ser ductor del ejército, no todo príncipe o jefe puede llamarse rey. Alejandro sucedió a Aristóbulo en el sacerdocio y en el reinado. Y en su reinado cuentan que fue cruel para sus súbditos. Después de él fue reina de los judíos su esposa Alejandra, que señaló el principio de males mucho mayores. Como sus dos hijos Aristóbulo e Hircano se disputaban el imperio, las fuerzas romanas, a petición de Hircano, se volcaron contra la nación israelítica. Roma había ya subyugado a Africa, a Grecia, y había paseado sus armas victoriosas por otras partes del mundo. Y, no pudiendo sostenerse por su propio pie, parecía quebrada por su propia grandeza. Se veía atormentada por las furiosas sediciones de las casas, y de aquí se pasó a las guerras de los partidos, llegando de esta forma a las guerras civiles. Estaba tan abatida y quebrantada la república, que estuvo a

punto de cambiar de régimen e implantar la monarquía. Pompeyo, uno de los grandes capitanes de los romanos, invadió con su ejército a Judea, tomó la ciudad, abrió el templo no como suplicante, sino como vencedor, y entró en el santo de los santos no como vencedor, sino como profanador. Entrar sólo se permitía al sumo sacerdote. Y, una vez confirmado en el pontificado y puesto por sumo sacerdote, llevó consigo a Aristóbulo prisionero[378]. Desde entonces, los judíos comenzaron a ser tributarios de los romanos. Después, Casio[379] saqueó el templo. Y unos años más tarde tuvieron por rey a un extranjero, a Herodes, en cuyo reinado nació Cristo. Ya había llegado la plenitud de los tiempos, predichos en Espíritu por el patriarca Jacob en estos términos: *No faltará príncipe de Judá ni caudillo de. su posteridad hasta que venga aquel a quien* se *aguardó, que es la esperanza de las naciones.* Los judíos tuvieron siempre reyes de su nación hasta Herodes, su primer rey extranjero. Había llegado ya el tiempo de la venida del Aguardado, en quien se habían de cumplir las promesas del Nuevo Testamento. Y sería la esperanza de las naciones. Las naciones no podrían esperar, como ahora hacen, la última venida, cuando venga a juzgar a los hombres con toda su potencia, si primeramente no hubieran creído en él cuando vino a ser juzgado en la humildad de su paciencia.

## CAPÍTULO XLVI

## El nacimiento del Salvador y la dispersión de los judíos

Reinando Herodes en Judea, el emperador César Augusto había dado la paz al mundo después de cambiado el régimen constitucional de la república, cuando Cristo, según la profecía citada, nació en Belén de Judá, hombre visible, nacido humanamente de una virgen, y Dios oculto, engendrado divinamente de un Dios Padre. Así lo había predicho el profeta: *Sabed que una virgen concebirá y dará a luz a un hijo, y le llamarán Emmanuel, que se traduce Dios con nosotros.* Y El, para evidenciar su divinidad, obró muchos milagros. De ellos los Evangelios recogieron algunos, los suficientes para probar su intento. El primer milagro fue su admirable naci-

---

[378] Los datos que nos, ha proporcionado en todo este capítulo sobre la historia del pueblo judío nos recuerdan las *Antigüedades judaicas*, de Flavio Josefo. Pueden verse, por ejemplo, en la obra de Josefo el libro XI, capítulo 8; XII 3-8-15-36; XIII 12-16, etc.

[379] Tal vez deba leerse *Craso,* que fue el verdadero autor de esa expoliación.

miento, y el último, su gloriosa ascensión al cielo con su cuerpo resucitado. Los judíos, que le mataron y se negaron a creer en él, porque convenía que muriera y resucitara, sufrieron el saqueo más desgraciado de los romanos y fueron arrojados de su país, del que eran ya señores los extranjeros, y dispersados por todas partes. (Y es verdad, porque no faltan en ninguna.) Así sus propias Escrituras testifican que no hemos inventado nosotros las profecías sobre Cristo. Muchos de ellos, habiéndolas considerado antes de la pasión, y sobre todo después de la resurrección, han venido a El. A esos tales se dirigen estas palabras: *Cuando el número de los hijos de Israel fuere como la arena del mar, serán salvados los restantes.* Los demás han sido cegados según esta profecía: *En justo pago conviértaseles su mesa en lazo de perdición y ruina. Obscurézcanse sus ojos para que no vean y tráelos siempre agobiados.* En realidad, cuando no dan fe a nuestras Escrituras, se cumplen en ellos las suyas, aún ciegos para leerlas. Quizá diga alguno que los cristianos han fingido las profecías sobre Cristo que se publican con el nombre de sibilas o de otros, si es que en realidad hay alguna que no sea de origen judío. A mí me bastan las que me facilitan sus códices, y que conocemos por los testimonios que, aun contra su voluntad, contienen esos códices, de que ellos son depositarios. Sobre su dispersión por la redondez de la tierra doquiera está la Iglesia, puede leerse a diario la profecía, expresada en uno de los salmos en estos términos: *Mi Dios me prevendrá con su misericordia. Mi Dios me la mostrará en mis enemigos, diciéndome: No acabes con ellos, no sea que olviden tu ley. Dispérsalos con tu poder.* Dios, pues, ha dejado ver la gracia de su misericordia a la Iglesia en sus enemigos, los judíos, porque, como dice el Apóstol, su pecado brinda ocasión de salvarse a las naciones. Y no los ha matado, es decir, no ha destruido en ellos el judaísmo, aunque fueran vencidos y subyugados por los romanos, por miedo a que, olvidados de la ley de Dios, no pudieran brindarnos un testimonio de lo que tratamos. Por tanto, no se contentó con decir: *No acabes con ellos, no sea que olviden tu ley,* sino que añadió: *Dispérsalos.* Porque, si con este testimonio de las Escrituras permanecieran solamente en su país sin ser dispersados por doquiera, la Iglesia, extendida por el mundo entero, no podría tenerlos en todas partes por testigos de las profecías que precedieron a Cristo.

## CAPÍTULO XLVII

## ¿Existían, fuera de los israelitas, ciudadanos de la ciudad celestial antes del cristianismo?

Si, pues, algún autor extraño a los judíos y no admitido en el canon de las sagradas Letras profetizó a Cristo y llegó ya o llegare a nuestro conocimiento, podemos aducirlo a título de redundancia. Y esto no porque nos sea necesario ese testimonio, sino porque no es incongruencia creer que existieron, en otras naciones hombres a quienes fue revelado este misterio. Amén de que quienes fueron impulsados a predecirlo, o fueron particioneros de la misma gracia, o ajenos a ella, pero instruidos por los ángeles malos, que confesaron a Cristo presente, como sabemos, a quien no conocían los judíos. Además, no creo que los judíos mismos se atrevan a sostener que nadie, fuera de los israelitas, perteneció a Dios desde la elección de Israel y la reprobación de su hermano mayor. Es verdad que el pueblo llamado propiamente pueblo de Dios fue éste, pero no pueden negar que había en las demás naciones algunos hombres dignos de ser llamados verdaderos israelitas por ser ciudadanos de la patria celestial, unidos con vínculos no terrenos, sino celestiales. Si lo niegan, es fácil convencerles con el ejemplo del santo y admirable Job, que ni fue indígena ni prosélito, es decir, advenedizo al pueblo de Israel, sino un extranjero oriundo de la Idumea, donde nació y murió. La divina palabra le prodiga tales elogios, que, en cuanto a justicia y a piedad, no es comparable a ningún hombre de su tiempo. Aunque las crónicas no nos dicen en qué tiempo vivió, podemos conjeturarlo por su libro, admitido por los judíos en el canon a vista de su excelencia. Vivió tres generaciones después de Jacob. Y no me cabe la menor duda que fue afecto de la Providencia divina, que quiso enseñarnos en este ejemplo que también entre las demás naciones han existido hombres que vivieron según Dio9 y que le agradaron, que son miembros de la Jerusalén espiritual.

Pero debe creerse que esta gracia se concedió solamente a aquellos a quienes fue divinamente revelado el único Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre. Y su futura encarnación era prenunciada entonces a los futuros santos, como se nos anunció ya realizada su encarnación, a fin de que una y la misma fe por su mediación conduzca a Dios a todos los predestinados a la Ciudad de Dios, a la casa de Dios, al templo

de Dios[380]. En cuanto a las profecías sobre la gracia de Dios por medio de Jesucristo que hacen otros, se puede pensar que son ficciones de los cristianos. Y así, no hay argumento más fuerte contra quienes impugnan éstos ni más propio para confirmar nuestra fe, si se toman las cosas como se debe, que aducir las predicciones divinas sobre Cristo contenidas en los códices de los judíos. Estos, arrancados de sus propios lares y esparcidos por el orbe entero, han contribuido con su testimonio al florecimiento universal de la Iglesia de Cristo.

## Capítulo XLVIII

## La profecía de Ageo y su cumplimiento en la Iglesia

Esta casa de Dios es de mayor gloria que la primera, construida de madera, de piedras preciosas y recubierta de oro. La profecía de Ageo no ha sido cumplida en la restauración del templo, pues desde la restauración tuvo su mayor época de esplendor en tiempo de Salomón. Más aún, puede decirse que su gloria menguó con el cese de las profecías, y luego, por los diversos estragos que sufrieron los judíos hasta su destrucción, llevada a cabo por los romanos, como ya hemos apuntado. En cambio, esta casa, que pertenece al Nuevo Testamento, es tanto más gloriosa cuanto mejores son das piedras que la componen, esas piedras vivas por la fe y la renovación. Ha sido figurada por la restauración del templo porque, en lenguaje profético, esa renovación significa el Nuevo Testamento. En estas palabras de Dios por el profeta: *Yo daré la paz a este lugar*, debe entenderse por el lugar que significa, el lugar significado por él.

Y así como ese lugar restaurado es figura de la Iglesia, que había de ser edificada por Cristo, esas palabras tienen el siguiente sentido: Y estableceré la paz en el lugar que figura. En efecto, todas las cosas figurativas parecen representar, en cierta manera, las cosas figuradas. A este tenor dice el Apóstol:

*Y la piedra era Cristo*, porque la piedra de que hablaba era figura de Cristo. La gloria de esta casa del Nuevo Testamento es, pues, mayor que la del Antiguo, y aparecerá tal cuando se haga la dedicación. Entonces ven-

380 Cristo se convierte así en el centro, en el eje de la historia universal. La economía de la salvación viene administrada y enfocada en torno a Cristo. La fe en él y su mediación da a todo hombre la tarjeta de ciudadano de la Ciudad de Dios.

drá el *Deseado de las naciones*, como se lee en el hebreo, porque su primera venida no podía ser deseada por todas las naciones, pues no conocían a quién habían de desear y aún no habían creído en él. Y entonces, según los Setenta (porque también su sentido es profético), *vendrán los que ha escogido el Señor de todas las naciones.* Entonces vendrán únicamente los elegidos, de los cuales dice el Apóstol: *Nos has elegido en él antes de la creación del mundo.* El gran Arquitecto, que dijo: *Muchos son los llamados y pocos los elegidos,* sabía muy bien que el edificio de esta casa, que no vería en adelante la ruina, no lo formarían los llamados, que merecieron ser despedidos, sino solamente los elegidos. Mas mientras ahora estos que separará el aventalle, como el grano de la paja en la era, llenan las iglesias, la gloria de esta casa no aparece tan grande como aparecerá cuando cada cual donde esté, estará siempre.

## CAPÍTULO XLIX

## De la convivencia general de elegidos y réprobos en la Iglesia

En este siglo perverso, en estos tristes días, donde la Iglesia logra por su humillación presente su exaltación futura, y es ejercitada con los aguijones del terror, con los tormentos del dolor, con las molestias del trabajo y con los peligros de las tentaciones, sin tener otra alegría que la esperanza si se regocija como debe, muchos réprobos se mezclan con los buenos. Unos y otros son recogidos como en la red evangélica, y en el mundo, como en el mar, prendidos en las mallas, nadan entremezclados hasta llegar a la orilla, en que los malos serán separados de los buenos[381]. Dios habitará en los buenos como en su templo, y será todo en todos. Así vemos cumplirse la voz del que hablaba en el Salmo en estos términos: *He publicado y anunciado por doquier y se han multiplicado sin número.* Esto sucede ahora desde que fue anunciado primero por boca de San Juan, su precursor, y luego por la suya propia: *Haced penitencia, porque está cerca el reino de*

[381] Aquí me vienen a la memoria aquellos versos inmortales del Santo, que no puedo menos de citar:

*Omnes qui gaudetis de pace, modo verum iudicate. Abuxidantia peccatorum solet fratres conturbare: propter quod Dominus noster voluit nos praemonere, comparans regnurn caetorum reticulo misso in mare, congreganti multos pisces, omne genus hine et inde. Quos cum traxissent ad littus, tune cocperunt separare, bonos in vasa miserunt: reliquos malos in mare. (Psalmus contra partem Donati.)*

*los cielos*. Se rodeó de algunos discípulos, a los que llamó apóstoles, hombres de condición humilde, sin honra y sin letras, de suerte que, si fueran o hicieran algo digno, El lo fuera u obrara en ellos. Entre ellos hubo uno malo, y el Señor, usando bien de su maldad, se sirvió de él para cumplir lo ordenado en torno a su pasión y dar ejemplo de tolerancia a su Iglesia. Y, una vez suficientemente esparcida la semilla del santo Evangelio, su presencia corporal padeció, murió y resucitó, mostrando con su pasión lo que debemos soportar por la verdad, y con su resurrección, lo que debemos esperar en la eternidad, sin hablar del profundo sacramento de su sangre, derramada en remisión de los pecados. Conversó después durante cuarenta días con sus discípulos en la tierra y ascendió a los cielos ante sus ojos, y diez días después envió, según su promesa, el Espíritu Santo. Su venida sobre los fieles está marcada con el signo supremo, y entonces necesario, de que hablaran toda clase de lenguas. Esto era figura de la unidad de la Iglesia católica, que había de estar extendida por todo el orbe y hablar las lenguas de todos los pueblos.

## CAPÍTULO L

## La predicación del Evangelio y su esclarecimiento

Luego hay una profecía que dice: *La ley saldrá de Sión, y la palabra de Dios, de Jerusalén;* y están las predicciones de Cristo mismo cuando, después de su resurrección, ante la admiración de los discípulos, *les abrió el espíritu para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: Así estaba escrito y así era necesario que Cristo padeciera, y que resucitara de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se predicase la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén.* A éstas se añade aquella que hizo respondiendo a los que le preguntaban sobre su última venida: *No os toca a vosotros saber los tiempos y los momentos, que el Padre tiene reservados a su poder. Recibiréis, sí, la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en toda Judea y Samaría y hasta en los confines de la tierra*. Según estas profecías, la Iglesia partió de Jerusalén, y, habiendo sido muchos en Judea y Samaría, se extendió a otras naciones, predicándoles el Evangelio aquellos a quienes Cristo, como lumbreras, había preparado con la palabra y encendido con el Espíritu Santo. El les había dicho: *No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma*. Y para que no les enfriase el temor,

ardían en el fuego de la caridad. En suma, no solamente se sirvió para la predicación de su Evangelio de aquellos que le habían visto y oído antes y después de su pasión y resurrección, sino también de los sucesores de éstos, que llevaron su palabra al mundo entero entre persecuciones, tormentos y muertes sin cuento. Dios confirmaba esto con maravillas, con prodigios, con virtudes varias y con diversos dones del Espíritu Santo. Pretendía con esto que los gentiles, creyendo en el crucificado por la redención de ellos, veneraran con amor cristiano la sangre de los mártires que derramaron con furor diabólico, y que los reyes, cuyos edictos socavaban la Iglesia, se sometieran humildemente al nombre que se afanaron por desterrar cruelmente de la tierra. Así, sus persecuciones se dirigirían contra los dioses falsos, por cuya causa habían sido antes perseguidos los adoradores del Dios verdadero.

## CAPÍTULO LI

## La diversidad de herejías es un argumento a favor de la Iglesia Católica

1. Mas el diablo, viendo que los templos de los demonios eran abandonados y que el género humano corría al nombre del Mediador y del Libertador, suscitó a los herejes a fin de que, con capa de cristianos, combatieran la doctrina cristiana. ¡Como si la Ciudad de Dios pudiera tener en su seno, sin corrección y discriminación, personas de tan contrarios pareceres, a ejemplo de los filósofos, que se contradecían unos a otros en la ciudad de la confusión! Los que en la Iglesia de Cristo tienen opiniones malas y peligrosas, si, corregidos, resisten contumazmente y se niegan a enmendar sus pestíferas y mortíferas doctrinas y persisten en defenderlas, se hacen herejes, y, una vez fuera de la Iglesia, los miramos como enemigos que la ejercitan[382]. Así, con su mal son útiles a los verdaderos católicos, que son miembros de Cristo, usando Dios bien de los malos y cooperando todo al bien de los que le aman. En efecto, los enemigos de la Iglesia, bien sean cegados por el error, bien reprobados por la malicia, si la persiguen corpo-

[382] La Iglesia católica ha sido siempre inflexible en sus dogmas. La obediencia y la humildad son las dos grandes virtudes del católico ferviente. Es preciso acatar la corrección: de lo contrario, la Iglesia separa de su seno al reacio y terco en defender sus erróneas posturas, y, una vez tachado con el anatema, no participa de la vida íntima de la sociedad cristiana.

ralmente, ejercitan su paciencia, y si la combaten con sus doctrinas contrarias, ejercitan su sabiduría. Pero siempre, para amar a los enemigos, los fieles ejercitan su benevolencia o su beneficencia, ora se proceda con ellos por conferencias apacibles, ora por castigos terribles. Por eso, el diablo, príncipe de la ciudad impía, sublevando a sus esclavos contra la Ciudad de Dios que peregrina en este mundo, no se permite hacerle daño alguno. La Providencia divina le procura consuelo en la prosperidad para que la adversidad no la quiebre, y en la adversidad, ejercitación para que la prosperidad no la corrompa. Esta atemperación es el origen de aquellas palabras del Salmo: *A proporción de los muchos males que atormentaron mi corazón, tus consuelos han llenado de alegría mi alma.* En el mismo tono dice el Apóstol: *Alegres en la esperanza y sufridos en la tribulación.*

2. El Doctor de las Gentes dice también que *todos los que quieran vivir santamente según Cristo, han de sufrir persecuciones.* Es preciso, pues, hacerse a la idea de que no pueden faltar en ningún tiempo. Porque, cuando parece reinar la paz por parte de los enemigos de fuera, y en realidad reina, y ésta brinda un gran consuelo sobre todo a los débiles, dentro no faltan, más aún, son muchos los enemigos que atormentan el corazón de los hombres de bien en sus rotas costumbres. Estos son la causa de que el nombre cristiano y católico sea blasfemado, y cuanto más aman ese nombre las almas piadosas, anhelosas de vivir según Cristo, tanto más sienten que hagan esa injuria los malos cristianos, y sea por eso menos amado de lo que ellos desean. Otro objeto de dolor para los piadosos es pensar que los herejes, que se dicen también cristianos y tienen los mismos sacramentos, y las mismas Escrituras, y la misma profesión, enviscan con sus disensiones en la lucha a muchos dispuestos a abrazar el cristianismo. Y dan lugar a blasfemias contra el nombre cristiano, nombre que también ellos ostentan. Estas y parecidas posturas y desviaciones de los hombres son una persecución callada para los que quieren vivir santamente en Cristo aun sin que nadie atormente y veje su cuerpo. Es una persecución interior, cordial, no corporal. Esto arrancó aquel grito: *A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón,* pues no dice mi cuerpo. Pero, además, como es sabido que las promesas de Dios son inmutables y que el Apóstol dice: *El Señor conoce a los suyos, pues a los que tiene previstos, también los predestinó para ser conformes a la imagen de su Hijo,* y, por lo tanto, de éstos no puede perecer ninguno, el Salmo añade: *Tus consuelos han llenado de alegría mi alma.*

El dolor que roe el corazón de los piadosos perseguidos por las costumbres de los cristianos malos o falsos es útil a los que lo sienten, porque nace de la caridad, que se alarma por estos miserables y por quienes impi-

den la salud de otros. En fin, los fieles reciben grandes consuelos de la enmienda de los malos, y su conversión esparce sobre sus almas un riego de tanta fecundidad cuanto fue el dolor que los atormentó antes. La Iglesia en este siglo, en estos tristes días, no sólo desde Cristo y los apóstoles, sino desde el primer justo Abel, a quien dio muerte su impío hermano, y hasta el fin del mundo, camina su jornada entre las persecuciones del mundo y las consolaciones de Dios[383].

## CAPÍTULO LII

## ¿Habrá más persecuciones, según algunos creen, que las diez habidas?

1. Pienso que es una temeridad decir o creer, como algunos han creído y creen, que la Iglesia no ha de sentir más persecuciones hasta el anticristo después de las diez sufridas, y que la undécima y última la suscitará él. La primera se debe a Nerón; la segunda, a Domiciano; la tercera, a Trajano; la cuarta, a Antonino; la quinta, a Severo; la sexta, a Maximino; la séptima, a Decio; la octava, a Valeriano; la novena, a Aureliano, y la décima, a Diocleciano y Maximiano. Dicen que las diez plagas de Egipto que precedieron a la salida del pueblo de Dios deben aplicarse a éstas, y que la última, la del anticristo, ha sido figurada por la undécima plaga, que fue el hundimiento de los egipcios en el mar Rojo cuando, persiguiendo a los hebreos, el pueblo de Dios lo pasó a pie enjuto. En mi estimación, los sucesos de Egipto no son una figura profética de estas persecuciones, aunque los que así piensan han cotejado y comprobado con esmero e ingeniosidad todos los detalles, pero guiados no con espíritu profético, sino fundados en conjeturas del espíritu humano, que a veces llega a la verdad y a veces se engaña.

2. ¿Qué dirán los que así piensan de la persecución en que fue crucificado el Salvador? ¿Qué número le asignarán? Y si pretenden contar solamente las padecidas por el cuerpo de la Iglesia, no aquella que dio muerte a la cabeza, ¿qué dirán de aquella que se suscitó en Jerusalén después de la ascensión de Cristo, en la que fue lapidado San Esteban; Santiago, her-

[383] He aquí la conciencia que debe formarse la Iglesia, y, por consiguiente, sus miembros. Las persecuciones durarán tanto como el mundo; pero, en medio de ellas, Dios envía sus consuelos y al final da la recompensa.

mano de San Juan, decapitado; San Pedro, encarcelado y librado por un ángel; los fieles, dispersados de Jerusalén; en la que Saulo, más tarde apóstol San Pablo, pisoteaba la Iglesia y sufría luego por ella, evangelizando la fe, lo que le había hecho sufrir, recorriendo la Judea y otras naciones, donde su celo ardiente le llevaba a predicar a Cristo? ¿Por qué, pues, quieren hacerlas comenzar en Nerón, si la Iglesia fue creciendo hasta los días de Nerón en medio de atrocísimas persecuciones, que sería muy largo de contar? Y si piensan que deben catalogarse entre las persecuciones todas las suscitadas por reyes, Herodes también lo fue e hizo sufrir una de las más crueles después de la ascensión del Señor. Además, ¿qué responden de Juliano, a quien no enumeran entre los diez? ¿Dirán acaso que no persiguió a la Iglesia, él, que prohibió a los cristianos enseñar y aprender las letras liberales? El privó a Valentiniano el Mayor, más tarde emperador, de su cargo militar por haber confesado la fe cristiana. Y omito decir lo que había comenzado a hacer en Antioquía cuando, admirado de la fidelidad y de la constancia de un joven que, atormentado durante todo un día, cantaba entre garfios y tormentos la libertad y la alegría, se horrorizó, y temió ruborizarse más grotescamente en los demás. En fin, en nuestro tiempo, el hermano de Valentiniano, el arriarlo Valente, ¿no suscitó en Oriente una sangrienta persecución contra la Iglesia católica? Y ¿qué significa no considerar que la Iglesia, extendida y floreciente por todo el mundo, puede ser perseguida por los reyes en una nación sin que lo sea en otras? Quizá alguien diga que no debe contarse como persecución la del rey de los godos, dirigida en la misma Gotia[384] contra los cristianos católicos con extraña crueldad, muchos de los cuales fueron coronados con el martirio, según hemos oído a algunos hermanos que recuerdan haberlo visto, pues eran niños entonces. ¿Qué pasa ahora en Persia? ¿No es verdad que hirvió (si es que ya amainó) una persecución tal contra los cristianos, que algunos, huyendo de allí, han venido a parar en las ciudades romanas? Yo, ponderando estas y otras cosas por el estilo, pienso que no debe determinarse el número de persecuciones que han de ejercitar a la Iglesia. Pero no sería menor temeridad asegurar algunas otras, a excepción de la última, de la que no duda ningún cristiano. Dejamos, pues, la cuestión en suspenso, sin apoyar ni desapoyar ninguna de esas opiniones, sino simplemente retrayéndonos de la audaz presunción de afirmar una de ellas.

---

[384] Gotia era el país habitado por los godos en el norte de Europa. Estaba limitado: al norte, por Suecia y Noruega; al este y sur, por el Báltico, y al oeste, por el Cattegat y el Sund. Es la región que hoy se llama Gothland.

## CAPÍTULO Lili

## El tiempo de la última persecución está oculto

1. La última persecución, la del anticristo, la hará cesar Cristo con su presencia. Está escrito que *lo matará con el resuello de su boca y que lo echará fuera con el resplandor de su presencia.* Aquí suele preguntarse: ¿Cuándo sucederá esto? Y a la verdad que es una pregunta importuna. Porque, si fuera útil saberlo, ¿quién mejor que el Maestro divino pudo dar la respuesta a sus discípulos? Ellos, en vez de callar, le presentaron la cuestión en estos términos: *Señor, ¿te presentarás en este tiempo, cuando restituirás el reino a Israel?* Y él les respondió: *No os corresponde a vosotros el saber los tiempos que tiene reservados el Padre a su poder.* Verdad es que no le preguntaron el día, la hora o el año, sino el tiempo, y él les dio esa respuesta. En vano nos afanamos, pues, en determinar los años que restan hasta el fin del mundo, pues que oímos de boca de la Verdad que no nos toca a nosotros saberlo. Sin embargo, unos cuentan cuatrocientos, otros quinientos, otros mil, desde la ascensión del Señor hasta su última venida. Decir en qué funda cada uno su opinión, sería largo e innecesario. Baste saber que se basan en conjeturas humanas, sin alegar nada autorizado de la Escritura canónica. Los dedos de los calculadores los resuelve, y manda dejar en compás de espera aquel que dice: *No os corresponde a vosotros el saber los tiempos que tiene reservados el Padre a su poder.*

*2.* Mas, como ésta es sentencia evangélica, no es de maravillar que los adoradores de muchos y falsos dioses no se hayan rendido a ella ni hayan cejado de fingir respuestas de los demonios, a quienes rinden culto como a dioses, diciendo que está determinado el tiempo que ha de durar la religión cristiana. Viendo, pues, que tan crueles persecuciones no la habían destruido, sino que, al contrario, le dieron nueva vitalidad, excogitaron no sé qué versos griegos, efundidos por un oráculo divino como a consulta de alguien, y en ellos absuelven a Cristo de esta especie de sacrilegio. Pero añaden que San Pedro se sirvió de sacrificios para hacer adorar el nombre de Cristo durante trescientos sesenta y cinco años, cumplidos los cuales sería abolido este cuito[385]. ¡Oh imaginación de hombres doctorales! ¡Oh es-

[385] Una de las causas de las persecuciones que los autores suelen aducir es la ley del imperio romano en la que se prohibía la magia. Baronio refiere esta leyenda al año 313 después de Cristo. Como la magia estaba condenada, a los cristianos se les buscaba como hechiceros, magos, y, por tanto, perturbadores del pueblo y gente que protegían los alzamientos contra la potestad imperial. La leyenda sobre la magia de

píritus letrados dignos de creer en Cristo esto que no queréis creer en Cristo, que el discípulo Pedro no aprendiera de él las artes mágicas, sino que, siendo Cristo inocente, fue maléfico su discípulo, y prefirió hacer con sus artes mágicas, con grandes trabajos y peligros y con el derramamiento de su sangre, que fuera adorado el nombre del Maestro a que lo fuera el suyo! Si el maléfico Pedro hizo que el mundo amara tanto a Cristo, ¿qué hizo el inocente Cristo para que así le amara Pedro? Respóndanse a sí mismos y comprendan, si pueden, que la misma gracia soberana que ha hecho que el mundo amara a Cristo por la vida eterna, esa misma hizo que San Pedro lo amara por alcanzar esa misma vida eterna hasta sufrir por él la muerte temporal. Además, ¿quiénes son estos dioses que pueden predecir tales cosas y no pueden impedirlas; dioses obligados a ceder al hechizo de un mago y de un criminal que, como dicen, mató, despedazó y sepultó con rito nefando a un niño de un año[386]; dioses que permiten que una secta que les es contraria subsista tanto tiempo, sobreponiéndose a las horrendas crueldades de las persecuciones sin resistencia y con paciencia, y también la destrucción de sus ídolos, sus templos, sus sacrificios y sus oráculos? ¿Qué dios es éste, en fin, no nuestro, sino de ellos, que, o fue atraído por esa maldad o compelido a sufrirlo todo? Porque no es a un demonio, sino a un dios, a quien atribuyen esos versos en que se acusa a Pedro de haber impuesto esa fe con arte mágica. ¡Buen dios para quien no tiene a Cristo!

---

Pedro, mediante la cual arrastraba a los hombres a Cristo, fue, sin duda, base para perseguir con más encono esas artes.

[386] Tertuliano en el *Apologético* habla de que el crimen de infanticidio solían achacarlo a los cristianos. La verdad es que esto tenía su fundamento, pero era falsamente atribuido a los cristianos. Agustín en *De haeresibus* (haer.26 y 27) dice que los herejes conocidos con el nombre de catafrigos y pepucianos acostumbraban a matar un niño pequeño y lo prensaban bien, formando de este modo el cuerpo y la sangre para la Eucaristía. Indudablemente, esto dio pie a los paganos para que, al hablar de la ley del arcano, pensaran en estos crímenes de los herejes, y lo achacaran también a los cristianos.

## Capítulo LIV

## Absurdo de la ficción de los paganos sobre la duración de la religión cristiana

1. Si el año que la fingida adivinación prometió y la engañada vanidad creyó no hubiera ya pasado, recogería yo aquí estos y otros muchos cuentos por el estilo. Mas, puesto que se han cumplido ya hace algunos años trescientos sesenta y cinco desde el establecimiento del culto de Cristo por su presencia física y por sus apóstoles, ¿qué otra prueba buscamos para refutar esa falsedad? No se fije el inicio de esta, realidad en el nacimiento de Cristo, porque en su infancia y niñez no tenía aún discípulos. Cuando comenzó a tenerlos, entonces brilló por su presencia corporal la doctrina y la religión cristianas, es decir, después que San Juan le bautizó en el río Jordán. En efecto, a esto aludía aquella profecía que suena: *Dominará de un mar a otro y desde un río hasta el extremo de la tierra.* Mas antes de la pasión y resurrección de Cristo no había sido anunciada la fe a todos, pues se anunció en su resurrección, como hace notar el Apóstol a los atenienses en estos términos: *Advierte ahora a los hombres que todos y en todas partes hagan penitencia, por cuanto está determinado el día en que ha de juzgar al mundo con justicia por medio del varón, en que definió la fe a todos, resucitándole de entre los muertos.* Por eso me parece más acertado, para solucionar el problema, comenzar desde esta fecha. Amén de que entonces se dio también el Espíritu Santo, como convenía que se diese después de la resurrección de Cristo a la ciudad que había de ser el punto de origen de la ley segunda, o sea, del Nuevo Testamento. La primera, llamada Antiguo Testamento, fue promulgada por Moisés en el monte Sinaí. De la que Cristo había de dar se predijo: *De Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor, de Jerusalén.* Por eso, El dijo que convenía que se predicara en su nombre penitencia a todas las naciones, pero comenzando por Jerusalén. Aquí tuvo origen el culto de su nombre, la fe en Jesucristo, que había sido crucificado y había resucitado. Allí esta fe se abrasó y encendió hasta el punto de que algunos miles de hombres, milagrosamente convertidos al nombre de Cristo, vendieron sus bienes y los distribuyeron a los pobres para abrazarse con santo propósito y ardentísima caridad a una pobreza voluntaria. Y, así dispuestos, luchaban hasta la muerte, entre los judíos frenéticos y sedientos de sangre, en defensa de la verdad, no con potencia armada, sino con paciencia poderosa. Y si para esto no hubo necesidad de la magia, ¿por qué dudan creer que la misma virtud divina que hizo

esto aquí pudo hacer aquello en el mundo entero? Y si fueron los maleficios de Pedro los que encendieron en Jerusalén esa oleada de hombres arrastrados al culto de Cristo, a quien habían fijado en la cruz y, una vez allí, habían insultado, es preciso tomar este año como fecha tope para contar los trescientos sesenta y cinco. Cristo murió el 25 de marzo, bajo el consulado de los dos Géminos[387]. Resucitó al tercer día, según el testimonio de los apóstoles, que fueron testigos oculares. A los cuarenta días subió al cielo, y envió al Espíritu Santo diez días después, es decir, cincuenta después de su resurrección. Entonces comenzó el culto de su nombre por la virtud del Espíritu Santo, según nuestra fe o según la verdad, o, como fingió o se imaginó la impía vanidad, por las artes mágicas de San Pedro. Poco después se convirtieron cinco mil hombres ante la curación maravillosa de un cojo de nacimiento tan imposibilitado, que le llevaban todos los días a la puerta del templo, donde pedía limosna. Esto se debió a la palabra de Pedro en nombre de Jesucristo. Y así la Iglesia aumentó más y más e hizo nuevas conquistas para la fe. Es, pues, muy fácil deducir el día en que comenzó aquel año. Sería, por tanto, cuando fue enviado el Espíritu Santo, es decir, por las idus de mayo. Pero, contando los cónsules, resulta que los trescientos sesenta y cinco años se cumplen en esas idus, bajo el consulado de Honorio y de Eutiquiano. Al año siguiente, siendo cónsul Malio Teodoro, cuando, según el oráculo de los demonios o la ficción de los hombres, no debía ya existir la religión cristiana, no era necesario investigar los posibles sucesos en las demás partes del mundo. Porque sabemos que en Cartago, la ciudad más célebre y noble del Africa, Gaudencio y Jovio, condes del emperador Honorio, el 19 de marzo destruyeron los templos de los dioses falsos e hicieron añicos sus ídolos. De entonces a esta fecha por espacio de treinta años[388], ¿quién no ve cómo ha aumentado el culto del nombre de Cristo, sobre todo después que muchos, enviscados por esa vana profecía y apartados de la fe por eso, se hicieron cristianos al ver pasada esa quimérica y risible fecha fijada? Nosotros, pues, que somos y nos llamamos cristianos, no creemos en Pedro, sino en Aquel en quien creyó Pedro; edificados con los sermones de Pedro sobre Cristo, no envenenados con sus cármenes; no engañados con sus maleficios, sino ayudados con sus beneficios. Cristo, el Maestro de Pedro en la doctrina que conduce a la vida eterna, ese mismo es nuestro Maestro.

---

387 Los sabios no están de acuerdo en esta fecha. San Agustín da la fecha de Tertuliano y de Lactancio.

388 Aquí nos indica con bastante probabilidad la época de composición de este libro XVIII de la *Ciudad de Dios.* Baronio la fija en el año 426; en cambio, Vives la alarga hasta el 429, fecha que creemos de todo punto inadmisible.

2. Pero es hora ya de poner fin a este libro, en el que he hecho ver, a mi parecer, bastante el desarrollo mortal de las dos ciudades, la celestial y la terrena, mezcladas aquí hasta el fin del mundo. La terrena se forjó sus dioses falsos a capricho, de hombres o de otros seres, y a ellos servía y ofrecía sacrificios, y la celestial, peregrina en la tierra, no se forja dioses falsos, sino que ella es hechura del Dios verdadero y su verdadero sacrificio. Las dos usan por igual de los bienes temporales o son afligidas con iguales males; pero su fe, su esperanza y su caridad son diferentes hasta que sean separadas en el juicio final y llegue cada una a su fin, que no tendrá fin. En los libros siguientes trataré de estos fines.

# Libro XIX

*Versa sobre los fines de las dos ciudades, de la celestial y de la terrena. En él se hace una recensión de las diversas opiniones de los filósofos en torno a la felicidad de la vida. Y al paso que las refuta con gran lucidez y trabajo, prueba en qué consisten la felicidad y la paz de la ciudad o del pueblo cristiano. Y cuál puede gozarse en la vida presente y esperarse en la futura.*

## CAPÍTULO I

## Varrón menciona doscientos ochenta y ocho sistemas sobre el problema del fin

1. Ya que me veo en la precisión de tratar de los fines de las dos ciudades, de la terrena y de la celestial, voy primero a exponer, cuanto lo

permita el plan de la presente obra, los argumentos en que los hombres han fundado el logro de la felicidad en la infelicidad de esta vida. Al mismo tiempo haré ver no sólo por la autoridad divina, sino también por la razón, en gracia a los infieles, la gran diferencia que hay entre las vanidades de los filósofos, la esperanza, que nos ha dado Dios, y la realidad, es decir, la felicidad auténtica que nos dará. Los filósofos han tratado por activa y por pasiva el fin de los bienes y de los males. Enfrascados en este problema con la máxima atención, se han afanado en dar con el medio de hacer feliz al hombre. El fin de nuestro bien es aquel objeto por el que deben apetecerse los demás y él por sí mismo. Y el fin del mal, aquel por el que deben evitarse los demás y él por sí mismo. Al presente entendemos por fin del bien no un fin consumible hasta el no ser, sino perfectible hasta la plenitud, y por fin del mal no un fin que destruya el mal, sino que lo lleva al colmo. Estos fines son el sumo bien y el sumo mal. Los que hacen profesión de estudiosos de la sabiduría en la vanidad de este mundo han trabajado lo indecible, como he dicho, por hallar y lograr el sumo bien y evitar el sumo mal en esta vida. Pero, aunque han caído en diversos errores, la luz natural no les ha permitido desviarse tanto del camino de la verdad, que no localicen el fin de los bienes y de los males unos en el ánimo, Otros en el cuerpo y otros en ambos. De esta triple división general, Marco Varrón, en su obra sutil y esmerada *Sobre la filosofía,* deduce tal variedad de opiniones, que, añadiendo pequeñas diferencias, es fácil llegar a doscientas ochenta y ocho, si no reales, ah menos posibles.

2. Con el fin de mostrar brevemente esto, es preciso arrancar desde el punto de partida de él. Hay cuatro cosas que los hombres buscan naturalmente, sin necesidad de maestro, ni de doctrina, ni de industria, ni del arte de vivir, que se dice virtud y es adquirible. Y son: el placer, que es un movimiento agradable del sentido del cuerpo; el descanso, que excluye toda molestia corporal; las dos cosas juntas, llamadas por Epicuro con el nombre de placer; y los principios de la naturaleza, que comprenden estas y otras cosas, como, en el cuerpo, la integridad, sanidad e incolumidad de sus miembros, y en el ánimo, las dotes, grandes o pequeñas, de ingenio. Estas cuatro cosas, el placer, el descanso, el placer y el descanso y los principios de la naturaleza, están tan arraigadas en nosotros, que la virtud adquirida por la doctrina o debe ser buscada por ellas, o ellas por la virtud, o unas y otras por sí mismas. A este tenor, cada una de ellas se triplica, lo cual, evidenciado en una, es fácil descubrirlo en las demás. El placer del cuerpo sometido, preferido o asociado a la virtud del ánimo, da origen a tres sectas. Está sometido a la virtud cuando se le toma como instrumento de la misma. Así es deber de la virtud vivir para la patria, engendrar hijos

para ella —cosas que no pueden hacerse sin deleite corporal —. Este placer se da tanto en el comer y beber para vivir como en el cohabitar para propagar la especie. Cuando es preferido a la virtud, es apetecido por sí mismo, y en este caso la virtud no es más que un medio que obra solamente para conseguir o conservar el placer corporal. Esta vida es deforme, porque la virtud sirve al placer como a señor, si bien es cierto que esta virtud no merece tal nombre. Este infame sistema, sin embargo, tiene defensores y apologistas entre los filósofos. En fin, el placer se une a la virtud cuando ni el uno ni la otra son apetecidos el uno por el otro, sino que cada uno lo es por sí mismo. Y como el placer, sujeto* antepuesto o unido a la virtud, forma tres sectas, así sucede en la quietud, así en ambos y así en los principios de la naturaleza. Según el vaivén de las opiniones humanas, esas cosas a veces están sometidas, a veces preferidas, a veces unidas a la virtud, y así se forman doce sectas.

Pero este número, a su vez, se duplica con añadir otra diferencia, la vida social. El que se adhiere a uno de estos doce sistemas lo hace o exclusivamente por sí o por otro con quien comparte sus quereres. Habrá, pues, doce de quienes piensan que debe defenderse cada sistema por sí mismo, y otros doce que defienden que debe filosofarse de esta o de la otra manera no sólo por sí, sino por los otros, cuyo bien lo apetecen como propio.

Y estos veinticuatro sistemas se duplican también añadiendo la diferencia propia de los nuevos académicos. Tenemos ya, pues, cuarenta y ocho. Cada cual puede defender y mantener una de esas veinticuatro opiniones como cierta, y así los estoicos han sostenido que el bien del hombre que le torna feliz consiste en la virtud; o como incierta o meramente verosímil, cual han creído los nuevos académicos, he aquí ya veinticuatro sectas de los filósofos que defienden su opinión como cierta en gracia a la verdad, y otras veinticuatro de los que las sostienen como inciertas por la verosimilitud. Además, porque cada cual quede abrazar una de estas cuarenta y ocho sectas, o siguiendo el modo de vida de otros filósofos o siguiendo el de los cínicos, esta diferencia la duplican y suman noventa y seis. Añádase que, como los hombres pueden defender cualquiera de ellas, o llevando una vida ociosa, a ejemplo de los que por gusto y posibilidad se entregaron a los estudios; o una vida negociosa, como los que juntaron el estudio de la filosofía con la administración y el gobierno de la república: o una vida mixta, así los que han dedicado parte de su vida al ocio erudito

y parte al negocio necesario. Estas diferencias pueden triplicar el número de sectas y subirlo hasta doscientas ochenta y ocho[389].

3. He recogido esto del libro de Varrón lo más sucinta y claramente que he podido, ateniéndome a su sentido y explicándolo a mi modo. Sigue un largo proceso para refutar esas opiniones y escoger una de ellas, que para él es la de los antiguos académicos, fundados por Platón, que mantuvieron sus doctrinas como ciertas hasta Polemón, cuarto representante de la Academia. Distingue a los antiguos de los nuevos académicos, según los cuales todas las cosas son inciertas, opinión que tuvo su origen en Arcesilao, sucesor de Polemón. Y añade que la opinión de los académicos antiguos está exenta de error y de duda. Probar cada uno de estos puntos sería largo. Sin embargo, no es conducente omitir el problema de plano.

El rechaza en primer lugar todas las diferencias que han multiplicado el número de sectas, y las rechaza porque no está en ellas el fin del bien. Según él, una secta filosófica no existe y no se diferencia de las otras sino por tener una concepción propia sobre el fin de los bienes y de los males. Porque la única causa que lleva al hombre a filosofar es el ser feliz[390], *y* lo que le hace feliz es el fin del bien. Por consiguiente, la secta que no tiene un punto de vista propio sobre el bien no merece el nombre de secta filosófica. Así, cuando se pregunta si el sabio debe llevar una vida social, teniendo esto como el sumo bien que hace feliz al hombre, procurar a su amigo todo el bien que se procura a sí mismo, o si sólo debe buscar la felicidad para sí mismo, es cuestión no del sumo bien, sino de saber si debe asociarse a la participación de ese bien, no por sí mismo, sino por el compañero, de suerte que goce del bien de él como goza del propio. Asimismo, cuando se pregunta si deben considerarse todas las cosas como inciertas, siguiendo a los nuevos académicos, o como ciertas, siguiendo a los otros filósofos, no se pregunta cuál es el fin del bien que debe perseguirse, sino si se debe dudar o no de la verdad de ese bien. En otros términos, para decirlo con más claridad, preguntar eso equivale a preguntar si debe seguirse ese bien teniéndolo por verdadero o más bien sólo pareciendo verdadero, aunque en realidad sea falso. Pero unos y otros siguen un único y mismo

---

389 Muy bien, añadiríamos nosotros. Si seguimos haciendo cálculos, fácilmente llegaríamos a un número infinito. Verdad es que teóricamente pueden darse, como él prueba, todas esas sectas diferentes; pero en realidad no son más que pura teoría, y todas ellas se reducen a las tres que luego refiere en los capítulos siguientes.

390 La felicidad es el trascendental más arraigado en la naturaleza humana. La *memoria Del* se basará sobre todo en él con el tan sabido argumento de que el amor supone el conocimiento.

bien. La misma diferencia de hábito y costumbre de los cínicos no alude al fin del bien, sino al modo como debe vivir quien sigue el verdadero bien, sea cualquiera el que así le parezca. En fin, ha habido hombres que, haciendo radicar el bien sumo en los diversos objetos, unos en la virtud, otros en el placer, no dejaban el modo de vida que ha ganado a los cínicos el nombre. Sea cualquiera la diferencia que distingue a los cínicos de los demás filósofos, es cierto que carecía de valor para la elección del bien beatificante. Porque, si importara algo, es indudable que la misma manera de vivir obligaría a abrazar el mismo fin, y diverso modo de vida no permitiría adherirse al mismo.

## CAPÍTULO II

## Reducción de todas las sectas a tres, hecha por Varrón

Cuando se pregunta cuál de los tres géneros de vida debe elegirse, el ocioso, entregado a la contemplación o búsqueda de la verdad; el negociante o activo, que actúa en la gerencia de las cosas humanas, o el mixto, el bien supremo no es objeto de la pregunta. El problema versa sencillamente sobre cuál de esos tres géneros facilita o dificulta el logro o la conservación del bien supremo. Lo cierto es que el hombre, desde el momento que arriba a ese bien, es feliz. Sin embargo, la paz del estudio, o la actividad pública, o la alternativa de ambas, no dan inmediatamente la felicidad. Muchos pueden adaptar una de esas tres posturas y errar al apetecer el bien soberano que hará feliz al hombre. Son cuestiones muy distintas la de los fines de los bienes y de los males, que constituye cada secta de filósofos, y las de la vida social, de la suspensión mental de los académicos, del vestido y alimento de los cínicos, y de los tres géneros de vida, el ocioso, el activo y el mixto. Este problema de se presenta al tratar de los fines de los bienes y de los males. Por eso, Marco Varrón, rechazando estas cuatro diferencias, a saber, la vida social, los nuevos académicos, los cínicos y el triple género de vida, que hacía subir el número de sectas a doscientas ochenta y ocho, y algunas otras que tal vez pudieran añadirse, porque no versan sobre la ciencia del sumo bien, y, por tanto, ni son ni deben llamarse sectas, retorna a las doce primeras, en que se trata únicamente de saber cuál es el bien del hombre cuya consecución le haga feliz, para demostrar que sólo una de ellas es verdadera y que las demás son falsas. Descartado el triple género de vida, se substraen las dos terceras partes a ese número, y

quedan noventa y seis sectas. Restada la diferencia proveniente de los cínicos, se reducen a la mitad, y quedan cuarenta y ocho. Quitemos la diferencia relativa a los nuevos académicos, y torna a quedar la mitad, o sea veinticuatro. Por fin, substráigase la diferencia relacionada con la vida social, y el resto son doce, pues esta diferencia lo había duplicado. A estas doce no se les puede negar el apelativo de sectas, porque su punto central es la búsqueda del bien supremo. Hallado el bien supremo, su contrario es el mal sumo. Estas doce sectas nacen del triplicado de estos cuatro objetos: el placer, la quietud, los dos, y los principios de la naturaleza, llamados por Varrón primigenios. Estos cuatro objetos, en cuanto que por separado a veces están sometidos a la virtud, pareciendo apetecibles no por sí mismos, sino como instrumentos de la virtud; en cuanto que a veces son preferidos, dando a entender que la virtud no es necesaria por sí misma, sino por el logro o conservación de esos objetos, y a veces están unidos a ella, siendo m este caso la virtud y ellos apetecibles por sí mismos, triplican id número cuatro y forman doce sectas. De estos cuatro objetos, Varrón quita tres, a saber, el placer, la quietud y el conjunto de éstos, no porque los repruebe, sino porque los principios de la naturaleza implican placer y quietud. ¿Qué necesidad hay, pues, de hacer de estas dos cosas tres, a saber, dos buscando por separado el placer y la quietud, y la tercera buscando los dos a la vez, si los principios de la naturaleza entrañan esas y otras muchas cosas? Tres sectas, según él, deben examinarse para hacer la elección entre ellas. La razón no admite más que una sola verdadera, bien sea una de éstas, bien otra, como luego veremos. En el entretanto, consideremos breve y claramente, a ser posible, el modo usado por Varrón en su elección. Las tres sectas se reducen a esto: a apetecer los principios de la naturaleza por la virtud, o la virtud por los principios de la naturaleza, o entrambos, la virtud y los principios de la naturaleza por sí mismos.

## CAPÍTULO III

## Tres sistemas sobre el bien supremo del hombre. Cuál deba ser preferido. Varrón y Antíoco

1. Varrón se afana por definir el verdadero entre esos tres sistemas, y procede de este modo. Da por supuesto que el sumo bien que busca la filosofía no es el sumo bien de la planta, ni de la bestia, ni el de Dios, sino el

del hombre, Y por eso cree que debe aquilatarse el concepto de hombre[391]. Siente que su naturaleza consta de dos partes, cuerpo y alma, y no duda que la superior y más noble es el alma; pero duda si el alma sola es el hombre, de forma que el cuerpo sea para ella lo que el caballo para el caballero. El caballero, en efecto, no es hombre y caballo, sino hombre solo, y se llama caballero porque dice cierta relación al caballo. Y también si es el hombre sólo el cuerpo, con cierta relación al alma, como la copa a la bebida, pues que el vaso y la bebida que contiene no se llaman copa, sino que ese nombre se da a la copa sola. En fin, duda si ni el alma sola ni solo el cuerpo, sino ambos a la vez, son el hombre, y el todo lo forman las dos partes, así como a dos potros uncidos los llamamos biga, y uno de ellos, el derecho o el izquierdo, es parte de la biga, y a ninguno por separado le damos el nombre de biga, sino a los dos juntos. De estas tres hipótesis elige la tercera, y cree que el hombre no es ni el alma sola ni solo el cuerpo, sino el alma y el cuerpo juntos. Y, hablando con lógica, añade que el sumo bien beatificante del hombre consiste en el conjunto de bienes del alma y del cuerpo. Por eso cree que los principios de la naturaleza deben apetecerse por sí mismos, y la virtud, el arte de vivir que enseña la ciencia, es el bien más excelente entre los bienes del alma. La virtud, o sea el arte de vivir, en recibiendo los principios de la naturaleza, independientes de ella y anteriores a toda ciencia, los apetece todos por sí misma, y al mismo tiempo se apetece a sí misma. Y usa de ellos y de sí misma con el fin de deleitarse y gozar de todos más o menos, según que sean mayores o menores. Cuando es necesario, desprecia algunos menores por adquirir o conservar los mayores. De todos los bienes del alma o del cuerpo, la virtud no antepone ninguno a sí misma. Ella hace buen uso de sí misma y de los demás bienes que hacen feliz al hombre. Donde ella no está, los otros bienes, por más abundantes que sean no son para bien del que los posee, y, por tanto, no merecen el nombre de bienes, porque no pueden ser útiles al que usa mal de ellos. La vida del hombre es, pues, feliz cuando goza de la virtud y de los demás bienes del alma y del cuerpo, sin los cuales no puede subsistir la virtud. Si goza también de algunos o de muchos otros no necesarios para que subsista la virtud, es más feliz, y si los posee todos sin faltarle ninguno, ni del alma ni del cuerpo, es felicísima. La vida no es lo mismo que la virtud, porque no toda vida es virtud, sino sólo la vida sabia. Y, sin

[391] Esta es una gran lección para todos esos que aun hoy se cierran al problema del hombre. El hombre, que es el filósofo y el ontólogo, es el primero que debe ser estudiado. Por el hombre se creó el mundo, y solamente por él será salvado. De aquí la conveniencia de su estudio y de su análisis detallado.

embargo, la vida, sea cual fuere, puede existir sin la virtud, y la virtud, en cambio, no puede existir sin la vida. Esto mismo diría de la memoria y de la razón, y si hay algo más de este tipo en el hombre. Éstas son también anteriores a la ciencia, y sin ellas no puede darse ciencia alguna, ni, por consiguiente, la virtud, que es fruto de aprendizaje. En cuanto a los bienes del cuerpo, como la ligereza, la hermosura, las fuerzas y cosas por el estilo, la virtud puede existir sin ellos, y ellos sin la virtud, y, sin embargo, son bienes. Según estos filósofos, la virtud los ama también por sí misma y usa y goza de ellos como le conviene[392].

2. Añaden que esta vida feliz es también una vida social, que ama los bienes de los amigos por sí misinos como los propios y desea para ellos lo que para sí mismo. Y esto sea que vivan en la misma casa, como la esposa, los hijos o los domésticos; o en el lugar mismo en que está sita la casa, es decir, en la misma ciudad, como los ciudadanos; o en todo el orbe, como las naciones unidas por la sociedad humana; o en el mundo, comprendido bajo el nombre de cielo y tierra, como los dioses, que, según esos filósofos, son amigos del hombre sabio, y a los cuales nosotros damos conscientemente el nombre de ángeles[393]. Sostiene, además, que sobre la cuestión del sumo bien y del sumo mal no hay lugar a dudas. En esto radica la distinción que los separa de los nuevos académicos, amén de que les interesa un comino, que el filósofo siga este o el otro género de vida, el de los cínicos u otro, para alcanzar el soberano bien. En fin, en cuanto a los tres géneros de vida, ocioso, activo y mixto, les place más el tercero. Varrón asegura que éste es el sentir y las enseñanzas de los antiguos académicos, cuyo autor fue Antíoco, maestro de Cicerón y suyo, aunque en realidad parece que Cicerón siguió en más puntos a los estoicos que a los antiguos aca-

---

392 San Agustín aprovecha, sobre todo en esta obra, muchos de los conceptos expresados, según él, por Varrón. La concatenación lógica que hace de ellos nos deja al descubierto su gran capacidad y su asimilación, juntamente con el espíritu de síntesis y de compendio.

393 En su afán de conciliación y eclecticismo, ese afán, humilde a fuer de heroico, de aprovechar la verdad donde la hallare, identifica loa dioses intermedios de los platónicos con los ángeles de los cristianos. Sin embargo, hay que decir que esos diosecillos, o esos eones, como les llamarán los gnósticos, no pueden ni deben identificarse con los santos ángeles, aunque en las funciones y ministerio que se les asignan sean muy semejantes.

démicos[394]. Mas ¿qué nos importa a nosotros, que debemos juzgar de las cosas en sí, saber la opinión de cada uno de los hombres?

## CAPÍTULO IV

## Sentir de los cristianos sobre este punto del supremo bien

1. Si se nos pregunta cuál es el sentir de la Ciudad de Dios sobre cada uno de estos puntos, en primer lugar, sobre el fin de los bienes y de los males, ella misma responderá que la vida eterna es el sumo bien, y la muerte eterna, el sumo mal. Y, como consecuencia, que debemos vivir bien para lograr aquélla y esquivar ésta. Está escrito: *El justo vive de la fe,* porque, como no vemos aún nuestro bien, es preciso que lo busquemos por la fe. El mismo vivir bien no lo tenemos de propia cosecha si el que nos dio la fe, que nos lleva a creer en nuestra debilidad, no nos ayuda a creer y a suplicar. Quienes creyeron que el fin de los bienes y de los males se halla en esta vida, y así radicaron el sumo bien en el cuerpo o en el alma, o en los dos juntos, o, para expresarlo más explícitamente, en el placer, o en la virtud, o en ambos a la vez; en la quietud, o en la virtud, o en ambos; en el placer y en la quietud unidos, o en la virtud, o en ambos; en los principios de la naturaleza, o en la virtud, o en uno y otro; éstos, con extraña vanidad, hicieron depender la felicidad de sí mismos[395], La Verdad se rió de este orgullo al decir por su profeta el Señor: *Conocí que los pensamientos de los hombres son vanos,* o según el apóstol San Pablo: *El Señor conoce los pensamientos de los sabios y sabe que son vanos.*

2. ¿Qué caudal de elocuencia bastaría para describir las miserias de esta vida? Cicerón lo ha ensayado a su modo en *Acerca de la Consolación* a la muerte de su hija; pero ¡qué corto queda! Los principios de la naturaleza, ¿cuándo, cómo, dónde pueden poseerse en esta vida sin que estén sujetos a vaivenes sin cuento? ¿A qué dolor y a qué inquietud, afecciones

---

[394] Este fue Antíoco Ascalonita, preceptor y maestro de Cicerón, de Varrón, de Lóculo y de algunos otros nobles romanos. Seguía la vieja Academia, pero con inclinaciones estoicas, mejor, zenonianas.

[395] Agustín ha ensalzado más de una vez el género de los filósofos antiguos, pero con más frecuencia ha fustigado su orgullo. El hombre es muy interesante, pero no lo es todo, y por sí mismo es incapaz de ser feliz. Hacer radicar, por consiguiente, la fuente de su felicidad en él mismo es un error atrevido y altanero. Y la soberbia nunca ha dicho bien con los discípulos de Cristo. Cf. *Epist.* 118, dirigida a Dióscoro.

opuestas al placer y a la quietud, no está expuesto el cuerpo del sabio? La amputación o debilidad de miembros es contraria a la integridad del hombre; la deformidad, a la belleza; la enfermedad, a la salud; la laxitud, a las fuerzas; la flojedad o pesadez, a la agilidad. Y ¿de cuál de estos males está exenta la carne del sabio? El equilibrio y el movimiento del cuerpo, cuando son propios y adecuados, se cuentan también entre los principios de la naturaleza. Pero ¿qué sucederá si alguna mala disposición hace temblar los miembros? ¿Qué sucederá si la espina dorsal se curva hasta que arrastre las manos por el suelo, haciendo, en cierto modo, cuadrúpedo al hombre? ¿No dará esto al traste con la belleza y el decoro del equilibrio y del movimiento corporal? ¿Qué decir de los bienes primarios del alma, el sentido y el intelecto, uno dado para percibir la verdad y otro para comprenderla? Mas en cuanto a lo primero, ¿qué tal quedará o a qué se reducirá el sentido, si, por no decir otra cosa, el hombre se torna ciego y sordo? Y en cuanto a lo segundo, ¿a dónde irá a parar la razón y la inteligencia, dónde serán sepultadas, si por alguna enfermedad se torna loco el hombre? Cuando los frenéticos dicen absurdos sin cuento y hacen extravagancias ajenas y hasta contrarias a su buen plan de vida y a sus costumbres, si lo consideramos seriamente, bien lo hayamos visto, bien lo imaginemos, apenas podemos contener las lágrimas y lloramos[396]. Y ¿qué diré de quienes sufren la posesión de los demonios? ¿Dónde está sepultada su inteligencia cuando el espíritu maligno usa, a su capricho, del alma y del cuerpo de ellos? Y ¿quién asegura que este mal no puede sobrevenir al sabio en esta vida? Aún hay más: ¡cuán defectuosa es la percepción de la verdad en esta carne, según las palabras de la Sabiduría: *El cuerpo corruptible agrava al alma, y la morada terrena deprime el sentido, que imagina muchas cosas!* El ímpetu o apetito de acción, si es que la expresión traduce fielmente la palabra griega ὁρμήν, contado también entre los primeros principios de la naturaleza, ¿no es acaso en los furiosos causa de sus movimientos y de esas acciones que nos horrorizan, al pervertirse el sentido y trastornarse la razón?

3. En fin, la misma virtud, que no entra en el número de los principios de la naturaleza, pues que es fruto tardío de la ciencia, pero que reclama para sí el primer puesto entre los bienes humanos, ¿qué hace sobre la tierra sino guerra continua contra los vicios, no contra los exteriores, sino contra los interiores; no contra los ajenos, sino contra los propios y

396 ¡Qué gran corazón! ¡Qué sentimientos tan dignos de un amor como el suyo, encendido por la humanidad! Se nos presenta a veces llorando, porque tiene que llorar las desgracias de los otros *yos*, de los hombres, que son sus hermanos. Las lágrimas son privilegio de los grandes enamorados.

personales? Esta guerra la libra sobre todo la virtud, llamada en griego σωφροσύνη y en castellano templanza, que tiene por objeto frenar la libido carnal, a fin de que ésta no lleve a la mente a consentir, despeñándose en mil crímenes. Y no pensemos que no hay en nosotros vicio, cuando *la carne,* como dice el Apóstol, *desea contra el espíritu.* A ese vicio se opone directamente una virtud, señalada por él en estos términos: *Y el espíritu desea contra la carne. Son principios,* añade él, *contrae ríos entre sí, y por eso vosotros no hacéis cuanto queréis.* ¿Qué queremos hacer cuando queremos llegar a la perfección del sumo bien, sino que la carne no desee contra el espíritu ni cree en nosotros este vicio contra el que desea el espíritu? Mas, aunque queramos hacer esto en la presente vida, como no podemos, procuremos siquiera, con la ayuda de Dios, no ceder rindiendo el espíritu a la carne, que desea contra él, y no consentir en la perpetración del pecado. Dios nos libre de creer que, desgarrados y luchando aún en esta guerra intestina, hemos logrado ya la felicidad sin la posesión de la victoria. ¿Hay algún sabio que no sostenga este combate interior contra sus pasiones?[397]

4. ¿Qué diremos de la virtud que se llama prudencia? ¿Toda su vigilancia no se encamina a discernir los bienes de los males, para buscar sin error unos y huir otros? Ella misma es una prueba de que estamos en el mal y de que el mal está en nosotros. Ella nos enseña que es un mal consentir en la libido pecaminosa y que es un bien no consentir en ella. Y ese mal que la prudencia nos enseña a no consentir y la templanza nos hace combatir, ni la prudencia ni la templanza lo descartan en esta vida.

¿Qué decir de la justicia, cuyo objeto es dar a cada uno lo suyo? (Así, en el hombre hay un orden justo y procedente de la naturaleza, según el cual el alma está sometida a Dios y la carne al alma, y el alma y la carne a Dios.)[398] ¿No es verdad que también esta virtud prueba que aún trabaja en esa obra y que todavía no ha llegado al fin de la misma? El alma está, en efecto, tanto menos sometida a Dios cuanto menos piensa en El. Y la carne está tanto menos sometida al espíritu cuanto más desea contra el espíritu.

[397] San Agustín participaba aún en gran parte la mentalidad de los antiguos filósofos sobre el sabio, En sus primeros escritos resuenan todavía los ecos de esa filosofía, que luego él poco a poco fue sublimando y enriqueciendo con los valores del cristianismo, hasta dar en definir la filosofía como el amor a la Sabiduría, es decir, el amor a Cristo, que es la Sabiduría del Padre. El sabio, para los antiguos, sobre todo para los estoicos, era el ser perfecto y el más equilibrado de la humanidad. El ya no lucha contra las pasiones, porque ya no las tiene, como afirmaban los estoicos. Y mientras no consiga esto, no ha llegado a la cumbre de la sabiduría.

[398] Y en esto consiste la perfección, en guardar el equilibrio y el orden, ¡Así es de fácil y de positiva la espiritualidad agustiniana!

Y mientras arrastremos esta debilidad, este morbo, esta tara, ¿cómo osaremos decir que estamos ya salvados? Y si no estamos todavía salvados, ¿cómo nos llamaremos felices con la bienandanza final? La fortaleza, vaya acompañada de cualquier sabiduría que sea, es el testigo más irrefragable de los males del hombre, que ella se ve obligada a tolerar con paciencia. Me maravilla que los estoicos hayan tenido la osadía de negar la existencia de esos males y de aconsejar al sabio que, si son tan fuertes que o no pueden o no deben soportarlos, se suicide y emigre de esta vida. Tal es la estupidez y el orgullo de estos hombres que pretenden hallar el principio de la felicidad en esta vida y en sí mismos. Y tal es su desvergüenza, que llaman feliz al sabio, según lo describe su vanidad, aunque quede ciego, sordo, mudo, físicamente imposibilitado, o esté atormentado con aquellos crueles dolores, o le sobrevenga otro mal que se vea precisado a darse la muerte, finalizando así esta vida. ¡Oh vida dichosa, que recurre a la muerte para dejar de ser! Si es feliz, siga viviendo, y si huye de ella movido por estos males, ¿cómo es feliz? ¿No son males acaso los que triunfan sobre la fortaleza y la obligan no solamente a la rendición, sino también al disparate de considerar feliz una vida que debe huirse? ¿Quién es tan ciego que no vea que, si es feliz, no debe huirse? Y si admiten que debe huirse por el peso de la enfermedad que la oprime, ¿por qué no reconocen que es miserable, allanando su soberbia cerviz? Una pregunta: ¿Catón se mató por paciencia o más bien por impaciencia? Yo creo que no lo hubiera hecho de haber sufrido pacientemente la victoria de César. ¿Dónde está su fortaleza? Cedió, se rindió, fue tan vencido, que abandonó y desertó de la vida feliz. ¿O es que ya no era feliz? Entonces era miserable. Y ¿cómo no serían males los que hacían la vida miserable y digna de huirse?[399]

5. Aun los peripatéticos, los de la antigua Academia, de los que Varrón se muestra defensor, y cuantos admiten la existencia de esos males, hablan con más tolerancia. Pero su error es todavía extraño, porque sostienen que la vida es feliz, aunque esos males sean tan duros que obliguen para huirlos a inferirse la muerte por propia cuenta. *Los tormentos y los dolores del cuerpo son males* —dice Varrón—, *y tanto peores cuanto más pueden aumentarse. Por eso, para verte libre de ellos, debes huir de esta vida.* —¿De qué vida?, pregunto yo. —De esta vida tan cargada de males, responde él.

---

[399] Ha comenzado el ataque de frente. Es innegable la existencia en el mundo de eso que llamamos males morales. Después de la caída, la vida no puede hallarse sin alguna de esas taras. Basta echar una mirada en nuestro derredor y a nosotros mismos para percatarnos de que esos males nos rodean por todos los flancos.

¿Que es feliz en medio de estos males, por los que dices que debe huirse? ¿O es que la llamas feliz justamente porque te es lícito apartarte de esos males con la muerte? ¿Qué pasaría si, por un oculto juicio de Dios, fueras retenido entre estos males, sin permitírsete morir ni separarte jamás de ellos? A la verdad que entonces darías a esta vida, por lo menos, el calificativo de miserable. No deja, pues, de ser miserable por ser presto abandonada, puesto que, si fuera eterna, tú mismo la tacharías de miserable. Y no por ser breve debe parecemos que no es miseria, o que —mayor absurdo todavía—, por ser una miseria breve, debe llamarse felicidad. Hay en esos males una gran fuerza que obliga al hombre e incluso al sabio, según ellos, a dejar de ser hombre. Porque dicen —y dicen verdad— que éste es el grito primero y supremo de la naturaleza: que el hombre se ame a sí mismo y huya, como consecuencia, naturalmente la muerte[400]. Y es tan amigo de sí propio, que quiere ser animal y conservar esta unión íntima de cuerpo y alma, y apetece esto con vehemencia. Hay una gran violencia en esos males, que superan el sentido de la naturaleza, que lleva a evitar la muerte a toda costa y por todos los medios. Y lo supera de tal forma, que ahora desea y apetece la muerte, y si no hay quien se la dé, el hombre se la infiere a sí mismo por su propia mano. Hay un fuerte poder en esos males que hacen a la fortaleza homicida, si es que en este caso debe llamarse fortaleza, pues que, vencida por ellos de forma tal que ella, que como virtud se había hecho cargo del gobierno y de la defensa del hombre, no sólo no puede conservar su ser por la paciencia, sino que —¡y esto es lo triste!— se ve obligada a darse la muerte. Es verdad que el sabio debe sufrir pacientemente la muerte, pero cuando viene de mano extraña. Si, pues, según ellos, se ve obligado a inferírsela a sí mismo, es preciso admitir que tales accidentes son para ellos no sólo males, sino males intolerables, que les obligan a cometer ese desafuero. Una vida oprimida por el peso de tantas y tales miserias, o sujeta a los aconteceres externos, no sería jamás llamada feliz si los hombres, que le dan ese nombre, como ceden a la infelicidad vencidos por ese alud de males que los lleva a darse muerte, se dignaran ceder a la felicidad rindiéndose a la evidencia de las razones en la búsqueda de la vida feliz, y no creyeran que en esta mortalidad se debe gozar del

---

[400] Este es un hecho de experiencia propia y ajena: Todo ser busca la propia conservación. Es la primera tendencia del ser y la máxima lucha que el ser libre se dirige contra su destrucción, contra la nada, que quiere sumirle también a él en su seno. ¡Qué profundos y patéticos son los análisis que Agustín hace en *De libero arbitrio* sobre el amor al ser y sobre la huida de la nada! Aun los suicidas, dice él, aman su ser, porque prefieren terminar su miseria, creyendo, falsamente, es cierto, que se acabará su miseria y perdurará su ser.

sumo bien. Aquí las virtudes mismas, lo más noble y útil del hombre, cuanto mayor ayuda nos brindan contra la violencia de los peligros, de los dolores y de los trabajos, tanto más fieles testigos son de las miserias. Porque, si no son verdaderas virtudes —y éstas no pueden poseerlas sino los que tienen una verdadera piedad—, no permiten a nadie librarse de miseria alguna. Y no hacen esta promesa porque las verdaderas virtudes no saben mentir. Prometen, eso sí, que la vida humana, constreñida a, ser miserable entre los mil males de este mundo, puede ser feliz con la esperanza y a la vez salva[401]. Porque ¿cómo será feliz si no es aún salva? Por eso, el apóstol San Pablo, hablando, no de los hombres imprudentes, impacientes, intemperantes e inicuos, sino de los que viven según la verdadera piedad y tienen virtudes auténticas, dice: *Porque no somos salvos sino en esperanza. Pero no se dice que uno tenga esperanza de aquello que ya ve, pues lo que uno ya ve, ¿cómo lo podrá esperar? Si esperamos, pues, lo que no vemos todavía, lo aguardamos por la paciencia.* La felicidad sigue el mismo camino que la salvación, el de la esperanza. Y como la salvación no la tenemos presto, sino que la esperamos futura, así pasa con la felicidad. Esta cláusula: *por la paciencia*, está puesta porque vivimos entre males, que es preciso tolerar pacientemente, hasta que logremos los bienes inefables que nos deleitarán plenamente. Entonces no habrá ya nada que tolerar. La salvación de la otra vida será, por consiguiente, la felicidad final. Y los filósofos, que no quieren creer porque no ven, se forjan a su antojo el fantasma de una felicidad terrena, fundados en una virtud tanto más engañosa cuanto más soberbia.

## CAPÍTULO V

## **La vida social y sus dificultades**

Nuestra más amplia acogida a la opinión de que la vida del sabio es vida de sociedad. Porque ¿de dónde se originaría, cómo se desarrollaría y cómo lograría su fin la Ciudad de Dios —objeto de esta obra, cuyo libro

[401] Esta esperanza es la salvación de la presente vida humana. Si en la actual economía, desterrados como estamos de nuestra patria, no nos alimentara la esperanza de conseguirla al fin, no habría más que una salida, la desesperación. Eso que Marcel ha llamado en nuestros días «la metafísica de la esperanza», tiene raigambre plenamente agustiniana. Y toda su teoría puede condensarse en aquella lapidaria frase del Santo: *Vita vitae mortalis spes est vitae immortalis (En. in Ps.* 103,3,17).

XIX estamos escribiendo ahora— si la vida de los santos no fuera vida social? Mas ¿quién será capaz de enumerar la infinidad y gravedad de los males a que está sujeta la sociedad humana en esta mísera condición mortal? ¿Quién bastará a ponderarlos? Escuchen a uno de sus poetas cómicos, que pone en boca de un personaje, con la aprobación de todo el auditorio, estas palabras:

Tomé esposa y allí experimenté toda miseria. Me nacieron los hijos, y otro cuidado más.

Y ¿qué decir de los choques de amor, descritos por el mismo Terencio, injurias, sospechas, enemistades, guerra hoy y mañana paz? ¿No es verdad que las copas humanas rebosan de estos licores? ¿No es verdad que esto sucede también con frecuencia en los amores honestos entre amigos?[402] ¿No es verdad que los hombres sentimos por doquier injurias, sospechas, enemistades y guerras? Estos son males ciertos, pero la paz es un bien incierto, porque desconocemos los corazones de aquellos con quienes queremos tenerla, y, aunque los conozcamos hoy, no sabemos qué serán mañana. ¿Quiénes suelen o, al menos, deben tener más amistad entre sí que quienes se cobijan bajo un mismo techo, en una misma casa? Y, sin embargo, ¿quién de ésos está seguro cuando velos males acaecidos por ocultas maquinaciones, males tanto más amargos cuanto más dulce fue la paz considerada como verdadera, siendo una astuta ficción? Esto hizo decir a Cicerón estas palabras, que hieren el corazón, invitan a llorar y arrancan lágrimas: «No hay traiciones más peligrosas que aquellas que se cubren con la máscara del afecto o con nombre de parentesco. Porque es fácil ponerse en guardia contra el enemigo declarado; pero, ¡ay, cuán difícil es dar con el medio de romper una trampa secreta, interior y doméstica, que encadena antes de poder reconocerla y descubrirla!» Por este motivo no puede oírse tampoco sin dolor en el corazón aquella voz divina: *Los enemigos del hombre serán los habitantes de su propia casa.* Porque, aun

---

402 ¡La experiencia le había enseñado esta verdad a él mismo! Si alguna vez he sentido el escalofrío en mi alma al leer una página, ha sido cuando con las *Confesiones* en mis manos temblorosas leí y releí aquel pasaje en que Agustín describe la muerte de su amigo y la angustia en que quedó sumida su alma. «¡Con qué dolor se entenebreció mi corazón! Cuanto miraba, era muerte para mí. La casa me era un suplicio, y la casa paterna un tormento insufrible, y cuanto había comunicado con él se me volvía sin él cruelísimo suplicio. Le buscaban por todas partes mis ojos, y no parecía. Y llegué a odiar todas las cosas porque no le tenían ni podían decirme ya como antes, cuando venía después de una ausencia: «He aquí que ya viene». Me había hecho a mí mismo un gran lío, y preguntaba a mi alma por qué estaba triste y me conturbaba tanto, y no sabía qué responderme» *(Confess.* IV 4,9).

cuando alguien sea tan fuerte que aguante con paciencia o tan vigilante que se guarde con prudencia de las maquinaciones que hace contra él una amistad fingida, necesariamente ha de ser para él un grave tormento el mal de esos pérfidos hombres, si él es bueno, al darse cuenta de que ellos son pésimos. Y esto, bien fueran siempre malos y se fingieran tales, bien hayan trocado su bondad en malicia[403]. Si la casa, refugio común en estos males que acechan a los hombres, no está segura, ¿qué será de la ciudad? ¿Qué será de la ciudad, tanto más llena de pleitos, civiles y criminales, cuanto mayor es, aunque escape a las turbulentas sediciones, con frecuencia sangrientas, y a las guerras civiles, sucesos de los que a veces se ven libres las ciudades, pero de los peligros nunca?

## CAPÍTULO VI

## Error de los juicios humanos cuando la verdad es oculta

¿Qué decir de los juicios que los hombres dan sobre los hombres, actividad que no puede faltar en las ciudades por más en paz que estén? ¿Hemos pensado alguna vez en cuáles, cuán miserables y cuán dolorosos son? Juzgan quienes no pueden leer en las conciencias de quienes son juzgados. De aquí hace con frecuencia la necesidad de recurrir con tormentos a testigos inocentes para declarar la verdad de una causa ajena. Y ¿qué diré del tormento que se hace sufrir al acusado en su propia causa? Y ¿qué, cuando para saber si es culpable le atormentan, y, siendo inocente, se le imponen penas ciertas por un crimen incierto, no porque se descubre que lo ha cometido, sino porque se ignora que no lo ha cometido? La ignorancia del juez es, con frecuencia, la desdicha del inocente. Y lo que es más intolerable, más de llorar y más digno, si fuera posible, de un riego abundoso de lágrimas es que, ordenando el juez atormentar al reo para no hacer morir a un inocente por ignorancia, sucede, por la miseria de esa ignorancia, que mata al atormentado e inocente a quien había atormentado para no matarle inocente. Si, según la doctrina de estos filósofos, el reo amara más huir de la vida que sufrir por más tiempo esos tormentos, diría que ha cometido un crimen que no cometió. Y helo ya condenado y muerto, y el

[403] El hombre de la interioridad no podía dejar de perseguir la insinceridad, la hipocresía. Estas tristes pinceladas que aquí da nos están diciendo que él probó de esos tragos dentro y fuera de sus monasterios. Los hombres somos así, y aun entre los santos mordemos 1a. honra de nuestros prójimos.

juez aún no sabe si ha dado muerte a un culpable o a un inocente, habiéndolo atormentado para no matar por ignorancia a un inocente. Lo atormentó para conocer su inocencia y lo mató sin conocerla. En estas tinieblas de la vida civil, un juez que sea sabio, ¿se sentará o no en el tribunal? Se sentará, sin duda, porque le constriñe a eso y le obliga la sociedad humana, a la que considera crimen abandonar. ¡Y no considera crimen atormentar a testigos inocentes en causas ajenas, y que los acusados, a menudo vencidos por la vehemencia del dolor, declarando de sí mismos cosas falsas, sean condenados siendo inocentes, después de haber sido atormentados inocentes! ¡Y no considera crimen tampoco que a veces los acusadores, quizá con el deseo de ser útiles a la sociedad humana y con el fin de que no queden impunes los crímenes, mintiendo los testigos, y el reo haciendo con bravura frente a los tormentos, no confesando, sin poder probar aquellos sus declaraciones, aunque sean verdaderas, son condenados por un juez ignorante! Estos no creen pecados tantos y tan enormes males, porque el juez sabio no los hace con voluntad perversa, sino por ignorancia invencible, y como le fuerza a ello la sociedad humana, lo hace también obligado por su oficio. Pero, si esto no puede achacarse a malicia del todo, sí merece el nombre de miseria humana. Y si la necesidad, es decir, su ignorancia y su oficio de juez le constriñen a castigar y a atormentar a los inocentes, ¿es poco no ser reo si no es además feliz? ¡Ah! ¡Cuánto más cuerda y dignamente obraría reconociendo su miseria en esta necesidad y odiándola en sí mismo, y, si tiene algún sentimiento de piedad, clamando a Dios: *Líbrame de mis necesidades!*

## CAPÍTULO VII

## Diversidad de lenguas y miseria de las guerras

Después de la ciudad o la urbe viene el orbe de la tierra, tercer grado de la sociedad humana, que sigue estos pasos; casa, urbe y orbe. El universo es como el océano de las aguas: cuanto mayor es, tanto más abunda en escollos. El primer foco de separación entre los hombres es la diversidad de lenguas. Supongamos que en un viaje se encuentran un par de personas, ignorando una la lengua de la otra, y que la necesidad les obliga a caminar juntas un largo trecho. Los animales mudos, aunque sean de diversa especie, se asocian más fácilmente que estos dos, con ser hombres. Y cuando únicamente por la diversidad de lenguas los hombres no pueden comunicar

entre sí sus sentimientos, de nada sirve para asociarlos la más pura semejanza de naturaleza[404]. Esto es tan verdad, que el hombre en tal caso está de mejor gana con su perro que con un hombre extraño. Se ha trabajado para que la ciudad imperiosa imponga no sólo su yugo, sino también su lengua, a las naciones domeñadas por la paz de la sociedad. Esta paz ha motivado esa abundancia de intérpretes que vemos. Es verdad, pero esto ¡a costa de cuántas y cuán enormes guerras, de cuántos destrozos y de cuánto derramamiento de sangre se ha logrado! Pasaron estos males, y, sin embargo, su miseria no se acabó. Si bien es cierto que no han faltado, ni faltan, naciones enemigas extranjeras contra las cuales se han librado siempre y se libran aún hoy guerras, sin embargo, la misma grandeza del imperio ha dado origen a guerras de peor laya, a las guerras sociales y a las civiles. El género humano padece con ellas tremendas sacudidas, tanto cuando se guerrea para conseguir la paz como cuando se teme un nuevo levantamiento. Si quisiera exponer como se merecen los mil estragos de esos males, sus duras e inhumanas crueldades, aunque por una parte me sería imposible pintarlo como exige, por otra, ¿cuál sería el fin de este prolijo discurso?

El sabio —añaden ellos— ha de librar guerras justas. ¡Como si el sabio, consciente de que es hombre, no sentirá mucho más verse obligado a declarar guerras justas, pues, si no fueran justas, no debía declararlas, y, por tanto, para él no habría guerras! La injusticia del enemigo es la causa de que el sabio declare guerras justas[405]. Y esa injusticia, aunque no fuera acompañada de la guerra, simplemente por ser tara humana, debe deplorarla el hombre. Es evidente, pues, que quien considere con dolor males tan enormes, tan horrendos y tan inhumanos, reconoce en ellos la miseria. Y el que los sufre o considera sin dolor es mucho más miserable al creerse feliz, porque ha perdido el sentimiento humano.

---

[404] Va analizando y viviseccionando con carácter de psicólogo la desunión y la separación de los hombres entre sí. La unidad se protege con la comunicación de sentimientos. Sentir lo mismo, basados en los principios comunes que todos tenemos, es el lema que puede superar las deficiencias humanas. Y a él recurre el Santo en su vida monacal.

[405] Cf. *Quaest. in Hept.* VI q.10.

## CAPÍTULO VIII

## **Inseguridad de la amistad en esta vida**

Y si no se da esa ignorancia rayana en la demencia, frecuente, por cierto, en la mísera condición de esta vida, que nos hace creer al amigo enemigo, o al enemigo amigo, ¿qué consolación mejor hallamos, entre las agitaciones y penalidades de la sociedad humana, que la fe sincera y el mutuo amor de los buenos y auténticos amigos? Pero cuantos más y en más lugares los tenemos, tanto más tememos que les suceda algún accidente de esos que llenan el mundo[406]. Porque no nos preocupa solamente que no sean afligidos por el hambre, las guerras, las enfermedades, la cautividad y los males que esto lleva consigo, imposibles de imaginar, sino que además tememos —y es temor mucho más amargo— que se tornen pérfidos y malvados. Y cuando esto sucede (evidentemente tanto más cuanto más y más diferentes son nuestros amigos) y llega a nuestro conocimiento, ¿quién podrá darse cuenta de las llamas en que arde nuestro corazón sino el que siente tales reveses? Preferiríamos saber a nuestros amigos muertos, aunque aun esto no podríamos saberlo sin dolor. ¿Cómo es posible que la muerte de personas cuya vida nos deleitaba con los solaces dé la amistad no nos inyecte la tristeza en el alma?[407] Quien proscribe esta tristeza, proscriba, si puede, las charlas entre amigos. Interrumpa o corte el hilo del afecto amigable, rompa los lazos más dulces de las relaciones humanas, y esto no lo hará sin cruel estupor. O, si no, crea que es preciso usar de ellos sin que la amistad aliente *en* el espíritu ese aire de dulzura. Y si todo esto es imposible, ¿cómo no nos ha de ser amarga la muerte de aquel cuya vida nos es dulce?[408] De aquí nace esa melancolía, esa especie de herida o llaga del corazón, no inhumana, que sólo halla curación en los dulzores de las

---

[406] La amistad es un continuo sobresalto. Hay en la amistad una doble preocupación, la propia y la del amigo, la del otro *yo*... Agustín podría darnos lecciones sobre este punto, porque amó como no ha amado nadie después de él. Y es que cuanto más fidelidad se tiene al amigo, tanto más sobrecoge el celo y el miedo. ¡Léanse y reléanse una y mil veces las inmortales páginas de las *Confessiones* a este respecto, sobre todo los seis primeros libros y el relato de su conversión!

[407] Palpablemente vemos cumplida esta verdad en el relato antes citado de la muerte del amigo. Cf. *Confess*. IV 4,7-9; 5,10.

[408] Una vez más nos está hablando de su propia experiencia. El amargor que aquella muerte dejó en su alma tiene resabios en todas las ocasiones propicias. Llevaba el alma rota y no sabía dónde ponerla. Hubiera querido morir también él, porque no quería vivir a medias, y su otro *yo* ya había muerto.

consolaciones. Decir que esas heridas se restañan tanto más presto y fácilmente cuanto mejor es el alma, no es decir que no hay llaga en el alma. Aunque la muerte de los seres más queridos, sobre todo si son forjadores de los lazos sociales, pinche más blanda o más duramente en la vida de los mortales, sin embargo, preferimos verlos morir a *verlos desertar de* la fe o *de* las buenas costumbres, que es morir en el alma. De esta inmensa cantidad de males está llena la tierra. Por eso está escrito: *¿No es verdad que la vida del hombre sobre la tierra es tentación?* Y por eso dice el Señor: *¡Ay del mundo por los escándalos!* Y, asimismo: *Porque abundó la iniquidad se enfriará la caridad de muchos.* He aquí por qué debemos felicitarnos por la muerte de nuestros mejores amigos. Y cuando nuestro corazón sea presa de la angustia, consolémonos y pensemos que la muerte ha librado a los amigos de los males que hieren, depravan o, al menos, ponen en peligro en esta vida aun a los hombres buenos.

## CAPÍTULO IX

## La amistad de los santos ángeles y el porqué de que se nos oculte

En cuanto a los santos ángeles, es decir, a la cuarta sociedad que establecieron los filósofos que pretenden que tengamos a los dioses por amigos, pasando del orbe al mundo y abarcando así en cierto modo también el cielo, no tememos que tales amigos nos contristen con su muerte o con su depravación. Pero, como no tenemos con ellos esa familiaridad que tenemos con los demás, hombres (que es uno de los gajes de la vida) y como a veces Satanás, según la Escritura, se transfigura en ángel de luz para tentar a aquellos que o tienen necesidad de ser así probados o merecen ser engañados, la gran misericordia de Dios es necesaria, para que nadie, creyendo tener por amigos a los ángeles buenos, tenga por amigos fingidos a demonios malos, enemigos tanto más dañinos cuanto más astutos y falaces. Y ¿quién tiene necesidad de la gran misericordia de Dios sino la gran miseria humana, que se ve oprimida por una ignorancia tan supina, que la simulación de los demonios la engaña fácilmente? Es certísimo que esos filósofos que dijeron tener a los dioses por amigos cayeron en la ciudad impía en la trampa de los demonios, dominadores de toda esta ciudad, que ha de tener con ellos un suplicio eterno. Porque a la vista de todos está por los sacrificios, o por mejor decir, por los sacrilegios con que pensaron que debían rendirles culto y poi los juegos nefandos con que representaban, a exigen-

cias y a petición de los inmundísimos demonios, esas maldades e ignominias que les servían de aplacamiento, los que eran sus adoradores.

## CAPÍTULO X

## Fruto de la victoria aparejado a los santos

Los santos y los fieles adoradores del único Dios verdadero y sumo no están aún a salvo de sus engaños y de sus multiformes tentaciones. En este valle de debilidad y de miseria, esa prueba no carece de sentido, pues que excita y enardece el deseo de esa seguridad en que habrá una paz perfecta y enteramente cierta. Allí se darán cita todos los dones de la naturaleza, es decir, las perfecciones dadas por el Creador a nuestra naturaleza, bienes eternos no sólo para el alma, curada por la sabiduría, sino también para el cuerpo, renovado por la resurrección. Allí las virtudes no lucharán contra los vicios o contra los males, sino que poseerán, como premio de su victoria, una paz eterna, que no será turbada por ningún enemigo[409]. Y ésta será la beatitud final, el fin de la perfección, que no tendrá fin. El mundo nos llama felices de verdad cuando gozamos de paz, tal cual puede gozarse en esta vida; pero esta felicidad, comparada con la final de que hablamos, es una verdadera miseria.

Cuando nosotros, mortales, entre lo efímero de las cosas, poseemos esta paz que puede existir en el mundo, si vivimos rectamente, la virtud usa con rectitud de sus bienes; mas, cuando no la poseemos, la virtud usa bien aun de los males de nuestra condición humana. La verdadera virtud consiste, por lo tanto, en hacer buen uso de los bienes y de los males y en referirlo todo al fin último, que nos pondrá en posesión de una paz perfecta e incomparable.

---

[409] Cf. *De Trin.* XIV 9,12.

## Capítulo XI

# La felicidad de la paz eterna, fin y verdadera perfección de los santos

Podemos, en consecuencia, decir de la paz lo que hemos dicho de la vida eterna, que es el fin de nuestros bienes, ya que un salmo, hablando de la ciudad objeto de esta laboriosa obra, se expresa así: *Alaba al Señor, Jerusalén; alaba, Sión, a tu Dios. Porque el que afianzó con fuertes barras tus puertas y ha bendecido a tus hijos y moradores, ése ha establecido la paz a tus fines.* Una vez que los pestillos de sus puertas fueren afianzados, ya no entrará ni saldrá nadie de ella. Por esos fines de que habla el salmo debemos entender aquí la paz, que queremos probar como final. El nombre místico de esa Ciudad, es decir, Jerusalén, significa Visión de paz, como ya hemos hecho notar. Mas, como el nombre de paz es también corriente en las cosas mortales, donde no se da la vida eterna, he preferido reservar este nombre de vida eterna para el fin en que la Ciudad de Dios encontrará su bien supremo y soberano. De este fin dice el Apóstol: *Ahora, libres del pecado y convertidos siervos de Dios, tenéis por fruto vuestro la santificación y por fin la vida eterna.* Mas, como también los no familiarizados con las Sagradas Escrituras pueden entender por vida eterna la vida de los pecadores, bien, según algunos filósofos, por la inmortalidad del alma, bien, según nuestra fe, por las penas interminables de los impíos, que no serán eternamente atormentados si no viven eternamente, debe llamarse fin de esta ciudad en que gozará del sumo bien, o la paz en la vida eterna, o la vida eterna en la paz. Así, todos pueden entenderlo con facilidad. Y la paz es un bien tan noble, que aun entre las cosas mortales y terrenas no hay nada más grato al oído, ni más dulce al deseo, ni superior en excelencia. Abrigo la convicción de que, si me detuviera un poco a hablar de él, no sería oneroso a los lectores, tanto por el fin de esta ciudad de que tratamos como por la dulcedumbre de la paz, ansiada por todos.

## CAPÍTULO XII

## La paz, aspiración suprema de los seres

1. Quienquiera que repare en las cosas humanas y en la naturaleza de las mismas, reconocerá conmigo que, así como no hay nadie que no quiera gozar, así «no hay nadie que no quiera tener paz»[410]. En efecto, los mismos amantes de la guerra no desean más que vencer, y, por consiguiente, ansían llegar guerreando a una paz gloriosa. Y ¿qué es la victoria más que la sujeción de los rebeldes? Logrando este efecto llega la paz. La paz es, pues, también el fin persteseguido por quienes se afanan en poner a prueba su valor guerrero presentando guerra para imperar y luchar. De donde se sigue que el verdadero fin de la guerra es la paz[411]. El hombre, con la guerra, busca la paz; pero nadie busca la guerra con la paz. Aun los que perturban la paz de intento no odian la paz, sino que ansían cambiarla a su capricho.

Su voluntad no es que no haya paz, sino que la paz sea según su voluntad. Y si llegan a separarse de otros por alguna sedición, no ejecutan su intento si no tienen con sus cómplices una especie de paz. Por eso los bandoleros procuran estar en paz entre sí, para alterar con más violencia y seguridad la paz de los demás. Y si hay algún salteador tan forzudo y enemigo de compañías que no se confíe a nadie y saltee y mate y se dé al pillaje él solo, al menos tiene una especie de paz, sea cual fuere, con aquellos a quienes no puede matar y a quienes quiere ocultar lo que hace. En su casa procura vivir en paz, con su esposa, con los hijos, con los domésticos, si los tiene, y se deleita en que sin chistar obedezcan a su voluntad. Y si no se le obedece, se indigna, riñe y castiga, y si la necesidad lo exige, compone la paz familiar con crueldad. El ve que la paz no puede existir en la familia si los miembros no se someten a la *cabeza, que es él* en su casa. Y si una

[410] El gran mérito de Agustín ha sido el hallazgo de los principios metafísicos que regulan los seres humanos e irracionales. El apetito de paz supone un conocimiento de la misma, pero este conocimiento, si es que puede llamarse tal, es inconsciente y nos aboca directamente a la *memoria Dei*. La teoría, como ya hemos apuntado varias veces, es de una trascendencia enorme en toda la filosofía agustiniana.

[411] Este es el gran capitulo de la psicología humana. Así somos los hombres. No queremos la paz, porque nadie nos sirve; pero, cuando nos vemos encumbrados, anhelamos que todos se nos rindan, sin pensar en nuestra anterior postura, y ahora cambiamos la chaqueta y deseamos la paz, la paz con nuestros inferiores, esa paz que habíamos negado a nuestros superiores.

ciudad o pueblo quisiera sometérsele como deseaba que le estuvieran sujetos los de su casa, no se escondiera ya como ladrón en una caverna, sino que se engallaría a vista de todos, pero con la misma cupididad y malicia. Todos desean, pues, tener paz con aquellos a quienes quieren gobernar a su antojo. Y cuando hacen la guerra a otros hombres, quieren hacerlos suyos, si pueden, e imponerles luego las condiciones de su paz.

2. Supongamos a uno descrito con las pinceladas de la fábula y de los poetas. Quizá por su invariable fiereza prefirieron llamarle semihombre a hombre[412]. Su reino sería la espantosa soledad de un antro desierto, y su malicia tan enorme, que recibió el nombre griego de κακός (*malo*). Sin esposa con quien tener charlas amorosas, ni hijos pequeñitos que alegraran sus días, ni mayores a quienes mandara. No gozaba de la conversación de algún amigo, ni siquiera de Vulcano, su padre, más feliz al menos que este dios, porque él no engendró otro monstruo semejante. Lejos de dar nada a nadie, robaba a los demás cuando y cuanto podía y quería. Y, sin embargo, en su antro solitario, cuyo suelo, según el poeta, siempre estaba regado de sangre, sólo anhelaba la paz, un reposo sin molestia ni turbación de violencia o miedo. Deseaba también tener paz con su cuerpo, y cuanta más tenía, tanto mejor le iba. Mandaba a sus miembros, y éstos obedecían. Y con el fin de pacificar cuanto antes su mortalidad, que se rebelaba contra él por la indigencia y el hambre, que se coligaban para disociar y desterrar el alma del cuerpo, robaba, mataba y devoraba. Y aunque inhumano y fiero, miraba, con todo, inhumana y ferozmente por la paz de su vida y salud. Si quisiera tener con los demás esa paz que buscaba tanto para sí en su caverna y en sí mismo, ni se llamara malo, ni monstruo, ni semihombre. Y si las extrañas formas de su cuerpo y el torbellino de llamas vomitado por su boca apartó a los hombres de su compañía, era cruel no por deseo de hacer mal, sino por necesidad de vivir. Mas éste no ha existido o, lo que es más creíble, no fue tal cual lo pinta el poeta, porque, si no alargara tanto la mano en acusar a Caco, serían pocas las alabanzas de Hércules. Este hombre, o por mejor decir, este semihombre, no existió, como tantas otras ficciones de los poetas. Porque aun las fieras más crueles —y éste participó también de esa fiereza, se llamó semifiera— custodian la especie con cierta paz, cohabitando, engendrando, pariendo y alimentando a sus hijos, a pesar de que con frecuencia son insociables y solívagas, son no como las ovejas, los ciervos, las palomas, los estorninos y las abejas, sino como los leones, las raposas, las águilas y las lechuzas. ¿Qué tigre hay que no ame blandamente a sus cachorros v, depuesta su fiereza, no los acaricie? ¿Qué milano, por

---

412 Alude al perro de la fábula, Caco. Vid. *Eneida* 1.8 v.185-275.

más solitario que vuele sobre la presa, no busca hembra, hace su nido, empolla los huevos, alimenta sus polluelos y mantiene como puede la paz en su casa con su compañera, como una especie de madre de familia? ¡Cuánto más es arrastrado el hombre por las leyes de su naturaleza a formar sociedad con todos los hombres y a lograr la paz en cuanto esté de su parte![413] Los malos combaten por la paz de los suyos, y quieren someter, si es posible, a todos, para que todos sirvan a uno solo. ¿Por qué? Porque desean estar en paz con él, sea por miedo, sea por amor. Así, la soberbia imita perversamente a Dios. Odia bajo él la igualdad con sus compañeros, pero desea imponer su señorío en lugar de él. Odia la paz justa de Dios y ama su injusta paz propia. Es imposible que no ame la paz, sea cual fuere. Y es que no hay vivir tan contrario a la naturaleza que borre los vestigios últimos de la misma.

3. El que sabe anteponer lo recto a lo torcido, y lo ordenado a lo perverso, reconoce que la paz de los pecadores, en comparación de la paz de los justos, no merece ni el nombre de paz. Lo que es perverso o contra el orden, necesariamente ha de estar en paz en alguna, de alguna y con alguna parte de las cosas en que es o de que consta. De lo contrario, dejaría de ser. Supongamos un hombre suspendido por los pies, cabeza abajo. La situación del cuerpo y el orden de los miembros es perverso, porque está invertido el orden exigido por la naturaleza, estando arriba lo que debe estar naturalmente abajo. Este desorden turba la paz del cuerpo, y por eso es molesto. Pero el alma está en paz con su cuerpo y se afana por su salud, y por eso hay quien siente el dolor. Y si, acosada por las dolencias, se separara, mientras subsista la trabazón de los miembros, hay alguna paz entre ellos, y por eso aún hay alguien suspendido. El cuerpo terreno tiende a la tierra, y al oponerse a eso su atadura busca el orden de su paz y pide en cierto modo, con la voz de su peso, el lugar de su reposo[414]. Y, una vez exánime y sin sentido, no se aparta de su paz natural, sea conservándola, sea tendiendo a ella. Si se le embalsama, de suerte que se impida la disolución del cadáver, todavía une sus partes entre sí cierta paz, y hace que todo

[413] Esa tendencia natural no puede faltar en el hombre, el ser más perfecto de la creación. Ella nos lleva a la fundamentación metafísica de los hechos que encuadran y prueban la existencia de la *memoria Dei*.

[414] El sistema agustiniano es una gama lógica en toda su dilatada extensión. La paz entre los trascendentales exigiría la unidad, el descanso, el reposo. Todos los cuerpos, los seres todos, tienen su peso; todos buscan por medio de él la paz que les es propia. El lugar de su equilibrio, de su «estar», ésa es la paz peculiar de cada ser. Pero él tiene un peso, que es su amor y que tiende hacia arriba, y por eso estará inquieto hasta que repose, hasta que llegue a la patria y consiga su paz.

el cuerpo busque el lugar terreno y conveniente y, por consiguiente, pacífico. Sin embargo, si no es embalsamado y se le deja a su curso natural, se establece un combate de vapores contrarios que ofenden nuestro sentido. Es el efecto de la putrefacción, hasta que se acople a los elementos del mundo y retorne a su paz, pieza a pieza y poco a poco. De estas transformaciones no se substrae nada a las leyes del supremo Creador y Ordenador, que gobierna la paz del universo. Porque, aunque los animales pequeños nazcan del cadáver de animales mayores, cada corpúsculo de ellos, por ley del Creador, sirve a sus pequeñas almas para su paz y conservación. Y aunque unos animales devoren los cuerpos muertos de otros, siempre encuentran las mismas leyes difundidas por todos los seres para la conservación de las especies, pacificando cada parte con su parte conveniente, sea cualquiera el lugar, la unión o las transformaciones que hayan sufrido[415].

## Capítulo XIII

## La paz universal y su indefectibilidad

1. Así, la paz del cuerpo es la ordenada complexión de sus partes[416]; y la del alma irracional, la ordenada calma de sus apetencias. La paz del alma racional es la ordenada armonía entre el conocimiento y la acción, y la paz del cuerpo y del alma, la vida bien ordenada y la salud del animal. La paz entre el hombre mortal y Dios es la obediencia ordenada por la fe bajo la ley eterna. Y la paz de los hombres entre sí, su ordenada concordia. La paz de la casa es la ordenada concordia entre los que mandan y los que obedecen en ella, y la paz de la ciudad es la ordenada concordia entre los ciudadanos que gobiernan y los gobernados. La paz de la ciudad celestial es la unión ordenadísima y concordísima para gozar de Dios y a la vez en

---

[415] Sería difícil hallar en la filosofía corriente un término apropiado para designar éste de *paz,* que usa Agustín. La paz en los seres lo es todo para el Santo. Es de orden ontológico como unidad, es de orden moral como equilibrio, es de orden lógico como *memoria Dei*. Lo es todo y es de un alcance inigualable.

[416] Comienza en este capítulo —el más hermoso y profundo, sin duda, de cuantos han brotado de la pluma de San Agustín— esa filigrana literaria y filosófica de definiciones en torno a la paz. Baker ha llamado al libro XIX de la *Ciudad de Dios* «tratado de sociología», y no se equivoca. En él se dan cita todos los problemas de esa materia con una rigidez que asombra. La paz es el fundamento de todas las sociedades, doméstica, civil, nacional o internacional.

Dios. Y la paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden[417]. Y el orden es la disposición que asigna a las cosas diferentes y a las iguales el lugar que les corresponde[418]. Por tanto, como los miserables, en cuanto tales, no están en paz, no gozan de la tranquilidad del orden, exenta de turbaciones; pero como son merecida y justamente miserables, no pueden estar en su miseria fuera del orden. No están unidos a los bienaventurados, sino separados de ellos por la ley del orden. Estos, cuando no están turbados, se acoplan cuanto pueden a las cosas en que están. Hay, pues, en ellos cierta tranquilidad en su orden y, por tanto, tienen cierta paz. Pero son miserables, porque, aunque están donde deben estar, no están donde no se verían precisados a sufrir. Y son más miserables si no están en paz con la ley que rige el orden natural. Cuando sufren, la paz se ve turbada por ese flanco; pero subsiste por este otro en que ni el dolor consume ni la unión se destruye. Del mismo modo que hay vida sin dolor y no puede haber dolor sin vida, así hay cierta paz sin guerra, pero no puede haber guerra sin paz. Y esto no por la guerra en sí, sino por los agitadores de las guerras, que son naturalezas, y no lo fueran si la paz no les diera subsistencia.

2. Existe una naturaleza en la que no hay ningún mal, en la que no puede haber mal alguno. Mas no puede existir naturaleza alguna en la que no se halle algún bien. Por tanto, ni la misma naturaleza del diablo, en cuanto naturaleza, es un mal. La hace mala su perversidad[419]. No se mantuvo en la verdad, pero no escapó al juicio de la misma. No se mantuvo en la tranquilidad del orden, pero no escapó a la potestad del Ordenador. La bondad de Dios, que aparece en su naturaleza, no le substrae a la justicia de Dios, que le ordena a la pena. Dios no castiga en él el bien por El crea-

---

[417] Es la definición clásica, que ha pasado ya a aforismo de escuela. Es, ni más ni menos, el compendio de la espiritualidad agustiniana y de su moral. A conseguir la paz se encamina toda la vida ascética y todo el ejercicio de lucha y de refriega que espera al hombre en el mundo. Virtud, paz y orden son los términos que definen la trayectoria de este pensamiento, y unos se completan con los otros. Añadamos a éstos el amor, y tenemos el cuadro cerrado por los cuatro flancos.

[418] Y esto nos mueve a pensar en el peso, que es el amor, en el *pondus*. El amor inclina al lugar propio de cada ser, y el orden obliga a conseguirlo. Si nos detenemos un poco a considerar estas definiciones, caemos en la cuenta de que todo radica y gira sobre un mismo gozne, el equilibrio. *Virtus = ordo amoris; ordo = dispositio rerum; amor = pondus; pax = tranquilitas ordinis.* Este es el vasto proceso seguido por la lógica impresionante del Santo.

[419] Los lugares paralelos son innumerables. Pueden verse entre otros: *De mor. Munich.* II 9,14; *De ver. relig.* 11,21; 18,35-36, etc.; *De div. quaest. 83* q.10; q.21; q.51; *Contra Epist. Munich.* 33,36; *De Trin.* VIII 3,5; XI 5,8; *De nat. bon.* 1,2.6.8.12.13.17, etc.

do, sino el mal que él cometió[420]. No priva a la naturaleza de todo lo que le dió, sino que substrae algo, y le deja algo, a fin de que haya quien sufra la substracción. El dolor es el mejor testigo del bien substraído y del bien dejado, porque, si no existiera el bien dejado, no podría dolerse el bien quitado. El que peca es peor si se alegra en el daño de la equidad, y el que es atormentado, si de él no reporta bien alguno, sufre el daño de la salud. Y es que la equidad y la salud son dos bienes, y de la amisión del bien es preciso dolerse, no alegrarse (si es que no hay una compensación en lo mejor, y es mejor la equidad del ánimo que la salud del cuerpo). Es más razonable, sin duda, el dolerse el pecador de sus suplicios que el alegrarse de sus crímenes. Así como el alegrarse del bien abandonado al pecar es una prueba de la voluntad mala, así el dolor del bien perdido en el suplicio es testigo de la naturaleza buena[421]. Quien siente haber perdido la paz de su naturaleza, lo siente por ciertos restos de paz que hacen que ame su naturaleza. Los inicuos e impíos lloran en sus tormentos la pérdida de los bienes naturales y sienten a Dios como justísimo robador de los mismos por haberle despreciado como benignísimo dador. Dios, pues, Creador sapientísimo y Ordenador justísimo de todas las naturalezas, que puso como remate y colofón de su obra creadora en la tierra al hombre, nos dio ciertos bienes convenientes a esta vida, a saber: la paz temporal según la capacidad de la vida mortal para su conservación, incolumidad y sociabilidad. Nos dio además todo lo necesario para conservar o recobrar esta paz; así lo propio y conveniente al sentido, la luz, la noche, las auras respirables, las aguas potables y cuanto sirve para alimentar, cubrir, curar y adornar el cuerpo. Todo esto nos lo dio bajo una condición, muy justa por cierto: que el mortal que usara rectamente de tales bienes los recibirá mayores y mejores. Recibirá una paz inmortal acompañada de gloria y el honor propio de la vida eterna, para gozar de Dios y del prójimo en Dios. Y el que usara mal no recibirá aquéllos y perderá éstos.

---

[420] Este mismo pensamiento, ampliado y expuesto quizá con menos hondura metafísica, lo emplearon los escolásticos, sobre todo a partir de Santo Tomás, para probar que Dios no quiere ningún mal de culpa y que el mal de pena y el de naturaleza lo quiere *per accidens*, es decir, en cuanto va unido a un bien superior.

[421] Estos grandes principios de moral son ya la cumbre y la perfección del cristianismo. El gozo y el dolor no son morales por lo que tienen de malos en sí mismos, sino por el objeto. Son lo que los moralistas llaman hoy los pecados internos.

## CAPÍTULO XIV

## El orden y la ley celestial y terrena

El uso de las cosas temporales dice relación al logro de la paz terrenal, y en la Ciudad de Dios, al logro de la paz celestial. Por eso, si fuéramos animales irracionales no apeteceríamos más que la ordenada complexión de las partes del cuerpo y la quietud de las apetencias. No apeteceríamos, por consiguiente, nada fuera de eso, con el fin de que la paz del cuerpo redundara en provecho de la paz del alma. Porque la paz del alma irracional es imposible sin la paz del cuerpo, pues sin ella no puede lograr la quietud de sus apetencias. Pero ambos se ayudan a esa paz que tienen entre sí el alma y el cuerpo, paz de vida ordenada y de salud. Así como los animales muestran que aman la paz del cuerpo cuando esquivan el dolor, y la paz del alma cuando, para colmar sus necesidades, siguen la voz de sus apetencias, así huyendo la muerte indican a las claras cuánto aman la paz, que aúna el alma y el cuerpo. Pero el hombre, dotado de alma racional, somete a la paz de esta alma cuanto tiene de común con las bestias, con el fin de contemplar algo con la mente y según ese algo obrar de suerte que haya en él una ordenada armonía entre el conocimiento y la acción, en que consiste, como hemos dicho, la paz del alma racional[422]. A esto debe enderezar su querer, a que el dolor no le atormente, ni el deseo la inquiete, ni la muerte la separe para conocer algo útil, y según ese conocimiento componer su vida y sus costumbres. Mas, como su espíritu es débil, para que el afán de conocer no le precipite en error alguno, tiene necesidad del magisterio divino para conocer con certeza, y de su ayuda para obrar con libertad[423]. Y como, mientras mora en este cuerpo mortal, anda lejos de Dios y camina por la fe y no por la especie, por eso es preciso que relacione tanto la paz del cuerpo con la del alma, como la de los dos juntos, a aquella paz que existe entre el hombre mortal y el Dios inmortal, dando así margen a la obediencia ordenada por la fe bajo la ley eterna. Y puesto que el divino Maestro enseña dos preceptos principales, a saber: el amor de Dios y el

---

[422] La perfección consiste, por consiguiente, en la paz, y ésta en la armonía del conocimiento con la acción. La conclusión es fácil: destierra la hipocresía del corazón de los hombres, porque su perfección comienza por el interior y no para en meras apariencias externas.

[423] Trata de conciliar la libertad con el auxilio de la gracia. El concurso es cierto, pero la obediencia es libre; por consiguiente, ni se quita la libertad ni se priva de la ayuda divina. El cómo es ya problema más intrincado y difícil.

amor del prójimo, en los cuales el hombre descubre tres seres como objeto de su amor: Dios, él mismo y el prójimo, y el que ama a Dios no peca amándose a sí mismo, es lógico que cada cual lleve a amar a Dios al prójimo, que se le manda amar como a sí mismo[424]. Así debe hacer con la esposa, con los hijos, con los domésticos y con los demás hombres que pudiere, como quiere que el prójimo mire por él si por ventura lo necesitare. Y así tendrá paz con todos en cuanto de él dependa, esa paz de los hombres que es la ordenada concordia. El orden que se ha de seguir es éste: primero, no hacer mal a nadie, y segundo, hacer bien a quien se pueda. En primer lugar, debe comenzar el cuidado por los suyos, porque la naturaleza y la sociedad humana le dan acceso más fácil y medios más oportunos. Por eso dice el Apóstol: *Quien no provee a los suyos, mayormente si son familiares, niega la fe y es peor que un infiel.* De aquí nace también la paz doméstica, es decir, la ordenada concordia entre el que manda y los que obedecen en casa. Mandan los que cuidan, como el varón a la mujer, los padres a los hijos, los amos a los criados. Y obedecen quienes son objeto de cuidado, como las mujeres a los maridos, los hijos a los padres, los criados a los amos. Pero en casa del justo que vive de la fe y peregrina aún lejos de la ciudad celestial sirven también los que mandan a aquellos que parecen dominar. La razón es que no mandan por deseo de dominio, sino por deber de caridad; no por orgullo de reinar, sino por bondad de ayudar.

## CAPÍTULO XV

## La libertad natural y la servidumbre del pecado

Esto es prescripción del orden natural. Así creó Dios al hombre. *Domine,* dice, *a los peces del mar, y a las aves del cielo, y a todo reptil que se mueve sobre la tierra.* Y quiso que el hombre racional, hecho a su imagen, dominara únicamente a los irracionales, no el hombre al hombre, sino el hombre a la bestia. Este es el motivo de que los primeros justos hayan sido pastores y no reyes. Dios con esto manifestaba qué pide el orden de las criaturas y qué exige el conocimiento de los pecados. El yugo de la fe se

[424] El pensamiento es claro. El hombre, con la ayuda de la fe, tiene ya marcado el camino que ha de seguir en su amor. Por tanto, amando a Dios, puede amarse también y rectamente a sí mismo y al prójimo, porque estos tres preceptos no se contraponen ni se oponen, sino que se componen entre sí y se implican.

impuso con justicia al pecador[425]. Por eso en las Escrituras no vemos empleada la palabra *siervo* antes de que el justo Noé castigara con ese nombre el pecado de su hijo. Éste nombre lo ha merecido, pues, la culpa, no la naturaleza. La palabra *siervo,* en la etimología latina, designa los prisioneros, a quienes los vencedores conservaban la vida, aunque podían matarlos por derecho de guerra. Y se hacían siervos, palabra derivada de servir. Esto es también merecimiento del pecado. Pues, aunque se libre una guerra justa, la parte contraria guerrea por el pecado. Y toda victoria, aun la conseguida por los malos, humilla a los vencidos por juicio divino, o corrigiendo los pecados, o castigándolos. Testigo es de ello Daniel, ese hombre que en la cautividad confiesa a Dios sus pecados y los pecados de su pueblo y reconoce, con piadoso dolor, que ésta es la razón de aquel cautiverio. La primera causa de la servidumbre es, pues, el pecado, que somete un hombre a otro con el vínculo de la posición social. Esto es efecto del juicio de Dios, que es incapaz de injusticia y sabe imponer penas según los merecimientos de los delincuentes. El Señor supremo dice: *Todo aquel que comete pecado, es esclavo del pecado.* Y por eso muchos hombres piadosos sirven a amos inicuos, pero no libres, *porque quien es vencido por otro, queda esclavo de quien le venció.*

En verdad que es preferible ser esclavo de un hombre que, de una pasión, pues vemos lo tiránicamente que ejerce su dominio sobre el corazón de los mortales la pasión de dominar, por ejemplo. Mas en ese orden de paz que somete unos hombres a otros, la humildad es tan ventajosa al esclavo como nociva la soberbia al dominador. Sin embargo, por naturaleza, tal como Dios creó al principio al hombre, nadie es esclavo del hombre ni del pecado. Sin embargo, la esclavitud penal está regida y ordenada por la ley, que manda conservar el orden natural y prohíbe perturbarlo[426]. Si no se obrara nada contra esta ley, no habría que castigar nada con esa esclavitud. Por eso, el Apóstol aconseja a los siervos el estar sometidos a sus amos y servirles de corazón y de buen grado. Es decir, que, si sus dueños no les dan libertad, tornen ellos, en *cierta* manera, libre su servidumbre, no sirviendo con temor falso, sino con amor fiel, hasta que pase la iniquidad y se

---

[425] Precisamente ésta era la conclusión a que miraban las premisas anteriores. La servidumbre es una condición y una pena impuesta al pecador. Por naturaleza, el hombre es libre y nadie debía señorear a otro. El recto uso exigía eso, que el hombre dominara sólo a los irracionales; pero, al quebrantar el orden, siguió la pena de esa transgresión.

[426] Esa es la ley eterna, según la definición ya conocida: *Ratio divina vel voluntas Dei ordinem naturalem conservan iubens et perturban vetans (Contra Faust.* XXII 27 y 30).

aniquilen el principado y la potestad humana y sea Dios todo en todas las cosas[427].

## CAPÍTULO XVI

## **La justicia en el dominio**

Así vemos que nuestros patriarcas, aunque tenían esclavos, administraban la paz doméstica, distinguiendo a los hijos de los esclavos solamente en lo relativo a los bienes temporales. En lo referente al culto a Dios, del que se deben esperar los bienes eternos, miraban con igual amor a todos los miembros de su casa. Y esto es tan conforme con el orden natural, que el nombre de padre de familia trae de aquí su origen, y está tan divulgado, que aun los señores injustos se precian de él. Los auténticos padres de familia miran a todos los miembros de su familia como a hijos en lo tocante al culto y honra de Dios. Y desean y anhelan llegar a la casa celestial, donde no sea necesario mandar a los hombres, porque en la inmortalidad no será preciso subvenir a necesidad alguna. Y hasta allí deben tolerar más los señores, que mandan, que los siervos, que sirven. Si alguno en casa turba la paz doméstica

Por desobediencia, es corregido para su utilidad con la palara, con el palo o con cualquier otro género de pena justa y lícita admitido por la sociedad humana para acoplarle a la paz de que se había apartado. Como no es bienhechor el que viene en ayuda de otro para hacerle perder un bien, así no es inocente el que permite, perdonando, que se incurra en un mal más grave. La inocencia exige, pues, no solamente no hacer mal a nadie, sino retraer al prójimo del pecado o castigar el pecado. Y esto con el fin de que el castigado se corrija en cabeza propia y otros escarmienten en la ajena. La casa debe ser el principio y el fundamento de la ciudad[428]. Todo principio dice relación a su fin, y toda parte a su todo. Por eso es claro y lógico que la paz doméstica debe redundar en provecho de la paz cívica; es decir, que la ordenada concordia entre los que mandan y los que obedecen

---

427 Son palabras del Apóstol en su Epístola a Filemón y también en la Epístola a los Romanos.

428 He aquí la más exacta visión de la sociedad. La sociología no ha descubierto otro foco de irradiación más potente y fecundo para la vida de las naciones. La familia es el germen de las sociedades y de las naciones, y su formación, el índice de lo que una nación es y vale.

debe relacionarse con la ordenada concordia entre los ciudadanos que mandan y los que obedecen. De donde se sigue que el padre de familia debe guiar su casa por las leyes de la ciudad, de tal forma que se acomode a la paz de la misma[429].

## CAPÍTULO XVII

## ¿En qué radica la paz de la sociedad celestial con la ciudad terrena, y en qué la discordia?

Mas los hombres que no viven de la fe buscan la paz terrena en los bienes y comodidades de esta vida. En cambio, los hombres que viven de la fe esperan en los bienes futuros y eternos, según la promesa. Y usan de los bienes terrenos y temporales como viajeros. Estos no los prenden ni desvían del camino que lleva a Dios, sino que los sustentan para tolerar con más facilidad y no aumentar las cargas del cuerpo corruptible que apesga al alma. Por tanto, el uso de los bienes necesarios a esta vida mortal es común a las dos clases de hombres y a las dos casas; pero, en el uso, cada uno tiene un fin propio y un pensar muy diverso del otro[430]. Así, la ciudad terrena, que no. vive de la fe, apetece también la paz, pero fija la concordia entre los ciudadanos que mandan y los que obedecen en que sus quereres estén acordes de algún modo en lo concerniente a la vida mortal. Sin embargo, la ciudad celestial, o mejor, la parte de ella que peregrina en este valle y vive de la fe, usa de esta paz por necesidad, hasta que pase la mortalidad, que precisa de tal paz. Y por eso, mientras que ella está como viajero cautivo en la ciudad terrena, donde ha recibido la promesa de su redención y el don espiritual como prenda de ella, no duda en obedecer estas leyes que reglamentan las cosas necesarias y el mantenimiento de la vida mortal. Y como ésta es común, entre las dos ciudades hay concordia

429 Por consiguiente, la familia tiene dos leyes bien definidas y marcadas, que debe seguir y obedecer: la natural y la civil. Y a su vez tiene también dos fines, uno social y otro doméstico, interno. En lo que la ley civil no vaya contra la natural, la familia en su régimen debe «temperarse a ésta, y es el único modo de que las sociedades marchen sin desviarse y sin sufrir quebrantos en sus miembros. He aquí el consejo prudente y sabio de Agustín.

430 Las acciones se definen por su fin, y la intención determina el fin. Atención e intención son los dos ingredientes básicos de la moral agustiniana, interiorista por antonomasia.

con relación a esas cosas. Pero resulta que la ciudad terrena tuvo ciertos sabios condenados por la doctrina de Dios, que, o por sospechas o por engaño de los demonios, dijeron que debían amistar muchos dioses con las cosas humanas. Y encomendaron a su tutela diversos seres, a uno el cuerpo, a otro el alma; y en el mismo cuerpo, a uno la cabeza y a otro la cerviz; y de las demás partes, a cada uno la suya. Y de igual modo en el alma: a uno encomendaron el ingenio, a otro la doctrina, a otro la ira, a otro la concupiscencia; y en las cosas necesarias a la vida, a uno el ganado, a otro el trigo, a otro el vino, a otro el aceite, a otro las selvas, a otro el dinero, a otro la navegación, a otro las guerras y las victorias, a otro los matrimonios, a otro los partos y la fecundidad, y a otros los seres. La ciudad celestial, en cambio, conoce a un solo Dios, único al que se debe el culto y esa servidumbre, que en griego se dice λατρεία, y piensa con piedad fiel que no se debe más que a Dios. Estas diferencias han motivado el que esta ciudad no pueda tener comunes con la ciudad terrena las leyes religiosas. Y por éstas se ve en la precisión de disentir de ella y ser una carga para los que sentían en contra y soportar sus iras, sus odios y sus violentas persecuciones, a menos de refrenar alguna vez los ánimos de sus enemigos con el terror de su multitud, y siempre con la ayuda de Dios[431]. La ciudad celestial, durante su peregrinación, va llamando ciudadanos por todas las naciones y formando de todas las lenguas una sociedad viajera[432]. No se preocupa de la diversidad de leyes, de costumbres ni de institutos, que resquebrajan o mantienen la paz terrena. Ella no suprime ni destruye nada, antes bien lo conserva y acepta, y ese conjunto, aunque diverso en las diferentes naciones, se flecha, con todo, a un único y mismo fin, la paz terrena, si no impide la religión que enseña que debe ser adorado el Dios único, sumo y verdadero. La ciudad celestial usa también en su viaje de la paz terrena y de las cosas necesariamente relacionadas con la condición actual de los hom-

---

431 La tragedia por la que ha atravesado en el transcurso de los tiempos la Iglesia de Dios en general y los santos en concreto. Dios es celoso y no puede permitir ser comparado a los dioses falsos. Por eso los adoradores de éstos se oponen acérrimamente a aquéllos y los oprimen, y de aquí nacen los padecimientos de los ciudadanos de la Ciudad de Dios. Pero la religión cristiana no puede ser contemporizadora. Tiene una meta fija y unos dogmas invariables, y éstos debe defenderlos por todos los medios, aunque sufra la muerte.

432 Este grito de guerra parece el grito de nuestros últimos misioneros. Hay que henchir la Ciudad de ciudadanos, hay que unir a Cristo al mundo entero. Y bajo esta consigna se lanzan las redes y los pescadores acuden a los mares. Agustín escribe esto con un sentimiento traspasado de alegría y de gozo. Ve que la Iglesia va creciendo y dilatándose, y, como buen hijo, no puede por menos de saltar de regocijo y dar ante el mundo testimonio de esta verdad.

bres. Protege y desea el acuerdo de quereres entre los hombres cuanto es posible, dejando a salvo la piedad y la religión, y supedita la paz terrena a la paz celestial. Esta última es la paz verdadera, la única digna de ser y de decirse paz de la criatura racional, a saber, la unión ordenadísima y concordísima para gozar de Dios y a la vez en Dios. En llegando a esta meta, la vida ya no será mortal, sino plenamente vital[433]. Y el *cuerpo ya no será animal, que,* mientras se corrompe, apesga al alma, sino espiritual, sin ninguna necesidad, sometido de lleno a la voluntad. Posee esta paz aquí por la fe y de esta fe vive justamente cuando refiere a la consecución de la paz verdadera todas las buenas obras que hace para con Dios y con el prójimo, porque la vida de la ciudad es una vida social.

## CAPÍTULO XVIII

## La nueva Academia y la fe cristiana. Un parangón

Nada hay más contrario a la ciudad de Dios que esa incertidumbre en que Varrón hace radicar el distintivo de la nueva Academia. Una duda tal a los ojos cristianos es una locura. El cristiano, sobre las cosas que comprende con la mente y con la razón, tiene una ciencia certísima, aunque limitada por el cuerpo corruptible que apesga al alma, porque, como dice el Apóstol, *conocemos en parte.* Cree a los sentidos que manifiestan con evidencia una realidad, y de ellos se sirve el ánimo por medio del cuerpo, pues que es más miserable el engaño del que piensa que no se les debe fe nunca[434]. En fin, añade la fe en las Santas Escrituras, antiguas y nuevas, que llamamos canónicas, que son las fuentes de la fe de la que vive el justo. Gracias a ella caminamos sin titubeos mientras peregrinamos lejos del Señor. Permaneciendo a salvo y cierta esa fe, podemos dudar, sin miedo a reprensión, algunas cosas que no han llegado a nuestro conocimiento y no las hemos conocido ni por los sentidos ni por la razón, ni nos las han anunciado la Escritura canónica ni testigos a quienes fuera absurdo no creer[435].

---

[433] Son las paradojas de la vida que tantas veces ha expresado: *Vita mortalis et vita vitalis (En. in Ps.* 89,17). Son las dos vidas que él conoce, y que tanto gusta de nombrar.

[434] Cf. *Contra Acad.* y más particularmente *De Trin.* XV 12,21; *De civ. Dei* XI 26; *Ench.* 20,7.

[435] La duda en el cristiano puede nacer, pero como último recurso, cuando ni la fe habla, ni la razón entiende, ni el sentido percibe. Unicamente entonces le es lícito du-

## CAPÍTULO XIX

## Vida y costumbres del pueblo cristiano

En realidad, no importa nada a esta ciudad el género de vida que adopta el que abraza la fe que lleva a Dios, con tal de que no vaya contra los preceptos divinos. Por eso, a los filósofos que se hacen cristianos no se les obliga a cambiar su tren de vida si no lo impide la religión, sino sus doctrinas falsas. Así, le da de lado la diferencia señalada por Varrón en los cínicos, con tal de que no se haga nada contra la honestidad y la templanza. En cuanto a los tres géneros de vida, el ocioso, el activo y el mixto, aunque, salva la fe, cada uno puede elegir el que le plazca y llegar por él a los premios eternos, interesa, sin embargo, cuál se abraza por amor a la verdad y cuál por deber de caridad. No se debe uno entregar al ocio desentendiéndose de ser útil al prójimo, ni a la acción olvidando la contemplación de Dios[436]. En el ocio no se debe amar la inacción, sino la búsqueda y hallazgo de la verdad, a fin de que cada cual avance en ese conocimiento y no envidie a nadie. Y en la acción no debe amarse el honor o la potencia en esta vida, porque cuanto hay bajo el sol es vanidad, sino el trabajo que acompaña al honor o a la potencia, si se obra recta y útilmente, es decir, contribuyendo a la salud de los que nos están sometidos según Dios. De esto ya hemos hablado más arriba. Esto hace decir al Apóstol: *Quien desea el obispado, desea un buen trabajo.* Su intención era dar a entender que el episcopado era un nombre de trabajo, no de honor. La palabra es griega y significa que el que está al frente es superintendente de sus subordinados, es decir, tiene el cuidado de ellos. ’Επί significa *sobre*, y σκοπός, *intención;* por tanto, si se nos antoja, podemos traducir ἐπισκοπεῖν por superintender. Según esto, no es obispo el que ama presidir, no el ser útil. Así, pues, todos pueden aplicarse a la búsqueda y al estudio de la verdad, en que consiste el ocio loable; pero el lugar superior, sin el cual el pueblo no puede ser gobernado, aunque sea como es debido, es indecoroso desearlo. Por eso, el amor a la verdad busca el ocio santo, y la necesidad de la verdad carga con

---

dar, porque el asentir a algo sería ir contra todos los principios de la evidencia, que le dice que en esos casos debe dudar.

[436] Pensaba indudablemente en sus monjes y en sus religiosas. Ante todo, el equilibrio y Dios al frente. Caridad y contemplación, pero en perfecta armonía y bien entendidas, sería su lema.

el negocio justo[437]. Si nadie nos impone esta carga, debemos entregarnos a la búsqueda y a la contemplación de la verdad. Y si alguien nos la impone, debemos aceptarla por necesidad de la caridad[438]. Aun en este caso no deben abandonarse de plano las dulzuras de la verdad, no sea que, privados de esa suavidad, nos oprima la necesidad.

## CAPÍTULO XX

### **Los ciudadanos de la ciudad santa en esta vida son felices en esperanza**

Siendo, pues, el sumo bien de la ciudad de Dios la paz eterna y perfecta, no esta que atraviesan los mortales entre el nacimiento y la muerte, sino en la que permanecen una vez inmortales y libres de todo padecimiento, ¿quién hay que niegue que esa vida será muy dichosa, o que no estime, en su comparación, misérrima ésta, por más llena de bienes anímicos, corporales o externos que esté? Y, sin embargo, quien se conduce de tal forma que refiere el uso al fin de aquella que ardentísima y fidelísimamente espera, puede llamarse con razón feliz en este mundo, más, en verdad, por la esperanza que por la realidad. La realidad presente, sin aquella esperanza, es una felicidad falsa y una auténtica miseria, porque no usa de los verdaderos bienes del espíritu. No es verdadera sabiduría la que, en estas cosas, que discierne con prudencia, soporta con fortaleza, reprime con templanza y ordena con justicia, no se propone el fin supremo, en que será Dios todo en todas las cosas por una eternidad cierta y una paz perfecta.

---

[437] He aquí cómo comenta este punto el P. Lope Cilleruelo en su interesante obra *El monacato de San Agustín y su Regla* (Valladolid 1947): «El *apostolado se* convierte en uno de los grados de la subida a Dios. Así se llega a estereotipar una fórmula famosa en la historia: ¡El apostolado se ejerce por necesidad, y la contemplación, por espontaneidad!» (p.42).

[438] Cf. *Epist.* 48,2.

## Capítulo XXI

## Existencia de la república romana. Definición de Escipión

1. Este es precisamente el lugar propio para decir, lo más concisa y claramente que pueda, lo que prometí en el libro II de esta obra. Y es mostrar que, según las definiciones de que Escipión se sirve en los libros *Sobre la república* de Cicerón, no ha existido nunca la república romana. En pocas palabras define la república, diciendo que es la cosa del pueblo. Si esta definición es verdadera, no ha existido nunca la república romana, porque no ha sido nunca cosa del pueblo, que es la definición de república. Define el pueblo diciendo que es una sociedad fundada sobre derechos reconocidos y sobre la comunidad de intereses. Luego explica qué entiende por derechos reconocidos. Y añade que la república no puede ser gobernada sin justicia. En consecuencia, donde no hay verdadera justicia no puede darse verdadero derecho. Como lo que se hace con derecho se hace justamente, es imposible que se haga con derecho lo que se hace injustamente. En efecto, no deben llamarse derecho las constituciones injustas de los hombres, puesto que ellos mismos dicen que el derecho mana de la fuente de la justicia y que es falsa la opinión de quienes sostienen torcidamente que es derecho lo que es útil al más fuerte[439]. Por tanto, donde no existe verdadera justicia no puede existir comunidad de hombres fundado sobre derechos reconocidos, y, por tanto, tampoco pueblo, según la definición de Escipión o de Cicerón. Y si no puede existir el pueblo, tampoco la cosa del pueblo, sino la de un conjunto de seres que no merece el nombre de pueblo. Por consiguiente, si la república es la cosa del pueblo y no existe pueblo que no esté fundado sobre derechos reconocidos, y no hay derecho donde no hay justicia, síguese que donde no hay justicia no hay república. Ahora bien, la justicia es la virtud que da a cada uno lo suyo. ¿Qué justicia es esta que aparta al hombre del Dios verdadero y lo somete a los inmundos demonios? ¿Es esto acaso dar a cada uno lo suyo? ¿O es que quien quita la heredad al que la compró y la da a quien no tiene derecho a ella, es injusto; y quien se quita a sí mismo al Dios dominador y creador suyo y sirve a los espíritus malignos, es justo?[440]

---

[439] Así define lo justo Trasimaco en el libro I *De republica,* de Platón. Pero esta definición la refuta a renglón seguido Sócrates.

[440] El argumento corre con una lógica aplastante. Ya dio otro paso en la justicia, que es una de las virtudes bases de la vida humana. Los hombres habían ordenado la justicia sin contar a Dios en esa escala. Por tanto, el fundamento de la justicia estaba

2. En esta obra *Sobre la república* se disputa acalorada y duramente contra la injusticia en pro de la justicia. Primeramente, trataron los defensores de la injusticia contra la justicia. Y decían que la república no puede mantenerse y acrecerse sino sobre la injusticia. Pusieron como argumento irrebatible que es injusto que los hombres estén sometidos a hombres dominadores. La ciudad imperiosa, capital de gran república —añadían—, no puede señorear a sus provincias si no acoge esta injusticia.

Los partidarios de la justicia respondieron que eso es justo, porque la servidumbre es ventajosa a tales hombres, y que esa acción, hecha con ese fin, es recta, es decir, priva a los malos de su licencia para hacer mal. Y los tendrán mejor domados, porque se portarían peor indomados. En apoyo de esta prueba se adujo un ejemplo brindado por la misma naturaleza. «Pues ¿por qué, dice él, Dios manda al hombre, el alma al cuerpo, la razón a la libido y a las demás pasiones del ánimo?» Este ejemplo mostró con llaneza que la servidumbre es útil a algunos y que servir a Dios es útil a todos. Y cuando el alma está sometida a Dios, impera con justicia al cuerpo, y en el ánimo la razón, sometida a Dios, manda justamente a la libido y a las demás pasiones. Por tanto, cuando el hombre no sirve a Dios, ¿qué justicia hay en él? La verdad es que, si no sirve a Dios, el alma no puede imperar con justicia al cuerpo, ni la razón humana a las pasiones. Y si en un hombre semejante no existe la justicia, en una reunión de hombres, que es un conjunto de esa ralea, tampoco la habrá. No existe, por consiguiente, ese derecho reconocido que constituye en pueblo a la sociedad de hombres, que es lo que se llama república. Y ¿qué diré de la utilidad que aúna el clan de hombres, elemento que hace entrar en la definición de pueblo? Si se presta a eso un poco de atención, no es tampoco útil a los impíos, que viven como todo aquel que no sirve a Dios y sirve a los demonios, tanto más impíos cuanto más desean que se les sacrifique a ellos como dioses, siendo inmundísimos espíritus. Mas tengo para mí que cuanto hemos dicho sobre el derecho es suficiente para mostrar que, según esta definición, no existe el pueblo si no hay justicia, y, por consiguiente, tampoco república. Pretender que los romanos sirvieron en su república no a inmundos demonios, sino a dioses santos y buenos, ¿no es acaso querer hacernos repetir cuanto hemos dicho sobre el particular por activa y por pasiva?

¿Quién que haya leído hasta éste los libros anteriores puede dudar de que los romanos sirvieron a demonios malos e impuros, de no ser un tonto

---

destruido, y, al no haber justicia, no hay ya derecho, y sin derecho no hay pueblo, y, como conclusión, si no existe pueblo, no puede existir la república, que es la cosa del pueblo.

de remate o un desvergonzado disputador? Mas, para no repetir de qué ralea eran aquellos a quienes sacrificaban, citaré lo escrito en la ley de Dios: *El que sacrifique a otros dioses fuera del único Señor, será exterminado.* Este mandato y esta amenaza entrañan la voluntad de que no se sacrifique a los dioses, ni buenos ni malos.

## CAPÍTULO XXII

## ¿Es el verdadero Dios el de los cristianos?

Mas puede replicarse: ¿Quién es ese Dios o cómo se prueba que ninguno otro merece el culto de los romanos? Se necesita estar muy ciego para preguntar a estas alturas quién es ese Dios. Es el Dios de quien han predicho los profetas las cosas que vemos cumplidas. Es el mismo Dios que dijo a Abrahán: *En tu descendencia serán benditas todas las generaciones.* Que esto se realizó en Cristo, nacido de esa estirpe según la carne, lo reconocen, aun contra su voluntad, los enemigos de este nombre. Es el mismo Dios que ha inspirado por su Espíritu todas las predicciones cumplidas en la Iglesia, extendida ya por todo el orbe, y que he citado en libros anteriores. Es el mismo Dios que Varrón, el más docto de los romanos, cree ser Júpiter, bien que no sabe lo que dice[441]. Esto hace ver, a mi juicio, que un hombre tan erudito no ha pensado que ese dios no existe o que era despreciable, pues creyó que era éste por él tenido como Dios supremo. En fin, es el mismo Dios de quien Porfirio, el más sabio de los filósofos, aunque acérrimo enemigo de los cristianos, confiesa que es un Dios grande, aun según los oráculos de aquellos que juzga dioses.

## CAPÍTULO XXIII

## Sentir de Porfirio sobre los oráculos de los dioses

1. En los libros que titula el ἐκ λογίων φιλοσοφίας[442], en los que examina y consigna esa especie de respuestas divinas tocantes a la filosofía,

---

[441] Cf. *De consensu evangelistarum* I 30.

[442] Estos libros los citan repetidas veces Teodoreto y Eusebio con el título *De Philosophia ex oraculis,* si bien el mismo Eusebio en la *Demonstrado evangélica* 1.3 c.6,

dice, usando las palabras de la traducción latina del texto griego, que «a uno que preguntaba a Apolo a qué dios debía aplacar para apartar a su esposa del cristianismo», Apolo le respondió —he aquí sus palabras—: «Quizá te sería más fácil escribir en el agua letras impresas o volar por el aire como desplegando tus ligeras plumas que desviar el sentido manchado de tu impía esposa. Déjala, pues, en su ridículo error, cantar con voz lúgubre y ficticia a un Dios muerto a quien, condenado por jueces justos, quitó la vida a la fuerza una muerte pública e ignominiosa». Tras estos versos de Apolo, traducidos al latín sin ritmo ni medida, añadió: «Estos versos hacen ver la tergiversación de esa sentencia irremediable, pues dice que los judíos saben honrar a Dios mejor que éstos.» He ahí que, en desdoro de Cristo, antepuso los judíos a los cristianos y admite que los judíos honran a Dios. Así expone los versos de Apolo en que dice que Cristo fue matado por jueces justos, dando a entender que, juzgando ellos justamente, El fue castigado con justicia. Vea qué dijo el mentiroso vate de Apolo sobre Cristo, y lo creyó éste o quizá fingió el expositor lo que el vate no dijo. Luego veremos cómo le consta y cómo hace concordar los oráculos entre sí. Aquí dice que los judíos, adoradores de Dios, condenaron justamente a Cristo a una muerte ignominiosa. Esta era la ocasión de prestar oídos al Dios de los judíos, de quien él da testimonio al decir: *Quien sacrificare a otros dioses fuera del Señor, será exterminado.*

Pasemos a testimonios más claros y escuchemos el elogio de la grandeza de ese que dice Dios de los judíos. Le preguntó a Apolo qué es mejor, el verbo, la razón o la ley, «y respondió —dice— con estos versos». Y luego cita los versos de Apolo, entre los cuales se hallan éstos, que bastan para nuestro propósito: «Dios —dice— es el principio generador y el rey supremo anterior a todo, ante quien tiemblan el cielo y la tierra, el mar y los abismos infernales, y las mismas divinidades se sobrecogen de espanto. Su ley es el padre a quien honran mucho los santos hebreos». Este oráculo del dios Apolo reconoce, según Porfirio, que la grandeza del Dios de los judíos es tan grande, que ante él tiemblan los mismos dioses. Y puesto que ese Dios dijo que *quien sacrificase a los dioses será exterminado*, me maravilló que Porfirio no se atemorizara y temiera ser exterminado, sacrificando a los dioses.

2. Este filósofo dice también cosas buenas de Cristo, como si se olvidara de esas palabras injuriosas que he citado poco ha, o como si en sueños

---

y a veces también Teodoreto, con el *De Philosophia selectomm*, pero impropiamente. Su contenido nos lo deja entrever aquí Agustín, y el mismo Eusebio en su *Pracparatio evangélica.*

sus dioses maldijeran de Cristo y, en despertando, conocieran que era bueno y lo alabaran como merece. En efecto, como quien va a revelar algo maravilloso e increíble, escribe: «Parecerá quizá al margen de la opinión de algunos lo que voy a decir. Los dioses han declarado que Cristo es muy piadoso, que ha sido hecho inmortal, y han dejado de él un grato recuerdo. Y declaran —añade él— a los cristianos impuros, mancillados e implicados en el error, y los acusan de otras mil blasfemias». A continuación, inserta los reproches hechos a los cristianos como oráculos de los dioses. Y prosigue así: «A los que preguntaban si Cristo es Dios, les respondió Hécate[443]: Ya conocéis el proceso seguido por el alma inmortal separada del cuerpo; y si está privada de la sabiduría, sabéis que está condenada siempre a error. El alma de que habláis es la de un hombre notable por su piedad, pero los que le rinden culto no están en la verdad». Tras las palabras de su pretendido oráculo, hace él este comentario: «Dijo que es un hombre muy piadoso y que después de la muerte ha recibido una inmortalidad como la de otros justos, pero que los cristianos le rinden culto por error. Y como otros preguntaban —añade él—: ¿Por qué fue condenado?, la diosa respondió en oráculo: El cuerpo está siempre expuesto a los tormentos que lo agotan, pero el alma de los justos tiene por morada el cielo.

Y esa alma de que habláis ha sido fatal ocasión de error para otras almas que no habían sido llamadas por los hados a recibir los favores de los dioses ni a conocer al inmortal Júpiter. Por eso he aborrecido a los dioses, porque a quienes el hado no concedió conocer a Dios ni recibir los favores de los dioses, éste les concedió un fatal enviscarse en error. Pero él fue justo y se le admitió en el cielo en compañía de los justos. Guárdate, pues, de blasfemar contra él y compadécete de la locura de los hombres y del peligro fácil y en pendiente que de ahí nace».

3. ¿Quién es tan necio que no entienda que estos oráculos fueron fingidos por este hombre tan astuto y enemigo mortal de los cristianos o que han sido dados por los impuros demonios con intención similar? La intención sería hacer creer, por las alabanzas tributadas a Cristo, que tiene razón al censurar a los cristianos, apartando así cuanto pueden a los hombres del camino de la salud eterna, a la que se llega haciéndose cristiano. Porque no importa a su astucia nociva y peligrosa que crean sus elogios de Cristo, con tal que crean también sus calumnias contra los cristianos. De esta forma, el que creyere las dos cosas, será alabador de Cristo con la condición de no ser cristiano, y así, aunque lo alabe, no será librado por El de la do-

---

[443] Hécate era, según la fábula, hija de Júpiter y Latona y hermana de Apolo. Fue llamada también con los nombres de Proserplna, Diana: la Luna.

minación de estos demonios. Esto se agrava si tenemos en cuenta que alaban a Cristo, de suerte que quien creyere en ese hombre predicado por ellos no es verdadero cristiano, sino hereje fotiniano, que ve en Cristo sólo al hombre, no a Dios[444]. Así impiden que El los salve y les suelte los fuertes lazos de los demonios, que hablan únicamente de mentiras. Nosotros, en cambio, no podemos aprobar ni las censuras de Apolo sobre Cristo ni los elogios de Hécate. Aquél pretende que Cristo fue injusto y justamente condenado a muerte por jueces justos, y éste habla de El como de un hombre muy piadoso, sí, pero únicamente hombre. Ambos van guiados por una mira común, impedir a los hombres hacerse cristianos, único medio de poder librarse de su tiranía. Además, este filósofo, o mejor, los que dan fe a estos oráculos contra los cristianos, armonicen primero, si pueden, a flécate y a Apolo y pongan la condenación o el elogio de Cristo en boca de los dos dioses. Y aun cuando pudieran hacerlo, rechazaríamos igualmente a los demonios, falaces vituperadores y panegiristas de Cristo. Y como un dios y una diosa se contradicen sobre Cristo, alabando el uno lo que censura el otro, en buena lógica, cuando calumnian a los cristianos, los paganos no les debían dar fe.

4. Cuando Porfirio o Hécate dice en el panegírico de Cristo que fue ocasión fatal de error para los cristianos, abre a luz las causas de ese error, según él. Pero, antes de exponerlas, voy a permitirme una pregunta: Si Cristo fue ocasión fatal de error para los cristianos, ¿lo fue voluntaria o involuntariamente? Si voluntariamente, ¿cómo es justo? Y si involuntariamente, ¿cómo es feliz?[445] Oigamos ya las causas del error pretendido. «Existen —dice— espíritus terrenos e imperceptibles sometidos al poder de los demonios malos. Los sabios de los hebreos, entre los cuales estaba este Jesús, según los oráculos de Apolo, citados más arriba, apartaban a las personas religiosas del culto de esos malos demonios y de esos espíritus inferiores y les prohibían ocuparse de ellos. Querían que adoraran más a

---

[444] Cf. *De haer.* haer.44-45. Quizá Agustín, al interpretar los oráculos referidos por Porfirio, vaya más allá del pensamiento de éste. Sin embargo, es de advertir que la gran preparación de Porfirio en filosofía y su iniciación en el cristianismo es fácil que le permitieran llevar esa mira y alguna otra más aviesa. Porfirio es el gran combatiente literario del cristianismo, que surgió de las cenizas de Celso y de Filóstrato con su *Apolonio de Tiana*.

[445] Es muy acertada la observación en plan de objeción. Cristo, según confesión del oráculo, es un ser, un hombre piadosísimo, santísimo. A esto opone Agustín: Siendo eso, ¿cómo es que da fatalmente a los cristianos el implicailos en error? Puede hacer esto queriendo o sin querer. Si lo primero no es justo, tampoco, por tanto, piadosisimo y santísimo. Y si lo segundo no es feliz, tampoco, por tanto, santísimo.

los dioses celestiales, y sobre todo a su Padre. Esto —añade él— lo mandan también los dioses, y hemos mostrado ya antes cómo advierten que el alma reconozca a Dios y mandan rendirle culto en todas partes. Pero los ignorantes, los impíos, a quienes el destino no llamó a recibir los favores de los dioses ni a conocer al inmortal Júpiter, no prestando oídos a los dioses ni a los hombres divinos, dieron de mano a todos los dioses y se abrazaron al culto de los demonios malos. Es verdad que fingen adorar a Dios, pero no hacen nada de cuanto es preciso para adorarle. Porque Dios, como Padre de todas las cosas, no tiene necesidad de nada. Y a nosotros nos va bien cuando le adoramos por la justicia, por la castidad y por las virtudes, haciendo de la vida una continua plegaria por la imitación y búsqueda de su verdad. La búsqueda nos purifica —agrega— y la imitación deifica nuestra afección obrando por él». El panegírico sobre el Dios Padre es exultante, e igual en las costumbres que señaló para su culto. De estos preceptos están llenos los libros proféticos de los hebreos, sea que reprendan los vicios, sea que alaben la virtud. Mas cuando habla de los cristianos se engaña o los calumnia cuanto place a los demonios, que para él son dioses, como si fuera difícil recordar las torpezas y las desvergüenzas que se representaban en los teatros y en los templos en honra de esos dioses, y considerar lo que se lee, se oye y se dice en las iglesias y lo que se ofrece al Dios verdadero. Este parangón dirá de qué parte está la edificación y de cuál la ruina de costumbres. Y ¿qué otro que el espíritu diabólico le dijo mentira tan ridícula y palpable, que los cristianos reverencian más bien que aborrecen a los demonios, que los hebreos prohíben adorar? Mas ese Dios que los sabios de los hebreos han adorado prohíbe también sacrificar a los santos ángeles y a las virtudes de Dios, que amamos y veneramos en el viaje de nuestra vida mortal, como ciudadanos y bienaventurados. En la ley que dio al pueblo hebreo suena como golpe de trueno esta terrible amenaza: *Quien sacrificare a los dioses, será exterminado.* Y para que nadie se imagine que esa prohibición miraba únicamente a los demonios malos y a los espíritus terrenos, pues las santas Escrituras los *llaman* también dioses, no de los hebreos, sino de los gentiles, como se lee en este pasaje de un salmo, según los Setenta: *Porque todos los dioses de los gentiles son demonios,* para que nadie se imagine, repito, que se prohibía sacrificar a esos demonios, pero que estaba permitido sacrificar a los celestiales, a todos o a algunos, añadió en seguida: *Si no es a solo el Señor,* es decir, solamente al Señor. Hago esta aclaración con el fin de que no vaya a creer alguno, engañado por esta expresión: *nisi Domino soli* (sino a solo el Señor), que es el señor sol a quien, según él, se debe sacrificar. Basta hojear el texto griego para disipar ese error.

5. El Dios de los hebreos, a quien tan eximio filósofo rinde un testimonio tan excelso, dio al pueblo hebreo una ley escrita en lengua hebrea, ley no obscura y desconocida, sino divulgada ya por todas las naciones. En esa ley está escrito: *Quien sacrificare a los dioses, sino a solo el Señor, será exterminado.* ¿Qué necesidad hay de andar a caza de testimonios sobre este punto en la Ley y en sus profetas? Digo mal andar a caza, pues que, como no son cosas abstrusas y raras, basta espigar las claras y corrientes e insertarlas en este apartado. Estas nos mostrarán con luz meridiana que el Dios verdadero y soberano no quiere que se sacrifique a nadie fuera de El. ¡He aquí un dicho breve, más diríamos, grandioso, amenazador, pero verdadero, de aquel Dios a quien predican tan excelsamente sus varones más sabios! Escúchese, témase, cúmplase, no sea que sobrevenga a los desobedientes el desarraigo.

*Quien sacrificare a los dioses* —dice—, *no a solo el Señor, será exterminado,* no porque tenga necesidad de alguna cosa, sino porque nos conviene ser cosa suya. Así, en las Sagradas Letras de los hebreos se canta: *Dije al Señor: Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes.* Nosotros, es decir, su ciudad, somos su sacrificio más noble y excelente. Tal es el misterio que celebramos en nuestras oblaciones, bien conocidas de los fieles, como hemos dicho en libros anteriores. Los oráculos divinos han anunciado por los profetas hebreos que las víctimas que ofrecían los hebreos en figura del porvenir cesarían, y que las naciones, de levante a poniente, no ofrecerían más que un sacrificio, el que ahora vemos cumplido. Ya he citado algunos de esos testimonios, los suficientes, y he salpicado de ellos esta obra. Por tanto, debe exigirse esta justicia que hace que el Dios único y supremo impere, según su gracia, a la ciudad obediente, que no sacrifique a nadie fuera de El. De esta suerte, en todos los hombres, ciudadanos de esta ciudad y obedientes a Dios, el alma imperará fielmente y con orden legítimo al cuerpo, y la razón a las pasiones. Y de esta manera, como un solo justo vive de la fe, así vivirá también el conjunto y el pueblo de esos justos de esa fe que obra por la caridad, que lleva al hombre a amar a Dios como debe y al prójimo como a sí mismo[446]. En conclusión, donde no existe esta justicia no existe tampoco la congregación de hombres fundada sobre derechos reconocidos y comunidad de intereses. Y si esto no existe,

---

[446] Este es el *desiderátum* de toda sociedad bien organizada. La comunidad, el clan, debe ser considerado en función del individuo para tender a su fin, y sólo así podrá lograrlo. Cuando la sociedad, el pueblo, viva de la fe, como el justo, como el individuo perfecto, entonces estará salvada, y, mientras no consiga esto, seguirá dando palos de ciego y azotando con sus leyes al viento.

no existe el pueblo, si es que es verdadera la definición dada de pueblo. Por consiguiente, no existe tampoco república, porque donde no hay pueblo no hay cosa del pueblo.

## CAPÍTULO XXIV

## **Otra definición más accesible y más adaptable de pueblo**

Y si descartamos esa definición de pueblo y damos esta otra: «El pueblo es un conjunto de seres racionales asociados por la concorde comunidad de objetos amados», para saber qué es cada pueblo, es preciso examinar los objetos de su amor. No. obstante, sea cual fuere su amor, si es un conjunto, no de bestias, sino de seres racionales, y están ligados por la concorde comunión de objetos amados, puede llamarse, sin absurdo ninguno, pueblo. Cierto que será tanto mejor cuanto más nobles sean los intereses que los ligan, y tanto peor cuanto menos nobles sean. Según esto, el pueblo romano es un pueblo, y su gobierno, una república. La historia da fe de lo que amó este pueblo en su origen y en las épocas siguientes y de cómo se han ido infiltrando las más sangrientas sediciones, las guerras civiles, y de cómo se rompió y se corrompió la concordia, que es en cierta manera la salud del pueblo. En los libros precedentes hay muchos datos a este respecto. Por eso, yo no diría que no es un pueblo o que su gobierno no es república mientras subsista un conjunto de seres racionales unidos por la comunión concorde de objetos amados. Lo dicho de este pueblo y de esta república hágase *extensivo al pueblo de los* atenienses o de otros griegos, al de los egipcios, a la primera Babilonia de los asirios, cuando en sus repúblicas sostuvieron imperios grandes o pequeños, y de cualesquiera otras naciones. Porque, en general, la ciudad de los impíos, refractaria a las órdenes de Dios, que prohíbe sacrificar a otros dioses fuera de El, y por eso incapaz de hacer prevalecer el alma sobre el cuerpo y la razón sobre los vicios, desconoce la verdadera justicia.

## CAPÍTULO XX V

## No pueden darse verdaderas virtudes donde no hay verdadera religión

Por más dichoso que parezca el imperio del alma sobre el cuerpo y de la razón sobre las pasiones, si el alma y la razón no están sometidas a Dios y no le rinden el culto que El manda, ese imperio no es justo y verdadero. ¿Cómo una mente que desconoce al Dios verdadero y que, en lugar de estarle sujeta, se prostituye a los más infames demonios, que la violan, puede ser señora del cuerpo y de los vicios? Las virtudes que cree tener, al mandar al cuerpo y a las pasiones, para el logro y conservación de algo, si no las refiere a Dios, son más bien vicios que virtudes. Y es que, aunque algunos piensen que las virtudes son verdaderas y honestas cuando son referidas a sí mismas y puestas como fin propio son hinchadas y soberbias. Por tanto, no son virtudes, sino vicios[447], y por tales deben tenerse. Así como no procede del cuerpo, sino que es superior al cuerpo, lo que hace vivir al cuerpo, así no procede del hombre, sino que es superior al hombre, lo que hace vivir al hombre felizmente, y no solamente al hombre, sino también a toda otra potestad y virtud celestial.

## CAPÍTULO XXVI

## De la paz del pueblo separado de Dios y uso que de ella hace el pueblo de Dios en su peregrinación

De donde se sigue que, así como el alma es la vida del cuerpo, así Dios es la vida feliz del hombre. De El dicen las Sagradas Letras de los hebreos: *Feliz el pueblo que tiene por Señor a su Dios.* ¡Miserable, pues, el pueblo enajenado de ese Dios! También él goza de una cierta paz suya, que no debe ser despreciada; paz de que no gozará al fin, porque no usa

[447] Cf. *De Trin.* XIII 20,25-26; XIV 1,3. En estas palabras y en general en este capítulo se ha querido ver una condenación de las virtudes naturales de los paganos. En realidad, creo que la apreciación carece de fundamento. San Agustín no niega valor natural a las acciones naturalmente buenas; lo que sí niega es que esas acciones naturalmente buenas, sin la regeneración, gocen de un valor sobrenatural. Por eso dirá que la virtud por la virtud, sin dejar de ser virtud, no da la felicidad.

bien de ella antes del fin. Mas interesa también a nuestra ciudad que goce de ella en este mundo, porque, mientras están mezcladas las dos ciudades, usamos también nosotros de la paz de Babilonia. El pueblo de Dios es liberado por la fe y para que con ella camine mientras viva. Este es el motivo que mueve al Apóstol a advertir a la Iglesia que ore por los reyes y por los constituidos en dignidad, *a fin de que* —dice él— *llevemos una vida calmosa y tranquila en el ejercicio de la piedad y de la caridad*. El profeta Jeremías, al anunciar al antiguo pueblo de Dios su cautividad y recomendarle que fuese a Babilonia sin murmurar y dando prueba a Dios de su paciencia, le aconseja que ore por esa ciudad, *porque en su paz encontraréis vuestra paz*, es decir, esa paz temporal común a los buenos y a los malos.

## CAPÍTULO XXVII

## La paz de los adoradores de Dios

Mas la paz, privativa nuestra, la gozamos aquí con Dios por la fe, y eternamente la disfrutaremos con El por la visión clara. Aquí abajo la paz, tanto la común como la privativa nuestra, es más bien solaz de nuestra miseria que gozo de nuestra dicha. Nuestra misma justicia, aunque verdadera en tanto que la referimos al bien supremo, es tal en esta vida, que más bien consiste en la remisión de los pecados que en la perfección de las virtudes. Testigo es de ello la oración de la Ciudad de Dios, peregrina en el mundo. Ella clama a Dios por boca de todos sus miembros: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. Esta oración no es eficaz para aquellos cuya fe sin obras es muerta, pero sí lo es para aquellos cuya fe obra por la caridad. Los mismos justos tienen necesidad de esta oración, porque, aunque su alma esté sometida a Dios, la razón no impera perfectamente a los vicios en esta vida mortal y en este cuerpo corruptible que apesga al alma. Aunque mande, nunca lo hace sin combate y sin resistencia por parte de las pasiones. Y siempre es verdad que aun al más fuerte luchador y dominador de tales enemigos en este valle de flaqueza se le entromete algo que, si no le hace pecar con fácil obra, sí le hace con hábil locución o con inconstante pensamiento. Por eso, mientras se impera a las pasiones, no hay paz perfecta, porque las que resisten se debaten en peligrosa pelea, y las vencidas aún no tienen asegurada la victoria, sino que requieren todavía una vigilante opresión. En estas tentaciones, de las cuales dice brevemente la Escritura: *¿No es acaso una continua tenta-*

*ción la vida del hombre sobre la tierra?,* ¿quién presumirá de que su vida sea tal que no precisa decir a Dios: *Perdónanos nuestras deudas,* sino el hombre soberbio? Y soberbio no por su grandeza, sino por su hinchazón. A éste resiste con justicia el que da su gracia a los humildes. Por eso está escrito: *Dios resiste a los soberbios* y *da su gracia a los humildes.* Aquí la justicia consiste en que Dios mande al hombre obediente; el alma, al cuerpo, y la razón, a los vicios, aunque se rebelen, o venciéndolos o resistiéndolos, y en que se pida a Dios la gracia del mérito y el perdón de los pecados y se den gracias por los bienes recibidos[448].

En la paz final, sin embargo, que debe ser la meta de la justicia que tratamos de adquirir aquí abajo, como la naturaleza estará dotada de inmortalidad, de incorrupción, y carecerá de vicios y no sentiremos resistencia alguna interior ni exterior, no será necesario que la razón mande a las pasiones, pues no existirán. Dios imperará al hombre, y el alma al cuerpo. Y esto se hará con una facilidad y un dulzor tal cual corresponde a una felicidad triunfante y gloriosa. Este estado será eterno y estaremos ciertos de su eternidad. Y por eso en la paz de esta felicidad y en la felicidad de esta paz consistirá el sumo bien.

## CAPÍTULO XXVIII

## Fin de los impíos

Al contrario, los que no pertenecen a esta ciudad de Dios tendrán por lote una miseria eterna, por otro nombre muerte segunda, porque ni el alma ni el cuerpo viven. El alma, porque estará separada de su vida, que es Dios, y el cuerpo, porque sufrirá dolores eternos. La muerte segunda será más dura, porque no podrá terminar con la muerte. Mas, siendo la guerra contraria a la paz, como la miseria a la felicidad y la muerte a la vida, puede preguntarse, y con razón, si a la paz, tan celebrada y alabada como sumo bien, responderá una guerra en el mal supremo. Quien esto pregunte, repare qué es lo dañino y pernicioso en la guerra, y bailará que no es más que la oposición y el choque de dos cosas entre sí. ¿Qué guerra, pues, más gra-

[448] A todo esto obliga la justicia y todo esto implica. El problema social es problema de conciencia. El dar a cada uno lo suyo indica que hay que someter a cada cual su inferior. El alma a Dios, el cuerpo al alma y los vicios a la razón. Exige, además, que lo que no es propio se reconozca como dádiva y se den gracias al Dador y se le pida su gracia para seguir obrando con sus talentos.

ve y más amarga puede imaginarse que aquella en que la voluntad será tan contraria a la pasión, y la pasión a la voluntad, que su enemistad no cesará jamás por la victoria de una o de otra?[449] Y ¿cuál más cruel que aquella en que la fuerza del dolor combate a la naturaleza del cuerpo, sin que ninguno de los dos se rinda? Cuando en el mundo se desencadena ese combate, o vence el dolor, y la muerte priva del sentido, o vence la naturaleza y la salud arroja el dolor. Sin embargo, en la otra vida subsiste el dolor para atormentar y la naturaleza para sentir el dolor, y no falta ni el uno ni la otra para que la pena dure siempre. Mas, como tanto los buenos como los malos pasan por el juicio final, unos al bien supremo, que debe apetecerse, y otros al mal soberano, que debe esquivarse, trataré sobre este punto en el libro siguiente, cuanto Dios me diere.

# Libro XX

*El juicio final. Testimonios del Nuevo y del Antiguo Testamento sobre el particular.*

[449] ¡Buen recuerdo le quedaba grabado en la memoria de aquella lucha titánica que hubo de sostener antes de su conversión, en sus dos voluntades, que luchaban entre sí y le desgarraban el alma!

## CAPÍTULO I

## **Los juicios de Dios y el juicio final**

1. Ya que voy a hablar, con la gracia de Dios, del juicio final y a afirmar su existencia contra los impíos y los incrédulos, debo poner como cimiento de este edificio los testimonios divinos. Los que rehúsan creerlos, se afanan por contravenirlos con razonamientos humanos, llenos de errores y de mentiras, sosteniendo, bien que esos testimonios de las Sagradas Letras tienen otro sentido, bien negando autoridad divina a esas palabras. Porque estoy en que no hay mortal que, entendiendo eso en su verdadero sentido y creyendo que es la palabra del Dios sumo y verdadero, no se rinda a ella y la admita. Y esto bien lo confiese de palabra, bien se avergüence o tema confesarlo por vanos escrúpulos, bien se empeñe en defender contenciosamente, con terquedad rayana en la locura, la falsedad de lo que, sabe o cree que es falso, contra la verdad de lo que cree o sabe que es verdadero.

2. Así, lo que la Iglesia universal del Dios verdadero confiesa y profesa, a saber, que Cristo ha de venir del cielo a juzgar a los vivos y a los muertos, a eso llamamos nosotros último día del juicio, es decir, el último tiempo. Es incierto cuántos días durará ese juicio, pero nadie que haya leído las Escrituras Sagradas, por más a la ligera que lo haya hecho, desconoce que es usanza de esas Letras emplear el término día por el de tiempo. Por eso, cuando decimos día del juicio, añadimos último o final, porque Dios juzga también ahora y ha juzgado desde el principio del género humano, cuando arrojó del paraíso y apartó del árbol de la vida a nuestros primeros padres, perpetradores de un enorme pecado. Más aún: puede decirse que juzgó cuando no perdonó a los ángeles prevaricadores, cuyo príncipe, pervertido por sí mismo, engañó por envidia a los hombres. Y a su juicio, justo y profundo, se debe que la vida de los demonios en el aire y la de los hombres en la tierra sea tan mísera y esté tan llena de errores y de lacras. Pero, aunque nadie hubiera pecado, el conservar a todas las criaturas racionales unidas a su Señor en eterna bienandanza sería debido a un juicio justo y recto de Dios. Y no se contenta con someter a los demonios y a los hombres a un juicio universal, ordenando que sean miserables en premio a sus primeros pecados, sino que juzga, además, de las obras propias de cada uno, hechas con libertad. Porque también los demonios le piden que no los atormente, y no injustamente les *perdona o* les castiga según su ruindad. Los hombres pagan por sus acciones las penas, a veces

abiertamente y siempre en secreto, sea en esta vida, sea después de la muerte, aunque nadie puede obrar bien sin la ayuda divina ni obrar mal si un justo juicio de Dios no lo permite[450]. Ya que, como dice el Apóstol, *en Dios no cabe injusticia;* y en otra parte: *Sus juicios son inescrutables y sus caminos incomprensibles.*

En este libro, por tanto, no trataré de los primeros juicios de Dios ni de los actuales, sino del juicio final, en el que Cristo vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Este es propiamente el día del juicio, porque entonces no habrá ya lugar a quejas ignorantes, preguntando por qué tal injusto es feliz y tal justo es infeliz[451]. Entonces aparecerá la felicidad auténtica de los buenos y la infelicidad irrevocable y merecida de los malos.

## Capítulo II

## El vaivén de lo humano y los ocultos juicios de Dios

En esta vida aprendemos a sufrir con paciencia los males, porque los sufren también los buenos, y a no sobrestimar los bienes, porque también los logran los malos. Así topamos con una enseñanza divina y saludable hasta en las cosas en que no aparece la justicia de Dios. Es verdad que ignoramos por qué juicio de Dios este hombre de bien es pobre, y este otro malo es rico; por qué vive gozoso este que, a nuestro juicio, debería estar afligido con tristezas por sus pérdidas costumbres, y por qué triste ese otro, cuya vida loable está pidiendo el gozo. No sabemos por qué al inocente no sólo no se le hace justicia, sino que se le condena, víctima de la injusticia del juez o de los falsos testimonios de los testigos, mientras que el culpable triunfa impune e insulta al inocente por su triunfo. Ignoramos por qué el impío goza de una salud envidiable y el piadoso es consumido por una enfermedad pestilente; por qué los mozos salteadores y ladrones están sanísimos, y los niños, incapaces de ofender a nadie ni de palabra, son víctimas de crueles dolores[452]. No sabemos por qué aquel cuya vida podría ser útil a

[450] Esta es la doctrina general y corriente del Santo sobre la necesidad de la gracia. La *grada adiuvans* y la *grada sanans,* en unión, van obrando en el alma su total perfeccionamiento.

[451] Estas son las objeciones corrientes que suele poner el mismo vulgo contra la providencia y la justicia de Dios.

[452] Según el texto de Migne, creemos que la traducción fiel es la dada, y no la que leemos en Roys y Rozas. Sin duda siguiendo éste una lección distinta, ha traducido la

los hombres es arrebatado por una muerte prematura, y otros que no merecían ni haber nacido viven muchos años; e ignoramos también por qué el cargado de crímenes se ve encumbrado en honores y las tinieblas de la deshonra cubren al hombre irreprensible. ¿Quién, por fin, será capaz de recoger y enumerar las cosas de este cariz?[453] Si esta paradoja fuera constante en la vida, donde, como dice el salmo sagrado, *el hombre se ha hecho semejante a la vanidad, y sus días pasan como la sombra,* y únicamente los malos lograran los bienes transitorios y terrenos y solamente los buenos padecieran los males, tal disposición podría achacarse a un juicio de Dios justo o, al menos, benigno. Así se podría creer que quienes no conseguirán los bienes eternos, que hacen felices, son engañados con los bienes efímeros y temporales por su malicia o consolados con ellos por la misericordia de Dios, y que quienes no sufrirán los tormentos eternos son afligidos con los males temporales por sus pecados, por pequeños que sean, o ejercitados para perfeccionar sus virtudes. Mas, como en la actual economía no sólo sufren males los buenos y tienen bienes los malos —cosa, al parecer, injusta—, sino que, además, con frecuencia los malos sufren sus males y los buenos tienen sus alegrías, los juicios de Dios se tornan más inescrutables y sus caminos más incomprensibles. Aunque ignoremos por qué juicio hace o permite Dios esto[454], El, que es la suma virtud, la suma sabiduría y la justicia suma, en el cual no hay debilidad, temeridad ni injusticia alguna, aprendemos con ello a no sobrestimar los bienes o los males, comunes a los buenos y a los malos, y a buscar aquellos bienes que son propios de los buenos y, sobre todo, a huir los males privativos de los malos. Y cuando arribemos al juicio de Dios, cuyo tiempo se llama propiamente día del juicio, y a veces día del Señor, reconoceremos la justicia de los juicios de Dios, no sólo de los emitidos entonces, sino también de los emitidos desde el principio y de los que emitirá hasta ese momento. Allí aparecerá también por qué justo juicio hace Dios que todos sus justos

---

palabra *infantes* en el párrafo siguiente, y así dice: «Que a los niños que fueran de importancia en el mundo, no les dejó la muerte lograrlo».

[453] Sin embargo, ya nos ha dado una larga lista de cosas que nos permite ver nuestra poquedad de ingenio y la profundidad de los juicios de Dios. La razón última sería que los juicios de Dios son inescrutables; pero, como la mente humana pide algo más y no se conforma con ello, San Agustín va a entrar en una explicación racional de su género.

[454] Estas expresiones y estas apreciaciones han pasado luego a ser patrimonio común de la teología católica, que en este punto ha avanzado muy poco desde entonces y que no ha sabido en muchas ocasiones tener la suficiente humildad, como su gran campeón Agustín, de confesar su ignorancia y entregarse en los brazos del misterio.

juicios se oculten a nuestros sentidos y a nuestra razón, bien que en este punto no se oculta a la fe de los piadosos que es justo lo que se oculta[455].

## CAPÍTULO III

## **Testimonios sobre este punto tomados del Eclesiastés de Salomón**

Salomón, el rey más sabio de Israel, que reinó en Jerusalén, comenzó de la siguiente manera el libro que titula Eclesiastés, incluido por los judíos en el canon de las Sagradas Letras: *Vanidad de vanidades,* dijo el Eclesiastés, *vanidad de vanidades y todo vanidad. ¿Qué provecho saca el hombre de todo ese trabajo que desarrolla bajo el sol?* Y, ligando a esta idea la tabla de las miserias humanas, menciona los errores y las tribulaciones de esta vida, y prueba por el huir del tiempo que no hay nada estable ni sólido aquí abajo. En medio de esta vanidad de cosas terrenas lamenta, sobre todo, que aventajando la sabiduría a la insipiencia como la luz a las tinieblas y siendo tan avizor el sabio como ciego el necio, todos corren la misma suerte en esta vida. Con ello da a entender que los males son comunes a los buenos y a los malos. Y añade que los buenos sufren como si fueran malos y que los malos gozan como si fueran buenos. He aquí sus palabras: *Hay todavía otra vanidad sobre la tierra: hay justos a quienes vienen males como a impíos y hay impíos que son tratados como justos. Y a esto también lo llamé vanidad.*

Este varón tan sabio consagró todo su libro a intimarnos esa vanidad, sin duda para hacernos desear la vida donde no exista la vanidad bajo el sol, sino la verdad bajo el Hacedor del sol. ¿Se desvanecerá, por ventura, el hombre, hecho semejante a la vanidad, en esas vanidades sin un justo juicio de Dios? No obstante, mientras está sujeto a ella, es de gran importancia saber si resiste u obedece a la verdad, y si es verdaderamente piadoso o no. Esto importa no precisamente para adquirir los bienes de esta vida o para evitar los males, que pasan como sombra, sino para virar nuestra

[455] Nunca es el hombre más grande que cuando está de rodillas, se ha dicho. Y yo diría que nunca es más sabio que cuando confiesa su ignorancia. San Agustín se hace atrayente por eso, porque confiesa su propia ignorancia, porque tiene la suficiente humildad para decir, a despecho de su gran ingenio, que desconoce muchas cosas. Saber someter la razón a la fe es la virtud cumbre del sabio, que es un santo, como del hereje es rebelar la razón contra la fe, su mayor vicio.

mirada hacia el juicio final, en el que se darán para siempre los bienes a los buenos y los males a los malos.

En fin, el Sabio concluye sil libro con estas palabras: *Teme a Dios* —dice— *y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre.* En efecto, todo hombre no es más que un guarda fiel de los mandamientos de Dios, y quien no es esto no es nada. *Porque toda obra,* es decir, la hecha por el hombre en esta vida, *buena o mala, por vil o despreciable que sea, Dios la pondrá en tela de juicio.* En otros términos, toda obra aparentemente despreciable y, por tanto, ni aparente, Dios la ve y no la desprecia ni se olvida de ella cuando juzgue.

## CAPÍTULO IV

## Plan a seguir en la cita de los testimonios

Los testimonios sobre el juicio final que me he propuesto aducir, tomados de las Sagradas Escrituras, los espigaré primero en el Nuevo Testamento y después en el Antiguo. Aunque el Antiguo precede al Nuevo en tiempo, el Nuevo le precede en autoridad, porque aquél no es más que un preludio de éste. Comenzaremos, pues, por los testimonios del Nuevo Testamento y, para dar más fuerza a la prueba, aduciremos luego los del Viejo. El Antiguo Testamento comprende la Ley y los Profetas, y el Nuevo, el Evangelio y las Epístolas de los Apóstoles.

El Apóstol dice: *La ley nos ha dado el conocimiento del pecado, mientras que ahora la justicia de Dios se nos ha revelado sin ella, según el testimonio de la Ley y de los Profetas.* Y *esta justicia de Dios es manifestada por la fe en Jesucristo a todos los que creen en El.* La justicia de Dios pertenece al Nuevo Testamento y está confirmada por el Antiguo, es decir, por la Ley y por los Profetas. Debo, pues, en primer término exponer la causa y convocar luego a los testigos. El mismo Cristo, mostrándonos el orden que se debe seguir, dice: *El doctor bien instruido en lo tocante al reino de Dios es semejante a un padre de familia que va sacando de su repuesto cosas nuevas y viejas.* No dijo viejas y nuevas, cosa que hubiera dicho de no haber preferido guardar el orden de méritos al de tiempo.

## Capítulo V

# Palabras del Salvador tocantes al juicio final

1. El Salvador mismo, reprendiendo la incredulidad de las ciudades en que había obrado grandes maravillas y anteponiendo a ellas ciudades extrañas, dice: *Os digo que Tiro y Sidón serán tratadas con menor rigor que vosotras en el día del juicio.* Y poco después a otra ciudad: *En verdad te digo que el día del juicio Sodoma será castigada con menos rigor que tú.* Aquí muestra clarísimamente que el día del juicio ha de venir. Y en otro lugar dice: *Los naturales de Nínive se levantarán el día del juicio contra esta raza de hombres y la condenarán, por cuanto ellos hicieron penitencia a la predicación de Jonás. Y, con todo, el que está aquí es más que Jonás. La reina del mediodía hará de acusadora en el día del juicio contra esta raza de hombres y la condenará, ya que vino de los extremos de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón. Y, con todo, aquí tenéis quien es más que Salomón.* Este pasaje nos enseña dos verdades: que el juicio vendrá y que vendrá acompañado de la resurrección de los muertos. Porque, hablando de los ninivitas y de la reina del mediodía, hablaba indudablemente de los muertos, de los que predijo que habían de resucitar en el día del juicio. Y no dijo que *la condenarán* porque la juzgarán, sino porque, en comparación de ellos, éstos merecerán ser condenados.

2. Asimismo, en otro pasaje, hablando de la presente convivencia de buenos y malos y de la separación futura que tendrá lugar el día del juicio, se sirve de la parábola del campo sembrado de buen trigo, al que se. añade la cizaña. Y al exponerla a sus discípulos les dice: *El que siembra la buena simiente es el Hijo del hombre. El campo es el mundo. La buena simiente son los hijos del reino. La cizaña, los hijos del maligno. El enemigo que la sembró es el diablo. La siega es el fin del mundo. Los segadores son los ángeles. Y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo: enviará el Hijo del hombre a sus ángeles y quitarán de su reino todo escándalo y a cuantos obran la maldad. Y los arrojarán en el horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de. dientes. Al mismo tiempo, los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga.* En realidad, aquí no nombra el juicio ni el día del juicio, pero lo expresa mucho más claramente con los hechos, y predice que vendrá al fin de los siglos.

3. Y dirigiéndose a sus discípulos: *En verdad os digo que vosotros, que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se*

*sentare en el solio de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce sillas y juzgaréis a las doce tribus de Israel.* Esto indica que Jesús juzgará con sus discípulos. Por eso en otra parte dijo a los judíos: *Si yo lanzo los demonios en nombre de Belcebud, vuestros hijos ¿en qué nombre los echan? Ellos serán, por ende, vuestros jueces.* No debemos creer que, como habla de doce tronos, juzgarán con él sólo doce hombres. El número doce expresa la totalidad de los que juzgarán con él, porque el número siete denota ordinariamente totalidad, y sus dos partes, o sea, el tres y el cuatro, multiplicadas, dan doce. En efecto, tres veces cuatro y cuatro veces tres suman doce, sin acudir a otras razones que hagan al caso[456]. Además, como leemos que en lugar del traidor Judas fue ordenado el apóstol San Matías, San Pablo, que trabajó más que todos los demás, no tendría ya trono en que sentarse. Y él mismo da a entender que pertenece, con otros santos, al número de los jueces, cuando dice: *¿No sabéis que hemos de ser jueces hasta de los ángeles?* El mismo problema se presenta con el número doce respecto a los que deben ser juzgados. No porque se dijo: *Y juzgaréis a las doce tribus de Israel*, la tribu de Leví, que hace el número trece, no será juzgada, o juzgarán solamente a ese pueblo y no a las demás naciones.

Con la palabra *regeneración* quiso, sin duda, manifestar la resurrección de los muertos. Nuestra carne será regenerada por la incorrupción, como lo es nuestra alma por la fe.

4. Paso por alto muchos textos que parecen aludir al juicio final, pero que, considerados con cierto escrúpulo, aparecen ambiguos o relativos a otro punto. Este puede ser, bien la venida del Salvador que tiene lugar todos los días en su Iglesia, es decir, en sus miembros, en los que se manifiesta parcialmente y poco a poco, porque toda ella es su cuerpo; bien la destrucción de la Jerusalén terrena. De ésta habla con frecuencia y parece tratar del fin del mundo y del último día del juicio. Así es casi imposible entender esos pasajes sin hacer una esmerada comparación de textos de los tres evangelistas San Mateo, San Marcos y San Lucas. Unas cosas, el uno las dice con más obscuridad y el otro más claramente, y así, parangonadas unas con otras, se descubre con claridad el pensamiento sobre este punto.

---

[456] Esta misma explicación de la profundidad y del simbolismo del número doce se halla ampliada en la *Enarratio in psalmum* 49,9.

Esto mismo me propuse hacer en una carta dirigida a Hesiquio, de feliz memoria, obispo de Salona, carta que llevaba por título *Del fin del mundo*[457].

5. Voy, pues, a abordar el pasaje del Evangelio de San Mateo en que se habla de la separación de los buenos y de los malos, que se realizará en el último juicio de Cristo. *Cuando venga el Hijo del hombre con toda su majestad y acompañado de todos sus ángeles, se sentará en el trono de su gloria. Y hará comparecer delante de él a todas las naciones* y *separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, poniendo las ovejas a la derecha y los cabritos a la izquierda. Entonces el Rey dirá a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis. Estando desnudo, me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; encarcelado,* y *vinisteis a verme. A lo cual los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te hallamos de peregrino y te hospedamos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a visitarte? Y el Rey, en respuesta, les dirá: En verdad os digo que siempre que lo hicisteis con alguno de mis pequeñuelos, conmigo lo hicisteis. Al mismo tiempo dirá a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que fue destinado para el diablo y sus ángeles.* Luego recuerda a éstos las obras que no hicieron y que alabó en los de la derecha. Y al preguntarle cuándo lo habían visto en tal necesidad, les respondió que lo que no hicieron a sus pequeñuelos no lo hicieron a él. Y como colofón añadió: *Por eso éstos irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna.*

El evangelista San Juan dice claramente que Cristo fijó el juicio a la hora en que resucitarán los muertos. Después de haber dicho que *el Padre no juzga a nadie, sino que todo el poder de juzgar lo dio al Hijo, con el fin de que. todos honren al Hijo como honran al Padre, pues quien no honra al Hijo no honra tampoco al Padre, que lo envió,* añade: *En verdad, en verdad os digo que quien escucha mi palabra y cree a aquel que me ha enviado, posee la vida eterna y no vendrá en juicio, sino que pasará de la muerte a la vida.* He aquí que asegura que sus fieles no vendrán en juicio. ¿Cómo, pues, serán separados de los malos por el juicio y estarán a su de-

[457] Esta carta está escrita el año 419 y la dirige con este encabezamiento: *A Hesiquio, señor beatísimo, venerable y acepto hermano y coepíscopo, Agustín, salud en el Señor*. Como se nos dice en este lugar, era obispo de Salona.

recha, si no se toma aquí juicio por condenación? En efecto, no incurrirán en tal juicio los que escuchan su palabra y creen en Aquel que le ha enviado.

### CAPÍTULO VI

## Dos clases de resurrección

1. Y prosigue diciendo: *En verdad, en verdad os digo que viene el tiempo, y estamos ya en él, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escucharen revivirán. Porque, así como el Padre tiene en sí mismo la vida, así ha dado al Hijo tener la vida en sí mismo.* Como se ve, no habla de la resurrección segunda, o sea, de los cuerpos, que arribará al fin, sino de la primera, que se obra ahora. Para distinguirla de la otra, dijo: *Viene el tiempo, y estamos ya en él.* Esta resurrección no atañe a los cuerpos, sino a las almas. Las almas tienen también su muerte, que consiste en la impiedad y en el pecado. Según esta muerte, están muertos aquellos de quienes dijo el mismo Señor: *Dejad a los muertos que entierren a sus muertos,* es decir, dejad que los muertos del alma entierren a los muertos del cuerpo. En pro de estos muertos que la iniquidad y la impiedad hacen morir en el alma, dice: *Viene el tiempo, y estamos ya en él, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escucharen revivirán. Los que la escucharen,* es decir, los que le obedecieren, los que creyeren en él y perseveraren hasta el fin. Aquí no hace distinción entre los buenos y los malos. A todos es bueno oír su voz y vivir, pasando de la muerte de la impiedad a la vida de la piedad. De esta muerte escribe el apóstol San Pablo en estos términos: *Luego todos murieron, y Cristo murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.* Todos, pues, sin excepción, han muerto por el pecado, sea por el pecado original, sea por los actuales, añadidos por ignorancia o por malicia[458]. Y el único vivo, es decir, el único exento de pecado, murió por los muertos, a fin de que los que viven por haberles sido re-

---

[458] Estas palabras se han aducido con frecuencia para negar la sentencia inmaculista en el pensamiento de San Agustín. En realidad, el silencio en este caso es muy sospechoso, si bien es cierto que puede también interpretarse como regla de prudencia, dado el ambiente en que se desarrollaba su actividad. El *nemine prorsus excepto* nos recuerda aquel otro lugar en que dice: *De qua cum de peccatis agitar, nullam prorsus habere volo quaestionem (De nat. et grat.* 36,42).

mitidos sus pecados no vivan ya para sí, sino para Aquel que murió por todos a causa de nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. Y, además, con el fin de que, creyendo en Aquel que justifica al impío y siendo justificados de la impiedad, como los muertos, que resucitan, podamos pertenecen a la primera resurrección, que se actúa ahora. A esta primera pertenecen únicamente los que serán eternamente bienaventurados, y a la segunda, de la cual hablaré en seguida, pertenecen, según el Apóstol, tanto los buenos como los malos. Esta es de misericordia, y aquélla, de juicio. Por este motivo canta un salmo: *Cantaré, Señor, tu misericordia y tu juicio.*

2. De este juicio añadió a renglón seguido: *Y le ha dado la potestad de juzgar porque es el Hijo del hombre.* Esto prueba que vendrá a juzgar en la misma carne en que vino a ser juzgado. A este fin dijo: *Porque es el Hijo del hombre.* Y luego agrega a propósito de lo tratado: *No os admiréis de esto, porque vendrá el tiempo en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz. Y saldrán los que hicieron buenas obras a resucitar para la vida, y los que obraron mal, a resucitar para el juicio.* Este es el juicio con el que poco antes, como ahora, designó la condenación en estos términos: *Quien escucha mi palabra y cree en aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna y no incurrirá en juicio, sino que pasará de la muerte a la vida.* Esto significa que, perteneciendo a la primera resurrección, por la que se pasa de la muerte a la vida, no se incurrirá en la condenación, designada con el nombre de juicio. Así, en este lugar: *Y los que obraron mal, resucitarán para el juicio,* o sea, para ser condenados.

El que no quiera, pues, ser condenado en la segunda resurrección, resucite en la primera. Porque *vendrá tiempo, y estamos ya en él, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escucharen revivirán,* es decir, no caerán en la condenación, llamada también muerte segunda. En esta muerte, después de la segunda resurrección, que será de los cuerpos, serán precipitados los que no resuciten en la primera, que es de las almas. *Vendrá,* pues, *tiempo* (aquí no añade: *Y estamos ya en él,* porque será al fin del mundo, o sea en el último y tremendo juicio de Dios) *en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán.* Aquí no dice como en la primera: *Y los que la escucharen revivirán,* pues que no todos vivirán con esa vida, que merece tal nombré por ser feliz. La verdad es que no podrían oírla sin cierta vida, ni salir de los sepulcros al resucitar el cuerpo. El porqué de que no vivirán todos se da en lo que sigue: *Los que hicieron obras buenas saldrán a resucitar para la vida.* He aquí los que vivirán. *Y los que obraron mal, a resucitar para el juicio.* He aquí los que no vivirán, porque morirán con la muerte segunda. Obraron mal porque

vivieron mal, y vivieron mal porque no resucitaron en la primera resurrección, que se opera ahora en las almas, o no perseveraron hasta el fin en el propósito de su resurrección.

Como son dos las regeneraciones, de las cuales ya he hablado más arriba, una según la fe, que se obra ahora por el bautismo, y otra según la carne, que se obrará en el juicio final, cuando la carne se torne incorruptible e inmortal, así son dos las resurrecciones. La primera, que se actúa ahora, es la de las almas, y no permite incurrir en la muerte segunda. Y la segunda, que vendrá al fin del mundo, no es de las almas, sino de los cuerpos. Ella enviará, por efecto del último juicio, a unos a la muerte segunda y a otros a la vida inmortal.

## CAPÍTULO VII

## Las dos resurrecciones. Los mil años del Apocalipsis y un sentir razonable sobre ellos

1. El mismo evangelista San Juan habla de estas dos resurrecciones *en su* Apocalipsis. Pero *es tal su modo de* expresarse, que algunos de los nuestros, no entendiendo la primera, han venido a parar en fábulas ridículas. San Juan dice en el citado libro: *Vi también descender del cielo un ángel, que tenía la llave del abismo y una gran cadena en su mano. Y agarró al dragón —esa serpiente antigua que se apellidó diablo y satanás—, y lo condenó por mil años, y lo precipitó en el abismo. Y cerró el abismo y puso sobre él su sello, para que no seduzca más a las naciones hasta que se cumplan los mil años. Después será soltado por breve tiempo. Luego vi unos tronos y a los que se sentaban en ellos, a los cuales se dio la potestad de juzgar. Y vi las almas de los degollados por confesar a Jesús y por la palabra de Dios, y cuantos no han adorado la bestia ni su imagen ni han recibido en las frentes su marca, ni en las manos, reinaron también con Jesús mil años. Los otros no han vivido hasta cumplidos los mil años. Esta es la resurrección primera. Dichoso* y *santo es quien toma parte en esta primera resurrección. Sobre éstos, la muerte segunda no tendrá poderío. Y serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años*[459]. Quie-

---

[459] Este es el famoso pasaje que ha dado origen al milenarismo. Agustín va a hacer una exposición del mismo y hacer en su mayor parte una refutación de esa erró-

nes por estas palabras han sospechado que la resurrección primera es corporal, han adoptado esta opinión movidos, sobre todo, por los mil años, en la idea de que todo ese tiempo debe ser como el sábado de los santos, en que reposarán santamente después de seis mil años de trabajos. Estos años se cuentan a partir de la creación del hombre y de su despedida, ganada por el pecado, de la felicidad del *paraíso* a las *miserias de la vida* mortal. Y así como está escrito: *Un día ante Dios es como mil años, y mil años como un día*, pasados los seis mil años como seis días, el séptimo, es decir, los años últimos, harán las veces del sábado para los santos, que resucitarán a celebrarlo.

Esta opinión sería hasta cierto punto admisible si se creyera que durante ese sábado los santos gozarán de algunas delicias por la presencia del Señor. Yo mismo me he adherido algún tiempo a ese sentir[460]. Pero sus defensores dicen que los resucitados se holgarán en inmoderados banquetes carnales, en los que la comida y la bebida carecerán de modestia, y excederán el modo de los incrédulos. Y esto no pueden creerlo sino los carnales. Los espirituales, sin embargo, dan a éstos el nombre de χιλιαστάς, palabra griega que nosotros literalmente podemos traducir por milenaristas. Refutarlos al detalle sería muy largo. Prefiero por eso mostrar cómo deben entenderse esas palabras de la Escritura.

2. Nuestro Señor Jesucristo dice concretamente: *Nadie puede entrar en casa del fuerte y robar sus vasos si primero no lo ata bien. Por* fuerte entiende aquí al diablo, pues que pudo someter a sí al género humano, y por los vasos los fieles, que él tenía enviscados en la impiedad y en el pecado. Para maniatar, pues, a este fuerte, vio San Juan en el Apocalipsis *descender del cielo un ángel que tenía la llave del abismo y una gran cadena en su mano. Y agarró al dragón*, prosigue —*a esa serpiente antigua que se apellidó diablo y Satanás*—, *y lo encadenó por mil años.* Es decir, impidió su poder de seducción y de posesión de los redimidos.

---

nea doctrina. Esto no quiere decir que su exposición no quede manca, ya que él mismo al final nos dirá que aun no le convence la explicación y que es personal.

[460] He aquí sus palabras en el sermón 259 (n.2): *Octavus ergo iste dies in fine saeculi novam vitam significat: septimus quietem futuram sanctorum in hac terra. Regnabit enim Dominus in terra cum sanctis suis, sicut dicunt Scripturae, quo nullus malus intrabit, separatam atque purgatam ab omni contagione nequitiae: quam significant centum quinquaginta tres illi pisces, de quibas iam, quantum memini, tractavimus.* Como puede apreciarse aquí, parece defender el milenarismo, y es éste el pasaje que rechaza en este capítulo.

Los mil años pueden entenderse de dos maneras, a mi modo de ver; o porque eso ha de pasar en los mil últimos años, es decir, en el sexto millar, como en el sexto día, cuyos últimos años transcurren ahora para ser seguidos del sábado que no tiene tarde, o sea del reposo de los santos, que no tendrá fin. Y en este sentido llamaría aquí mil años a la última parte de ese tiempo, como un día que dura hasta el fin del mundo, tomando la parte por el todo. O se sirve de los mil años para designar la duración del mundo, empleando un número perfecto para denotar la plenitud del tiempo. El número mil es el cubo de diez, y diez por diez son ciento. Esta es una figura plana, y para hacerla sólida es preciso multiplicar cien por diez, y tenemos ya los mil. Por consiguiente, si a veces se emplea el número cien para indicar totalidad, como cuando el Señor hizo esta promesa a aquel que deja todo por seguirle: *Recibirá cien doblado en esta vida* —lo cual expone el Apóstol de este modo: *Como no teniendo nada y poseyéndolo todo,* pues ya había dicho antes que el *mundo de las riquezas es propiedad del hombre fiel*—, ¿cuánto más se usará el número mil para designar universalidad, siendo el cubo del diez? Este es el mejor sentido de aquellas palabras del Salmo: *Nunca jamás se ha olvidado de la alianza y de la promesa hecha para mil generaciones,* o sea para todas.

3. *Y lo precipitó en el abismo,* es decir, precipitó así, realmente en el abismo, al diablo. Este abismo denota la multitud innumerable de impíos, cuyos corazones son un abismo de malignidad contra la Iglesia de Dios. Y dice que lo precipitó no porque el diablo no estuviera ya antes allí, sino porque, excluido del corazón de los fieles, comenzó a poseer más fuertemente a los impíos. Es más poseído por el diablo quien no sólo se aleja de Dios, sino que odia sin motivo a los servidores del mismo.

*Y cerró el abismo* —prosigue— *y puso su sello sobre él, para que no ande más engañando a las naciones hasta que se cumplan los mil años. Cerró sobre él,* es decir, le prohibió la salida y violar lo mandado. Esta adición: *Y puso su sello,* puede significar que Dios no quiere que se sepa quiénes pertenecen al diablo y quiénes no. Está absolutamente oculto en esta vida, porque es incierto si el que parece estar en pie caerá y si el que parece estar ya en el suelo se levantará. Mas, atando y encerrando al diablo, se le impide seducir a las naciones que pertenecen a Cristo, y que él antes seducía o retenía. Porque —como dice el Apóstol— Dios resolvió antes de la creación del mundo librar a esas almas del reino de las tinieblas y transferirlas al reino del Hijo de su amor. Y ¿qué fiel ignora que el diablo seduce aun ahora a las naciones y las lleva consigo al suplicio eterno? Esto no lo hace con los predestinados a la vida eterna. No hay por qué inquietarse de que el diablo seduzca frecuentemente a aquellos que, regeneradas

ya en Cristo, marchan por las veredas del Señor. Porque *el Señor conoce quiénes son de El,* y de éstos, Satanás no seduce a ninguno arrastrándole a la condenación eterna. Dios los conoce como Dios, es decir, como aquel a quien nada del futuro se le oculta; no como hombre, que sólo ve a otro hombre cuando está presente, si es que puede decirse que ve a aquel cuyo corazón no ve y de quien no sabe qué será luego no menos que de sí mismo.

El diablo fue, pues, encadenado y encerrado en el abismo para eso, para que no seduzca a las naciones que integran la Iglesia, que tenía seducidas antes de que existiera la misma. No dijo: Para que no seduzca a nadie, sino: *Para que no seduzca a las naciones,* en las cuales ha querido, sin duda, dar a entender la Iglesia. *Hasta que se cumplan los mil años,* o sea, lo que resta del día sexto, que es de mil años, o todos los años que dure el mundo.

4. Estas palabras: *Para que no seduzca más a las naciones hasta que se cumplan los mil años,* no deben entenderse como si después hubiera de seducir a esas mismas naciones que componen la Iglesia predestinada —prohibición que implican su encerrona y su encadenamiento—. Porque o esta expresión es semejante a otra corriente en las Escrituras, por ejemplo, en este salmo: *Nuestros ojos están clavados en el Señor, Dios nuestro, para que se apiade de nosotros,* lo cual no quiere decir que, una vez que se apiade, no estarán los ojos de sus siervos fijos en el Señor, su Dios; o el orden gramatical es éste: *Cerró y puso su sello sobre él hasta que se cumplan los mil años.* En cuyo caso esta interposición: *Para que no seduzcan más a las naciones,* debe entenderse como independiente e inconexa con ese orden y como añadida después. El período íntegro sería así: *Cerró y puso su sello sobre él hasta que se cumplan los mil años, para que no seduzca más a las naciones.* En otros términos: el abismo estará cerrado hasta que se cumplan los mil años, para que cese de seducir a las naciones.

## CAPÍTULO VIII

## ¿Cómo se entiende el atar y el soltar al diablo?

1. *Después* —añade— *será soltado por breve tiempo.* Si el diablo está atado y encerrado con el fin de que no pueda seducir a la Iglesia, ¿su libertad consistirá en poder eso? Ni pensarlo. Nunca jamás seducirá a la Iglesia, predestinada y elegida antes de la creación del mundo, de la cual

está escrito que *conoce el Señor quiénes son de él.* Y, sin embargo, cuando el diablo sea soltado, habrá en la tierra una Iglesia, como la ha habido desde su institución y la habrá siempre en los suyos en sucesión continua. Poco después dice que el demonio, una vez libre, vendrá, con todas las naciones que haya seducido en el mundo entero, a guerrear contra la Iglesia, y que el número de estos enemigos igualará a la arena del mar. Y *se extendieron* —dice— *sobre la redondez de la tierra y cercaron los reales de los santos y la ciudad amada. Mas Dios hizo llover juego del cielo, que los consumió, y el diablo, que los traía engañados, fue precipitado en un estanque de fuego y azufre, donde también lo fueron la bestia y el falso profeta. Y allí estarán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.*

Este pasaje alude ya al juicio final, y he pensado mencionarlo ya ahora por temor a que alguien se imagine que, en el poco tiempo en que andará suelto el diablo, no existirá la Iglesia en este mundo, sea que no la halle, sea que la destruya con su persecución. El diablo no está, pues, atado todo el tiempo qué abarca este libro, a saber, desde la primera venida de Cristo hasta el fin del mundo, en que será la segunda. Y es que estar atado durante mil años significa que no seducirá a la Iglesia en ese intervalo, puesto que no la seducirá ni cuando sea soltado. Y, claro es, si el estar atado es para él no poder seducir o no permitírsele hacerlo, ser soltado, ¿qué será sino poder seducir o permitírsele? Esto no se realizará. El prendimiento es simplemente no permitirle tentar a los hombres cuanto pueda por seducción o por violencia para hacerles pasar a su partido. Si esto se le permitiera durante tan largo espacio de tiempo, la flaqueza humana es tal, que haría caer a un gran número de fieles y los derribaría y desviaría de la fe —cosa que Dios no quiere —. Y por eso precisamente está atado.

2. Mas será suelto cuando quede poco tiempo. La Escritura nos dice que el demonio y sus cómplices volcarán toda su saña en tres años y seis meses, y sus contrincantes serán tales, que no podrá vencerlos ni por la fuerza ni por sus arterías. Si nunca fuera soltado, se conocería menos su maligna potencia, sería menos probada la paciencia fidelísima de la ciudad santa y, finalmente, brillaría menos la sabiduría del Omnipotente al usar bien de tamaño mal. Dios no le impidió del todo tentar a los santos, aunque le arrojó de las intimidades de los hombres, donde radica la fe en Dios, a fin de que en lo exterior se aprovecharan del combate. Pero lo ligó a los de su partido, para que, babeando malicia, no apease de su fe piadosa a muchos hombres frágiles que debían engrosar las filas de la Iglesia: unos, futuros creyentes; otros, creyentes actuales. Lo soltará al fin para que la Ciudad de Dios, con inmensa gloria de su Redentor, Ayudador y Libertador, se dé cuenta del enemigo que ha vencido. ¿Qué somos nosotros en compa-

ración de los santos y fieles que serán entonces? Y para probarlos soltará a ese brutal enemigo con el que, aun atado, libramos nosotros batalla con tantos riesgos. Aunque no hay duda que también durante ese intervalo han existido y, existen algunos soldados de Cristo tan bravos y aguerridos, que, si vivieran, cuando sea soltado, esquivarían con suma maestría sus arremetidas y las aguantarían con paciencia suma.

3. Mas el diablo no ha sido solamente atado desde que la Iglesia comenzó a extenderse fuera de Judea, en las demás naciones, sino que lo es ahora y lo será siempre hasta el fin del mundo, en que deberá ser soltado. Vemos a diario personas que, dejando la infidelidad, se convierten a la fe, y esto seguirá, indudablemente, repitiéndose hasta el fin del mundo. Y a la verdad que el fuerte está ligado para cada fiel, cuando es sacado como su presa de las garras del demonio, y el abismo en que fue encerrado no quedó destruido por la muerte de los perseguidores que existían cuando fue encerrado por primera vez. A éstos les han sucedido y les sucederán hasta el fin de los siglos odiadores de los cristianos, en cuyos corazones ciegos y profundos es encerrado a diario como en un abismo.

El problema crucial es saber si en aquellos tres últimos años y seis meses, cuando, suelto, se ensañará con todas sus fuerzas, abrazará alguno la fe, no abrazada por él[461]. ¿Cómo se justificarán aquellas palabras: *¿Quién entrará en casa del fuerte y le robará sus vasos si primero no lo ata bien*, si se los roban también estando suelto? Esta frase parece obligarnos a creer que, en aquel tiempo, aunque breve, nadie se hará cristiano, sino que el diablo luchará con los cristianos ya tales. Y si algunos de éstos fueren vencidos y le siguieren, hay que decir que no eran del número de los hijos predestinados de Dios. No en vano el mismo apóstol San Juan, autor del Apocalipsis, dice de algunos en su Epístola: *Han salido de entre nosotros, mas no eran de los nuestros, porque, si hubieran sido. de los nuestros, hubieran, sin duda, perseverado con nosotros.*

Y ¿qué diremos de los niños? No es creíble que no halle algún niño hijo de cristiano y aún no bautizado, o que no nazca ninguno durante ese tiempo, y que en este caso sus padres no lo acercarán a la fuente de la regeneración. Si hacen esto, ¿cómo le arrebatarán estos vasos una vez soltado ya el diablo, en cuya casa no entra nadie para robárselos si no lo ata

[461] El problema que se plantea es difícil, como toda la exposición que ha venido haciendo del texto del Apocalipsis. Interpretado según su mentalidad, si la persecución del anticristo ha de sobrevenir al final y si será antes del juicio, se pregunta: ¿Podrá convertirse alguno y abrazar la fe, que no había profesado en vida? La respuesta no es fácil darla. Agustín ensaya contestar en lo que sigue.

bien antes? Más bien debe creerse que durante ese tiempo no faltarán las apostasías en la Iglesia ni las conversiones a la misma. Y serán tan fuertes entonces los padres para bautizar a sus hijos y los nuevos convertidos, que vencerán al fuerte, aunque esté suelto; es decir, que, aunque emplee contra ellos toda la artillería nunca antes usada o los apriete hasta ahogarlos, le cogerán las vueltas y lo confundirán. Y así, le robarán, aunque no esté atado. Mas no por eso será falsa la palabra del Evangelio: *¿Quién entrará en casa del fuerte y le robará sus vasos si primero no lo ata bien?* El orden exigido por le frase queda salvado. Primeramente, ha sido atado el fuerte y luego se le han robado sus vasos por todos sus flancos y en todas las naciones para aumentar la Iglesia, de suerte que. vigorizada y robustecida por la fe en las cosas divinamente predichas y cumplidas, se capacita para despojar al fuerte, aunque ande suelto. Y es preciso admitir que, campeando la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos, y que muchos, que no están escritos en el libro de la vida, se rendirán ante las inauditas persecuciones y arterías del demonio ya suelto. Debe igualmente creerse que no sólo los verdaderos fieles de entonces, sino también algunos que estarán fuera de la Iglesia, ayudados por la gracia de Dios y por la autoridad de las Escrituras, que han predicho el fin del mundo, que ellos tienen ya ante la vista, estarán más dispuestos a creer lo que no creían y más fuertes para vencer al diablo, por suelto que ande. Si esto es así, diremos que fue primeramente atado con el fin de despojarle de sus bienes una vez suelto y que por eso el Salvador dijo: *¿Quién entrará en casa del fuerte a robar sus vasos si primero no lo ata bien?*

## CAPÍTULO IX

## Diferencias entre el reino de los santos con Cristo durante mil años y el reino eterno

I. En este intervalo, durante los mil años que el diablo esté atado, es decir, desde la primera venida de Cristo, los santos reinan también con él. En efecto, si además del reino del que se dirá al fin de los siglos: *Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado,* los santos a quienes dice: *Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos,* no tendrán otro, aunque muy desigual, en el que reinen con El, sin duda que no llamaría ahora a la Iglesia su reino o reino de los cielos. Porque éste es el tiempo en que el doctor del que hemos hablado antes, que saca de su re-

puesto cosas nuevas y viejas, es instruido en el reino de Dios. Y es de la Iglesia de donde los segadores han de recoger la cizaña, que se ha dejado crecer con el trigo hasta la siega. Me aquí la exposición de la parábola: *La siega es el fin del mundo, y los segadores, los ángeles. Y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo. Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles y arrancarán de su reino todos los escándalos.* ¿Los arrancarán acaso del reino en que no hay escándalos? No. Será de este su reino de aquí abajo, que es la Iglesia. Y asimismo dice: *El que violare uno de estos mandamientos, por mínimos que parezcan, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo, será tenido por el último en el reino de los cielos; pero el que los cumpliere y enseñare, ése será tenido por grande en el reino de los cielos.* Coloca a los dos en el reino de los cielos, tanto al que no guarda los mandamientos que enseña como al que los guarda y los enseña; pero aquél será el mínimo, y éste, el máximo.

A renglón seguido de eso añade: *Porque yo os digo que, si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los escribas y fariseos,* es decir, mayor que la de los que no cumplen lo que enseñan, pues de los escribas y fariseos dice en otro lugar: *Dicen y no hacen;* si vuestra justicia —repito— no fuere más colmada que la de éstos, que equivale a decir, vosotros no quebrantéis, sino haced lo que enseñáis, *no entraréis en el reino de los cielos.*

Es preciso, pues, entender de un modo el reino de los cielos en el que están tanto los que ponen en práctica sus enseñanzas como los que no las ponen, siendo el uno pequeño y el otro grande, y de otro el reino de los cielos en el que no entra más que quien practica. Así, el primero —morada mixta— es la Iglesia cual es ahora; el segundo —entrada única— es la Iglesia cual será cuando no haya en ella pecadores. La Iglesia es, pues, ahora el reino de Cristo y el reino de los cielos. Y al presente reinan con El también sus santos, cierto que de distinto modo a como reinarán más tarde; pero la cizaña no reina con El, aunque crezca con el trigo en la Iglesia. Sólo reinan con El quienes hacen lo que dice el Apóstol: *Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; gustad las cosas del cielo, no las de la tierra.* De éstos dice también que su conversación está en los cielos. En fin, reinan con El los que están de tal modo en su reino, que son ellos reino suyo. Mas ¿cómo son reino de Cristo quienes, por omitir otras cosas, aunque estén allí hasta el fin del mundo, en que sean recogidos del reino los escándalos, buscan en él sus propios intereses, no los de Cristo?

2. He aquí cómo habla el Apocalipsis de la resurrección primera de este reino militar, en el que hay enemigos que combatir y pasiones a que hacer frente y señorear vencidas, hasta llegar a aquel reino pacífico, sin luchas ni enemigos. Después de haber dicho que el diablo será atado mil años y al cabo de ellos soltado por breve tiempo, añade, recapitulando qué hará la Iglesia o qué harán en ella durante ese tiempo: *Y vi unos tronos y a los que se sentaban en ellos, a quienes se dio la potestad de juzgar.* No debe pensarse que esto alude al último juicio. Se trata de los tronos de los prepósitos y de estos que ahora gobiernan la Iglesia. La potestad de juzgar que se les dio parece ser propiamente aquella de la cual se dijo: *Lo que atareis en la tierra, será atado en el cielo, y lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo.* Por eso escribe el Apóstol: *¿Cómo podría yo meterme a juzgar a los que están fuera? ¿No son los que están dentro a quienes vosotros tenéis derecho a juzgar?*

*Y las almas de los degollados por confesar a Cristo* —añade el Apocalipsis— *y por la palabra de Dios.* Se sobrentiende aquí, claro está, lo que dice a continuación: *Reinarán con Jesús mil años,* es decir, las almas de los mártires todavía separadas de sus cuerpos. En efecto, las almas de los justos muertos no sor separadas de la Iglesia, que es al presente el reino de Cristo. De otra suerte no se haría su conmemoración en el altar de Dios en la comunión del cuerpo de Cristo[462] y no les aprovecharía nada recurrir en los peligros al bautismo para no salir del mundo sin haberlo recibido, ni a la reconciliación cuando uno ha sido separado quizá de ese cuerpo por la penitencia o por la mala conciencia[463]. ¿Por qué estas prácticas sino porque los fieles, aun los difuntos, son miembros de la Iglesia? Y es que, aunque con sus cuerpos todavía no reinan con El, sí reinan ya con sus almas durante estos mil años. A esto aluden estas otras palabras de ese libro: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. El Espíritu les dice ya que descansen de sus trabajos, pues que sus obras les van acompañando.* La Iglesia reina, pues, aquí con Cristo en los vivos y en los muertos. *Porque,* como dice el Apóstol, *Cristo murió para adquirir dominio sobre los vivos y sobre los muertos.* Pero hace mención únicamente de las almas de los

[462] Indudablemente, la gran confianza en los mártires estaba muy arraigada en el corazón de los cristianos. De ello dan testimonio el culto que les rendía la primitiva Iglesia y el que luego, siguiendo esa costumbre, les ha rendido la Iglesia universal. Por otra parte, es tiernamente conmovedor el dogma de la comunión de los santos, de los miembros del cuerpo de Cristo, punto que Agustín da aquí por supuesto.

[463] Está muy conforme con la mentalidad agustiniana la clásica distinción del cuerpo y del alma de la Iglesia. El pecador se separa del alma de la Iglesia, pero no del cuerpo.

mártires porque reinan principalmente con Cristo, estos muertos que lucharon hasta la muerte por la verdad[464]. Esto no obsta para que, tomando el todo por la parte, entendamos también los demás muertos miembros de la Iglesia, que es el reino de Cristo.

3. Las palabras siguientes: *Y cuantos no han adorado a la bestia ni su imagen, ni han recibido su marca en las frentes ni en las manos,* deben entenderse de los vivos y de los muertos. Aunque ver quién es esa bestia requiera un examen detallado, sin embargo, no es ajeno a la recta fe pensar que significa la ciudad impía y el pueblo de los infieles, contrario al pueblo fiel y a la Ciudad de Dios. Su imagen se me antoja que es la simulación de aquellos hombres que, haciendo profesión de fe, viven como infieles. Fingen ser lo que no son, y no son cristianos más que en caricatura y de nombre. A la bestia pertenecen, en efecto, no solamente los enemigos del nombre de Cristo y de su gloriosísima Ciudad, sino también la cizaña, que debe ser recogida al fin del mundo de su reino, que es la Iglesia. Y ¿quiénes son los que no adoran a la bestia ni su imagen sino los que hacen lo que dice el Apóstol, *no llevar un mismo yugo con los infieles?* No adoran, es decir, no consienten, no se someten ni se allanan a recibir la marca, o sea, el sello del crimen, ni en la frente, por la profesión, ni en las manos, por sus acciones. Los exentos de estos males, sea que vivan aún en esta carne mortal, sea que hayan muerto, reinan ya ahora con Cristo a su modo durante el período de tiempo significado por los mil años.

4. *Los otros* —añade— *no han vivido.* Porque éste es el tiempo en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que le escucharen vivirán y los demás no vivirán. Y esta adición: *Hasta que se hayan cumplido los mil años,* es preciso entenderla diciendo que no han vivido el tiempo que debían vivir, o sea, pasando de la muerte a la vida. Y por eso, cuando llegue el día de la resurrección de los cuerpos, no saldrán de sus sepulcros para la vida, sino para el juicio, para la condenación, que constituye la muerte segunda. Porque quien, hasta que se cumplan los mil años, durante todo el tiempo en que se efectúa la resurrección primera no haya vivido, es decir, no haya oído la voz del Hijo de Dios y pasado de la muerte a la vida, en la segunda resurrección pasará infaliblemente a la muerte segunda con su cuerpo.

---

[464] No estará de más hacer notar aquí el gran concepto que San Agustín tiene del martirio. El mártir es el campeón de la fe, de la verdad: da la vida por el triunfo de esa misma verdad. Esta idea arrastraba a Agustín como un peso desde los años de sus vaivenes de conciencia. En la primera parte de la obra ha comparado los mártires con los héroes del paganismo, a los que superan en valor.

San Juan añade: *Esta es la resurrección primera. Dichoso y santo es quien toma parte en esta primera resurrección*, es decir, quien participa en ella. Y es partícipe de la misma quien no sólo resucita saliendo del pecado, sino que persevera en ese estado de resurrección. *Sobre éstos* —prosigue—, *la muerte segunda no tendrá poderío.* Por consiguiente, lo tiene sobre los otros, de los cuales dijo más arriba: *Los otros no han vivido hasta que se cumplan los mil años.* Porque, si bien es cierto que durante ese período designado por los mil años han vivido la vida del cuerpo, no han vivido la del alma, resucitando de la muerte en que les aherrojó la impiedad, a fin de que tomaran parte en la resurrección primera y no tuviera poderío sobre ellos la muerte segunda.

## CAPÍTULO X

## Qué debe responderse a quienes opinan que la resurrección afecta sólo a los cuerpos, no a las almas

Hay quienes piensan que únicamente puede hablarse de resurrección de los cuerpos, y, como consecuencia, defienden que la primera se realiza también en los cuerpos. Su argumentación es ésta: el que cae, ése ha de levantarse. Es así que caen los cuerpos por la muerte —de *caer* viene *cadáver*[465]—; luego no son las almas las que resucitan, sino los cuerpos[466]. Mas ¿qué responderán al Apóstol, que admite esta resurrección? Estos a quienes se dirige el Apóstol en los siguientes términos: *Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba*, habían resucitado según el hombre interior, no según el hombre exterior. El mismo sentido lo expresa con otras palabras: *A fin* —dice— *de que, a ejemplo de Cristo, que resucitó de entre los muertos para gloria del Padre, procedamos nosotros con nuevo tenor de vida.* Y con estas palabras: *Levántate tú que duermes y resucita de la muerte y te iluminará Cristo.*

En cuanto a la mayor, de la que concluyen que resucitan los cuerpos, no las almas, pues que el caer es privativo de los cuerpos, ¿por qué no re-

---

[465] Cf. *Serm.* 241,2.

[466] El argumento escueto y limpio, pudiéramos decir que está presentado en forma escolástica. Suena así: La resurrección supone una muerte; es decir, el levantarse supone una caída. Ahora bien, el alma es inmortal y no puede morir. Luego ha de morir el cuerpo, que es el otro elemento de que consta el hombre. Por tanto, es el cuerpo el que ha de resucitar. Así cruda y duramente.

paran en esto: *No os apartéis de él, no sea que caigáis;* y en esto otro: *El caer o el mantenerse en pie pertenece a su señor;* y también en esto: *El que cree estar en pie, mire bien no caiga?* Tengo para mí que esta caída ha de prevenirse en el alma, no en el cuerpo.

Si, pues, la resurrección es privativa de los que caen y las almas también caen, síguese que las almas también resucitan. Después de haber dicho: *Sobre éstos, la muerte segunda no tendrá poderío,* añadió: *Serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con El mil años.* No alude solamente a los obispos y a los presbíteros, que son los propiamente llamados sacerdotes en la Iglesia, sino a todos los miembros del gran Sacerdote, al igual que a todos los fieles se les da el nombre de cristianos por el crisma místico[467]. Así, el apóstol San Pedro los llama *pueblo santo y sacerdocio real.* Aunque en pocas palabras y de paso, San Juan declara que Cristo es Dios[468] al decir: *Sacerdotes de Dios* y *de Cristo,* o sea, del Padre y del Hijo. Y, además, Cristo, aunque sea Hijo del hombre por la forma de siervo que ha tomado, se ha hecho sacerdote eterno según el orden de Melquisedec. Sobre este punto ya hemos hablado en la obra más de una vez.

## CAPÍTULO XI

## **Gog, Magog y su persecución**

*Y al cabo de los mil años* —dice— *será soltado Satanás de su prisión y saldrá para engañar a las naciones que hay en los cuatro ángulos del mundo, a Gog y a Magog, y los juntará para presentar batalla.* Y *su número será como la arena del mar.* Entonces los seducirá para llevarlos consigo a esta guerra, pues también antes los seducía, según sus posibili-

---

467 No es más que un principio de la cristología agustiniana. Lo llamaríamos el principio de unción, según el cual los hombres se hacen miembros de ese cuerpo por el crisma místico de que habla aquí.

468 Los mártires daban testimonio abierto de que Cristo era Dios cuando, al mandarles sacrificar a los dioses, respondían que solamente debían sacrificar al Dios único y a Cristo. Así ocurrió, por ejemplo, con Santa Cristina, que, mandada sacrificar, contestó con estas admirables palabras, recogidas por las actas: *Numquam ego sacrificavi. nec sacrifico nisi uni Deo et Domino nostro Iesu Christo Filio eius, qui natus est el passus.* Los paganos refundían está fe en Cristo y ese culto en los apóstoles, como puede verse en el 1.18 c.53 de esta obra, y en *De consensu evangelistarum* I 11-12.

dades, con todas sus fuerzas y con los más variados ardides. Dice *saldrá,* que es decir se lanzará de las tinieblas del odio a una persecución abierta. Esta persecución será la última que sufrirá la Iglesia santa, próximo ya el juicio final, en toda la tierra. Toda la Ciudad de Cristo será perseguida por toda la ciudad de la tierra. Por las naciones denominadas Gog y Magog no deben entenderse los pueblos bárbaros de cierta región del mundo, como han hecho los que piensan que son los getas[469] y los masagetas[470], seducidos por las primeras letras de esos nombres, u otros pueblos extraños y ajenos al Imperio romano. El texto hace notar que están extendidos por todo el orbe cuando dice: *Las naciones que hay en los cuatro ángulos del mundo,* y añade que son *Gog* y *Magog.* Hemos comprobado que Gog significa *techo,* y Magog, *del techo*[471]; como si dijera la casa y el que sale de ella. Son, pues, las naciones en que, como hemos dicho más arriba, está encerrado el diablo como en un abismo y de ellas sale y procede él en cierto modo, siendo ellas la casa y él quien sale de ella. Y si ambos términos los aplicamos a las naciones, no uno a las naciones y otro al diablo, ellas son la casa, porque ese antiguo enemigo está encerrado y como a cubierto en ellas, y ellas saldrán de la casa cuando dejen aparecer el odio que ocultan.

Y estas palabras: *Y se extendieron sobre la redondez de la tierra y cercaron los reales de los santos y la ciudad amada,* no significan que los enemigos han venido o vendrán a un lugar concreto y determinado, donde estarán asentados los reales de los santos y la ciudad amada, puesto que ésta es la Iglesia de Cristo, extendida por todo el orbe. Y por eso, ella, que estará en todas las naciones, estará entonces doquiera. Esto significa la redondez de la tierra. Allí estarán los reales de los santos, allí estará la amada Ciudad de Dios. Allí estará cercada y perseguida por sus crueles enemigos, porque también ellos estarán por doquier. En otros términos, será arrinconada y metida en las garras angustiosas de la tribulación y no abandonará el campo de batalla, significado por los reales.

---

469 Los getas eran un pueblo de Traqia. situados a la orilla del Danubio.

470 Los masagetas eran un pueblo escita que habitó cerca del mar Caspio.

471 Esta interpretación puede verse en San Jerónimo *(In Ez.* c.38).

## CAPÍTULO XII

## ¿Atañe al último suplicio de los impíos el descender fuego del cielo y devorarlos?

Esta frase: *Y hará llover fuego del cielo, que los consumirá,* no se refiere al último suplicio, cuando les diga: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno.* Entonces serán enviados al fuego ellos, no descenderá sobre ellos el fuego del cielo. Aquí se entiende bien por *fuego del cielo* la firmeza de los santos, que los fortalecerá para no ceder a los sañudos enemigos ni hacer su voluntad. El firmamento es el cielo, y su firmeza alentará en el pecho de los enemigos un celo ardiente, porque no ha podido doblegar a los santos de Cristo el bando del anticristo. Ese será el fuego que los devorará, y viene *de Dios,* porque es su gracia la que los hace santos invencibles —objeto de tormentos para sus enemigos—. Así como en este lugar se trata del celo bueno: *El celo de tu casa me consume,* así en este otro se habla del malo: *El celo se apoderó del populacho ignorante, y es el fuego que consume ahora a los adversarios.* Dice *ahora* para excluir el fuego del juicio final. Y si entiende por ese fuego la plaga que herirá a los perseguidores de la Iglesia que Cristo hallare con vida cuando venga, cuando matará al anticristo con el hálito de su boca, tampoco será éste el último juicio de los impíos, sino el que deben sufrir después de la resurrección de los cuerpos.

## CAPÍTULO XIII

## ¿Está comprendido en los mil años el tiempo de la persecución del anticristo?

La persecución que desatará el anticristo durará tres años y seis meses, como ya hemos apuntado siguiendo al Apocalipsis y al profeta Daniel. Aunque este tiempo sea breve, hay razón suficiente para preguntar si está comprendido en los mil años de la cautividad del diablo y del reinado de los santos con Cristo, o están fuera. Porque, si decimos que están comprendidos, resulta que el reino de los santos con Cristo será más duradero que la cautividad del diablo, pues reinarán con su Rey en lo más álgido de la persecución, cuando esté suelto y ataque con todo su furor. ¿Cómo,

pues, la Escritura señala la cautividad del diablo y el reinado de los santos dentro de mil años, si el diablo termina su cautiverio tres años y medio antes de que los santos cesen de reinar con Cristo? Por otra parte, si decimos que ese breve espacio de la persecución no está comprendido en los mil años, sino que es una adición, nos vemos obligados a confesar que los santos no reinarán con Cristo durante esa persecución. Y en este caso podría entenderse en sentido propio lo que sigue: *Serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años. Y al cabo de los mil años será suelto Satanás de su prisión.* No significaría esto que el reinado de los santos y la prisión del diablo cesarán a la vez, de forma que el tiempo de la persecución no pertenece ni al reinado de los santos ni a la prisión de Satanás —cosas ambas igualmente incluidas en los mil años—, y que, por tanto, es adicional. Mas ¿quién osará afirmar que los miembros de Cristo no reinarán con él precisamente entonces, cuando se unirán más estrechamente a El y cuando la gloria de los combatientes y la corona de los mártires será tanto mayor y más tupida cuanto más rudo sea el combate? Si se pretende que no es conveniente decir que reinarán entonces por los males que sufrirán, la lógica exige decir que los santos que hayan padecido antes de esos mil años no han reinado con Cristo en el tiempo de su sufrimiento. Por consiguiente, las almas de los degollados por confesar a Jesús y por la palabra de Dios, vistas por el autor de ese libro, no reinaban con Cristo cuando padecían persecución y no eran reino de Cristo cuando El las poseía con tanta excelencia. A la verdad que esto es un absurdo mayúsculo y detestable en extremo.

Al menos, no puede negarse que las almas víctimas de los gloriosísimos mártires, una vez finalizados los dolores y trabajos de esta vida y separadas de sus miembros mortales, han reinado y reinan con Cristo hasta que se cumplan los mil años y que luego reinarán con El unidas ya a sus cuerpos inmortales. En consecuencia, las almas de los mártires, tanto las separadas ya de los cuerpos, antes de la última persecución, como las que se separen entonces, reinarán con El esos tres años y medio hasta que termine el mundo y pasen al reino que no tendrá muerte. Será, por tanto, más largo el reinado de los santos con Cristo que la prisión y cautiverio del demonio, puesto que aquéllos reinarán con su Rey, el Hijo de Dios, una vez ya suelto el diablo, durante esos tres años y medio.

De hecho, cuando San Juan dice: *Serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años. Y al cabo de ellos será suelto satanás de su prisión,* puede entenderse, o que los mil años no fijan fin al reino de los santos y sí a la prisión de satanás —en este caso los mil años, es decir, todos los años, serían lo suficientemente flexibles para que el reinado de los

santos sea más largo y la prisión de satanás más breve—, o que, como tres años y medio es un espacio poco considerable, no ha querido tener en cuenta que a primera vista se crea más breve la prisión del diablo y más largo el reinado de los santos. Algo semejante hemos visto en el libro XVI de esta obra respecto de los cuatrocientos años, que, si bien eran algo más, fueron ésos en números redondos. Y al buen observador no se le oculta que esto es corriente en las Sagradas Letras.

## Capítulo XIV

## La condenación del diablo con los suyos. La resurrección de los muertos y el juicio final

San Juan, después de haber hablado de la última persecución, resume en pocas palabras cuanto ha de padecer en el juicio el diablo y la ciudad enemiga de la que es príncipe. Dice así: *Y el diablo, que los traía engañados, fue precipitado en un estanque de fuego y azufre, donde lo fueron también la bestia y el falso profeta. Y allí serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.* Ya hemos hecho notar que por la bestia puede muy bien entenderse la ciudad impía. Ese seudoprofeta, o es el anticristo o la imagen, es decir, la simulación, de que he hablado antes. Luego, como el epílogo versa sobre el último juicio, que tendrá lugar con la segunda resurrección de los muertos, con la resurrección de los cuerpos, narra cómo le fue revelado. *Vi* —dice él— *un trono grande y reluciente y al que se sentaba en él, a cuya vista desapareció el cielo y la tierra y no quedó nada de ellos.* No dice: «Vi un solio grande y reluciente y al que se sentaba en él y a su vista desaparece el cielo y la tierra», porque esto no sucedió entonces, es decir, antes de ser juzgados los vivos y los muertos, sino dijo: *Vi al que se sienta en el trono, a cuya vista desapareció el cielo y la tierra.* Pero después, una vez efectuado el juicio, deja de existir este cielo y esta tierra, y entonces comenzará a existir un cielo nuevo y una tierra nueva. Este mundo no pasará por aniquilación, sino por mutación. Por eso escribe el Apóstol: *La figura de este mundo pasa. Yo deseo, por ende, que viváis sin cuidados ni inquietudes.* Pasa, por tanto, la figura del mundo, no su naturaleza.

En habiendo dicho San Juan que vio al que se sentaba en el trono, a cuya vista desapareció el cielo y la tierra —lo cual sucederá después—, añade: *Y vi a los muertos, grandes y pequeños, y se abrieron los libros. Se*

*abrió además otro libro, el libro de la vida de cada uno.* Y *los muertos fueron juzgados por lo que estaba escrito en esos libros, cada uno según sus obras.* Dice que se abrieron los libros y un libro. Y agregó la cualidad de este libro, *que es* —dijo— *el de la vida de cada uno.* Los primeros libros son, sin duda, los Libros santos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, para mostrar los mandamientos que Dios había ordenado cumplir. Y el otro, el libro de la vida de cada uno, estaba mostrando los mandamientos cumplidos o violados por cada cual. Si este libro nos lo imaginamos materialmente, ¿quién podrá medir su grandor y su grosor? O ¿cuánto tiempo se empleará para leer ese libro, que contiene la vida de todos y cada uno de los hombres? ¿Presenciarán acaso el acto tanto ángeles como hombres, y cada uno oirá el relato de su vida de boca del ángel a él asignado? Ese libro no será, pues, para todos, sino que cada uno tendrá el suyo. La Escritura da a entender esto al decir que *se abrió además otro libro.*

Es preciso entender aquí la virtud divina, que traerá a la recordación de cada cual todas sus obras, buenas o malas, y las hará ver rapidísimamente de un vistazo mental, con el fin de que la ciencia acuse o excuse a la conciencia. De este modo serán juzgados todos a la vez. Esta virtud divina recibió el nombre de libro, porque en ella se lee en cierto modo cuanto se recuerda merced a ella. Y para mostrar qué muertos deben ser juzgados, los pequeños y los grandes, añade a modo de recapitulación y tornando a los que había omitido, o mejor, diferido: *El mar presentó sus muertos, y la muerte y el infierno entregaron los suyos.* Esto sucedió, sin duda, antes de que los muertos fueran juzgados, y, sin embargo, lo refirió después. Por eso he dicho que es una especie de recapitulación y de retorno a lo omitido. Mas ahora observa el orden y para explicarlo repite lo que había dicho ya antes sobre el juicio. Después de estas palabras: *El mar presentó sus muertos y la muerte y el infierno entregaron los suyos, agregó* en seguida: *Y juzgó a cada uno según sus obras.* Justamente es lo que había dicho antes: *Y fueron juzgados los muertos según sus obras.*

## CAPÍTULO XV

## ¿Cuáles son los muertos presentados por el mar y cuáles los entregados por la muerte y por el infierno?

Mas ¿quiénes son los muertos que presentó el mar y que él tenía en su seno? Porque ni los que mueren en el mar escapan al infierno, ni el mar conserva sus cuerpos, ni —lo que es más absurdo— el mar tenía a los buenos y el infierno a los malos. ¿Quién creerá esto? Tal vez no vayan descarriados los que estiman que en este pasaje el mar hace las veces del mundo. El Apóstol, al decir que aquellos que Cristo hallará con vida serán juzgados con los que han de resucitar, llama también muertos, tanto a los buenos, a quienes dirige estas palabras: *Muertos estáis, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios,* como a los malos, de quienes se dijo: *Dejad a los muertos que entierren a sus muertos.* Además, pueden llamarse muertos porque sus cuerpos son mortales. Este es el motivo de aquello del Apóstol: *El cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el espíritu vive en virtud de la justificación.* Lo cual prueba que en un hombre viviente y todavía corpóreo existen estas dos cosas: un cuerpo muerto y un espíritu vital. Y, sin embargo, no dice el cuerpo mortal, sino el cuerpo muerto, aunque poco más adelante los llame, como es más corriente, cuerpos mortales. El mar presentó los muertos que estaban en él, es decir, el mundo presentó a los hombres que existían en él, porque aún no habían muerto.

*Y la muerte y el infierno* —añade— *entregaron los suyos.* El mar los presentó, porque se presentaron tal como fueron hallados, y la muerte y el infierno los entregaron, porque los volvieron a la vida, de la que ya habían salido. Y no bastó decir la muerte o el infierno por separado, sino que dijo *la muerte y el infierno* por los buenos, que la han sufrido sin ir al infierno, y el infierno por los malos, que además pagan las penas que merecen en él. Si, pues, no parece absurdo creer que los antiguos santos que tuvieron fe en la encarnación de Cristo, han estado después de la muerte en lugares muy alejados de aquellos en que son atormentados los impíos, pero cabe los infiernos, hasta que fueron librados por la sangre de Cristo y por la visita que El les hizo[472], indudablemente los redimidos por la efusión de esa

[472] Es el lugar que nosotros hoy llamamos limbo de los justos o seno de Abrahán. Agustín aún no tenía ideas claras sobre este punto, todavía hoy insoluble para la teología católica. Además, el limbo de los niños San Agustín lo niega en absoluto, pues no admite medio entre el cielo o el infierno.

sangre no van a los infiernos hasta que, tomando sus cuerpos, reciban el galardón merecido.

Y cuando dice: *Y fue juzgado cada cual según sus obras*, añadió en pocas palabras cómo fue ese juicio: *Y la bestia y el falso profeta fueron lanzados a un estanque de fuego*. Con estos dos nombres designó al diablo, que es el autor de la muerte y de las penas del infierno, y con él toda la sociedad de los demonios. Ya había adelantado esto: *Y el diablo, que los traía engañados, fue precipitado en un estanque de fuego y azufre*. Y lo que allí se expresó obscuramente: *Donde también lo fueron la bestia y el falso profeta*, aquí se aclaró en estos términos: *Y los que no fueron hallados escritos en el libro de la vida, fueron arrojados en un estanque de fuego*. Este libro no menciona a Dios, por temor a engañarse por olvido. Significa simplemente la predestinación de aquellos a quienes se dará la vida eterna. No es que Dios no los conozca y lea ese libro para conocerlos, sino más bien es que su presciencia infalible es el libro de la vida, en el que están escritos, es decir, conocidos desde antes.

## Capítulo XVI

## El cielo nuevo y la tierra nueva

San Juan, después de haber hablado del juicio de los malos, debía decir algo también del juicio de los buenos. Ya explicó estas breves palabras del Señor: *Estos irán al suplicio eterno*. Ahora faltaba explicar estas otras: *Y los justos, a la vida eterna. Vi* —dice— *un cielo nuevo y una tierra nueva. Porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron y ya no hay mar*. El orden de estos sucesos será el notado más arriba a propósito de aquel pasaje en el que dice que vio al que se sentaba en el trono, a cuya vista desaparecieron el cielo y la tierra. Una vez juzgados los que no están escritos en el libro de la vida y arrojados al fuego eterno (y pienso que la naturaleza y el lugar de ese fuego no los conocerá ningún hombre, a menos que se lo revele el Espíritu de Dios), pasará la figura de este mundo por la conflagración del fuego mundano, como el diluvio se debió a la inundación de las aguas del mundo. La conflagración de los elementos corruptibles hará desaparecer, como he dicho, las cualidades propias de nuestros cuerpos corruptibles. La substancia, en cambio, gozará de las cualidades conformes con los cuerpos inmortales en virtud de ese maravilloso trueque; es decir, que el mundo renovado estará en armonía con los cuerpos de

los hombres igualmente renovados. Por estas palabras: *Y ya no hay mar,* no es fácil colegir si se secará por ese incendio o si más bien también él se transformará.

Leemos que habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, pero no recuerdo haber leído en parte alguna algo sobre un mar nuevo. Es verdad que en este libro se habla de un *como mar vidrioso semejante al cristal;* pero el pasaje no trata del fin del mundo, amén de que no dice mar, sino una *especie de mar.* Aunque, a usanza de los profetas, que gustan de emplear metáforas para velar su pensamiento, pudo muy bien, al decir que *ya no hay mar,* hablar de aquel mar del que había escrito: *Y el mar presentó sus muertos.* La razón es que entonces ya no existirá este mundo turbulento y proceloso que es la vida de los mortales, presentada bajo la imagen del mar.

## Capítulo XVII

## **Glorificación eterna de la Iglesia**

*Luego* —añade— *vi descender del cielo la gran ciudad, la nueva Jerusalén, que venía de Dios, peripuesta como una novia engalanada para su esposo. Y oí una gran voz que salía del trono y decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y El morará con ellos. Ellos serán su pueblo y El será su Dios. Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos. Y no habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni más dolor, porque lo primero ya pasó. Y dijo el que estaba sentado en el trono: Voy a renovar todas las cosas.* Esta ciudad desciende del cielo, según él, porque la gracia de Dios, que la ha formado, es celestial. Y así dice por Isaías: *Yo soy el Señor, que te forma.* Y ha descendido del cielo desde el principio, desde que sus ciudadanos van en aumento por la gracia de Dios, que mana de la regeneración comunicada por la venida del Espíritu Santo. Pero en el juicio de Dios, que será el último y obra de su Hijo Jesucristo, recibirá un esplendor tan nuevo y maravilloso de la gracia divina, que no quedarán ni rastros de su vejez, pues los cuerpos pasarán de su antigua corrupción y mortalidad a una incorrupción e inmortalidad nuevas. Me parece excesivo descoco entender estas palabras de los mil años en que reinarán con su Rey, puesto que lo siguiente no admite duda: *Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos. Y no habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni más dolor.* ¿Quién será tan necio y tan loco, de puro terco y obstinado, que se atreva a afirmar que,

entre las miserias de esta vida, no sólo el pueblo santo, sino cada uno de los santos, está exento de lágrimas y de dolores? La realidad nos dice que cuanto más santo y más lleno de buenos deseos es uno, tanto más abundante es su llanto en la oración. ¿No es acaso ésta la voz de un ciudadano de la Jerusalén celestial: *Mis lágrimas me han servido de pan día* y *noche?* Y esta otra*: Todas las noches riego mi lecho con lágrimas e inundo con pilas el lugar de mi descanso?* Y también ésta: *No se te ocultan mis gemidos;* y esta otra: *Mi dolor se ha renovado?* ¿O es que no son hijos suyos los que gimen bajo el peso de esta carga, de la que no quieren ser despojados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida? ¿No son éstos los que, poseyendo las primicias del Espíritu, suspiran en sí mismos, en espera de la adopción, por la redención de su cuerpo? Y el apóstol San Pablo ¿no era ciudadano de la Jerusalén celestial, y no lo era más cuando sufría por sus hermanos carnales, los israelitas, una profunda tristeza y traía asido a su corazón un continuo dolor?

¿Cuándo no habrá muerte en esta ciudad sino cuando se dijere: *¿Dónde está, ¡oh muerte!, tu combate? ¿Dónde, tu aguijón? ¿El aguijón de la muerte es el pecado?* Este no existirá ya cuando se diga: *¿Dónde está?* Ahora no es un ciudadano cualquiera de aquella ciudad, sino el mismo San Juan, el que clama en su Epístola: *Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros.*

En ese libro, titulado Apocalipsis, hay muchas cosas obscuras para ejercitar la mente del lector, y unas cuantas, pocas por *cierto, claras,* que *permiten* comprender las otras no sin gran trabajo[473]. Porque repite de muchos modos las mismas ideas, de tal suerte que parece decir cosas diversas y. sin embargo, son las mismas expresadas de diferente manera. Pero estas palabras: *Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos. Y no habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni más dolor,* se refieren tan clara y tan palmariamente al siglo venidero, a la inmortalidad y a la eternidad de los santos (pues sólo entonces y sólo allí no existirán esas miserias), que, si las creemos obscuras, no debemos buscar, cosas claras en las Sagradas Letras,

[473] Es que San Juan era teólogo, y, buscado el principio generador de toda su doctrina, se ha llegado al corazón del libro. Sin embargo, diremos que el Apocalipsis y su interpretación ha quebrantado ya muchos ingenios y sigue siendo hoy más misterio que nunca; pues si ya en tiempo de San Agustín no estaban capacitados para entender los símbolos y las figuras, hoy lo estamos menos. Porque es indudable que en tiempo del autor entendían sus expresiones.

## CAPÍTULO XVIII

## Doctrina de San Pedro sobre el juicio final

Veamos ya lo que escribe el apóstol San Pedro sobre el juicio final: *En los últimos días vendrán* —dice él— *impostores artificiosos, que, llevados de sus propias pasiones, dirán: ¿Dónde está la promesa de su venida? Porque, desde la muerte de nuestros padres, todas las cosas siguen como al principio de su creación. Y es que no saben, porque quieren ignorarlo, que al principio fue creado el cielo y la tierra, sacados del agua y constituidos en medio de ella por la palabra de Dios, y que por eso el mundo de entonces pereció anegado en las aguas. Pero los cielos y la tierra que ahora existen han sido restablecidos por esa misma palabra y están destinados a ser presa del fuego en el día del juicio y del exterminio de los hombres impíos. Mas vosotros, mis amados, no debéis ignorar que ante Dios un día es como mil años, y mil años como un día. Así, el Señor no difiere su promesa, como algunos se imaginan, sino que espera con paciencia por amor a vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia. Por lo demás, el día del Señor vendrá como ladrón, y entonces los cielos pasarán con espantoso estruendo, y los elementos, ardiendo, se disolverán, y la tierra será abrasada con todas sus obras. Y como todas las cosas han de perecer, ¿cuáles debéis ser vosotros en vuestra vida santa, aguardando y saliendo a esperar la venida del día del Señor, día en que los cielos encendidos se disolverán y se derretirán los elementos al calor del fuego? Pero esperamos, según sus promesas, nuevos cielos y tierra nueva, donde reinará la justicia.* Aquí no mienta siquiera la resurrección de los muertos, pero dice bastante de la ruina del mundo. Y, al mencionar el diluvio, parece advertirnos que creamos que el mundo ha de perecer un día. Dice, en efecto, que en aquel tiempo vio su fin el mundo de entonces, no sólo el orbe de la tierra, sino también los cielos, es decir, el espacio de aire que había anegado la crecida de las aguas. Entiende por cielos, o mejor, por cielo, el lugar del aire donde sopla el viento, y sólo este lugar, no los cielos superiores, donde están colocados el sol, la luna y las estrellas. Así, toda o casi toda esta región del aire se convirtió en húmedo elemento[474], y de este modo pereció con la tierra, sepul-

---

[474] El punto en cuestión se ve planteado en la segunda Epístola de San Pedro. Y para darle solución recurre a esta conversión. Así escribe en *De Genesi ad litteram* (III 2,2): *Sed quia huius aeris humidioris, in quo aves volitant, vel tota, vel prope tola spatia compleverat, periisse qui fuerant caelos in illa epístola scribitur. Quod nescio*

tada también por el diluvio. *Pero los cielos y la tierra* —escribe él— *que ahora existen han sido restablecidos por esa misma palabra y están destinados a ser presa del fuego en el día del juicio y del exterminio de los hombres impíos.* Por tanto, el cielo y la tierra, es decir, el mundo, que ha venido a ocupar el lugar del mundo destruido por el diluvio, está destinado a ser presa del fuego en el día del juicio y del exterminio de los hombres impíos. Usa sin vacilación la palabra *exterminio* por el gran cambio que sufrirán los hombres, si bien es cierto que su naturaleza subsistirá siempre aun en medio de los suplicios eternos.

Quizá pregunte alguno: Si el mundo arderá después del juicio, ¿dónde estarán los santos durante ese incendio, pues, teniendo cuerpo, ocuparán necesariamente un lugar corporal, antes de que Dios haya estrenado un cielo nuevo y una tierra nueva?

A esto podemos responder que estarán en las regiones superiores, donde no llegará la llama del fuego ni llegó el agua del diluvio. Además, sus cuerpos serán tales, que podrán estar donde quieran. Y una vez inmortales e incorruptibles, no temerán el fuego de ese incendio, de igual modo que los cuerpos corruptibles y mortales de los tres mancebos pudieron vivir en medio de las llamas sin ser quemados.

## CAPÍTULO XIX

## San Pablo a los Tesalonicenses. El anticristo

1. Me veo en la necesidad de omitir gran número de testimonios evangélicos y apostólicos sobre el juicio final para no prolongar demasiado este libro. Pero no puedo menos de citar al apóstol San Pablo en su Epístola segunda a los Tesalonicenses. Dice así: *Entretanto, hermanos, os suplicamos, por el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra reunión al mismo, que no abandonéis ligeramente vuestros sentimientos ni os alarméis con supuestas revelaciones, o con ciertos discursos, o con cartas que se supongan enviadas por nosotros, como si el día del Señor estuviera ya muy cercano. No os dejéis seducir de nadie en ninguna manera, porque no vendrán sin que primero haya acontecido la apostasía y apare-*

---

*quemadmodurn possit intelligi, nisi in aquarum naturam pinguioris huius aëris qualitate conversa: alioquin non perierunt tune isti caeli, sed sublimius erecti sunt, cum locura eorum aqua oceupaverat.*

*cido el hombre del pecado, el hijo de la perdición. Este se opondrá a Dios y se alzará contra todo lo que se dice Dios o se adora, hasta llegar a poner su asiento en el templo de Dios, dando a entender que es Dios. ¿No os acordáis que, cuando estaba todavía entre vosotros, os decía estas cosas? Ya sabéis la causa que ahora le detiene hasta que sea manifestado a su tiempo. El hecho es que ya se va obrando el misterio de la iniquidad. Entretanto, el que está firme ahora manténgase hasta que sea quitado el impedimento. Y entonces se dejará ver aquel perverso a quien el Señor Jesús matará con el resuello de su boca y destruirá con el resplandor de su presencia, a aquel inicuo que vendrá con el poder de Satanás con toda suerte de milagros, de señales y de prodigios falsos, y con todas las ilusiones que pueden conducir a la iniquidad a aquellos que se perderán por no haber recibido y amado la verdad a fin de salvarse. Por eso, Dios les enviará el artificio del error, con que crean a la mentira. Así serán condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la maldad.*

*2.* Es indudable que habla del anticristo y que el día del juicio (él le llama día del Señor) no vendrá si antes no viniere el llamado por él apóstata, claro está que del Señor. Esto, si puede decirse con razón de todos los impíos, ¿cuánto más podrá decirse del anticristo? ¿En qué templo de Dios se sentará? No sabemos si será en las ruinas del templo de Salomón o en la Iglesia. Es claro que el Apóstol no llamaría templo de Dios al templo de algún ídolo o del demonio. Por eso algunos pretenden que este pasaje que habla del anticristo se entienda no del príncipe, sino de todo su cuerpo, o sea, de la multitud de hombres que pertenecen a él, con él a la cabeza. Y creen que es más correcto seguir el texto griego y decir en latín no *in templo Dei* (en el templo de Dios), sino *in templum Dei sedeat* (se siente dentro del templo de Dios), como si el anticristo fuera el templo de Dios, que es la Iglesia. Así decimos: *Sedet in amicum* (se tiene por amigo), o sea, como amigo, y otras locuciones semejantes.

Esta frase: *Ya sabéis la causa que ahora le detiene,* significa que va saben el motivo de que se retarde su venida. Y es con el *fin de que aparezca a su tiempo.* Pero, como dice que ya la sabían, no expresó con claridad el motivo. Por eso nosotros, que no sabemos lo que ellos sabían, ansiamos comprender a costa de esfuerzos el pensamiento del Apóstol y no podemos, porque lo que añadió obscurece más el sentido. Pues ¿qué significa: *El, hecho es que el misterio de iniquidad ha comenzado ya a obrarse. Sólo que aquel que ahora se tiene, téngase en pie hasta que sea quitado de en medio. ¿Y entonces se manifestará el malo?* Francamente confieso que no

comprendo lo que quiere decir[475]. Sin embargo, no omitiré las conjeturas humanas, que he podido oír o leer.

3. Algunos piensan que el apóstol San Pablo habla aquí del Imperio romano y que éste fue el motivo que le indujo a escribir con tanta obscuridad, por miedo a ser acusado de desear mal al Imperio romano, que esperaban eterno. De suerte que con estas palabras: *El hecho es que el misterio de iniquidad ha comenzado ya a obrarse,* querría significar a Nerón, cuyas obras parecían ya como del anticristo. Por esto se imaginan que resucitará y que él será el anticristo[476]. Otros creen que no fue matado, sino más bien raptado, para que se le creyera muerto, y que está oculto vivo y en la plenitud vigorosa de que gozaba cuando se le creía muerto, hasta que reaparezca a su tiempo y sea restablecido en el reino[477]. Pero esta opinión me parece asaz extraña y nueva.

Por lo demás, estas palabras del Apóstol: *Sólo que aquel que ahora se tiene, téngase en pie hasta que sea quitado de en medio,* pueden entenderse sin absurdo ninguno del Imperio romano, como si dijera: Sólo que el que ahora impera, impere hasta que sea quitado de en medio, es decir, hasta que sea suprimido. *Y entonces se manifestará el malo,* término que indudablemente designa al anticristo.

Otros, sin embargo, piensan que tanto estas palabras: *Ya sabéis la causa que le detiene,* como estas otras: *Ha comenzado ya a obrarse el misterio de iniquidad,* se refieren únicamente a los malos y a los hipócritas que hay en la Iglesia, hasta que formen un número capaz de constituir el pueblo del anticristo. A esto —dicen ellos— lo llama misterio de iniquidad, porque es cosa oculta. Estas otras palabras serían una exhortación del Apóstol a los fieles para que perseverasen firmes en la fe: *Solamente que aquel que ahora se tiene, téngase en pie hasta que sea quitado de en medio, es* decir, hasta que salga de la Iglesia el misterio de iniquidad que ahora está oculto. Y estiman que a este misterio aluden aquellas palabras del evangelista San Juan en su Epístola: *Hijos, ésta es ya la última hora, y como habéis oído que ha de venir el anticristo, así ahora muchos se han hecho anticristos. Esto nos hace caer en la cuenta de que es ya la última ho-*

---

[475] Una vez más nos maravilla su confesión, sincera, digna del genio. No es racionalista, no. El busca hasta donde puede, y allí, a la puerta del laberinto, deja la antorcha de la razón y se humilla. Sin embargo, luego da unas conjeturas, pero no dice que sean auténticas y verdaderas.

[476] Así piensan San Jerónimo *(In Dan.* c. 11) y Sulpicio Severo en su *Historia* 1.2 c.29.

[477] Así discurren Suetonio y Tácito.

*ra. Salieron de entre nosotros, mas no eran de los nuestros; pues, si fueran de los nuestros, hubieran perseverado, sin duda, con nosotros.* Del mismo modo —dicen ellos —que antes del fin, antes de esa hora que San Juan llama última, han salido ya de la Iglesia muchos herejes, por el apóstol apellidados anticristos, así todos los que no pertenecen a Cristo, sino al anticristo, saldrán entonces, y entonces se manifestarán.

4. Así explican unos de una manera y otros de otra las obscuras palabras del Apóstol. Una cosa es cierta e indudable: que San Pablo dice que Cristo no vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos si antes no viniere su enemigo el anticristo a seducir a los muertos en el alma, aunque esta seducción pertenezca al oculto juicio de Dios. *Su presencia se manifestará con el poder de satanás* —como dice el Apóstol—, *con toda suerte de milagros, de señales y de prodigios falsos, para seducir a los que deben perecer.* Entonces será soltado satanás y pondrá en juego todo su poder por el anticristo, obrando maravillas, sí, pero engañosas.

Suele preguntarse si el Apóstol dice señales y prodigios de mentira porque engañará los sentidos de los hombres por medio de fantasmas, haciéndoles ver lo que no hace; o si lo dijo porque, aunque los prodigios sean verdaderos, arrastrarán a la mentira a los que, desconocedores del poder del diablo, creerán que requieren una potencia divina, sobre todo cuando reciba un poder cual no tuvo nunca. En efecto, cuando bajó fuego del cielo y consumió la familia de Job, juntamente con sus muchos rebaños, y un torbellino impetuoso derribó su casa y sepultó bajo las ruinas a sus hijos, esto no fueron ilusiones. Eran obras de satanás, a quien Dios había dado tal poder.

A cuál de esas hipótesis se debió el decir prodigios y señales de mentira, aparecerá mejor entonces. Sea por cual fuere, lo cierto es que con esas señales y esos prodigios seducirá a aquellos que hayan merecido ser seducidos, *por no haber recibido y amado la verdad, que les haría salvos.* El Apóstol no vacila en añadir: *Por eso Dios les enviará el ardid del error, que les hará creer en la mentira.* Lo enviará Dios, porque permitirá al diablo hacer esos prodigios. El lo permite por un juicio muy justo, aunque el diablo lo realice por un deseo injusto y criminal.

*A fin de que sean juzgados* —añade— *todos los que no han creído a la verdad, sino que se complacieron en la maldad.* Los juzgados serán, pues, seducidos, y los seducidos, condenados. Los juzgados serán seducidos por los juicios de Dios, ocultamente justos y justamente ocultos, que no han cesado jamás de juzgar a los hombres desde el primer pecado. Y

los seducidos serán condenados en el último juicio, que será público, por Jesucristo, que, condenado injustísimamente, condenará con justicia suma.

## Capítulo XX

## **Primera a los Tesalonicenses. La resurrección de los muertos**

1. En el lugar citado, el Apóstol no habla de la resurrección de los muertos. Pero en su primera Epístola a los de Tesalónica les dice: *En orden a los difuntos no queremos, hermanos, dejaros en vuestra ignorancia, porque no os entristezcáis del modo que suelen los demás hombres que no tienen esa esperanza. Porque, si creemos que Jesús murió y resucitó, también debemos creer que Dios llevará con Jesús a aquellos que hayan muerto por él. Por lo cual os decimos, sobre la palabra del Señor, que nosotros, los vivientes que quedaremos hasta la venida del Señor, no cogeremos la delantera a los que ya murieron antes. Por cuanto el mismo Señor, a la intimación y a la voz del arcángel y al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los que murieron en Cristo, resucitarán los primeros. Después nosotros, los vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados, juntamente con ellos, sobre nubes al encuentro de Cristo en el aire, y así estaremos con el Señor eternamente.* Estas palabras del Apóstol prueban con luz meridiana la futura resurrección de los muertos, cuando Cristo vendrá a juzgar a todos.

2. Suele preguntarse en este lugar lo siguiente: ¿Morirán aquellos que Cristo hallare vivos al venir, y que el Apóstol figura en sí y en los que con él vivían, o pasarán con una celeridad espantosa de la muerte a la inmortalidad en el instante preciso en que saldrán con los resucitados al encuentro de Cristo?[478] Sería una insensatez creer que, mientras van por los aires a la altura, no pueden morir y revivir.

Estas palabras: *Y así estaremos eternamente con el Señor,* no deben entenderse como si dijera que nosotros permaneceremos siempre con el Señor en el aire, puesto que ni El permanecerá allí, pues vendrá de paso. Iremos, pues, al encuentro del que viene, no del que está; pero *así estare-*

[478] En la epístola 193, escrita a fines del 418 y dirigida a Mercator, hace una larga exposición a todos los pasajes que viene explicando en este libro. A ella remitimos a nuestros lectores, para no vernos obligados a darles un conglomerado de ideas sin trabazón. Lo mismo puede verse en *De octo Dulcitii quaestionibus* q.3.

*mos con el Señor,* es decir, teniendo cuerpo eterno doquiera vayamos con él.

El mismo Apóstol parece obligarnos a pensar que los hallados por el Señor vivos morirán en ese breve espacio de tiempo y vestirán la inmortalidad, cuando dice: *Todos serán vivificados en Cristo.* Y en otro lugar, hablando de la resurrección: *Lo que siembras no recibe vida si antes no muere.* ¿Cómo, pues, los que Cristo hallare vivos serán vivificados en El por la inmortalidad si no mueren, siendo así que implican esto aquellas palabras: *Lo que siembras no es vivificado si antes no muere?*

Y si es cierto que no puede decirse propiamente del cuerpo del hombre que es sembrado si no torna, muriendo, a la tierra, según aquella sentencia intimada por Dios al primer pecador, padre del género humano: *Eres tierra y a la tierra irás,* hay que admitir que estos que Cristo hallará con vida, aun despojados de sus cuerpos, no están comprendidos ni en esas palabras del Apóstol ni en estas del Génesis. Es claro que los arrebatados a las nubes no son sembrados, porque ni van a la tierra ni retornan, sea que no experimenten la muerte, sea que mueran momentáneamente en el aire.

3. Por otra parte, nos sale al paso el mismo San Pablo en su carta a los Corintios. *Todos resucitaremos* —dice él—, o según otros códices: *Todos dormiremos*[479]. Si, pues, es imposible la resurrección sin la muerte, y dormición en este pasaje significa muerte, ¿cómo dormirán o resucitarán todos, si son tantos los hombres que Cristo hallará con vida que ni morirán ni resucitarán? Estoy en que, si creemos que los santos, esos que Cristo hallará con vida y que serán elevados para ir a su encuentro, dejando en ese vuelo sus cuerpos mortales y vistiéndolos de inmortalidad, no nos meten en esos aprietos las palabras del Apóstol. Ni éstas: *Lo que siembras no es vivificado si antes no muere,* ni estas otras: *Todos resucitaremos, o: Todos dormiremos.* Y es que aquéllos no serán vivificados por la inmortalidad si no mueren antes, aunque sea por un instante. Así no serán ya ajenos a la resurrección, precedida de la dormición, que de hecho se dió, aunque por poco tiempo. Mas ¿por qué nos parece increíble que esa multitud de cuerpos sea sembrada en cierto modo en el aire y tome allí instantáneamente una vida inmortal e incorruptible, si creemos lo que dice el mismo Apóstol, que la resurrección se efectuará en un abrir y cerrar de ojos y que el polvo de los cuerpos, extendido en mil lugares, se acoplará con una facilidad y una prontitud asombrosa? Y no pensemos que a esos santos no les alcanzará esta sentencia pronunciada contra el hombre: *Eres tierra y a la*

479 Cf. *Epist.* 205,2,14 y *De oct. Dulc. quaest.* q.3.

*tierra irás,* pretextando que sus cuerpos no toman a la tierra, y que, como mueren en el vuelo, en ese entretanto resucitarán también. *A la tierra irás* significa: Irás, perdida la vida, a lo que eras antes de haberla recibido; en otros términos: Serás desanimado, lo cual eras ya antes de ser animado[480]. El hombre era tierra, y a esa tierra Dios le infundió un soplo de vida, y el hombre quedó constituido en alma viviente. Es, pues, como si dijera: Eres tierra animada, cosa que no eras; serás tierra sin alma, como eras. Lo que son todos los cuerpos muertos antes de pudrirse, eso serán éstos si mueren y doquiera mueran, pues se verán privados de vida y la recibirán al instante. Irán a la tierra, porque de hombres vivos se convertirán en tierra; de igual modo que va a ceniza lo que se convierte en ceniza, va a la vejez lo que envejece y a tiesto el barro, y otras mil expresiones del lenguaje ordinario. Pero todo esto no son más que conjeturas de nuestra pobre razón, que no comprende cómo será eso y que quizá lo pueda comprender mejor cuando se realice.

Si, pues, queremos ser cristianos, debemos creer que la resurrección de los cuerpos tendrá lugar cuando Cristo venga a juzgar a los vivos y a los muertos. Y no, porque no podamos comprender perfectamente cómo será, es nuestra fe vana.

Mas, como he prometido, voy a examinar, cuanto crea suficiente, los testimonios de los libros proféticos del Antiguo Testamento relativos al juicio final de Dios. Si el lector procura ayudarse de lo que he venido diciendo, no será preciso para comprender esto una larga exposición.

## CAPÍTULO XXI

## Isaías sobre la resurrección de los muertos y la retribución del juicio

1. El profeta Isaías dice: *Los muertos resucitarán, y resucitarán los que estaban en los sepulcros, y se alegrarán todos los que están en la tierra, porque tu rocío les dará la salud, pero la tierra de los impíos caerá.*

[480] No se nos oculta que el término *desanimado* significa alicaído, sin esperanzas, derrotado; sin embargo, en su significación etimológica creemos que es la palabra más fiel a la latina y la que mejor expresa el pensamiento contenido en este punto. La conservamos en la traducción más que nada para no vemos precisados a deshacer el pareado.

Lo primero alude a la resurrección de los bienaventurados. Y esto otro: *Pero la tierra de los impíos caerá,* se entiende bien así: Sin embargo, los cuerpos de los impíos caerán en la condenación. Si queremos profundizar más en lo dicho sobre la resurrección de los buenos, deben referirse a la primera estas palabras: *Resucitarán los muertos;* y a la segunda estas otras: *Y resucitarán los que están en los sepulcros.* Y a los santos que hallará vivos el Señor, caso que preguntemos por ellos, se les aplicará muy bien esto: *Y se alegrarán todos los que están en la tierra, porque tu rocío les dará la salud.* La salud en este pasaje podemos razonablemente tomarla por la inmortalidad. Se trata de la salud más perfecta, de esa que no tiene necesidad ni de alimentos ni de los remedios cotidianos.

El mismo profeta habla del día del juicio, después de haber hablado de esperanza a los buenos y de terror a los malos. He aquí sus palabras: *Esto dice el Señor: Yo derramaré sobre ellos como un río de paz y como un torrente que inundará la gloria de las naciones. Sus hijos serán llevados sobre los hombros, y los mimados en su regazo. Como una madre consuela a su hijito, así yo os consolaré a vosotros, y recibiréis esa consolación en Jerusalén. Lo veréis, y vuestro corazón se regocijará y vuestros huesos reverdecerán como la hierba. La mano del Señor se hará visible en favor de sus adoradores, y su amenaza contra los contumaces. Porque he aquí que el Señor vendrá como fuego, y su carroza como tempestad, para derramar con indignación su venganza y el exterminio con llamas de fuego. El Señor juzgará toda la tierra por el fuego y toda carne por la espada. Y muchos serán heridos por el Señor.* El río de paz prometido a los santos es, sin duda, la abundancia de esa paz, que trasciende toda otra. Esta es la paz que nos regará al fin, y de la que hemos hablado sobradamente en el libro precedente. Dice que este río desciende sobre aquellos a quienes se promete tamaña felicidad para darnos a entender que, en esa dichosa región que es el cielo, ese río sacia todos los anhelos. Y como la paz de la incorrupción y de la inmortalidad fluye allí y llega hasta los cuerpos terrenos, por eso dice que ese río desciende; es decir, rebosando en los seres superiores, cae sobre los más humildes y torna a los hombres iguales a los ángeles.

Por esa Jerusalén de que habla no debemos entender la esclava, al igual que sus hijos, sino más bien la libre madre nuestra, eterna en los cielos. Allí seremos consolados después de los trabajos y de los dolores de la vida mortal y llevados sobre los hombros y sobre las rodillas como niños pequeñitos. Aquella beatitud, nueva para nosotros, nos acogerá con inefables dulzuras; a nosotros, rudos y novicios. Allí veremos, y nuestro cora-

zón se alegrará[481]. No declaró qué veremos; pero ¿qué será sino a Dios? De este modo se cumplirá en nosotros la promesa del Evangelio: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* Veremos además todas aquellas cosas que ahora no vemos, y de las cuales, al creerlas, nos formamos una idea según el alcance de nuestro espíritu, pero infinitamente inferior a la realidad. *Vosotros veréis* —dice—, *y vuestro corazón se regocijará.* Aquí creéis, allí veréis.

2. Y temiendo que estas palabras: *Y se regocijará vuestro corazón,* nos indujeran a pensar que los bienes de la Jerusalén celestial son exclusivos del espíritu, añade: *Y vuestros huesos reverdecerán como la hierba.* Aquí comprendió ya la resurrección de los muertos, como diciendo algo que había omitido. Esta no se realizará cuando la hayamos visto, sino que la veremos cuando se haya realizado. En efecto, del cielo nuevo y de la tierra nueva ya había hablado antes, y también de las promesas hechas a los santos. *Habrá* —dice— *un cielo nuevo y una tierra nueva y no recordarán las cosas primeras ni morarán en su corazón, sino que hallarán en ellos alegría y regocijo. Porque yo haré de Jerusalén una ciudad de júbilo, y de mi pueblo, un pueblo de alegría. En Jerusalén hallaré yo mis delicias, y mi gozo en mi pueblo. Y nunca jamás se oirá en ella la voz del llanto,* etc. Algunos se afanan en referir esto al reino carnal de los mil años. El profeta, al estilo profético, mezcla las expresiones figuradas con las propias con el fin de que el espíritu sobrio se esfuerce útil y saludablemente en buscar un sentido espiritual. Sin embargo, la pereza carnal y la rudeza ignorante y holgazana se contentan con la corteza, que es la letra, y estiman que no debe profundizarse más. Baste ya esto sobre las palabras proféticas citadas y su contexto.

En el lugar que comentamos, y que motivó esta digresión, después de haber dicho: *Y vuestros huesos reverdecerán como la hierba,* para mostrar que hablaba de la resurrección de los cuerpos, pero de los buenos, añadió: *La mano del Señor se hará visible en favor de sus adoradores.* ¿Qué mano es ésta sino la que distingue a los adoradores de Dios de sus menos predadores? De estos últimos dice a renglón seguido: *Y su amenaza contra los contumaces,* o, como traducen otros, contra *los incrédulos.* La amenaza evidentemente no se cumplirá entonces, sino que, intimada ahora, surtirá su efecto entonces. *Porque he aquí* —agrega— *que el Señor vendrá como fuego, y sus carrozas como tempestad, para derramar con indignación su*

[481] Este es, ni más ni menos, el sabatismo de que nos habla al final de la obra (1.22 c.30 n.5). He aquí sus maravillosas palabras: *Ibi vacabimus, et videbimus; videbimus, et amabimus; amabimus. el laudabimus. Ecce quod erit in jine sine fine.*

*venganza y el exterminio con llamas de fuego. El Señor juzgará toda tierra por el fuego y toda carne por la espada. Y muchos serán heridos por el Señor.* Las palabras *fuego, tempestad* y *espada* significan las penas del juicio, puesto que dice que el Señor vendrá como fuego, y es indudable que vendrá así para aquellos para quienes su venida será penal. Las carrozas —nótese que emplea el plural— designan los ministerios de los ángeles. Y cuando dice que toda tierra y toda carne será juzgada por el fuego y por la espada, hay que entender por esos dos términos, no los espirituales y los santos, sino los hombres terrenos y camales. De éstos se dijo que *saben a tierra* y que *saber según la carne es muerte.* Y a ésos da el Señor el nombre de carne cuando dice: *Mi espíritu no permanecerá en estos hombres, porque son carne.* La herida de que habla al decir: *Muchos serán heridos por el Señor,* es la que causará la muerte segunda.

Es cierto que pueden entenderse en buen sentido el fuego, la espada y la herida. El Señor manifestó su voluntad de enviar fuego a la tierra. Los discípulos vieron como lenguas de fuego divididas cuando descendió el Espíritu Santo. *No he venido* —dijo también el Señor— *a traer la paz a la tierra, sino la espada.* Y la Escritura llama espada de dos filos a la palabra de Dios, por el doble filo de los dos Testamentos. En el Cantar de los Cantares, la Iglesia santa dice que está herida por la caridad como por la flecha del amor. Pero aquí, cuando leemos u oímos que el Señor viene a ejecutar sus venganzas, es claro cómo deben entenderse esas expresiones.

3. El profeta, después de haber indicado brevemente los que serán consumidos por ese juicio, figurando a los pecadores e impíos bajo la imagen de las viandas prohibidas por la ley antigua, de las cuales no se han abstenido, resume la gracia del Nuevo Testamento desde la primera venida del Salvador hasta el último juicio, en el que da fin a su profecía. Cuenta primero que el Señor vendrá a congregar a todas las naciones y que éstas se reunirán y serán su gloria. *Porque* —como dice el Apóstol— *todos pecaron* y *todos tienen necesidad de la gloria de Dios.* Añade que harán ante ellos señales tan maravillosas, que creerán en él, y que enviará algunos de ellos a diferentes naciones y a las lejanas islas, que no han oído su nombre ni han visto su gloria. Estos anunciarán —prosigue— su gloria a los gentiles y conducirán a la fe del Dios Padre a los hermanos de éstos, a quienes se dirigía, es decir, a los israelitas elegidos. Llevarán presentes al Señor de todas las partes del mundo, sobre bestias de carga y carros (bestias y carros que son, sin duda, la ayuda divina que Dios manda por ministerio de los ángeles o de los hombres). Y los llevará a la ciudad santa de Jerusalén, que ahora está difundida por toda la tierra en los fieles santos. Los hombres creen cuando sienten la ayuda divina, y cuando creen, vienen. El Señor, no

obstante, los comparó en imagen a los hijos de Israel, que le ofrecen víctimas en su templo acompañándolas de salmos. Esta práctica ya está introducida también en la Iglesia.

Prometió que ellos le darían sacerdotes y levitas, y al cumplimiento de esto estamos asistiendo ahora. Ahora vemos precisamente que los sacerdotes y los levitas no son elegidos atendiendo a su raza y a su sangre, como se hacía en el sacerdocio según el orden de Aarón, sino que, como convenía al espíritu del Nuevo Testamento, en el que Cristo es el sumo sacerdote según el orden de Melquisedec, se eligen teniendo en cuenta los méritos que la gracia divina ha conferido a cada uno. Y los méritos no deben ponderarse por la función, que a veces desempeñan hombres indignos, sino por la santidad, que no es común a los buenos y a los malos[482].

4. Después de haber escrito así sobre la misericordia de Dios para con su Iglesia, cuyos efectos nos son tan palpables y conocidos, el profeta promete de parte de Dios, o por sí mismo, los fines, a que llegará cada uno cuando en el último juicio sean separados los buenos de los malos. *Porque, como el cielo nuevo y la tierra nueva permanecerán en mi presencia, dijo el Señor, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre y pasará de mes en mes y de sábado en sábado. Todo hombre vendrá a postrarse ante mí y a adorarme en Jerusalén, dijo el Señor. Y saldrán y verán los miembros de los hombres prevaricadores. Su gusano no morirá nunca y su fuego jamás se apagará, y servirán de espectáculo a toda carne.* El profeta termina el libro en el punto en que terminará, el mundo. Verdad es que algunos no han traducido *los miembros de los hombres*, sino *los cadáveres de los hombres*[483], entendiendo evidentemente por cadáveres la pena de los cuerpos, bien que no suele llamarse cadáver sino a la carne sin alma, y esos cuerpos serán cuerpos animados, porque, de lo contrario, no podrán sentir los tormentos. Quizá no sea absurdo llamarles cadáveres por esta razón, porque serán cuerpos de muertos que han caído en la muerte segunda. A esto se debería también el dicho del mismo profeta citado ya antes: *La tierra de los impíos caerá.* ¿Quién no ve que cadáver viene de la palabra *caer?*[484] Es manifiesto que estos traductores han puesto *varones* en lugar

---

[482] Agustín era plenamente consciente de su misión de padre y pastor. Al sacerdote, como porción escogida del Señor, se le exige la santidad. Esta es la que le constituye en tal, no el nombre, ni la raza, ni la carne. Por tanto, pide del clérigo la consideración de su dignidad excelsa y superior a sus merecimientos, y sobre todo la santidad, porque la dignidad se le da, y la santidad ha de entregarla él a Dios.

[483] Así la Vulgata, pero la antigua, no la conocida hoy por tal nombre.

[484] Cf. c.10. y *Serm.* 241.2.

de *hombres,* pues nadie osará decir que las mujeres pecadoras no sufrirán ese suplicio. Se toma, pues, la parte superior, es decir, la parte de que fue formada la mujer, por los dos sexos. Sin embargo —y esto hace más al caso—, al decir, hablando de los buenos: *Vendrá toda carne,* porque el pueblo cristiano se compondrá de toda clase de hombres —y conste que no estarán allí todos los hombres, puesto que muchos estarán penando—; y al decir, hablando de los malos, para seguir el hilo de mi discurso, que son miembros o cadáveres, muestra que el juicio que dará, tanto a los buenos como a los malos, su fin debido, tendrá lugar después de la resurrección de la carne, de la que habla con mucha claridad.

## CAPÍTULO XXII

### ¿Cómo se entiende aquello de que los santos saldrán a ver los suplicios de los malos?

Pero ¿cómo saldrán los buenos a ver los suplicios de los malos? ¿Diremos acaso que abandonarán corporalmente sus moradas dichosas y se dirigirán a las penales para presenciar con los ojos del cuerpo los tormentos de los malos? ¡Dios nos libre de creer esto! Saldrán por el conocimiento o la ciencia. Esta palabra *salir* está indicando que los que serán atormentados estarán fuera. Por eso el Señor llama tinieblas exteriores a esos lugares opuestos a la entrada que da al siervo bueno al decirle: *Entra en el gozo de tu Señor.* Así no se pensará que entran allí los malos para ser conocidos, sino que los buenos parece como que salen hacia ellos por la ciencia que les permite conocerlos, porque conocerán lo que está fuera. Los atormentados no sabrán lo que pasa dentro, en el gozo del Señor; sabrán lo que pasa fuera, en las tinieblas exteriores.

Dijo que *saldrán,* porque no se les ocultarán tampoco los que estarán fuera de su comunión. Si, pues, los profetas pudieron conocer estas cosas aun antes de realizarse, porque estaba Dios, por poquito que fuera, en el espíritu de esos mortales, ¿cómo los santos inmortales no las conocerán una vez cumplidas, cuando Dios será todo en todas las cosas? En esa beatitud serán estables la descendencia y el nombre, esa descendencia de la que dice San Juan: *Y su descendencia permanece en él;* y ese nombre del que dijo Isaías: *Les daré un nombre eterno, y pasarán de mes en mes y de sábado en sábado,* como si dijera de luna en luna y de descanso en descanso.

Y serán todo esto cuando de estas sombras viejas y pasajeras entren a las claridades nuevas y eternas.

Eso de las penas de los malos, tanto el fuego inextinguible como el gusano imperecedero, lo han expuesto de diferentes modos los distintos autores. Unos refieren los dos al cuerpo, y otros los dos al alma, y unos terceros, el fuego propiamente al cuerpo y el gusano metafóricamente al alma —lo cual parece más verosímil —. Pero no es éste lugar para discutir esa diferencia. Me he propuesto concretar este libro al juicio final, que hará la separación de los buenos y de los malos. Más adelante hablaremos con más detalle de los premios y de las penas.

## CAPÍTULO XXIII

## Profecías de Daniel sobre la persecución del anticristo, sobre el juicio de Dios y sobre el reinado de los santos

1. Daniel predice el juicio final, haciéndolo preceder de la venida del anticristo, y alarga su profecía hasta el reino eterno de los santos. En una visión profética vio cuatro bestias, que figuraban cuatro reinos, el cuarto de los cuales fue conquistado por un rey, que es sin duda el anticristo, y después de éstos el reino eterno del Hijo del hombre, que es Cristo. Y luego escribe: *Se apoderó de mí el terror, y yo, Daniel, quedé pasmado, y las visiones que había tenido me llenaban de turbación. Me acerqué* —dice él— *a uno de los allí presentes y le pedí el verdadero significado de aquellas visiones. Y me dio la auténtica interpretación.* Después, como exponiendo lo que oyó a aquel a quien había pedido la interpretación, añade: *Estas cuatro bestias son cuatro reinos que se levantarán en la tierra. Después recibirán el reino de los santos del Dios Altísimo y reinarán hasta el fin de los siglos y por los siglos de los siglos. Quise en seguida informarme con más detalle de la cuarta bestia, que era tan diferente de todas las otras y sobremanera horrorosa, cuyos dientes y uñas eran de hierro y que comía y desmenuzaba, hollando con sus pies aquello que quedaba. Y, además, informarme acerca de las diez astas que tenía en la cabeza y de la otra hasta que le había comenzado a salir, al aparecer la cual habían caído las tres astas. Y de cómo aquella asta tenía ojos y boca, que profería cosas grandiosas, y era mayor que todas las otras. Estaba yo observando, y he aquí que aquella asta hacía guerra contra los santos y prevalecía so-*

*bre ellos. Pero esto sólo hasta que llegó el anciano de días y sentenció en favor de los santos del Altísimo, y vino el tiempo y los santos obtuvieron el reino.* Daniel mismo dijo que había preguntado esto. A renglón seguido escribe: *Y dijo;* es decir, aquel a quien había preguntado respondió así: *La cuarta bestia será el cuarto reino sobre la tierra, el cual será mayor que todos los reinos y devorará toda la tierra y la hollará y desmenuzará. Y las diez astas del dicho reino serán diez reyes, después de los cuales se levantará otro, que será más poderoso que los primeros y derribará tres reyes. Y él hablará mal contra el Excelso, y atropellará los santos del Altísimo, y se creerá con facultad de mudar los tiempos y las leyes, y serán dejadas a su arbitrio por un tiempo y por tiempos y la mitad de un tiempo. Y después se celebrará juicio, a fin de quitarle el poder y de que sea destruido y perezca para siempre. Y para que el reino y la potestad y la magnificencia del reino, cuanto hay debajo del sol, sea dada al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino sempiterno, y a él le servirán y obedecerán los reyes todos. Aquí acabó el razonamiento. Yo, Daniel, quedé muy conturbado con estos mis pensamientos y se mudó el color de mi rostro. Sin embargo, conservé en mi corazón esta visión.*

Algunos han entendido por aquellos cuatro reinos el de los asirios, el de los persas, el de los macedonios y el de los romanos. Los que deseen percatarse de lo razonable de esta interpretación, lean el libro del presbítero Jerónimo titulado *Exposición a Daniel*, escrito con gran esmero y erudición.

Al menos, nadie que lea esto, aunque cabecee al hacerlo, puede dudar que aquí se habla de la tiranía del anticristo contra la Iglesia, si bien será corta, y de su anterioridad al último juicio, en que los santos recibirán el reino eterno. El contexto hace además ver que el tiempo, los tiempos y la mitad de un tiempo significan un año, dos años y la mitad de un año, o sea, tres años y medio. Este mismo número lo expresa la Escritura a veces en meses. Es verdad que los tiempos parecen insinuar en latín un tiempo indefinido; pero el hebreo usa aquí el dual —número de que carece el latín y tiene también el griego—. Dice tiempos, pero equivale a decir dos tiempos. Confieso con franqueza que temo engañarme en la apreciación de los diez reyes, que existirán en el Imperio romano cuando venga el anticristo. Tal vez venga éste sin pensarlo y sin que existan esos reyes. ¿Qué sabemos si el número diez significa en este lugar la totalidad de los reyes que deben preceder a su venida, como el mil, el ciento, el siete y otros números, que no es necesario mencionar, significan frecuentemente universalidad?

2. El mismo Daniel se expresa así en otro pasaje: *Vendrá un tiempo de tribulación cual no se ha visto desde que comenzó a existir la gente sobre la tierra hasta aquel día. En aquel tiempo, tu pueblo será salvado y todo aquel que se hallare escrito en el libro de la vida. Y muchos de los que duermen en las fosas de la tierra se levantarán, unos para la vida eterna y otros para ignominia y eterna confusión. Los sabios e inteligentes resplandecerán como la claridad del firmamento, y muchos justos brillarán eternamente como estrellas.* Este lugar es muy similar a aquel otro del Evangelio en que se habla de la resurrección de los cuerpos. Los que para el evangelista *están en los sepulcros* son los que para el profeta *duermen en las fosas de la tierra,* o, como otros han traducido, *en el polvo de la tierra.* En el Evangelio se dice: *saldrán,* y aquí: *se levantarán.* Y como en el Evangelio se dijo: *Los que hicieron buenas obras, a resucitar para la vida, y los que obraron mal, a resucitar para el juicio,* así en este lugar se dice: *Unos para la vida eterna y otros para ignominia y eterna confusión.* Mas no haga pensar en la diversidad que el evangelista dijera: *Todos los que están en los sepulcros,* y el profeta no diga todos, sino: *Muchos de los que duermen en las fosas de la tierra,* porque a veces la Escritura usa muchos por todos. Así, a Abrahán se dijo: *Yo te he constituido padre de muchas naciones;* y en otro lugar se le dice: *En tu descendencia serán benditas todas las generaciones.*

De esta resurrección escribe poco después el mismo profeta Daniel: *Tú ven y descansa, pues aún falta algún tiempo hasta la consumación de los siglos. Tú descansarás y resucitarás para poseer tu heredad al fin de los tiempos.*

## CAPÍTULO XXIV

## **Profecías de los Salmos sobre el fin del mundo y sobre el último juicio de Dios**

1. En los Salmos se insinúan muchas cosas sobre el juicio final, pero en general se habla de paso y sumariamente. Mas no me permito pasar en silencio lo que en ellos se dice clarísimamente del fin del mundo. *Señor, tú creaste la tierra al principio, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás. Envejecerán como un vestido. Los cambiarás como quien cambia su capa y quedarán transformados. Mas tú eres siempre el mismo y tus años no tendrán fin.* ¿Por qué, pues, Porfirio, que

alaba la piedad de los hebreos y los felicita por adorar al gran Dios verdadero, terrible para los mismos dioses, acusa a los cristianos de extremada locura, fundado en los oráculos de sus dioses, porque dicen que este mundo ha de perecer?[485] He aquí que las sagradas letras de los Salmos dicen a Dios, ante quien, según confesión de ese gran filósofo, tiemblan los mismos dioses: *Los cielos son obra de tus manos y ellos perecerán.* ¿Acaso, cuando perezcan los cielos, el mundo, cuya parte superior y más firme son los cielos, no perecerá? Si este sentir desplace a Júpiter, a quien el filósofo debe, según propia confesión, este oráculo en que acusa a los cristianos de excesiva credulidad, ¿por qué no tacha de locura la sabiduría de los hebreos, en cuyos libros más sagrados se leen estas palabras? Si, pues, esa sabiduría, que tanto agrada a Porfirio que pone en boca de sus dioses elogios de la misma, enseña que los cielos han de perecer, ¿por qué es tan vana su falacia que llega a reprobar la fe de los cristianos, entre otras verdades, el dogma del fenecimiento del mundo, ya que, *si el mundo no fenece, no pueden perecer los cielos?* Es verdad que *en* las Letras sagradas que son propiamente nuestras, y que no nos son comunes con los hebreos, es decir, en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles, se lee: *La figura de este mundo pasa; El mundo pasa,* y también: *El cielo y la tierra pasarán.* Pero estas expresiones: *praeterit, transit, transibunt* (pasa, pasarán), son de ordinario más suaves que *peribunt* (perecerán). Y en la carta del apóstol San Pedro, donde dice que el mundo que existía entonces pereció inundado por el agua, es fácil entender a qué parte del mundo se refiere y cómo entiende que pereció, y a qué cielos alude, al decir que se reservarán para ser quemados por el fuego, el día del juicio y del exterminio de los hombres impíos. Poco después añade: *El día del Señor vendrá como ladrón, y entonces los cielos pasarán con espantoso estruendo, los elementos ardiendo se disolverán y la tierra y sus obras serán abrasadas.* Y luego agrega: *Pereciendo todas estas cosas, ¿cuáles debéis ser vosotros?* Aquí puede entenderse que los cielos que perecerán son los que quedan en reserva para el fuego, y que los elementos que se disolverán son los que subsisten en la parte inferior de la tierra, expuesta a tempestades y agitaciones. En ella dijo que se hallan los cielos en que están suspendidos los astros, y que esos cielos, sin contar los superiores, quedan intactos. Y aquello de que las estrellas caerán del cielo, amén de que puede dársele otro sentido más verosímil, prueba sobradamente la permanencia de los cielos, si es que las estrellas caerán de allí. O es, pues, una locución figu-

[485] Cf. 1.19 c.23. Porfirio, y en general la escuela de Alejandría, sostenía con firmeza la eternidad del universo. Y a esto alude en este pasaje y en el citado.

rada, que es lo más probable, o sucederá en el cielo inferior, pero más admirablemente que sucede ahora. De aquí que el poeta diga:

> Una estrella cae del firmamento a través de las sombras, dejando en su carrera un reguero de luz, y fue a esconderse en el bosque de Ida.

Mas, por lo que hace al pasaje del salmo, parece que el salmista no exceptúa ningún cielo y que, por tanto, todos perecerán, según él. Porque al decir: *Los cielos son obra de tus manos y ellos perecerán*, no desliga ningún cielo de las manos de Dios, y, por tanto, tampoco lo excluye del fenecimiento. No se dignarán, pues, defender, fundados en las palabras de San Pedro, a quien odiaron a muerte, la piedad de los hebreos, canonizada por los oráculos de sus dioses. Y tampoco pretenderá que, como el Apóstol en su Epístola toma la parte por el todo al decir que el mundo pereció por el diluvio, ya que sólo pereció la parte inferior con su cielo, así el salmista tomaba la parte por el todo al decir: *Ellos perecerán*, puesto que perecerán los cielos inferiores. Mas, como no se dignarán hacer esto por miedo, o a aprobar el sentir del apóstol San Pedro o a conceder a la última conflagración solamente el poder que se da al diluvio, a ellos, que sostienen que es imposible que el género humano perezca por las aguas y por el fuego, sólo les resta decir que sus dioses alabaron la sabiduría de los hebreos porque no habían leído este salmo.

2. El salmo 49 habla también del juicio final en estos términos: *Dios vendrá manifiestamente, vendrá nuestro Dios y no callará. El fuego arderá en su presencia, y en su derredor tramará una tempestad horrorosa. Llamará arriba al cielo y a la tierra para discernir a su pueblo. Congregad ante él sus justos, los que hicieron el testamento de Dios por los sacrificios.* Nosotros entendemos esto de nuestro Señor Jesucristo, que vendrá del cielo, como esperamos, a juzgar a los vivos y a los muertos. Vendrá manifiestamente a juzgar justamente a los justos y a los injustos, El que vino primero oculto a ser juzgado injustamente por los injustos. *El vendrá* —repito— *manifiesto y no callará;* es decir, hablará como juez El, que vino oculto y calló ante el juez cuando fue conducido como oveja al matadero y estuvo manso como el cordero ante el esquilador, según vemos anunciado en Isaías y cumplido en el Evangelio. En cuanto al fuego y a la tempestad, ya he dicho cómo deben entenderse al explicar expresiones semejantes en Isaías[486].

---

[486] Véanse algunas, por ejemplo, en el capítulo 21 de este mismo libro XX.

Con estas palabras: *Llamará arriba al cielo,* puesto que los santos y los justos se llaman con razón el cielo, el salmista quiso decir, sin duda, lo que el Apóstol: *Seremos arrebatados juntamente con ellos sobre las nubes al encuentro de Cristo en el aire.* A primera vista y según la letra, ¿cómo va a citar arriba al cielo, si el cielo sólo puede estar arriba? Si en estas palabras*: Y a la tierra para discernir a su pueblo,* únicamente se sobrentiende *llamará,* es decir, citará también a la tierra sin sobrentenderse *arriba,* el sentido, según la recta fe, parece ser éste: El cielo figura a aquellos que han de juzgar con El, y la tierra a los que deben ser juzgados. Según esto, *llamará al cielo arriba* no equivale a: *Los elevará al aire,* sino: Los subirá a las sillas judiciales.

Esas palabras: *Llamará arriba al cielo,* pueden tener este otro sentido: Llamará a los ángeles, con los que baja a juzgar a sus soberanos estrados. Y llamará *también a la tierra* equivale a decir a los hombres que deben ser juzgados en la tierra. Mas si cuando dice: *Y a la tierra,* deben sobrentenderse estas dos palabras, *llamará* y *arriba,* en cuyo caso sería éste el sentido: Llamará arriba al cielo y llamará arriba a la tierra, pienso que no debe entenderse nada mejor que los hombres que serán levantados en el aire al encuentro de Cristo. Y dijo cielo por las almas y tierra por los cuerpos.

¿Qué significa *discernir a su pueblo* sino separar por el juicio a los buenos de los malos, como las ovejas de los cabritos? Luego se dirige a los ángeles y les dice: *Congregad ante él sus justos,* porque es indudable que un acto de tal alcance debe ser realizado por los ángeles. Y si preguntamos qué justos han de congregar ante él los ángeles, responde: *Los que hicieron el testamento de Dios sobre los sacrificios.* A esto se reduce la vida de los justos, a hacer el testamento de Dios sobre los sacrificios. En efecto, o las obras de misericordia están *sobre los sacrificios,* o sea, deben anteponerse a los sacrificios, según las palabras de Dios, que dice:

*Quiero más misericordia que sacrificio;* o si *sobre los sacrificios,* dando otro sentido a la expresión, se refiere a los sacrificios como se hacen sobre la tierra, lo que se hace en la tierra, las obras de misericordia son los sacrificios que agradan a Dios, como recuerdo haber apuntado en el libro X de esta obra. Los justos cumplen en estas obras el testamento de Dios, porque hacen esas obras movidos por las promesas contenidas en el Nuevo Testamento. Por eso será en el último juicio cuando Cristo, convocados ante sí sus justos y puestos a su derecha, les dirá: *Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer,* y lo demás que allí se dice

respecto de las buenas obras de los buenos y del premio eterno que recibirán por la última sentencia del juez.

## CAPÍTULO XXV

## Profecía de Malaquías. El juicio final y la purificación por las penas

El profeta Malaquías o Malaquí, llamado también Angel, y que, según algunos, es el mismo Esdras, de quien hay otros escritos incluidos en el canon (opinión que, según San Jerónimo, corre entre los hebreos), anuncia el último juicio en estos términos: *Hele, ahí viene, dice el Señor Todopoderoso, y ¿quién soportará el día de su entrada o quién podrá pararse a mirarlo? Porque él entra como fuego ardiente y como hierba de los bataneros. Y* se *sentará a fundir y a pulir el oro y la plata y purificará a los hijos de Leví y los acrisolará como al oro y a la plata, y ellos ofrecerán al Señor víctimas en justicia. El sacrificio de Judá y de Jerusalén será grato al Señor, como otrora en los primeros años. Yo me acercaré a vosotros para juzgar y seré testigo contra los hechiceros*. *los adúlteros y los perjuros, y contra los que defraudan al jornalero su salario, oprimen con violencia a las viudas, maltratan a los pupilos, hacen injusticia al extranjero y no temen mi nombre, dice el Señor omnipotente. Yo soy el Señor, vuestro Dios, y yo no cambio.* Estas palabras manifiestan, a mi parecer, con claridad que en aquel juicio habrá para algunos penas purgatorias[487]. ¿Qué otra cosa cabe entender en lo que sigue: *¿Quién soportará el día de su entrada o quién podrá pararse a mirarlo? Porque él entra como fuego ardiente y como hierba de los bataneros. Y se sentará a fundir y a pulir el oro y la plata y purificará a los hijos de Leví y los acrisolará como al oro y a la plata.* Isaías dice algo parecido: *Limpiará el Señor las inmundicias de los hijos y de las hijas de Sión y purificará su sangre mediante el soplo del juicio y el espíritu del fuego.* Esto es así, a no ser que quiera alguien decir que son purificados de sus inmundicias y acrisolados cuando los malos sean separados de ellos por el juicio penal y que la separación y condena-

[487] El Santo quiere ver en este texto de Malaquías una alusión al purgatorio y, por tanto, probar con él su existencia. Esto le hubiera solucionado muchos de sus conflictos en la interpretación de los anteriores. Pero al final del capítulo y de la exposición sacamos la impresión de que su pensamiento no queda definido, aunque sí insinuado.

ción de éstos es la purificación de los otros, porque en adelante ya no vivirán en confusa mezcla.

Luego añade: *Y purificará a los hijos de Levi y los acrisolará como al oro y a la plata, y ellos ofrecerán al Señor víctimas en justicia. Y el sacrificio de Judá y de Jerusalén será grato al Señor*. Indica con esto que esos mismos que serán purificados serán después gratos al Señor por los sacrificios de justicia y que serán así purificados de su injusticia, que motivaba el desagrado de Dios. Una vez purificados, serán víctimas de una justicia bien colmada. ¿Pueden acaso ofrecer a Dios algo más aceptable que sus mismas personas? Esta cuestión sobre las penas purgatorias la remito a lugar más oportuno, para hablar de ella más a fondo.

Por los hijos de Levi, de Judá y de Jerusalén es preciso entender la Iglesia de Dios, compuesta no sólo de los hebreos, sino también de otras naciones. Y además no tal cual es al presente, donde, *si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros*, sino cual será entonces, purificada por el juicio final como la parva por el viento. Entonces, ya purificados por el fuego los que tienen necesidad de esta purificación, no ofrecerá ya nadie sacrificios por sus pecados. Porque, sin duda, todos los que así ofrecen son reos de pecados y ofrecen sacrificios para alcanzar la remisión. Y la alcanzarán una vez que hayan sacrificado y Dios haya aceptado su sacrificio.

## Capítulo XXVI

## Sacrificios que ofrecerán los santos a Dios

1. Dios, queriendo mostrar que su Ciudad no estará implicada en tales costumbres, dijo que los hijos de Leví ofrecerán los sacrificios en justicia. Y, por tanto, no en pecado ni por el pecado. Por tanto, puede concluirse de lo que sigue: *Y el sacrificio de Judá y de Jerusalén será grato al Señor, como otrora en los primeros años*, que los judíos se prometen vanamente el tiempo de los sacrificios conformes a la ley del Antiguo Testamento. Entonces ofrecían víctimas no en justicia, sino en pecado, pues las ofrecían principal y primordialmente por los pecados. Esto es tan verdad, que el mismo sacerdote, del cual debemos presumir que era más justo que los demás, acostumbraba, según el mandato de Dios, a ofrecerlas primero por sus pecados y después por los del pueblo. Es preciso, pues, explicar el sentido de estas palabras: *Como en los días antiguos y en los primeros años.*

Tal vez se refieran al tiempo en que los primeros hombres estaban en el paraíso. Y era entonces precisamente cuando, en estado de pureza y de integridad, exentos de toda mancha y de todo pecado, se ofrecían ellos mismos a Dios como hostias purísimas. Pero desde que fueron arrojados de allí por su desobediencia y la naturaleza humana fue condenada en ellos, a excepción del Mediador y de algunos niños después del bautismo, *nadie está exento de pecado* —como está escrito—, *ni el niño que no tiene más que un día de vida.*

Replicará alguno que puede decirse con razón que ofrecen sacrificios en justicia los que los ofrecen con fe, pues que *el justo vive de la fe,* aunque se engañe a sí mismo si dice que está exento de pecado. En este caso no dirá que vive de la fe. ¿Dirá acaso alguno que el tiempo de la fe debe igualarse a aquel fin en que serán purificados por el fuego del último juicio los que ofrezcan sacrificios en justicia? Y, por consiguiente, puesto que es preciso creer que, después de esa purificación, los justos no tendrán ya ningún pecado, este tiempo, en cuanto a carecer de pecado, no puede compararse a ninguno otro, a no ser aquel en que los primeros hombres vivieron en el paraíso una vida feliz e inocente antes de la prevaricación. Puede muy bien, por tanto, darse este sentido a las referidas palabras: *Como en los días antiguos y en los primeros años.*

También Isaías, después de la promesa de un cielo nuevo y de una tierra nueva, entre otras alegorías e imágenes enigmáticas sobre la beatitud de los santos, que no hemos expuesto para evitar la prolijidad, dice: *Los días de mi pueblo serán como los días del árbol de la vida.* ¿Quién que haya ojeado las Sagradas Letras ignora dónde plantó Dios el árbol de la vida, de cuyo fruto fueron privados los primeros hombres cuando su desobediencia los arrojó del paraíso y Dios puso en torno al árbol una guardia ígnea y terrible?

2. Quizá alguien sostenga que los días del árbol de la vida a que alude el profeta son los días de la Iglesia, que ahora corren, y que es Cristo el llamado por el profeta árbol de la vida. Porque es la Sabiduría de Dios de la que dice Salomón: *Es árbol de vida para todos los que la abrazan.* Y quizá defiendan también que los primeros hombres no vivieron algunos años en el paraíso, del que fueron despedidos tan pronto, que no engendraron allí hijo alguno, y que por esta razón no pueden referirse a ese tiempo las palabras comentadas: *Como en los días antiguos y en los primeros años.* Paso por alto este punto para no verme obligado a entrar en una discusión demasiado larga, con el fin de que la manifestación de la verdad confirme a ésos en su creencia.

Se me ocurre, además, otro sentido que me impide creer que los días antiguos y los primeros años de los sacrificios carnales fueron prometidos por el profeta como un don excepcional. Las víctimas de la antigua Ley, que debían ser, por prescripción, un cordero inmaculado y sin defecto, representaban a los hombres santos, exentos de todo pecado. Y así sólo ha existido Cristo. Después del juicio, los que hayan sido dignos de purificación habrán sido ya purificados por el fuego, y los santos ya no tendrán pecado y se ofrecerán a sí mismos en justicia como hostias inmaculadas y sin mancilla. Entonces serán como en los días antiguos y en los primeros años, cuando se ofrecían víctimas inmaculadas en figura de las futuras. La pureza que figuraban los cuerpos de los animales inmaculados será entonces realidad en la carne y en el alma inmortal de los santos.

3. Luego, dirigiéndose a los que son dignos, no de purificación, sino de condenación, les dice: *Y me acercaré a vosotros para juzgar y seré testigo pronto contra los hechiceros, los adúlteros,* etc. Y, enumerados los crímenes condenables, agrega: *Porque yo soy el Señor, vuestro Dios, y yo no cambio.* Como si dijera: Aunque os cambie en peores vuestra culpa y en mejores mi gracia, yo no cambio. Dice que él será testigo porque en su juicio no necesitará testigos, y que será testigo pronto, bien porque vendrá de repente y de improviso, y su juicio será rápido y sin esperarse tan presto, bien porque convencerá las conciencias sin necesidad de muchas palabras. *Las preguntas al impío —como está escrito— versarán sobre sus pensamientos.* Y, como dice el Apóstol, *los pensamientos de los hombres lo acusarán o excusarán el día en que Dios juzgará los secretos de los corazones por Jesucristo, según mi Evangelio.* Este sentido puede aplicarse también a eso de que Dios será testigo pronto, pues traerá a la recordación en un instante hechos susceptibles de convencer y castigar las conciencias.

## Capítulo XXVII

## La separación de los buenos y de los malos y su repercusión en el juicio final

El texto que he aducido someramente del mismo profeta en el libro XVIII a propósito de otro punto dice relación al juicio final. He aquí el pasaje: *Ellos serán mi heredad, dice el Señor omnipotente, el día en que yo obraré y los escogeré como un padre escoge a un hijo obediente. Vosotros os convertiréis y conoceréis la diferencia que hay entre el justo y el peca-*

*dor y entre el que sirve a Dios y el que no lo sirve. Porque he aquí que llegará el día como un horno ardiente y los consumirá. Todos los extraños y todos los pecadores serán como estopa, y el día que se aproxima los abrasará, dice el Señor todopoderoso, y no dejará en ellos raíz ni ramas. Mas para vosotros, los que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia y hallaréis la salud en sus alas. Saldréis fuera saltando como corderillos fuera del redil, y hollaréis a los impíos, y serán ceniza bajo vuestros pies, dice el Señor omnipotente.* Cuando esta diferencia de premios y de penas que distingue a los justos de los pecadores, y que no se nota bajo el sol en la vanidad de la vida presente, aparezca bajo el sol de justicia que brillará en la vida futura, entonces será el juicio nunca antes visto.

## Capítulo XXVIII

## **Interpretación espiritual de la ley de Moisés**

El mismo profeta añade: *Acordaos de la ley que yo he dado a Moisés, mi siervo, para todo Israel en Horeb.* Recuerda con mucha oportunidad los mandamientos de Dios, después de haber puesto de relieve la enorme diferencia que habrá entre los observantes de la ley y los menospreciadores de la misma. Llevaba, además, otra intención, y era enseñar a entender espiritualmente la ley y a hallar en ella a Cristo, el juez que debe hacer la distinción entre los buenos y los malos. No en vano dijo el Señor a los judíos: *Si creyereis a Moisés, me creeríais a mí, pues de mí escribió él.*

Por entender carnalmente la ley y desconocer que las promesas terrenas de ella son figuras de las celestiales, caen en tales dislates, que se atreven a decir: *Es una locura servir a Dios. ¿Qué provecho hemos sacado de guardar sus mandamientos y de andar suplicantes en presencia del Señor omnipotente? Ahora llamamos dichosos, y con razón, a los extraños, y todos los inicuos triunfan en la vida.* Estas murmuraciones han forzado en cierto modo al profeta a anunciar el juicio final, en el que los malos no serán dichosos ni siquiera con una dicha falsa, sino que aparecerán desgraciados a todas luces, y los buenos no estarán sujetos a miseria alguna, ni temporal siquiera, sino que gozarán de una felicidad eterna y gloriosa. Algo semejante había dicho antes al referir otros chismes: *El hombre que obra mal, ése es bueno a los ojos del Señor y éstos le son aceptos.*

Estas murmuraciones contra Dios son fruto, como digo, de la interpretación carnal de la ley de Moisés. Por eso el salmista, en el salmo 72,

dice que temblaron sus piernas y que dio pasos en falso, porque tuvo celos de los pecadores al ver la paz de que gozan. Y entre otras cosas dice: *¿Cómo lo sabe Dios? ¿Tendrá de ello conocimiento el Altísimo?*

Y también: *¿He justificado acaso en vano mi corazón y lavado mis manos entre inocentes?* Tratando de resolver esta dificilísima cuestión que se presenta al ver a los buenos miserables y a los malos dichosos, añade: *Difícil me será comprender esto hasta que entre en el santuario de Dios y conozca el fin de cada uno.* En el último juicio no será así. Las cosas aparecerán de muy distinta manera cuando se manifieste la felicidad de los justos y la miseria de los pecadores.

## CAPÍTULO XXIX

## La venida de Elías antes del juicio

Y después de haberles advertido que se acordarían de la ley de Moisés, previendo que estarían aún mucho tiempo sin entenderla espiritualmente, como se debe, agregó: *Yo os enviaré a Elías Tesbite antes que venga el día grande y luminoso del Señor, que convertirá el corazón del padre hacia el hijo y el corazón del hombre hacia su prójimo por temor a que, en viniendo, destruya toda la tierra.* Es una creencia muy extendida y arraigada en el corazón de los fieles que, al fin del mundo, antes del juicio, los judíos creerán en el verdadero Mesías, es decir, en nuestro Cristo, gracias al grande y admirable profeta Elías, que les explicará la ley. No carece de fundamento la esperanza de que vendrá antes de la venida del Juez y Salvador, puesto que es razonable la creencia de que aún vive ahora. Es cierto, dado el testimonio claro y evidente de las santas Escrituras, que fue arrebatado en un carro de fuego. En viniendo, expondrá espiritualmente la ley, entendida todavía carnalmente por los judíos. Y *convertirá el corazón del padre hacia el hijo*, es decir, el corazón de los padres hacia sus hijos, pues los Setenta han usado el singular por el plural. El sentido es éste: que los hijos, los judíos, entiendan la ley como la entendieron los padres, los profetas, entre los que se contaba Moisés. Así, el corazón de los padres se convertirá hacia los hijos, llamando los padres a los hijos a su modo de interpretar la ley.

*Y el corazón de los hijos hacia sus padres*, asintiendo éstos a lo que sintieron aquéllos. En lugar de esto, los Setenta dijeron:

*Y el corazón del hombre hacia su prójimo,* pues no hay nadie más prójimo que los padres y los hijos.

Quizá a estas palabras de los Setenta, que han interpretado la Escritura como profetas, pueda dárseles otro sentido más elevado. Según él, Elías convertirá el corazón del Dios Padre hacia el Hijo, no haciendo, claro está, que el Padre ame al Hijo, sino enseñando a los judíos que, como el Padre ama al Hijo, así ellos amen al Cristo, que es nuestro Cristo, a quien antes habían odiado. En efecto, Dios, según los judíos, en nuestro tiempo tiene apartado su corazón de nuestro Cristo. Y Dios, para ellos, convertirá su corazón hacia el Hijo cuando, trocado el corazón de ellos, vean el amor del Padre al Hijo. En lo siguiente: *Y el corazón del hombre hacia su prójimo,* es decir, que Elías convertirá también el corazón del hombre hacia su prójimo, ¿qué mejor puede entenderse que decir que convertirá el corazón del hombre hacia Cristo-hombre? Porque Cristo, siendo nuestro Dios en la forma de Dios, tomando la forma de siervo se ha dignado también ser nuestro prójimo.

Y Elías hará esto *por temor a que, en viniendo, destruya toda la tierra.* Son tierra todos los que gustan las cosas de la tierra, como los judíos carnales. Este vicio motivó aquellas murmuraciones contra Dios: *Los malos le son gratos,* y: *Es una locura servir a Dios.*

## CAPÍTULO XXX

## Obscuridad del Antiguo Testamento sobre la persona de Cristo como juez en el último juicio

1. Hay otros muchos testimonios en las divinas Escrituras sobre el juicio final. Me haría demasiado largo si los recogiera todos. Baste, pues, haber probado que esta verdad ha sido anunciada tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Pero el Antiguo no expresa con tanta claridad como el Nuevo que es Cristo el que hará ese juicio, es decir, que es Cristo quien vendrá del cielo como juez. De que allí diga el Señor que vendrá o diga el hagiógrafo que vendrá el Señor, no se sigue lógicamente que vendrá Cristo, ya que esa denominación vale tanto para el Padre, como para el Hijo, como para el Espíritu Santo. Mas este punto no conviene dejarlo pasar sin pruebas.

Es preciso evidenciar en primer término que Jesucristo habla por sus profetas bajo el nombre de Señor Dios, sin ocultarse como Cristo. Esto es

tan verdad, que, cuando no aparece como tal y, sin embargo, se dice que el Señor Dios vendrá a juzgar, se puede entender Jesucristo. Hay un pasaje en Isaías que arroja luz sobre esto que voy diciendo. Dios habla por el profeta: *Escúchame, Jacob, y tú, Israel, a quien yo llamo. Yo soy el primero y yo soy para siempre. Mi mano fundó la tierra y mi diestra consolidó el cielo. Los llamaré, y al momento se presentarán, y se reunirán todos y escucharán. ¿Quién les anunció tales cosas? Como te amaba, cumplí tu voluntad sobre Babilonia y exterminé la raza de los caldeos. Yo he hablado y he llamado; yo le he guiado e hice prosperar su jornada. Acercaos a mí y escuchadme: Desde el principio yo no he hablado jamás en secreto. Cuando las cosas sucedían, yo estaba presente. Y ahora me ha enviado el Señor Dios y su Espíritu.* Es, ni más ni menos, el mismo que hablaba como el Señor Dios, y, sin embargo, no se sabría que era Jesucristo de no haber añadido: y *ahora me ha enviado el Señor Dios y su Espíritu.* Dice esto según la forma de siervo y habla de una realidad futura como si hubiera ya pasado. Así leemos en el mismo profeta: *Fue conducido como oveja al matadero.* No dice: Será conducido, sino que en lugar del futuro usa el pasado. Este modo de hablar es muy corriente en profecía.

*2.* En Zacarías encontramos otro pasaje en que aparece claramente este mismo pensamiento. En él se dice que el Omnipotente envió al Omnipotente. ¿Quién a quién, sino el Dios Padre al Dios Hijo? He aquí sus palabras: *Esto dice el Señor omnipotente: Después de la gloría me envió a las naciones que os han despojado. Porque tocaros es como tocar las niñas de sus ojos. Yo extenderé mi mano sobre ellos y serán despojos de los que fueron esclavos suyos, y conoceréis que el Señor omnipotente me envió.* Advierte que el Señor omnipotente dice que fue enviado por el Señor omnipotente. ¿Quién osará entender esto de otro que de Cristo, que habla a las *ovejas* extraviadas de la casa de Israel? Así dice en el Evangelio: *No he sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel.* Las comparó a las niñas de sus ojos por los subidos quilates del amor que les tenía. Entre estas ovejas se contaban también sus apóstoles. Y después de la gloria de su resurrección, antes de la cual dice el evangelista: *Jesús aún no había sido glorificado, fue* enviado también a las naciones en persona de sus apóstoles. De este modo se cumplió lo que se lee en el Salmo: *Me librarás de las contradicciones del pueblo y me constituirás caudillo de las naciones.* Los que habían saqueado a los israelitas y a los que habían servido los israelitas, cuando estaban sometidos a las naciones, no fueron a su vez despojados, sino que se trocaron en despojos de los israelitas. Esto mismo lo había prometido a los apóstoles al decirles: Os *haré pescadores de hombres.*

Y a uno de ellos: *Desde ahora serás pescador de hombres.* Se trocarán, pues, en despojos, pero en el buen sentido, como son los vasos robados al fuerte más fuertemente atado.

3. El Señor, hablando por boca del mismo profeta, dice: *En aquel día yo haré exterminar a todas las naciones que vengan contra Jerusalén. Y derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén el Espíritu de gracia y de misericordia y pondrán los ojos en, mí por haberme insultado. Llorarán sobre él como lo hacen sobre un ser amado y harán duelo por él como por el unigénito.* ¿A quién atañe sino a solo Dios exterminar todas las naciones enemigas de la santa ciudad de Jerusalén, que *vienen contra ella,* es decir, que le son contrarias, o, según otra versión, *que vienen sobre ella,* o sea a subyugarla? Y ¿a quién pertenece sino a solo Dios derramar sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén el Espíritu de gracia y de misericordia? En verdad que esto es privativo de Dios, y el profeta lo dice en persona de Dios. Y, no obstante, Cristo hace ver que él es ese Dios que obra todas esas maravillas divinas, al añadir: *Y pondrán sus ojos en mí por haberme insultado. Llorarán sobre él como lloran sobre un ser amado* (o *querido*) *y harán duelo por él como por el unigénito.* En aquel día, los judíos, aun aquellos que han de recibir el Espíritu de gracia y de misericordia, fijando sus ojos en Cristo, que vendrá en toda su majestad, y cayendo en la cuenta de que es el mismo de quien se mofaron en su abatimiento, se arrepentirán de haberle insultado en su paciencia. Y también sus padres, autores de tamaña impiedad, lo verán al resucitar, pero ya para ser castigados, no corregidos. Por consiguiente, las palabras que siguen: *Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los habitantes de Jerusalén el Espíritu de gracia y de misericordia y pondrán sus ojos en mí por haberme insultado,* no aluden a éstos, sino a los descendientes de su raza, que creerán entonces por la predicación de Elías. Mas, así como decimos a los judíos: *Vosotros disteis muerte a Cristo,* aunque este crimen se deba a sus padres, así éstos se afligirán, en cierto modo, de ser los autores del mal que hicieron los otros. Y aunque, una vez recibido el Espíritu de gracia y de misericordia, los fieles ya no serán condenados con sus padres impíos, no dejarán por eso de dolerse del crimen de sus padres como si fueran culpables. El dolor no nacerá del reato del crimen, sino del afecto de piedad.

Es verdad que donde los Setenta han traducido: *Y pondrán sus ojos en mí por haberme insultado,* el hebreo dice: *Y pondrán sus ojos en mí, a quien han traspasado.* Esta palabra expresa con más claridad a Cristo crucificado. No obstante, el insulto, según la expresión de los Setenta, abarca la totalidad de la pasión. Le insultaron cuando fue detenido, preso, juzgado

y vestido con el oprobio de una ignominiosa vestidura, y coronado de espinas, y herido en la cabeza con la caña, y adorado burlescamente con las rodillas en tierra, y al llevar su cruz y ya pendiente en el madero. No singularizando, pues, las versiones, sino aunando las dos, al leer que *le insultaron* y que *le traspasaron,* nos damos cuenta más cabal de la verdad de la pasión del Señor.

4. En consecuencia, cuando leemos en los profetas que Dios vendrá a juzgar, aunque no se haga más distinción, es preciso entender a Cristo únicamente, ya que, si bien es el Padre el que juzgará, juzgará por la venida del Hijo del hombre. El visiblemente *no juzga a nadie, sino que dio el poder de juzgar al Hijo,* que se manifestará como hombre-juez, al igual que fue juzgado como hombre. ¿A qué otro se refiere lo que dice Dios por Isaías bajo el nombre de Jacob y de Israel, de cuya estirpe nació Cristo según la carne? He aquí el texto: *Jacob es mi siervo, yo le protegeré; Israel es mi elegido, en él tiene mi alma sus complacencias. Yo le he dado mi Espíritu; El hará el juicio a las naciones. Ni gritará ni callará, y su voz no se oirá fuera. No quebrará la caña cascada ni apagará la mecha que aún humea, sino que juzgará conforme a verdad. Resplandecerá y no será herido hasta que haga en la tierra el juicio, y las naciones esperarán en mi nombre.* El hebreo no trae *Jacob* e *Israel;* pero los Setenta, dando a entender cómo debía tomarse *mi siervo,* es decir, por la humildísima forma de siervo a que le redujo el Altísimo, han empleado el nombre de la persona de cuya estirpe tomó la forma de siervo. Le fue dado el Espíritu Santo y, según atestigua el Evangelio, descendió sobre él en forma de paloma. El pronunció juicio a las naciones, porque prenunció el cumplimiento futuro de lo que estaba oculto para las naciones. No gritó por mansedumbre, y, sin embargo, no cesó de predicar la verdad. Pero su voz no se oyó fuera, ni se oye, pues los que están separados de su cuerpo no le obedecen. No quebrantó ni extinguió a los judíos perseguidores, que fueron comparados a la caña cascada, porque perdieron su integridad, y a la mecha que humea, porque no tienen ya la luz. Los perdonó El, que no había venido todavía a juzgarlos, sino a ser juzgado por ellos[488]. Y ha pronunciado un juicio verdadero, prediciéndoles que serían castigados si persistían en su malicia. Su rostro brilló en la montaña, y su fama en el orbe entero. No fue quebrado ni quebrantado, porque no cedió a los perseguidores, ni en su persona ni en su Iglesia. Y por eso no ha sucedido ni sucederá lo que sus enemigos dijeron y am dicen: *¿Cuándo morirá éste y será abolido su nombre?*

---

[488] De todas estas cuestiones habla maravillosamente San Jerónimo, interpretando también a Isaías, en la epístola 151, dirigida a Algasia (q.2).

*Hasta que establezca el juicio sobre la tierra.* He aquí la luz del secreto que buscábamos. Este es, pues, el último juicio, que hará en la tierra cuando viniere del cielo. Vemos ya cumplido en él lo que el profeta añadió: *Y las naciones esperarán en su nombre.* Este hecho innegable sea una razón poderosa para creer lo que sólo la desvergüenza permite negar. ¿Quién esperara esto que aun los que rehúsan creer en Cristo ven ya cumplido, y rechinan sus dientes y se consumen, a despecho de sí mismos, porque no pueden negarlo? ¿Quién, repito, esperara que las naciones habían de creer en el nombre de Cristo, cuando le prendían, le ataban, le abofeteaban, le insultaban y le crucificaban; cuando, en fin, hasta los mismos discípulos habían perdido la esperanza que comenzaba a brillar en sus corazones? Lo que apenas entonces un ladrón esperó sobre la cruz, ahora lo esperan todas las naciones, y, por temor a morir eternamente, se signan con la cruz en que murió.

5. Nadie niega ya ni duda siquiera que será Jesucristo el juez supremo del juicio final y que éste será tal cual se anuncia en las Sagradas Letras. Sólo el que por una incredulidad ciega y quisquillosa no cree en las Escrituras, que ya han manifestado su veracidad al mundo entero, duda de esto. He aquí las cosas que sucederán en el juicio o hacia ese tiempo: la venida de Elías Tesbite, la conversión de los judíos, la persecución del anticristo, la venida de Cristo a juzgar, la resurrección de los muertos, la separación entre los buenos y los malos, la conflagración del mundo y su renovación. Es preciso creer que todo esto sucederá; pero ¿de qué modo y en qué orden? La experiencia nos lo enseñará mejor que puedan hacerlo ahora las conjeturas de la razón humana. Con todo, tengo para mí que sucederán en el orden que he venido diciendo.

6. Dos libros me faltan para dar fin a esta obra y cumplir, gracias a Dios, mis promesas. Uno versará sobre el suplicio de los malos, y otro, sobre la felicidad de los buenos. En ellos refutaré, sobre todo, con la ayuda de Dios, los vanos argumentos de los hombres, que parecen roer con sabiduría su miseria contra las predicciones y las promesas de Dios y que desprecian como flacos y ridículos los dogmas que alimentan nuestra fe. Mas los sabios según Dios extraen de la omnipotencia divina un argumento poderosísimo para creer todo cuanto parece increíble a los hombres y se contiene en las Santas Escrituras, cuya verdad está justificada ya de tantas maneras. Tienen, además, por cierto, que es imposible que Dios nos engañe y que puede hacer lo que es imposible para el infiel.

# Libro XXI

*Fin propio de la ciudad del diablo, o sea, suplicio eterno de los condenados y argumentos para combatir la opinión de los incrédulos.'*

## CAPÍTULO 1

## Orden que hemos de seguir y porqué del mismo

Habiendo llegado ya por Jesucristo nuestro Señor, juez de vivos y muertos, las dos ciudades, la de Dios y la del diablo, a sus fines, debe tratarse con más esmero en este libro, con la ayuda de Dios, sobre la naturaleza del suplicio que sufrirá el demonio con todos sus secuaces. He decidido seguir este orden para hablar en el libro siguiente de la felicidad de los santos. En ambos estados el alma estará unida al cuerpo, y parece más increíble que puedan subsistir los cuerpos en tormentos eternos que en una dicha eterna, libre de todo dolor. Y así, la demostración de que esa pena no es increíble me facilitará grandemente la prueba de la inmortalidad de los cuerpos, exenta de todo dolor, en los santos. Este orden encaja perfectamente dentro de la Escritura, la cual, si es verdad que a veces comienza por la felicidad de los buenos, como aquí: *Los que obraron bien, saldrán a resucitar para la vida, y los que mal, a resucitar para ser condenados,* no lo es menos que a veces la pospone, como en este lugar: *Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles y recogerán de su reino todos los escándalos y los arrojarán en el horno de juego ardiendo. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Al mismo tiempo, los justos resplandecerán como el sol en el reino de. su padre.* Y en este otro: *Así irán éstos al eterno suplicio, y los justos, a la vida eterna.* Y si nos fijamos en los profetas, topamos con que siguen bien un orden, bien otro. Esto sería largo de probar, mas la razón del orden elegido ya la he dado.

## Capítulo II

## ¿Pueden vivir perpetuamente los cuerpos en el fuego?

¿Qué diré para convencer a los incrédulos de que los cuerpos animados y vivientes pueden no sólo no ser aniquilados con la muerte, sino subsistir eternamente en medio de las llamas? Ellos no se allanan a que nuestra prueba se funda en la potencia del Omnipotente. Nos exigen que lo probemos con ejemplos. Les respondemos que hay animales corruptibles, pues son mortales, que viven en medio del fuego, y que en las fuentes de agua caliente, en las que es imposible meter la mano sin quemarse, se da cierta clase de gusanos, que no sólo viven allí, sino que no pueden vivir fuera.

Los enemigos rehúsan creer esto si no podemos mostrarlo, y, si se lo presentamos o se lo probamos con testigos autorizados, porfían, con idéntica incredulidad, que esto no basta para ilustrar el punto en cuestión. Estos animales —dicen ellos— ni viven siempre, y viven sin dolor en el fuego, porque allí vegetan y no son atormentados, ya que ese elemento se conforma con su naturaleza. ¡Como si no fuera más increíble ser alimentado que ser atormentado con tales seres! Es maravilloso sentir dolor en el fuego y vivir, pero es más maravilloso vivir en el fuego y no sentir dolor. Si, pues, se cree esto último, ¿por qué no se cree lo primero?[489]

## Capítulo III

## ¿Es lógico decir que la muerte del cuerpo sigue al dolor corporal?

1. —No hay cuerpo alguno —replican— que pueda sentir dolor y no pueda morir.

---

[489] Como se ve, sus respuestas van basadas no en rigor teológico o filosófico, sino en una experiencia que ahora podemos decir que no es verdadera. Sin embargo, tal vez, cuando él la emplea con esa fuerza, surtiría entonces efectos admirables. El *a fortiori*, si fuera verdadera la primera parte, sería perfectísimo; pero, como aquélla es falsa, éste cae fuera de cuestión. Ni que decir tiene que todas las apreciaciones de orden experimental que Agustín expone en este libro y en el siguiente son puramente humanas y de su época. No tiene, pues, nada de particular que hoy las tengamos que rechazar de plano, pues él hablaba tal como lo conocía, de vista o de oídas.

—Y esto ¿cómo lo sabemos? Porque ¿quién puede asegurar que los demonios sienten dolor en sus cuerpos, cuando ellos confiesan que son afligidos con grandes tormentos?

Si se replica que no hay cuerpo alguno sólido y palpable, o, en una palabra, que no hay carne que pueda sentir dolor y no pueda morir, no se dice más que la apreciación del sentido corporal, dato de experiencia. Todos, en efecto, saben que la carne es mortal. Y toda la prueba se reduce a decir que lo que no han experimentado es imposible o no existe[490].

¿Cómo el dolor va a ser prueba de la muerte, si es más bien indicio de vida? Se puede preguntar si puede vivir siempre, pero es cierto que todo el que siente dolor vive y que todo dolor no puede darse sino en un ser viviente. Es necesario que el que siente dolor viva, y el dolor no causa necesariamente la muerte, porque no todo dolor mata nuestros cuerpos, que son mortales y que tienen que morir.

Lo que hace que el dolor mate en el mundo es que el alma está unida al cuerpo de tal suerte que no resiste grandes dolores. Ella se aleja, porque la trabazón de miembros y de potencias vitales es tan delicada, que no puede soportar la fuerza de un dolor agudo. Pero en el otro mundo el alma estará tan unida al cuerpo, que esa unión no podrá ser disuelta por el correr del tiempo ni rota por dolor alguno. Por tanto, aunque es cierto que no hay carne que pueda sufrir y no pueda morir, con todo, la carne en la otra vida será tal cual no es ahora, como la muerte será diferente de la que conocemos[491]. La muerte existirá, pero será eterna, cuando el alma no podrá ni vivir, por estar separada de Dios ni verse libre de los dolores del cuerpo por la muerte. La muerte primera echa del cuerpo al alma contra la voluntad de ésta, y la muerte segunda la retiene en el cuerpo aun contra la voluntad de ella. Una y otra tienen de común que el cuerpo hace sufrir al alma lo que ésta no quiere.

---

490 Ya hemos hecho notar en otra parte la deficiencia de las concepciones en torno a los ángeles y en torno a la constitución de los demonios. Este era, con todo, el sentir corriente entonces. Esa confesión de los demonios se leía en varios autores, tales como San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Cipriano y el mismo Lactancio, que en sus libros *Institutionum* (1.2 c.16) decía: *Maximis saepe ululatibus editis verberan se et ardere, et iarrt iamque exire proclamant (daemones).*

491 Si es verdad que la razón más potente es asignarlo a la omnipotencia divina, también es cierto que esto no basta para quienes buscan dar inteligencia a la fe. Agustín ya nos ha explicado, con un sentido finísimo, en qué consiste la muerte y cómo el dolor no es la causa de la misma, sino la debilidad del alma. Y ahora es ya fácil explicar cómo será entonces, puesto que el alma será plenamente inmortal.

2. Reparan, no obstante, estos nuestros contradictores en que ahora no existe carne alguna que pueda sufrir y no pueda morir, y no reparan en que existe algo superior que el cuerpo. El alma, que con su presencia hace vivir y gobierna el cuerpo, puede padecer y no puede morir. He aquí un ser que siente el dolor y que es inmortal. Pues eso que ahora sucede en el alma de cada hombre, eso mismo sucederá en los cuerpos de los condenados.

Si nos fijamos con más detenimiento, eso que llamamos dolor del cuerpo es más bien dolor del alma. Es privativo del alma sentir el dolor, no del cuerpo, aunque la causa del dolor proceda del cuerpo, cuando siente dolor donde el cuerpo es lastimado. Así como decimos cuerpos que sienten y cuerpos que viven, aunque procedan del alma el sentido y la vida del cuerpo, así decimos cuerpos dolientes, aunque el cuerpo no puede sentir el dolor. El alma sufre con el cuerpo en el lugar del cuerpo en que se sitúa la causa del dolor. Y sufre también sola, aunque esté en el cuerpo, cuando es una causa invisible la que la entristece, estando sano el cuerpo. Y sufre, además, sin estar en el cuerpo, pues el rico sufría en los infiernos cuando decía: *Estoy atormentado en estas llamas.* El cuerpo, en cambio, no siente el dolor sin estar animado, y animado no lo siente sin el alma. Si, pues, el dolor fuese argumento de la muerte, diciendo que es posible la muerte porque fue posible el dolor, el morir sería más propio del alma, pues es privativo de ella sentir el dolor. Ahora bien, como ella, que es más capaz de dolor, no puede morir, ¿cómo deducir que los cuerpos de los condenados morirán porque sufren agudos dolores?

Verdad es que los platónicos han pensado que el temor y el deseo, el dolor y el gozo, traen su origen de los cuerpos terrenos y de los miembros mortales[492]. Así dice Virgilio: «De aquí (es decir, de los miembros mortales del cuerpo terreno) nuestros temores y nuestros deseos, nuestros dolores y nuestros gozos». Mas en el libro XIV de esta obra les hemos probado que las almas, aun las purificadas de toda mancha, conservan un deseo extraño de retornar a los cuerpos. Y donde es posible el deseo, es posible también, sin duda alguna, el dolor, porque el deseo frustrado, o que no ha logrado su intento o que, logrado, lo ha perdido, se torna en dolor. Por tanto, si el alma, que siente el dolor, sola o como principal, goza de una in-

[492] Aristóteles, en el libro *De anima*, niega al alma en primer lugar el airarse, gozar, temer y también el mantener la unidad en el cuerpo, porque, como esto último lo obra por medio del cuerpo, así también aquello. Y si admitimos esto del gozo y de la ira, sin duda es preciso admitirlo también del dolor y excluirlo, por la misma razón, del alma. Así lo han hecho algunos intérpretes de Aristóteles, como Alejandro de Afrodisia y Temistio.

mortalidad propia de ella[493], de que los cuerpos sufran no se sigue que puedan morir. Finalmente, si los cuerpos son causa de que las almas sufran, ¿por qué pueden causarles dolor y no pueden causarles la muerte sino porque no es lógico concluir que lo que causa dolor cause la muerte? ¿Por qué va a ser, pues, increíble que este fuego pueda causar dolor a los cuerpos de los condenados y no la muerte, al igual que los cuerpos causan dolor a las almas, sin obligarlas por eso a morir? Luego el dolor no es un argumento decisivo para probar la muerte futura[494].

## CAPÍTULO IV

## Ejemplos tomados de la naturaleza a favor de la tesis

1. Si, como han escrito los más afamados naturalistas, la salamandra vive en el fuego; si ciertos montes célebres de Sicilia, que subsisten íntegros después de tantos siglos en medio de voraces llamas, son una prueba suficiente de que no todo lo que arde se consume; y si, además, el alma hace ver que no todo lo que es susceptible de dolor lo es también de muerte, ¿a qué se nos piden aún ejemplos que prueben que no es increíble que los cuerpos de los hombres condenados a un suplicio eterno conserven su alma entre las llamas, arden sin consumirse y sienten dolor sin morir? La substancia de la carne recibirá entonces esta nueva propiedad de Aquel que ha dado a otros seres propiedades tan maravillosas, que, por ser tantas, ya no nos extrañan.

¿Quién sino Dios, el Creador de todos los seres, ha dado a la carne del pavo real no corromperse después de la muerte? Esto, a primera vista, parece increíble. Pero un día, en Cartago, se nos sirvió un plato de esta

---

[493] Es inmortal no en el sentido de que haya existido *a parte ante*, eternamente, ni de que no pueda ser extinguida por ninguna fuerza, sino en el sentido de que, una vez creada por Dios, nunca dejará de ser, aunque pueda sufrir la muerte que llamamos segunda, y que durará eternamente. Y ésta es la inmortalidad acomodada a su capacidad y a su modo de ser.

[494] Ha probado ya su tesis con todos los recursos teológicos y filosóficos. Primeramente, ha aducido un argumento de experiencia (c.2). Luego ensaya un argumento de razón basado en la esencia misma del dolor, que por si exige vida. Y, por último, recurre al argumento de autoridad, a los platónicos, y da la conclusión. Este es el valor de estos primeros capítulos, además de sus análisis profundos sobre el dolor y la muerte.

ave. Tomé un poco de su pechuga, de carne ya magra, y lo mandé guardar. Al cabo de un tiempo suficiente para corromperse cualquiera otra carne cocida, se me ofreció y no ofendía aún al olfato. Un mes después lo vi en el mismo estado. Y después de un año, solamente estaba un poco más seca y más encogida[495]. ¿Quién dio a la paja ser tan fría, que conserva la nieve puesta en ella, y tan caliente, que madura las frutas verdes?

2. ¿Quién será capaz de explicar las maravillas del fuego? Todo lo que quema lo ennegrece, y él queda brillante, y cuanto lame su llama, por bello que sea su color, lo decolora y, de brasa resplandeciente, lo torna en negrísimo carbón. Este efecto no es regular en él, pues las piedras cocidas al fuego emblanquecen, y cuanto más enrojezca el fuego, tanto más blanquean ellas, aunque el blanco se ajusta a la luz como el negro a las tinieblas. Mas de que el fuego queme la leña y calcine las piedras, no se sigue que estos efectos contrarios se produzcan en elementos contrarios. Porque, si bien es cierto que las piedras y la leña son elementos diferentes, con todo, no son contrarios, como lo blanco y lo negro. Y, no obstante, el blanco es producido en las piedras, y el negro en la leña, obrando en aquéllas claridad y en ésta sombra el mismo fuego que no obraría en la piedra si no lo alimentara la leña.

¿Qué diré del carbón? ¿No es maravilla que sea tan frágil, que el menor golpe lo quiebra, y tan duro, que ni la humedad lo corrompe ni el tiempo lo destruye? Por eso, los que ponen mojones, o líneas divisorias, entierran de ordinario carbón para que sirva de prueba al litigante, sea quien fuere, que después de años se presente a defender que la piedra fijada no es el límite. ¿Quién ha podido preservar los carbones de la incorrupción en una tierra en que la madera se pudre sino el fuego, que todo lo corrompe?

3. Consideremos ahora los milagros de la cal. Sin repetir lo que ya he dicho, que se torna blanca con el fuego, que ennegrece las demás cosas, es de notar que oculta en su intimidad un fuego procedente del fuego y, siendo piedra fría, lo conserva allí tan oculto, que el sentido no lo aprecia, pero la experiencia nos dice que, aunque no lo vemos, está allí como dormido. Por eso la llamamos cal viva, como si el fuego que oculta fuera el alma in-

495 ¡Cuántas veces nos hacen sonreír los ejemplos alegados por Agustín en este libro! Es verdad; en sí, esos ejemplos hoy carecen de valor y no tienen sentido ninguno, porque, en realidad, las cosas se han de entender de muy distinta manera. Pero todo ello nos descubre un fondo de psicólogo y observador en el gran Obispo de Hipona. Estaba a la altura de su tiempo, y en la ciencia natural no estaba llamado a ser nada extraordinario, y no lo fue.

visible de ese cuerpo visible. ¿Qué tiene, pues, de particular que se encienda cuando se apaga? Para privarla del fuego oculto, se infunde en agua o se le echa agua encima y ella hierve con agua fría, que suele enfriar lo caliente. La cal, que parece expirar al alejarse el fuego que ocultaba, aparece y después se torna tan fría por esa especie de muerte, que el agua ya no la hace arder. Entonces, en lugar de llamarla cal viva, la llamamos cal apagada.

¿Puede añadirse algo a cosa tan extraña? Sí; aún hay más. Si en lugar de agua echamos aceite, que es mejor alimento para el fuego, no hierve por más que echemos. Estoy seguro que, si esto lo leyéramos o lo oyéramos contar de alguna piedra de la India y no se pudiera hacer de hecho la experiencia, o lo tendríamos por embuste o nos sorprendería grandemente. Y estas cosas que hieren a diario nuestros ojos, se envilecen no por ser menos maravillosas, sino por ser muy corrientes, como sucede con ciertas rarezas de la India que, traídas de los confines del orbe, han cesado ya de admirarnos desde que las hemos podido admirar a placer.

4. Muchos entre nosotros tienen la-piedra diamante, y sobre todo los aurífices y los lapidarios. Se cuenta que esta piedra no puede ser cortada ni con hierro, ni con fuego, ni con otra cosa, a excepción de la sangre de macho cabrío. Los que la poseen y la conocen, ¿la admiran acaso como aquellos a quienes se. les muestra su virtud por primera vez? Los que no la han visto experimentalmente, quizá no lo creen o, si lo creen, lo admiran por desconocido. Hacen ellos la experiencia, y al principio les maravilla por lo insólito, pero la asiduidad les va restando insensiblemente el incentivo a su admiración.

Sabemos que el imán es un estupendo raptor del hierro. La primera vez que lo vi quedé realmente estupefacto. Veía un anillo de hierro levantado por la piedra imán, y luego, como si comunicara su fuerza al hierro, este anillo se asió a otro y lo levantó, y este otro se unió a un tercero, como el primero a la piedra. Acercaron un tercero y un cuarto, y quedaba ya colgando como una cadena de anillos trabados unos con otros, sin estar interiormente enlazados. ¿Quién no se pasmará de la virtud de esta piedra, virtud que no estaba sólo en ella, sino que pasaba de anillo en anillo y unía unos con otros con lazos invisibles? Pero es mucho más sorprendente lo que me contó mi hermano y compañero en el episcopado Severo de Milevi. Comiendo un día en casa de. Batanarlo —decía él—, en otro tiempo conde de Africa, vio que, puesta una piedra imán debajo de un plato de plata y encima del plato un trozo de hierro, comunicó al hierro todos los

movimientos que su mano imprimía al imán y le hacía ir y venir a su antojo, sin que el plato de plata recibiera impresión alguna.

He contado lo que yo mismo he visto o lo que he oído referir a una persona cuyo testimonio es para mí tan cierto como si yo viera el hecho. Ahora voy a concretarme a lo que he leído sobre la piedra imán. Cuando se coloca diamante junto a ella no atrae al hierro, y si ya lo había atraído, lo suelta y lo deja caer. Estas piedras vienen de la India; pero, si dejamos de admirarlas porque nos son conocidas, ¿qué harán los pueblos que nos las envían, para quienes es tan fácil adquirirlas? Quizá sea para ellos tan común como lo es la cal para nosotros, que la vemos, y sin extrañarnos, hervir por la acción del agua, que apaga el fuego, y no inflamarse bajo la acción del aceite, que acrece la llama. Esto se debe a que la hallamos a cada paso.

## CAPÍTULO V

## Finitud y limitación de la razón humana

I. Y, sin embargo, cuando hablamos a los infieles de los milagros de Dios, pasados o futuros, que no podemos presentar a su experiencia, nos piden razón de los mismos. Y como no podemos dársela (pues exceden la capacidad de la razón humana), piensan que lo que decimos es falso. ¡Que nos den ellos razón de tantas maravillas como existen o siquiera de las que podemos ser testigos! Si confiesan que esto es imposible al hombre, deben convenir en que no hay lógica al decir que, porque no puede darse razón de una cosa, no ha existido o no existe, ya que de hecho existen cosas de las que es imposible dar razón. Sin hacer una relación exhaustiva del sinfín de hechos que la historia recoge, voy a concretarme a los actuales, cuya comprobación está en mano de cualquiera que pueda y quiera, en los lugares en que se realizan[496].

Cuentan que la sal de Agrigento, en Sicilia, se deshace en el fuego como en agua y que, en cambio, en agua crepita como al fuego. Entre los garamantes[497] hay una fuente tan fría de día, que es imposible beber de

[496] Toda la relación que da a continuación está tomada de la *Historia natural* de Plinio. Nos creemos dispensados de dar las citas, porque las referencias a la misma son muy abundantes en la obra.

[497] Los garamantes era un pueblo del Africa interior.

ella, y tan caliente de noche, que no se la puede tocar. En Epiro hay otra en la que, como en las demás, las antorchas encendidas se apagan; pero, no como en las demás, las apagadas se encienden. En Arcadia existe una piedra que, una vez encendida, ya no es posible apagarla, y por eso se llama asbesto[498]. En Egipto, el tronco de cierta clase de higueras no sobrenada en el agua, como los demás troncos, sino que va al fondo, y, lo que es más extraño, pasado algún tiempo en el fondo, emerge de nuevo a la superficie, aunque lo razonable sería que, empapado de agua, fuera más pesado. En los alrededores de Sodoma se producen ciertos frutos que parecen ya maduros; pero, palpados con el diente o con la mano, se les rompe la corteza y se deshacen en humo y ceniza. En Persia hay una piedra por nombre pirita, así llamada porque, si se la aprieta fuertemente, quema la mano, y otra llamada selenites, cuyo resplandor interior crece y decrece con la luna, Las yeguas de Capadocia son fecundadas por el viento, y sus crías no viven más de tres años. En la India, el suelo de la isla de Tilos es preferido a todos los demás, porque los árboles que crecen en él nunca pierden la hoja,

2. De estas y de otras mil maravillas que contiene la historia, y no de cosas pasadas, sino actualmente existentes, que a mí, que persigo otra finalidad en la obra, se me haría demasiado largo referir, den razón, si pueden, estos infieles que se niegan a creer a las divinas Letras pretextando que no son divinas porque contienen cosas increíbles. Y esto es lo que tratamos precisamente.

—No hay razón —dicen ellos— que haga comprender que la carne arda sin consumirse y sufra sin morir.

¡Estos grandes pensadores que son capaces de dar razón de todas las maravillas del mundo, den siquiera razón de estas pocas que he apuntado! No dudo que, si la existencia de esos hechos fuera desconocida y les dijéramos que han de suceder un día, prestarían menos fe a eso que a las penas futuras, que les anunciamos. ¿Quién de ellos nos creería si, en lugar de decir que los cuerpos de los condenados vivirán y sufrirán eternamente entre llamas, dijéramos que en el mundo venidero habrá sal de tal calidad que se derretirá en fuego como en agua y crepitará en agua como en fuego? ¿Quién nos creería si dijéramos que habrá una fuente cuya agua en la frescura de la noche abrasa y en los calores del día hiela, o que habrá una piedra que quema al apretarla y otra que, encendida, ya no puede ser apagada,

---

[498] El asbesto es una substancia mineral que no se extingue con la acción del fuego; es incombustible, como su mismo nombre griego lo dice. La verdad es que esta piedra, como todos los demás silicatos, resiste bien la acción de un fuego muy intenso, aunque, por fin, llegue a quemarse.

y demás cosas que tuve a bien referir, prescindiendo de muchas otras? Si anunciáramos estas maravillas para el siglo futuro, los incrédulos nos responderían: Si queréis que las creamos, dadnos razón de cada una en particular. Y nosotros nos veríamos obligados a confesar nuestra impotencia y la limitación de la inteligencia humana para profundizar en estas maravillas de Dios. Sin embargo, abrigamos el firme convencimiento de que el Omnipotente no hace nada sin razón, aunque el pobre intelecto humano sea incapaz de dar razón de ello. Estamos, además, convencidos de que en muchas cosas nos es incierto su querer y que es certísimo que para El no es imposible nada de cuanto quisiere. Le damos fe al decirnos esto, porque no podemos creer que sea impotente o mentiroso. ¿Qué responden, sin embargo, estos censores de la fe y delegados de la razón cuando les pedimos cuenta de las maravillas que realmente existen y que la razón no puede comprender, pues parecen contrarias a la naturaleza de los seres? Si decimos que éstas sucederán, los infieles nos pedirían también razón de ellas, como nos hacen con las penas del juicio. En conclusión, como la razón humana desfallece y faltan las palabras ante tales obras de Dios, y no por eso dejan de existir, las penas que anunciamos, no porque el hombre sea incapaz de comprenderlas, dejarán de existir[499].

## CAPÍTULO VI

## No todos los milagros son naturales

1. Quizá respondan ahora:

—Esas cosas no existen y no las creemos. Cuanto se dice y cuanto se cuenta de ellas son puras falsedades.

Y añaden un raciocinio:

—Si deben creerse esos hechos, creed vosotros, por ejemplo, lo que dicen los autores nuestros: que ha habido o hay un templo de Venus, donde

---

[499] El argumento *a parí* o *a fortiori* empleado por el Santo conserva aún su vigor. Aunque nos sería hoy fácil dar explicación a la mayoría de estos hechos, sin embargo, entonces no lo era tanto. Y por eso argumenta así: Es un hecho que existen tales fenómenos. Es así que no tienen explicación. Luego, según los adversarios, habría que concluir que no existen, lo cual va contra la premisa mayor, cierta y probada por la experiencia. Y luego concluiría Agustín: De que no podamos explicar cómo será la resurrección, no se sigue que no exista.

se ve un candelero y en él una vela que luce al aire libre y que no la apagan ni los vientos ni las lluvias. Por eso recibió el mismo nombre que la piedra de que hemos hablado, es decir, luz inextinguible.

Están en pleno derecho al oponernos esto para reducirnos y arrollarnos. Porque, si decimos que a esta relación no se debe fe, restamos fuerza a las maravillas referidas, y si se la concedemos, autorizamos las divinidades de los paganos[500]. Mas nosotros, como ya he apuntado en el libro XVIII, no estamos obligados a creer cuanto contiene la historia de los gentiles, cuando los mismos historiadores, como dice Varrón, no están acordes entre sí en muchos puntos, y esto casi con deliberación y adrede. Si queremos, podemos creer las cosas que no son contrarias a los libros que merecen nuestra fe, y a los cuales se la debemos. En cuanto a las maravillas de que nos servimos para intimar a los incrédulos la verdad de los sucesos futuros, nos contentamos con aquellas que podemos experimentar, y de los cuales no es difícil topar con testigos autorizados.

Este templo de Venus y esa lámpara inextinguible, lejos de dificultar nuestra marcha, nos abren grandes horizontes. Eso de la lámpara inextinguible lo catalogamos entre los milagros de la magia, tanto la ejercida por los demonios como la ejercida por los hombres bajo su influjo. Pretender negar estos milagros es ir contra la verdad de las Sagradas Letras, en las cuales creemos. Por consiguiente, o la industria humana se sirvió de la piedra asbesto para mantener esa lámpara, o esa maravilla, admirada por los hombres, es obra de la magia o de algún demonio que, bajo el nombre de Venus, se presentó en aquel lugar e hizo este prodigio ante los hombres, dándole subsistencia temporal y duradera[501]. En efecto, los demonios son atraídos para morar en ciertos lugares por medio de las criaturas de Dios, no por alimentos, como los animales, sino como espíritus, por ciertos signos apropiados a su gusto, como diversas clases de piedras, de maderas, de animales, de encantaciones y de ceremonias[502]. Y, para dejarse atraer de los hombres, primero los seducen con cautelosa astucia, bien inspirando el virus secreto en sus corazones, bien trabando con ellos falsas amistades. Y

---

500 Agustín se hace cargo de la objeción, que atacaba directamente a su doctrina. A primera vista es fuerte, pero ya quedaba rebatida en el libro XVIII, capítulo 18, al hablar de la autoridad y autenticidad de la historia narrada por los gentiles.

501 Se descubrió un sepulcro en el que ardía una lámpara, y databa, según consta por una inscripción que se halló en él, de antes del año 1500. Toda ella se deshizo, convertida en polvo, en las manos de quienes la descubrieron.

502 Pselo es el que hace esta referencia, y él mismo añade que lo aprendió de un tal Efesio, que trata con una familiaridad asombrosa a los demonios, que no hay cosa alguna que no pueda encantarlos y agradarles.

a algunos de ellos los hacen discípulos suyos y doctores de otros. Porque nadie puede saber, si ellos no lo enseñaran, qué apetece cada cual, qué aborrece, con qué nombre se atrae y con cuál se ve forzado. A esto se reducen, en pocas palabras, las artes mágicas y sus artífices. Se afanan sobre todo por poseer los corazones de los mortales, y esta posesión es su principal gloria, transfigurándose para ello en ángeles de luz. Existen muchas obras suyas, es verdad; pero debemos esquivarlas con tanta más cautela cuanto son más maravillosas. Además, nos sirven perfectamente para el punto que tratamos. Porque, si los inmundos demonios son tan poderosos, ¿cuánto más lo serán los ángeles? Y ¿cuánto más lo será Dios, que ha dado a los ángeles el poder obrar tales milagros?

2. Admitamos que las criaturas de Dios obran por medio de artes mecánicas esas maravillas que llaman μηχανήματα, tan sorprendentes, que los que no las conocen las creen divinas. Así vemos que una estatua de hierro suspendida, en cierto templo, por dos piedras magnéticas de igual grandor y peso, colocadas una en el techo y otra en el suelo, se mantiene en el aire. Los que ignoran el truco lo juzgaban milagro. Algo por el estilo, como he dicho, pudo hacer un artífice con la piedra asbesto en la lámpara de Venus. Admitamos todo esto y que las obras de los magos, llamados por nuestra Escritura hechiceros y encantadores, han podido ser realzadas de tal forma por el demonio, que un gran poeta no ha dudado en decir de una maga sobresaliente en tales artes:

Ella me ha asegurado que tiene poder para ahuyentar de un espíritu los encantamientos, para pasar de un corazón a otro las inquietudes, detener el agua de los ríos y obligar a retroceder en su curso a las estrellas *y* evocar de noche a los Manes. ¡Si vieses cómo ruge bajo sus pies la tierra y cómo a su voz bajan los espíritus de las montañas!

Si esto es verdad, ¡cuánto más fáciles *y* hacederas serán para Dios las maravillas increíbles para los infieles, para ese Dios que ha dado esa virtud a las piedras y a los demás seres, que ha comunicado el ingenio a los hombres; que le sirve para modificar las naturalezas de mil modos admirables; que ha creado los ángeles, naturalezas más poderosas que todos los demás animales. Su poder es una maravilla que sobrepuja todas las otras, y su sabiduría, que obra, ordena y permite, no brilla menos en el uso de los seres que en la creación de los mismos[503].

---

503 Este argumento por vía de remoción, o mejor diríamos de excelencia, será más tarde empleado por todos los maestros de la escuela para probar la absoluta perfección de Dios. Quiero hacer notar de una manera especial la precisión terminológica del Santo, conservada también por la teología posterior. Dios *obra, manda* y *permite.*

## CAPÍTULO VII

## La razón suprema de la fe en los milagros es la omnipotencia del Creador

1. ¿Por qué, pues, no puede hacer Dios que resuciten los cuerpos de los muertos y que los de los condenados sean eternamente atormentados en el fuego? ¿El, que ha creado el cielo, la tierra, el aire, las aguas y el mundo con sus innumerables maravillas, entre las cuales la más sorprendente es el mismo mundo? Mas estos a quienes o contra quienes nos dirigimos, que creen en un Dios creador del mundo y de los dioses, por cuyo ministerio gobierna el mundo, lejos de negar, exaltan esas potencias mundanas, que obran admirables prodigios por propia cuenta o impelidas por ciertos ritos o invocaciones mágicas. Y cuando les presentan la fuerza maravillosa de otros seres que no son animales racionales ni espíritus dotados de razón, como los pocos que hemos mencionado, suelen responder: Es una fuerza de su naturaleza. En eso consiste su naturaleza. Son virtualidades naturales de los seres.

—Luego la única razón y el único porqué de que la sal de Agrigento se derrita al fuego y crepite al agua es que así es su naturaleza. Pero resulta que más bien parece que esto es un efecto contrario a la naturaleza, que dio a la sal la propiedad de disolverse no al fuego, sino al agua, y de tostarse al fuego y no al agua.

—Mas —dicen ellos— la propiedad natural de esa sal es producir efectos contrarios a las demás.

Esta misma razón se da de la fuente garamántica, en la que una vena está fría de día y hierve de noche, y de una y otra manera lastima a quien la toca. La misma se da de la otra fuente que está fría y apaga, como las demás, las lámparas encendidas, pero de un modo admirable y diferente, enciende las apagadas. A la misma explicación recurren para la piedra asbesto, que, sin tener calor propio, una vez inflamada, es imposible apagarla. Y decir que así se ha su naturaleza, es la única razón que se da de los otros fenómenos insólitos por demás, cuya sola enumeración es un fastidio. ¡Explicación breve, a la verdad, y respuesta satisfactoria!

---

Son tres operaciones que explican perfectamente las relaciones de Dios con las criaturas, tanto irracionales como racionales, y su influjo en las acciones malas, permitiendo.

Siendo, pues, Dios el autor de todas las naturalezas, ¿por qué nuestros contrincantes, cuando rehúsan creer una cosa afirmada por nosotros, bajo pretexto de que es imposible, y les respondemos que la única explicación es la voluntad del Omnipotente, no quieren darnos una razón más fuerte? Es claro que Dios no se dice omnipotente sino porque puede cuanto quiere.

El es quien ha creado tantas maravillas, que no sólo las desconocidas, sino aun las conocidas, si no se vieran con los ojos o, al menos, si no hubiera testigos dignos de fe, se juzgarían imposibles. Porque sobre aquellos que no hay otros testigos que los autores que los narran, los cuales, no siendo divinamente inspirados, han podido, como todo el hombre, engañarse, es permitido a cada uno dar su opinión,

2. No quiero que se crean a la ligera los prodigios que he referido, porque yo mismo no estoy seguro de su existencia, excepción hecha de unos cuantos, de los que yo he practicado, y cualquiera puede fácilmente practicar, un experimento. Así la cal, que hierve en agua y queda fría en aceite; la piedra imán, que, con una especie de sorbo insensible, no mueve una paja y atrae el hierro; la carne del pavo real, inaccesible a la corrupción, de la que no escapa ni la de Platón; así la paja, tan fría que conserva la nieve y tan caliente que madura las frutas; así el fuego resplandeciente, que blanquea según su fulgor las piedras y, por el contrario, ennegrece los demás objetos. En esa línea se halla también que el aceite, por claro que sea, produce manchas negras, y la plata imprime negror en los objetos, aunque es blanca. Lo mismo sucede en el carbón, que, al hacerse con el fuego, los maderos brillantes se tornan negros; los duros frágiles, y los corruptibles, incorruptibles. Estos y otros muchos efectos que sería largo enumerar, los he observado yo personalmente, y como yo, muchas otras personas.

En cuanto a los que yo no he visto y que he leído en los libros, confieso que no he podido controlar por testigos fidedignos más que ése de la fuente en que se apagan las lámparas encendidas y se encienden las apagadas, y ése de las frutas de Sodoma —belleza por fuera y ¡humo por dentro—. Verdad es que no he hallado nadie que haya visto esa fuente en Epiro, pero sí algunos que conocen otra semejante en Francia, no lejos de Grenoble. En cuanto a las frutas de Sodoma, no solamente las Letras dignas de fe, sino muchos lo aseguran con tal aplomo, que no puede ponerse en duda.

Respecto de las otras maravillas, fluctúo entre la afirmación y la negación. Las he referido sencillamente porque las leí en los historiadores de nuestros adversarios. La finalidad que perseguía era hacer ver cómo ellos

creen a sus autores en cosas parecidas y sin que les den razones, y no se dignan creernos a nosotros, aunque les demos razones, cuando decimos que lo que trasciende el sentido y la experiencia es obra de la omnipotencia de Dios. ¿Puede darse razón mejor y más valedera de las cosas que se predice que hará el Omnipotente, que realmente puede hacerlas, que decir que las predichas las vemos ahora ya cumplidas? El las hará, porque predijo que había de hacer esas cosas que se tienen por imposibles, pues prometió y ha hecho que las naciones incrédulas creyeran cosas increíbles.

## CAPÍTULO VIII

## ¿Qué es contra la naturaleza?

1. Quizá repliquen que no creen que los cuerpos humanos arderán siempre sin morir nunca, porque sabemos que la naturaleza de los cuerpos humanos se ha muy de otra manera. No puede, por tanto —añaden—, aplicarse aquí el criterio usado para enjuiciar los fenómenos extraordinarios, ni decirse: Esto es una propiedad natural. En esto radica la naturaleza de este ser. Sabemos que la naturaleza del cuerpo humano no se ha así.

A esto respondemos, con las Sagradas Letras en la mano, que el cuerpo humano, antes del pecado, tenía una constitución, es decir, que no podía morir, y que después del pecado tiene otra, cual aparece en las miserias de la vida presente. Según esta última, no podrá vivir perpetuamente. Lo mismo sucederá en la resurrección de los muertos; será distinta su constitución a la actual que conocemos. Mas, ya que los enemigos no creen en las Escrituras, en las que se lee cómo vivió el hombre en el paraíso y cómo estaba inmune de la necesidad de la muerte —pues, si creyeran en ellas, no trataríamos con tanto afán la pena futura de los condenados—, es preciso hacer uso de las letras de sus más doctos varones. Ello hará ver que una cosa puede manifestarse en el correr del tiempo de modo muy distinto a como se había manifestado en su naturaleza determinada.

2. Hay en los libros de Marco Varrón que llevan por título *Del origen del pueblo romano* un pasaje que textualmente dice: «En el cielo se produjo un extraño portento. Castor escribe que la brillante estrella de Venus, que Plauto llama Vesperugo, y Homero, Hésperos, fue objeto de un enorme prodigio. Cambiaba de color, de figura, de grandor y de movimiento. Este fenómeno no ha sucedido ni antes ni después. Adrasto, ciciceno, y Dión, napolitano, célebres matemáticos, dicen que esto tuvo lugar siendo

rey Ogiges». Varrón, autor tan afamado, no lo llamaría portento si no le pareciera contra la naturaleza. Decimos, es cierto, que todos los portentos son contra la naturaleza; pero en realidad no lo son. ¿Cómo van a ser contrarios a la naturaleza los efectos que produce la voluntad de Dios, siendo voluntad de tal Creador la naturaleza de cada cosa creada? El portento no es, pues, contrario a la naturaleza, sino contrario a nuestro conocimiento de la naturaleza.

¿Quién será capaz de contar la multitud de prodigios que contiene la historia de las naciones? Ahora limitémonos a nuestro punto concreto. ¿Qué hay tan regulado por el autor de la naturaleza como el ordenadísimo curso de los astros? ¿Qué hay fundado sobre leyes más fijas e inmutables? Y, sin embargo, cuando Aquel que gobierna lo creado con imperio y poder absoluto quiso, una estrella, la más sobresaliente por su grandor y por su esplendor, cambió el color, la magnitud, la figura y, lo que es más extraño, el orden y la ley de su curso. Sin duda, dio al traste con todas las tablas de los astrólogos, si existían ya, y con todos los cálculos cabalísticos del curso pasado y futuro de esos astros, tan infalibles, según ellos, que se han atrevido a aventurar que ese cambio del lucero de la mañana no se ha producido ni antes ni después. Nosotros, sin ir más lejos, leemos en los libros divinos que el sol se paró por mandato del santo Jesús Nave, prodigio concedido por petición hecha a Dios y que mantuvo su luz hasta conseguir la victoria en la guerra. Y tornó atrás para asegurar al rey Ezequías quince años de vida, añadiendo Dios este prodigio a su promesa.

Los incrédulos, cuando creen estos milagros concedidos a los méritos de los santos, los atribuyen a artes mágicas. A esto alude lo que no ha mucho recordé de Virgilio sobre la magia:

> Detener el agua de los ríos y obligar a retroceder en su curso a los astros.

En la misma Escritura leemos que el río detuvo su curso cuando el pueblo de Dios, a1 frente del cual iba el citado Jesús Nave, marchaba huyendo, y lo mismo hizo al pasar el profeta Elías y su discípulo Elíseo. Que el astro rey retrocedió en su marcha en tiempo de Ezequías, ya lo he apuntado. Sin embargo, el prodigio del lucero narrado por Varrón no vemos que se haya obrado a petición de algún hombre.

3. Cesen, pues, los infieles de cegarse por el pretendido conocimiento de la naturaleza. ¡Como si Dios no pudiera obrar cambios en las naturalezas que ellos conocen, como hombres que son! Y, a decir verdad, las cosas más ordinarias no son menos maravillosas que las otras, y fueran mucho más estupendas si acostumbraran los hombres a admirar las cosas maravi-

llosas, no las raras[504]. Consultad la razón. ¿Quién no se admirará de que en esta multitud infinita de hombres, tan semejante por naturaleza, tenga cada uno sus facciones tan peculiares, que, si no fueran semejantes entre sí, no se distinguirían de los animales, y, a su vez, si no fueran desemejantes, no se diferenciarían unos de otros? Los que decimos que se parecen, luego nos damos cuenta de que son desemejantes. Pero es más admirable todavía considerar la desemejanza, porque parece más razonable que una naturaleza común exija la semejanza. Y, sin embargo, porque lo raro es lo maravilloso para nosotros, nunca nos admiramos más que cuando topamos con dos hombres tan semejantes que, al intentar distinguirlos, nos engañamos siempre o casi siempre.

4. Mas el caso contado por Varrón, aunque historiador de los suyos y hombre muy sabio, quizá no lo crean o les impresione menos, porque ese fenómeno fue de corta duración y la estrella tornó presto a su curso ordinario. Hay otro prodigio, aún hoy existente, que, a mi ver, debe bastar para convencerlos de que conocer bien el modo de ser y de obrar de una naturaleza no es razón para limitar a Dios su campo de acción, como si no pudiera transformar a su antojo una cosa en otra muy distinta de las conocidas por ellos. La tierra de Sodoma no ha sido siempre como es hoy. Su suelo era semejante a los demás y gozaba de la misma o de más pingüe fertilidad, ya que las divinas Escrituras lo comparan al paraíso de Dios. Este, después que el fuego del cielo lo arrasó, tiene un aspecto horroroso, debido a la prodigiosa fulígine, como atestigua la historia profana y confirman los visitantes. Sus frutos, bajo una bella apariencia, no ocultan más que ceniza y humo. Mira que no era así y ahora lo es. He aquí que el Autor de las naturalezas ha realizado en ésta un cambio tan espantoso y tan duradero, que aún subsiste después de tanto tiempo.

5. Como no fue imposible para Dios crear las naturalezas que quiso, no lo es tampoco cambiarlas a su gusto. De aquí nacen toda esa serie de milagros que se llaman monstruos, ostentos, portentos y prodigios. Si quisiera referir y recordarlos todos, apuesto que esta obra no tendría fin.

Se dice que la palabra *monstruo* deriva de *monstrando,* y se llaman así porque muestran en cierta manera el futuro. *Ostentos* deriva de *ostendendo, y portentos,* de *portendendo,* o sea, *praeostendendo,* y *prodigios,* de

[504] Estos grandes pensamientos del Santo son dignos de su genio. La naturaleza es el más indescifrable de los milagros. No admiramos los milagros por lo que tienen de milagroso, de maravilloso, sino por lo que tienen de raros. Por eso estamos incapacitados para ver la mano del Creador en estos milagros cotidianos de nuestra existencia: *assiduitate vilescunt* también éstos para nosotros.

*porro dicere*, porque predicen el porvenir. Mas consideren cómo sus adivinos, que predicen cosas verdaderas o aciertan a decir alguna verdad entre el fárrago que sueltan, se engañan, sea por sí mismos, sea por inspiración de los espíritus, que se cuidan de implicar a los hombres dignos de tal pena en las redes de una nociva curiosidad. Nosotros, sin embargo, pensamos que estos fenómenos que parecen contra la naturaleza, y que se dice que son contra la naturaleza (como dijo el Apóstol, hablando al estilo humano, que el acebuche es injertado contra la naturaleza en la oliva y participa de su fecundidad), llamados monstruos, ostentos, portentos o prodigios, deben mostrar, significar, pronosticar o predecir lo que hará Dios, lo que prenunció que había de hacer con los cuerpos de los condenados, no impidiéndolo obstáculo ni ley alguna de la naturaleza. El cómo de esas profecías, estimo que quedó ya bastante claro en el libro anterior al espigar en las santas Escrituras, en el Nuevo y en el Viejo Testamento, no todos los testimonios que harían al caso, pero sí los suficientes.

## CAPÍTULO IX

## El infierno. Naturaleza de las penas eternas

1. La predicción de Dios, hecha por su profeta, sobre el suplicio eterno de los condenados, se cumplirá y se cumplirá exactamente. *Su gusano no morirá y su fuego no se apagará.*

Y Jesús, para encarecer con más fuerza esta verdad, cuando manda cortar los miembros que escandalizan al hombre, designando por ellos a los hombres que cada cual ama como a sus propios miembros, dice así: *Si tu mano te es ocasión de escándalo, córtala; más te vale entrar manco en la vida eterna que tener dos manos e ir al infierno, al fuego inextinguible, en donde el gusano que los roe nunca muere y el fuego nunca se apaga.* Lo mismo dice del pie: *Y si tu pie te es ocasión de pecado, córtalo; más te vale entrar cojo en la vida eterna que tener dos pies y ser arrojado al infierno, al fuego inextinguible, donde el gusano que los roe nunca muere y el fuego nunca se apaga.* Y del ojo habla en estos términos: *Y si tu ojo te sirve de escándalo, arráncalo; mas te vale entrar tuerto en el reino de Dios que tener dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno, donde el gusano que los roe nunca muere y el fuego jamás se apaga.* No se ruborizó de repetir en este lugar tres veces las mismas palabras. ¿A quién no hará

temblar esta repetición y esta amenaza, salida con tal rigor de la boca divina?

2. Los que pretenden que el gusano y el fuego son penas del alma, no del cuerpo, dicen que los hombres, separados del reino de Dios, serán abrasados en el alma por un dolor y un arrepentimiento tardío e infructuoso. Por eso defienden que muy bien pudo servirse de la palabra *fuego* para expresar este dolor abrasador. A esto responde aquello del Apóstol: *¿Quién se escandaliza sin que yo me abrase?* Creen también que el gusano figura ese dolor. Porque está escrito —dicen ellos—, *como la polilla al vestido y el gusano al madero, así el dolor atormenta el corazón del hombre.*

Quienes no dudan que las penas atormentarán tanto al alma como al cuerpo, afirman que el fuego abrasará al cuerpo y el gusano del dolor roerá en cierto modo al alma. Aunque este sentido es más creíble, pues es un auténtico absurdo pensar que allí no habrá dolor para el cuerpo o para el alma, sin embargo, yo creo más fácil que los dos atañen al cuerpo que lo contrario. Y, a mi parecer, la divina Escritura no menciona el dolor del alma porque va necesariamente implicado por el del cuerpo, aunque no se diga. Así leemos en el Antiguo Testamento: *El suplicio de la carne del impío será el fuego y el gusano.* Podía haber dicho más brevemente: El suplicio del impío. ¿Por qué añadió *de la carne del impío* sino porque los dos, el gusano y el fuego, serán el castigo de la carne? Quiso decir la pena de la carne, precisamente, porque será castigado en el hombre vivir según la carne. (Esto le llevará a la muerte segunda, que significó el Apóstol con estas palabras: *Si viviereis según la carne, moriréis.*)

Elija cada cual el sentido que le plazca: o atribuir al cuerpo el fuego y al alma el gusano, aquél propiamente y éste metafóricamente, o ambas cosas propiamente al cuerpo. Porque ya he hecho notar antes bastante que los animales pueden vivir también en el fuego, en combustión sin consunción y en dolor sin muerte, por milagro del Creador omnipotente. Quien niega que esto es imposible para El, ignora de quién procede cuanto admiramos en las naturalezas[505]. Este mismo es el Dios que hizo en el mundo los milagros pequeños y los grandes que he referido y muchísimos otros que no he mencionado, y el que los situó en el mundo, que es el mayor de los milagros. Escoja, pues, cada cual el sentido que le plazca: o pensar que el gusano se refiere propiamente al cuerpo o que se refiere metafóricamente al

---

[505] Migne trae en este lugar: *Quidquid in naturis omnibus minatur;* suponemos que es una errata por *miratur.* Así leen las demás ediciones, y el sentido exige esa lección.

alma, por una metáfora tomada de las cosas corporales. Cuál de estos sentidos sea el verdadero, la realidad lo expresará más explícitamente cuando la ciencia de los santos será tan perfecta que no necesitarán experimentar las penas para conocerlas, sino que les bastará su sabiduría, entonces colmada. Ahora sabemos las cosas parcialmente hasta que llegue la plenitud. Nos basta de momento rechazar la opinión que sostiene que los cuerpos de los condenados no serán afectados por el fuego ni por dolor alguno.

## CAPÍTULO X

## ¿Puede el fuego del infierno, si es corporal, arrasar a los espíritus malignos, es decir, a los demonios, incorpóreos?

1. Se presenta aquí una nueva cuestión: si el fuego no será incorporal, análogo al dolor del ánimo, sino corporal, abrasando por contacto y capaz de atormentar los cuerpos, ¿cómo servirá también de suplicio a los espíritus malignos? Sabemos que el mismo fuego servirá de suplicio a los hombres y a los demonios, según aquellas palabras de Cristo: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y sus ángeles.* Es así, a no ser que aluda a que los demonios tienen también, como han pensado hombres doctos, cuerpos compuestos de aire pesado y húmedo, que se hace sentir cuando sopla el viento[506]. Si este elemento no pudiera recibir ninguna impresión, no abrasaría cuando es calentado en los baños. Para que abrase es preciso que sea primero abrasado y cause la impresión que recibe. Por lo demás, si alguien afirma que los demonios no tienen cuerpo, es inútil romperse la cabeza o quemarse las cejas sobre este punto.

¿Qué nos veda decir que los espíritus incorpóreos pueden ser atormentados por un fuego corporal de un modo real, aunque maravilloso, si los espíritus de los hombres, que son ciertamente incorpóreos, pueden ser actualmente encerrados en los cuerpos y luego serán unidos a ellos con lazos insolubles? Los espíritus de los demonios, más aún, los espíritus demonios, aunque incorpóreos, si no tienen cuerpo, se unirán al fuego material para ser atormentados. No animarán el fuego de suerte que lo constitu-

[506] Este era el sentir corriente en los primeros siglos de la Iglesia. Así, Orígenes cree que sólo Dios es incorpóreo, y Tertuliano escribe que los ángeles son corpóreos, aunque no están dotados de carne. San Basilio admite en su obra *De Spiritu, Sancto* no sólo que los ángeles son corpóreos, sino, además, que pueden ser vistos en sus cuerpos propios.

yan animal compuesto de espíritu y de cuerpo, sino, como he dicho, uniéndose a él de un modo maravilloso e inefable, recibiendo del fuego la pena, no dándole la vida. También ese otro modo según el cual los espíritus se unen a los cuerpos y los tornan animales, es del todo admirable e incomprensible para el hombre. Y eso es el hombre mismo[507].

2. Yo diría de buen grado que los espíritus arderán sin cuerpo, como ardía el rico en los infiernos cuando decía: *Estoy atormentado en esta llama*, si no tuviera al ojo esta razonable objeción: la llama era de la misma naturaleza que los ojos que clavó en Lázaro, que la lengua que deseaba refrescar con unas gotas de agua y que el dedo de Lázaro con el que quería que se le hiciera ese servicio. Todo esto se realizaba en un lugar donde estaban las almas sin los cuerpos. La llama que le abrasaba y la gotita que pidió eran incorporales, al estilo de las cosas vistas en sueños o en éxtasis, que, aunque incorporales, se asemejan a los cuerpos. El hombre que está en ese estado, si bien es cierto que está en espíritu y no con el cuerpo, no obstante, se ve entonces tan semejante a su cuerpo, que es incapaz de distinguirlos. Mas aquel infierno, llamado también estanque de fuego y azufre, será un fuego corpóreo y atormentará los cuerpos de los condenados, sean de hombres o de demonios; los sólidos de los hombres y los aéreos de los demonios; o solamente los cuerpos de los hombres con sus espíritus y los espíritus de los demonios sin cuerpos, unidos al fuego corporal para recibir la pena, no para vivificarlo. El fuego será único para los dos, como aseguró la Verdad misma.

## Capítulo XI

## Exigencias de la justicia con respecto a las penas

Pero, entre estos contra quienes defendemos la Ciudad de Dios, hay quienes creen que. es injusto castigar los pecados, por graves que sean, de esta corta vida, con un suplicio eterno.

¡Como si la justicia de la ley atendiera alguna vez a proporcionar el castigo con el tiempo invertido en cometer la falta! Las leyes, según Cice-

507 El hombre, ha dicho Agustín, es el mayor de los milagros y el mejor de los misterios. El misterio más profundo es la unión entre el cuerpo y el alma. Este problema agitó durante muchos años al Santo y, por fin, lo deja velado por el misterio como en este lugar.

rón, establecen ocho géneros de penas: la multa, la prisión, el azote, el talión, la ignominia, el destierro, la muerte y la esclavitud. ¿Cuál de éstas mide su duración por la del crimen, haciendo durar el castigo cuanto duró el acto criminoso, a no ser quizá la pena del talión?[508] Esta ordena que cada uno sufra el mal que hizo sufrir. De aquí aquella prescripción de la Ley: *Ojo por ojo y diente por diente.* Es físicamente posible que la justicia arranque el ojo al criminal en tan poco tiempo como se lo arrancó a su víctima. Mas, si la razón exige que el beso dado a la mujer ajena sea castigado con el azote, ¿no es azotado durante largo tiempo el que hizo eso en un instante? Y el dulzor de un corto deleite ¿no es castigado en este caso con un dolor duradero?

¿Qué diré de la prisión? ¿Debe acaso permanecer encarcelado el reo solamente tanto tiempo cuanto duró el acto que le mereció tal pena? De hecho, vemos que es muy justo que un esclavo esté muchos años en rehenes simplemente por haber injuriado de palabra a su amo o por haberle herido de un golpe, que pasa en un pestañeo.

Y la multa, la ignominia, el destierro y la esclavitud —penas que son de ordinario irrevocables— ¿no son en cierta manera semejantes a las penas eternas en relación con la brevedad de esta vida? No pueden ser eternas cabalmente porque ni la misma vida por ellas castigada lo es; pero los crímenes castigados con penas tan largas se cometen en muy poco tiempo.

A nadie se le ocurre pensar que los tormentos de los malhechores deben ir en proporción directa con el tiempo que duró el homicidio, el adulterio, el sacrilegio y cualquier otro crimen, que no debe medirse por la longura del tiempo, sino por la mayor o menor cualidad del pecado. ¿Puede imaginarse que las leyes, al condenar a uno a muerte, hagan radicar el castigo en ese breve instante que dura la ejecución y no en apartarle para siempre de la sociedad humana? Pues lo que significa apartar a los hombres con el suplicio de la muerte primera de la ciudad mortal, eso significa apartarlo por la muerte, segunda de la ciudad inmortal. Y como las leyes de esta ciudad no devuelven jamás a la sociedad al hombre condenado a sentencia capital, así las de aquélla no vuelven nunca a la vida eterna al pecador condenado a la muerte segunda.

---

[508] En las leyes de las *Doce Tablas* se lee así: *Si membrum rupit, ni cum eo pacit, talio esto.* La ley del talión era aquella que imponía la misma pena que se había hecho sufrir. En la literatura bíblica era ya conocida desde muy antiguo, y de ella pasó, sin duda, a la profana.

¿Cómo, pues, son verdaderas —preguntan— estas palabras de vuestro Cristo: *Con la medida que midiereis, seréis medidos,* si un pecado temporal es castigado con una pena eterna?[509]

No reparan en que la medida de que se habla aquí no mira al tiempo, sino al mal, y quiere decir: El que obre males, que sufra también males. Aunque quizá pudiera entenderse del punto de que a la sazón hablaba el Señor, a saber, de los juicios y de las condenas. En este caso, quien juzga y condena injustamente, si es juzgado y condenado justamente, recibe la misma medida, aunque no de lo que él dió. El juzgó y es juzgado, pero el castigo que se le ha impuesto es justo, mientras el que él impuso era injusto.

## CAPÍTULO XII

## **Magnitud del primer pecado y sus efectos**

Una pena eterna parece dura e injusta al sentido humano, porque en la miseria de esta vida mortal falta el sentido de la sabiduría pura y elevada, que capacita para sentir la enormidad del crimen cometido en la primera prevaricación. Cuanto más gozaba el hombre de Dios, mayor fue su impiedad al abandonarlo. Y quien en sí destruyó un bien que podía ser eterno, se hizo acreedor a un mal eterno. De aquí la condenación de toda la masa del género humano[510], porque el primer culpable fue castigado con toda su posteridad, que estaba en él como en su raíz. Así, nadie escapa a ese suplicio justo y debido, si no es por una misericordia y una gracia indebida. Y es tal la disposición de los hombres, que en unos aparece el valor de una gracia misericordiosa y en otros el de una justa venganza[511]. No

[509] Cf. sobre este punto la epístola 102, dirigida a Deogracias, sobre todo q.4 n.22 ss.

[510] En otra parte hemos hablado ya de la teoría agustiniana de la *massa damnata* o *massa perditionis.* Va montada y sentada sobre las enseñanzas de San Pablo y no es más que una ampliación de su doctrina. Todos descendemos de Adán como de tronco dañado, y él, dañado en raíz, nos ha transmitido a nosotros su mal. Esta es, en substancia, la concepción de Agustín sobre el particular.

[511] Dios consigue siempre su plan. Su voluntad es eficacísima y logra siempre su efecto primario, que es su gloria y la manifestación de la misma en las criaturas, gloria externa. Aquella terrible frase que leemos en el *Enchiridion* (c.102): *Omnipotentis voluntas semper invicta est,* lleva este significado y otro más profundo. No es que

aparecían en todos las dos cosas, porque si todos permanecieran bajo las penas de una justa condenación, no se mostraría en ninguno la gracia misericordiosa del Redentor. Y si todos fueran transferidos de las tinieblas a la luz, en ninguno aparecería la severidad del castigo. En este último apartado hay muchos más que en el otro, para darnos a entender que era debido a todos. Si se hiciera en todos venganza, nadie reprendería justamente la justicia del vengador; pero, como son muchos los librados, ya hay motivo para dar infinitas gracias al divino Libertador por este don gratuito.

## CAPÍTULO XIII

## Contra la opinión que sostiene que los malos serán castigados después de la muerte para su purificación

Los platónicos, es cierto, no quieren que quede impune ningún pecado; pero estiman que todas las penas tienen un fin correctivo o de enmienda, tanto las infligidas por las leyes humanas como las sancionadas por las divinas. Y esto, bien las sufran en esta vida, bien las hayan de sufrir después de la muerte para no hacerlo aquí o no corregirse. Esto dio origen a aquella sentencia de Marón[512], cuando, después de haber hablado de los cuerpos terrenos y de los miembros destinados a la muerte, dice que las almas

> conocen el temor y el deseo, la alegría y el dolor, y no ven la claridad de los cielos, presas en sus tinieblas y en su cárcel sin ojos.

Y añade a renglón seguido:

> De ahí que, en el día supremo, cuando la vida las abandone.

es decir, cuando en el día supremo les deje esta vida,

> No están —dice— completamente libres las desgraciadas del mal y de las manchas de los cuerpos. Sus vicios, endurecidos por los años, han echado raíces de profundidad asombrosa, y es necesario someterlas a castigos para que los suplicios las limpien. Ahí tienes unas suspendidas en el aire, expuestas al soplo veloz de los vientos, y

---

Dios sea vengador, pero sí es justo, y esto es lo que fundamenta la inexorabilidad de sus designios, aunque es a la vez misericordioso.

[512] A nadie se le oculta que éste es el apellido que llevaba el rey de la poesía latina, llamado Publio Virgilio Marón.

otras lavando sus manchas en el fondo de los abismos, y otras purificándose en el fuego.

Los que así piensan no reconocen después de la muerte más que penas purgatorias. Y como el agua, el aire y el fuego son elementos superiores a la tierra, sirven de medios de expiación para purificar las almas de las mancillas contraídas al contacto de la tierra. Esto lo hallan en el poeta. El aire, donde dice *expuestas al soplo de los vientos;* el agua, aquí: *en el fondo de los abismos;* y el fuego lo expresa por su nombre al decir: *otras purificándose en el fuego.*

Nosotros reconocemos ciertas penas purificatorias en esta vida mortal. Y tienen ese carácter no para aquellos cuya vida no mejora con ellas, o más bien empeora, sino para aquellos otros que se corrigen así castigados. Todas las demás penas, temporales o eternas, que la divina Providencia inflige a cada uno por ministerio de los hombres o de los ángeles, buenos o malos, tienen por objeto, bien castigar los pecados pasados o actuales, bien ejercitar y poner de relieve las virtudes. Cuando uno padece un mal por malicia o error de otro, peca ciertamente el que le causa ese mal; pero Dios, que lo permite con juicio justo, aunque oculto, no peca.

Las penas temporales, unos las sufren solamente en esta vida, otros después de la muerte, otros en esta vida y en la otra, pero antes del último y más riguroso de los juicios. No todos los que sufren penas temporales después de la muerte caerán en las penas eternas después del juicio final. Ya hemos apuntado arriba que a algunos se les remitirá en el siglo futuro lo que no se les remite en éste, con el fin de que no sean castigados con el suplicio eterno[513].

## Capítulo XIV

## Penas temporales de esta vida

Son rarísimos los que en esta vida no sufren en expiación de sus culpas, sino sólo después de ella. Yo he conocido algunas personas que han

[513] Esto mismo nos llevó y nos lleva una vez más a la conclusión de que San Agustín admite la existencia del purgatorio, como todo buen católico. La manera como lo expresa aquí es clara y terminante. Si no todos los que sufren penas temporales después de la muerte pasan a las eternas, es que después de la muerte hay un lugar de purificación. Y éste es el purgatorio.

llegado a una vejez muy avanzada sin haber tenido la menor fiebre y que han pasado su vida en una tranquilidad perfecta. Esto no obsta para considerar la vida de los mortales como una larga pena y como tentación, según las palabras de las Sagradas Letras: *¿No es verdad que la vida del hombre sobre la tierra es tentación?* No es ya pequeña pena la ignorancia o la impericia, cuya aversión es tal que, para escapar a ella, se obliga a los niños, a costa de castigos y dolores sin cuento, a aprender las artes liberales[514]. El mismo estudio, a que se los constriñe con castigos, les es tan duro, que a veces prefieren aguantar las penas a estudiar. ¿Quién no sentirá horror, y si se le propone la disyuntiva, morir o volver a la infancia, elegirá la muerte?[515] Esta que se abre a la luz no viendo, sino llorando, profetiza en cierto modo, sin darse cuenta, los males que la esperan. Se cuenta que el único que se ha reído al nacer fue Zoroastro; pero su monstruosa risa no le auguró ningún bien. Pasa por el inventor de las artes mágicas, que, no obstante, no le sirvieron nada para defender la vana felicidad de la presente vida contra sus enemigos. Porque fue vencido por Nino, rey de los asirios, siendo él rey de los bactrianos[516].

Escrito está: *Un yugo pesado abruma a los hijos de Adán desde el día que salen del vientre materno hasta el día del entierro en el seno de la madre común.* Esta tara es tan inevitable, que los mismos niños librados por el bautismo del pecado original —visco que los detenía— están expuestos a un sinnúmero de males, hasta padecer a veces las incursiones de los espíritus malos. Lejos de nosotros pensar que estos sufrimientos les sean obstáculo si terminan la vida en esa edad por agravarse el sufrimiento y separarse el alma del cuerpo[517].

---

514 Estas palabras rezuman el dolor de aquellas otras de las *Confesiones* en que lamenta la crueldad de los maestros que tenían por lema «la letra con sangre entra». Nunca gustó a Agustín este método de educación, y se rebela cuantas veces puede y tiene ocasión contra él. El palo nunca ha sido buen maestro. Remitimos e invitamos al lector a que repase sobre todo el libro I de las *Confesiones,* y en él desde el capítulo 9 al 17.

515 No sabemos hasta qué punto y en qué sentido emplea San Agustín esta frase. Quizá sea un desahogo de los tristes recuerdos de sus primeros años de escuela.

516 Los bactrianos son los habitantes de la *Bactriana,* que es una conocida región del Asia interior, hoy llamada Corasán.

517 Este punto puede verse tratado con amplitud en el *Enchiridion,* 64,17; 65,17; 66,17.

## CAPÍTULO XV

## La gracia de Dios y sus efectos

Sin embargo, el pesado yugo impuesto a los hijos de Adán, desde el día de su nacimiento hasta el día de su entierro en el seno de la madre común, entraña otro mal asombroso. Nos enseña a ser sobrios y a comprender que esta vida penal es una secuela del pecado nefando cometido en el paraíso y que todo lo que se nos promete en el Nuevo Testamento atañe únicamente a la nueva heredad del siglo futuro. Una vez aceptada aquí esa prenda, lograremos a su tiempo el trueque de la misma. Ahora caminemos en esperanza y, adelantando de día en día, mortifiquemos por el espíritu las obras de la carne. Porque *el Señor conoce quiénes son de El,* y *todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios, ésos son hijos de Dios,* pero por gracia, no por naturaleza. Por naturaleza sólo hay un Hijo de Dios, que, por su bondad, se hizo por nosotros hijo del hombre, a fin de que nosotros, hijos del hombre por naturaleza, nos tornáramos en hijos de Dios por gracia por su mediación. El, siempre inmutable, vistió nuestra naturaleza para salvarnos, y asido a su divinidad, se hizo particionero de nuestra debilidad con el fin de que nosotros, cambiados en mejores, perdamos lo que tenemos de pecadores y de mortales, participando de su inmortalidad y de su justicia, y conservemos lo bueno que ha hecho en nuestra naturaleza, en la plenitud de su bondad.

Como caímos por el pecado de un solo hombre en una miseria tan deplorable, así arribaremos por la gracia de un solo hombre, que a la vez es Dios, a la posesión de nuestro bien soberano. Y nadie debe confiar que pasó del primer estado al segundo hasta que arribe al puerto en que no habrá a tentación y logre la paz que persigue a través de los combates que la carne libra contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Una guerra semejante no tendría lugar si el hombre, usando del libre albedrío, se hubiera conservado en la rectitud en que fue creado. Ahora el hombre feliz que se negó a tener paz con Dios lucha infeliz consigo mismo, y, siendo este mal miserable, es mejor que su vida precedente. Mejor es combatir los vicios que dejarse dominar sin ningún choque. Mejor es, digo, la guerra con la esperanza de la vida eterna que el cautiverio sin esperanza de libertad. Verdad es que ansiamos vernos también libres de esta guerra y nos abrasamos en el fuego del amor divino por conseguir esa paz ordenadísima que trae consigo la estabilidad y el sometimiento de lo inferior a lo superior. Mas, aunque —lo que Dios no permita— no esperáramos tamaño bien,

deberíamos siempre preferir el combate, aunque sea duro, a ceder a los vicios y a arrojarnos en sus brazos.

## CAPÍTULO XVI

## Las leyes de la gracia y las edades de los hombres regenerados

Es tal la misericordia de Dios para con los vasos de misericordia destinados a la gloria, que tanto en la primera como en la segunda edad del hombre, o sea en la infancia y en la puericia, la una entregada sin resistencia a la carne; y la otra, en la que la razón, aún no consciente de esta lucha, está casi por completo sometida a todas las inclinaciones viciosas y, aunque ya capaz de habla —lo cual induce a creer que pasó la infancia—, no es todavía capaz de preceptos, quien recibiere los sacramentos del Mediador, es decir, quien fuere transferido de la potestad de las tinieblas al reino de Cristo, aunque termine su vida en esos años, no sólo no sufrirá penas eternas, sino ni purificatorias siquiera. Porque basta la sola regeneración espiritual para invalidar después de la muerte el débito que la generación carnal había contraído con la muerte[518]. Y al llegar a la edad capaz de preceptos y de leyes, debe comenzar la guerra contra los vicios y pelear bravamente por miedo a caer en pecados dignos de condenación. Si la costumbre de victoria aún no los ha robustecido, cederán y serán vencidos con más facilidad; pero, si la costumbre va dándoles vuelo y triunfos, entonces la victoria es más difícil y trabajosa[519]. La victoria verdadera y auténtica la da únicamente el amor a la verdadera justicia, que radica en la fe en Cristo. Porque, si la ley manda sin que el espíritu venga en su ayuda, la prohibición que ella hace del pecado no sirve más que para aumentar el deseo y añadir el reato de la prevaricación. A veces. es verdad, hay vicios mani-

---

[518] Aquí enseña abiertamente que el bautismo es de provecho para los infantes y para los niños; más aún, que también en ellos produce todos sus efectos. El modo de producirlos no lo muestra aquí, pero lo ha hecho expresamente en la epístola 98, dirigida a Bonifacio.

[519] La vida del cristiano es por esencia combate. El sentido agónico que toda vida lleva implicado en sí misma, se convierte en necesidad cuando se trata de un soldado de Cristo, de un adelantado de su ejército. Necesitamos épocas duras, decía Agustín en un sermón; debemos ejercitamos en la lucha. Pero lo más trágico de la pelea es que ésta se desarrolla en el interior del hombre, en el centro del alma: *De meipso adversas meipsum.* Y esta es la forja de nuestra personalidad de cristianos. ¡Por algo tituló Agustín una obra *De agone christiano!*

fiestos que son superados por otros vicios ocultos tenidos por virtudes, en las cuales reina la soberbia y una vanidad ruinosa de agradarse a sí mismo[520]. Los vicios deben considerarse vencidos solamente cuando lo son por el amor de Dios, que no da sino el mismo Dios y únicamente por el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, que se hizo partícipe de nuestra mortalidad para hacernos participioneros de su divinidad[521].

Pero se cuentan con los dedos los hombres tan dichosos que hayan pasado su adolescencia sin cometer algún pecado mortal, sin caer en algún exceso, en algún crimen o en algún error impío y hayan reprimido con gran liberalidad de espíritu cuanto les haya sugerido delectación carnal. La mayor parte, después de recibido el precepto de la ley, lo han violado y, dejándose arrastrar por la impetuosa corriente de los vicios, han recurrido luego a la gracia adyuvante, que los torna, con una penitencia más amarga y una lucha más brava, vencedores. Sometiendo así su espíritu a Dios, se les somete la carne. Quien desee esquivar las penas eternas, sea no sólo bautizado, sino también justificado en Cristo, pasando así de la tiranía del diablo a la libertad de Cristo.

No se crea que las penas del purgatorio no serán anteriores al último y tremendo juicio de Dios. No debe negarse, sin embargo, que el fuego no será, según la diversidad de méritos malos, para unos más ligero y para otros más pesado, bien varíe su fuerza y ardor según la pena merecida, bien arda igual, pero no todos sientan igual su molestia.

---

[520] ¡Qué gran sabiduría encierra esta máxima! El escondrijo de la hipocresía es precisamente el aquí apuntado. El hipócrita busca aparentar lo que no es, y sus vicios externos son ocultados y velados por otros muy superiores y más arraigados que lleva bien prendidos del alma. Estas son los más incapacitados para la vida del espíritu, que requiere ante todo una gran sinceridad consigo mismo y con Dios. Y ésta falta en los corazones cerrados herméticamente a las miradas por miedo a que sus vicios manifiestos y ocultos sean descubiertos.

[521] El puente entre Dios y el hombre se precisaba como el único medio de levantar al abatido y aherrojado. El hombre se sentía solo en su inferioridad y en su pecado y no se atrevía a levantar su mirada al cielo. Dios se compadeció de él y envió a su Hijo, que, haciéndose hombre, cargó con nuestra mortalidad y en premio nos comunicó su inmortalidad. ¡Esta es la maravilla de la redención y el milagro de la mediación! El hombre quedó de esta manera sublimado y parangonado con Dios; ascendió en Cristo a ser Hombre-Dios. Esta es la verdad central de la cristología agustiniana.

## Capítulo XVII

## Primera opinión sobre la no eternidad de las penas

Estoy en que debo enjuiciar y discutir pacíficamente con aquéllos de entre los nuestros que, por espíritu de misericordia, no quieren creer que las penas serán eternas. Unos hacen esta gracia a todos los hombres que el Juez justísimo juzgará dignos de tal suplicio, y otros solamente a algunos. Y sostienen que ésos serán librados tras un espacio de tiempo más o menos largo, según la cantidad y la calidad del pecado. El más indulgente en este punto fue Orígenes. Abriga la creencia de que el diablo y sus ángeles, después de suplicios más duros y más duraderos, según sus méritos, serán librados de sus tormentos y asociados a los ángeles santos[522]. Mas la Iglesia lo ha condenado justamente[523] por este y por otros errores, entre los cuales citaré solamente la alternativa continua, eterna y a períodos fijos, a que somete a las almas. En esto fracasó su aparente misericordia, pues hace sufrir a los santos verdaderas miserias para pagar sus penas, asignándoles una falsa felicidad que no les asegura el goce del bien eterno y verdadero, o sea, cierto y sin temor.

El error humano y lleno de misericordia de aquellos que restringen esa alternativa de felicidad eterna y miserias temporales a los condenados y a cuantos más tarde o más temprano serán librados, se ha muy de diverso modo. Si esta opinión es tenida por buena y por verdadera por ser indulgente, será tanto más verdadera y mejor cuanto más indulgente sea. ¡Extiendan, pues, y hagan subir esa fuente de misericordia hasta los ángeles condenados, siquiera para libertarlos después de muchos siglos de tormentos! ¿Por qué mana para toda la naturaleza humana y en llegando a la angélica se agosta? No se atreven a ir más lejos y extender su misericordia hasta el diablo. Si alguien se atreve, vence en bondad, es cierto, a éstos;

---

[522] Esta doctrina errónea ha sido asignada a Orígenes por toda la tradición. Es verdad que ha habido autores antiorigenistas hasta la medula, pero se impone el delatar su error. Así lo hacen San Epifanio y San Jerónimo. Y el mismo San Agustín en *De haeresibus* (haer.45) la atribuye a Orígenes.

[523] Justamente en sentir del Santo y de otros autores, y no se puede dudar de ello. El papa Anastasio condenó sus errores, como refiere San Jerónimo en su *Apología adversas Raffinura* y en la *Epístola* 78, *ad Pammachium.* También es cierto que el obispo Teófilo de Alejandría le condenó; pero ya sabemos el pensamiento del mismo contra Orígenes, y como cosa particular no precisa fe.

pero su error es tanto más disforme y más opuesto a la palabra de Dios, cuanto parece un sentir más compasivo.

## CAPÍTULO XVIII

## Segunda opinión sobre el mismo punto

1. Hay otros, como he podido comprobar personalmente en mis coloquios, que, bajo pretexto de respeto a las santas Escrituras, merecen ser censurados en sus costumbres, pues que en provecho propio hacen a Dios mucho más indulgente que los anteriores. Confiesan que los pecadores y los infieles merecen ser castigados, según la predicción divina, que es verdadera; pero que, cuando llegue el juicio, la misericordia se aumentará notablemente. Dios, todo bondad, los perdonará —dicen ellos— por las súplicas e intercesión de sus santos. Pues si oraban por ellos cuando los perseguían como enemigos, ¿cuánto más lo harán cuando vivan postrados, humildes y suplicantes? No debe creerse —añaden— que los santos van a perder sus entrañas de misericordia cuando su santidad sea colmada y perfectísima, de suerte que ellos, que oraban por sus enemigos cuando aún tenían pecados, no oren por sus devotos cuando comenzaren a no tener pecado alguno. ¿O es que Dios no escuchará la oración pura de estos hijos suyos, cuya santidad alcanzó ya el cénit?

Los defensores de que los infieles e impíos serán atormentados largo tiempo y luego se verán libres de todos los males, alegan en su favor este testimonio del Salmo: *¿Se olvidará Dios de su clemencia o detendrá su ira el curso de su misericordia?* Estos otros sostienen que este pasaje favorece mucho más su opinión. La ira de Dios —dicen ellos— quiere que todos los indignos de la beatitud eterna sean castigados con un suplicio eterno por su juicio. Y para permitir que sufran algo, por breve que sea, su ira detendrá el curso de sus misericordias. El Salmo niega por eso que lo haya de hacer. Porque no dice: «¿Detendrá su ira largo tiempo el curso de sus misericordias?», sino que expresa que no lo detendrá[524].

2. Estos pretenden con ese sentir que la conminación del juicio de Dios, aunque no condene a nadie, no es falsa, como no podemos decir que fue falsa la amenaza hecha a Nínive sobre la destrucción de la ciudad. Y esto a pesar de que su predicción incondicionada no se realizó. El profeta

[524] Cf. c.24 y *Ench.* 102,20.

no dice: «Nínive será destruida si no hace penitencia y se corrige», sino que anunció la futura destrucción de la ciudad sin añadir condición alguna. Esta amenaza la consideran veraz porque Dios les predijo un castigo del que realmente eran dignos, aunque no lo sufrieran. Si, pues, perdonó a los que hicieron penitencia —añaden—, es cierto que no ignoraba que la harían, y, sin embargo, predijo absoluta y categóricamente la destrucción de todos. Esto era así —prosiguen— en la verdad de su justicia, pero no lo era en razón de su misericordia, porque su ira no detuvo su curso y perdonó la pena conminada contra los pecadores. Si perdonó entonces —agregan—, aunque debió contristar a su santo profeta, ¿cuánto más perdonará cuando todos los santos intercederán para que perdone a los suplicantes más miserables aún?

Cuanto sospechan en sus corazones, piensan que las divinas Escrituras lo callaron con el fin de que muchos se corrijan por temor a esas penas largas o eternas y haya quienes puedan orar por aquellos que no se corrijan. Mas no creen que lo calla de un modo absoluto la Palabra divina. Pues ¿a qué se aplican —dicen ellos— estas palabras del Salmo: *¡Qué grande y abundante es, Señor, la dulzura que tienes reservada para los que te temen!?* ¿No quiere esto darnos a entender que esta inmensa dulzura de la misericordia de Dios fue escondida a los hombres para infundirles temor? Y añaden aquello del Apóstol: *El hecho es que Dios permitió que todas las gentes quedasen envueltas en la incredulidad para ejercitar su misericordia con todos.* Aquí se dice que no condenará a nadie.

Los seguidores de esta opinión no la extienden a la liberación o condenación del diablo y sus ángeles. Son tocados de compasión humana sólo para con los hombres, y sobre todo abogan por sus fueros, prometiendo al género humano, como por una misericordia general de Dios, una impunidad falsa con miras a sus rotas costumbres. Esta es la razón de que quienes prometan tal impunidad también al príncipe de los demonios y a sus satélites, sobrepujarán a éstos en el encarecimiento de la misericordia de Dios.

## CAPÍTULO XIX

### Tercera opinión

Hay otros que prometen la liberación del suplicio eterno solamente a los regenerados por el bautismo que participan del cuerpo de Cristo, sea cual sea su vida anterior y cualquiera la herejía o impiedad en que hayan

caído. Y se fundan en aquellas palabras de Jesús: *Este es el pan que desciende del cielo, q, fin de. que quien comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente.* Es preciso, por consiguiente —concluyen ellos—, que éstos se vean libres de la muerte eterna y pasen algún día a la vida eterna.

## CAPÍTULO XX

## Cuarta opinión

Algunos otros hacen esta promesa no a todos los que han recibido el bautismo y participado del sacramento del cuerpo de Cristo, sino a solos los católicos, aunque vivan perdidamente. Estos han sido constituidos en el cuerpo de Cristo por haber comido su cuerpo, no sólo en sacramento, sino también en realidad. Así dice el Apóstol: *Muchos somos un solo pan, un solo cuerpo.* Según esto, los católicos, aunque hayan caído en la herejía o en la idolatría de los gentiles, por el simple hecho de haber recibido el bautismo de Cristo y de haber comido su cuerpo en el cuerpo de Cristo, es decir, en la Iglesia católica, no morirán eternamente, sino que gozarán algún día de la vida eterna. Y su impiedad, por grande que fuere, no cuenta para la eternidad, sino para la duración y calidad de las penas.

## CAPÍTULO XXI

## Quinta opinión

Hay otros que, considerando estas palabras: El *que perseverare hasta el fin, se salvará,* prometen la salvación a los que perseveren en la Iglesia, aunque vivan rotamente en ella. Dicen que se salvarán por la prueba del fuego y por los méritos del fundamento, del que dice el Apóstol: *Nadie puede poner otro fundamento que el que ya ha sido puesto, el cual es Jesucristo. Si sobre tal fundamento pone alguno materiales de oro, plata, piedras preciosas o maderas, heno y hojarasca, sepa que la obra de cada uno ha de manifestarse. El día del Señor la descubrirá, pues se ha de manifestar por medio del fuego, y el fuego ha de mostrar cuál sea la obra de cada uno. Si la obra de uno sobrepuesta subsistiere, recibirá la paga. Si la obra de otro se quemare, será suyo el daño. No obstante, él no dejará de*

*salvarse, si bien como por el fuego.* Admiten que un cristiano católico, sea como sea la vida que lleva, tiene por fundamento a Cristo y que este fundamento falta a toda herejía separada de la unidad de su cuerpo. Y por eso estiman que. en virtud de ese fundamento, el cristiano católico, aunque lleve una vida rota, como quien pone sobre este fundamento maderas, heno y hojarasca, se salvará por la prueba del fuego, es decir, después de unas penas pasajeras, será librado del fuego que atormentará a los malos en el último juicio[525].

## CAPÍTULO XXII

### Sexta y última opinión

He topado también con otros convencidos de que el suplicio eterno está destinado únicamente a aquellos que descuidan redimir sus pecados por las limosnas, según aquello del apóstol Santiago: *Aguarda un juicio sin misericordia al que no usó de misericordia.* Luego el que usó —deducen ellos—, aunque no mejore sus costumbres, y lleve entre limosnas una vida perdida y desarreglada, será juzgado con misericordia. Y o no será castigado con la condenación, o después de un tiempo breve o largo será librado de la misma. Por eso —añaden— el Juez de vivos y muertos no quiso recordar más que las limosnas hechas u omitidas, tanto a los de la derecha, a quienes dará la vida eterna, como a los de la izquierda, a quienes condenará al suplicio eterno. A esto alude, según ellos, la petición diaria de la oración dominical: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* Hacer limosna es perdonar las ofensas al que falta contra uno. El Señor mismo puso esto tan de relieve, que llegó a decir: *Si perdonáis a los hombres sus faltas, también vuestro Padre celestial os perdonará vuestras faltas. Pero, si vosotros no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre, que está en los cielos, os perdonará a vosotros.* A este género de limosna se refieren también las palabras citadas del apóstol Santiago: quien no haga misericordia será juzgado sin misericordia.

---

525 Todos estos son puntos estudiados y discutidos en el *Enchiridion;* así, éste puede verse en los capítulos 67-69 (n.18). Y en los capítulos siguientes prosigue el tema, que trata aquí también en el capítulo siguiente.

El Señor no ha distinguido —agregan— entre pecados graves y leves, sino que se limitó a decir: *Vuestro Padre os perdonará vuestros pecados si vosotros perdonáis a los hombres.* Así, por perdida que sea la vida de un pecador hasta la muerte, estiman que sus pecados, cualesquiera y cuantos quiera que sean, le serán perdonados a diario en virtud de esa oración recitada diariamente, si se acordare de perdonar de corazón las ofensas a quien le pida perdón.

Una vez que haya respondido a todos estos pareceres, con la ayuda de Dios, daré fin a este libro.

## CAPÍTULO XXIII

## **Contra la primera opinión**

Primeramente, conviene preguntar y conocer por qué la Iglesia no puede allanarse a la opinión de esos hombres que prometen al diablo la purificación o el perdón, después, es cierto, de penas enormes y duraderas. Hay muchos santos versados en el Antiguo y en el Nuevo Testamento que no han envidiado la purificación y la beatitud del reino de los cielos a los ángeles tras tantos y tales suplicios. Más bien han visto que no pueden apearse o restar valor a la sentencia divina que el Señor declaró que había de pronunciar el día del juicio: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y sus ángeles.* Esto evidencia que el diablo y sus ángeles arderán en el fuego eterno. Y lo mismo sucede con esto del Apocalipsis: *Y el diablo, que los traía engañados, fue precipitado en el estanque de fuego y azufre, donde también lo fueron la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.* La Escritura decía antes *eternamente* y ahora *por los siglos de los siglos.* Estas expresiones significan corrientemente en la Escritura una duración sin fin.

No puede, por tanto, hallarse otra causa, ni más justa ni más evidente, de por qué la verdadera piedad mantiene la creencia firme e inmutable de que el diablo y sus ángeles no retornarán a la justicia y a la vida de los santos que ésta: que la Escritura, que no engaña a nadie, dice que Dios no les perdonó. Y de esta suerte fueron luego por El precondenados y recluidos en las cárceles de la calígine infernal para reservarlos hasta el juicio final y castigarlos entonces entregándolos al poder del fuego eterno, que los atormentará por los siglos de los siglos.

Si ello es así, ¿cómo pretender que todos los hombres o algunos de ellos serán librados de la eternidad de estas penas es pues de un largo padecer, sin que se enerve la fe, que nos mueve a creer que el suplicio de los demonios será eterno? En efecto, si entre los que oigan: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y sus ángeles,* hay algunos o todos que no permanecerán allí siempre, ¿qué razón hay para creer que el diablo y sus ángeles permanecerán allí eternamente? ¿Es que la sentencia que Dios pronunciará contra los ángeles malos y contra los hombres malos será verdadera para los ángeles y falsa para los hombres? Sí; será así si las conjeturas de los hombres prevalecen sobre la palabra de Dios.

Mas, como esto es absurdo, los que quieran librarse del suplicio eterno no deben perder el tiempo argumentando contra Dios, sino aprovecharlo cumpliendo sus mandamientos. Además, ¿qué es eso de entender por suplicio eterno un fuego temporal, aunque duradero, y por vida eterna una vida sin fin, cuando Cristo en el mismo pasaje, y sin distinción alguna, dijo: *Así irán éstos al eterno suplicio, y los justos a la vida eterna?* Si los dos destinos son eternos, se debe entender: o que los dos serán duraderos, pero finibles, o que los dos serán perpetuos y sin fin. La correlación en el texto es perfecta: de una parte, el suplicio eterno, y de la otra, la vida eterna. Decir que la misma expresión significa en vida eterna que no tendrá fin, y en suplicio eterno que tendrá fin, es un absurdo mayúsculo. En conclusión, puesto que la vida eterna de los santos no tendrá fin, el suplicio eterno de quien lo merezca tampoco lo tendrá.

## CAPÍTULO XXIV

## Contra la segunda opinión

I. Este razonamiento vale también contra aquellos que, con miras egoístas, se afanan, bajo capa de mayor misericordia, en ir contra las palabras de Dios. Según ellos, las citadas palabras son verdaderas no porque los hombres hayan de sufrir de hecho las penas que se les conminan, sino porque merecen sufrirlas. Dios —dicen ellos —les perdonará por la intercesión de sus santos, que, orando entonces por sus enemigos, tanto más cuanto son más santos, su oración será más eficaz y más digna de ser escuchada por Dios, pues ya no tienen pecado alguno.

Mas ¿por qué, si sus plegarias son tan eficaces, debido a su perfectísima santidad y a su pureza, no rogarán también por los ángeles para quienes está preparado el suplicio eterno, a fin de que Dios mitigue su sentencia y la revoque, sacándolos de ese fuego? ¿O es que habrá alguno tan atrevido que vaya más allá y afirme que los santos ángeles se unirán a los nombres santos, que entonces serán semejantes a los ángeles de Dios y rogarán en unión por los ángeles y por los hombres condenados, con el fin de que no padezcan por misericordia lo que merecen padecer por justicia? Esto ningún católico lo ha dicho ni lo dirá jamás. De otra suerte, no hay razón que justifique el que la Iglesia no ore al presente por el diablo y por sus ángeles, ella que recibió del Maestro divino el mandato de orar por sus enemigos. La misma causa que impide ahora a la Iglesia rogar por los ángeles malos, que los sabe sus enemigos, esa misma le impedirá entonces en el juicio final rogar por los hombres destinados al fuego eterno, aunque esté en el cénit de la santidad. Ahora ruega por los hombres que son sus enemigos, porque todavía es tiempo de penitencia fructuosa. ¿Qué pide a Dios por ellos sino *que los traiga a penitencia* —como dice el Apóstol— *y que se desenreden de los lazos del diablo, que dispone de ellos a su antojo?* Si la Iglesia conociera con certeza quiénes están predestinados, aunque aún vivan, a ir con el diablo al fuego eterno, no rogaría por ellos, como no ora por él. Pero, como no está cierta de nadie, ora por todos sus enemigos, estos de aquí abajo, y, sin embargo, no es escuchada por todos. Es escuchada solamente por aquellos que, aunque son sus enemigos, están predestinados a hacerse hijos de la Iglesia por medio de sus plegarias. Y si algunos se obstinan hasta la muerte en su impenitencia y no se convierten de enemigos en hijos, ¿ruega acaso por ellos la Iglesia, es decir, ruega por las almas de tales difuntos? Y ¿por qué así, sino porque se ha alistado en el partido del diablo, ese que durante esta vida no se pasó a Cristo?[526]

2. Hay, pues, la misma razón —repito— para no orar entonces por los hombres destinados al fuego eterno que para no orar, ni ahora ni entonces, por los ángeles malos. Y esa misma se hace extensiva a no orar entonces por los difuntos infieles e impíos, aunque se ore por todos en general. La oración de la Iglesia o de algunos santos es oída para ciertos difuntos,

[526] Toda la razón de esto radica en que la Iglesia no puede oponerse a la voluntad de Dios. Dios le ha ordenado que ore por todos indistintamente, porque no le ha dado a conocer quiénes son de su agrado y quiénes no; en otros términos, no le ha manifestado a quiénes han de aprovechar las oraciones según la presciencia de Dios y a quiénes no. Y por este motivo ha de orar por todos, para alcanzar de Dios misericordia para todos sus miembros.

pero sólo para aquellos que, regenerados en Cristo, no vivieron tan mal que se los juzgara indignos de tal misericordia, ni tan bien que no necesitaran de la misma. También después de la resurrección de los muertos habrá algunos a quienes Dios les hará misericordia y no los enviará al fuego eterno, a condición de que hayan sufrido las penas que sufren las almas de los difuntos. Porque no sería verdadero decir de algunos que no se les perdonó en esta vida ni en la otra, si no hubiera otros a quienes se les perdona, si no en esta vida, sí en la otra.

El Juez de vivos y muertos dijo: *Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado desde la creación del mundo.* Y a otros, por el contrario: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y sus ángeles.* Y también: *Irán éstos al suplicio eterno, y los justos, a la vida eterna.* Y es excesiva presunción creer que el suplicio no será eterno para algunos de aquellos que Dios envió al suplicio eterno. Esto sería persuadir con tal presunción a desesperar o a dudar de la vida eterna.

3. Nadie explique, pues, el salmo que canta: *¿Se olvidará Dios de su clemencia, o su ira detendrá el curso de sus misericordias?,* dando margen a opinar que la sentencia de Dios es verdadera en relación con los buenos y falsa en orden a los malos, o verdadera con los hombres buenos y con los ángeles malos y falsa con los hombres malos. Las palabras del salmo hacen referencia a los vasos de misericordia y a los hijos de la promesa, entre los cuales se contaba el profeta. En habiendo dicho: *¿Se olvidará Dios de su clemencia, o su ira detendrá el curso de sus misericordias?,* añadió en seguida: *Entonces dije: Ahora comienzo. Esta mudanza proviene de la diestra del Altísimo.* Esto último es, sin duda, una explicación al interrogante: *¿Detendrá acaso su ira el curso de sus misericordias?* Esta vida mortal, en la que el hombre se ha asemejado a la vanidad y sus días pasan como la sombra, es efecto de la ira divina. Y, sin embargo, a despecho de esta ira, Dios no se olvida de mostrar su misericordia, haciendo salir el sol sobre buenos y malos y llover sobre justos y pecadores. Su ira no contiene el curso de su misericordia, sobre todo en el cambio expresado con estas palabras: *Ahora comienzo. Esta mudanza es efecto de la mano del Altísimo.* En esta vida, tan llena de penas, Dios cambia en mejores los vasos de misericordia, aunque su ira no deja de existir en medio de esta miserable corrupción, pues que ni su ira contiene el río de su bondad. Cumpliéndose de ese modo la verdad de aquel divino cántico, no hay necesidad de extender el sentido al castigo eterno de aquellos que no pertenecen a la Ciudad de Dios.

Pero los que pretenden extender esta sentencia también a los tormentos de los impíos, al menos interprétenla de tal suerte que permaneciendo sobre ellos la ira de Dios, que se ha pronunciado en juicio eterno, no detenga el curso de sus misericordias. Y hagan consistir este torrente de bondad no en preservar a los condenados de las penas que merecen o en librarlos de ellas algún día, sino en aligerarlas y suavizarlas un poco. Darán así margen a la ira de Dios y a que su ira no detenga el curso de sus misericordias. Nótese que de que no rechace este sentir no se sigue que lo apruebe.

4. A los que ven una amenaza y no un juicio certero en estas palabras: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno;* y en estas otras: *Serán atormentados por los siglos de los siglos;* y también: *Su gusano no morirá y su fuego no se apagará;* y en otros textos por el estilo, no soy yo, sino es la misma divina Escritura la que los redarguye y refuta plañísima y plenísimamente. Los ninivitas hicieron penitencia en esta vida, y, por tanto, penitencia fructuosa, sembrando en este campo en que Dios quiso que se sembrase con lágrimas lo que después se cosechará con alegría. Y, con todo, ¿quién negará que se cumplió la predicción del Señor, so pena de no considerar bastante cómo Dios destruye a los pecadores no sólo cuando está airado, sino también cuando está apiadado? Los pecadores son destruidos de dos modos: o como los habitantes de Sodoma, castigando a los hombres por sus pecados, o como los ninivitas, destruyendo los pecados de los hombres por la penitencia. Lo que Dios había anunciado se cumplió. La Nínive mala fue destruida y fue edificada la buena —cosa que no era—. Aunque erguidas las murallas y las casas, la ciudad fue derribada en sus rotas costumbres[527]. Y así, aunque el profeta se había de contristar porque no sucedió lo que los ninivitas esperaban por la profecía, sucedió lo que Dios había predicho, porque conocía que esta predicción se cumpliría en un sentido más favorable.

5. Y a fin de que estos misericordiosos en torcido comprendan cuál es el alcance de estas palabras: *¡Qué grande y abundante es, Señor, la dulzura que escondiste a los que te temen!,* lean lo que sigue: Y *la has consumado en los que esperan en ti.* ¿Qué significa: *La escondiste a los que te*

[527] Cf. *En. in Ps.* 50,11. Las ciudades se ven arruinadas por sus costumbres. No hacen a la ciudad, nos ha dicho Agustín, las paredes ni los muros, sino los ciudadanos: *Civitas in civibus est, non in parietihus (De urbis excidio* 6). Por consiguiente, es preciso conservar la moralidad en los ciudadanos si se quiere que las ciudades prosperen. Este es el consejo más sabio para el progreso de las naciones. Y a éste acude frecuentemente el Santo.

*temen y la has consumado en los que esperan en ti,* sino: La justicia de Dios no es dulce para aquellos que por temor a las penas quieren constituir su justicia fundada en la ley, porque la desconocen? Y, como la desconocen, no la han gustado. Esperan en sí mismos, no en El, y por eso la abundancia de la dulzura de Dios se les esconde. Temen, es verdad, a Dios; pero con aquel temor servil que no va acompañado de caridad, porque la caridad perfecta expulsa el temor. Dios consuma su dulzura en los que esperan en El, inspirándoles su caridad para que con temor casto, no con ese que echa fuera el amor, sino con el que permanece eternamente, se gloríen únicamente en el Señor.

La justicia de Dios es Cristo, que nos ha sido dado por Dios, como dice el Apóstol, *para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención, a fin de que, como está escrito, el que se gloríe, se gloríe en el Señor.* Esta justicia de Dios, que es un don de la gracia, no un efecto de los méritos, la desconocen los que ansían constituir su justicia. Por eso no se someten a la justicia de Dios, que es Cristo. En esta justicia se halla precisamente la gran abundancia de la dulzura de Dios. De ella *y* por ella se dice en el Salmo: *¡Gustad y ved cuán dulce es el Señor!* En este peregrinaje la gustamos no hasta la saciedad, y por eso estamos más hambrientos y más sedientos de ella, para saturarnos después, cuando la veamos como es y se cumpla lo que está escrito: *Seré saciado cuando se manifieste tu gloria.* Así consuma Cristo la abundancia de su dulzura en los que esperan en El.

Luego, si Dios esconde a los que le temen la abundancia de su dulzura en el sentido en que nuestros adversarios la entienden, es decir, con el fin de que los impíos, desconociéndola y por temor a ser condenados, vivan rectamente, pudiendo así haber fieles que oren por los que viven sin frenos morales, ¿cómo la consumará en los que esperan en El, supuesto que, como éstos sueñan, por esta dulzura no se condenará a aquellos que no esperan en El? ¡búsquese, pues, la dulzura que Dios perfecciona en los que esperan en El y no la que se imaginan que perfeccionará en los que le desprecian y blasfeman! En vano el hombre busca en la otra vida lo que ha descuidado adquirir en ésta.

6. Aquel dicho del Apóstol: *El hecho es que Dios permitió que todas las gentes quedaran envueltas en la infidelidad para ejercitar su misericordia con todos,* no quiere decir que Dios no condenará a nadie. El contexto nos aclara el sentido. San Pablo se dirigía a los gentiles ya creyentes y les dice a propósito de los judíos, que se convertirían luego: *Así como vosotros en otro tiempo no creíais en Dios y al presente habéis alcanzado*

*misericordia con ocasión de la incredulidad de aquéllos, así también éstos al presente no han creído en vuestra misericordia, a fin de obtenerla también ellos algún día.* Y a continuación añade las palabras que inducen a error a éstos: *El hecho es que Dios permitió que todas las gentes quedaran envueltas en la infidelidad, para ejercitar su misericordia con todos.* ¿Quiénes son todos sino esos de que hablaba, es decir, vosotros y ellos? Dios ha dejado, pues, caer en la infidelidad a todos los gentiles y a todos los judíos que previó y predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo. Así, arrepentidos con amarga penitencia de su infidelidad y convertidos a la dulzura de la misericordia de Dios, clamarán con el Salmista: *¡Qué grande y abundante es, Señor, la dulzura que escondiste a los que te temen y consumaste en los que esperan,* no en sí mismos, sino *en ti!* Tendrá misericordia de todos los vasos de misericordia. ¿Qué significa de todos? Tanto de los gentiles que predestinó, llamó, justificó y glorificó, como de los judíos. Y de todos estos hombres, no de todos los hombres, no condenará a nadie.

## CAPÍTULO XXV

## ¿Qué decir de la tercera y de la cuarta opinión?

1. Respondamos ahora a aquellos que no prometen la liberación del fuego eterno no solamente al diablo y a sus ángeles, ni a todos los hombres, sino sólo a aquellos que hayan recibido el bautismo y participado del cuerpo y de la sangre de Cristo, vivan como vivan en cualquier herejía o impiedad en que han caído[528]. El Apóstol los contradice al decir: *Las obras de la carne son bien fáciles de conocer. Tales son la fornicación, la deshonestidad, la lujuria, la idolatría, las hechicerías, las enemistades, los pleitos, los celos, las animosidades, las herejías, las disensiones, las envi-*

---

[528] La doctrina expuesta en este capítulo es un resumen del tratado que lleva por título *De fide et operibus.* En él refuta el triple error, al cual opone las tres proposiciones siguientes, que son las verdaderas: 1.ª Que no todos deben ser admitidos indistintamente al bautismo y que, por tanto, deben ser tolerados en la Iglesia los malos, para que no se relaje la disciplina eclesiástica. 2.ª A los que van a ser bautizados ha de enseñárseles no sólo las reglas de la fe, sino también de la vida cristiana. 3.ª Finalmente, que los bautizados, si no cambian de costumbres, no llegarán a la vida eterna por sola la fe. Esta es, ni más ni menos, la síntesis de la obra y el compendio del presente capítulo.

*dias, las embriagueces, las glotonerías y cosas semejantes. Sobre ellas os prevengo, como os tengo dicho, que los que tales cosas hacen no alcanzarán el reino de los cielos.* Estas palabras del Apóstol son falsas si los tales han de poseer el reino de Dios, librados, aunque sea después de largo tiempo, de sus tormentos. Mas como no son falsas, síguese que no poseerán el reino de los cielos. Y si no entrarán jamás en posesión de ese reino, estarán sometidos a un eterno suplicio, porque entre el reino de Dios y el suplicio no hay término medio.

2. Es preciso, por ende, estudiar cómo debe entenderse lo que dice Nuestro Señor: *Este es el pan que descendió del cielo, a fin de que quien comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo. Quien comiere de él vivirá eternamente.* Los adversarios a quienes luego responderemos refutan la opinión de los presentes. Son aquellos que prometen la liberación no a todos los que hayan recibido el sacramento del bautismo y el del cuerpo de Cristo, sino solamente a los católicos, aunque vivan mal. Porque —así discurren— han comido el cuerpo de Cristo, no sólo en sacramento, sino también en realidad, y se han constituido en el mismo cuerpo. De este cuerpo dice el Apóstol: *Muchos somos un solo pan, un solo cuerpo.* Solamente, pues, el que se conserva en la unidad del cuerpo de Cristo, de ese cuerpo cuyos fieles acostumbran a recibir el sacramento del altar, o sea, el miembro de la Iglesia, es el que verdaderamente debe decirse que come el cuerpo de Cristo y bebe su sangre. Por tanto, los herejes y los cismáticos, apartados de la unidad de este cuerpo, pueden recibir ese sacramento, pero sin fruto y —lo que es más— con daño personal para ser condenados con más gravedad y no ser, aunque tarde, librados. No están arrollados en ese lazo de paz representado por este sacramento.

3. Por otra parte, éstos, que están en lo cierto al decir que no come el cuerpo de Cristo el que no está en el cuerpo de Cristo, han errado al prometer la liberación de las penas eternas a aquellos que salen de la unidad de este cuerpo y se adhieren o a la herejía o a la superstición de los gentiles. En primer término, deben considerar lo intolerable que es y lo ajeno a la sana doctrina pensar que muchos o casi todos los que han fundado herejías impías, saliendo de la Iglesia católica y haciéndose heresiarcas, queden mejor acomodados que aquellos otros que nunca fueron católicos y cayeron en sus trampas. Si el bautismo que recibieron en la Iglesia católica y el sacramento del cuerpo de Cristo, que participaron en el verdadero cuerpo de Cristo, libran a los heresiarcas del suplicio eterno, reparen en que es peor el desertor de la fe y hecho de desertor, opugnador de la misma que aquel que no desertó de la fe, pues no la abrazó nunca.

En segundo lugar, el Apóstol ataja esta opinión cuando, después de haber enumerado las obras de la carne, predice, con la misma Verdad, que *los que tales cosas hacen no poseerán el reino de los cielos.*

4. De donde se sigue que no deben estar seguros en sus costumbres, estragadas y condenables, quienes perseveran en la comunión de la Iglesia católica hasta el fin, atendiendo a estas palabras: *El que perseverare hasta el fin se salvará.* Por su mala vida abandonan la justicia de vida, que es Cristo, sea practicando la fornicación, sea manchando su cuerpo con otras impurezas, que ni el mismo San Pablo quiso nombrar; sea dejándose arrastrar por la lujuria; sea, en fin, haciendo alguna de las obras de las que dice: *Los que tales cosas hacen no poseerán el reino de los cielos.* Luego, si los que hacen tales cosas no podrán entrar en el reino de los cielos, irán inevitablemente al fuego eterno. No debe decirse que, perseverando en el desorden hasta el fin de su vida, han perseverado en Cristo hasta el fin, porque perseverar en Cristo es perseverar en su fe. Y *esta fe,* según la definición del Apóstol, *obra por la caridad.* Y *la caridad,* como dice en otra parte, *no obra mal.*

No debe tampoco decirse que éstos comen el cuerpo de Cristo, ya que ni deben ser contados entre los miembros de Cristo. Porque —y conste que omito otras razones— no pueden ser a la vez miembros de Cristo y de una meretriz.

Finalmente, al decir Cristo: *El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él,* nos muestra qué es comer su cuerpo y beber su sangre en verdad y no sólo en sacramento. Es, sencillamente, permanecer en Cristo para que El permanezca en el comulgante. Como si dijera: El que no permanece en mí y en quien yo no permanezco, no diga o estime que come mi cuerpo y bebe mi sangre. Ahora bien, no permanecen en Cristo quienes no son miembros suyos. Y no son miembros de Cristo quienes se hacen miembros de una meretriz, a no ser que renuncien al mal por la penitencia y tornen al bien por la reconciliación.

## CAPÍTULO XXVI

## ¿Qué es tener a Cristo por fundamento y qué decir de la opinión quinta?

1. Los cristianos católicos —dicen— tienen a Cristo por fundamento, de cuya unidad no se han separado, aunque hayan edificado sobre ese fun-

damento una vida desordenada, como maderas, heno y hojarasca. La verdadera fe, que hace que Cristo sea su fundamento, aunque con daño, pues serán abrasadas las cosas que fueron edificadas sobre él, podrá librarlos algún día de la perpetuidad del fuego. Responda a esto brevemente el apóstol Santiago: *Si uno dice que tiene fe y carece de obras, ¿le podrá salvar la fe?*

Y ¿quién es —insisten— aquel de quien dice el Apóstol: *No dejará de salvarse, si bien como por el fuego?*

Busquemos a una quién es ése. Damos por descartado que no es ese de quien habla Santiago. Lo contrario sería poner frente a frente a dos apóstoles, pues que uno dice: «Aunque uno tuviere malas obras, la fe le salvará por el fuego»; y el otro: «Si no tiene obras, ¿le salvará la fe?»[529].

2. Sabremos quién puede salvarse por el fuego si conocemos primero qué es tener a Cristo por fundamento. Para averiguarlo lo antes posible consideremos la imagen y caigamos en la cuenta de que, en un edificio, el fundamento es lo primero. Quienquiera, pues, que tenga de tal suerte a Cristo en el corazón, que ni anteponga a El las cosas terrenas y temporales ni aquellas cuyo uso le está permitido, éste tiene por fundamento a Cristo. Mas, si prefiere a El esas cosas, aunque parezca tener la fe de Cristo, no tiene a Cristo por fundamento, ya que lo pospone. ¿Cuánto menos lo tendrá aquel que, despreciando los mandamientos saludables, obra ilícitamente no anteponiendo a Cristo, sino posponiéndolo, subestimando sus mandatos o permisiones y prefiriendo, contra ellos, satisfacer sus pasiones? Así, cuando un cristiano ama una meretriz y, uniéndose a ella, se hace un solo cuerpo con ella, ya no tiene a Cristo por fundamento. En cambio, cuando uno ama a su esposa y lo hace según Cristo, ¿quién duda que tiene a Cristo por fundamento? Si la ama según este siglo, carnalmente a través de la morbosidad de las concupiscencias, como los gentiles, que desconocen a Dios, el Apóstol aun en este caso lo permite por condescendencia, o mejor, es Cristo por medio del Apóstol. Aun en este caso puede tener a Cristo por fundamento. Porque, si no antepone a El su afección y su placer, aunque edifica sobre él maderas, heno y hojarasca, tiene a Cristo por fundamento, y se salvará por el fuego. El fuego de la tribulación quemará esas delicias y esos amores, que no son condenables debido al matrimonio. A este fuego

[529] Como puede apreciarse, la objeción es llanamente la presentada hoy y siempre por los protestantes. Un apóstol pide las obras, y al otro parece bastarle la fe. Lo esencial, dicen los protestantes, es creer; lo demás no es necesario. Agustín ahora va a dar una respuesta a esta solución y resolverá, como debe hacer todo buen teólogo católico.

pertenecen las orfandades y las demás calamidades que privan de esos goces. Por eso esa edificación será perjudicial para el que edificó, porque no tendrá lo que sobreedificó, y será atormentado con la pérdida de las cosas cuyo goce le encantaba. Mas será salvado por el fuego, por los méritos del fundamento, porque, si un perseguidor le propusiera la disyuntiva Cristo o lo otro, no antepondría lo otro a Cristo.

Ved en las palabras del Apóstol al hombre que edifica sobre el fundamento plata, oro y piedras preciosas. *El que no tiene mujer* —dice él— *piensa en las cosas que son de Dios y en cómo agradar al Señor*. Ved ahora al otro que edifica madera, heno y hojarasca: *Y el que está casado piensa en las cosas del mundo y en cómo agradar a la mujer*. *Se verá cuál es la obra de cada uno, porque el día la descubrirá,* el día de la tribulación, sí, *puesto que será manifestado por el fuego.* Llama fuego a la tribulación misma, como se lee en otra parte: *El horno prueba las vasijas de tierra, y la tribulación a los hombres justos.* Y también: *El fuego descubrirá cuál es la obra de cada uno. Si la obra de uno sobrepuesta permaneciere* (*y* permanecen los pensamientos sobre Dios y el cuidado de agradarle), *recibirá la recompensa,* es decir, recibirá el fruto de sus pensamientos. Sin embargo, *si la obra de otro se quemare, será suyo el daño,* porque no tendrá lo que había amado. *No obstante, no dejará de salvarse,* pues la tribulación no le separó de ese fundamento, *si bien como por el fuego,* ya que no perderá sin dolor urente lo que poseyó con amor atrayente. He aquí descubierto un fuego que no daña, a mi parecer, a ninguno de los hombres de que hemos hablado, sino que enriquece a uno, damnifica a otro y prueba a los dos.

3. Entendamos, si se quiere, en este lugar, aquel fuego del que dirá el Señor a los de la izquierda: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno,* de forma que incluyamos en él a estos que edifican sobre el fundamento madera, heno y hojarasca. Mas pensemos que éstos se verán libres de ese fuego, después de atormentados algún tiempo por sus pecados, por los méritos de ese fundamento. ¿Qué debemos pensar de los de la derecha, a quienes se dirá: *Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado,* sino que son aquellos que edificaron sobre el fundamento oro, plata y piedras preciosas? Si, pues, el fuego de que habla el Apóstol al decir: *si bien como por el fuego,* lo entendemos de este modo, deben ser arrojados a él unos y otros, es decir, los de la derecha y los de la izquierda. Y unos y otros deben ser probados por el fuego del que se dijo: *El día descubrirá la obra de cada uno, puesto que será manifestado por el fuego,* y *el fuego probará cuál sea la obra de cada uno.* Si los dos serán probados por el fuego, a fin de que el uno, si sus obras permanecen, es decir, no fueren

consumidas por el fuego, reciba el galardón, y el otro, si sus obras ardieren, reciba su castigo, sin duda ese fuego no es eterno. Sólo los de la izquierda serán enviados al fuego eterno para su suprema y eterna condenación. Este fuego de que habla el Apóstol prueba a los de la derecha. Pero los prueba de tal manera que no quema el edificio de unos y quema el de los otros. No quema el edificio de aquellos que han puesto a Cristo por fundamento del mismo. Y así se salvarán todos, puesto que han colocado a Cristo por fundamento y lo han amado con un amor grande. Y si se salvarán, estarán ciertamente a la derecha y oirán con los demás estas palabras: *Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado.* Y no a la izquierda, donde estarán los que no se han de salvar, que a su vez oirán: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno.* Ninguno de éstos se librará del fuego, porque irán todos al suplicio eterno, donde su gusano no morirá y el fuego no se apagará. Allí serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

4. Si se dice que el espacio de tiempo que mediará entre la muerte y ese día que, después de la resurrección de los cuerpos, será el último día de la remuneración y de la condenación, las almas estarán expuestas al ardor de un fuego que no sentirán aquellos que no hayan tenido en esta vida costumbres y afecciones carnales dignas de consumir su madera, su heno y su paja; y que quienes han construido un edificio semejante, sentirán el fuego de una tribulación transitoria que abrase, sea allí sólo, sea aquí y allí, sea aquí para que no sea allí, los pecados innumerables, aunque veniales. A esto no me opongo, porque quizá sea verdadero. La muerte del cuerpo, que es engendro del primer pecado, y que cada uno sufrirá a su tiempo, puede formar parte de esa tribulación. Las persecuciones de la Iglesia, que han coronado a sus mártires y que padecen todos los cristianos, son como un fuego que prueba los diferentes edificios, que consume unos con sus edificadores, si no encuentra en ellos a Cristo por fundamento, y quema otros sin tocar a sus autores, si lo encuentra. Estos se salvarán, aunque después del castigo. A otros no los consume, porque los halla dignos de permanecer eternamente. Habrá también hacia el fin del mundo, en tiempo del anticristo, una persecución sin precedente en la historia. ¡Cuántos edificios de oro o de heno se levantarán entonces sobre el óptimo fundamento, que es Jesucristo, para que el fuego pruebe a los dos, infiriendo a unos gozo y a otros daño, pero sin perder ni a unos ni a otros a causa de la estabilidad de ese fundamento!

Mas quienquiera que antepone, no digo la mujer, de la que se sirve para el deleite carnal, sino las otras personas que no ama por ese fin y las ama carnalmente a usanza humana, no tiene a Cristo por fundamento. Este

no se salvará por el fuego, y no se salvará porque no podrá estar con el Salvador, que, hablando palmariamente sobre este punto, dice: *Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí. Y quien ama al hijo o a la hija más que a mí, no es tampoco digno de mí.* El que ama carnalmente a estos parientes, anteponiéndolos a Cristo, nuestro Señor, y preferiría perderlos a ellos a perder a Cristo si se le pone en esta prueba, se salvará por el fuego. De su pérdida sólo es preciso que queme el dolor cuanto había unido el amor. Por tanto, el amar según Cristo al padre, a la madre, a los hijos o a las hijas, y ayudarles a conseguir su reino y a unirse a El, o amarlos porque son miembros de Cristo, tal amor no es un edificio de madera, de heno y paja, para ser consumido, sino de oro, plata y piedras preciosas. ¿Cómo podría amar más que a Cristo a aquellos que ama por Cristo?[530]

## CAPÍTULO XXVII

## Contra la sexta opinión

1. No queda por responder más que a quienes sostienen que sólo arderán en el fuego eterno los que descuiden hacer limosnas por sus pecados, según aquellas palabras del apóstol Santiago: *Aguarda un juicio sin misericordia al que no usó de misericordia.* Luego el que la practica—concluyen—, aunque no haya enderezado sus disolutas costumbres y viva nefaria y pecadoramente en medio de sus limosnas, será juzgado con misericordia. Y o no será condenado o después de algún tiempo será librado de la última condenación. Creen que la separación que hará Cristo entre los

[530] El pensamiento del Santo es claro en este punto. Cristo tiene sobrados títulos para nuestro amor, y por ello no debe anteponérsele nada a él. En *De moribus Ecclesiae catholicae* (I 30,63) le dirige una plegaria llena de unción y de santo entusiasmo, en la que cita todos los títulos y los dones que Cristo concede a los hombres. El amor a los parientes parece en el Santo un poco aminorado. Pero no es rigorista ni mucho menos. Distingue perfectamente ciertos puntos que nos pueden dar una idea de su concepción: 1.º Para San Agustín es lícito el amor a todo lo creado y natural *(Retract.* II 15,2; *De Trin.* IX 8,13). 2.° También es lícito el amor a los parientes y consanguíneos *(Serm,* 344,2). 3.° Este amor no sólo es lícito, sino obligatorio *(Serm.*, 349,2,2). Además, en este amor hay un movimiento pasional humano, que está conforme con el orden moral también humano. Por consiguiente, la justicia pide lo que dice aquí en este capítulo y lo que expresa, aunque con rigor, en *De vera religione* (46 y 86-89 ss.).

de la derecha y los de la izquierda, para enviar a unos al reino eterno y a otros al eterno suplicio, se fundará únicamente en el cuidado o descuido de la limosna. Se apoyan, además, en la oración dominical, y dicen que los pecados cometidos a diario, por enormes que sean, pueden ser perdonados por las limosnas. Como no hay día —prosiguen— en que los cristianos no reciten esta oración, así no hay pecado, por cotidiano que sea, que no se perdone por ella, a condición de que cuando decimos: *Perdónanos nuestras deudas*, procuremos poner en práctica lo que sigue: *así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* El Señor —agregan— no dice:

Si perdonareis los pecados a los hombres, vuestro Padre os perdonará los pecados leves que cometiereis a diario, sino: *Os perdonará vuestros pecados.* Presumen que los pecados, sean del número y de la calidad que sean, aunque los cometan a diario y mueran sin haber renunciado a ellos, la limosna de un perdón no negado puede perdonarlos.

2. Está bien que reparen en que deben hacerse limosnas dignas por los pecados. Si dijeran que todos los pecados, tanto graves como leves, y todas las costumbres criminosas serán remitidos por toda suerte de limosnas, caerían en la cuenta de que dicen una cosa absurda y ridícula. En efecto, se verían obligados a confesar que un hombre muy rico, por ejemplo, con invertir a diario diez pesetillas en limosnas, podría redimir los homicidios, los adulterios y demás acciones nefarias. Si decir esto es un absurdo mayúsculo y una locura sin calificativo, resta saber cuáles son las limosnas dignas por los pecados, de las cuales decía el precursor de Cristo: *Haced frutos dignos de penitencia.* Sin duda no se hallará que sean dignas las limosnas de aquellos que sepultan su vida hasta la muerte cometiendo crímenes a diario[531]. Lo primero, porque derrochan muchas más riquezas en quitar la hacienda ajena y dando de ésta un poquito a los pobres piensan que alimentan a Cristo, creyendo que le compran con ella la licencia para sus desabríos, o más bien que se la compran a diario y cometen con ella tamaños desafueros. Aunque por un solo pecado distribuyeran todo su haber a los miembros necesitados de Cristo, si no renuncian a sus truhanerías, teniendo esa caridad que no obra mal, tal liberalidad les sería inútil.

El que hace por sus pecados limosnas dignas, comience primero a hacerlas por sí mismo. Es indigno no hacerse a sí mismo la caridad que se hace al prójimo, oyendo al Señor que dice: *Amarás al prójimo como a ti mismo.* Y también: *Apiádate de tu alma agradando a Dios.* Quien no hace a su alma la limosna de agradar a Dios, ¿cómo puede decir que hace li-

531 Cf. *Contra Faust. Manich.* XXII 29.

mosnas dignas por sus pecados? A este fin está también escrito: *Quien es malo para consigo mismo, ¿para quién será bueno?* Las limosnas, pues, ayudan a las oraciones. Mas debe pararse mientes en esto: *Hijo, ¿has pecado? Para que no vuelvas a pecar más, haz oración por las culpas pasadas, a fin de que te sean perdonadas.* Las limosnas deben hacerse exclusivamente para que seamos escuchados cuando pedimos perdón por los pecados pasados, no para que, perseverando en ellos, creamos que hemos obtenido licencia para obrar mal.

3. El Señor predijo que había de imputar a los de la derecha las limosnas realizadas y a los de la izquierda las no hechas, para mostrar con ello el valor de la limosna en orden a borrar los pecados cometidos, no en orden a cometerlos sin cesar impunemente. No debe creerse que quienes rehúsan mejorar su vida amoral hacen limosnas verdaderas. También esto: *Siempre que dejasteis de hacerlo con alguno de mis pequeñuelos, dejasteis de hacerlo conmigo,* muestra que no las hacen, aunque ellos crean que sí. Si dan a un cristiano pobre pan por ser cristiano, no se negarán a sí mismos el pan de justicia que es Cristo, porque Dios atiende no a quién se da, sino con qué intención se da[532]. Quien ama a Cristo en un cristiano, le da limosna con el mismo espíritu con que se acerca a Cristo, no con ese espíritu que le induce a apartarse sin castigo de Cristo. Tanto más se aleja uno de Cristo cuanto más ama lo que reprueba Cristo[533]. En efecto, ¿qué le aprovecha ser bautizado, si no es justificado? ¿No es verdad acaso que quien dijo: *El que no renaciere del agua y del Espíritu Santo no entrará en el reino de los cielos*, ese mismo dijo: *Si no es más colmada vuestra justicia que la de los escribas* y *fariseos, no entraréis en el reino de los cielos?* ¿Por qué son tantos los que corren a bautizarse por temor a lo primero y

[532] La atención y la intención en la espiritualidad agustiniana especifican toda obra. Sabido es que la ascética agustiniana es teología ascética, y, por consiguiente, moral; es la base de formación, los principios normativos. Estas normas fluyen del principio de interioridad, que hacen que el hombre sea en todo momento consciente de sí mismo y esté siempre sobre sí. Y, a su vez, la interioridad viene dada por la *memoria sui* en el aspecto teórico y por la *memoria Dei* en el plano normativo.

[533] Esta es la psicología humana y así se ha hecho en todo su desenvolvimiento. El amado no busca más que ser incluido en el amante, y el amante tanto más ama y tanto más está en posesión de su amor, cuanto menos disgusta y más agrada al amado. Así pasa con las amistades humanas, y esto mismo puede decirse trasladado al campo de la amistad con Jesucristo. No se diga, pues, que es amigo de Cristo el que ama lo que desagrada a Cristo, pues ya leemos en el Evangelio que es su amigo el que hace la voluntad de su Padre, y que éste entrará en el reino de los cielos, no el que dice: *Señor, Señor.*

son tan pocos los que procuran justificarse por temor a lo segundo? Así como no llama *idiota* a su hermano quien, cuando le injuria, está enojado no con su hermano, sino con su pecado, pues de otra suerte sería reo del infierno de fuego, así el que alarga una limosna a un cristiano, no la alarga a un cristiano si no ama en él a Cristo, y no ama a Cristo si rehúsa justificarse en Cristo. Aprovecharía muy poco a aquel que llama *idiota* a su hermano, injuriándolo injustamente y sin pensar en su corrección, el hacer limosna para obtener el perdón si no añade también el remedio de la reconciliación. Está propuesto en el mismo lugar así: *Por tanto, si, al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda ante el altar* y *ve primero a reconciliarte con tu hermano* y *luego vuelve a presentar tu ofrenda.* Del mismo modo, aprovecharía muy poco hacer grandes limosnas por los pecados permaneciendo en las costumbres pecaminosas.

4. La oración cotidiana, enseñada por el Señor —de aquí su nombre de dominical—, borra los pecados de cada día cuando se dice a diario: *Perdónanos nuestras deudas,* y lo que sigue no se dice solamente, sino que se pone en práctica: *así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* Se recita la oración porque se cometen pecados, no para que se cometan porque se recita. El Salvador ha querido enseñarnos con esta oración que, por más justamente que vivamos en la noche feble de esta vida, no nos faltarán pecados por los que tendremos necesidad de orar y de perdonar a quienes nos ofendan, para que nos perdone Dios a nosotros. El Señor no dice: *Si perdonareis a los hombres sus pecados, os perdonará también vuestro Padre vuestros pecados,* con el fin de que, confiados en esta oración, cometiéramos seguros a diario crímenes, sea en virtud de la autoridad que nos pone al amparo de los hombres, sea por astucia, engañando a los mismos hombres. Quería que aprendiéramos a no pensar que estamos sin pecados aunque estemos exentos de crímenes. Así lo advirtió Dios a los sacerdotes de la antigua Ley, mandándoles ofrecer primero sacrificios por sus pecados y luego por los del pueblo.

Las palabras de nuestro gran Señor y Maestro merecen una consideración más detallada. El no dice: Si perdonareis a los hombres sus pecados, también vuestro Padre os perdonará a vosotros cualesquiera pecados, sino *vuestros pecados.* Nótese que estaba enseñando la oración de cada día y hablaba a discípulos justificados. ¿Qué significa *vuestros pecados* sino los pecados de los que no estáis exentos ni siquiera vosotros, que estáis justificados y santificados? Los que buscan en esta oración un pretexto para cometer todos los días crímenes, pretenden que el Señor significó los pecados graves, porque no dijo: Os perdonaré los leves, sino *vuestros pecados.*

Nosotros, al contrario, considerando a quiénes se dirigía y oyendo decir *vuestros pecados,* no debemos entender esas palabras más que de los leves, porque sus discípulos no tenían ya otros. No obstante, los mismos graves, de los que es preciso apartarse por una sincera conversión, no se perdonan por la oración si no se pone en práctica lo que en ella se dice: *así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* Si, pues, las faltas, aunque sean leves, de las que no están libres ni los santos, no se remiten de otro modo, ¡cuánto menos los enviscados en crímenes enormes, aunque dejen de cometerlos, conseguirán el perdón si fueren inexorables para perdonar las faltas que otro cometiere contra ellos, diciendo el Señor: *Si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará!* A eso aluden las palabras de Santiago: *Será juzgado sin misericordia el que no use de misericordia.* Se debe traer a la memoria el ejemplo del siervo deudor, a quien su amo perdonó diez mil talentos y que después le obligó a pagarlos porque no se apiadó de un consiervo que le debía cien denarios. A los hijos de la promesa y vasos de misericordia se aplican las palabras siguientes del mismo apóstol: *La misericordia sobrepuja la justicia.* Los justos que han vivido en tal santidad que reciben en los tabernáculos eternos a aquellos cuya amistad granjean por riqueza de iniquidad, han llegado a ese estado por la misericordia de Aquel que justifica al impío, que da el premio según la gracia y no según los méritos. En el número de éstos se cuenta el Apóstol, que dice: *He conseguido la misericordia para ser fiel.*

5. En cambio, aquellos que son recibidos en los tabernáculos eternos es preciso confesar que no han vivido en tal pureza de costumbres que les sea suficiente su vida para verse libres sin el sufragio de los santos. Por eso en ellos la misericordia aventaja en mucho a la justicia. No obstante, no debe creerse que un malvado que no haya virado su vida en un sentido mejor o más tolerable, será recibido en los tabernáculos eternos por haberse granjeado la amistad de los santos por la riqueza de iniquidad, es decir, con el dinero o con los bienes adquiridos por medios malos. O quizá, aunque con medios buenos, con falsas riquezas, aun cuando la iniquidad las juzgue verdaderas porque desconoce las auténticas riquezas, que enriquecen a aquellos que reciben a otros en los tabernáculos eternos. Hay cierto género de vida que ni es tan mala que la largueza en las limosnas le sea inútil para ganar el reino de los cielos, pues la pobreza de los santos se sustenta con ella y los torna amigos que los recibirán en las eternas moradas; ni tan buena que les baste para adquirir tamaña felicidad si no consiguen la misericordia.

(Y, dicho sea entre paréntesis, siempre me ha extrañado hallar en Virgilio la sentencia del Señor que reza: *Granjeaos amigos con las rique-*

*zas manantial de iniquidad, para que os reciban en las moradas eternas.* Muy similar a ésta es aquella otra: *El que hospeda a un profeta en atención a que es profeta, recibirá premio de profeta, y el que hospeda a un justo en atención a que es justo, tendrá galardón de justo.* Describiendo el poeta los campos Elíseos —lugar en que los paganos creen que habitan las almas de los bienaventurados— sitúa en ellos no sólo a los que han merecido llegar a esas moradas por méritos propios, sino también a

los que, beneficiando a otros, perpetuaron su memoria entre los hombres.

Es decir, a aquellos que merecieron por otros y, mereciendo para ellos, hicieron que se acordaran de ellos. Es como si dijera —cosa corriente en boca de un cristiano cuando se encomienda humilde a uno de los santos—: «Acuérdate de mí», y busca grabar su nombre en la memoria mereciendo.)

Si ahora preguntamos por ese género de vida y por esos pecados que cierran la entrada en el reino de los cielos, y de los cuales se obtiene el perdón por los méritos de los santos amigos, nos situamos en una cuestión muy difícil y muy arriesgada. Por cierto, que yo, procurando hasta ahora esforzarme en su investigación, nada he conseguido. Quizá esté escondida por temor a que el afán de progreso mengüe el cuidado de evitar los pecados. Si conociéramos cuáles o qué delitos son esos en pro de los cuales, sin un avance hacia la vida mejor, debe buscarse y esperarse la intercesión de los santos, la desidia humana se envolvería segura de ellos y no cuidaría de desenredarse de tal visco con la ayuda de alguna virtud. Buscaría únicamente verse libre por los méritos de los otros, cuya amistad se ha. granjeado con la riqueza de iniquidad y dando limosnas. En cambio, mientras desconocemos ese género de pecado venial, aunque exista, aplicamos el afán de una mejora en la vida, instando con más vigilancia en la oración, y no desdeñamos granjearnos la amistad de los santos con la riqueza de iniquidad,

6. Esta liberación, que se obtiene o por sus oraciones o por la intercesión de los santos, motiva el no ser enviados al fuego eterno, no el salir de él, después del tiempo que sea, una vez enviados a él. Los mismos que piensan que lo que está escrito de la tierra buena que da su fruto en abundancia, una treinta, otra sesenta y otra ciento, debe entenderse de los santos, que, según la diversidad de sus méritos, unos rendirán treinta, otros sesenta y otros ciento, suelen creer que esto sucederá el día del juicio y no después.

Se cuenta que una persona, viendo que los hombres se prometían con esta opinión una perversa impunidad, pues de este modo, al parecer, todos pueden ser salvados, respondió con mucho acierto que cada uno debe vivir bien para lograr con su vida ser del número de los que han de interceder por la liberación de los demás. Y añadió: No vayan a ser tan pocos los intercesores, que, colmando presto cada cual su número, uno treinta, otro sesenta y otro ciento, queden muchos sin poder ser librados de las penas y se hallen entre éstos los que pusieron con vanísimo temeridad su esperanza en fruto ajeno.

Baste, pues, haber respondido a estos que, no despreciando la autoridad de las Sagradas Letras, que nos son comunes, sino entendiéndolas torcidamente, descubren en ellas no el sentido que tienen, sino el que ellos quieren[534]. Y, hecho esto, pongamos fin a este libro, como hemos prometido.

[534] Cf. *Epist.* 120,3,13. En este lugar hallamos estas palabras, tan en consonancia con las que tenemos entre manos: «Todos los herejes que han admitido la autoridad de las divinas Escrituras creen haberse atenido a ellas, cuando se atuvieron más bien a sus propios errores; pero son herejes no por haberlas menospreciado, sino por no haberlas entendido».

# Libro XXII[535]

*El objeto de este libro es el fin debido a la Ciudad de Dios, es decir, la eterna felicidad de los santos. Se da solidez a la fe en la resurrección de los cuerpos y se explica en qué consistirá. La obra termina con una exposición sobre la vida de los bienaventurados en sus cuerpos inmortales y espirituales.*

## CAPÍTULO I

## La creación de los ángeles y de los hombres

1. Como he prometido en el libro anterior, éste, el último de la obra, girará todo él en torno a la felicidad eterna de la Ciudad de Dios. Y digo eterna no porque haya de durar largo tiempo y finalizar algún día, sino porque, como está escrito en el Evangelio, *su reino no tendrá fin.* La sucesión de las generaciones humanas, en que unos mueren para dejar paso a otros, no es ni imagen siquiera de la eternidad. Se asemejan al árbol de hoja perenne, que parece conservar siempre el mismo verdor, en tanto que van cayendo unas hojas y brotando otras, perpetuándose así la apariencia de su frescor. Todos en ella serán ciudadanos inmortales, y los hombres alcanzarán lo que los santos ángeles nunca perdieron. Dios, su omnipotentísimo Fundador, hará esta maravilla. Lo prometió y no puede mentir, y para dar fe de ello ha hecho muchas maravillas prometidas y no prometidas.

2. El es quien al principio creó el mundo, poblado de seres visibles e inteligentes, y lo creó bueno totalmente. Entre esos seres no hizo ninguno superior a los espíritus, que dotó de inteligencia y los capacitó y habilitó para contemplarlo y poseerlo, uniéndolos con los lazos, de esa sociedad que llamamos ciudad santa y soberana. En ella el sostén de su existencia y el principio de su felicidad es Dios mismo, y es para sus ciudadanos como

535 Este libro fue escrito probabilísimamente a principios del 427.

la vida y el alimento común. El dio a la naturaleza intelectual el libre albedrío, de suerte que, si abandonara voluntariamente a Dios, fuente de su felicidad, caería en seguida en la más perfecta miseria. Y El, presabiendo que algunos ángeles por soberbia querían bastarse a sí mismos y constituirse en principio de la propia felicidad, desertando así del verdadero bien, no les privó de este poder, juzgando que es más digno de su omnipotencia y de su bondad hacer buen uso de los males que no permitirlos[536]. En efecto, el mal no existiría si la naturaleza mudable, aunque buena y creada por Dios, bien sumo e inmutable, que creó buenas todas las cosas, no se lo hiciera a sí mismo pecando. Su pecado es el mejor testigo de que la naturaleza fue creada buena. Si ella no fuese un bien grande, aunque inferior a su Creador, sin duda el desertar de Dios como de su luz no podría ser un mal para ella[537]. Así como la ceguera es vicio del ojo e indica que el ojo fue creado para ver la luz y que el sentido capaz de luz es más excelente que los demás miembros (no por otra causa sería vicio para él carecer de luz), así la naturaleza, que gozaba de Dios, evidencia con su vicio, que la torna miserable, porque no goza de Dios, que fue creada buena. Dios castigó la caída voluntaria de los ángeles con la justísima pena de una infelicidad eterna y dio a los otros, como premio de su fidelidad, la certeza de su perseverancia sin fin. El creó al hombre recto con el libre albedrío, y lo creó animal mortal, es verdad, pero digno del cielo, si se unía a su Autor, y condenado a una miseria congruente con su naturaleza, si lo abandonaba. Y previendo que también éste había de pecar, violando la ley divina y abandonando a Dios, no le privó de la potestad del libre albedrío, porque preveía el bien que podría reportar de ese mal.

El con su gracia, en efecto, va reclutando entre esta raza justamente condenada un pueblo tan numeroso, que viene a ocupar la vacante que dejaron los ángeles. Y así, esta Ciudad amada y soberana, lejos de verse defraudada en el número de ciudadanos, se regocija de reunir quizá un número más crecido[538].

---

[536] He aquí el gran fundamento de la providencia de Dios sobre el mundo. Dios no permitiría que hubiera males en el mundo si no fuera para sacar mayores bienes. Aunque la razón humana se resista a acatar esto, es preciso confesar que es así. Esta misma idea la vemos expresada en *De Genesi ad litteram* (XI 9,12; 10,13-14 ss.) y más tarde recogida, por el Maestro de las Sentencias *(Sententiarum* 1.2 dist.23 c.l).

[537] Ya hemos hablado varias veces del concepto del mal que tenía Agustín y cómo todas las naturalezas, en cuanto naturalezas, son buenas, y que el mal no es más que la privación de bien. Remitimos al lector a los lugares citados en otra parte y ya comunes, y como algo más concreto al *Enchiridion* (12-15,4).

[538] Cf. *Ench.* 28-32,9.

## CAPÍTULO II

## La voluntad eterna e inmutable de Dios

1. Es indiscutible que los malos hacen muchas cosas contra la voluntad de Dios. Pero Dios es tan sabio y tan poderoso, que todo eso que parece contrario a su voluntad tiende a fines determinados para los buenos y para los malos por su presciencia[539]. Por eso, cuando se dice que Dios cambia de voluntad, airándose —es un ejemplo— contra quienes se mostraba favorable, cambian los hombres, no El. Las disposiciones del sujeto hacen hallar a Dios cambiado en cierta manera. Sucede algo así como cuando el sol cambia para los ojos enfermos y se torna de suave, áspero, y de deleitable, molesto, permaneciendo él idéntico en sí mismo.

Se llama también voluntad de Dios la que forma en los corazones dóciles a sus mandatos. Este es el sentido de las siguientes palabras, del Apóstol: *Dios es el que obra en nosotros el querer*. Como se llama justicia de Dios no sólo la que le hace justo en sí, sino también la que produce en el hombre que él justifica, así se llama también ley de Dios la ley de los hombres, pero dada por El. En efecto, a hombres se dirigía Jesús cuando dijo: *En vuestra ley está escrito.* Y en un salmo leemos: *La ley de Dios está grabada en su corazón.* Según esta voluntad que Dios obra en los hombres, se dice que El quiere lo que en realidad no quiere, sino lo que hace querer a los suyos, como se dice también que conoce cuando hace conocer a los hombres desconocedores. Cuando el Apóstol dice, por ejemplo: *Pero ahora, conociendo a Dios, o mejor, siendo conocidos por Dios,* no nos coarta a creer que Dios conoció entonces los preconocidos ya antes de la creación del mundo, sino que dijo que los conoció entonces, porque entonces les dio el poder de conocerle. Esta clase de locución recuerdo haberla ya explicado en los libros precedentes. Esta voluntad, por la cual decimos que Dios quiere lo que hace querer a otros que no conocen el porvenir, quiere muchas cosas que luego no hace.

2. Sus santos quieren, con una voluntad santa que El mismo les inspira, que se realicen muchas cosas, y no se realizan. Por ejemplo: oran a Dios piadosa y santamente en favor de alguno, y no son escuchados, a pe-

[539] Estas apreciaciones sobre la eficacia del conocimiento y poder de Dios han pasado a ser patrimonio de la escuela. Santo Tomas las recoge y las transmite a la posteridad, y en su tratado de la *Summa theologica* titulado de *Deo uno* hace de ellas una aplicación maravillosa.

sar de que han sido movidos a orar por el Espíritu Santo. Cuando los santos, inspirados por Dios, quieren y piden que uno se salve, podemos decir: Dios quiere y no lo hace. Pero entendámoslo bien, es decir: quiere, porque hace que quieran éstos. Si, en cambio, hablamos de su voluntad, que es eterna como su presciencia, ha hecho ciertamente todo cuanto ha querido en el cielo y en la tierra, no sólo las cosas pasadas o presentes, sino también las futuras. No obstante, antes de que llegue el tiempo en que determinó que sucedieran las cosas que presupo y dispuso así antes de todo tiempo, decimos: Sucederá cuando Dios quiera. Y si ignoramos no sólo el tiempo en que han de suceder, sino también si sucederán, decimos: Sucederán si Dios quiere.

Y esto no porque sobrevenga a Dios una nueva voluntad, sino porque sucederá entonces lo que había previsto desde toda la eternidad en su voluntad inmutable.

## Capítulo III

## Promesa de una felicidad eterna para los santos y de un suplicio eterno para los impíos

Por eso, para omitir otras mil cuestiones, como ahora vemos cumplirse en Cristo lo que Dios prometió a Abrahán al decirle: *En tu descendencia serán benditas todas las naciones;* así se cumplirá lo que El prometió a su misma raza cuando dijo por su profeta: *Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva.* Y esto otro: *Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva y no se acordarán ni recordarán más las tribulaciones pasadas, sino que hallarán en ellas júbilo y alegría. Yo tornaré a mi pueblo y a Jerusalén en júbilo y alegría. Pondré mis delicias en Jerusalén y hallaré mi gozo en mi pueblo, y nunca más se oirá en ella la voz del llanto.* Y la predicción hecha por boca de otro profeta: *En aquel tiempo, todo tu pueblo que se halle escrito en el libro será salvado. Y se levantarán muchos de los que duermen en el polvo de la tierra* (o, como han traducido otros, *en las fosas de la tierra*), *unos para la vida eterna y otros para ignominia y confusión eterna.* Y este otro pasaje del mismo profeta: *Los santos del Altísimo recibirán el reino y reinarán hasta el fin del siglo y por los siglos de los siglos.* Y poco después añade: *Su reino será reino eterno.* Y otros lugares citados en el libro XX y algunos no citados de la Escritura que expresan el mismo pensamiento. Se cumplirá todo esto como se han cumplido las maravillas que

los incrédulos juzgaban imposibles. Porque es Dios mismo el que prometió las dos cosas y anunció su realización futura, ese Dios ante quien tiemblan las divinidades paganas, según testimonio del eminente filósofo pagano Porfirio.

## CAPÍTULO IV

### **Contra los sabios de este mundo en su errada opinión sobre la resurrección de los cuerpos**

Pero estos hombres, tan doctos y tan sabios y tan refractarios a tamaña autoridad, que ha impuesto la ley y la esperanza de la resurrección de los muertos a todas las razas, como había predicho mucho antes, argumentan, al parecer con sutileza, contra esta creencia. Y alegan un pasaje del libro III *Sobre la república*, de Cicerón. Afirma primero que Hércules y Rómulo fueron convertidos de hombres en dioses, y luego dice: «Sus cuerpos no fueron elevados al cielo, porque la naturaleza no permite que lo formado de tierra subsista en otra parte que en la tierra». He aquí el gran argumento de estos sabios[540], cuyos pensamientos sabe muy bien el Señor que son vanos. Si fuéramos solamente almas, es decir, espíritus sin cuerpo, habitando en el cielo sin saber que existen animales terrenos, y se nos dijera que un día nos habíamos de unir por un lazo maravilloso a los cuerpos terrenos para animarlos, ¿no sería nuestro argumento mucho más fuerte rehusando creer eso? ¿No diríamos que la naturaleza no sufre que un ser incorpóreo sea aprisionado en un cuerpo? Y, sin embargo, la tierra está llena de espíritus que vegetan los miembros terrenos, unidos y engarzados a él de un modo misterioso. ¿Por qué, pues, si le place a Dios, Hacedor de estos animales, no podrá elevar un cuerpo terreno al rango del celestial, si el alma, superior a todo cuerpo, y, por tanto, también al celestial, ha podido ser unida a un cuerpo terreno? ¿O es que una partícula terrena tan pequeña pudo retener cabe sí a un ser superior al cuerpo celestial, para recibir de él la vida y el sentido, y el cielo desdeñará a este ser que siente y vive

---

[540] *Solet autem,* nos dice el Santo en *De fide et Symbolo* 6,13, *quosdam offendere vel impios gentiles vel haereticos, quod credamus assumptum terrenum corpus in caelum. Sed gentiles plerumque philosophorum argumentis nobiscum agere student, ut dicant, terrenum aliquid in caelo esse non posse. Nostras enim Scripturas non noverunt, nec sciunt quomodo dictum sit: «Seminatur corpus anímale, surget corpus spiritale*».

ya, o, una vez recibido, no podrá retener ese ser que recibe su vida y su sentido de una substancia superior a todo cuerpo celestial? Si esto no se hace ahora es porque aún no ha llegado el tiempo prefijado por Aquel que ha hecho una obra mucho más admirable, pero que la asiduidad y la costumbre la han vulgarizado. ¿Por qué no nos maravilla con más fuerza ver que las almas incorpóreas, superiores al cuerpo celestial, son unidas a cuerpos terrenos, que ver los cuerpos, aunque terrenos, sublimados a sedes celestiales, bien que corpóreas? Porque estamos avezados a ver esta maravilla que somos, y aquella otra no la hemos visto y no la somos. Es cierto que, miradas las cosas a la luz de la razón, descubrimos que es una obra divina más admirable unir seres corpóreos a incorpóreos que unir seres diversos, unos celestiales y otros terrestres, pero al fin cuerpos con cuerpos[541].

## CAPÍTULO V

## La resurrección de la carne y sus negadores

Esto en algún tiempo fue increíble. He aquí que el mundo ya ha creído que el cuerpo terreno de Cristo fue llevado al cielo. Tanto doctos como indoctos, han creído ya en la resurrección de la carne y en la ascensión a los cielos, a excepción de unos pocos, sabios e ignorantes. Si han creído una cosa creíble, consideren cuán estúpidos son los que no la creen. Y si han creído una cosa increíble, es también increíble que haya sido tan creída una cosa increíble[542]. Dios predijo estas dos cosas increíbles: la resu-

---

541 En la epístola 137 (3,11) presenta el mismo problema de unión al tratar de la encamación del Verbo. Y recurre también a la misma comparación. «La persona humana es una mezcla de alma y de cuerpo; la persona de Cristo es una mezcla de hombre y de Dios. Cuando el Verbo de Dios se unió a un alma que ya tenía su cuerpo, tomó conjuntamente el alma y el cuerpo. Lo uno se realiza cada día cuando se engendra un hombre; lo otro acaeció una vez para libertar a los hombres. Con todo, la mezcla de dos cosas incorpóreas debió creerse con mayor facilidad que la de una cosa corpórea con otra incorpórea. Si el alma no se engaña respecto a su propia índole, comprenderá que es incorpórea; pues mucho más incorpóreo es el Verbo de Dios».

542 Este milagro de la fe ha sido siempre para San Agustín un argumento poderoso a favor de la Iglesia y de la virtud divina que la anima.

Si lo que propone a la creencia de los fieles es creíble, es increíble quo no lo crean algunos; y si lo que propone es increíble, es también increíble cómo lo creen tantos. He aquí el paradójico argumento que va a exponer en el presente capítulo.

rrección eterna de los cuerpos y la fe del mundo en ella. Y las predijo mucho antes de que sucediera alguna de ellas. De estas dos cosas increíbles vemos ya cumplida una, la fe del mundo en una cosa increíble. ¿Por qué, pues, se pierde la esperanza de que suceda lo que el mundo creyó increíble, si ya se cumplió lo otro igualmente increíble, la fe del mundo en una cosa increíble, pues estas dos cosas increíbles, de las cuales una la vemos y la otra la creemos, han sido predichas en las mismas Letras, por causa de las cuales creyó el mundo?

Si ahora se considera el modo como creyó el mundo, se topa con otra cosa más increíble. Cristo envió al mar de este mundo, con las redes de la fe, a unos cuantos pescadores, sin instrucción liberal y sin educación, ignorantes de los recursos de la gramática, de las armas de la dialéctica y de los artificios pomposos de la retórica. Y así pescó una infinidad de peces de toda especie, de las especies más variadas y raras, como son los filósofos[543]. Añadamos, si os agrada —y tiene que agradaros, ¿cómo no?—, este tercer milagro a los dos anteriores. He aquí tres cosas increíbles que ya han sido cumplidas. Es increíble que Cristo haya resucitado en carne y haya subido con ella al cielo. Es increíble que el mundo haya creído una cosa tan increíble. Y, por fin, es increíble que hombres de condición humilde e ínfima, pocos e ignorantes, hayan podido persuadir al mundo y a los sabios del mundo con tanta eficacia, una cosa tan increíble.

De estas tres cosas increíbles, nuestros adversarios se niegan a creer la primera, y la segunda se ven constreñidos a contemplarla. Y ésta no la comprenden si no creen la tercera. En efecto, la resurrección de Cristo y su ascensión al cielo en la carne en que resucitó es celebrada y creída ya por todo el mundo. Si no es creíble, ¿de dónde o por qué la cree todo el mundo? Si un gran número de nobles, de poderosos y de sabios dijeran que lo vieron, no es maravilla que el mundo los creyera. Rehusar creer a éstos es cosa muy dura. Mas si, como es la verdad, el mundo creyó a unos hombres, pocos en número, desconocidos, de condición humilde e ignorantes que decían y escribían que lo vieron, ¿por qué los pocos que quedaron enviscados en su obstinación no creen hoy al mundo que ya cree? El mundo ha creído a ese reducido número de hombres viles, débiles e ignorantes, porque la divinidad se mostró mucho más admirablemente en testigos tan despreciables. Su persuasiva elocuencia se concretaba en maravillas, no en palabras. Y los que no habían visto a Cristo resucitar y ascender al cielo

---

[543] Esta imagen es digna de pasar a la literatura cristiana. Cristo envió al mundo a unos pescadores con las redes de la fe. Este es el mayor de los milagros: que estos ignorantes se ganaron al mundo sencillamente con lanzar las redes de su fe al fondo.

con su cuerpo, daban fe al testimonio de unos hombres que lo vieron y que no hablaban sino en maravillas y en portentos. A estos hombres que sabían que hablaban una lengua, o, a mucho echar, dos, de repente les oían hablar maravillosamente las lenguas de todas las naciones. Veían que un cojo de nacimiento, después de cuarenta años de enfermedad, se levantaba y marchaba a unas palabras que le dirigieron en nombre de Cristo; que los sudarios que ellos habían tocado curaban a los enfermos; que miles de enfermos tendidos en el camino por donde habían de pasar, al cubrirlos la sombra de los caminantes, recibían frecuentemente la salud. Veían otras muchas señales prodigiosas que ellos realizaban en nombre de Cristo. En fin, veían que resucitaban a los muertos. Si admiten la realidad de estos hechos, como se leen, he aquí un gran número de cosas increíbles que vienen a añadirse a las tres anteriores.

Y con todos estos testimonios aducidos de hechos portentosos no apeamos a los incrédulos de su extraña dureza para creer una cosa increíble, en la resurrección de la carne y en su ascensión al cielo. Si no creen que los apóstoles de Cristo hicieron estos milagros para inculcar la creencia en la resurrección y en la ascensión de Cristo, nos basta este solo y estupendo milagro: que el orbe de la tierra ha creído en ella sin milagros[544].

## CAPÍTULO VI

## Roma ha hecho dios a Rómulo porque amaba en él a su fundador; en cambio, la Iglesia ha amado a Cristo porque le cree Dios

1. Recordemos aquí el pasaje en que Tulio se extraña de que se haya creído en la divinidad de Rómulo. Voy a citar sus mismas palabras. Dice así: «Lo más digno de admiración en la apoteosis de Rómulo es que los demás hombres que han sido elevados al rango de dioses han vivido en siglos de menor nivel cultural. En ellos, la razón es más proclive a la ficción,

---

[544] La subsistencia de la religión cristiana en sus dogmas fundamentales, la resurrección y la ascensión de Cristo, es el argumento más fuerte de su divinidad. Es un hecho que la creencia en estos dos dogmas está arraigada en un gran número de hombres, de cristianos por ser cristianos y de no cristianos, para desbaratar y dar al traste con esta creencia, lo cual prueba que también creen en ella, puesto que tratan de hacerla desaparecer, y si no creyeran en ella, no les interesaría lo más mínimo. San Agustín va buscando argumentos de experiencia y sabidos, pero que son los que gozan de mayor fuerza, para probar la divinidad de la Iglesia y de su doctrina.

y el vulgo, más fácil a la creencia. Rómulo, en cambio, existió no hace todavía seiscientos años, cuando las letras y las ciencias estaban ya muy florecientes y habían disipado los errores de la inculta vida de los hombres de antes». Y poco después, a propósito de esto, habla de Rómulo en los siguientes términos: «Esto nos lleva a la conclusión de que Rómulo existió muchos años después que Homero y que en esta época era muy difícil la ficción, porque los hombres estaban ya instruidos y eran tiempos de luz. La antigüedad ha admitido fábulas, a veces burdas y toscas; pero el siglo de Rómulo estaba ya muy civilizado para rechazar, sobre todo, lo imposible». He aquí que uno de los hombres más sabios y más elocuentes del mundo de entonces, M. Tulio Cicerón, se maravilla de que se haya creído en la divinidad de Rómulo, porque el siglo en que surgió era ya un siglo de luces, y éstos no admiten las fábulas.

Y ¿quién creyó que Rómulo era dios sino Roma, pequeña y en mantillas todavía? Los descendientes se vieron obligados a conservar la tradición de sus mayores, y después de haber mamado esta superstición con la leche de la madre que iba creciendo y ensanchando su imperio, la expandieron entre los pueblos dominados. Así, todas las naciones vencidas, sin dar fea la divinidad de Rómulo, no dejaban de proclamarle dios por temor a ofender a la ciudad dominadora, a Roma, engañada también, si no por amor del error, al menos por error de su amor. ¡Cuán diferente es nuestra fe en la divinidad de Cristo! El es el fundador de la Ciudad celestial y eterna; pero ella no le creyó Dios porque la fundó, sino más bien mereció ser fundada porque creyó en El. Roma, ya fundada y dedicada, levantó un templo y en él rindió culto a su fundador como a dios; y la nueva Jerusalén, para ser construida y dedicada, puso por fundamento de su fe a su-Fundador, a Cristo Dios. La primera, por amor a Rómulo, le creyó dios, y la segunda porque Cristo era Dios, lo amó. Al igual que en aquélla precedió algo que la indujo a creer una perfección falsa en el amado, en ésta precedió algo a su fe que la movió a amar con fe recta y no temerariamente una verdad y no una falsedad.

Sin contar los innumerables milagros que persuadieron la divinidad de Cristo, le han precedido las profecías divinas, tan dignas de fe, cuyo cumplimiento no lo esperamos, como los patriarcas, sino que lo vemos ya verificado. No es así de Rómulo. Se oye o se lee que fundó a Roma y que reinó en ella, pero no hay profecía alguna anterior sobre él. Sin embargo, que ha sido recibido entre los dioses, la historia lo acepta como una creencia, no lo prueba como un hecho. No hay milagros que prueben la realidad del mismo. Se habla de una loba que lo alimentó, junto con su hermano, como de un gran portento. Y ¿qué significa esto para probar que es dios?

Si es verdad que esa loba fue auténtica y no una cortesana, el caso fue común a los dos hermanos, y, sin embargo, el otro no es tenido por dios. Además, ¿a quién se ha prohibido decir que Rómulo, Hércules u otros personajes semejantes eran dioses? Y ¿quién ha preferido morir a ocultar su fe? ¿Rendiría culto divino alguna nación a Rómulo si no se viera constreñida a ello por miedo al nombre romano? Y ¿quién podría contar cuántos han preferido perder la vida en manos de la fiereza y de la crueldad a negar la divinidad de Cristo?

Así, el miedo fundado de incurrir en una ligera indignación de los romanos constreñía a algunos pueblos sometidos a su derecho a rendir culto a Rómulo como a dios. En cambio, el miedo, no de incurrir en una leve ofensa, sino en los más variados y horribles suplicios y hasta en la muerte, temida más que ningún otro, no ha podido impedir que, por toda la tierra, un inmenso número de mártires no sólo creyera en la divinidad de Cristo, sino que lo confesara públicamente. La Ciudad de Cristo, aún peregrina en la tierra, pero ya con un gran escuadrón de pueblos, no luchó contra sus impíos perseguidores por su subsistencia temporal, sino que, al contrario, no resistió para lograr la eterna. Los cristianos eran cargados de cadenas, encarcelados, azotados, atormentados, quemados, despedazados, hechos trizas, y, sin embargo, su número aumentaba. Su ideal no era luchar por la salud, sino despreciar la salud por amor del Salvador[545].

2. No se me oculta que Cicerón, en el libro III *Sobre la república*, si no me engaño, sostiene que un estado bien organizado no emprende jamás la guerra si no es o por conservar su fidelidad o su subsistencia. Qué entiende por salud o subsistencia, lo explica en otro pasaje. Dice así: «Los particulares se hurtan a veces por una muerte pronta a la pobreza, al destierro, a la prisión, a los azotes y a otras penas a las que no son insensibles ni los hombres más rudos. Pero la muerte, que parece librar de toda pena a los particulares, es una pena para la ciudad que debe ser constituida con miras de eterna. Así, pues, la muerte no es natural a una república como lo es a un individuo, para quien a veces no sólo es necesaria, sino además deseable. Cuando una ciudad se extingue, desaparece y se aniquila, es (si cabe la comparación, guardada la proporción) una imagen de la ruina y

[545] Esta página, digna del apologista Agustín, merece una larga meditación. La contraposición prueba la divinidad de Cristo. Los mártires son el argumento más contundente contra los paganos. El Santo amontona verbos para expresar sus tormentos, y, con todo, la Iglesia se multiplicaba, seguía lozana y boyante. *Sparsum est semen sanguinis* —gritaba él como lo hiciera otrora Tertuliano—, *surrexit seges Eccleslae (Sem.* 22,4).

destrucción del mundo entero». Cicerón habla así porque piensa, con los platónicos, que el mundo no ha de perecer. Está, pues, fuera de duda que, según él, un estado debe declarar la guerra por su salud, es decir, para que subsista eternamente aquí abajo, como él dice, aunque los individuos que lo componen mueran y nazcan en sucesión continua, como los árboles de hoja perenne, el olivo, el laurel y otros, siempre la conservan fresca, cayendo unas y brotando otras. La muerte, según él, no es una pena para los particulares, pues que con frecuencia los libra de otras penas; pero lo es para la ciudad.

Ahora se pregunta, y con razón, si obraron rectamente los saguntinos cuando prefirieron que su ciudad pereciera a quebrantar la fidelidad que debían a la república romana. Los ciudadanos de la república terrena alaban su decisión y su obrar. Pero no veo cómo puedan seguir esta máxima de que no debe emprenderse la guerra, si no es por la fidelidad o por la salud. Cicerón no dice cuál de las dos debe elegirse en caso de que concurran con el mismo riesgo ambas, no pudiendo mantener una sin perder la otra. Este es el caso. Si los saguntinos elegían la salud, debían traicionar su fidelidad, y si conservaban la fidelidad, debían perder su subsistencia, como en realidad sucedió.

En cambio, la subsistencia de la Ciudad de Dios no se ha así. Se conserva, o por mejor decir, se conquista con la fe y por la fe, y, perdida la fe, nadie puede arribar a sus playas. Este pensamiento de un corazón firme y generoso es el que ha hecho tantos mártires cuales no ha tenido ni podido tener Rómulo, que no ha tenido ni uno solo por confesar su divinidad.

## Capítulo VII

## La fe del mundo en Cristo fue obra del poder divino, no de la persuasión humana

Se me antoja ridículo recordar la falsa divinidad de Rómulo al hablar de Cristo. Rómulo existió casi seiscientos años antes que Cicerón[546], y su época, según dicen, era ya tan instruida y culta, que rechazaba todo lo im-

[546] Vives piensa que debe leerse *ante Scipionem,* es decir, Emiliano, que es el interlocutor de los libros *De república.* Los lovanienscs, siguiendo su conjetura, probaron enmendar el texto; pero es ir contra todas las ediciones y contra otros manuscritos. Así Migne en nota.

posible. Si así era entonces, ¡cuánto más en tiempos de Cicerón, y sobre todo más tarde, bajo el reinado de Augusto y de Tiberio —épocas de civilización más avanzada—, la razón no podría aguantar la resurrección de Cristo en su carne y su ascensión al cielo como cosas de todo punto imposibles! Se burlarían de esta creencia y no la admitirían ni escucharían si la divinidad verdadera o la verdad divina y una infinidad de milagros incontestables no hubiesen demostrado que eso es posible y que de hecho se realizó. He aquí por qué, a despecho de las más numerosas y enconadas persecuciones, se ha creído fidelísimamente y se ha predicado con intrepidez la resurrección y la inmortalidad de la carne, que han precedido en Cristo y se realizarán allá en el siglo futuro en todos los hombres. He aquí por qué esta creencia ha sido sembrada en todo el orbe para pulular y lozanear con más vitalidad, fecundada por la sangre de los mártires. Se leían las predicciones de los profetas y a éstas se añadían los portentos y los milagros. Se ha visto que era una verdad nueva para la costumbre, pero no contraría a la razón. Y un día. el orbe que la perseguía con furor la abrazaba con la fe[547].

## CAPÍTULO VIII

### Los milagros de entonces y los de ahora

1. ¿Por qué —replican— esos milagros que, según vosotros, se hacían entonces, no se hacen ahora? Podría decir que fueron necesarios antes de que el mundo creyera, para que creyera el mundo. Hoy el que pida todavía milagros para creer se convierte él en un gran milagro, pues no cree creyendo ya todo el mundo. Mas hablar así parece hacer dudar de la realidad de los milagros de entonces. ¿De dónde o a qué se debe que se publique por todas partes con tanta fe que Cristo ascendió al cielo con su carne? ¿A qué se debe que en siglos de luces, en que se rechaza todo lo imposible, al parecer el mundo ha creído, sin milagros, cosas maravillosamente increíbles? ¿Prefieren decir que fueron creíbles y por eso creídas? ¿Por qué entonces no las creen ellos? Nuestro dilema es breve: o las cosas increíbles que se realizaban, y que todos veían, han persuadido una cosa increíble

[547] La resurrección como dogma fundamental de nuestra sagrada religión ha sido el más impíamente atacado siempre por los racionalistas. San Agustín se afana en estos capítulos por proponer argumentos fáciles, *a fortiori* y *ad homibem,* pero que son de un valor irrefragable.

que nadie veía, o era tan creíble que no necesitaba de milagros para ser creída. Esta respuesta es muy apropiada para contestar a los más vanidosos.

No se puede negar que se obraron muchos milagros para afirmar este grande y saludable milagro: que Cristo resucitó y subió al cielo con su carne. Están consignados en las veracísimas Letras, que recogen la realidad del milagro y la verdad que intimaban. Los milagros se han manifestado para dar fe, y la fe que han dado los manifestó con mayor claridad. Se leen a los pueblos para que los crean, pero no se les leyeran si no los creyeran ya[548]. También ahora se hacen milagros en su nombre, sea por sus sacramentos, sea por las oraciones o las reliquias de los santos; pero no se extiende su fama y su gloria como la de aquéllos. El canon de las sagradas Letras, que convenía estar fijado, hace que aquellos milagros se pregonen por todas partes y prendan en la memoria de todos los pueblos. Al contrario, éstos no son conocidos más que en los lugares en que se realizan, y apenas los conoce la ciudad entera. Con frecuencia en las ciudades, sobre todo si son grandes, los conocen unos pocos, y los demás los ignoran. Añadid que los fieles que los cuentan a los fieles de otras regiones no llevan avalada su autoridad por un reconocimiento que no deja lugar a duda.

2. El milagro se obró en Milán, estando yo allí. Un ciego recobró la vista. Y éste llegó a conocimiento de muchos. La ciudad es populosa, y entonces estaba allí el emperador. El milagro tuvo lugar en presencia de un inmenso gentío que concurría a venerar los cuerpos de los mártires Gervasio y Protasio. Estos cuerpos, que estaban enterrados y eran casi desconocidos, fueron descubiertos en sueños al obispo Ambrosio. Allí, aquel ciego, disipadas las tinieblas de sus ojos, vio la luz[549].

3. ¿Quién, a excepción de un reducido número, ha oído hablar en Cartago de la curación de Inocencio, en otro tiempo abogado de la Prefectura, curación que yo he presenciado? El era hombre piadoso, y como él. toda su casa. En ella nos había hospedado a mi hermano Alipio y a mí, que

---

[548] Estas aparentes paradojas dan fe de la gran psicología del Santo en orden a la credulidad y pedagogía del pueblo. Más adelante nos dirá que esos libelos que mandaban hacer se leían también al pueblo por el mismo motivo que la Escritura. Al principio, en los primeros años del cristianismo, los fieles eran más sencillos y más fáciles a creer que ahora. Y entonces la Escritura era la última palabra. Ella daba fe de los milagros, y, al ver los milagros, se percataban de que era verdad lo que las Escrituras intimaban. Y esto es lo que quiere decir en estas contraposiciones Agustín.

[549] Referencias de este milagro hallamos en los lugares siguientes: *Confess.* IX 7,16; *Serm.* 318,1; *Retract.* I 13,7. El mismo San Ambrosio nos da fe de él en la epístola 85 y en el sermón 91.

veníamos de allende el mar, sin ser aún clérigos, pero va sirviendo a Dios. Morábamos entonces junto a él. Los médicos le trataban ciertas fístulas, numerosas por cierto y salidas en la parte posterior e ínfima del cuerno. Ya se las habían sajado y habían aplicado todas las medicinas que su arte les brindaba. La operación había sido muy dolorosa y muy larga. Los médicos, por inadvertencia, habían dejado una fístula que estaba tan oculta que, como no la vieron, no le aplicaron el bisturí. Así, mientras que curaban y cuidaban todas las fístulas abiertas, la otra tornaba inútiles todas sus curas. El enfermo desconfiaba ya de la dilación y temía enormemente una nueva incisión. Este era el pronóstico que le había dado otro médico doméstico suyo, a quien no habían permitido los otros asistir a la operación ni como simple testigo y a quien su amo, en un acceso de cólera, había expulsado y recibía con dificultad.

El enfermo, entonces, gritó: ¡Qué! ¿Vais a sajar otra vez? ¿Va a cumplirse el pronóstico de aquel a quien no quisisteis ni de testigo?

Ellos comenzaron a burlarse de la ignorancia de su compañero y a calmar al enfermo con buenas palabras y bellas promesas. Pasaron aún otros muchos días, y todas las tentativas se veían frustradas. Los médicos persistían en su promesa de curar la hemorragia, no con el bisturí, sino con medicamentos. Llamaron a otro médico, ya de edad avanzada y perito en el arte, por nombre Ammonio. Examinado el lugar dolorido, dio el mismo juicio que los otros. El enfermo, creyéndose ya fuera de peligro, guiado por la autoridad de éste, se mofaba del médico doméstico suyo con alegre hilaridad y del pronóstico de una nueva operación.

¿Qué más? Después de muchos días, inútilmente transcurridos, cansados y confusos, vinieron a confesar que sólo había una solución: el bisturí. El enfermo, atónito, pálido y turbado, perdió hasta el habla. Vuelto en sí y recobrada el habla, los mandó retirar y no volver más por allí. Tras mucho llorar e impelido por la necesidad, echó mano del último recurso.

Llamó a un tal Alejandrino, célebre cirujano de entonces, para que él hiciera lo que no había permitido hacer a los otros. Vino, y después de haber admirado, por las cicatrices, la habilidad de los otros que le habían tratado, consciente de su oficio de hombre de bien, le aconsejó que tornara a llamar a los primeros para que gozaran del fruto de sus esfuerzos. Y añadió que no había más solución que una nueva incisión, pero que no estaba conforme con sus costumbres quitar la palma de una cura tan avanzada a hombres cuyo saber, pericia y diligencia admiraba en las cicatrices. El enfermo se reconcilió con sus médicos, y le plugo que, con asistencia del mismo Alejandrino, abrieran aquella fístula con el bisturí, fístula que, se-

gún el sentir unánime de estos médicos, era incurable. La operación se aplazó para el día siguiente.

En habiendo marchado ellos, el enfermo se sumió en una tristeza tan profunda, que toda su casa se llenó de dolor, y el llanto como por un difunto apenas lo podíamos contener nosotros. Lo visitaban diariamente santos varones, como Saturnino, de feliz memoria, a la sazón obispo de Uzala; el presbítero Geloso y los diáconos de la iglesia de Cartaeo. Entre ellos estaba —y es el único sobreviviente— Aurelio, obispo digno de nombre y de honor, con quien, considerando las maravillosas obras de Dios, he conversado muchas veces sobre el caso, y lo recuerda perfectamente. El solía visitar al enfermo por la tarde. Y le rogó, con lágrimas en los ojos, que a la mañana siguiente se dignara asistir a sus funerales más que a sus sufrimientos. Las incisiones precedentes le habían causado tal miedo, que no dudaba que moriría en manos de los médicos.

Le consolaron y le exhortaron a que confiara en Dios y a qué aceptara virilmente su voluntad. En seguida nos pusimos eh oración, y, estando nosotros arrodillados como de costumbre y postrados en tierra, él se arrojó con tal impetuosidad, que parecía como si alguno le hubiera bruscamente tirado, y comenzó a orar también. ¿Quién podrá explicar con palabras de qué modo, con qué afecto, con qué unción, con qué río de lágrimas, con qué gemidos y sollozos, que le sacudían todo su ser y casi le ahogaban el espíritu, oraba? Yo no sé si los demás oraban y si todo esto no los distraía. Sólo sé que yo no podía orar. Solamente dije en mi corazón: Señor, si no escuchas estas plegarias, ¿qué plegarias de tus siervos escucharás? Me parecía que no podía añadirse va nada, sino expirar orando. Nos levantamos y, recibida la bendición del obispo, marchamos, rogándonos él que viniésemos por la mañana, exhortándole ellos a que tuviese buen ánimo. Brilló el día, ese día tan temido. Se presentaron los siervos de Dios, como habían prometido. Entraron los médicos, aprestaron todo lo que pedía aquella hora, sacando los temibles instrumentos ante el estupor de todos los presentes. Los más autorizados de los circunstantes consuelan al enfermo y le dan ánimos, mientras que se le coloca sobre el lecho en la postura más cómoda para sajar. Sueltan las vendas, descubren la herida y el médico examina. Busca y rebusca la fístula que había de sajar. Ausculta, toca, usa de todos los medios a su alcance. Por fin halló una cicatriz muy cerrada. Mis palabras son febles para expresar la alegría, la alabanza y la acción de gracias que brotó de la boca de todos, entre gozosas lágrimas, al Dios misericordioso y omnipotente. La escena se presta más para una meditación que para un discurso.

3. En Cartago mismo, Inocencia, mujer muy piadosa y distinguida dama de la ciudad, tenía en el pecho un cáncer, enfermedad, según la ciencia médica, incurable. Suele cortarse y separarse del cuerpo el miembro afectado, o, con el fin de alargar un poquito más la vida de ese hombre, que más tarde o más temprano ha de morir, según opinión de Hipócrates, debe omitirse toda cura. Un médico sabio y muy familiar en aquella casa le había dicho esto, y la dama se encomendó a solo Dios orando. Próxima ya la Pascua, fue advertida en sueños que la primera mujer que topase en la parte que mira al baptisterio[550] le hiciese la señal de la cruz sobre el miembro dolorido. Hízolo, y al instante recobró la salud. El médico que le había aconsejado no aplicar ningún remedio si quería vivir un poco más, auscultándola después y viéndola sanísima, le preguntaba con insistencia qué había aplicado. Deseaba, como puede verse, conocer el remedio que Hipócrates mismo había desconocido. Ella le contó lo sucedido, y él lo oyó con una voz y un rostro despectivos; tanto, que la mujer temía que profiriera palabras injuriosas contra Cristo. Cuentan que el médico respondió con religiosa educación: «¡Pensaba que me ibas a decir algo maravilloso!» Y ella, ya molesta, repuso: «¿Qué maravilla es que Cristo haya curado un cáncer, El, que resucitó a un muerto de cuatro días?»

En oyendo que oí yo esto, sin poder consentir que permaneciera oculto un milagro tan notable obrado en aquella ciudad y en pro de una persona distinguida, pensé en echarla una buena reprimenda y hasta en reñirla. Ella me respondió que no lo había callado. Entonces yo pregunté a unas matronas muy amigas suyas, que quizá estaban entonces con ella, si sabían este caso. Me contestaron que lo desconocían en absoluto. —¡Mira cómo lo publicas —le repliqué—, que ni tus amigas íntimas se han enterado! Y luego hice que lo contara, pues me había referido el caso con mucha brevedad, y que lo hiciera con pelos y señales y en el orden en que había sucedido. Las damas, al oírlo, se maravillaron grandemente y glorificaron a Dios.

4. ¿Quién conoce el caso acaecido en la misma ciudad a un médico que padecía podagra? Ya había dado su nombre para el bautismo. Y la no-

---

[550] Sabido es que, en la antigüedad, la época del bautismo en la Iglesia católica, fuera del caso de necesidad, eran Pascua y Pentecostés. Así leemos en Tertuliano, en su obra *De baptismo* (c.19): *Diem Baptismo solemniorem Pascha praestat, cum et passio Domini, in qua tingimur, adimpleta est. Exinde Pentecoste* (id est, ut loquitur ín libro *De corona militis* c.3, «a die Paschae usque ad Pontecosten»), *ordinandis lavacris latissimum spatium est: quo et Dornini resurrectio inter Discipulos frequentata est, et gratia Spiritus sancti dedicata.*

che que precedió a su bautismo vio en sueños a unos muchachos negros y de grandes crines[551], que él tuvo por demonios, y que le prohibieron bautizarse ese año. El no les obedecía, y ellos, pisándole los pies, le hacían padecer dolores más agudos que nunca. El, no obstante, se bautizó, a despecho de ellos, y en el acto del bautismo quedó libre no sólo de sus extraordinarios dolores, sino también de la podagra, sin que en adelante se haya resentido, a pesar de que ha vivido largos años. Nosotros lo hemos conocido, y con nosotros un reducido número de hermanos, a quienes ha podido llegar el rumor.

5. Un antiguo actor escénico de Curube[552], con el bautismo fue curado de una parálisis y de una hernia. Y salió de la fuente de la regeneración libre de ambas molestias, como si no hubiera tenido ningún mal en el cuerpo. ¿Quién conoce este milagro fuera de Curube y de rarísimos otros que lo hayan podido oír? Nos, al tener noticia del caso, hicimos venir a Cartago a ese hombre por orden del santo obispo Aurelio, a pesar de que los informes nos los habían dado personas de cuya fidelidad no podíamos dudar.

6. Hay en nuestra vecindad un varón de familia tribunicia, llamado Hesperio. Posee en el término de Fusala una quinta, conocida con el nombre de Zubedi. Habiendo visto que en su casa los espíritus malignos atormentaban a sus siervos y a sus animales, rogó a nuestros sacerdotes, en ausencia mía, que se dirigiera allí alguno de ellos para ahuyentarlos con sus oraciones. Fue uno, ofreció allí el sacrificio del cuerpo de Cristo con las más fervientes oraciones para que cesara la vejación. Y al instante cesó por la misericordia de Dios. Hesperio había recibido de un amigo suyo un poco de tierra santa traída de Jerusalén, donde Cristo fue sepultado y resucitó al tercer día. La había suspendido en su cuarto para ponerse a salvo de las incursiones demoníacas. Cuando su casa fue purificada, preguntó qué haría de aquella tierra, que no quería, por reverencia, guardar más en su cuarto. Sucedió al azar que un buen día mi colega Maximino, entonces obispo dé la iglesia de Siniti[553], y yo nos hallábamos en las cercanías. Hesperio nos rogó que fuéramos a visitarle, y fuimos. Nos contó lo sucedido y nos pidió enterrar esa tierra en un lugar en que los cristianos se reunieran para tener

---

551 Se daba el nombre de *cirrati* a los jóvenes de ambos sexos hasta la edad de la pubertad, y aun a las mujeres solteras, porque hasta dicha edad no se cortaban el pelo.

552 *Curubis* o *Combis* era una ciudad famosa del Africa propia, llamada hoy Kurbah.

553 No conocemos la situación geográfica de Sinití, pero bien podemos suponer, por lo que aquí se dice, que estaba cercana a Hipona.

oración y celebrar los misterios de Dios. Nosotros consentimos en ello, y así se hizo. Había allí un joven campesino paralítico. Oído esto, pidió a sus padres que le llevaran sin dilación a aquel lugar santo. Una vez allí, oró, y al momento se alejó de allí por sus propios pies, perfectamente curado.

7. Victoriana[554] es el nombre de una quinta que dista menos de treinta millas de Hipona la Real. Allí hay una memoria de los mártires de Milán Protasio y Gervasio. A ella se personó un adolescente que, estando a mediodía y en pleno verano bañando su caballo en el río, fue poseído por un demonio. Estaba allí tendido, próximo a la muerte o muy semejante a un muerto. La señora del lugar, al caer de la tarde, entró, como de costumbre, con sus criadas y algunas religiosas a cantar los himnos vespertinos y a hacer sus oraciones. Entonan los himnos y sigue el canto. El demonio, como herido por esa voz y no pudiendo o no atreviéndose a mover el altar, lo asía con una conmoción terrible, como si estuviera atado o clavado a él. Luego, rogando con grandes lamentos que le perdonasen, confesaba dónde, cuándo y cómo había entrado en el adolescente. Por fin, prometiendo que saldría de allí, nombraba cada uno de los miembros y amenazaba que al salir los cortaría. Y entre esas palabras salió del joven. Mas un ojo del desdichado pendía de la mejilla, preso por una tenue vena, como de su raíz interior, y la pupila antes negra se tornó toda blanca. Al ver esto los circunstantes (pues habían acudido otros al oír las voces y se habían postrado también en oración por él), aunque gozosos por ver al joven en su sano juicio, se dolían por la pérdida del ojo y se decían que era preciso buscar al médico. En esto, el marido de su hermana, que lo había llevado allí, dijo: Poderoso es Dios, que ahuyentó al demonio

Por las oraciones de los santos, para devolverle la vista[555]. Luego colocó como pudo el ojo en su sitio y lo ató con el pañuelo[556]. Así lo mantuvo durante siete días. Al cabo de ellos lo halló perfectamente curado. En el mismo lugar fueron curados otros, cuya enumeración sería larga.

8. Yo conozco una señorita de Hipona que, habiéndose frotado con el aceite en que el sacerdote que oraba por ella había mezclado sus lágrimas,

---

[554] Es difícil identificar esta quinta. Unicamente tenemos la referencia que de ella nos da Agustín, y por ella deducimos que distaba muy poco de la sede de su diócesis propia, de Hipona.

[555] Roys y Rozas, guiado también de la deficiente puntuación del texto latino, ha traducido: *Poderoso es, dice el Señor que ahuyentó,* etc. Creemos, sin embargo, que la coma debe ir después de *dice,* tal como lo hemos hecho en nuestra versión.....

[556] La palabra latina empleada, *orarium*, es jumamente el pañuelo destinado a limpiarse la cara.

fue al instante librada del diablo. Sé, además, que lo mismo acaeció a un muchacho la primera vez que un obispo, sin haberlo visto, oró por él.

9. Había en Hipona un viejo llamado Florencio, hombre pobre y piadoso, que vivía de su oficio de sastre. Perdió el vestido que le cubría y, no teniendo con qué comprarse otro, corrió a orar a la tumba de los Veinte Mártires, muy célebre entre nosotros[557], y les pidió que lo vistiesen. Le oyeron unos mozos burlones que estaban allí por casualidad, y al retirarse le seguían riéndose de él, como si hubiera pedido a los mártires cincuenta folies[558] para comprar un traje. Pero él, continuando su camino, vio un gran pez que se revolvía sobre la ribera. Lo pescó con la ayuda de los mozalbetes y lo vendió por trescientos folies a un cocinero por nombre Catoso, buen cristiano, contándole lo que había pasado. Se disponía a comprar con ese dinero lana para que su esposa le hiciera, como pudiera, algo con que vestirse. Mas el cocinero, al abrir el pez, halló en su interior un anillo de oro y, movido a compasión y con piadoso temor, lo devolvió al hombre, diciéndole: ¡Mira cómo te han vestido los Veinte Mártires!

10. Llevando el obispo Prevecto, junto a los baños de Tibilis[559], las reliquias del gloriosísimo mártir San Esteban, salió a su encuentro y le acompañó un erran concurso de gente. Una mujer ciega de los alrededores pidió que la llevaran al obispo que traía las reliquias. Dio unas flores que llevaba. Las recibió, las acercó a los ojos, y al instante recobró la vista y, con admiración de los presentes, antecedía a la procesión saltando de gozo. Tomó luego el camino y no buscó más al lazarillo.

11. Lucilo, obispo de Siniti, villa cercana a Hipona, llevaba en procesión las reliquias del mismo mártir, acompañado del pueblo en masa. Una fístula que le hacía sufrir mucho y ya de tiempo atrás y que aguardaba la mano de un médico familiar suyo, que la había de sajar, fue curada al instante al contacto de la sagrada reliquia. En adelante no volvió a brotqr en su cuerpo.

---

557 En su honor va dirigido el sermón 325.

558 Traducimos *folies*, neologismo en nuestra lengua, porque no hemos hallado una palabra apropiada para esta clase de moneda. Los folies se llaman así por la bolsa en que iban guardados. Las monedas, unas eran de cobre y otras de plata. Su valor determinado nos es desconocido, a pesar de que sobre han hecho ya varias conjeturas Sirmondo y Suidas.

559 En la carta 112,1 se menciona esta ciudad. «Cuando viniste o Tibiris —le dice al ex-procónsul Donato— por razones de administración, no pude verte, aunque mucho lo deseaba».

12. Eucario, sacerdote natural de España, que habita en Calama, padecía desde antiguo el mal de piedra. Y fue curado por la reliquia del mismo mártir, llevada allí por su obispo Posidio[560]. El mismo sacerdote, otra vez presa de una enfermedad que le dejó tan abatido que ya le habían atado los pulgares, resucitó con la gracia del dicho mártir. Llevaron la túnica del sacerdote para tocar la reliquia, la pusieron sobre el cuerpo del yacente y al instante volvió a la vida.

13. Había allí un hombre llamado Marcial, el más distinguido en su orden, ya entrado en años y muy enemigo de la religión cristiana. Verdad es que tenía una hija cristiana y su yerno había sido bautizado el mismo año. Estos, viéndolo postrado en su lecho enfermo, le rogaron con abundantes lágrimas que se hiciera cristiano. El lo rechazó de plano y los apartó de su lado con túrbida indignación. A su yerno se le ocurrió ir a la memoria de San Esteban y orar allí con todas sus fuerzas para que Dios le concediera la gracia de la conversión y no difiriera creer en Cristo. Oró en inmensas lágrimas y con un afecto de piedad sinceramente ardiente. Después, al marchar, tomó unas flores del altar que le ofrecieron y, como era ya de noche, se las puso sobre la cabeza al enfermo. El se fue a dormir. Y hete aquí que antes del amanecer clama que vayan corriendo a llamar al obispo, que quizá estaba a la sazón conmigo en Hipona. Se le contestó que estaba ausente, y pidió que vinieran los sacerdotes. Vinieron, dijo que creía, y entre la admiración y el gozo de todos fue bautizado. Su fervor fue tal, que en su vida no cayó nunca de su boca esta plegaria: «Cristo, recibe mi espíritu», sin saber que éstas fueron las últimas palabras del bienaventurado San Esteban cuando fue lapidado por los judíos. Y éstas fueron también sus últimas palabras, pues no mucho después murió.

14. En el mismo lugar fueron curados por el mismo mártir dos gotosos, uno ciudadano y otro extranjero. El ciudadano sanó del todo y el extranjero tuvo una revelación que le mostró el remedio que debía aplicar cuando sintiese el dolor. Aplicaba ese remedio, y el dolor se calmaba al instante.

15. Auduro es el nombre de un predio en el que hay una iglesia y en ella una memoria al mártir San Esteban. Un día unos bueyes desmandados, que llevaban un carro, atropellaron con la rueda a un niño pequeñito que jugaba en la era y le mataron. Su madre, tomándolo en brazos, lo colocó en la misma memoria, y el chico no sólo recobró la vida, sino que apareció completamente ileso.

---

[560] San Posidio, obispo de Calama, no necesita presentación. Es uno de los discípulos predilectos del maestro y el autor de la *Vita Augustini*.

16. De una religiosa aue vivía en una heredad vecina que se llama Caspaliana, estando gravemente enferma y desahuciada de los médicos, fue llevado su vestido a la misma memoria. La religiosa murió antes de llegar el vestido tocado. No obstante, sus padres cubrieron el cadáver con ese vestido, y recobró el espíritu, y quedó curada.

17. En Hipona, un tal Baso, sirio de nación, oraba en la memoria del mismo mártir por una hija suya enferma de peligro. Había llevado con él el vestido de la chica. De pronto llegaron corriendo de casa los criados con la nueva de que había muerto. Pero, como él estaba en oración, sus amigos los detuvieron y les prohibieron anunciárselo, por miedo a que llorara por las calles. Regresó a casa, y, cuando no se oía en ella más que lamentos, puso sobre su hija el vestido que llevaba, y ésta tornó a la vida.

18. Aquí mismo, entre nosotros, murió el hijo de un cobrador, de Ireneo. Mientras se preparaban va con gemidos y lágrimas los funerales, uno de los amigos del padre sugirió la idea de ungir el cuerpo del hijo con el aceite del mismo mártir. Se hizo, y el niño resucitó.

19. El antiguo tribuno Eleusino colocó a un hijo suyo, muerto de enfermedad, sobre la memoria del mártir sita en un arrabal en que él vivía. Después de haber orado y vertido muchas lágrimas por él. lo levantó vivo.

20. ¿Qué haré? La promesa de dar fin a esta obra me urge y no me permite citar aquí todos los milagros que conozco. No dudo que muchos de los nuestros, cuando lean esto, se quejarán de que he pasado por alto muchos milagros que conocen como yo. Desde ahora les pido que me excusen y que consideren que requieren una obra larga, y yo en ésta me veo constreñido a silenciarlos. Si quisiera referir solamente, por omitir otros, los milagros de curaciones obradas por el glorioso mártir San Esteban en Calama y aquí en Hipona, llenaría muchos volúmenes. Y todavía no sería capaz de recogerlos todos, sino solamente aquellos de los que se. han escrito sus relaciones para leerlas al pueblo. Tomé esta decisión al ver que también en nuestros días son corrientes milagros semejantes a los antiguos y que no deben pasar inadvertidos.

No hace aún dos años que las reliquias de ese mártir están en Hipona la Real[561]. Y si bien de muchos de los milagros allí realizados no se ha he-

[561] Esto nos deja entrever que el presente libro está escrito a fines del 426 o principios del 427. En este tiempo existía ya la memoria del protomártir San Esteban. La curación que aquí narra pertenece al 425, según se puede colegir por el sermón 322, que trata de ello. La cronología eclesiástica sobre la fecha de la Pascua nos lleva justamente a esta conclusión. Nos creemos dispensados de hacer aquí el cómputo, cosa que queda al entender de los estudiosos en la materia.

cho relación, se cuentan ya casi setenta cuando yo escribí esto. En Calama, donde las reliquias están desde mucho antes y donde las relaciones son más frecuentes, el número asciende incomparablemente.

21. Sabemos además que en Uzala, colonia vecina a Utica, se han obrado muchas maravillas por intercesión de este mártir. Su obispo Evodio llevó allí sus reliquias mucho antes de traerlas a Hipona. Mas en ese país no existe, o mejor no existía, porque quizá ahora ya existe la costumbre de escribir las relaciones. No hace mucho, estando yo allí, a una dama bien acomodada, Petronia, milagrosamente curada en otro tiempo de una enfermedad grave que había agotado todos los recursos de los médicos, la exhortamos, con el visto bueno del obispo del lugar, a hacer una relación para poder leerla al pueblo. Y obedeció obedientísimamente[562]. En la relación puso un dato que no puedo silenciar aquí, aunque me fuerza a acelerar el paso el fin de la obra. Decía que un judío la persuadió a que llevara al descubierto un cíngulo de pelo con un anillo que tenía bajo el engaste una piedra hallada en los riñones de un buey. La señora ceñida con ese aparente cíngulo venía a la iglesia del santo mártir. Pero un día marchó de Cartago a vivir en una quinta situada al borde del río Bagrada[563], y, al levantarse para emprender el viaje, vio, entre admiraciones, el anillo a sus pies. Tentó su cintura para ver si estaba ceñida, y, hallándose bien ceñida, creyó que el anillo se había roto y saltado. Lo examinó, lo encontró perfectamente entero y tomó este prodigio como prenda de su futura curación. Soltó su cinturón y lo arrojó con el anillo al río.

No creen este milagro los que no creen que nuestro Señor Jesucristo nació sin romper la integridad virginal de su madre y se presentó ante sus discípulos a puertas cerradas. Infórmense al menos del hecho referido, y si lo hallan verdadero, créanlo. Es una dama muy ilustre, de recio abolengo, casada con un hombre de pro, y mora en Cartago. La ciudad es grande, y la persona, conocida, circunstancias que no permiten ocultar el hecho a los inquisidores. El mártir, al menos, por cuya intercesión se obró este milagro, creyó en el Hijo de la Virgen siempre virgen, creyó en Aquel que se personó ante sus discípulos a puertas cerradas. En una palabra, ya que todo lo que venimos diciendo se encamina a esto, creyó en Aquel que subió al cielo con la carne en que había resucitado. Y el secreto de que se obren por su intercesión tales maravillas es que entregó su vida por la fe.

---

562 Cf. los sermones 318 al 324.

563 Hoy es también imposible la identificación de este río con alguno actual. Han pasado ya muchos años y ha cambiado mucho la geografía del terreno.

Se realizan, pues, aún hoy muchos milagros, y los realiza el misino Dios que hizo los que leemos y por las personas que quiere y como quiere. Pero estos últimos no son tan conocidos ni su lectura frecuente golpea como guija la memoria para que se impriman en ella. Porque aun donde se tiene la diligencia, que ha comenzado a tomar cuerpo entre nosotros, de que las relaciones hechas por los agraciados se lean al pueblo, los presentes las oyen una vez, pero muchos están ausentes. Y las personas que las oyen, apenas las retienen en la memoria unos días y apenas hay alguna que cuente lo oído a quien no asistió a la lectura.

22. Ha sucedido entre nosotros un milagro no mayor que los referidos, pero tan conocido, que creo que no hay persona alguna en Hipona que no lo haya visto o que no haya oído hablar de él, y que jamás se borrará de su memoria. Diez hermanos (siete varones y tres hembras), oriundos de Cesárea de Capadocia y de condición no humilde, habiendo sido recientemente maldecidos por su madre por una injuria que le habían hecho después de la muerte del padre, fueron castigados con una pena consistente en un horrible temblor de miembros. No pudiendo soportar las miradas de sus paisanos, se fueron cada uno por su sitio, en vagabundeo por casi todo el Imperio romano. Dos de ellos llegaron a nuestra ciudad, un hermano y una hermana, Pablo y Paladia, conocidos ya en otros muchos lugares por la publicidad de su miseria. Llegaron unos quince días antes de la Pascua. Visitaban a diario la iglesia y en ella la memoria del gloriosísimo San Esteban, rogando a Dios que se apiadara y les devolviese la salud. Allí y doquiera que iban se atraían las miradas del pueblo. Los que los habían visto en otra parte y conocían la causa de su temblor lo contaban a los demás a su modo. Llegó la Pascua, y el domingo por la mañana, cuando ya un gran gentío llenaba la iglesia, el joven, asido a las verjas del lugar santo donde estaban las reliquias del mártir, orando, cayó de golpe y quedó tendido como si durmiera. Mas no temblaba, como solía hacer durante el sueño. El accidente infundía a unos dolor y a otros temor. Unos querían levantarlo, pero otros se lo prohibían, diciendo que era mejor esperar el desenlace. Y he aquí que el joven se levantó sin temblor, porque había curado y estaba perfectamente, mirando a los curiosos. ¿Quién no alabó a Dios entonces? Una oleada de voces, clamores y enhorabuenas llenó las naves de la iglesia. Corren hacia mí, que estaba ya dispuesto para salir. Venían unos tras otros, contando el último lo mismo que había contado el primero. Yo, alborozado y dando interiormente gracias a Dios, vi llegar entre la multitud al agraciado. Se postró a mis pies, y yo le abracé y le levanté. Nos dirigimos al pueblo. Estaba la iglesia de bote en bote. Resonaban las voces de júbilo y solamente se oían de aquí y de allá estas palabras: «¡Gracias a

Dios! ¡Bendito sea Dios!» Saludé al pueblo y se oyó un nuevo clamor aún más ferviente. Por fin, ya en silencio, se leyeron las lecciones de la divina Escritura. Al llegar al pasaje de mi sermón dirigí unas palabras según el tiempo y la grandeza de aquella alegría, pues preferí que gustasen la elocuencia de Dios en una obra tan grandiosa a que escuchasen mis palabras. El hombre comió con Nos y nos contó al detalle toda la historia de su desgracia y la de su madre y hermanos.

Al día siguiente, después del sermón, prometí al pueblo leerle la relación del suceso[564]. Al tercer día, después del domingo de Pascua, al hacer la lectura prometida[565], hice colocar al hermano y a la hermana sobre las gradas del pulpito[566] desde donde yo solía hablar. Todo el pueblo los miraba atentamente, uno en una actitud tranquila, y la otra, temblequeando de pies a cabeza. Y quienes no los habían visto, veían en la hermana lo que había hecho en el hermano la divina misericordia. Veían qué debía agradecerse en él y qué se debía pedir para ella. Y cuando terminó la lectura de la relación, los mandé retirar de la vista del pueblo.

Había comenzado yo a hacer algunas reflexiones sobre esa historia, cuando he aquí que entre mis palabras se oyen nuevas voces de júbilo, procedentes de la memoria del mártir. Se volvieron allí los oyentes y se iban acercando en masa. La joven había descendido de las gradas y se había ido a orar al mártir. Apenas hubo tocado las rejas, cayó como en un sueño y se levantó sana. Mientras preguntábamos qué había pasado y a qué se debía ese alegre griterío, entraron con ella en la basílica, llevándola curada de la tumba del mártir. Entonces una explosión de júbilo brotó de la boca de hombres y mujeres, y sus voces —mitad gozo, mitad lágrimas— se prolongaron indefinidamente[567]. Fue conducida al lugar donde poco an-

---

[564] Esta narración tan vivida nos da a entender el cariño y la emoción con que Agustín la escribe. Tenía alma de poeta, decimos al final. Y es verdad. Cf. *Serm.* 321.

[565] Cf. *Serm.* 322, que es el comentario y la lectura de este hecho.

[566] La palabra latina *exedra* indica propiamente el lugar o el departamento abierto en los pórticos al sol y al aire y en forma de semicírculo. Había en él sillas todo alrededor y venía a ser una especie de sala de conversación.

[567] Cf. *Serm.* 323. Aprovechamos esta nota para hacer ciertas consideraciones sobre los milagros en el pensamiento agustiniano. En primer término es preciso decir que en la aceptación de los mismos por su parte ha habido una evolución bastante pronunciada. Su primera época de racionalista le llevó a dudar de casi todos ellos. En *De vera religione* parece indicar que la época de los milagros ha desaparecido ya. Y así ha ido evolucionando a medida que el cristianismo profundizó en su alma. Al final les admitía ya, y para dar fe de ello, mandó (se cree que él fue el inspirador de ese canon del concilio de Cartago) que se levantaran los *libelli* para dar fe de lo sucedido.

tes había estado temblando; y los que antes se habían compadecido de ella, ahora saltaban de gozo al verla. Alababan a Dios porque aún no habían orado por ella y ya había oído sus plegarias. Gritaban en alabanza de Dios no palabras, sino voces sin sentido, tan fuertes, que apenas nuestros oídos podían aguantarlas. ¿Qué había en los corazones de este pueblo tan jubiloso sino la fe de Cristo, por la que San Esteban había derramado su sangre?

## CAPÍTULO IX

## Los milagros de los mártires dan testimonio de su fe

¿De qué dan fe estos milagros sino de la fe que predica a Cristo resucitado y subido al cielo en cuerpo y alma? Los mártires han sido los mártires, es decir, los testigos de esta verdad. Y por ella han soportado un mundo hostil y cruel, y lo han vencido no resistiendo, sino muriendo. En pro de esta fe murieron los que tuvieron la dicha de conseguir esta gracia del Señor, por cuyo nombre fueron matados. En pro de esta fe precedió su admirable paciencia y siguió en estos milagros tan grande potencia. Porque, si no es verdad que la resurrección fue manifestada primeramente en Cristo y debe efectuarse en todos los hombres tal como lo ha anunciado Cristo, y lo han. predicho los profetas, por quienes fue anunciado Cristo, ¿por qué los muertos martirizados por la fe que predica la resurrección tienen tanto poder? En efecto, sea que Dios obre esos milagros según el modo maravilloso que tiene el eterno de obrar en los efectos temporales, sea que los obre por sus ministros; y, en este último caso, sea que emplee en unos como ministros a los espíritus de los mártires, como a hombres aún con cuerpos, o en todos a los ángeles, a quienes manda invisible, inmutable e incorporalmente, interponiendo los mártires solamente sus preces, no su operación; sea que los obre de cualquiera otra manera incomprensible para los mortales, lo cierto es que siempre dan testimonio de la fe que predica la resurrección eterna de la carne.

---

Cf. Coukcelle, P., *Recherches sur les Confessions de Saint-Augustin* (París 1950), pp.139-153; Delehaye, H., *Les origines du cuite des martyrs* 2.ª ed. (Bruxelles 1933); De Vooght, D.-P., *Les miracles dans la vie de Saint Augustin:* «Recherches de Théologie Ancienne et Médiévale», t.ll (1939), p.5-16, sobre todo p.9 n.17.

## CAPÍTULO X

## Superioridad del culto de los mártires sobre el de los demonios

Quizá aquí los adversarios repliquen que sus dioses han hecho también maravillas. Bien. Ya es algo comparar a sus dioses con nuestros hombres muertos. ¿Dirán que también ellos tienen dioses hechos de hombres muertos, como Hércules, como Rómulo y otros muchos que creen elevados al rango de dioses? Para nosotros, nuestros mártires no son dioses, porque sabernos que nuestro Dios y el de los mártires es uno y el mismo. Y, sin embargo, los milagros que los paganos pretenden que fueron obrados por los templos de sus dioses no son comparables a los que se hacen por las memorias de nuestros mártires. Mas, si algunos parecen del mismo orden, nuestros mártires superan a sus dioses, como Moisés venció a los magos del Faraón. Aquéllos los hicieron los demonios con la arrogancia de su impura soberbia, que les indujo a querer ser sus dioses; en cambio, los mártires hacen éstos, o mejor, Dios, por la oración y ayuda de ellos, con el fin de extender más y más la fe que nos mueve a creer no que los mártires son nuestros dioses, sino que su Dios es el mismo que el nuestro. Finalmente, los paganos edificaron templos a sus dioses, les erigieron altares, les instituyeron sacerdotes y les ofrecieron sacrificios; nosotros, sin embargo, no elevamos a nuestros mártires templos como a dioses, sino memorias como a hombres muertos, cuyos espíritus viven delante de Dios. No erigimos altares a los mártires para ofrecerles sacrificios, sino al Dios único, Dios de los mártires y nuestro. En ese sacrificio son nombrados en su lugar y en su orden como hombres de Dios que vencieron al mundo confesando su nada. El sacerdote que ofrece el sacrificio no los invoca, porque lo ofrece a Dios y no a ellos, aunque lo ofrezca en sus memorias. Es sacerdote de Dios, no de los mártires. El sacrificio es el cuerpo de Cristo, que no se ofrece a los mártires, porque también ellos son ese cuerpo. ¿A quiénes se debe creer más cuando hacen milagros, a aquellos que ansían que los agraciados con el milagro los tengan por dioses o a aquellos que hacen sus milagros para que se crea en Dios y, por tanto, en Cristo? ¿A aqueos que quisieron que se les consagraran sus propias torpezas o a aquellos que no quieren que se les consagren ni sus alabanzas, sino que anhelan que sus auténticos loores redunden en gloria de Aquel en quien se les alaba? En el Señor son alabadas sus almas.

Creamos, pues, a los que dicen verdad y hacen maravillas, ya que por decir la verdad han sufrido y alcanzado el hacer maravillas. Entre estas

verdades, la principal es que Cristo resucitó de entre los muertos y que deja ver en su carne la inmortalidad de la resurrección, que nos prometió para el principio del nuevo siglo o para el fin de éste.

## CAPÍTULO XI

## Contra los argumentos de los platónicos en que fundan la negación de la resurrección de los cuerpos

1. Los racionalistas, cuyos pensamientos y vanidad conoce el Señor, argumentan contra esta gracia de Dios basados en los pesos de los elementos. Platón, su maestro, les enseñó que los dos elementos del mundo mayores y más alejados uno del otro están unidos y enlazados por otros dos intermedios, el aire y el agua. Y por eso —dicen—, como la tierra en progresión ascendente es el primero, el agua el segundo, el tercero el aire y el cuarto el cielo, un cuerpo terreno no puede estar en el cielo. Cada elemento está arancelado por sus pesos propios, y así conserva su equilibrio y lugar. He aquí los argumentos que la presuntuosa y vana debilidad de los hombres opone a la omnipotencia de Dios.

¿Qué hacen, pues, tantos cuerpos terrenos en el aire, siendo el aire el tercer elemento desde la tierra? ¡Quizá se diga que el que dio a los cuerpos terrenos de las aves, por la ligereza en plumas y alas, volar por el aire, no puede dar a los hombres, una vez inmortales, virtud y capacidad para morar en el cielo más elevado! Los animales terrenos que no pueden volar, como son, entre otros, los hombres, debían vivir bajo la tierra, como los peces, que son animales acuáticos y viven bajo el agua. ¿Por qué, pues, un animal terreno no toma su vida siquiera del segundo elemento, que es el agua, y no del tercero? ¿Por qué perteneciendo a la tierra, si se le obliga a vivir en el segundo elemento, en el agua, se ahoga, y, en cambio, vive en el tercero? ¿Hay acaso aquí un error en el orden de los elementos, o más bien está el fallo no en la naturaleza de las cosas, sino en los argumentos de éstos? Omito decir lo que ya apunté en el libro XIII: que hay muchos cuerpos terrenos pesados, como el plomo, a los que el arte puede dar una forma que les permita flotar sobre el agua. Y ¿se niega al Artífice omnipotente el poder dar al cuerpo humano una cualidad que lo eleve y lo retenga en el cielo?

2. Estos filósofos no hallan ya nada que oponer a mis consideraciones anteriores, aun ponderando el pretendido orden de los elementos. Porque,

si la tierra ocupa el primer puesto, el agua el segundo, el aire el tercero, y el cuarto el cielo, sobre todos ellos está la naturaleza del alma. El mismo Aristóteles dice que es el quinto cuerpo, y Platón niega que sea cuerpo. Si fuera el quinto, ciertamente sería superior a los demás; pero, no siendo cuerpo, sobrepuja con mucho a todos. ¿Qué hace, pues, en un cuerpo terreno? ¿Qué hace el ser más sutil, más ligero y más activo que todos en esta masa tan grosera, tan pesada y tan inerte? ¿No podrá una naturaleza tan excelente elevar su cuerpo al cielo? Y si ahora los cuerpos terrenos tienen la virtud de retener las almas aquí abajo, las almas ¿no podrán un día levantar a su altura los cuerpos terrenos?

3. Si pasamos a los milagros de sus dioses que oponen a los de nuestros mártires, ¿no se hallará que los hacen por nosotros y en provecho nuestro? Entre los grandes milagros de sus dioses merece contarse, sin duda, el referido por Varrón de una virgen vestal que, acusada falsamente de haber violado su voto de castidad, llenó un cedazo con agua del Tíber y lo llevó a sus jueces sin derramar ni una sola gota. ¿Quién sostenía el peso del agua sobre el cedazo? ¿Quién impidió que cayera el agua por los agujeros? Responderán: Algún dios o algún demonio. Si un dios, ¿es mayor que el Dios que hizo el mundo? Y si un demonio, ¿es más poderoso que el ángel que sirve a Dios, creador del mundo? Si, pues, un dios inferior, ángel o demonio, pudo sostener el peso del húmedo elemento, de suerte que parecía que el agua habia cambiado de naturaleza, ¿por ventura el Dios todopoderoso, que creó todos los elementos, no podrá quitar al cuerpo terreno su pesantez para que habite el cuerpo, ya vivificado, donde quiera el espíritu que lo vivifica?

4. Además, si el aire es medio entre el fuego y el agua, ¿a qué se debe que con frecuencia lo hallemos entre agua y agua o entre el agua y la tierra? ¿Qué son las nubes acuosas, según ellos, entre las cuales y la tierra se halla el aire? ¿Por qué peso —pregunto— y por qué orden de elementos los torrentes de agua muy impetuosos y abundantes penden en las nubes, sobre el aire, antes de correr bajo el aire, sobre la tierra? En fin, ¿por qué el aire está entre lo sumo del cielo y lo desnudo de la tierra, en todas las partes del mundo, si su lugar propio es el medio entre el cielo y el agua, como el del agua es el medio entre él y la tierra?

5. En una palabra, si el orden de los elementos pide, como dice Platón, que los dos extremos, el fuego y la tierra, estén unidos por los dos medios, por el aire y el agua, y que el fuego ocupe el lugar más alto del cielo, y la tierra el más bajo del mundo, como fundamento de él, por lo cual la tierra no puede estar en el cielo, ¿por qué está el fuego en la tierra? Según

este sistema, estos dos elementos, la tierra y el fuego, el inferior y el superior, debieran ocupar sus lugares propios, de suerte que, como el inferior no puede estar en el superior, así el superior no pudiera estar en el inferior. Y como piensan que no hay o no habrá partícula alguna de tierra en el cielo, así no debíamos ver en la tierra porción ninguna de fuego. Sin embargo, vemos que el fuego no solamente está en la tierra, sino que está también bajo ella y lo vomitan los picos de los montes. Además, vemos que los hombres emplean el fuego en la tierra y le vemos nacer de la tierra, puesto que nace de las maderas y de las piedras, que son, sin duda, cuerpos terrenos.

Mas ese fuego —dicen ellos— es tranquilo, puro, inofensivo, eterno, y este otro es turbulento, tarado, corruptible y corruptor.

—¡Y, no obstante, no corrompe los montes y las cavernas de la tierra donde arde continuamente! Concedamos que este fuego sea diferente de aquél, a fin de que nos sirva para nuestras necesidades. ¿Por qué no quieren que creamos que la naturaleza de los cuerpos terrenos, tornada algún día incorruptible, pueda ponerse en armonía con la del cielo, como ahora el fuego corruptor lo está con la tierra? Estos argumentos, fundados en el orden y en el peso de los elementos, no sirven para demostrar que es imposible al Omnipotente modificar nuestros cuerpos de tal forma que puedan habitar en el cielo.

## Capítulo XII

## Contra las calumnias burlescas de los infieles

1. Suelen también presentar una cuestión sin sentido y sarcástica contra nuestra fe en la resurrección de la carne. La pregunta es ésta: ¿Resucitarán los fetos abortivos? Y como el Señor dice: *En verdad os digo que no perecerá ni un solo cabello de vuestra cabeza,* añaden: ¿Serán en todos iguales la estatura y la robustez, o los cuerpos serán de diferente grandor? En el primer caso, ¿de dónde tomarán los seres abortados, supuesto que resuciten, lo que les faltaba al nacer? Y si no resucitarán, porque no nacieron realmente, sino que fueron expelidos, presentan la misma dificultad en los niños muertos antes de su desarrollo total.

No podemos decir que no resucitarán esos seres que han sido no sólo generados, sino también regenerados.

Además, preguntan de qué estatura será esa igualdad. Porque, si han de tener todos la altura y la grosura de aquellos que han sido en vida los más altos y robustos y si cada uno recibirá lo que aquí tuvo, ¿de dónde cobrarán aquéllos lo que les falta para esa talla?

Y si, como dice el Apóstol, hemos de lograr todos la *medida de la plenitud de la edad de Cristo;* y si, según esto otro: *Dios ha predestinado para hacer conformes a la imagen de su Hijo,* se entiende que el cuerpo de Cristo será la talla y la medida de todos los cuerpos humanos en su reino, es preciso —dicen ellos— rebajar a muchos su altura y escuadrarles su grosor. En este caso, ¿cómo se cumplirán estas palabras: *No perecerá ni un solo cabello de vuestra cabeza* si perecerá parte de la masa corporal?

Por lo que hace a los cabellos, puede también preguntarse si recobraremos cuantos han caído a manos del peluquero. Pero, en este caso, ¿quién no se horrorizará de tal deformidad? Esto mismo, siendo consecuentes, debe aplicarse a las uñas. ¿Dónde quedará el decoro y la belleza, que debe tener sus derechos más en la inmortalidad que en la corrupción? Y si todo esto no lo recobrarán los resucitados, perecerá, y ¿cómo pretender que no perecerá ni un solo cabello de la cabeza? Las mismas dificultades presentan sobre la flaqueza y la gordura. Si todos los resucitados serán iguales, no habrá ya flacos y gordos. Luego, a unos se les añadirá algo y a otros se les quitará. Por consiguiente, no recibirá cada uno lo que tuvo, sino que unos ganarán lo que no tenían y otros perderán lo que tenían[568].

2. No menor polvareda levantan, fundados en las corrupciones y descomposiciones de los cuerpos muertos, de los cuales parte se desvanece en polvo, parte se evapora en aire. Unos son comidos por las bestias, y otros consumidos por el fuego, y otros perecen en un naufragio o, de otro modo, en el agua, y se. corrompen y se licúan. Ellos no creen que todo esto pueda ser reunido y reintegrado al cuerpo.

Apelan también a ciertas fealdades o defectos, sean de nacimiento o adquiridos. En este punto alegan los partos monstruosos, y preguntan con aire irónico si los cuerpos contrahechos resucitarán en su deformidad. Si respondemos que desaparecerá todo eso en el cuerpo resucitado, creen que

---

[568] Tanto las objeciones de este capítulo como las del precedente son justamente ridículas, porque parten de un concepto rastrero y materialista de la otra vida. Quizá la mejor respuesta a ellas fuera la que Cristo dio a los saduceos que le preguntaban de quién sería la mujer que había tenido siete maridos: *En la otra vida ni se casarán ni tomarán maridos. Serán todos como ángeles de Dios.* Y esta observación valga ya para todos los capítulos tocantes a la resurrección. Así lo explica, por fin, en el capítulo 27.

nuestra respuesta pueden contradecirla mostrando las cicatrices y las llagas de nuestro Señor, pues predicamos que resucitó con ellas.

Entre todas estas cuestiones plantean una, la más difícil, en estos términos: ¿A quién volverá la carne de un hombre que se ha convertido en substancia de otro que lo devoró acosado por el hambre? Esa carne fue asimilada y convertida en la carne de aquel que vive a sus expensas y ha llenado con ella los vacíos debidos en él a su debilidad. Con el fin de poner en ridículo la fe en la resurrección, preguntan si tornará al primer hombre que la poseyó o al que la asimiló. Y así, o permiten al alma humana, como Platón, verdaderas infelicidades y falsas felicidades en alternativa constante, o confiesan con Porfirio que, después de diversas revoluciones a través de los cuerpos, terminarán algún día las miserias y no tornarán más a ellas; pero no tomando un cuerpo inmortal, sino huyendo todo cuerpo.

## CAPÍTULO XIII

## Respuesta a la dificultad de los fetos abortivos

Voy a responder, prestando la misericordia de Dios ayuda a mis esfuerzos, a las objeciones que he puesto en boca de mis adversarios. No me atrevo a afirmar, pero tampoco a negar, que los fetos abortivos que hayan vivido en el útero materno y hayan muerto allí han de resucitar. Sin embargo, no veo por qué, si no se les excluye del número de los muertos, ha de excluírselos de la resurrección. Porque una de dos: o no resucitarán todos los muertos y habrá almas humanas que permanecerán eternamente sin cuerpos, como las que han vivido en el útero materno; o, si todas las almas humanas tomarán, para resucitar, los cuerpos que hayan tenido, de cualquier lugar en que lo hayan dejado, no hallo razón para excluir de la resurrección a los niños que han muerto en el útero materno. A cualquier sentir que se atenga cada cual, lo que dijésemos de los infantes ya nacidos, eso mismo debe aplicarse a los fetos si resucitaren[569].

[569] En el *Enchiridion* 84-89ss.,23 se presenta una serie de puntos n resolver sobre la resurrección. La solución que allí da está complétamente de acuerdo con las alegadas aquí. Cf. también *De Gen. ad litt* III 14,23.

## CAPÍTULO XIV

## ¿Qué decir sobre la resurrección de los infantes?

¿Qué diremos de los infantes sino que resucitarán, y no en la pequeñez de cuerpo en que murieron? Recibirán en un instante, por la omnipotencia de Dios, el crecimiento que alcanzarían con el tiempo. Las palabras del Señor: *No perecerá ni un solo cabello de vuestra cabeza*, afirman que no se perderá nada de lo que se tenga, pero no niegan que pueda recibirse lo que no se tenía. Al niño que muere le falta el desarrollo completo. Al niño perfecto le falta ciertamente la perfección del tamaño corporal y no lo logrará hasta que llegue al término de su crecimiento. Esta perfección la poseemos todos desde que somos concebidos, pero la poseemos en potencia, no de hecho[570], al igual que todos los miembros están latentes en el semen aunque falten aún muchos a los recién nacidos, como son los dientes y otros por el estilo. En esta razón, impresa en la materia corporal, parece estar ya, en cierto modo, incoado, por decirlo así, lo que aún no existe, o por mejor decir, lo que está oculto, pero existirá, o mejor, aparecerá a su tiempo. En ella, el niño, que será un día grande o pequeño, es ya pequeño o grande. Según esa razón, sin duda en la resurrección del cuerpo no tememos perder nada, porque, aunque resucitemos todos iguales y con talla de gigantes, los mayores no perderán nada ni se reducirán, porque eso iría contra la sentencia de Cristo, que dijo que no había de perecer ni un solo cabello de la cabeza. En cuanto a los otros, ¿cómo podría faltar a la omnipotencia del Creador, que hizo todas las cosas de la nada, materia para añadir, como artífice maravilloso, lo que viera ser necesario?

## CAPÍTULO XV

## ¿Serán todos los cuerpos resucitados de la talla del cuerpo del Salvador?

Una cosa es cierta: que Cristo resucitó con la misma estatura que tenía al morir, y no está permitido decir que, en llegando el tiempo de la resurrección universal, tomará, para igualarse a los más altos, un tamaño que

[570] Así lo explica su teoría de las *razones seminales*, que implican un evolucionismo mitigado, muy conforme con las leyes generales de la historia humana.

no tenía cuando se apareció a sus discípulos en la forma en que lo habían conocido. Si decimos, por el contrario, que los cuerpos mayores han de reducirse a la talla del cuerpo del Señor, habrá que quitar a muchos parte de su cuerpo, contra la promesa de que no perecerá ni un solo cabello. Resta, pues, decir que cada cual recibirá su talla, la que tuvo, o en la juventud, aunque haya muerto viejo, o la que había de tener si le arrebató una muerte prematura. En cuanto a las palabras del Apóstol sobre la medida de la edad perfecta de Cristo, es preciso decir que o tienen otro motivo, cual sería que la medida perfecta de la cabeza mística halla su complemento en la perfección de sus miembros, de todo el pueblo cristiano; o, si las entendemos de la resurrección de los muertos, hay que creer que los cuerpos no resucitarán ni sobre ni bajo la forma juvenil, sino en la edad y en la robustez a que sabemos que llegó Cristo. Los más sabios de los paganos han fijado la perfección de la juventud hacia los treinta años. Después el hombre va en declive y avanza hacia la vejez, edad ya grave. A este tenor, el Apóstol no dijo: A la medida del cuerpo, o: A la medida de la estatura, sino: *A la medida de la edad perfecta de Cristo.*

## CAPÍTULO XVI

## ¿Cómo debe entenderse la conformación de los santos con la imagen del Hijo de Dios?

Cuando habla de *los predestinados a hacerse conformes a la imagen del Hijo de Dios,* puede entenderse del hombre interior. Por eso en otro lugar nos dice: *No queráis conformaros con este siglo, antes bien reformaos por la renovación de vuestro espíritu.* En cuanto nos reformamos para no conformarnos con este siglo, en tanto nos conformamos con el Hijo de Dios.

Pueden entenderse también esas palabras en el sentido de que, como él se hace conforme con nosotros por la mortalidad, así nosotros nos hagamos conformes a El por la inmortalidad. Esto dice también relación con la resurrección de los muertos.

Mas, si en estas palabras se nos dice la forma en que han de resucitar los cuerpos, esta conformación como la medida de que he hablado debe entenderse en edad, no en talla. Cada cual resucitará como era o había de ser en su juventud. Y en cuanto a la forma, importará poco que sea la de un niño o la de un viejo, pues allí ni el espíritu ni el cuerpo estarán ya sujetos

a flaqueza alguna. De aquí que, si alguien sostiene que cada uno resucitará en la misma talla corporal que tenía cuando murió, no se debe luchar contra él en una laboriosa discusión.

## CAPÍTULO XVII

## ¿Resucitarán las mujeres en su sexo propio?

Algunos, basados en estos dos testimonios: *Hasta que arribemos todos al estado de un varón perfecto, a la medida de la edad perfecta de Cristo*, y: *Conformes a la imagen del Hijo de Dios*, han concluido que las mujeres no resucitarán en su sexo, sino en el del hombre[571]. Dios hizo sólo al varón del barro, y a la mujer la formó del varón. Tengo para mí que la verdad está de parte de quienes creen que resucitarán los dos sexos. Allí no habrá ya la libido, que es la causa de la confusión. Én efecto, antes de pecar el varón y la mujer estaban desnudos y no se avergonzaban el uno del otro. Entonces los vicios quedarán suprimidos de los cuerpos, pero la naturaleza de éstos subsistirá. Ahora bien, el sexo femenino no es en la mujer vicio, sino naturaleza. Además, entonces no habrá ni comercio carnal ni parto. Los miembros de la mujer serán aptos no para el uso antiguo, sino para la nueva belleza, que no excitará la concupiscencia del que mire, sino que glorificará la sabiduría y la clemencia de Dios, que hizo lo que no existía y libró de la corrupción lo que hizo. Al principio del género humano convenía que la mujer fuera formada de una costilla del varón dormido, pues esto era un símbolo profético de Cristo y de la Iglesia. El sueño de Adán significaba la muerte de Cristo[572], cuyo costado fue atravesado por la lanza sobre la cruz después de haber expirado, y manó de él sangre y agua, que son figura de los sacramentos, con que se edifica la Iglesia. La Escritura usó esta palabra. No dice: Formó o fingió, sino: *La edificó en mujer*. Por eso el Apóstol llama a la Iglesia edificio del cuerpo de Cristo.

La mujer es, por consiguiente, criatura de Dios como el varón; pero fue hecha del varón para encarecer la unidad, y fue hecha de ese modo para figurar, como queda dicho, a Cristo y a la Iglesia. El que creó a los dos

---

[571] Según San Jerónimo en su *Epistola ad Pammachium*, este error procede de Orígenes. Guido el Carmelita atribuye este error también a los ármenos, como suscitadores del mismo y queriendo hacer revivir el antiguo error de Orígenes.

[572] Sobre el significado y el simbolismo de estos hechos puede verse *De Gen. contra Manich.* II 25,38-39.

sexos, a los dos los restablecerá. Además, Jesús mismo, preguntado por los saduceos, que negaban la resurrección, a cuál de los siete hermanos pertenecía la mujer que los había tenido a todos por marido, pues cada uno había querido, según el mandato de la Ley, perpetuar la posteridad de su hermano, dice: *Andáis errados por no entender las Escrituras ni el poder de Dios.* Y en una ocasión tan propicia para decir que era una pregunta sin sentido, porque la mujer no sería ya mujer, sino varón, no dijo eso, sino que añadió: *En la resurrección ni se enmaridarán ni se desposarán, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo.* Serán iguales a los ángeles, es cierto; pero por la inmortalidad y la felicidad, no por la carne ni por la resurrección, ya que los ángeles no tuvieron necesidad de ellas, pues no pudieron morir. El Señor negó que hubiera nupcias en la resurrección, no que hubiera mujeres. Y lo negó en tal coyuntura, que hubiera resuelto la cuestión de un plumazo con negar la existencia del sexo femenino, si conocía que no lo había. Más aún, confirmó la existencia de los dos sexos, al decir: *No se enmaridarán,* lo cual atañe a las mujeres, *ni se desposarán,* que respecta a los varones. Por consiguiente, tanto las que suelen enmaridarse como los que se desposan estarán en la resurrección, pero allí no habrá tales contratos.

## Capítulo XVIII

## Cristo, el varón perfecto, y la Iglesia, su cuerpo

Para comprender lo que dice el Apóstol, que todos arribaremos a la edad del hombre perfecto, debemos considerar el contexto todo y la circunstancia. Suena así: *El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos para dar cumplimiento a todas las cosas. Y así, ese mismo ha constituido a unos apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y doctores. A fin de que trabajen en la perfección de los santos en las funciones de su ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo. Hasta que arribemos todos a la unidad de una misma fe y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un varón perfecto, a la medida de la edad perfecta de Cristo. De manera que ya no seamos niños fluctuantes ni nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia para introducir el error. Antes bien, siguiendo la verdad con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza y de quien todo el*

*cuerpo, trabado y conexo entre sí, recibe, por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente a cada miembro, el aumentó propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad.* He aquí cuál es el hombre perfecto: la cabeza y el cuerpo, compuesto de todos los miembros, que recibirán la perfección a su tiempo. Cada día se van juntando a este cuerpo nuevos elementos mientras se edifica la Iglesia, a la que se dice: *Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros.* Y en otra parte: *Por su cuerpo, que es la Iglesia.* Y asimismo: *Aunque muchos somos un solo pan, un solo cuerpo.* Del edificio de este cuerpo se dijo aquí: *A fin de que trabajen en la perfección de los santos, en las funciones de su ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo.* Luego añade el pasaje que nos ocupa: *Hasta que arribemos todos a la unidad de fe y al conocimiento del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, a la medida de la edad perfecta de Cristo,* etc. Y al fin muestra de qué cuerpo debe entenderse esa medida, con estas palabras: *En todo vayamos creciendo en Cristo, que es la cabeza y de quien todo el cuerpo, trabado y conexo entre sí, recibe, según la medida y la capacidad de cada miembro, el desarrollo que le conviene.* Luego, como hay una medida de cada parte, hay también una medida de todo el cuerpo, compuesto de todas esas partes. Y ésa es la medida de la plenitud de que se dijo: *A la medida de la plenitud de la edad de Cristo.* Esta plenitud la nombró también en aquel lugar en que, hablando de Cristo, dice: *Y le ha constituido sobre todas las cosas cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo y su plenitud, el que consuma todo en todas las cosas.* Pero, si este pasaje debiera referirse a la forma de resurrección, ¿qué nos impediría aplicar a la mujer lo que se dice del varón, en cuyo caso se habría puesto varón en lugar de hombre? Así, en un salmo se dice: *Dichoso el varón que teme al Señor.* Y en él están, indudablemente, incluidas las mujeres que le temen.

## CAPÍTULO XIX

## En la resurrección se embellecerán todas las fealdades

1. ¿Qué responderé ahora a las objeciones fundadas en los cabellos y en las uñas? Una vez sentado que no perecerá nada de nuestro cuerpo, con el fin de que no haya en él nada deforme, se comprenderá también fácilmente que lo que constituía una monstruosa deformidad no se añadirá en aquellas partes en que tal adición afee la belleza de los miembros. Se hace,

por ejemplo, un vaso de arcilla y luego se le quiere fundir para hacerlo de nuevo, y no es necesario que, al fundirlo, la arcilla, que había estado en el asa vuelva al asa, o la que formaba el fondo torne de nuevo a formarlo, con tal de que toda torne a todo él, es decir, toda la arcilla a todo el vaso, sin perder ni una pequeña parte de ella. Si, pues, los cabellos y las uñas, tantas veces cortados, no pueden tornar a su lugar sin producir una fealdad, no tornarán. Y, sin embargo, no serán aniquilados, pues serán cambiados en la misma carne a que pertenecían, a fin de conservar la armonía de las partes y mantener allí cada parte en su lugar propio.

No se me oculta que estas palabras del Señor: *No perecerá ni un solo cabello de vuestra cabeza,* pueden entenderse con más propiedad del número de cabellos que de su largura. En este sentido dice en otra parte: *Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados.* Esto no quiere decir que yo piense que algún cuerpo perderá algo de lo que naturalmente tenía. Quiero solamente hacer ver que lo deforme (que muestra la condición penal de los mortales) será restituido de tal modo a su substancia, que, conservada la integridad, desaparecerá la deformidad. Si un artista puede fundir una estatua mal hecha y darle nueva forma y si puede mezclar y combinar lo deforme y poco conforme con el arte, sin apartarlo del todo, evitando la fealdad y conservando la cantidad, ¿qué debe pensarse del Artífice todopoderoso? ¿No podrá suprimir y separar de los cuerpos humanos sus deformidades naturales o monstruosas, que son una tara de esta vida miserable, pero que no están a tono con la futura felicidad de los santos, como esos apéndices naturales, pero indecorosos, de nuestro cuerpo, sin disminuir en nada su substancia?

2. Por consiguiente, no debe temerse por los flacos o por los gordos que sean allí cuales, si pudiesen, no quisieran serlo ni aquí. La hermosura del cuerpo es la armonía de sus partes con cierta suavidad de color[573]. Donde no hay armonía de partes hay algo que ofende, o porque es malo, o porque es poco, o porque es demasiado. Esta deformidad que resulta de la desproporción de las partes del cuerpo desaparecerá cuando el Creador,

[573] Esta es la ya clásica definición de belleza dada por Agustín. Así, en la carta 3.ª, que va dirigida a Nebridio, dice: « —¿Qué es lo que se alaba en el cuerpo? —Nada laudable descubro en él si no es la hermosura. —Y ¿qué es la hermosura del cuerpo? —Armonía de partes con cierta suavidad de color (n.4)». Textos paralelos pueden verse, por ejemplo, en *De ver. relig.* 22,42; 30,56; 32,59; 39,72; 40,74; *De div. quaest. 83* q.44; *Confess.* IV 13,20; *De nat. bon.* 8; *De civ. Dei* XI 22; *Epist.* 18,2.

por los medios que El conoce, suplirá la deficiencia o quitará lo superfluo y enderezará lo malo.

¿Cuánta será la suavidad del color, donde los justos resplandecerán cómo el sol en el reino de su Padre? Es de creer que Cristo escondiera a los ojos de sus discípulos la claridad de su cuerpo cuando se les apareció después de la resurrección. La débil mirada humana, que debía fijar su atención en Cristo resucitado, no la soportaría. Por esta misma razón dejó tocar las cicatrices de sus llagas, comió y bebió con ellos no por necesidad, sino por posibilidad. El estado en que no se ve un objeto presente viendo otros objetos igualmente presentes, como sucedió a los discípulos, que no veían la claridad de Cristo y veían otras cosas, se llama en griego ἀορασία, palabra que los latinos han traducido en el Génesis por *caedlas* (ceguera), a falta de otra equivalente. Esta ceguera la padecieron los sodomitas cuando buscaban las puertas del varón justo y no daban con ellas.

En efecto, si hubiera sido una verdadera ceguera, como es la que impide ver, no buscaran la puerta de entrada, sino guías o lazarillos para salir de allí[574].

3. No sé cómo, pero es cierto que nuestro afecto hacia los bienaventurados mártires nos hace desear ver en el cielo las cicatrices de las llagas recibidas en sus cuerpos por el nombre de Cristo. Y quizá las veamos. Eso no será deformidad en sus cuerpos, sino una marca de honor. Brillará cierta belleza en sus cuerpos, pero no de los cuerpos, sino de la gloria. No debe creerse tampoco que los miembros que fueren cortados a los mártires les faltarán en la resurrección de los muertos, pues a ellos se dijo: *No perecerá ni un solo cabello de vuestra cabeza.* Mas, si exige la belleza que en el nuevo siglo se vean las marcas gloriosas de los mártires grabadas en su carne inmortal, es de creer que los miembros que hayan sido heridos o mutilados conservarán las cicatrices, y los perdidos no dejarán de recibirlos. Si es verdad que los defectos de nuestro cuerpo no aparecerán en la otra vida, también lo es que las marcas de la virtud no deben ser consideradas como defectos.

---

[574] Cf. *Quaest. in Hept.* I q.42-43.

## Capítulo XX

## ¿Cómo se efectuará la resurrección de los cuerpos?

1. Lejos, pues, de nosotros pensar que la omnipotencia del Creador no puede reunir, para resucitar los cuerpos y tornarlos a la vida, todas las partes que hayan sido devoradas por las bestias, o consumidas por el fuego, o deshechas en polvo y ceniza, o disueltas en agua, o disipadas en aire. Lejos de nosotros pensar que haya algo tan oculto y tan alejado de nuestros sentidos en el ser de la naturaleza, que pueda escapar al conocimiento y al poder del Creador. Cicerón, cuya autoridad es máxima para nuestros adversarios, queriendo definir a Dios a su modo, dice: *Es un espíritu independiente y libre, ajeno a toda compañía, que conoce y mueve todas las cosas y que está dotado de un movimiento eterno.* Y se inspira en los grandes filósofos. Para emplear su lenguaje, ¿puede pasar algo inadvertido al que lo conoce todo o escapar jamás al que lo mueve todo?

2. Esto me lleva como de la mano a solucionar la cuestión siguiente, que parece la más difícil de todas: Cuando la carne de un hombre muerto se ha convertido en carne de otro viviente, ¿a cuál de los dos pertenecerá en la resurrección? Supongamos que un desgraciado, presa del hambre y forzado por ella, come de la carne de un hombre muerto —extremo al que, según la historia, se ha llegado alguna vez y del que nuestros desdichados tiempos presentan más de un ejemplo[575]—, ¿puede sostenerse con algún fundamento que fue toda esa substancia eliminada por los conductos inferiores y que no fue asimilada parte, siendo así que la debilidad que existía y no existe está indicando asaz las pérdidas reparadas por aquellos alimentos?

Ya he propuesto más arriba algunos puntos para la solución de esta dificultad. Todas las carnes que el hombre ha consumido han sido evaporadas en el aire, y hemos reconocido que el Dios omnipotente puede reunir todo lo desvanecido. Esa carne será, pues, devuelta a aquel en que comenzó a ser carne humana, puesto que el otro la tenía como prestada, y, como moneda ajena, debe restituirla a su dueño, La suya, de que el hambre le

[575] Sin duda alguna alude al hambre que padecieron los romanos durante el asedio de Alarico, el año 409, de la cual hablan Sozomeno en su *Historia eclesiástica* 1.9 c.8, y San Jerónimo en la *Epístola* 16 *ad Prutcipiam,* donde dice entre otras cosas; *Ad nefandos cibos erupit estírenlium rabies, et sita invicem membra laniarunt, et mater non parcit lactanti infanti, et suo recipit tuero, quem paulo ante effuderat.*

había despojado, le será devuelta por Aquel que puede juntar a su antojo la desaparecida. Y, dado caso que fuera aniquilada y no quedaran ni rastros en los ocultos senos de la naturaleza, el Omnipotente la repararía de cualquier modo. Mas, habiendo declarado la Verdad que *no perecerá ni un solo cabello de vuestra cabeza*, es absurdo pensar que, no pudiendo perecer un cabello del hombre, hayan podido perecer tantas carnes devoradas o consumidas por el hambre.

3. Ponderadas y examinadas todas estas cuestiones según nuestra capacidad, llegamos a la conclusión de que los cuerpos en la resurrección tendrán la misma talla que tenían en su juventud o en la razón seminal de la misma, con la belleza y la proporción de todos sus miembros. Con el fin de conservar la proporción, es lógico que, si se hubiera substraído algo a algún monstruoso apéndice, se distribuya por todo el cuerpo para que no perezca ni eso y se mantenga en todo la armonía de las partes. Así, no es absurdo creer que de eso pueda añadirse algo a la talla del cuerpo al distribuir a todas las partes del cuerpo, por causa de la belleza, ese abultamiento que en una sola sería una deformidad. Y si alguno sostiene que cada uno resucitará en la misma estatura que tenía al morir, no se le debe resistir con ardimiento, con tal de que excluya toda deformidad, toda debilidad, toda pesadez, toda corrupción y todo aquello que sea contrario a la hermosura de ese reino en el que los hijos de la resurrección y de la promesa serán iguales a los ángeles de Dios, si no por cuerpo ni por edad, sí por la felicidad.

## Capítulo XXI

### **Novedad del cuerpo espiritual resucitado**

Todo cuanto perdieron los cuerpos vivos o los cadáveres después de la muerte les será restituido juntamente con lo que dejaron en el sepulcro. Y resucitará trocado de la vetustez del cuerpo animal en la novedad del cuerpo espiritual, revestido de incorrupción y de inmortalidad. Mas, aunque, o por algún accidente grave o por la crueldad de los enemigos, un cuerpo haya sido reducido todo a polvo y disipado en aire o en agua, no se hallara de él ni una partícula, no puede ser substraído a la omnipotencia del Creador y no perecerá ni un solo cabello de su cabeza. La carne espiritual estará sometida al espíritu; pero será carne no espíritu, al igual que el espíritu carnal estuvo sometido a la carne siendo espíritu, no carne. La expe-

riencia de esto la tenemos en la deformidad de nuestra pena. No eran carnales según la carne, sino según el espíritu, aquellos a quienes se dirigía el Apóstol en estos términos: *No he podido hablaros como a hombres espirituales, sino como a carnales.* El hombre espiritual en esta vida es carnal todavía según el cuerpo y ve en sus miembros una ley que resiste a la ley de su espíritu. Será también espiritual según el cuerpo cuando la carne haya resucitado, cumpliéndose estas palabras del Apóstol: *Se siembra un cuerpo animal y resucitará un cuerpo espiritual.*

¿Cuáles y cuántas serán las perfecciones del cuerpo espiritual? Como aún no tenemos experiencia de ello, temo ser temerario en mis palabras. Sin embargo, puesto que la gloria de Dios exige que no se oculte el gozo de nuestra esperanza, y

Puesto que el Salmista, desde lo íntimo del corazón, ardiendo en amas de amor, escribió: *Señor, yo he amado el decoro de tu casa,* rastrearé, con la ayuda de Dios y según mis posibilidades, las gracias que hace a los buenos y a los malos en esta misérrima vida y la grandeza de aquella de la que no podemos hablar dignamente porque no la hemos probado. Omito el tiempo en que Dios creó al hombre recto, paso por alto la vida feliz de los dos cónyuges en las delicias del paraíso, pues que fue tan breve, que ni sus hijos tuvieron la dicha de gustarla. Hablo solamente de esta condición miserable que conocemos y en la cual vivimos, que está expuesta a tentaciones sin cuento, o mejor, a una sola tentación' continuada, por más progresos que hagamos. ¿Quién podrá explicar los signos de bondad que Dios muestra al género humano?

## CAPÍTULO XXII

## Miserias y males que siguieron a la primera prevaricación

1. Esta vida, si merece tal nombre, tan llena de males, es testigo de que toda la raza humana fue condenada en su primer origen. ¿Qué otra cosa indica esta profunda ignorancia en que nacen implicados todos los hijos de Adán, principio de todos los errores y de la que el hombre no puede librarse sin el trabajo, el dolor y el temor? ¿Qué significan tantas afecciones vanas y nocivas, de donde nacen las mordaces preocupaciones, las inquietudes, las tristezas, los temores, los falsos goces, las discordias, los altercados, las guerras, las traiciones, los enojos, las enemistades, los engaños, las adulaciones, el fraude, el robo, la rapiña, la perfidia, la soberbia, la ambi-

ción, la envidia, los homicidios, los parricidios, la crueldad, la inhumanidad, la maldad, la lujuria, la petulancia, la desvergüenza, la deshonestidad, las fornicaciones, los adulterios, los incestos y tantos otros estupros y pecados contra la naturaleza de uno y otro sexo, que sólo el citarlos causa horror; los sacrilegios, las herejías, las blasfemias, los perjurios, las opresiones de inocentes, calumnias, circunvenciones, prevaricaciones, falsos testimonios, juicios injustos, violencias, latrocinios y otros males semejantes que no afloran ahora al pensamiento, pero que sitian y cercan la vida de los hombres?[576] Verdad es que estos crímenes son obras de los malos, pero proceden todos de la raíz de la ignorancia y del amor perverso con que nace todo hijo de Adán. ¿Quién ignora, en efecto, con qué ignorancia de la verdad, manifiesta ya en los infantes, y con cuántas cupididades, que se van desarrollando en la niñez, viene el hombre a este mundo? Si se le permitiera vivir a su antojo y hacer cuanto le pluguiere, vendría a dar en todos o en muchos de los crímenes mencionados y en otros no recordados.

2. Mas, por un consejo de la divina Providencia, que no abandona del todo a los condenados y que, a despecho de su ira, no detiene el curso de su misericordia, la ley y la instrucción velan en los sentidos de los hombres contra estas tinieblas y se oponen a estos ímpetus. Es una acción inestimable, pero que no se efectúa sin trabajos y dolores. ¿Qué pretenden las mil amenazas que se hacen a los niños para retraerlos de sus vanidades? ¿Qué los pedagogos, qué los maestros, qué las férulas, qué las varas, qué las correas, qué la disciplina, de la que la santa Escritura dice que debe usarse con el hijo amado por temor a que crezca indómito y, una vez endurecido, apenas pueda o quizá ya no pueda ser corregido? ¿Qué persiguen todas estas penas sino destruir la ignorancia y refrenar la mala cupidiad, taras con que venimos al mundo? ¿A qué se debe que cuanto recordamos con trabajo lo olvidamos sin él; cuanto aprendemos con trabajo, lo ignoramos sin él; que nos cueste tanto ser diligentes y tan poco ser perezosos? ¿No denota esto claramente a qué es proclive e inclinada la naturaleza, viciada por sus propios pasos, y de cuánta ayuda necesita para verse libre de todo esto? La

---

[576] Las dos grandes taras con que nace el hombre, heredadas del pecado del primer hombre, son la concupiscencia y la ignorancia, ya clásicas en el agustinianismo. Los efectos de las mismas los cita en este pasaje, casi diríamos de una manera exhaustiva. La imagen que aquí nos pinta parece desmentir el conocido optimismo de San Agustín; sin embargo, habla de cosas sabidas sin excederse, simplemente poniéndonos ante los ojos los mil y mil vicios de que adolecemos. Luego Vendrá el contraste a decimos que en la vida no todo son penas, sino que también tiene sus solaces y sus consuelos.

desidia, la flojedad, la pereza y la negligencia son vicios que huyen el trabajo. El mismo trabajo, por útil que sea, es una pena.

3. Amén de las penas de la infancia, sin las que no puede aprenderse lo que quieren los padres, que es raro que deseen algo útil[577], ¿quién será capaz de expresar y quién susceptible de comprender la infinidad y la enormidad de las penas a que está sujeto el género humano, y que son patrimonio, no de la malicia y de la maldad de los buenos, sino de la triste condición humana? ¿Cuánta es la aprehensión y el dolor que nos causan las orfandades y los duelos, los daños y las condenas, los engaños y las mentiras de los hombres, las falsas sospechas, los crímenes con violencia y las bellaquerías ajenas?[578] De éstas proceden el pillaje y el cautiverio, las prisiones y las cárceles, los destierros y los tormentos, la mutilación, el rapto y la brutalidad y otros mil actos horrendos por el estilo. ¿Qué diré ante la multitud de accidentes que se temen del exterior sin tomar parte en ellos? A éstos pertenecen el calor, el frío, las tormentas, las lluvias, las inundaciones, los rayos, los truenos, el granizo, los terremotos, los resquebrajamientos de la tierra, los derrumbamientos de casas, los tropiezos, el escaparse las caballerías, los venenos de las frutas, de las aguas, del aire y de los animales. Entre éstos se cuentan también las mordeduras mortales o molestas de las fieras, la rabia de un perro rabioso, ese animal tan apacible y tan amigo del hombre, que a veces se hace más temible y fiero que los leones y los dragones y hace al hombre que muerde más temible para sus padres, esposa e hijos que la fiera más feroz.

¿Qué males sufren los navegantes y cuáles los que viajan a pie? ¿Quién puede viajar sin exponerse a algún accidente imprevisto? Un hombre muy sano, un día, al volver de la plaza, cayó, se rompió una pierna, y

---

577 Parece estar haciendo referencia a su propio padre, que en sus primeros años de estudiante llevaba una mira completamente humana. De ello se queja en las *Confessiones* (I 12,19) en estos términos: «Tampoco los que me urgían (a estudiar) obraban bien; antes todo el bien que recibía me venía de ti, Dios mío, porque ellos no veían otro fin a que yo pudiera encaminar aquellos conocimientos que me obligaban a aprender sino a saciar el insaciable apetito de usa insaciable escasez y de una gloria ignominiosa».

578 San Agustín nos describe en este apartado un mundo real de un ambiente ordinario y común entre la gente vulgar y aun entre la que no lo es tanto. Esto nos permite hacemos una idea de la circunstancia ambiental de que vivía rodeado y del mundo que respiraba en aquella época, ya un poco decadente. La visión es fatalista y pesimista, si se quiere, pero muy real y muy humana, porque la visión del Genio había profundizado en todos los lares de su época.

esa herida le valió la muerte. ¿Hay postura más segura, al parecer, que estar sentado? El sacerdote Helí cayó de su asiento y se mató.

¿Qué accidentes no temen los labradores, mejor diría, todos los hombres, tanto de parte del cielo y de la tierra como de los animales nocivos? Cuando han recogido y entrojado su cosecha, entonces creen ya asegurado el año. Pero yo sé y conozco que en cierta ocasión una riada imprevista se llevó del granero la cosecha, buena por cierto, y los hombres huyeron para librarse. ¿Quién puede confiar estar a salvo por su inocencia de las mileforines incursiones de los demonios? A fin de que nadie confíe, atormentan, por permisión de Dios, de una manera tan cruel a los niños bautizados, las criaturas más inocentes del mundo. Dios, al permitirlo, nos enseña a deplorar la miseria de esta vida y a desear la felicidad de la otra. El cuerpo está sujeto a tantas enfermedades, que ni los libros de los médicos las contienen todas. La mayor parte de los remedios y medicinas son otros tantos tormentos para librar al hombre de una pena con la ayuda de otra. Y la sed, ¿no ha obligado a algunos hombres a beber su propia orina o la ajena? ¿No ha inducido el hambre a algunos no sólo a alimentarse de cadáveres humanos, sino a matar a sus semejantes con ese fin? Y, lo que es más, ¿no ha habido madres que con increíble crueldad, fruto de un hambre canina, han comido a sus propios hijos? En fin, ¿quién explicará la inquietud del sueño, llamado propiamente quietud, cuando va acompañado de visiones espantosas, que aterran al alma, y sus imaginaciones son tan vivas, aunque falsas, que no podemos distinguirlas de las verdaderas? En ciertas enfermedades, estas visiones fantásticas atormentan con más ardor a los que están en vela. No hablo de propósito de las ilusiones de que se sirven los demonios para engañar a los hombres perfectamente sanos con el fin de turbar los sentidos con ese prurito de persuadir la falsedad, aunque no puedan reducirlos por ese medio a su partido.

4. Sólo la gracia del Salvador, Cristo nuestro Señor, libra del infierno de esta vida miserable. Su mismo nombre Jesús significa eso, Salvador. Debemos pedirle, sobre todo, que después de la vida actual nos libre de la otra más miserable y eterna, que no es vida, sino muerte. Aquí abajo, aunque hallemos grandes solaces a nuestros males en las cosas santas y en la intercesión de los santos, sin embargo, los que piden esas gracias no siempre las obtienen. La Providencia lo quiere así a fin de que un motivo temporal no lleve a seguir una religión que es preciso abrazar más por la otra vida, donde ya no habrá males. Por eso, la gracia ayuda a los mejores en

medio de los males, para que los toleren tanto más fuertemente cuanto con más fe[579].

Los sabios de este mundo pretenden que la filosofía es útil para ese punto, esa filosofía que los dioses, según Tulio, dieron en su pureza a un reducido número de hombres. Y no han dado —añade— ni podrán dar a los hombres un bien mayor. Esto prueba que los mismos adversarios se ven forzados a confesar a su modo que la gracia divina es necesaria para adquirir no una filosofía cualquiera, sino la auténtica y verdadera. Por tanto, si la verdadera filosofía, que es el único recurso contra las miserias de esta vida, fue dada a unos pocos hombres, esto prueba bastante que las miserias son las penas a que están condenados los hombres. Y así como — según confesión de ellos — no hay don más precioso que éste, así es preciso creer que no puede proceder de otro Dios que de Aquel que los adoradores de muchos dioses reconocen como el mayor de todos.

## CAPÍTULO XXIII

## **Las miserias propias de los justos**

Amén de estos males de la vida presente comunes a buenos y a malos, los justos tienen otros propios y peculiares, que son la guerra continua contra las pasiones y una vida entre riesgos y peligros. Las rebeliones de la carne contra el espíritu y del espíritu contra la carne son más o menos fuertes, pero no cesan nunca. Y, no pudiendo hacer nunca lo que queremos y dar al traste de una vez con la concupiscencia mala, sólo nos resta luchar contra ella, en cuanto esté de nuestra parte, ayudados de la gracia divina, y vivir en continua vigilancia. Esto hará que la falsa apariencia no nos engañe, que el discurso artificioso no nos seduzca, que las tinieblas del error no cieguen nuestro espíritu, que no tomemos lo bueno por malo o lo malo por bueno. Esto hará que el temor no nos aparte de hacer lo que debemos, que el deseo no nos lleve a hacer lo que no debemos, que el sol no se ponga sobre nuestra ira, que las enemistades no nos induzcan a devolver mal por mal, que una tristeza excesiva o desordenada no nos ahogue, que no sea-

[579] Esta es la economía de la Providencia. Sus leyes nos son desconocidas, pero podemos rastrearlas con nuestra pobre inteligencia y ver que está muy conforme con ella el ayudar, permitir y rechazar muchas acciones de los hombres. El providencialismo es característica básica del Santo, de tal forma que se le ha llegado a considerar como el fundador de la escuela providencialista.

mos ingratos por los beneficios recibidos y que los rumores maléficos no turben nuestra buena conciencia. Esto impedirá que hagamos juicios temerarios, que seamos susceptibles a los que hagan de nosotros, que el pecado reine en nuestro cuerpo mortal secundando sus deseos, que hagamos de nuestros miembros instrumentos de iniquidad para el pecado, que el ojo siga los deseos desordenados, que nos venza el ansia de venganza, que detengamos nuestra imaginación en cosas ilícitas. En fin, esto impedirá que oigamos de buen grado palabras injuriosas o deshonestas, que hagamos lo ilícito aunque nos agrade, que esperemos de nuestras propias fuerzas la victoria en esa guerra tan llena de peligros y de pesares, o que, una vez lograda, la atribuyamos a nuestro poder y no a la gracia de Aquel de quien dice el Apóstol: *Demos gracias a Dios, que nos ha dado la victoria por nuestro Señor Jesucristo.* Y en otro lugar: *En medio de todo esto triunfamos por la gracia de aquel que nos amó.* Pero no olvidemos que, por más fuerza y virtud que empleemos en oponernos a los vicios y aunque triunfemos y los sometamos, mientras estemos en este cuerpo, no pueden caérsenos de la boca estas palabras por alguna ofensa hecha a Dios: *Perdónanos nuestras deudas.*

Mas en aquel reino en que permaneceremos eternamente, vestidos de cuerpos inmortales, no libraremos más guerras ni tendremos más deudas, que nunca hubieran existido si nuestra naturaleza se hubiera mantenido en la rectitud en que fue creada. Así, este nuestro combate, en el que corremos riesgo y del que deseamos vernos libres por la victoria final, integra los males de esta vida, que hemos visto, por las miserias citadas, que está condenada por decreto divino.

## Capítulo XXIV

## También la vida tiene sus encantos, bienes recibidos del Creador

1. Ahora debemos alabar la justicia del Creador en las mismas miserias que afligen al género humano, al considerar la inmensidad de bienes de que ha colmado la bondad de Dios la presente vida. En primer lugar no quiso impedir después del pecado los efectos de la bendición que hizo a los hombres con estas palabras: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra.* La fecundidad subsistió en esa raza justamente condenada. Y, aunque el pecado nos impuso la necesidad de morir, no nos ha podido quitar esta virtud admirable de los gérmenes, ni esa virtud, más admirable aún, que pro-

duce los mismos gérmenes y que está profundamente enraizada y como engastada en el cuerpo humano. Y en este río o corriente que va engrosando las generaciones humanas, corren parejas el mal, que procede del padre, y el bien, que es don del Creador. En el mal original hay dos cosas: el pecado y la pena. Y otras dos en el bien: la propagación y la conformación. Ya he hablado bastante en lo tocante a mi intención de los males, o sea del pecado, que es fruto de nuestra audacia, y de la pena, que es efecto del juicio de Dios. Ahora me he propuesto hablar de los bienes que Dios ha comunicado o comunica a la naturaleza, viciada y condenada. Al condenarla, ni la privó de cuanto le había dado —de otra suerte ya no sería— ni la independizó de su poder al sujetarla al demonio para castigarla, pues no ha enajenado de su imperio ni al mismo demonio. La naturaleza del diablo no subsistiría sin Aquel que es en sumo grado y es el principio de todo ser.

2. De esos dos bienes que manan de su bondad como de una fuente abundante y caen sobre la naturaleza viciada por él pecado y condenada por pena, el primero, la propagación, lo dio al bendecir al hombre después de su creación. El día séptimo descansó de esas primeras obras. La conformación radica en esa acción suya que continúa hasta ahora. Si substrae su poder eficaz a los seres, no podrán ni desarrollarse, ni completar la duración de sus medidos movimientos, ni conservar el ser que recibieron. Dios creó al hombre y le dio cierta fecundidad para propagarse, y a esto le inducía el poder, no la necesidad. El quitó este poder a los hombres que quiso, haciéndolos estériles, sin que esto vaya en menoscabo del género humano en la bendición a los dos primeros padres. No obstante, aunque esta facultad se haya dejado al hombre, a pesar del pecado, no es tal cual hubiera sido de no haber pecado. Porque, después que el hombre, elevado a honor, delinquió, se asemejó a las bestias y engendra como ellas, conservándose siempre en él una centellica de razón que hace aparecer la imagen de Dios en él. Mas, si la conformación no se uniera a la propagación, tampoco ella procediera como es digno de la forma substancial de su género. Si los hombres no hubieran cohabitado y Dios hubiera querido poblar la tierra de hombres, podía crearlos a todos como creó el primero. Al presente el hombre y la mujer pueden cohabitar, pero no engendrar, sin la acción creadora de Dios. Como dice el Apóstol de la creación espiritual que constituye al hombre en la piedad y en la justicia: *Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el incremento,* así puede decirse en la unión conyugal: Ni el que cohabita es algo ni el que siembra, sino Dios, que da el ser. O también: Ni la madre que lleva en su seno lo concebido es algo, sino Dios, que le da el crecimiento. El solo, por la acción que obra hasta ahora, hace que las semillas desplieguen sus números y salgan de sus pliegues la-

tentes e invisibles para exponer a nuestros ojos las bellezas visibles que admiramos. El solo une de un modo maravilloso la naturaleza corpórea y la incorpórea, una para mandar y otra para obedecer, y hace el ser animal. Esta obra es tan admirable y tan estupenda, que no sólo el hombre, que es un animal racional, y, por consiguiente, más excelente y noble que todos los demás animales terrenos, sino hasta la más diminuta mosquilla no puede ser atentamente considerada sin sorprender la mente y mover a alabar al Creador.

3. El es quien dio al alma humana esa mente en la que la razón y la inteligencia están como dormidas en el infante, como si no existieran, para despertar y ejercitarse con la edad. Entonces se capacitará para adquirir la ciencia y la doctrina y se habilitará para la percepción de la verdad y para el amor del bien. Con esa capacidad logrará la sabiduría y adquirirá las virtudes, la prudencia, la fortaleza, la templanza y la justicia, para combatir los errores y los demás vicios naturales. Los vencerá únicamente con el deseo del Bien inmutable y sumo[580]. Y aunque esa capacidad no consiga sus efectos, ¿quién podrá expresar o solamente concebir la grandeza del bien encerrado en esta maravillosa obra del Omnipotente?

Fuera del arte del bien vivir y de arribar a la felicidad inmortal, arte sublime que se llama virtud, y que la gracia de Dios por Jesucristo da a los hijos de la promesa y del reino, el ingenio humano, ¿no ha inventado y probado una infinidad de artes, en parte necesarias y en parte deleitosas, que hacen ver que un entendimiento tan excelente y extendido en cosas superfluas, peligrosas y hasta nocivas, tiene un gran fondo de bien con su naturaleza, pues con él ha podido inventar, aprender y ejercitar todo eso?

¡Cuánto ha progresado en la agricultura y en la navegación! ¡Cuánta imaginación y perfección derrochada en vasos de todas las formas y en la variada policromía de estatuas y pinturas! ¡Qué maravillas ha compuesto y llevado a las tablas, extrañas para los espectadores e increíbles para los oyentes! ¡Cuáles y cuántos recursos y arterías para cazar, matar y domar a las bestias salvajes! ¡Cuántas clases de venenos, de armas, de máquinas, han inventado los hombres contra los hombres mismos! ¡Cuántos remedios o medicinas para conservar o recobrar la salud! ¡Cuántos condimentos y manjares exquisitos ha preparado para el placer de la boca y para excitar el

---

[580] Este es el proceso psicológico de la espiritualidad cristiana para San Agustín. El alma racional, la mente, tiene ciertos principios preontológioos, inconscientes, que no están sujetos a la moral, porque son anteriores a ella y ella los supone. Cuando la razón cae en la cuenta de esos principios, entonces comienza su obra moral y ascética, porque la ascética agustiniana, como ha dicho el P. Lope, es una teología ascética.

apetito! ¡Qué diversidad de signos para expresar los pensamientos, entre los cuales destacan la palabra y la escritura! ¡Qué riqueza de adornos en la elocuencia y en la poesía para deleitar el espíritu! Y para agradar al oído, ¡cuántos instrumentos de música y qué diversidad de cantos ha compuesto! ¡Qué admirable conocimiento de las medidas y de los números! Y ¡qué sagacidad en el descubrimiento de las armonías y de los giros de los astros! En fin, ¿quién podría decir todos los conocimientos de que se ha enriquecido el espíritu, tocantes a las cosas naturales, sobre todo si quisiéramos insistir en cada uno en particular, no referirlas todas en general? Y ¿quién se bastará a ponderar la grandeza de ingenio que han mostrado filósofos y herejes al defender sus errores y falsedades? Al presente hablamos de la naturaleza de la mente humana, como dote de la vida mortal, no de la fe y del camino de la verdad, con las cuales se adquiere la vida inmortal. Es cierto que una naturaleza tan excelente, teniendo a Dios por autor y administrador, sumamente justo y poderoso, nunca jamás hubiera caído en estas miserias, si por estas miserias no incurriera en las eternas, exceptuados los justos que son librados, si no hubiera precedido en el primer hombre, del que procedemos los demás, un pecado enorme en demasía.

4. Si consideramos nuestro cuerpo —aunque muere como el de las bestias y es más débil que el de muchas de ellas—, ¡cuánta bondad y cuánta providencia de Dios brilla en cada una de sus partes! Los órganos de los sentidos y los demás miembros, ¿no están tan bien dispuestos, y su belleza, su forma y su modo tan bien ordenados, que indican a las claras que fueron hechos para el servicio de un alma racional? El hombre no ha sido inclinado hacia la tierra como los animales irracionales, sino que la forma de su cuerpo, firme y erguida, le advierte que guste las cosas de arriba. Además, esa maravillosa agilidad dada a la lengua y a las manos para hablar, y para escribir, y para ejecutar tantas obras de arte, ¿no muestran acaso lo bastante a qué alma debe servir tal cuerpo? Aunque el hombre no tuviera necesidad de obrar, la armonía de sus partes es tan perfecta y sus proporciones tan hermosas, que es difícil definir si, al crearlo, Dios tuvo más en cuenta la utilidad que la belleza. Verdad es que en el cuerpo no hallamos nada útil que no sea a la vez bello. Esto nos resultaría más claro si conociéramos los números y las medidas que unen entre sí todas las partes. Quizá a base de esfuerzos la industria humana pudiera descubrir algo por lo que ve de fuera. Sin embargo, los miembros ocultos y alejados de nuestra mirada, como la unión de las venas, de los nervios y de los músculos y fibras, nadie puede conocerlos. En efecto, aunque la cruel diligencia de los médicos llamados anatomistas despedacen los cadáveres o los cuerpos de quienes se les mueren entre las manos, y corten, *y* examinen, y busquen y rebusquen en

las carnes humanas, asaz inhumanamente por cierto, 'todos los entresijos para saber qué, cómo y en qué lugares debe hacerse la cura, con todo, los números de que hablo, que componen interior y exteriormente esa coaptación que se llama en griego ἁρμονία, tanto del cuerpo en general como de sus órganos en particular, ¿qué diré?, nadie ha podido hallarlos, porque nadie ha osado buscarlos. Si pudieran ser conocidos en las mismas entrañas, al parecer sin belleza, se descubriría algo tan bello, que la razón que usa de los ojos lo preferiría a esa belleza aparente que agracia a la vista.

Hay algunas partes en el cuerpo que solamente son para ornato y no tienen utilidad, como son las mamilas en el hombre y la barba. Y que no son para defensa, sino para ornato en el hombre, lo indican esos rostros lampiños de las mujeres, a los que en realidad, por ser más débiles, les sería más necesaria la defensa. Si, pues, no hay miembro alguno de los que vemos (y nadie duda de ello) que, siendo útil, no sea a la vez decoroso, y hay algunos sólo decorosos, no útiles, estimo que es fácil comprender que en la creación del cuerpo se antepuso la dignidad a la necesidad[581]. La necesidad pasará y vendrá el tiempo en que gocemos sólo de la belleza mutua sin ninguna concupiscencia. Este es el objeto más digno de las alabanzas del Creador, al que se dice en un salmo: *Te has revestido de gloria y de decoro.*

5. Y ¿en qué discurso podrá encarnarse esa hermosura y utilidad otorgada por la liberalidad de Dios, que sin duda no falta en el hombre, aunque arrojado entre miserias y trabajos y condenado a ellos? Yo hablaría de la variada hermosura del cielo y de la tierra y del mar; de la abundancia y majestuosidad de la luz, del sol, de la luna y de las estrellas; de las frondosidades de los bosques, de los colores y de los olores de las flores, de la diversidad y muchedumbre de aves parleras y pintadas, de esos mil géneros de animales, tanto más maravillosos cuanto más pequeños (pues admiramos más el cuerpo de las hormigas y de las abejas que el inmenso cuerpo de las ballenas); del enorme espectáculo del mar cuando se viste su traje de mil colores, a veces verde con varios matices, a veces púrpura, a veces azul. ¡Con qué placer se le contempla también cuando se enfurece, y luego nace la calma, porque recrea al espectador con tal que no abata y combata

[581] Tenía que llegar a esta conclusión por temperamento. Ya lo hemos dicho: era un artista, y basta, pues veía la mano de Dios y la belleza en todo. Hojéese, si no, el libro *De ordine*, una de sus primeras obras, y se descubrirá el corazón abierto a las hermosuras, creadas e increadas. El hombre siempre fue para él algo milagroso tanto corporal como anímicamente.

al navegante![582] ¿Qué diré de la diversidad de manjares contra el hambre y de los diferentes condimentos que nos ofrece la liberalidad de la naturaleza contra el fastidio sin recurrir al arte culinario? i Cuántos remedios para conservar y recobrar la salud! ¡Cuán agradable la alternación del día y de la noche! ¡Cuán suave el oreo de las auras! ¡Cuánto material nos ofrecen *los árboles* y los animales para la confección de vestidos! ¿Quién puede describirlo todo? Si quiera ampliar cada una de estas cosas que he reducido y encuadrarla en estas líneas, ¿cuánto tiempo me llevaría cada una?

Todo esto son solaces de los miserables y condenados, no premios de los bienaventurados. ¿Cuáles serán, pues, los premios, si son tales y tales los solaces? ¿Qué dará Dios a los que predestinó a la vida, si dio esto a los que predestinó a la muerte? ¿De qué bienes colmará en la vida dichosa a aquellos por quienes quiso que su Hijo unigénito padeciera hasta la muerte tantos males en esta vida miserable? De aquí que el Apóstol, hablando de los predestinados al reino de los cielos, diga; *El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él cualquier otra cosa?* ¿Qué seremos cuando se cumpla esta promesa? ¿Cómo seremos? ¿Qué bienes recibiremos en aquel reino, habiendo recibido ya por prenda la muerte de Cristo? ¿Cómo estará el espíritu del hombre sin vicios a los que esté sometido y a los que se rinda, ni pasiones que combatir ni siquiera loablemente, en un estado de paz perfecta? ¡Cuánta, cuán hermosa *y* cuán cierta será la ciencia de todas las cosas sin error y sin trabajo allí donde la sabiduría sea bebida en su fuente con suma felicidad y sin dificultad! ¿Cómo será el cuerpo cuando, plenamente sometido al espíritu y suficientemente vivificado por él, no tenga necesidad de alimentos? No será ya animal, sino espiritual, conservando, es cierto, la substancia de la carne, pero exento de toda corrupción carnal[583].

---

[582] Su alma de poeta deja vibrar el arpa de su imaginación mediterránea. Parécenos asistir a aquellas imágenes que más tarde consagrará el poeta agustino fray Luis de León, poeta del mar sin nunca haberlo visto. La imagen de Agustín no puede ser más expresiva. El mar cambia continuamente su vestido, y ¡qué variedad la suya! ¡Qué poesía brotaría de sus labios cuando partió para Roma desde Cartago y también cuando despidió a su amada en el puerto!

[583] ¡Qué diferente panorama el pintado en este capítulo y el descrito en el anterior! Su aparente pesimismo se ha trocado aquí en un optimismo cristiano y redentor. Sí, también el mundo tiene sus encantos; pero sus deleites son más bien solaces de los miserables que premio de los dichosos.

## CAPÍTULO XXV

## Pertinacia y obstinación de algunos en impugnar la resurrección de la carne contra el sentir unánime del mundo

Los más famosos filósofos están acordes con nosotros sobre los bienes que el alma dichosa gozará después de esta vida. Combaten, sin embargo, la resurrección de la carne y la niegan con todas sus fuerzas. El gran número de los que la creen hace reducir enormemente el número de los que la niegan. Doctos e indoctos, sabios e ignorantes se convirtieron fielmente a Cristo, que ha mostrado su resurrección —verdad que a los incrédulos parece absurda—. El mundo creyó la predicción de Dios, y la fe del mundo en esta verdad también estaba predicha. Estas predicciones no pueden atribuirse a los maleficios de Pedro, pues le han precedido muchos años[584]. Este es el Dios a quien —como he dicho ya varias veces y no me canso de repetir—, según propia confesión de Porfirio, que quería probarlo con los oráculos de sus dioses, temen las mismas divinidades. El llegó a dar a Dios el nombre de Padre y de Rey. Guardémonos de entender lo que él predijo como quieren entenderlo los que no comparten con el mundo esta fe. ¿Por qué no lo entenderán, desde luego, como lo entiende el mundo, cuya fe fue predicha tanto tiempo antes, no como la entienden estos pocos charlatanes que no han querido creer en el mundo? En efecto, sí dicen que debe entenderse de otra manera, para no hacer injuria a ese Dios del que dan testimonio tan esclarecido, diciendo que su predicción es vana, la injuria que le irrogan es mayor al decir que debe entenderse de otra manera a como lo entendió el mundo, cuya fe la alabó El, la prometió y la cumplió.

¿Es que no puede hacer que resucite la carne y viva eternamente? ¿O es que ésa es una obra mala e indigna de Dios? De su omnipotencia, que obra tantos y tan admirables milagros, ya hemos hablado largamente. ¿Queréis saber algo que no puede el Omnipotente? Helo aquí. Yo os lo diré: No puede mentir. Creamos, pues, lo que puede, no creyendo lo que no puede. No creyendo que puede mentir, creed, pues, que hará lo que prometió que había de hacer. Y creedlo como lo creyó el mundo, cuya fe la predijo, la alabó, la prometió y ha mostrado que ya creyó.

¿Cómo demuestran que esto es malo? Allí no habrá corrupción alguna, único mal del cuerpo.

---

584 Cf. 1.18 c.53.

Además, ya hemos hablado del orden de los elementos y discutido las demás objeciones sobre este punto. En el libro XIII ya hemos hecho ver suficientemente cómo los movimientos del cuerpo incorruptible serán flexibles y fáciles, a juzgar por lo que vemos ahora, cuando el cuerpo está sano, si bien su salud actual no es comparable a la inmortalidad. Los que no hayan leído esta obra o los que quieran recordar lo dicho, tómense la molestia de tornar a leerla.

## CAPÍTULO XXVI

## Contradicción entre Porfirio y Platón respecto de las almas dichosas

Porfirio dice —replican éstos— que el alma, para ser dichosa, debe huir de todo cuerpo. Es, pues, vano pretender que el cuerpo será incorruptible si el alma no será dichosa sino a condición de huir todo cuerpo.

A esta objeción ya he respondido lo bastante en el libro antes citado. Añadiré aquí solamente una cosa: que corrija, Platón, maestro de todos estos filósofos, sus libros, y diga que los dioses dejen sus cuerpos para ser dichosos, es decir, mueran, ya que él dijo que están encerrados en cuerpos celestes.

Además, dice que Dios, su autor, les prometió, para su seguridad, la inmortalidad, es decir, una permanencia eterna en sus cuerpos, si bien esto no se debe a la naturaleza de los mismos, sino a la voluntad de Dios. Esto echa también por tierra aquello de que la resurrección de la carne no debe creerse porque es imposible[585]. En efecto, según el mismo filósofo, cuando el Dios increado prometió la inmortalidad a los dioses, les dijo que había de hacer una cosa imposible. He aquí las palabras que Platón pone en boca de Dios: «Cómo habéis comenzado a ser, no podéis ser inmortales e indisolubles. Pero no os disolveréis ni hado alguno de muerte os quitará la vida, porque no será más poderoso que mi voluntad, que es un lazo más fuerte para vuestra perpetuidad que el hado a que quedasteis ligados al comenzar vuestra existencia». Si no sólo son absurdos y sordos los que oyen esto,

---

[585] El *retorqueo argumentum* es irrebatible. Si los dioses no son por naturaleza inmortales y Dios les da la inmortalidad, es que no es imposible para Dios obrar contra o al margen de la misma naturaleza. Y si esto lo hace con los dioses, ¿por qué no puede hacerlo con los hombres?

no dudarán que el Dios creador, según Platón, prometió a los dioses creados algo imposible. Quien dice: «Vosotros no podéis ser inmortales, pero seréis inmortales por voluntad mía», ¿qué otra cosa dice sino: Yo haré que seáis lo que no podéis ser?

Resucitará, por tanto, la carne incorruptible, inmortal, espiritual, aquel que, según Platón, prometió que había de hacer lo imposible. ¿A qué viene, pues, el gritar que lo que Dios ha prometido y lo que el mundo entero creyó, es imposible, máxime si se prometió también la fe del mundo en ello? Nosotros decimos además que el Dios que, según Platón, hace cosas imposibles, hará ésta. Luego, para que las almas sean dichosas, no debe huirse todo cuerpo, sino recibirse un cuerpo incorruptible. Y ¿en qué cuerpo incorruptible se alegrarán más que en el cuerpo corruptible en que gimieron? Así no será para ellos cárcel aquel deseo que Virgilio señala atribuyéndolo a Platón:

Y tomen a querer entrar en cárceles humanas.

Digo que no tendrán el deseo de tornar a los cuerpos cuando tengan consigo los cuerpos a que desean retornar. Y los tendrán para no dejarlos más, ni se verán obligadas a abandonarlos por la muerte ni durante el más breve espacio de tiempo.

## Capítulo XXVII

## La verdad en ia concordia entre Peatón y Porfirio

Platón y Porfirio han comprendido cada uno por su cuenta algunas verdades, y si pudieran entenderse entre sí, quizá se hicieran cristianos. Platón dijo que las almas no pueden estar eternamente sin los cuerpos. Y, lógicamente, las almas de los sabios, según él, después de algún tiempo, por largo que sea, tornarán a sus cuerpos. Porfirio, en cambio, propuso que el alma perfectamente purificada, una vez que retorne al Padre, no volverá jamás a las miserias de esta vida. Si la verdad que Platón vio la hubiera ofrecido a Porfirio, a saber, que las almas plenamente purificadas de los justos y de los sabios habían de tornar a los cuerpos humanos, y a su vez la verdad vista por Porfirio la hubiera comunicado éste a Platón, es decir, que las almas santas nunca han de volver a las miserias del cuerpo corruptible, diciendo los dos ambas ideas, no cada uno la suya, estoy en que verían ser ya lógico que las almas tornarán a los cuerpos y recibirán los cuerpos para

vivir dichosa e inmortalmente. Según Platón, las almas santas tomarán a los cuerpos humanos, y, según Porfirio, no tornarán a los males de esté mundo. Diga, pues, Porfirio con Platón: Tornarán a los cuerpos.

Y Platón con Porfirio. No tomarán a los males. Y así coincidirán en que tornan a los cuerpos, y no sufren ya males.

Y esto es, ni más ni menos, lo que Dios promete que ha de dar a las almas en un cuerpo eterno la felicidad eterna. Ahora, una vez concedido que las almas de los santos tornarán a los cuerpos inmortales, pienso que no tendrán inconveniente en admitir que tornen a sus cuerpos propios, es decir, a aquellos en que soportaron los males de este mundo y en los cuales sirvieron piadosa y fielmente a Dios para verse libres de esos males[586].

## CAPÍTULO XXVIII

## Contribución a la verdadera fe en la resurrección en la concordia entre Platón, Labeón y Varrón

Algunos de los nuestros, que aman a Platón por la belleza de su estilo y por algunas verdades esparcidas por sus escritos, dicen que piensa algo semejante a nosotros sobre la resurrección de los muertos. Cicerón alude a esto en sus cuatro libros *Sobre la república,* en los que trata más de chancearse que de decir algo verdadero. En su obra introduce a un hombre resucitado que cuenta cosas conformes con el sentir de los platónicos.

Labeón refiere también que dos hombres muertos, un día se encontraron en una encrucijada y que en seguida, habiendo recibido la orden de tornar a sus cuerpos, se juraron vivir en perfecta amistad, que duró hasta que murieron de nuevo. Mas esta clase de resurrecciones narradas por estos autores son como las de aquellas personas que conocemos que han resucitado y vuelto a esta vida, pero para no morir más.

Marco Varrón profiere algo más maravilloso en sus libros *Sobre el origen del pueblo romano.* Y, para ser fiel, he aquí sus mismas palabras:

---

[586] Aunque se ha querido negar el empeño de Agustín por cristianizar a los filósofos paganos, su conato es innegable. Su espititu ecléctico, y, por tanto, de selección, le llevaba necesariamente a eso. Es cierto e indubitable que él nos ha dado una doctrina muy original y muy suya; pero no prescinde de la corriente ecléctica *sf* tiende a concordar y a armonizar a los filósofos con la religión. Este capítulo es un caso típico de tal hecho.

«Algunos astrólogos escribieron que los hombres están destinados a un renacimiento, que los griegos llaman παλιγγενεσίαν. Y fijan su fecha cuatrocientos cuarenta años después de la muerte. En este momento, el cuerpo y el alma que un día estuvieron unidos en el hombre, tornarán a juntarse de nuevo».

Varrón y esos astrólogos (no sé quiénes, pues no da sus nombres al admitir su opinión) dicen algo que, aunque sea falso, ya que las almas, una vez unidas por segunda vez a sus cuerpos, no los abandonarán jamás, tambalea y echa por tierra muchos de los argumentos que nuestros adversarios nos proponen basados en la imposibilidad. En efecto, los que son o han sido de esta opinión no han estimado que sea imposible que los cadáveres trocados en aire, en polvo, en ceniza, en agua, en carne de otras bestias o de otros hombres, tornen a lo que fueron. Por tanto, si los admiradores de Platón y de Porfirio que aún viven nos admiten que las almas santas volverán a los cuerpos, como dice Platón, y que no tornarán a los males, como dice Porfirio, de aquí reconstruimos la fe cristiana, que dice que recibirán los cuerpos para vivir eterna y felizmente sin mal alguno. Y acepten también con Varrón que volverán a los mismos cuerpos que tuvieron. De este modo quedará' resuelta entre ellos la cuestión sobre la resurrección de la carne.

## CAPÍTULO XXIX

## La visión de Dios en la otra visa

1. Veamos ahora, cuanto el Señor se digne iluminarnos, qué han de hacer los santos en sus cuerpos inmortales y espirituales cuando su carne vivirá no carnal, sino espiritualmente. Y si he de hablar con franqueza, no sé cuál será esa acción, o mejor, esa quietud y ese ocio. Los sentidos del cuerpo nunca me lo han mostrado. Si digo que lo he visto con mi mente o mi inteligencia, ¿qué es nuestra inteligencia en comparación de tal excelencia? Es la mansión en que reinará la paz de Dios, que, según el Apóstol, *supera todo entendimiento.* ¿Cuál sino el nuestro o el de los ángeles? El de Dios, es claro que no. Si, pues, los santos vivirán en la paz de Dios, es indudable que la paz en que deben vivir sobrepuja todo entendimiento. Que sobrepuja el nuestro, no hay duda; pero que sobrepuja también el de los ángeles, me parece darlo a entender en estas palabras: *todo entendimiento,* no exceptuando ninguno. Es preciso aplicar sus palabras a la paz de Dios,

que hace a Dios apacible, y decir que ni nosotros ni los ángeles la podemos conocer como Dios la conoce. *Supera,* pues, *todo entendimiento,* a excepción, claro está, del suyo. Pero, como nosotros participaremos algún día, según, nuestra débil capacidad, de esa paz suma, sea en nosotros, sea entre nosotros, sea con Dios, en cuanto que es nuestro sumo Bien, así los ángeles la conocen ahora cuanto son capaces, y los hombres, pero mucho menos que ellos, por más avanzados que estén en la virtud.

¡Qué gran varón era aquel que decía: *Ahora conocemos en parte y en parte profetizamos hasta que llegue lo perfecto;* y también: *Al presente no vemos sino por espejo y en enigma, pero entonces veremos cara a cara!* De este último modo lo ven ya los santos ángeles, llamados también nuestros ángeles, porque, después de librados del poder de las tinieblas y transferidos al reino de Cristo en virtud de la prenda recibida del Espíritu Santo, comenzamos a pertenecer a aquellos ángeles con quienes poseeremos en común la santa y dulcísima Ciudad de Dios, sobre la cual hemos escrito tantos libros.

Los ángeles de Dios son nuestros ángeles, como el Cristo de Dios es nuestro Cristo. Son de Dios, porque no abandonaron a Dios, y son nuestros, porque comenzamos a ser conciudadanos suyos. Esto ha hecho decir a nuestro Señor: *Cuidado con despreciar a alguno de estos pequeñitos, porque os hago saber que sus ángeles en los cielos ven el rostro de mi Padre celestial*.

Nosotros veremos como ven ellos, pero aún no vemos así. De aquí las palabras del Apóstol ya citadas: *Al presente no vemos sino en espejo y en enigma, pero entonces veremos cara a cara.* Esa visión se nos reserva como premio de nuestra fe, y San Juan habla así de ella: *Cuando se manifestare, seremos semejantes a él, pues le veremos como él es.* Por rostro de Dios debe entenderse su manifestación, no esa parte del cuerpo a la que nosotros damos tal nombre[587].

*2. Por* eso, cuando se me pregunta qué harán los santos en el cuerpo espiritual, no digo lo que veo, sino lo que creo, *según aquello del* salmo: *Creí, y eso me ha hecho hablar*. Digo, pues, que verán a Dios en este mismo cuerpo; pero saber si lo verán por él mismo, como ahora vemos el sol, la luna, las estrellas, el mar, la tierra y cuanto hay en ellos, no es cuestión fácil. Es duro decir que los santos no podrán entonces abrir y cerrar los ojos cuando quieran. Y es más duro decir que el que cierre los ojos allí no

[587] En la carta 147, dirigida a Paulina, trata largamente este problema de la visión de Dios y de la manifestación de Dios a los hombres. A ella nos remitimos.

verá a Dios. Si el profeta Elíseo, corporalmente ausente, creyendo que nadie lo veía, vio a su criado Giezi, que recibía los presentes de Naamán el siró, a quien el profeta había curado de su lepra, ¿cuánto más fácilmente los santos verán en el cuerpo espiritual todas las cosas no sólo con los ojos cerrados, sino estando corporalmente ausentes? Ese será el tiempo de la perfección de que habla el Apóstol: Conocemos en *parte y en parte profetizamos; mas, cuando llegue lo perfecto, desaparecerá lo que era en parte.* Y luego, para mostrar con una especie de comparación cuánto se diferencia esta vida de la futura, por más que sea el avance en la virtud, añade: *Cuando era niño, jugaba como niño, hablaba como niño, pensaba como niño. Pero, cuando fui ya hombre hecho, di de mano a las cosas de niño. Al presente vemos sólo en espejo y en enigma, pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, mas entonces conoceré como soy yo conocido.* Si en esta vida, donde el conocimiento de los más sobresalientes profetas no merece ser comparado a la vida futura más que como un niño es comparable a un joven, Elíseo vio a su siervo, donde no estaba, tomando los dones, ¿diremos que, cuando veamos lo que es perfecto y cuando el cuerpo corruptible no apesgará al alma, sino que será incorruptible, los santos necesitarán para ver los ojos corpóreos, de que Elíseo no tenía necesidad? Según los Setenta, éstas son las palabras del profeta a Giezi: *¿Iba acaso mi espíritu contigo cuando salió a tu encuentro y, bajando de un carro, le recibiste el dinero?* O según la versión directa del presbítero Jerónimo: *Pues ¿qué? ¿No estaba yo presente en espíritu cuando aquel hombre saltó de su coche para ir a tu encuentro?* El profeta dice que lo vio con su espíritu, ayudado, sin duda, extraordinariamente, es decir, divinamente. ¡Cuánta más razón habrá para que entonces reciban todos ese don, cuando Dios será todo en todos! No obstante, los ojos del cuerpo tendrán también su función y estarán en su lugar, y el espíritu usará de ellos por medio del cuerpo espiritual. Que el profeta Eliseo no los necesitara para ver a su siervo ausente, no quiere decir que no los usó para ver los objetos presentes, que podía verlos también con el espíritu, aunque los cerrara, como vio los ausentes que estaban lejos de él. Lejos, pues, de nosotros decir que los santos no verán a Dios en la otra vida teniendo cerrados los ojos, pues le verán con el espíritu.

3. La cuestión es saber si lo verán también con los ojos del cuerpo cuando no los tengan abiertos. Si sus ojos espirituales, que estarán en su cuerpo espiritual, tendrán la misma virtud que tienen los nuestros ahora, es cierto que no podrán ver a Dios con ellos. Tendrán, pues, una potencia muy superior si por ellos será vista la naturaleza incorpórea que no está contenida en un lugar determinado, sino que está toda en todas partes.

Aunque decimos que Dios está en el cielo y en la tierra (El mismo dice por el profeta: *Yo lleno el cielo* y *la tierra*). no por eso podemos decir que tiene una parte en el cielo y otra en la tierra, sino que El está todo en el cielo y todo en la tierra, no en tiempos diversos, sino simultáneamente, cosa que no puede ninguna naturaleza corporal[588]. Los ojos de los santos tendrán una potencia mayor, no para que vean con más agudeza que lo hacen las serpientes o las águilas (pues los animales, por más aguda que sea su vista, no pueden ver más que cuerpos), sino para que vean también las cosas incorporales. Quizá esta gran potencialidad de visión fue dada por *un momento* al santo patriarca Job aún en el cuerpo mortal, cuando dice a Dios: *De oídas te conocía primeramente, pero ahora te veo con mis propios ojos. Por eso me desprecié a mí mismo y me deshice* y *me estimé polvo y ceniza.* No obstante, pueden también entenderse aquí los ojos del corazón, de los cuales dice el Apóstol: *Tened iluminados los ojos de vuestro corazón.* Y que Dios será visto con estos ojos es una verdad que no duda ningún cristiano que acepte las palabras del divino Maestro: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* Mas la cuestión es saber si lo veremos también con los ojos corporales.

4. Estas palabras: *Y verá toda carne la salud de Dios,* pueden entenderse, sin ningún inconveniente, de este modo: Y todo hombre verá el Cristo de Dios, que fue visto en el cuerpo y será visto en la misma forma cuando juzgare a los vivos y a los muertos. Que él es la salud de Dios lo atestiguan mil otros pasajes de las Escrituras. El más claro se halla en las palabras del venerable viejo Simeón, que, habiendo recibido a Cristo niño en sus brazos, dijo: *Ahora puedes ya, Señor, sacar a tu siervo en paz de este mundo, según tu promesa, porque han visto mis ojos tu salud.* Las palabras citadas de Job, tal como se hallan en los ejemplares hebreos: *Y en mi carne veré a Dios,* son una profecía de la resurrección de la carne. Nótese que no dijo: Por mi carne. Si lo hubiera dicho, podría entenderse Cristo Dios, que por medio de la carne será visto en carne. Sin embargo, pueden tomarse estas palabras: *En mi carne veré a Dios,* como si dijera: Estaré en mi carne cuando veré a Dios. Y aquello que dice el Apóstol: *Cara a cara,* no nos obliga a creer que *veremos* a Dios por esta parte del cuerpo donde

---

588 Estas expresiones nos recuerdan aquellas preguntas que él se hacía en las *Confesiones* (I 3,3), etc.: «¿Abárcente por ventura el cielo y la tierra por el hecho de que los llenas? ¿O es, más bien, que los llenas y aun sobra por no poderte abrazar? ¿Y dónde habrás de echar eso que sobra de ti una vez llenos el cielo y la tierra? ¿Pero es que tienes tú acaso necesidad de ser contenido en un lugar, tú que contienes todas las cosas, puesto que las que llenas las llenas conteniéndolas?»

están los ojos corporales, ya que veremos con el espíritu sin interrupción. En efecto, si el hombre interior no tuviera su faz, no dijera el mismo Apóstol: *Así es que todos nosotros, contemplando a cara descubierta, como en un espejo, al Señor, somos transformados en la misma imagen de claridad en claridad como por el espíritu del Señor.* No entendemos de otra suerte las palabras del salmo: *Acercaos a El y seréis iluminados, y el rubor no cubrirá vuestro rostro.* Por la fe nos acercamos a Dios, y la fe pertenece al corazón, no al cuerpo. Como ignoramos a qué grado de perfección llegará el cuerpo espiritual (hablamos de una cosa que no hemos experimentado), cuando la Escritura en su autoridad clara no venga en nuestro socorro, es necesario que se realice en nosotros lo que se lee en la Sabiduría: *Los pensamientos de los hombres son tímidos e inciertas nuestras providencias.*

5. Si el razonamiento de los filósofos, de que los objetos inteligibles y los sensibles o corporales son de tal naturaleza que no se pueden ver los inteligibles por el cuerpo, ni los corporales puede contemplarlos la mente por sí misma, si este razonamiento, digo, fuera verdadero, cierto que no podríamos ver a Dios por los ojos del cuerpo, aunque fueran espirituales. Mas este raciocinio lo ridiculiza la verdadera razón y la autoridad profética. ¿Quién será tan poco cuerdo que se atreva a decir que Dios desconoce las cosas corporales? Y. sin embargo, El no tiene cuerpo para poder verlas. Además, lo que he citado poco ha del profeta Eliseo, ¿no indica bastante que las cosas corporales pueden ser vistas por el espíritu sin necesidad del cuerpo? Cuando el siervo recibió los dones, realizó un hecho corporal, y el profeta lo vio no por el cuerpo, sino por el espíritu. Ahora bien, constando que el cuerpo es visto por el espíritu, ¿por qué no puede ser que la potencia del cuerpo espiritual sea tal que se vea el espíritu por el cuerpo? Dios es espíritu. Cada cual conoce por el sentido interior, y no por los ojos del cuerpo, la vida que le anima y le vegeta. En cambio, la vida del prójimo, siendo invisible, la ve por el cuerpo. ¿Cómo discernimos los cuerpos vivientes de los no vivientes, sino porque vemos a la vez los cuerpos y las vidas, que no podemos verlas sino por el cuerpo? Mas la vida sin el cuerpo escapa a los ojos corporales.

6. Así es posible y muy creíble que en la otra vida veremos de tal manera los cuerpos mundanos del cielo nuevo y de la tierra nueva, que veremos con una claridad asombrosa a Dios, presente en todas partes y que gobierna todas las cosas corporales, por medio de los cuerpos que llevemos, y que los veremos doquiera volvamos los ojos. Y veremos esto no como vemos ahora las cosas invisibles de Dios, por las cosas creadas, en espejo, en enigma y en parte, y donde vale más la fe con que creemos que la especie de las cosas corporales que vemos por los ojos corpóreos. Ve-

remos como vemos a los hombres que viven y ejecutan movimientos vitales y entre los cuales vivimos. Y no creemos que viven, lo vemos, aunque no podemos ver sin el cuerpo su vida, que contemplamos en ellos sin ambigüedad alguna por los cuerpos apartados. Doquiera que llevemos estas luces espirituales de nuestros cuerpos, veremos por el cuerpo al Dios incorpóreo que gobierna todas las cosas. Luego veremos a Dios por medio de unos ojos que se asemejarán en excelencia a la mente, viendo también la naturaleza incorpórea, cosa difícil o imposible de justificar por testimonios de las divinas Escrituras; o lo que es más fácil de entender, Dios nos será tan conocido y tan visible, que le veremos con el espíritu en nosotros, en los otros, en lo otro, en sí mismo, en el cielo nuevo y en la tierra nueva y en todo ser subsistente entonces. Lo veremos también por el cuerpo en todo cuerpo dondequiera que la aguja de nuestros ojos espirituales ponga su punto de mira. Y nuestros pensamientos serán patentes a todos y mutuamente. Entonces se cumplirán las palabras del Apóstol: *No juzguéis antes de tiempo hasta que el Señor venga e ilumine los escondrijos de las tinieblas y descubra los pensamientos del corazón, y entonces cada uno será alabado por Dios.*

## CAPÍTULO XXX

## **La felicidad eterna de la ciudad de Dios y el sábado perpetuo**

1. ¡Cuánta será la dicha de esa vida, en la que habrá desaparecido todo mal, en la que no habrá bien oculto alguno y en la que no habrá más obra que alabar a Dios, que será visto en todas las cosas! No sé qué otra cosa va a hacerse en un lugar donde no se dará ni la pereza ni la indigencia. A esto me induce el sagrado Cántico, que dice: *Bienaventurados los que moran en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán.* Todas las partes del cuerpo incorruptible, destinadas ahora a ciertos usos necesarios a la vida, no tendrán otra función que la alabanza divina, porque entonces ya no habrá necesidad, sino una felicidad perfecta, cierta, segura y eterna. Todos los números de la armonía corporal, de que he hablado y que se nos ocultan, aparecerán entonces a nuestros ojos maravillosamente ordenados por todos los miembros del cuerpo. Y, juntamente, las demás cosas admirables y extrañas qué veremos, inflamarán las mentes racionales con el deleite de la belleza racional a alabar a tan gran Artífice. No me atrevo a determinar cómo serán los movimientos de los cuerpos espiritua-

les, porque no puedo ni imaginarlo. Pero de seguro que el movimiento, la actitud y la misma especie, sea cual fuere, serán armónicos, pues allí lo que no sea armónico no existirá. Es cierto también que el cuerpo se presentará al instante donde el espíritu quiera, y que el espíritu no querrá lo que sea contrario a la belleza del cuerpo o a la suya. La gloria allí será verdadera, porque no habrá ni error ni adulación en los panegiristas. Habrá honor verdadero, que no se negará a ninguno digno de él ni se dará a ningún indigno, no pudiendo ningún indigno merodear por aquellas mansiones, exclusivas del que es digno. Allí habrá verdadera paz, donde nadie sufrirá contrariedad alguna, ni de sí mismo ni de otro.

El premio de la virtud será el Dador de la misma, que prometió darse a sí mismo, superior y mayor que el cual no puede haber nada. ¿Qué significa lo que dijo por el profeta: *Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo,* sino: Yo seré el objeto que colmará sus ansias, yo seré cuanto los hombres pueden honestamente desear: vida, salud, comida, riqueza, gloria, honor, paz y todos los bienes? Este es el sentido recto de aquello del Apóstol: *A fin de que Dios sea todo en todas las cosas.* El será el fin de nuestros deseos, y será visto sin fin, amado sin hastío y alabado sin cansancio. Este don, este afecto, esta ocupación, será común a todos, como la vida eterna[589].

2. Por lo demás, ¿quién se siente con fuerzas para imaginarse, cuánto menos para expresar, los grados que habrá de gloria y de honor en proporción con los méritos? Que habrá grados, no puede ponerse en duda. Y uno de los grandes bienes de la dichosa Ciudad será el ver que nadie envidiará a otro, ni el inferior al superior, como ahora los ángeles no envidian a los arcángeles. Y nadie deseará poseer lo que no ha recibido, aunque esté perfecta y concordemente unido a Aquel que lo ha recibido, como en el cuerpo el dedo no quiere ser el ojo, aunque el ojo y el dedo integran la estructura del mismo cuerpo. Cada uno poseerá su don, uno mayor y otro menor, de tal suerte que tendrá, además, el don de no desear más de lo que tiene.

3. Y no se crea que no tendrán libre albedrío porque no podrán deleitarles los pecados. Serán tanto más libres cuanto más libres se vean del placer de pecar hasta conseguir el placer indeclinable de no pecar. El primer libre albedrío que se dio al hombre cuando Dios lo creó recto, consistía en poder no pecar; pero podía también pecar. El último será superior a

[589] He aquí expresado en este número el objeto y el fin de la otra vida. En ella habrá en grado eminente cuanto hay de bueno en ésta. Habrá gloria, paz, luz, verdad, bondad, majestad, todo verdadera y realmente. Y de todo ello gozarán los bienaventurados.

aquél y consistirá en no poder pecar. Y éste será también don de Dios, no posibilidad de su naturaleza. Porque una cosa es ser Dios, y otra, ser particionero de Dios. Dios, por naturaleza, no puede pecar; en cambio, el que participa de Dios sólo recibe de El la gracia de no poder pecar. Guardar esta gradación es propio del don divino: dar primero un libre albedrío por el que el hombre pudiera no pecar y, al fin, otro por el que no pudiera pecar. El primero permitía la adquisición de méritos, y el último, la recepción de premios. Mas, porque esta naturaleza pecó cuando podía pecar, es librada por una gracia más liberal para arribar a la libertad en que no pueda pecar[590]. Así como la primera inmortalidad, que Adán perdió pecando, consistió en poder no morir, y la última consistirá en no poder morir, así el primer libre albedrío consistió en poder no pecar, y el último consistirá en no poder pecar. Y la voluntad de piedad y de equidad será tan inamisible como la felicidad. Es cierto que al pecar no conservamos ni la piedad ni la felicidad; sin embargo, el querer la felicidad no lo perdimos ni cuando perdimos la felicidad. ¿Hemos de negar a Dios libre albedrío porque no puede pecar? Todos los miembros de la Ciudad santa tendrán una voluntad libre, exenta de todo mal y llena de todo bien, gozando indeficientemente de la jocundidad de los goces eternos, olvidada de las culpas y de las penas, pero sin olvidarse de su liberación para no ser ingrata con su Libertador.

4. El alma se acordará de los males pasados, pero intelectualmente y sin sentirlos. Un médico bien instruido, por ejemplo, conoce casi todas las enfermedades del cuerpo por su arte; pero muchas, las que no ha sufrido, las desconoce experimentalmente. Así, los males se pueden conocer de dos maneras: por ciencia intelectual o por experiencia corporal. De una manera conoce los vicios la sabiduría del hombre de bien, y de otra, la vida rota del libertino. Y pueden olvidarse también de dos maneras. De una manera los olvida el sabio y el estudioso, y de otra, el que los ha sufrido: aquél los olvida descuidando el estudio, y éste, despojado de su miseria. Según este último olvido, los santos no se acordarán de los males pasados. Estarán exentos de todos los males, sin que les reste el menor sentido, y, no obstante, la ciencia que entonces poseerán en mayor grado no sólo no les ocultará sus males pasados, sino ni la miseria eterna de los condenados. En efecto, si no recordaran que fueron miserables, ¿cómo, según dice el Salmo, cantarán eternamente las misericordias del Señor? Sabemos que la

---

[590] Cf. *Ench.* 104-108 n.28, donde se tratan ampliamente todos los problemas referentes a la voluntad en orden a la posibilidad de pecar.

mayor alegría de esta Ciudad será cantar un cántico de gloria a la gracia de Cristo, que nos libertó con su sangre.

Allí se cumplirá esto: *Descansad y ved que yo soy el Señor.* Este será realmente el gran sábado que no tendrá tarde, ese sábado encarecido por el Señor en las primeras obras de su creación al decir: *Dios descansó el día séptimo de todas sus obras y lo bendijo y lo santificó, porque en él reposó de todas las obras que había emprendido.* Nosotros mismos seremos allí el día séptimo cuando seamos llenos y colmados de la bendición y de la santificación de Dios. Allí, en quietud, veremos que El es Dios, cualidad que quisimos usurpar cuando lo abandonamos siguiendo el señuelo de estas palabras: *Seréis como dioses.* Y nos apartamos del Dios verdadero, que nos haría dioses por participación de El, no por deserción. ¿Qué hemos hecho sin El sino deshacernos en su ira? Reparados por El y consumados por una gracia más abundante, descansaremos eternamente viendo que El es Dios, y seremos llenos de El cuando El será todo en todos. Nuestras mismas obras buenas, cuando las consideramos más de El que nuestras, entonces se nos imputan para el logro de este sábado. En cambio, si nos las atribuimos a nosotros, serán obras serviles. Del sábado se dice: *No haréis en él obra alguna servil. A* este tenor dice también el profeta Ezequiel: *Y les he dado mi sábado como signo de alianza entre ellos y yo, a fin de que conozcan que yo soy el Señor, que los santificó.* Esto lo sabremos cuando estemos en perfecta quietud y veamos perfectamente que El es Dios.

5. Este sabatismo aparecerá más claro si se computa el número de edades como otros tantos días, según las Escrituras, pues que se halla ser justamente el día séptimo. La primera edad, como el primer día, se cuenta desde Adán hasta el diluvio; la segunda, desde el diluvio hasta Abrahán, aunque no comprende igual duración que la primera, pero sí igual número de generaciones, que son diez. Desde Abrahán hasta Cristo, el evangelista San Mateo cuenta tres edades, que abarca cada una catorce generaciones: una, desde Abrahán hasta David; otra, desde David hasta la cautividad de Babilonia, y la tercera, desde la cautividad hasta el nacimiento temporal de Cristo. Tenemos ya cinco. La sexta transcurre ahora y no debe ser coartada a un número determinado de generaciones, por razón de estas palabras: *No os corresponde ti vosotros conocer los tiempos que el Padre tiene reservados a sil poder.* Tras ésta, Dios descansará como en el día séptimo y hará descansar en sí mismo al día séptimo, que seremos nosotros.

Sería muy largo tratar ahora al detalle de cada una de estas edades. Baste decir que la séptima será nuestro sábado, que no tendrá tarde, que concluirá en el día dominical, octavo día, día eterno, consagrado por la re-

surrección de Cristo y que figura el descanso eterno no sólo del espíritu, sino también del cuerpo. Allí descansaremos y veremos; veremos y amaremos: amaremos y alabaremos. He aquí la esencia del fin sin fin. Y ¡qué fin más nuestro que arribar al reino que no tendrá fin![591]

6. Estoy en que ya he saldado, con la ayuda de Dios y con esta inmensa obra, la deuda contraída. Quienes con ésta tengan poco o demasiado, que me perdonen. Y quienes estén satisfechos, agradecidos den gracias no a mí, sino a Dios conmigo. Así

FIN

*LAUS DEO VIRGINIQUE M ATRI*

[591] Estas felices expresiones, que cierran con broche de oro una de las obras más grandiosas que han visto los siglos, nos dicen algo de lo mucho que podría decirse de la vida eterna, de la eterna felicidad. Agustín se presenta el tema desde el punte de vista meramente humano, por parte del hombre, y por eso le anima con la esperanza del gozo, del amor, de la alabanza y del descanso eterno en ese amor, en esa alabanza y en ese gozo. Por algo escribió en la *Enarración al salmo 103* (3,17) que «la vida de la vida mortal es la esperanza de la vida inmortal». Los ciudadanos de la Ciudad de Dios deben aspirar a esa meta, y el que no llegue no ha sabido vivir la jornada en su peregrinaje. Estas expresiones: *vacabimus, videbimus, amabimus et laudabimus,* son las que dan cumplido a la inquietud del hombre agustiniano. Unido el pórtico de las *Confesiones; Et inquietum est cor nostrum doñee requiescat in te,* con el epílogo de la *Ciudad de Dios: Ibi vacabimus, et videbimus; videbimus, et amabimus; amabimus et laudabimus*, tenemos resuelto el problema de la «angustia existencial» de hoy y de la «eterna inquietud» de Agustín. El *requiescere* implica la visión, el amor y la alabanza. Y este es el fin de la Ciudad de Dios, y un fin que no tendrá fin.